Del autor de *American Psycho*
BRET EASTON ELLIS
Los destrozos
RANDOM HOUSE

BRET EASTON ELLIS

Los destrozos

Traducción de Rubén Martín Giráldez

RANDOM HOUSE

Para nadie

Do you remember back in old L.A.
When everybody drove a Chevrolet?
Whatever happened to the boy next door
The suntanned, crew-cut, all-American male?

«Beach Baby»,
The First Class

Si quieres guardar un secreto, también te lo tienes que esconder a ti mismo.

1984 ,
GEORGE ORWELL

Comprendí hace muchos años que un libro, una novela, es un sueño que pide ser escrito igual que uno se enamora: el sueño se vuelve irresistible, es imposible hacer nada al respecto, al final te rindes y sucumbes por más que tu instinto te diga que salgas corriendo porque eso va a acabar siendo un juego peligroso: alguien saldrá malparado. Para algunos de nosotros, las primeras ideas, las imágenes, las manifestaciones iniciales pueden hacer que el escritor se sumerja automáticamente en el mundo de la novela, en sus amoríos y en su fantasía, en sus secretos. Otros pueden tardar más en experimentar esta conexión con mayor claridad, años en darse cuenta de cuánto necesitaban escribir la novela o amar a esa persona, revivir ese sueño, incluso décadas después. La última vez que pensé en este libro, en este sueño en particular, y en contar esta versión de la historia —la que estás leyendo ahora, la que acabas de empezar— fue hace casi veinte años, cuando me vi capaz de afrontar la revelación de lo que nos pasó a mí y a unos amigos al principio de nuestro último año de instituto en Buckley, en 1981. Éramos adolescentes, críos superficialmente sofisticados que en realidad no sabían nada de cómo funciona de verdad el mundo: teníamos la experiencia, supongo, pero nos faltaba el sentido. Por lo menos hasta que sucedió algo que nos condujo a un estado de comprensión exacerbada.

La primera vez que me senté a escribir esta novela, un año después de los acontecimientos, comprobé que no era capaz de revisitar aquel periodo, ni a ninguna de aquellas personas que conocí, ni las cosas horribles que nos sucedieron, incluido, muy significativamente, lo que me sucedió a mí. De hecho, fue empezar y descartar la idea del proyecto sin escribir ni una sola palabra: tenía diecinueve años. Incluso sin coger un bolígrafo ni sentarme ante la máquina de escribir, quedó claro que por aquel entonces me resultaba demasiado perturbador el simple hecho de recordar siquiera por encima lo sucedido, y me encontraba en un punto de mi vida en el que no necesitaba un estrés añadido, así que me obligué a olvidar aquel periodo, al menos por un tiempo, y en aquel momento no me costó borrar el pasado. Pero las ansias de escribir el libro volvieron cuando me marché de Nueva York

después de vivir allí más de veinte años —la Costa Este fue el lugar al que escapé casi de inmediato en cuanto me gradué, huyendo del trauma de mi último año en el instituto— y me vi de nuevo en Los Ángeles, donde habían tenido lugar aquellos acontecimientos de 1981 y donde me sentí más fuerte, más resuelto frente al pasado, y capaz de armarme de valor ante todo aquel dolor y penetrar en el sueño. Pero tampoco fue el caso entonces, y tras mecanografiar unas cuantas páginas de anotaciones sobre los sucesos ocurridos en otoño de 1981, cuando creía que me había anestesiado con media botella de Ocho a fin de poder continuar con ello, dejando que el tequila estabilizase el temblor de mis manos, experimenté un ataque de ansiedad tan tremendo que acabé en la sala de urgencias del Cedars-Sinai en plena noche. Si queremos conectar el acto de escribir con la metáfora del enamoramiento, entonces yo había querido amar esta novela, la novela parecía habérseme entregado por fin y yo me sentía tentadísimo, pero cuando llegó el momento de consumar la relación me vi incapaz de abandonarme al sueño.

Esto sucedió cuando estaba escribiendo concretamente sobre el Arrastrero —un asesino en serie que llevaba merodeando por el Valle de San Fernando desde finales de la primavera de 1980, que hizo más patente su presencia en el verano de 1981 y que, de algún modo, estuvo aterradoramente ligado a nosotros—, y aquella noche en la que empecé a tomar notas rompió contra mí una ola de estrés tan tremebunda que gemí de auténtico terror ante los recuerdos y me vine abajo entre arcadas por culpa del tequila que había estado trasegando. El Xanax que guardaba en la mesilla de noche no me ayudó: me tragué tres y supe que no iban a hacerme nada con la suficiente rapidez. En aquel momento: estaba convencido de que me moría. Marqué el 911, le dije al operador que estaba sufriendo un ataque al corazón y me desmayé. El fijo desde el que llamaba —corría el 2006, tenía cuarenta y dos años, vivía solo— les indicó mi ubicación y un alarmado portero de la recepción del rascacielos en el que vivía acompañó a los técnicos de emergencias sanitarias hasta la undécima planta. El portero abrió mi apartamento y me encontraron en el suelo del dormitorio. Recobré el

conocimiento en una ambulancia que recorría a toda velocidad el San Vicente Boulevard rumbo al Cedars-Sinai, un breve trayecto desde Doheny Plaza, donde vivía, y después de que me metiesen en la sala de urgencias tendido en una camilla y de recomponerme un poco tras lo sucedido, quise morirme de la vergüenza: el Xanax había surtido efecto, me tranquilicé y supe que, desde un punto de vista físico, no me pasaba nada. Sabía que el ataque de pánico estaba directamente relacionado con mis recuerdos del Arrastrero y, más concretamente, de Robert Mallory.

Un médico me echó un vistazo: básicamente estaba bien, pero el hospital quería que pasase la noche allí para que pudieran realizarme una serie de pruebas, incluida una resonancia magnética; mi médico de cabecera estuvo de acuerdo y me recordó por teléfono que mi seguro sanitario cubriría casi la totalidad de la estancia, pero yo necesitaba irme a casa y decliné cualquier prueba que quisieran hacerme porque si me hubiese quedado en el Cedars aquella noche seguro que me habría vuelto loco, consciente de que lo que me pasaba no tenía nada que ver con mi cuerpo ni con ninguna dolencia que este pudiera o no albergar. Se trataba simplemente de una reacción conectada con la memoria, con el pasado y con la evocación de aquel año fatal: con Robert Mallory y con el Arrastrero, con Matt Kellner, Susan Reynolds, Thom Wright y Deborah Schaffer, así como con el túnel sombrío que atravesaba a los diecisiete.

Después de aquella noche abandoné el proyecto y escribí en su lugar otros dos libros durante los siguientes trece años, y no fue hasta 2020 cuando sentí que podía comenzar con *Los destro zos* , o cuando *Los destrozos* decidió que *Bret* estaba listo, porque el libro se *me* anunció… y no al revés. No fui yo quien fue en busca del libro, porque me había pasado muchísimos años apartándome del sueño, de Robert Mallory, de aquel último curso en Buckley; muchas décadas apartándome del Arrastrero, y de Susan, Thom, Deborah y Ryan, y de lo que le pasó a Matt Kellner; había relegado esta historia a un oscuro rincón del armario, y durante muchos años esta evitación fue efectiva: no le presté demasiada atención al libro y este dejó de reclamarme. Pero en algún

momento de 2019 empezó de nuevo su ascensión, palpitando con vida propia, deseoso de fundirse conmigo, expandiéndose en mi conciencia de una manera tan persuasiva que ya no podía seguir ignorándolo; tratar de ignorarlo había empezado a distraerme demasiado de todo lo demás. Fue tan oportuno que coincidió con el hecho de que ya no estaba escribiendo guiones, de que, en un momento dado, había decidido abandonar ese mercado —una década bien remunerada gracias a la escritura de pilotos televisivos y guiones para películas que en su mayor parte no se rodarían—, de modo que, por un instante, me pregunté si no habría alguna conexión entre la llamada del libro y mi reciente desinterés por escribir para Hollywood. Daba igual: tenía que escribir el libro porque necesitaba esclarecer lo sucedido; había llegado la hora.

La chispa de mi renovado interés por la novela la prendió un fugaz instante, años después de que aquel ataque de ansiedad acabase conmigo en el Cedars. Había visto a una mujer —iba a decir una chica, pero ya no lo era; era una mujer entrada en la cincuentena, de mi edad — en la esquina de Holloway con La Cienega, en West Hollywood. Estaba en la acera delante del Palihouse Hotel, llevaba gafas de sol y sostenía el móvil contra la oreja mientras esperaba un coche, y a pesar de tratarse de una versión mucho más mayor de la chica que conocí en el instituto, no había duda de que era ella. Lo supe aunque hiciese casi cuarenta años que no nos veíamos: seguía teniendo aquella belleza natural, impremeditada. Yo acababa de girar a la izquierda por Holloway y el tráfico me había frenado cuando me fijé en la figura plantada en la acera desierta bajo la sombrilla del puesto del aparcacoches; estaba a unos seis metros de mí. En lugar de sentir la alegre sorpresa de ver a una vieja amiga, me quedé paralizado por un pavor que me envolvió de inmediato como una sábana y me dejó helado. El simple atisbo de aquella mujer en persona trajo de vuelta el miedo y el miedo se lo tragó todo, igual que en 1981. Fue un recordatorio de que todo había sido real, de que el sueño había sucedido de veras, de que por mucho que hubiesen transcurrido cuatro décadas desde la última vez que nos vimos, seguíamos unidos por los

acontecimientos de aquel otoño.

No me apresuré a estacionar junto a la acera de Holloway, cerca de la entrada del garaje del CVS frente al Palihouse, para presentarme ante la mujer, mostrar sorpresa, salir del coche y abrazarla, maravillado de lo guapa que seguía siendo; había conseguido evitar todo contacto con cualquiera de mis compañeros de último año de instituto en las redes sociales, y solo unos pocos habían dado conmigo a lo largo de este tiempo, generalmente en las semanas que seguían a la publicación de alguno de mis libros. Lo que hice fue observarla a través del parabrisas del BMW allí plantada en la acera desierta con el móvil pegado a la oreja, escuchando en silencio a quien le estuviera hablando, y hasta con las gafas de sol puestas su porte tenía algo de afligido, o tal vez solo me lo imaginé; quizá estaba bien, quizá había logrado digerir y procesar lo que le pasó en el otoño de 1981, la tremenda herida que sufrió, la horrenda revelación que experimentó, las pérdidas que soportó. Yo iba de camino a Palm Springs con Todd, al que conocí en 2010 y con el que llevaba viviendo los últimos nueve años, para pasar una semana con un amigo que venía de Nueva York y que había alquilado una casa en los alrededores de la Movie Colony de Palm Springs antes de poner rumbo a San Diego para asistir a una serie de conferencias. Estaba en plena conversación con Todd cuando vi a la mujer delante del Palihouse y me quedé callado a media frase. De pronto, un coche tocó el claxon detrás de mí y cuando eché un vistazo al retrovisor me di cuenta de que el semáforo de Holloway se había puesto verde y yo no me movía.

—¿Qué pasa? —me preguntó Todd cuando aceleré con demasiada brusquedad y entré dando un bandazo en Santa Monica Boulevard.

Tragué saliva y respondí embotado, intentando sonar totalmente neutro:

—Es que conocía a esa chica…

Evidentemente ya no era una chica —insisto, tenía casi cincuenta y cinco años, igual que yo—, pero así es como la había conocido: una chica. Daba igual. Todd se limitó a preguntarme «¿Qué chica?» y yo hice un gesto vago con la mano: «Una ahí, delante del Palihouse». Todd estiró el cuello pero no vio a nadie, ya se había ido. Se encogió de

hombros y siguió mirando su móvil. Me di cuenta de que la radio estaba sintonizada en la emisora Totally 80s y sonaba el estribillo de «Vienna» de Ultravox —«It means nothing to me», gritaba el cantante, «this means nothing to me»— mientras el miedo continuaba arremolinándose, una variación del mismo miedo del otoño de 1981, cuando poníamos aquella canción hacia el final de cada fiesta o nos asegurábamos de darle un lugar destacado en la cinta recopilatoria que hubiésemos grabado. Dejé que la canción me llevase hasta aquel día de diciembre y me puse a pensar que había adquirido las herramientas para enfrentarme a los acontecimientos ocurridos cuando tenía diecisiete años y hasta creí, ingenua, estúpidamente, que había superado el trauma mediante las obras de ficción que publiqué años después, durante la veintena, la treintena y la cuarentena, pero aquel trauma en concreto se abalanzó de nuevo sobre mí, demostrando que si pensaba que había superado algo por mí mismo, sin tener que confesarlo en una novela, desde luego estaba muy equivocado.

Aquella semana que pasamos en el desierto no pude dormir, igual un par de horas por noche a lo sumo incluso con una ingesta constante de benzodiacepinas. Podría haberme dejado inconsciente abusando del Xanax con el que había sufrido la sobredosis, pero aquellos sueños negrísimos me impedían dormir más de una o dos horas, así que permanecía tumbado, despierto y exhausto, en el dormitorio principal de la casa de Azure Court luchando contra el pánico creciente asociado a la chica que había visto. La crisis de la mediana edad que empezó después de aquella noche de 2006 cuando intenté escribir sobre lo que nos sucedió el último año de instituto en Buckley concluyó aproximadamente siete años más tarde —siete años inmerso en un sueño febril en el que la ansiedad generalizada me distanció de toda la gente que conocía y el estrés añadido me hizo perder dieciocho kilos—, gracias a la ayuda de un terapeuta, una especie de *coach* vital al que estuve acudiendo diligentemente una vez por semana durante un año en un despacho de Sawtelle Boulevard, a una sola manzana de la 405, el único de entre la media docena de psiquiatras que consulté al que no le daba miedo la clase de cosas que le contaba. De los cinco anteriores

había aprendido que tenía que rebajar el horror de lo sucedido —para mí, para nosotros— y que tenía que reorganizar la narrativa de manera que fuese más tolerable, a fin de no desestabilizar las propias sesiones.

Por fin tenía una relación a largo plazo y los problemas menores que en realidad nunca habían amenazado mi vida —la adicción, la depresión— se disiparon. La gente que llevaba evitándome aquellos últimos siete años, cuando estaba tan demacrado y furioso, se topaba con el nuevo Bret en un restaurante o en un estreno de cine y parecía confusa al ver que no estaba tan desquiciado ni tan hecho polvo como solía. Y el personaje literario estilo príncipe de las tinieblas que los lectores daban por hecho que siempre había encarnado fue sustituido ahora por algo más jovial: el hombre que escribió *American Psycho* era en realidad, como tanto sorprendió descubrir a algunos, simplemente un poco desastre, quizá incluso simpático, y ni por asomo el nihilista indiferente por el que tanta gente me había tomado, una imagen a la que, por otra parte, tal vez yo contribuí. Pero nunca había sido una pose deliberada.

La mujer estaba al otro lado de la calle frente a una farmacia CVS que hace décadas era una *roller-disco* new wave llamada Flipper's, y verla cuando iba de camino a Palm Springs me hizo recordar la última vez que estuve en Flipper's, en la primavera de 1981, antes de que Robert Mallory apareciese aquel septiembre y todo cambiase. Estaba con Thom Wright y otros dos compañeros de clase de Buckley, Jeff Taylor y Kyle Colson; éramos cuatro chicos de instituto de diecisiete años en el Rolls-Royce descapotable de un timador gay con cierta mala fama pero inofensivo, de cuarenta y pocos años, llamado Ron Levin, que Jeff Taylor había presentado al grupo, y estábamos todos un poco colocados por la cocaína que nos habíamos metido en el apartamento de Ron en Beverly Hills a última hora de la tarde. De hecho era una noche de jornada escolar en mitad de nuestro primer año de instituto, y lo que eso pueda sugerir sobre nuestra adolescencia supongo que queda abierto a interpretaciones. También puede indicar algo sobre nuestro mundo el hecho de que Jeff, un guapo surfista que, después de Thom Wright, era el segundo o tercer chico más atractivo de nuestra clase, proporcionase

a Ron Levin favores sexuales menores a cambio de dinero aun cuando Jeff fuese hetero, un dinero que en su mayor parte iba a parar a una nueva tabla de surf, un aparato de música y un proveedor de hierba en Zuma.

También podría sugerir algo sobre nuestro mundo el hecho de que Ron Levin fuese asesinado unos años después por dos miembros de algo llamado el Billionaire Boys Club, un colectivo social y de inversión constituido por muchos de los tíos que conocíamos vagamente de la escena de colegios privados de Los Ángeles, tíos que iban a la Harvard School for Boys, que, junto con la Buckley School, era uno de los colegios privados más prestigiosos de Los Ángeles, y los alumnos de ambos centros a menudo se conocían entre ellos en el mundo vagamente exclusivo de las escuelas preparatorias de aquel entonces. Más tarde conocería al fundador del Billionaire Boys Club, un chico de mi edad llamado Joe Hunt, durante las vacaciones de invierno de la facultad de Bennington, en una cena informal con unos cuantos amigos en La Scala Boutique de Beverly Hills; aquello fue unos meses antes del asesinato de Ron Levin a manos del jefe de seguridad del BBC, un asesinato ordenado por Joe Hunt, y nada en aquel joven alto, atractivo y callado me hizo sospechar en ningún momento que fuese capaz de cometer los crímenes por los que luego sería encarcelado.

Pero estoy divagando, porque lo que nos sucedió aquel otoño de 1981 no tiene nada que ver con el Billionaire Boys Club ni con Ron Levin ni con Joe Hunt. Aquello solo era un segmento de hacia donde se dirigía el mundo del que formábamos parte durante aquel decisivo periodo imperial, y para cuando «sucedió» lo del Billionaire Boys Club en 1983, lo que nos «sucedió» a nosotros ya había ocurrido, y fue tal vez el mundo informalmente hedonista de los adultos en el que entrábamos ávidamente lo que abrió una puerta que permitió a Robert Mallory, al Arrastrero y a los acontecimientos de aquel otoño venir a nuestro encuentro; más adelante, por lo menos a mí, se me antojaría como una invitación que enviamos de forma irreflexiva, completamente ignorantes del precio que acabaríamos pagando.

Flipper's se cernía cada vez más cerca aquella noche de primavera en el

Rolls-Royce descapotable de Ron Levin mientras subíamos por La Cienega hasta West Hollywood desde Beverly Hills, con Donna Summer cantando «Dim All the Lights» en el estéreo del coche, del cartucho de ocho pistas de *Bad Girls*. Ron conducía y Jeff iba en el asiento del copiloto, Kyle, Thom y yo atrás, pero desde donde iba sentado, apretujado entre Thom y Kyle, pude ver cómo la mano de Ron se posaba en el muslo de Jeff y cómo este se la apartaba delicadamente sin mirarlo. Thom se había inclinado hacia delante y también lo vio cuando le di un codazo para que se fijara, y entonces me miró encogiéndose de hombros, poniendo los ojos en blanco, qué se le va a hacer. ¿Daba a entender aquel gesto que simplemente estábamos todos metidos en aquello y que nos parecía bien?, me pregunté esperanzado mientras le devolvía la mirada a Thom Wright. Pero en realidad nos daba lo mismo: íbamos colocados, éramos jóvenes, hacía una cálida noche de primavera y estábamos entrando en el mundo de los adultos… no importaba nada más. Esa noche de 1981 tuvo lugar antes de un plácido y hermoso verano en Los Ángeles —el verano antes de que empezase el horror, aunque luego descubrimos que de hecho había comenzado antes de aquel verano, que ya se había estado desplegando de maneras inadvertidas—, y esa noche, de la que recuerdo pocos detalles concretos, parece en retrospectiva una de las últimas noches inocentes de mi vida pese al hecho de que nunca deberíamos haber estado allí, unos menores de edad un poco puestos de cocaína y con un hombre gay mucho mayor que sería asesinado tres años después por uno de nuestros pares de colegio privado.

No me recuerdo patinando, pero sí sentado en un reservado bebiendo champán, la banda sonora de *Xanadú* a todo volumen, y recuerdo que volvimos al apartamento de Ron en Beverly Hills y que Ron desapareció como quien no quiere la cosa en el dormitorio con Jeff; quería enseñarle el nuevo Rolex que se acababa de comprar. Kyle se volvió en coche a casa de sus padres en Brentwood mientras Thom y yo nos metíamos otro poco de coca y poníamos discos (y recuerdo los discos de aquella noche: Duran Duran, Billy Idol, Squeeze), hasta que yo me marché y Thom se quedó esperando a Jeff, y cuando Ron se

durmió se fueron los dos a la casa del padre de Jeff en Malibú, donde pasaron el resto de la noche, se terminaron el medio gramo que Ron le había dado a Jeff y al amanecer bajaron a la playa con sus trajes de neopreno para surfear las olas que rompían a lo largo de las neblinosas orillas matutinas, antes de ponerse el uniforme del colegio y hacer el largo trayecto hasta Buckley, por Sunset hasta Beverly Glen y cruzando luego la colina hasta Sherman Oaks. Horas antes, yo ya había atravesado los cañones de vuelta a la casa de mis padres en Mulholland, donde me tomé un Valium que encontré en un pastillero Gucci —un regalo de Navidad de Susan Reynolds de cuando tenía quince años y tal vez otra pista de en qué punto estábamos todos— y acto seguido me dormí plácidamente y sin sueños.

A los dieciséis éramos más que autónomos aunque nunca parecía que eso fuese en detrimento de nuestra juventud, porque la semana en que te sacabas el carnet de conducir en Los Ángeles era cuando te convertías en adulto. Recuerdo que Jeff fue el primero de todos en tener coche y que una noche entre semana recogió a Thom Wright en Beverly Hills y luego se pasó por la casa de Mulholland y nos llevó a Hollywood con el «You May Be Right» del ocho pistas del *Glass Houses* de Billy Joel atronando y fuimos a ver una sesión nocturna de *Saturno 3* en un Cinerama Dome desierto; era febrero de 1980. No recuerdo la película —ciencia ficción calificada para adultos y protagonizada por Farrah Fawcett—, únicamente la libertad de andar por ahí a nuestro aire y sin ningún padre. Aquella era la primera vez que íbamos por nuestra cuenta a ver una película a las diez de la noche, y nos recuerdo charlando en el enorme aparcamiento del Cinerama Dome compartiendo un porro mientras se acercaba la medianoche y nos rodeaba un Hollywood desierto, todo el futuro por delante.

Tras sacarme el carnet de conducir no era raro que a las siete de la tarde de un miércoles, después de echar un vistazo a los deberes, decidiese conducir desde Mulholland hasta West Hollywood para ir a ver a la formación original de los Psychedelic Furs en el Whisky sin pedirle permiso a mi madre (a esas alturas de 1980, mis padres estaban separados), porque aquello se había convertido en una salida nocturna

entre semana habitual. Me limitaba a decirle a mi madre que volvería hacia medianoche y luego me escabullía de casa y conducía a través de los cañones vacíos escuchando a Missing Persons o a los Doors y dejaba el coche en un aparcamiento del Sunset donde le pagaba cinco dólares a un empleado en North Clark Street. Entraba sin problema en el Whisky con un carnet falso (algunas noches ni siquiera me lo pedían) y una vez dentro le preguntaba al rastafari de la barra si sabía dónde podía pillar coca y el rastafari solía señalarme a un chico con el pelo rubio platino al fondo de la sala hacia el que me dirigía, le hacía una seña y le deslizaba unos billetes doblados, me pedía un whisky sour, que era mi bebida favorita durante el instituto, lo esperaba mientras él iba a buscar algo al despacho del gerente y luego me traía un paquetito. Después volvía por los cañones, recorría Mulholland —todo estaba desierto, yo iba colocado, fumándome un cigarrillo de clavo—, descendía Laurel Canyon y pasaba por los barrios que se extendían por encima de Ventura Boulevard: empezaba en Studio City y me deslizaba despacio a través de Sherman Oaks en la oscuridad por todo Valley Vista hasta llegar a Encino y luego, tras dejarlo atrás, a Tarzana, conduciendo sin rumbo junto a las casas a oscuras que ribeteaban los barrios residenciales, escuchando a los Kings hasta que llegaba la hora de volver a Mulholland. Tomaba Ventura Boulevard o la 101 y en Van Nuys subía por Beverly Glen, y en ocasiones, de camino a casa, vislumbraba el destello verde de los ojos de los coyotes ante el resplandor de los faros cuando miraban el Mercedes al cruzar Mulholland —a veces en manadas—, y entonces tenía que frenar el coche y esperar a que pasaran acechantes. Y, por mucho que alargase las noches, al día siguiente siempre me las arreglaba para llegar al aparcamiento de Buckley con mi uniforme impoluto minutos antes de que comenzase la primera clase sin rastro de resaca ni cansancio, solo agradablemente entonado.

Si la primavera y el verano de 1981 habían supuesto el sueño, algo paradisíaco, entonces septiembre representó el final de ese sueño con la llegada de Robert Mallory; ahora flotaba la sensación de algo más cerniéndose, se revelaban oscuros patrones y empezábamos a percibir

cosas por primera vez: una señal que no habíamos oído hasta entonces comenzó a llamarnos. No quiero establecer una conexión directa entre ciertos sucesos y la llegada de Robert Mallory en septiembre de 1981 después de aquel verano paradisíaco, pero resulta que coincidió con una especie de locura que descendió lentamente sobre la ciudad. Era como si otro mundo se estuviese anunciando, pintando de un color más oscuro el universo que de forma segura todos habíamos dado por sentado hasta entonces.

Por ejemplo, aquella fue una temporada en la que las casas de ciertos barrios se convirtieron en objetivos vigilados por miembros de una secta cuyo propósito era difícil de dilucidar, el hippy pálido que merodeaba al principio del camino de entrada a tu casa farfullando para sus adentros, interrumpiendo su deambular con unos pasitos de baile, y después, hacia diciembre, hubo casos de explosivos plásticos plantados por toda la ciudad por la secta a la que pertenecían los hippies. De pronto teníamos a un francotirador en el tejado de unos grandes almacenes de Beverly Hills la noche antes de Acción de Gracias, y una amenaza de bomba que vació el restaurante Chasen's la noche de Navidad. De repente oímos hablar de un adolescente que se había convencido de estar poseído por un «demonio satánico» en Pacific Palisades y del elaborado exorcismo realizado por dos sacerdotes para librarlo del demonio, que estuvo a punto de matarlo: el chico sangró por los ojos y se quedó sordo de un oído, desarrolló pancreatitis y le rompieron cuatro costillas durante el ritual. De repente el estudiante de la UCLA enterrado vivo por una broma de cinco compañeros puestos hasta arriba de polvo de ángel en una fiesta de la fraternidad que según comentó un testigo «se les había ido un poco de las manos», y que casi no lo cuenta, terminó en coma en una oscura habitación de uno de los edificios del Medical Plaza. De repente había infestaciones de arañas que florecían en cualquier parte de la ciudad. La historia más estrafalaria de aquel otoño tenía que ver con una mutación, un monstruo, un pez del tamaño de un coche pequeño sacado del mar en Malibú, con la piel blanquigrís y enormes pegotes de escamas de un naranja plateado por todo el cuerpo, y aunque tenía

mandíbulas de tiburón para nada lo era, y cuando los pescadores abrieron aquella cosa encontraron los cuerpos de dos perros perdidos engullidos enteros.

Y luego, por supuesto, estaba el Arrastrero, que empezaba a anunciar su existencia.

A lo largo de más o menos un año se habían producido varios robos en casas y agresiones, y luego desapariciones, y entonces en 1981 encontraron el cadáver de una segunda adolescente desaparecida —la otra había sido encontrada en 1980— y acabaron conectándolo con los allanamientos. Todo esto podría haber sucedido sin la presencia de Robert Mallory, pero el hecho de que su llegada coincidiese con el extraño oscurecimiento que había empezado a formar su leve espiral en torno a nuestras vidas fue algo que no pude pasar por alto, aunque otros sí lo hiciesen, por su cuenta y riesgo. Ya fuese por mala suerte o por aparecer en el momento menos oportuno, aquellos sucesos simplemente iban a la par, y aunque Robert Mallory no fuese el francotirador en el tejado de Neiman Marcus ni el de la llamada telefónica que vació Chasen's, y aunque no guardase relación alguna con el violento exorcismo en Pacific Palisades ni con nadie cercano a la fraternidad de Westwood donde habían arrojado al aspirante a una fosa, su presencia, para mí, estaba conectada con todas aquellas cosas; cada historia de terror que oí aquel otoño, cualquier nimiedad que oscureciese nuestra burbuja y que hasta entonces no habíamos advertido, conducía hasta él.

Hace una semana pedí una reproducción del anuario de Buckley de 1982 en una página web llamada Classmates.com por noventa y nueve dólares y me la enviaron por FedEx a los cuatro días al apartamento de Doheny, y cuando llegó recordé por qué no tenía un ejemplar: no quería que me recordasen las cosas que me sucedieron y a los amigos que perdimos. Nuestro anuario llevó el título de *Imágenes* , y la edición la supervisó una compañera que acabó convirtiéndose en una conocida productora de Hollywood y que le dio una temática cinéfila: intercalados en el anuario había fotogramas de películas, desde *Lo que el viento se llevó* hasta *Gente corriente* , algo que visto en retrospectiva, a

la luz de lo que pasó, parece de una frivolidad casi anómala e insensible, una manera de dibujarle una sonrisa con pintalabios a una máscara mortuoria. Mientras iba pasando lentamente las páginas de la sección de último curso, donde cada uno de nosotros tenía una hoja para recordar, dar las gracias a nuestros padres y añadir fotos de amigos y citas, página pensada para que representásemos quiénes creíamos ser a los dieciocho años, en nuestro mejor momento, me angustiaba que de aquellos sesenta graduados de la clase de 1982 faltasen cinco —los cinco que no lo contaron por diversas razones— y este hecho era ineludible a todas luces: no podía librarme de ello a fuerza de soñarlo ni fingir que no era verdad. Aparecíamos por orden alfabético y después de darle un sorbo a un vaso de ginebra me puse a buscar de forma vacilante dónde los habrían colocado en aquellas sesenta páginas y me di cuenta de que sencillamente no estaban: habían existido durante aquella primera semana de septiembre, pero ahora estaban borrados. En lugar de eso, tres de ellos aparecían mencionados en la sección «In Memoriam» al final del libro.

OTOÑO/1981

1

Recuerdo que era la tarde del domingo anterior al día del Trabajo de 1981 y que nuestro último curso iba a empezar el siguiente martes 8 de septiembre por la mañana; y recuerdo que los establos Windover estaban situados en un acantilado por encima de Malibú donde Deborah Schaffer guardaba a su nuevo caballo, Spirit, en una de las veinte cuadras individuales donde se alojaban los animales, y recuerdo que iba conduciendo solo, siguiendo a Susan Reynolds y Thom Wright en el Corvette descapotable de Thom por la carretera de la Costa del Pacífico, con el mar destellando tenuemente a nuestro lado en el aire húmedo, hasta que llegamos al desvío que llevaba a los establos, y recuerdo que estaba escuchando a los Cars, la canción era «Dangerous Type» —de una cinta donde me había grabado también canciones de Blondie, los Babys, Duran Duran—, mientras subía detrás del coche de Thom por la carretera sinuosa hasta la entrada de los establos, donde aparcamos junto al flamante BMW nuevo de Deborah, el único coche en el aparcamiento aquel domingo, y después de registrar nuestra llegada en recepción continuamos por un camino bordeado de árboles hasta que localizamos a Debbie haciendo trotar en círculos a Spirit cogido por las riendas en un ruedo cercado y vacío (ya lo había montado, pero aún iba ensillado y ella vestía el traje de equitación). La estampa del caballo me impactó, y recuerdo que me estremecí ante su presencia en el calor de última hora de la tarde. Spirit había sustituido a un caballo que Debbie jubiló en junio.

—Eh —nos dijo Debbie con aquella voz plana y monocorde suya.

Recuerdo lo hueca que sonó en el vacío que nos rodeaba: un eco mortecino. Más allá de los cuidados establos pintados de blanco y verde pino había un bosque de árboles que impedía ver el Pacífico; se podían atisbar pequeños retazos de azul vidrioso, pero todo parecía apacible y tranquilo, nada se movía, como si nos rodease una especie de cúpula de plástico. Recuerdo que había sido un día muy caluroso y que sentía que

de algún modo me había visto obligado a visitar los establos porque Debbie era mi novia aquel verano y era algo que se daba por hecho, y no necesariamente algo que yo quisiera experimentar. Pero me había resignado: habría preferido quedarme en casa y trabajar en la novela que estaba escribiendo, aunque a los diecisiete también quería mantener ciertas apariencias.

Recuerdo que Thom dijo «Uau» al acercarnos al caballo, y, como todo en Thom, debió de sonar sincero, pero también, al igual que la entonación de Debbie, plano, como si en realidad no tuviese una opinión: todo estaba genial, todo era cool, todo era un «uau» sin más. Susan murmuró su aprobación mientras se quitaba las Wayfarer.

—Ey, guapo —me dijo Debbie, dándome un beso en la mejilla.

Recuerdo que intenté contemplar con admiración al animal, pero la verdad es que no quería prestarle atención al caballo; y además era tan grande y estaba tan vivo que me tenía impactado. Visto de cerca era imponente, y desde luego me impresionó, pero es que se me antojaba enorme y hecho solo de músculo, una amenaza —«Este podría hacerte mucho daño», pensé—, pero en realidad era pacífico, y en aquel momento no le importaba dejar que le acariciásemos los flancos. Recuerdo que fui consciente de que Spirit era un ejemplo más de la riqueza de Debbie y de su entreverada indiferencia: el coste del mantenimiento y hospedaje del animal debía de ser astronómico y aun así a saber cuánto le interesaba realmente aquello con diecisiete años y si dicho interés se prolongaría. Pero aquel era otro aspecto que no había conocido de Debbie aunque llevásemos yendo juntos al colegio desde quinto; no le había prestado atención hasta entonces: descubrí que siempre le habían interesado los caballos, y el caso es que no me había enterado hasta el verano anterior a nuestro último año de instituto, cuando nos hicimos novios y vi las estanterías de su dormitorio repletas de medallas, trofeos y fotografías en las que aparecía en varias competiciones ecuestres. Siempre me había interesado más su padre, Terry Schaffer, que la propia Debbie. En 1981 Terry Schaffer tenía treinta y nueve años y era inmensamente rico, tras amasar el grueso de su fortuna gracias a varias películas que, en dos

casos inesperados, se convirtieron en grandes taquillazos, y era también uno de los productores más respetados y solicitados de la ciudad. Tenía buen gusto, o por lo menos lo que Hollywood consideraba buen gusto —lo habían nominado dos veces al Oscar—, y le ofrecían constantemente que dirigiese estudios, algo que no le interesaba en absoluto. Además Terry era gay —no abierta, sino discretamente— y estaba casado con Liz Schaffer, que se veía tan perdida entre tanto privilegio y dolor que me preguntaba si seguiría siendo consciente siquiera de la homosexualidad de su marido. Deborah era su única hija. Terry murió en 1992.

Thom le estaba haciendo preguntas generales sobre el caballo a Debbie y Susan me echó una mirada y me sonrió; yo puse los ojos en blanco, no por Thom, sino por la no-situación reinante. Susan hizo lo mismo: se produjo una conexión entre nosotros que excluía a nuestras respectivas parejas. Después de acariciar y admirar al caballo no parecía que hubiese ninguna razón para quedarnos allí plantados, y recuerdo que pensé: ¿Para esto he venido en coche hasta Malibú? ¿Para contemplar y acariciar al puñetero caballito nuevo de Debbie? Y recuerdo que me quedé allí sintiéndome un poco ridículo, aunque estoy seguro de que ni Thom ni Susan se sentían así: ellos casi nunca se molestaban, nada contrariaba a Thom ni a Susan, todo se lo tomaban bien, y la expresión de impaciencia de Susan parecía dirigida simplemente a apaciguarme, pero lo agradecí. Debbie me dio un beso suave en los labios.

—¿Nos vemos luego en mi casa? —me preguntó.

Me distrajo un momento la conversación susurrada entre Thom y Susan antes de atender de nuevo a Debbie. Recordé que aquella noche tenía invitados en su casa de Bel Air y sonreí con naturalidad para tranquilizarla.

—Sí, claro.

Y acto seguido, como si lo tuviéramos todo ensayado, Thom, Susan y yo nos volvimos a los coches mientras Debbie llevaba a Spirit a su cuadra acompañada de alguien del personal del Windover, uniformado con vaqueros blancos y una cazadora. Seguí a Thom y Susan por la carretera de la Costa del Pacífico y cuando tomaron la salida a la

izquierda en Sunset Boulevard que nos llevaría desde la playa hasta East Gate Bel Air, sonaba una canción de mi cinta que me gustaba aunque jamás lo habría admitido, «Time for Me to Fly» de REO Speedwagon, una balada cursilona sobre un perdedor que reúne el valor para decirle a su novia que la deja, y aun así para mí, con diecisiete años, era un tema sobre la metamorfosis, y el verso «I know it hurts to say goodbye, but it's time for me to fly…» significaba algo más aquella primavera-verano de 1981 en que conecté con la canción. Iba de abandonar tu propio territorio para pasar a otro, como había estado haciendo yo. Y me recuerdo en los establos no porque allí sucediese nada —solo éramos Thom, Susan y yo yendo en coche a Malibú para ver el caballo—, sino porque fue la tarde que precedió a la noche en que oímos por primera vez el nombre de un nuevo alumno que vendría a nuestra clase aquel otoño en Buckley: Robert Mallory.

Thom Wright y Susan Reynolds llevaban saliendo juntos desde el segundo año de instituto, y ahora eran los alumnos más populares no solo de nuestra clase sino de todo el cuerpo estudiantil de Buckley después de que Katie Choi y Brad Foreman se graduasen en junio, y era evidente por qué: Thom y Susan tenían una belleza informal, americanísima, el pelo rubio oscuro, ojos verdes, la tez sempiternamente bronceada, y existía cierta lógica en la manera en que habían gravitado inexorablemente el uno hacia el otro y se movían por todas partes como una unidad individual: casi siempre estaban juntos. Ambos provenían de familias acaudaladas de L.A., pero los padres de Thom estaban divorciados y su padre se había mudado a Nueva York, y solo cuando Thom viajaba a Manhattan para visitarlo dejaba de estar estrechamente cerca de Susan. Durante unos dos años estuvieron enamorados, hasta aquel otoño de 1981, cuando uno de ellos dejó de estarlo, lo que desencadenó una serie de sucesos espantosos. Los dos me tenían fascinado, pero nunca reconocí ante ninguno de ellos que lo que sentía realmente era amor.

Había sido el amigo varón más cercano de Susan desde que nos conocimos en Buckley en séptimo, y cinco años después lo sabía aparentemente todo sobre ella: cuándo tenía la regla, los problemas con

su madre, todas y cada una de las privaciones y penurias imaginarias que creía soportar, sus enamoramientos de compañeros antes de Thom. Sabía en cierto modo que yo la amaba en secreto, pero a pesar de ser tan íntimos nunca dijo nada, solo en ciertos momentos bromeaba con el hecho de que le prestase demasiada atención o no la suficiente. Alguna vez me había sentido halagado de que nos tomasen por pareja y no me había esforzado lo más mínimo en desmentir los rumores sobre nosotros hasta que Thom entró en escena. Susan Reynolds era el prototipo de californiana sureña cool incluso con trece años, antes de que empezase a conducir un BMW descapotable siempre un poco puesta de marihuana o de Valium o con medio Quaalude (pero sin dejar de funcionar: no le costaba ningún esfuerzo ser una estudiante de sobresalientes) y con las Wayfarer puestas descaradamente mientras cruzaba los umbrales arqueados en estuco para entrar en clase a menos que un profesor le pidiese que se las quitara (al parecer todos los alumnos de Buckley tenían unas gafas de sol de diseño, pero no se les permitía llevarlas puestas dentro del campus salvo en el aparcamiento y en las pistas deportivas de Gilley). Susan parecía confiármelo todo durante los últimos años de secundaria —en los setenta se llamaba «intermedia»—, y aunque yo tampoco es que le correspondiese con la misma franqueza le había revelado lo suficiente como para que supiera cosas de mí que nadie más sabía, pero solo hasta cierto punto. Algunas no pensaba contárselas nunca.

Susan Reynolds se convirtió de facto en la reina de nuestra clase a medida que íbamos avanzando de curso: era guapa, sofisticada, enigmáticamente discreta y desprendía un aire de sexualidad despreocupada incluso antes de formar pareja con Thom —y no porque fuese facilona; de hecho había perdido la virginidad con Thom y no había tenido sexo con nadie más—, pero la belleza de Susan siempre intensificaba en nosotros la idea de su sexualidad. Thom terminó yendo un paso más allá y el aura sexual de Susan se volvió más pronunciada una vez que empezaron a salir, cuando todos supimos que follaban, pero era algo que siempre había estado ahí; y aunque de hecho no follaran al principio, durante las primeras semanas de aquel otoño de

1979 en que se hicieron pareja, la pregunta era: ¿cómo dos adolescentes tan atractivos no iban a estar follando entre ellos? Hacia septiembre de 1981 Susan y yo seguíamos siendo íntimos y, en cierto modo, creo que se sentía más cercana a mí que a Thom —teníamos, por supuesto, una relación distinta—, pero ahora parecía existir un cierto recelo, no necesariamente hacia algo concreto sino un malestar general. Susan llevaba dos años con Thom y un tedio vago pero perceptible se había apoderado de ella. Por aquel entonces los celos que me inspiraban y que casi me habían destrozado comenzaban, pensaba yo, a disolverse.

Thom Wright, al igual que Susan Reynolds, había empezado a asistir a Buckley en séptimo, procedente de la escuela Horace Mann. Sus padres se divorciaron estando él en primer año de instituto y vivía con su madre en Beverly Hills cuando su padre se mudó a Manhattan. Aunque siempre había sido mono —claramente el chico más mono de nuestra clase, adorable incluso—, no fue hasta que algo le sucedió durante el verano de 1979, tras volver de Nueva York después de pasar julio y agosto con su padre, cuando de algún modo, inexplicablemente, Thom se convirtió en un hombre; se había producido una especie de metamorfosis, la monería y la adorabilidad se habían esfumado, y empezamos a verlo de otra forma: de repente, cuando lo vimos volver al colegio aquel septiembre de nuestro segundo año, lo sexualizamos oficialmente. Aunque yo siempre había sexualizado a Thom Wright, ahora todos los demás eran conscientes de que se había *formado* , el contorno de la mandíbula parecía más pronunciado, el pelo más corto —algo generalizado entre los chicos de Buckley (principalmente por normas del centro), pero su peinado tenía algo de estiloso, de trascendente, un pie en la virilidad—, y cuando lo atisbé en el vestuario aquella primera semana a la vuelta del verano cambiándose para Educación Física (durante toda nuestra estancia en Buckley nuestras taquillas estuvieron pegadas la una a la otra), contuve una exhalación al comprobar que obviamente había estado haciendo ejercicio y que su pecho, sus brazos y su torso estaban definidos como no lo habían estado a finales de junio, la última vez que lo había visto en bañador en

una fiesta en la piscina de la casa de Anthony Matthews. También tenía pálida la zona alrededor de los muslos y el culo recién musculados —el lugar donde el bañador había impedido el paso del sol durante los fines de semana en los Hamptons—, una blancura que contrastaba con el resto de su cuerpo bronceado, cosa que me impactó. Thom se había convertido en un ideal de belleza adolescente masculina y lo que resultaba tan seductor era que a él no parecía importarle, no parecía ser consciente, como si se tratase de un don natural que le hubiese sido otorgado: no tenía ego. Yo había descartado infinidad de veces cualquier idea de que mis sentimientos por él fuesen correspondidos, porque Thom era decididamente heterosexual de formas que yo no lo era.

Este enamoramiento primigenio de Thom podría haberse visto renovado durante aquellas primeras semanas después de su regreso de Nueva York aquel septiembre de 1979, pero de repente él estaba con Susan y de forma casi natural nos convertimos en una suerte de trío en cuanto tuvimos coches a la primavera siguiente, saliendo juntos los fines de semana, yendo al cine en Westwood, tumbándonos en la arena del Jonathan Beach Club de Santa Mónica y recorriendo el Century City Mall, así que mi enamoramiento de Thom y de Susan dejó de tener ningún sentido. Tampoco es que Thom se hubiese dado cuenta, aunque estoy convencido de que Susan sí había percibido mis sentimientos y sabía que la deseaba: cabe decir que Thom no era un tipo muy perspicaz —respecto a muchas cosas—, y aun así hacía gala de una inconsciencia intrigante que resultaba atractiva y reconfortante, nunca había ninguna tensión, era el súmmum de la despreocupación sin ser un fumeta. Para cuando terminamos el tercer año de instituto la única droga que le gustaba era la coca, y solo una o dos rayas, con unas pocas esnifadas tenía la fiesta hecha, y no bebía salvo alguna Corona ocasional. Era tan fácil estar con él y se mostraba tan abierto a cualquier propuesta que cuando fantaseaba con entrarle a menudo soñaba que él me dejaba hacer, por lo menos un poco, antes de rechazar suavemente mis insinuaciones aunque no sin darme un beso y un apretón sugerente en el muslo para tratar de tranquilizarme en

vano. En algunas de mis fantasías más elaboradas Thom no me rechazaba sexualmente y acabábamos los dos empapados en sudor, y en mis sueños el sexo era exageradamente intenso y después, me imaginaba, me besaba largamente, jadeando, riéndose por lo bajo, asombrado del placer que le había dado yo de formas que Susan Reynolds nunca podría proporcionarle.

No quería que Debbie Schaffer me besase en los establos Windover aquella tarde delante de Thom y Susan, pero tampoco me había importado. En cierto modo, era un experimento; no me planteaba tener novia el año de graduación en Buckley si no era Susan Reynolds, pero el caso es que al comienzo de aquel verano Debbie se había convertido, de algún modo inexplicable, precisamente en eso. Estábamos en otra fiesta en casa de Anthony Matthews cuando empezó a montárselo conmigo mientras estaba en una tumbona junto a la piscina iluminada. Yo iba puesto de Quaaludes, ella de coca, era medianoche, sonaba «I Got You» de Splitz Enz dentro de la casa («… I don't know why sometimes I get frightened…») y me encontraba en una fase en la que aún intentaba que me atrajesen las chicas —aún no se me había pasado—, así que al parecer se dieron todos los elementos requeridos. Simplemente se me echó encima y yo me sorprendí siguiéndole el juego. La verdad es que no me importaban las apariencias —aunque desde luego no me había revelado como bisexual y no me apetecía engañar ni a una chica ni a un chico—, pero también era bastante pasivo, y en lo que respectaba a Debbie Schaffer, a quien conocía desde quinto, me limité a complacerla en todo lo que deseara aquel verano, y creo que incluirla acabó de redondear el grupo que formábamos Susan, Thom y yo, y de hacerlo menos doloroso para mí, con la esperanza de darle celos a uno u a otra, lo cual por supuesto no sucedió jamás. También quise intimar con Debbie por si eso me acercaba a Terry Schaffer, el padre famoso, por el que siempre me había sentido atraído y a quien sin embargo no conocía después de tantos años, y eso que a Debbie la conocía aparentemente de toda la vida.

El último año de primaria, Debbie había pasado de ser una chica de aspecto más o menos desmañado —aunque siempre extravagantemente

segura de sí misma, o tal vez solo se arrogaba dicha seguridad, pero era rechoncha, con su aparato dental y su coleta— a una especie de fantasía de chica fácil para chicos adolescentes. Tenía unos pechos grandes y erguidos y no perdía oportunidad de enseñar el escote. Se suponía que una chica de Buckley no debía hacer eso, la blusa blanca tenía que ir abotonada hasta arriba, pero muchas chicas ignoraban esta norma entre segundo y tercer año del instituto, y, dependiendo de qué adulto lo viese, se había acabado permitiendo: las normas eran maleables. Tenía unas piernas impresionantes, largas, bronceadas y depiladas, y los zapatos de colegiala que llevaba con calcetines blancos por encima del tobillo contribuían a convertirla en un fetiche; el dobladillo de la falda gris del uniforme rozaba el límite de lo permitido de manera que se le veía buena parte del muslo, y con frecuencia cuando se sentaba era fácil ver un atisbo de las braguitas rosa claro que tanto le gustaban. Aquel último año llevaba el pelo rubio platino, inspirado en Blondie, y aunque el maquillaje iba contra las normas para las más jóvenes (hacían la vista gorda con el brillo labial), entre el penúltimo y el último curso se permitía un mínimo, y a menudo las chicas llevaban pintalabios sutiles, aunque el de Debbie era desafiante, rosa vivo y rojo sangre, por mucho que algún profesor o el director, el doctor Croft, le pidiese que se lo quitara. Susan apenas se maquillaba, porque a Thom no le gustaba.

Pese a que, en mi cabeza, la pareja que formaban Thom y Susan se me antojaba definida como pocas cosas en aquel momento minimalista que atravesábamos en 1981, inspirado por la New Wave y el punk —embotamiento y desapego, un rechazo general del kitsch setentero, ahora todo era diáfano con vértices afilados—, ambos representaban una vuelta a una época lejana, por muy actualizados y a la última que pareciesen; a menudo actuaban como si pudieran haber sido el rey y la reina del baile de una película rodada a principios de los sesenta: felices, despreocupados, desacomplejados. Pero a partir de cierto momento —hacia finales de la primavera de 1981, casi dos años después de que empezaran a salir—, supe que Thom era más feliz que Susan. Un día hacia el final del penúltimo año, mientras Thom estaba

entrenando a béisbol y yo iba paseando con Susan por Westwood después de clase con nuestros uniformes de Buckley, ella me comentó: «No es que Thom sea tonto…». Lo dijo sin venir a cuento, y no supe cómo responder, me limité a echarle una mirada. Era cierto: sacaba buenas notas, mantenía una media alta (no le quedaba otra, por los deportes que practicaba y en los que destacaba: fútbol americano, baloncesto, fútbol, béisbol, atletismo), y leía y admiraba libros (en segundo estrechamos vínculos por lo mucho que nos gustaban *El gran Gatsby* y *Fiesta*), y se había vuelto casi tan cinéfilo como yo, a menudo me acompañaba a salas de cine clásico como el Nuart, donde le instruía sobre las diferencias entre el buen Robert Altman y el malo, y sobre por qué Brian de Palma era un director importante.

—Pero puede ser… —empezó Susan, luego se calló.

Recuerdo que escogió las siguientes palabras con sumo cuidado mientras estábamos delante del Postermat, decidiendo si entrábamos. Me acuerdo de que al lado, en el Bruin, ponían *Atmósfera cero,* una película ambientada en una de las lunas de Júpiter.

—No corto —dijo, y otra pausa—. Pero nada curioso.

Bueno, Thom no necesitaba ser nada, le discutí medio en broma. Estaba bueno, su familia tenía dinero, a Thom le iría bien fuese tonto o no. ¿Qué intentaba decirme?

Susan me miró de una manera extraña después de decir yo aquello, aparentemente molesta de que defendiese con tan franca efusividad algo tan inocuo y vago.

—No se puede decir que tú no estés bueno, Bret —dijo Susan mientras avanzábamos despacio por la acera.

Yo iba balanceando una bolsa amarilla de Tower Records (el *East Side Story* de Squeeze, el elepé de Kim Carnes donde salía «Bette Davis Eyes») y traté de parecer lo más desenfadado posible cuando dije:

—Pero yo no soy Thom.

Eso la irritó.

—Dios, parece que quieras salir con él.

—¿Salir? —dije con una sonrisa burlona—. ¿Tengo posibilidades? —Estaba de broma, pero quería ponerla a prueba.

Susan me miró, sonriendo al principio, y recatada, con las Wayfarer puestas, los labios con un leve toque de brillo color chicle, y luego me contestó muy seria:

—No, no creo. No, para nada.

La manera de responderme, con aquella rotundidad despreocupada, me molestó.

—Hostia, Susan, estoy de coña —dije, aunque, por supuesto, no lo estaba.

Susan no dijo nada mientras cruzábamos Broxton, siguió mirándome aunque no le veía los ojos por culpa de las Wayfarer: estaba intentando discernir algo.

—¿Cómo sabes que Thom no querría? —le pregunté.

Al final soltó un suspiro y dijo:

—Ay, Bret, espero que seas feliz. De verdad. Yo te guardo el secreto.

Me eché a reír y dije:

—Tú no conoces mis secretos.

Pero nosotros siempre encontrábamos cabos sueltos y secretos por todas partes, y yo no tenía pocos, y en aquel momento me pregunté cuáles conocía Susan, cuáles había descubierto y cuáles seguían siendo un misterio para ella.

Todo se aceleraba cuando conseguías tu primer coche a los dieciséis: de pronto eras autónomo de una manera que hasta entonces no conocías, podías valerte por ti mismo, o eso pensábamos —esa era la ilusión—, y ahora que éramos mayores, y sobre todo si no teníamos hermanos —curiosamente ninguno de nosotros tenía, ni Thom ni Susan ni Deborah ni Matt Kellner ni yo—, eso animaba a nuestros padres a trabajar más horas, a viajar con menos restricciones, muchos de ellos a sets de rodaje en países lejanos, o simplemente se montaban vacaciones más elaboradas y dejaban casas vacías en Bel Air, Beverly Hills y Benedict Canyon, y a lo largo de los acantilados de Mulholland y en Malibú, ausencias de las que nos aprovechábamos los chicos de tercero. Y gracias a estas autonomía y movilidad nuevas íbamos a casa de un amigo siempre que queríamos o quedábamos en el club de playa a nuestro antojo, y algunos de los chicos ahora compraban porno

abiertamente en los quioscos de Sherman Oaks y Studio City, o a veces conducían hasta West L.A. o Hollywood para enseñar un carnet falso y comprar revistas y vídeos.

También empezamos a pasar tiempo en el Odyssey, un club nocturno para todas las edades en Beverly Boulevard cerca de la esquina con La Cienega, donde no se servía alcohol pero si te conocías el percal podías pillar Quaaludes, hierba y bolsitas de cocaína, y, al menos para mí, el Odyssey tenía el encanto añadido de que iban también gais aun cuando fuese un club marcadamente hetero; y aunque fuesen tal vez más mayores de lo que yo buscaba, fue la primera vez que me encontraba tan cerca de ellos y me resultaba ligeramente emocionante, aun cuando no hiciese nada excepto bailar con Thom, Susan, Jeff y a veces Debbie y Anthony o quienquiera que aguantase allí hasta las dos o las tres de la madrugada los fines de semana, y como esa primavera nuestros padres estaban casi siempre fuera podíamos regresar a casa cuando nos apeteciese, dormir hasta tarde y luego volver a empezar de nuevo: esto era lo que nos facilitaban los coches.

Tampoco dependíamos ya de que nuestros padres nos llevasen hasta Westwood Village, donde quedábamos para ver dos, tres o incluso cuatro películas (si nos sentíamos particularmente ambiciosos), que era como pasábamos los sábados, poniéndonos al día de todos los estrenos del viernes; el grupo evolucionaba cada fin de semana dependiendo de qué películas diesen y de quién quisiera ver qué, y normalmente éramos Thom, Jeff, Anthony y yo, a veces Kyle y Dominic. Los sábados por la mañana decidíamos qué ver en una serie de llamadas que se iban solapando mientras repasábamos la cartelera de *Los Angeles Times* (la única manera de enterarse en 1981 de qué echaban, dónde y cuándo), y llegado cierto punto programábamos exactamente todo lo que haríamos a lo largo del día para que las chicas supiesen dónde encontrarnos luego. Normalmente a ellas no les interesaban las dos o tres matinés que planeábamos ver y se reunían con nosotros para una cena ligera —casi siempre sushi en un sitio que frecuentábamos por debajo de Le Conte Avenue, a media manzana del Village Theater— y para la última película de la noche.

Los chicos empezábamos la jornada comiendo en algún lugar a mediodía; uno de nuestros sitios preferidos era el Yesterdays y el sándwich Monte Cristo que servían, o bajábamos en el ascensor a pie de calle hasta el Good Earth, un exclusivo restaurante de comida sana muy de moda, donde bebíamos unos vasos gigantes de té helado aromatizado con canela y comíamos ensaladas, o nos embutíamos en uno de los reservados rojos del Hamburger Hamlet para comer sándwiches de carne en pan de centeno tras comprar las entradas para la siguiente película en el Bruin, contiguo a Weyburn. La cena era a veces en el Chart House o en el italiano de la vieja escuela Mario's, y entremedias íbamos a la sala de recreativos Westworld para jugar al Space Invaders y al Pac-Man, o rebuscábamos en el Postermat mientras atronaban las bandas de chicas sesenteras, o buscábamos música nueva en Tower Records o en la Wherehouse, u hojeábamos libros de bolsillo en cualquiera de las enormes librerías que salpicaban las calles (en 1981 había cinco o seis, hoy no queda ninguna). La noche terminaba en Ships, una cafetería retro en Wilshire, situada en la frontera de Westwood Village, con un tejado en forma de bumerán y un letrero de neón atómico, donde pedíamos Coca-Colas, batidos de vainilla y fumábamos cigarrillos de clavo, con ceniceros y una tostadora en cada mesa, y allí nos quedábamos hasta pasada la medianoche. Aprovechábamos de forma tentativa aquella libertad recién estrenada que se había abierto para nosotros, activando algo en nuestro grupo que nos hacía querer convertirnos rápidamente en adultos y dejar atrás lo que ahora nos parecía el opresivo mundo de la infancia. «Time for me to fly…».

A finales de mayo de 1980 —el 23 de mayo, para ser exactos—, se estrenó *El resplandor,* y yo quería verla cuanto antes.

Había leído la novela cuando se publicó en 1977, ya era un gran fan de Stephen King y me sabía prácticamente de memoria *Carrie* y *El misterio de Salem's Lot* , sus dos primeros libros, y *El resplandor* me aterrorizó tremendamente a mis trece años: el Overlook Hotel encantado, el padre furioso y alcohólico poseído y llevado a un trance homicida por los espíritus del lugar, el hijo aterrado en peligro, redrum

, los setos animales que cobran vida. Me obsesionó, y sigue siendo una de las novelas clave que me hizo querer ser escritor. De hecho, en el verano de 1978, en cuanto acabé de leer *El resplandor* por tercera vez, empecé a escribir una novela en la que continuaba trabajando a finales de la primavera de 1980, aunque estaba a punto de abandonarla para dedicarme a lo que finalmente sería *Menos que cero* .

Cuando me enteré de que Stanley Kubrick estaba adaptando *El resplandor* a una escala fastuosa, captó toda mi atención de inmediato; se convirtió en la película más esperada de toda mi vida, y seguí muy de cerca su accidentada producción (retrasos, tomas interminables, un incendio que destruyó el plató principal, los costes disparados) y no creo que haya seguido nunca el rodaje de una película con mayor interés; ni siquiera las que se hicieron más adelante de mis novelas me fascinaron tanto como la que Kubrick estaba rodando de *El resplandor* . Estaba casi paralizado por la expectación. Y entonces, a finales de 1979, salió un tráiler; era simple, casi minimalista, solo una imagen —cómo se echan de menos los tráileres que no te cuentan la película entera como los avances en tres actos de hoy en día— de un ascensor del Overlook cuyas puertas parecen abrirse poco a poco empujadas por la sangre que llena su cabina y que empieza a derramarse a cámara lenta y a acercarse a nosotros en grandes olas hasta que impacta contra el objetivo, volviéndolo rojo, mientras los créditos de la película van deslizándose hacia arriba en un azul fluorescente sobre la misma imagen. Vi el tráiler muchas veces durante el otoño de 1979 y a lo largo de la primera mitad de 1980, y siempre lo encontraba arrebatador. Empecé a contar los días, las horas, que faltaban para ver la película.

No podía ir el mismo día 23 por las clases, y tampoco quería tener que soportar Westwood un viernes noche a reventar de gente, así que mi plan era ir al día siguiente, el sábado 24 de mayo, a la sesión de las diez de la mañana, porque sabía que no estaría tan lleno como en los pases posteriores. Sorprendentemente, los demás se inclinaron por ir al Village a la una del mediodía: era un sábado, querían dormir hasta tarde, las diez era demasiado temprano. Repliqué a Thom y a Jeff que

más tarde las colas serían kilométricas, dado que por un acuerdo de exclusividad en Los Ángeles la película solo se proyectaba en tres cines, pero al final ninguno de ellos me secundó y dijeron que ya me verían después de la película para almorzar en D. B. Levy's, un deli que frecuentábamos en Lindbrook Drive, y que luego iríamos por la tarde a ver *El imperio contraataca* en el Avco. Me sentí muy decepcionado —yo quería ver *El resplandor* con Thom—, pero eso no disminuyó mi emoción. Sería la primera vez que conduciría hasta Westwood para ver una película solo, sin los demás, y me sentí increíblemente adulto acelerando por Mulholland hacia Beverly Glen aquella mañana de sábado en el coche que había heredado de mi padre, un Mercedes 450SEL verde metalizado, un tanque de cuatro puertas que no era para nada el vehículo deportivo que anhelaba a los dieciséis.

Dejé el coche en el aparcamiento de Broxton, enfrente del Village Theater, a las nueve y media —iba escuchando una cinta recopilatoria compuesta básicamente por el *Look Sharp* y el *I'm the Man* de Joe Jackson, más un par de canciones del *London Calling* de los Clash y del *Armed Forces* de Elvis Costello—, y me alivió comprobar que solo se había formado una pequeña cola en taquilla, así que enseguida pasé directamente a la sala. Recuerdo, no sé por qué, que llevaba una camisa nueva de Ralph Lauren muy a la moda, color verde mar con la insignia del caballo de polo morada, y vaqueros Calvin Klein con náuticos, y que no me quité las Wayfarer cuando compré la entrada. *El resplandor* tenía calificación para mayores y por un momento me preocupó que me pidiesen el carnet por mucho que tuviese uno falso que apenas usaba; la ciudad era permisiva, así que no lo necesité aquella mañana: cuatro dólares, un adulto. Cuando entraba en el majestuoso vestíbulo —contemplando los leones alados esculpidos hacia la mitad de la encalada torre fox de cincuenta metros que presidía las avenidas Broxton y Weyburn, en lo alto de la cual se encendía por la noche un rótulo azul y blanco que la coronaba, el fuste iluminado, un faro—, volví a recordar que era la primera vez que iba solo a Westwood y me sentí verdaderamente adulto y me estremecí de expectación ante lo que me deparaba el futuro. Compré una caja de Junior Mints y pasé del

resplandeciente vestíbulo art déco a la oscuridad del gigantesco auditorio.

El cine estaba menos atestado de lo que esperaba, pero solo eran las nueve y cuarenta y acabaría llenándose, pensé mientras me sentaba y me quedaba mirando los inmensos cortinajes que formaban el telón sobre la pantalla de setenta milímetros. Ahora que lo escribo, no me puedo creer que estuviese veinte minutos sin hacer nada, simplemente allí sentado, pensando en cosas, en Thom y Susan, esperando sin un móvil que mirar, esperando sin nada que me distrajese. En lugar de eso, contemplé la sala, mi favorita de Westwood y la más grande, cuatrocientas butacas; conformaba un vasto mundo en sí mismo en el que encontraba refugio y era uno de los pocos sitios donde era consciente de que podía salvarme, porque las películas eran una religión en aquel momento, podían cambiarte, alterar tu percepción, podías levantarte hacia la pantalla y compartir un momento de trascendencia, todas las desilusiones y temores se borraban durante unas horas en aquella iglesia: las películas actuaban en mí como una droga. Pero también tenían que ver con el control: eras un voyeur sentado en la oscuridad observando cosas secretas, porque eso eran las películas, escenas que no deberías estar viendo y que nadie en la pantalla sabía que estabas viendo. En todo esto era en lo que pensaba mientras presionaba muy despacio un Junior Mint, dejando que se disolviese en mi lengua, echando vistazos a las manecillas del reloj que avanzaban hacia las diez en punto. Las luces de la sala parecieron ir atenuándose poco a poco, aunque faltaban todavía dos minutos para que se abriese el telón. La ominosa música de la banda sonora comenzó a sonar muy bajo, anunciándose en el auditorio abovedado: cascabeles de serpiente, gorjeos de pájaros y trompas quejumbrosas. Comprendí, emocionado, que en este pase no habría tráileres.

Y entonces fue cuando vi al chico.

Esa es la razón por la que nunca he olvidado el pase de las diez de *El resplandor* el 24 de mayo de 1980 en el Village Theater de Westwood. Por él.

Yo estaba sentado en la grada superior de la sección del patio de

butacas —por encima de mí tenía un palco de dos niveles al que se accedía por la tercera planta del cine y que se cernía sobre las últimas diez filas del patio de butacas sin entorpecer la vista—, en un asiento lateral, cerca del pasillo, cuando lo vi: un chico más o menos de mi edad tan asombrosamente guapo que al principio pensé que era una estrella de cine o un modelo de la revista GQ con el que había fantaseado. Parecía estar buscando a alguien mientras avanzaba por el pasillo que se iba oscureciendo, todo cada vez más en penumbra a nuestro alrededor. Su cara consistía en una serie de cortes angulosos y tenía una buena mata de pelo rubio y rebelde, corto y peinado hacia atrás; se quedó allí de pie, acentuando así la angulosidad de sus rasgos; tenía unos labios carnosos, los pómulos levemente hundidos y la nariz aguileña. Era alto, tal vez uno ochenta, de cintura fina, ancho de hombros, y al pasar vi que movía la boca mascando chicle, y pude ver también las largas pestañas y di por hecho que tenía los ojos azules y el cuerpo entero bronceado. Una oleada de lujuria rompió con fuerza contra mi pecho y de pronto me estaba muriendo de ganas de él —la sensación fue tan inmediata y tan brutal que me quedé pasmado—, y la suma de aquella nueva presencia a la expectación de ver la película que por fin estaba a punto de empezar me obligó a ralentizar mi respiración. El chico despertó algo primario en mí que no había sentido nunca: lo deseé de inmediato, necesitaba ser su amigo, tenía que establecer contacto, tenía que verlo desnudo, tenía que hacerlo mío. Me removí en el asiento cuando el telón empezó a levantarse, revelando la inmensa blancura de la pantalla; tenía los puños apretados, me giré y estiré el cuello esperando ver dónde había ido.

El logo de la Warner Bros. se acercaba hacia nosotros mientras los créditos iniciales de *El resplandor* comenzaban sobre planos aéreos del Volkswagen de la familia recorriendo las carreteras desiertas rumbo al Overlook. Pero era incapaz de concentrarme, porque en ese momento vi que el chico bajaba por el otro pasillo. Ahora estaba más lejos, pero pude apreciar mejor su cuerpo: los vaqueros ceñidos le marcaban el culo, que ascendía estrechándose en una larga espalda —aquello sería siempre lo primero en lo que me fijaría de un hombre—, y me quedé

observando hipnotizado mientras el chico, aquel dios, atravesaba el pasillo y desaparecía de mi campo de visión. Debía de ser mayor que yo, pensé; tal vez era un estudiante de la UCLA, un graduado incluso, demasiado viril para seguir en el instituto. Lo volví a ver, a media película, cuando subía de nuevo por el pasillo, y tuve que controlar todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo para no seguirle hasta, supuse, los lavabos o el puesto de bebidas, porque me echó una ojeada mientras lo miraba pasar —establecimos contacto visual, se dio cuenta de que lo observaba— y desvió la mirada pero no antes de demorarse un instante en mí, y yo fantaseé con la posibilidad de que él también me deseara.

Una vez terminada la película —desinflado, aquello no se parecía en nada al libro, me sentí estafado pero también sabía que necesitaba que me impresionase después de haber esperado tanto tiempo para verla—, salí al vestíbulo esperando encontrar al chico, pero ya no lo vi por ninguna parte: tampoco estaba en la cola del servicio de caballeros, lo comprobé, y luego me quedé esperando un rato por allí para ver si estaba dentro, pero no fue así, y cuando salí a la calle por la puerta principal tampoco estaba. La multitud para la siguiente sesión, a la una, era enorme: la cola serpenteaba alrededor de la manzana, a todo lo largo de Broxton y después giraba por Le Conte, y luego volvía a bajar por Gayley hasta llegar a las taquillas del cine, dibujando un cuadrado casi ininterrumpido de cuatro manzanas. Además parecía haber centenares de personas fuera del Village Theater que no estaban en la cola, simplemente charlando y pasando el rato bajo la gigantesca torre fox , y allí me quedé yo también, solo unos momentos, consciente de que no vería de nuevo a aquel chico mágico pero esperando atisbarlo de todas formas. Y sin embargo me alegré de no verlo: habría sido algo demasiado abrumador y en última instancia teñido de decepción, porque nunca podría ser para él lo que él acabó siendo para mí. Incluso incluí una versión de él en un relato corto que estaba escribiendo aquel verano, donde se convirtió en un personaje que yo podía controlar.

Mientras seguía el coche de Thom por Sunset aquella tarde de septiembre antes del día del Trabajo, surcando las curvas del bulevar

en dirección a Bel Air, reflexioné sobre el verano que acababa de terminar: quedando con Debbie, los días entre semana en el club de playa, las noches alargadas en Du-par's después de bailar en el Seven Seas medio achispados de whisky sours —la edad legal para beber en L.A. era veintiuno, pero todo el mundo tenía carnets falsos—, y ya habíamos dejado muy atrás a los adolescentes del Odyssey; hubo fiestas en piscinas, generalmente en casa de Anthony Matthews o en la de Debbie Schaffer; vimos *En busca del arca perdida* en un pase de preestreno en la Paramount por cortesía de Terry; unos pocos fuimos a la sesión de medianoche de *Un hombre lobo americano en Londres* en el Avco de Westwood el fin de semana de agosto en que se estrenó, completamente fumados, riéndonos y chillando exageradamente cuando David Naughton se transformaba en un monstruo; empezamos a ir a ver bandas de New Wave en clubes más pequeños; estábamos pasando de los Eagles en el Long Beach Arena (donde los habíamos visto mientras se separaban en el escenario durante lo que sería su último concierto en los siguientes quince años) y Pink Floyd tocando *The Wall* en el Sports Arena en febrero —nuestros gustos musicales estaban cambiando—, y ahora, en cambio, todo era X en el Whisky, las Go-Go's en el Starwood, los Plimsouls en el Roxy. Fue el verano en que cambiaron las modas: todos los chicos de clase llevaban polos Ralph Lauren de colores llamativos como huevos de Pascua —rosa, azul, verde y morado—, algo que Thom Wright y yo habíamos empezado, aunque ahora nos los poníamos con el cuello levantado, pantalones cortos a cuadros y jerséis de punto, y llevábamos camisas de vestir con el águila del logo de Armani como parte de nuestro uniforme de Buckley, y los náuticos y los mocasines sustituyeron a los zapatos de hebilla estándar y a las deportivas. La moda masculina del momento seguía siendo pulcra, pija, en ocasiones vagamente italiana, más *El jardín de los Finzi-Contini* que *Jóvenes ocultos* ; estábamos aún muy lejos de las hombreras y los peinados mullet y el kitsch bufonesco de mediados de los ochenta, y la mayoría de los chicos llevaban el pelo corto e iban muy arreglados y las chicas tomaban sus estilismos de los clásicos retro: pantalones capri, faldas abullonadas, tafetán. Tratábamos

de ir elegantes, el objetivo era ser molones, queríamos hacernos adultos. Fue el agosto en que la MTV empezó a emitir vídeos, pero ninguno sospechábamos en lo que iba a convertirse aquello; el «Video Killed the Radio Star» de los Buggles fue el primer vídeo que emitió el canal, y aunque conocíamos la canción y habíamos estado escuchando el disco donde aparecía, *The Age of Plastic* , no sabíamos hasta qué punto aquella canción y aquel vídeo se metamorfosearían en una audaz premonición.

Como he dicho, el verano de 1981 había sido un sueño —«paradisíaco», me gustaba denominarlo—, y por eso visualizaba cómo se desplegaba ante nosotros un año de graduación sin demasiadas complicaciones, un año que recorrería como quien interpreta un papel bien ensayado mientras trataba de dilucidar adónde escapar, quizá a algún sitio en la Costa Este, quizá más lejos, al otro lado del océano. Qué año tan inocente iba a ser aquel, pensaba mientras conducía por el Sunset, por el que avanzaría de forma tan fácil e indolente.

Hacia el final de aquel verano descubriría que aunque nos conocíamos todos desde al menos séptimo curso y se suponía que éramos amigos íntimos y dábamos por sentadas tantas verdades inocentes, también nos estábamos dando cuenta de que aquellas supuestas verdades no eran, de hecho, reales, y fui consciente de que había cosas que me pasaron durante aquel verano que jamás iba a contarles a mis mejores amigos, Thom Wright y Susan Reynolds, ni a mi nueva novia, Deborah Schaffer. Nunca sabrían nada de mis tardes de ensueño nadando desnudo con nuestro compañero de clase Matt Kellner en Encino, ni de mi mano acariciando la cara interna del muslo de Ryan Vaughn en el multisalas Town & Country mientras veíamos *1997: Rescate en Nueva York* , flotando gracias al Valium que le había robado a mi madre de sus muchos frascos con receta; era una película que ya había visto, pero no me importaba porque solo quería estar sentado muy cerca de Ryan en la oscuridad del cine. Mis compañeros de clase nunca se enterarían de que Matt Kellner me la chupó en la casita de la piscina en la que vivía detrás de la suntuosa residencia de sus padres en Haskell Avenue y que después yo también me deslicé hacia abajo y le hice lo mismo, ni de

que Ryan Vaughn, cocapitán del equipo estudiantil de fútbol americano, no había apartado mi mano de su muslo en el cine a oscuras una noche de agosto solo unas semanas antes.

2

Y Ryan Vaughn ya estaba junto a la piscina en el patio de los Schaffer con una Corona en la mano cuando llegué a casa de Debbie aquella noche de domingo antes del día del Trabajo.

Apenas había comenzado a anochecer y Ryan estaba recortado contra la luz, una sombra tenue delante de la refulgente piscina azul y el cielo rosa cambiante, charlando con Thom Wright y Jeff Taylor, todos con polos y pantalones cortos color pastel, y en algún sitio Pat Benatar cantaba «We Live for Love», no muy alto, sonaba por los altavoces exteriores, un ruido de fondo que se sumaba al de los chicos allí reunidos mientras Paul, el mayordomo negro que trabajaba para los Schaffer, preparaba hamburguesas y perritos calientes y calentaba la parrilla en un hueco junto a la casita de la piscina. Habían colocado una serie de bebidas variadas (refrescos, zumos, té helado, limonada) en una mesa al lado de donde estaba Paul, pero también había botellines de Corona en una cubeta plateada llena de hielo de la que unos cuantos, Thom, Jeff y Ryan entre ellos, se habían servido ya, y entonces Dominic Thompson, a quien no había visto en todo el verano —había estado en Europa—, se les unió, también con una Corona en la mano. Pat Benatar dio paso a las Go-Go's y *Beauty and the Beat* empezó a sonar desde el principio con «Our Lips Are Sealed» mientras yo bajaba los escalones de piedra que llevaban a la zona de la piscina, donde estaban todos reunidos; era un disco que llevábamos escuchando todo el verano de 1981 y nos lo sabíamos de memoria. Billie, el golden retriever de los Schaffer, se paseaba por allí y recibía de vez en cuando una caricia distraída de algún chico.

Cuando subía el camino circular de entrada a la mansión de los Schaffer en Bel Air, ya llena de coches aparcados —me sobresalté al ver el Trans Am negro de Ryan—, vi que Thom y Susan no me habían esperado cuando llegaron solo unos minutos antes, y también sabía que Debbie aún no habría regresado de los establos de Malibú, lo cual me

daría tiempo suficiente para hablar con Ryan antes de sufrir la distracción de su presencia. La puerta principal de la casa estaba abierta, atravesé el recibidor bajo una lámpara de araña colosal y llegué al pasillo que conducía hasta el salón situado en un nivel inferior, donde vislumbré a Liz Schaffer, la madre de Debbie, al teléfono, con una bata holgada y sosteniendo un vaso que supuse lleno de vodka que alzó en mi dirección al pasar, sonriendo, y yo le devolví el saludo y crucé el comedor hasta la cocina, le dije hola a Maria, la criada principal de los Schaffer, y pillé un puñado de nachos de donde dos de sus compañeras estaban preparando el resto de los platos de la noche —pico de gallo, ensalada de patata, ensalada de col, mazorcas de maíz— mientras Steven Reinhardt, el asistente personal de los Schaffer, colocaba en la cámara frigorífica tarrinas de helado Häagen-Dazs que acababan de traer. Salí por las puertas correderas de cristal al amplio patio trasero, y seguí el sendero enlosado en piedra que bajaba hasta la zona de la piscina rodeada de eucaliptos y pinos, y, más allá, la pista de tenis. Susan ya se había acomodado en una tumbona, donde charlaba con Tracy Goldman y Katie Harris mientras Thom y Jeff, de pie a su lado, asentían con vehemencia a algo que estaba contando Ryan, los tres debajo de una enorme sombrilla en un torbellino de colores azul y amarillo, y al fondo la luz de unas antorchas tiki salpicaban los límites de la propiedad mientras sonaban las Go-Go's.

Lo primero que pensé según iba bajando los escalones hacia la zona de la piscina fue: ¿Qué hace Ryan aquí?

Bueno, caí entonces, es amigo de Thom, y aunque Ryan apenas conoce a Susan, ella es la novia de Thom, y Debbie Schaffer es la mejor amiga de Susan, así que por eso está aquí Ryan… tenía sentido, pero me puso nervioso verlo, sobre todo porque aquel era un grupo reducido y exclusivo de unos tal vez catorce miembros, y al parecer Debbie, me fijé, no había invitado a nadie más, y aunque muchos de nuestros compañeros de clase aún estaban fuera apurando las vacaciones de verano estaba seguro de que otros muchos no, y me pregunté qué pensarían sobre que Debbie no los hubiese invitado a su barbacoa del fin de semana del día del Trabajo, pero así era como funcionaba

Debbie, por exclusividad, y disfrutaba escogiendo cuidadosamente a quién invitaba y a quién no para alternar con, pongamos, Billy Idol en Madame's Wong, Duran Duran en la piscina del Hilton o Fleetwood Mac en el backstage del Hollywood Bowl.

Ryan Vaughn y yo nos conocíamos desde séptimo, pero no habíamos estrechado nuestra relación hasta el mayo anterior, cuando empezamos a almorzar juntos en el patio del Buckley Pavilion por motivos que al principio nunca quedaron claros. O tal vez sí lo estaban y ambos los ignorábamos, por vergüenza. Siempre me había llamado mucho la atención, dado que era, pensaba, hermoso desde un punto de vista de fantasía gay, un semental de cómic, y como en el caso de Thom, era imposible no fijarse en él por esa razón, pero el problema que fui notando cada vez más en Ryan a lo largo de nuestros años de instituto fue que, mientras que Thom se congraciaba con todo el mundo, Ryan se mostraba distante y reservado, especialmente para alguien tan atractivo y con el potencial para la equivalencia de popularidad de Thom, y en cierto momento empecé a comprender por qué: estaba relacionado con cómo me sentía. Ryan era yo. Éramos lo mismo. Me di cuenta de que, de hecho, Ryan era el deportista que no ha salido del armario, el clásico cliché que dudo que alguien hubiese creído si se lo hubiera contado, o si le contara lo que iba a suceder entre él y yo durante los primeros meses de nuestro último año en Buckley. Poco a poco, habíamos ido averiguando algo el uno del otro.

Todo esto ocurrió, creo yo, porque los dos disponíamos de coches y de movilidad de una forma que hasta entonces nos había estado vedada, y aquello activó algo; de pronto se nos presentaron nuevas posibilidades, había relatos que ahora podíamos crear nosotros mismos. Quizá comenzó con la mirada que nos lanzamos Ryan y yo en el Mardi Gras de la UCLA en mayo de 1980, cuando ambos teníamos dieciséis años: la idea de que de repente existía una promesa de sexo incluso dentro de nuestra prudencia adolescente, y nos habíamos identificado el uno al otro, como agentes secretos, sin decírselo a nadie, y parecían existir ciertas oportunidades que ni uno ni el otro había admitido hasta que por fin, aquel verano, en junio, cuando Ryan y yo íbamos en coche

por Westwood me enseñó una herida que se había hecho jugando a fútbol en la parte alta del muslo y en lugar de arremangarse los pantalones cortos que llevaba tiró hacia abajo para enseñármela y todo saltó; sonaba el «Urgent» de Foreigner por la radio cuando vi la piel pálida, el muslo musculoso, la nalga tensa, la mata de vello asomando por encima de los calzoncillos. Era una provocación, claro, y cuando nos miramos a los ojos se produjo una pausa antes de que estallásemos en risas, y sí, la cosa empezó en aquel cine de Encino mientras veíamos *1997: R escate en Nueva York* : de pronto nos dimos cuenta de que estábamos disponibles. Aunque en realidad había comenzado antes de ver la película. Ryan había venido a recogerme a Mulholland y no había nadie en casa y lo llevé a mi habitación. Él llevaba vaqueros blancos y un polo azul pastel con el cuello levantado y unas gafas Vuarnet colgadas con un cordel, el pelo rubio con la raya en medio, corto y como peinado con los dedos hacia atrás. Me siguió decidido por el pasillo vacío hasta el dormitorio, curioso, pero entonces se dio cuenta de algo y se detuvo: me estaba precipitando, no lo habíamos hablado antes y él no estaba preparado, así que se limitó a decir un poco titubeante:

—Quiero… pero aún no… ahora no.

Me quedé un tanto sorprendido de que Ryan, que parecía hetero, hubiese admitido por fin que compartía mis inclinaciones, pero provenía de una casa mucho más conservadora y de clase media que otros estudiantes de Buckley, de Northridge, y su familia era vagamente religiosa. Yo había percibido aquella conexión que compartíamos a distancia a lo largo del tercer año de instituto, pero fue haciéndose más evidente cuando empezamos a almorzar juntos en el patio de Buckley hacia finales de mayo, donde de pronto hubo muchísimo flirteo estéril, y ahora Ryan lo había confirmado. No había sospechas sobre Ryan Vaughn entre nuestros compañeros del cuerpo estudiantil porque Ryan era un tío, un colega, era *legal.* Parecía un solitario enrollado más que alguien secretamente marginalizado, pero yo sabía que estaba jugando a pasar desapercibido hasta que terminara el instituto para escapar de L.A., encontrar una facultad lejos de allí y empezar de nuevo,

reinventándose, igual que yo. Ese era su plan. Ese era mi plan. Desde entonces, Ryan y yo solo habíamos tonteado una vez: había venido a casa a mediados de agosto para enseñarme su Trans Am con radio de banda ciudadana incluida. No había nadie en la casa de Mulholland y logré arrastrarlo hasta mi cama mientras nos dábamos el lote vorazmente y nos desnudábamos. Y a pesar de que las cosas por fin se activaron y yo quería llevarlas más allá, a finales de verano Ryan se fue a Michigan a visitar a unos parientes hasta la primera semana de septiembre, así que no lo había visto desde entonces.

Ryan le dijo algo a Thom, señaló hacia donde yo estaba, y Thom se volvió y me sonrió, levantó su Corona, un gesto de atleta. Ryan añadió algo más, apretó con su mano el hombro de Thom y se alejó de él, y Thom se giró de nuevo hacia la tumbona de Susan, quien lo ignoró durante unos momentos más de lo que debería. Miré a Ryan mientras se acercaba con lo que se me antojó cierta resolución, y cuando dejó la botella de Corona medio vacía en una mesa junto a la que pasaba me di cuenta de que aquello era una señal de que se marchaba. Billie, el golden retriever, lo acompañó hasta la mitad de los escalones de piedra, y entonces Ryan cambió de idea y se volvió para dirigirse otra vez a la piscina. Llegó hasta donde yo estaba, hermoso y con expresión neutra, sin rastro de emoción. Alzó las cejas.

—Hola —dije finalmente, tratando de aparentar normalidad.

—Hola. —Sonrió, y de cerca volvía a ser él, relajado.

—¿Qué tal Michigan? —le pregunté, aunque me daba igual.

—Eso ya me lo has preguntado. Por teléfono.

—Ah, ya.

—Ha estado genial —respondió evasivo.

Echó un vistazo al patio y luego me miró directamente. Estábamos cohibidos, no nos veíamos desde aquella tarde en mi dormitorio, cuando nos la chupamos mutuamente. Y ahora todo aquello volvió, se activó con su presencia, la lujuria me inundó en un instante. Ryan se percató de cómo inspiraba y luego exhalaba el aire, y entonces comprendió lo que acababa de revelar en silencio, y se rio mirándome fijamente a los ojos.

—Tranquilo —me dijo en voz baja.

—¿Te marchas? —le pregunté, ruborizándome.

—Sí —dijo volviendo a ojear el patio.

Esperé.

—Quería verte, pero no me apetece mucho estar aquí —dijo.

—¿Por qué no?

—No es lo mío, ya lo sabes.

Me pregunté a qué se refería, aunque de algún modo también lo sabía.

—Bueno, yo tampoco me quiero quedar…

—Pensaba que ibas a estar en casa esta tarde —me interrumpió.

—¿No te conté que iba a ir a los establos? —le pregunté, aturullado.

—¿Los establos?

—A ver el nuevo caballo de Debbie.

—Mmm… no, no recuerdo que me lo dijeses. ¿Su *nuevo* caballo? —Otro ejemplo de lo que Ryan detestaba de aquel grupo.

—Sí. En Malibú.

—Pues no.

Ryan miró a su alrededor como si algo no dejase de distraerlo.

—Bueno…

—Oye, tengo que irme.

—Me voy contigo…

—No, no, tú quédate, no me sigas, no pasa nada.

Miró por encima de mi hombro. Debbie estaba bajando los escalones: se había cambiado de ropa después de Windover, llevaba una camiseta Camp Beverly Hills muy atrevida y unos pantaloncitos Dolphin a rayas, e iba descalza, con un cigarrillo de clavo sin encender en la mano, el pelo recogido con una diadema. La sonrisa que Ryan le dirigió a Debbie era la opuesta a la que me había dirigido a mí: era la del Ryan falsamente afable, esforzándose por no perder la paciencia. Me aterró que no se estuviera tomando lo que sucedía entre nosotros con la misma seriedad que yo e intenté disimular mi frustración fingiendo que no me importaba. Las Go-Go's, para mi bochorno, cantaban «Lust to Love», y en ese momento me alegré de que Debbie llegase a modo de

distracción.

—Ey, tíos; ey, guapo —dijo Debbie, dándonos un abrazo a los dos. Iba ligeramente puesta de coca, estaba convencido de ello; llevaba bolsitas por todas partes y se la metía como quien no quiere la cosa, como quien se toma unas píldoras de cafeína—. ¿Te marchas? —le preguntó a Ryan con una preocupación exagerada que se me antojó irritante.

Debbie se apoyó contra mí y me pasó un brazo por la cintura, uno de sus pechos presionando contra mi costado; me cabreó aquel despliegue de afecto público delante de Ryan, pero él apenas reparó en ello, se encogió de hombros con gesto afable.

—Sí, tengo que irme… solo he pasado para saludar.

—Ay, no te vayas, quédate —gimoteó Debbie—. ¿Has comido algo?

—Estoy bien, pero gracias.

—Vamos, quédate —dije yo.

Ryan hizo una levísima mueca que Debbie jamás habría captado.

—¡Ryan se marcha! ¡Decidle todos adiós! —exclamó Debbie por encima de las Go-Go's en dirección al grupo de la piscina, aunque yo estaba convencido de que a ella le daba igual. Y estaba seguro de que Ryan también lo sabía. Nadie reaccionó en la piscina.

—Ya me he despedido de todos —explicó Ryan.

Me lo quedé mirando, deseando que se quedase pero a la vez pensando desesperanzado: ¿Para qué?

—Os veo el martes por la mañana —dijo, dejando claro, me percaté, que tal vez no nos veríamos al día siguiente.

—¡Último año, chico! —dijo Debbie.

—Va a ser genial —exclamó Ryan; sonó irónico, falso, pero Debbie no se dio cuenta, de pronto preocupada por sus invitados junto a la piscina—. ¡Arriba, Griffins! —añadió.

Aquello también era un comentario prefabricado: era el nombre de la mascota de Buckley y de los equipos deportivos del colegio, y yo sabía que lo decía bromeando, como parte de su actuación. Posó una mano sobre mi hombro como había hecho con Thom y me dio un apretón al que yo otorgué más significado del que realmente debía de tener y

continuó por los escalones de piedra que llevaban a la casa.

Debbie me había tomado de la mano y me arrastró hacia donde estaba el resto del grupo. Me obligué a no mirar atrás para ver cómo Ryan se marchaba, y al llegar a la piscina me sentía ligeramente aturdido, cogí una Corona que Paul me abrió y me puse a hablar distraídamente con Thom, Kyle y Dominic —gran parte de la conversación estuvo dominada por el nuevo caballo de Debbie y la visita a los establos, y luego por las vacaciones por Europa de Dominic y todos los países por los que había viajado—, las caras iluminadas por la piscina y las ondulantes antorchas tiki mientras las Go-Go's cantaban a nuestro alrededor. Susan me dirigió una sonrisa ensoñadora desde donde estaba tumbada e hizo un gesto hacia la casa.

—¿Por qué se marcha? —articuló en silencio.

Me encogí de hombros y me volví hacia los chicos. ¿Por qué me había preguntado eso?, me dije de pronto. ¿Qué sabía ella de lo mío con Ryan Vaughn?

Steven bajó a la zona de la piscina y empezó a hacer fotos a petición de Debbie. Nadie posaba realmente, *porque ya estábamos posando* , pensé mientras el crepúsculo descendía poco a poco; nos limitamos a mirar hacia él y sonreír mientras hacía rápidamente inventario tratando de capturar a todos los presentes —era una tarea ordenada por la hija de su jefe, no algo que hiciera por voluntad propia—, y Debbie deliberaba con Paul junto a la parrilla, dándole órdenes al mayordomo como de costumbre, cosa que este se tomaba con una gentileza que siempre me aliviaba, y Maria estaba disponiendo las ensaladas de acompañamiento y los condimentos para las hamburguesas, y poco después todos nos servimos un plato y nos sentamos en un corro imperfecto e improvisado en tres de las tumbonas, y a medida que la noche se oscurecía y las antorchas tiki se apagaban la piscina fue resplandeciendo más y era lo único que iluminaba nuestras caras. En un momento dado olí marihuana y miré a mi alrededor: Terry Schaffer se había encendido un porro tendido en una tumbona al otro lado de la piscina, cerca de la barra, apartado de los chicos.

No lo había visto, lo cual me extrañó porque siempre que estábamos

en la casa de Stone Canyon a Terry le encantaba hacernos algún tipo de insinuación extraña e incómoda a Thom, a Jeff o a mí, generalmente en plan de broma; aquello había comenzado, me di cuenta, una vez que cumplimos los dieciséis y empezamos a juntarnos en casa de los Schaffer con una nueva regularidad simplemente porque Debbie tenía el patio más bonito y porque celebraba la mayoría de las fiestas, solo superadas por las de Anthony Matthews, y Terry se acercaba furtivamente a los chicos y nos preguntaba si queríamos nadar aunque la reunión no tuviese nada que ver con la piscina, siempre podía prestarnos uno de sus bañadores, insistía, o podíamos ir *au naturel* si nos sentíamos más cómodos *así* , por él *estupendo* , y cuando nos lo proponía iba un tanto fumado y nosotros siempre decíamos que no. No sé qué sentirían Thom o Jeff (una leve irritación o una total estupefacción, imagino), pero yo no tenía problema con que Terry flirtease ligeramente conmigo porque aquello no iba a ninguna parte, me doblaba la edad, era el padre de Debbie (para qué decir más) y no iba a pasar nada, y aun así, llegados a cierto punto de aquel verano, empezaron a halagarme sus atenciones y nunca me sentí amenazado.

Esa noche Terry llevaba unos pantalones cortos de Polo y una camiseta negra con el logo de *Ladrón,* una película reciente de Michael Mann que había funcionado bien pero menos de lo que se esperaba cuando se estrenó en marzo, y aunque era de noche tenía puestas las gafas de sol Porsche Carrera, con el agua azul de la piscina reflejada en sus cristales de espejo, y supe que nos estaba mirando a uno de nosotros, a Thom o a mí, o quizá a Jeff, pero durante aquel verano —el verano en que me hice novio de Debbie— me había dado cuenta de que Terry me había estado prefiriendo a mí cada vez que rondábamos por allí, probablemente porque había decidido por fin que Thom Wright no estaba disponible, y tampoco Jeff Taylor (a menos que Terry quisiera aflojar un poco de pasta cada vez que el errático y alcohólico padre de Jeff le cortaba el grifo; si Ron Levin no andaba cerca, quién sabe a qué estaría dispuesto Jeff), y sin embargo, ¿por qué daba Terry por sentado que yo estaba disponible, a pesar de ser quien salía con Debbie? ¿Cómo había adivinado eso del novio de su hija? ¿Qué pistas daba yo? Nunca

me había definido como gay, pero ¿cómo sabía Terry que eso también me iba? Y con todo, me pregunté, ¿cómo lo había sabido yo de Ryan Vaughn durante nuestro tercer año de instituto? Supuse que se trataba simplemente de la señal a distancia a la que respondían los agentes secretos, mientras veía a Billie acercarse a la tumbona y acurrucarse debajo de Terry.

Debbie parloteaba sin parar mientras se fumaba el cigarrillo de clavo —no había comido nada— y todo lo que decía era un batiburrillo sin sentido sobre nuestro inminente último año de instituto y lo fenomenal y estupendo que iba a ser, la clase de perorata que soltaría un relaciones públicas: la fiesta de inicio de curso en octubre —ya tenía ideas para la carroza de clase— y el baile de graduación, que no sería hasta mayo y ya lo estaba organizando, en el que, por supuesto, Thom y Susan serían coronados como rey y reina, y el baile se celebraría en el Beverly Hills Hotel, y la fiesta de después en el yate del padre de Dominic Thompson, y ya estaba poniendo todo esto en marcha con el mayor entusiasmo, además de la fiesta de Navidad de último curso, el anuario que ella misma coeditaría, con la nueva inclusión de la página «Profesores buenorros», la Noche de Graduación programada en Disneyland y una fiesta privada para alumnos de Buckley, Harvard y Westlake que se celebraría en el restaurante Blue Bayou dentro de los Piratas del Caribe, donde actuarían los Tommy Tutone (Debbie ya los había reservado). Llegado cierto punto desconecté por completo y cuando volví a prestar atención me di cuenta de que unos cuantos ya se habían marchado y solo quedábamos el núcleo duro: Thom, Susan, Debbie, más Jeff Taylor y Tracy Goldman, que supongo que estaban saliendo por aquel entonces aunque no se había confirmado nada. Terry estaba fumado en la tumbona al otro lado de la piscina, inmóvil, tal vez incluso durmiendo, y el disco de las Go-Go's había vuelto a empezar pero habían bajado el volumen y recuerdo que sonaba «This Town» («… Bet you'd live here if you could and be one of us…»), y Debbie continuaba con su letanía de eventos cuando de pronto Susan anunció, como si acabara de acordarse:

—Hay un tío nuevo.

—¿Qué? —preguntó Debbie, distraída por la interrupción.

—El martes viene un tío nuevo —dijo Susan.

Un silencio fugaz y asombrado hasta que alguien preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Sí —dije yo—. ¿Un tío nuevo?

—Quiero decir que tenemos un nuevo alumno en último curso —dijo Susan—. Hay un chico nuevo en clase.

—¿En serio? Eso es un poco raro —comentó Debbie.

—¿Quién es? —preguntó Jeff, preocupado.

—Eso —intervino Tracy—. ¿Cómo se llama?

—Robert Mallory.

Aquella fue la primera vez que oímos el nombre. No se nos quedó. Pero debido a todo lo que sucedió después yo siempre recordaré ese momento. El momento en que su nombre salió de la boca de Susan. La primera vez que fue pronunciado. El momento en que cobró vida.

Robert Mallory.

—¿Sabes algo de él? —le pregunté.

Susan se encogió de hombros.

—No. Su dirección es de Century City. Vive en una de las Century Towers.

—Qué raro —murmuró Jeff—. En último año nunca entran chicos nuevos.

—¿Sabes de dónde es? —preguntó Debbie—. ¿Quiénes son sus padres?

El doctor Croft le había contado a Susan que Robert Mallory no era de L.A., sino que venía de Chicago. La conversación que había mantenido con Croft, acerca de sus obligaciones para el próximo año como presidenta del cuerpo estudiantil y de lo que diría cuando hablase el martes para todo el colegio en la asamblea de la mañana, fue rápida y confusa, así que no recordaba si Robert Mallory vivía con una tía, con una tutora o con una madrastra. (Había otros detalles que el doctor Croft le había contado sobre Robert Mallory que Susan no nos confesaría hasta más adelante).

—La verdad es que no presté mucha atención —admitió Susan

echándole una mirada a Thom, que ahora estaba tendido junto a ella en la tumbona que llevaba ocupando toda la noche, los dos muy pegados, apretujados, acomodándose al tamaño; lo único que pilló fue que Croft le confirmó que Robert Mallory estaría el martes en el campus.

Puede que nos quedáramos sorprendidos ante aquella anomalía, pero a ninguno de nosotros nos pareció particularmente inusual. Era raro cambiar de instituto en el último año, pero los privilegios de Buckley, y en general de todos los colegios privados de L.A. en aquella época, eran aprovechados por los padres con medios para trasladar a sus hijos de aquí para allá según sus propias necesidades, planes o conveniencias, y evidentemente los padres de Robert Mallory necesitaban que estuviera en otro sitio para que se graduase, esta vez en L.A. por algún motivo, y no en Boston, Filadelfia, Chicago o de donde fuese, así que sus padres, tutores o quien fuese habían decidido que fuera a Buckley. Aquella era una época anterior a que los colegios privados de L.A. tuvieran listas de espera de miles de candidatos y los padres se volvieran locos intentando que incluyeran a sus hijos en ellas, por no hablar de que los aceptaran en los colegios mismos, y en 1981, si podías permitirte la matrícula, prácticamente podías llevar a tu hijo al centro que quisieras, no había competencia para cubrir las vacantes disponibles, ni exámenes, ni reuniones insistentes con el personal docente, ni regalos; si podías extender el cheque para cubrir la matrícula estabas dentro. Así era como funcionaba.

Y aun así esa noche se me pasó por la cabeza, de forma imprevista —y no sé de dónde surgió la sospecha—, que si Robert Mallory vivía en Century City podía haber optado al Beverly Hills High, ya que vivía en el distrito apropiado y estaba el incentivo añadido de que no había que pagar matrícula porque era un centro público, y de repente me pregunté: ¿por qué Robert Mallory no había elegido eso? No dije nada, puesto que no me parecía justificado y además tenía ganas de marcharme de casa de los Schaffer porque necesitaba conducir por la ciudad escuchando música triste y fumando cigarrillos mientras pensaba en Ryan. Vi que Thom y Susan estaban compartiendo una copa de helado de fresa y que él era el único a quien parecía no interesarle la

conversación sobre el nuevo alumno, que ya se iba apagando: sus ojos verdes se limitaban a contemplar indolentemente la piscina iluminada, con una manchita rosa de helado en el labio superior, el pelo castaño ligeramente escalado y peinado hacia atrás desde la frente bronceada, y me fijé en que aún no se había acabado la Corona con la que lo había visto al llegar. Yo llevaba tres.

—Bueno, más le vale ser guapo —dijo Debbie.

Me entraron ganas de decir «Coincido en eso», pero no lo hice.

A pesar del escalofrío de decepción que sentí cuando Ryan se fue tan pronto de casa de los Schaffer, ahora puedo atestiguar que aquel domingo de septiembre fue una de las últimas noches, si no la última, en que fui completamente feliz y no reinaba el miedo.

—Tengo que irme, chicos —dije poniéndome en pie.

Por lo visto nadie más se marchaba y me di cuenta de que era temprano, solo eran las ocho, y había olvidado que se quedaban todos a ver una película nueva en la sala de proyecciones de la casa, *Continental Divide,* una comedia romántica protagonizada por John Belushi y Blair Brown que se estrenaría a finales de septiembre y en la que no habría sido capaz de concentrarme aquella noche, no solo porque simplemente no quería estar más tiempo allí sino porque no dejaban de asaltarme pensamientos sobre Ryan que me distraían. Tras algunas quejas débiles y poco entusiastas por parte de Thom y Susan les di las buenas noches a todos, salvo a Terry, que estaba comatoso en la tumbona, y dejé que Debbie me acompañase hasta el coche. Pero cuando llegó a lo alto de los escalones de piedra, me condujo sin decir palabra hacia la escalera de atrás que llevaba a su dormitorio sin tener que entrar en la casa y solo me resistí una vez: le dije que estaba cansado y necesitaba irme a casa. Ella sabía que no era verdad o le dio igual; a menudo creía erróneamente que me hacía el estrecho, que la provocaba, que disfrutaba jugando a eso, a ser un desafío, así que la dejé: le gustaba llevar la iniciativa.

La proyección estaba a punto de empezar y todo ocurrió muy deprisa: una vez en la oscuridad de la habitación me empujó sobre la cama, se quitó los Dolphins y las bragas rosas que llevaba y

rápidamente se sentó a horcajadas sobre mi cintura, inclinándose hacia mí, sus labios aterciopelados contra los míos mientras forcejeaba con la cremallera de mis pantalones cortos. Me arqueé para que pudiese bajármelos hasta casi las rodillas junto con los calzoncillos pero ni siquiera la tenía medio dura. Y aun así Debbie parecía estar excitadísima, voraz, y tras chuparme la polla inútilmente guio mi mano hasta su coño, ya resbaladizo y húmedo, y me hizo meterle los dedos empujando con su propia mano. Yo seguía sin empalmarme pero en ese momento no creo que a Debbie le importase, se limitó a tumbarse boca arriba con las piernas abiertas y se levantó la camiseta Camp Beverly Hills, urgiéndome a juguetear con sus pechos. Recuerdo que aquella noche olía a aceite de rosas mientras le chupaba los pezones cada vez más endurecidos y que ella no paraba de guiar mi mano sobre su clítoris, frotándolo, presionando, las piernas abiertas al máximo, la vulva abierta y caliente, y yo apenas lograba meterle los dedos antes de que ella volviera a llevar mi mano a su clítoris para restregarlo. Tenía unos pechos grandes y perfectamente formados y los fui recorriendo con la boca, mordiendo los pezones, que eran pequeños y rosas y estaban húmedos de mi saliva y ya completamente erectos. Me buscó la polla pero seguía sin estar dura y aunque hubiese conseguido tener una erección me habría sido imposible mantenerla, porque ahora todos estaban pasando por debajo de la habitación de Debbie y oía sus voces por la ventana mientras subían los escalones de piedra y entraban en la casa, y aquello hizo que me distrajera y me pusiera aún más nervioso. Pero Debbie siempre se corría rápido, en cuestión de minutos se retorcía en pleno orgasmo, apenas hacía falta nada para que se corriera, y eso era lo que estaba sucediendo ahora. Yo seguía oyendo al grupo subiendo desde la piscina hasta la casa, sus voces desvaneciéndose para luego reaparecer amortiguadas, directamente debajo de nosotros, en la sala de proyecciones, donde oí a Steven anunciar la película: era el proyeccionista. Debbie se convulsionó, su boca contra la mía, y se corrió en silencio gimiendo por lo bajo.

Y luego me preguntó, jadeando:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, sí —la tranquilicé mientras me incorporaba.

Sonó el teléfono junto a su cama —rosa, de disco, junto a un ejemplar de *La dieta de Beverly Hills* — y ella contestó de inmediato.

—¿Diga? —Escuchó—. Vale, Steven, bajo ahora mismo. —Ladeó la cabeza—. No, creo que sigue en la piscina. —Pausa—. Sí, vale. —Me miró—. No, está aquí en mi dormitorio. —Colgó y, sin mirarme, dijo—: La película va a empezar. ¿Seguro que no quieres quedarte?

—No. Debería ir tirando.

—Ya te vale.

Se inclinó para encender la lámpara de la mesilla, revelando así la habitación color coral, que era inmensa, en una pared una serie de estanterías llenas de trofeos, placas, medallas y fotos, todas de su participación en competiciones ecuestres en los últimos cinco años. Otra pared estaba cubierta de pósteres recientes de nuevas bandas con cuyos miembros Debbie había salido de fiesta; un recordatorio de que era una grupi rica de Beverly Hills de diecisiete años, sexy, sofisticada y lo suficientemente experimentada como para entrar y salir de donde se le antojara. Mi mano estaba tan húmeda que brillaba como si me la hubiesen untado con aceite, y Debbie caminó tambaleante hasta el baño, que era casi tan espacioso como el dormitorio, y cerró la puerta. Oí correr el agua mientras cogía un par de Kleenex y me limpiaba la mano, luego me puse en pie y me subí los calzoncillos y los pantalones cortos.

Debbie salió apresuradamente del cuarto de baño; se había puesto unos pantaloncitos de deporte de algodón, también Camp Beverly Hills, y llevaba un paquetito de plástico del que se dio dos rápidos toques y que luego me ofreció. Negué con la cabeza. Se encogió de hombros.

—Pues nos vemos, cariño. Empieza la peli.

—Vale —dije—. Nos vemos el martes.

—¿Mañana no?

—No. Tengo que… prepararme para, eh… el instituto.

Nos quedamos los dos parados, silenciosamente conscientes de lo raro que sonaba aquello viniendo de un tío de diecisiete años.

—Vale, tú verás. Menudo muermo.

Puso los ojos en blanco, no tenía tiempo para discutir. Me dio un beso en los labios y salió a toda prisa de la habitación, esta vez por la puerta que la llevaba a la zona principal de la casa, y bajó a la sala de proyecciones.

Seguí a Debbie por la majestuosa escalera curva que conducía al vestíbulo hasta que ella desapareció corriendo por un pasillo, donde pude oír cómo empezaba la película tras las puertas cerradas de la sala de proyecciones en medio de la casa silenciosa. Me detuve un momento al pie de la escalera, me metí la mano en el bolsillo para palpar las llaves del coche, y ya me encaminaba hacia la puerta principal cuando oí que alguien me llamaba por el nombre. La voz procedía del salón, contiguo al vestíbulo, y me armé de valor. Era una voz precisa a la vez que alarmada, como si de algún modo yo la hubiese sobresaltado. Sabía quién era; ya había pasado por aquello antes. Me dirigí muy despacio desde la entrada hasta el salón, donde Liz Schaffer estaba sentada en una butaca con estampado floral, encorvada, con los codos en las rodillas, una mano sosteniendo el mismo vaso con el que la había visto antes… pero ahora parecía desaliñada, algo había sucedido en las últimas horas desde que la había visto y me había saludado con un gesto inocente de la mano mientras hablaba por teléfono. Liz Schaffer había sido una mujer muy hermosa: en 1981 no llegaba a los cuarenta, modelo famosa en su adolescencia y en la veintena, antes de casarse con Terry, pero su cara esa noche se veía decididamente vieja y enrojecida, congelada en una especie de mueca de estupefacción, y la bata de Bijan medio abierta dejaba sus pechos a la vista. A su lado había un pequeño piano blanco y un jarrón con un ramo de flores tan formidable que llegaba hasta las vigas del techo del salón. Me quedé allí sin saber qué hacer mientras ella me miraba entornando los ojos pese a que todas las luces del salón y el vestíbulo estaban encendidas, pero pareció que en aquel breve periodo de tiempo se había olvidado del nombre que acababa de pronunciar. Y entonces se acordó y pareció decepcionada.

—¿No te quedas a la película, Bret? —me preguntó Liz con incredulidad burlona, como si mi marcha la ofendiese.

—Tengo que irme. —Le sonreí con expresión tensa y me volví hacia la puerta—. No, no me quedo a la película.

—¿Dónde? ¿Adónde tienes que ir?

Me clavó la mirada, encorvada, inmóvil.

—Tengo que irme… sin más —respondí haciendo de nuevo un gesto hacia la puerta, y luego, como si hablase con una niña—: ¿Tú vas a ver la película, Liz?

—¿Dónde está mi marido? —me preguntó incorporándose en el asiento. Liz no era una borracha patética, precisamente: cuando bebía parecía demasiado cabreada como para derrumbarse o perder la conciencia, y jamás arrastraba las palabras. Todo lo que decía lo enunciaba con un alto nivel de desdén: de hecho siempre adoptaba un leve acento británico, en un intento por afectar control y normalidad aristocrática. Cuando se dio cuenta de que acababa de preguntarle algo, me contestó con displicencia exagerada—: No, no voy a ver la película, Bret.

Yo intenté mostrarme como el invitado cortés, el encantador novio de su hija, así que empecé a retroceder poco a poco y dije:

—Bueno, pues espero que la noche vaya, eh, bien, Liz, y nos vemos pronto…

—No huyas de mí —me dijo, fulminándome con la mirada.

Me quedé quieto y, con mucha cautela, manteniendo la postura, dije:

—Creo que estás cansada, Liz.

Intentó levantarse, apoyándose tambaleante contra la butaca. Hice casi un amago de ir a ayudarla, pero pensé que quizá se enfadara, así que me quedé donde estaba. Cualquier gesto repentino podía desencadenar su furia. O tal vez podría insinuarse, una abierta invitación sexual producto de la borrachera; no habría sido la primera vez.

—A mí no me trates con condescendencia —dijo Liz agarrándose a un brazo de la butaca para mantener el equilibrio; la bata acabó de abrirse, revelando que no llevaba ropa interior—. Te conozco desde que tenías diez años, Bret. No seas condescendiente conmigo. —Tenía los ojos cerrados y sacudía la cabeza.

—Lo siento, Liz, de verdad que tengo que irme…

—¿Dónde está mi puto marido? —soltó bruscamente. Abrió los ojos. Se posaron sobre mí.

—Creo que está en la piscina —dije.

—¿En la piscina? —dijo, confusa—. En. La. Piscina.

Noté movimiento a mi izquierda, una figura en el pasillo. Era Steven. Lo miré mientras avanzaba hacia el salón: cuarenta y tantos, pelo encrespado, ojos saltones, un guionista fracasado que ahora trabajaba como asistente para todo de los Schaffer. Apenas lo conocía, aunque estaba con ellos desde 1977: era su chófer, su secretario, a menudo acompañante de Terry en sus viajes de negocios, y vivía en una casa para invitados adyacente a la mansión. Sabía que Steven era hetero y tenía novias, así que no había nada raro entre Terry y él, y además no se parecía en nada a lo que había descubierto que era el tipo de Terry. Siempre había considerado que Steven era un tío extraño y por eso guardaba las distancias, pero sentí alivio al verlo esa noche.

—¿Con quién está mi marido? —Liz se apoyó contra la butaca para mantener el equilibrio. Ahora fingía estar legítimamente intrigada, pero también parecía vagamente amenazadora—. Me sorprende que no esté ahí abajo con los chicos…

Cada vez que Liz aludía a la homosexualidad de Terry me escocía; siempre me sentía avergonzado y no decía nada. No quería ahondar y tener que confirmarlo.

—Tengo que marcharme —dije—. Steven viene a echarte una mano.

—¿Adónde vas, Bret? —me preguntó Liz, intentando dar unos pasos hacia mí—. ¿Vuelves a la piscina? ¿Vas a la piscina a ver al maricón de mi marido?

—Ey, Bret, puedes marcharte —me dijo Steven, y luego, por lo bajo —: Ya me ocupo yo.

—Sabes que mi marido es maricón, ¿no? —Liz decía esto en tono sincero, calmado.

—Ey, Liz —dijo Steven, bajando apresuradamente los últimos peldaños hasta el salón—. ¿Cómo estás?

—Bret ya se marchaba —repuso ella con un ademán teatral—. Me ha

dicho que mi marido está junto a la piscina. A saber qué quiere decir con eso. ¿Es verdad, Steven?

Steven le cogió el vaso de la mano mientras ella le miraba a la cara con expresión suplicante, aunque la ira no había remitido.

—Creo que sí —contestó Steven, y con una serie de movimientos gráciles depositó el vaso, la cogió del brazo y empezó a dirigirla con suavidad fuera del salón.

Me volví hacia la puerta principal. Liz se dio cuenta y me gritó en tono reprobatorio:

—No huyas de mí. Te conozco desde que tenías diez años. No te atrevas a huir de mí, Bret…

Me volví a mirar. Liz intentaba zafarse del brazo de Steven, pero este la seguía llevando fuera del salón a pasitos.

—Ahora nos vamos a la cama, Liz —le estaba diciendo—. ¿Vale? Venga, que te llevo arriba…

Steven me hizo una seña con la cabeza para indicarme que tenía la situación bajo control y que debía marcharme. El último sonido que oí antes de cerrar la puerta fue el sollozo de Liz mientras Steven trataba de consolarla.

El silencio total en Bel Air me devolvió automáticamente a la cordura, en contraste con las estridentes y absurdas complicaciones de la mansión Tudor de falso estilo francés de los Schaffer, y fui de nuevo consciente de estar alejándome de Debbie, Liz, Terry y todos los amigos superfluos que acabaría abandonando en menos de un año. Aunque eran solo las ocho y media estaba exhausto, pero no quería volver a casa: algo tiraba de mí, me empujaba, era algo vago e incómodo, una avidez; quería permanecer despierto y me arrepentí de no haberle cogido un paquetito de cocaína a Debbie, pero no quería volver a entrar en la mansión. Echando la vista atrás, aquella fue una noche bastante típica en casa de los Schaffer, salvo por un pequeño detalle. El nombre de un chico, un desconocido, un misterioso nuevo alumno, había entrado ahora en el relato, y se había convertido en una distracción para mí. *Robert Mallory* . De repente me asusté al oír los ladridos de Billie a lo lejos en la vastedad del patio. Estaba en el

camino de entrada, apoyado en el Mercedes, sopesando mis opciones, cuando levanté la mirada hacia la casa mientras me giraba hacia el coche. Y entonces distinguí una silueta, en la penumbra, mirándome desde una ventana de cristales romboidales de la primera planta (aquello debía de ser el rellano donde empezaba la escalera). Por un momento pensé que se trataba de Terry, por fin despejado y subiendo a la cama con Liz, que esperaba que ya estuviese dormida. Pero el caso es que era Steven Reinhardt, el asistente de Terry, quien me observaba.

Sobresaltado, levanté una mano, un gesto, apenas un saludo. Por un instante pareció que no me veía y sentí como un escalofrío, un recordatorio de lo raro que siempre me había parecido Steven. Pero como si le hubiesen dado una señal, de pronto recordó su papel y levantó un brazo y una mano: un alienígena o un robot saludando a alguien que veía por primera vez. Me quedé mirando hacia la ventana: apenas podía verle, se adivinaba el pelo rizado, la complexión flaca enfundada en el jersey de cuello de cisne que llevaba siempre, las luces cegadoras de la lámpara de araña a su espalda, la sombra del helecho que tenía al lado. Pero entonces me di cuenta de que sostenía una cámara y que la había levantado: me estaba tomando una foto. Eso hizo que me metiera en el coche, arrancara y me alejara de la casa, y después de llegar a East Gate Bel Air giré a la izquierda hacia un Sunset Boulevard vacío y decidí saltarme Beverly Glen, que me habría llevado directo a mi casa en Mulholland, y dirigirme hacia Hollywood, donde volvería al Valle por las autopistas.

3

Pero hubo un elemento disruptivo, un defecto en el lienzo paradisíaco del verano de 1981: la desaparición de una chica tras marcharse de una fiesta en las afueras de Encino a finales de julio. Julie Selwyn.

Al principio se supo muy poco de su desaparición y ninguno de nosotros conocía a la chica —aquello podría haberse quedado en un simple rumor o lo que más tarde se conocería como una leyenda urbana: «adolescente desaparece de una fiesta y no vuelve a ser vista nunca más»—, pero pronto se la vinculó con otros dos casos, uno de verano de 1980 y otro de enero de 1981, y después de que el cadáver de Julie Selwyn fuese descubierto a finales de septiembre, se reveló que las víctimas se parecían entre ellas y que algunos detalles de sus muertes también las relacionaban. En 1981 nadie sabía qué les había pasado concretamente a Julie Selwyn, Katherine Latchford y Sarah Johnson, ni que las había matado la misma persona o personas: solo que las habían secuestrado y que permanecieron desaparecidas dos meses hasta que descubrieron los cadáveres de Katherine y Sarah en lugares remotos, tras recibir la llamada de quien los investigadores daban por hecho que debía de ser el asesino fingiendo una voz gutural arrastrada, y que quería saber por qué los cuerpos de las chicas, arrojados hacía semanas, aún no habían sido encontrados: estaba esperando a que admirasen su obra. Las mutilaciones comunes a todas las víctimas no fueron reveladas en su totalidad a la prensa y tuvo que transcurrir casi un año después de que encontrasen a la última chica a finales de 1981 para que dichos detalles terminaran sabiéndose (en un mundo predigital era más fácil guardar secretos; de hecho, los secretos eran la norma en un mundo predigital). Antes de que se confirmase nada, solo circularon rumores sobre la especificidad de las mutilaciones y sobre las torturas y el asesinato de las chicas. Sin embargo, hubo filtraciones, fuentes anónimas verificadas, con detalles tan obscenos que si te los creías entendías por qué el Departamento de Policía de Los

Ángeles mantenía aquel nivel de vaguedad en los pormenores de lo que denominaban «las lesiones». Porque aquellos que las conocían de verdad —quizá habían visto las heridas durante la autopsia bajo los fluorescentes de la morgue— no querían que cundiese el pánico entre la población.

El público no lo sabía aún, pero Julie Selwyn sería la tercera víctima de un asesino en serie que acabaría siendo conocido como el Arrastrero: aquel fue un apodo que se les ocurrió en privado a dos investigadores de la unidad policial de Hollywood. Se trataba de un chiste de mal gusto referente a métodos de pesca, que combinaba el uso de redes, el almacenamiento de pescado y lo que supuestamente les habían hecho a las chicas en la vagina: los peces del acuario de Katherine Latchford habían desaparecido una semana antes de su secuestro y se los encontraron cosidos en su interior —aunque lo que usó el asesino fue cemento de caucho y no hilo—, lo que significaba que la chica había sido fijada como objetivo semanas antes de ser secuestrada. Era un nombre estúpido, no daba ni de lejos una idea del nivel de locura del asesino, pero se filtró un informe a la prensa y, en una línea que no se había revisado, aparecía bien clara la referencia al «Arrastrero», así que se convirtió en el nombre del emergente asesino en serie en los pocos artículos publicados: tocaba con precisión una tecla ominosa. Pero en verano de 1981 el Arrastrero todavía no había sido bautizado oficialmente; empezaba a relacionarse a las víctimas entre sí y la serie de artículos de *Los Angeles Times* que lo confirmaban no aparecería hasta finales de septiembre. Nadie sabía aún que Julie Selwyn sería la tercera víctima de un asesino en serie que llevaba actuando en el condado de Los Ángeles desde el verano de 1980, cuando Katherine Latchford desapareció a mediados de junio. El Arrastrero no tuvo nombre, ni se nos presentó ni emergió como personaje en el relato de la ciudad, hasta la tercera semana de nuestro último año en Buckley.

Cuando echo la mirada atrás al periodo entre 1980 y el otoño de 1981, aún no creíamos saber nada del Arrastrero: es decir, no sabíamos su nombre ni por qué se lo habían puesto, no sabíamos cuál era su historia ni que iría a más y asesinaría a otras tres personas aquel otoño en L.A.,

a una de las cuales conocíamos. Pero desde comienzos de 1980 hubo numerosas señales, pistas, que eran parte auténtica y legítima de lo que se convertiría en el patrón del Arrastrero, del relato que estaba construyendo, la historia que quería contar, una historia que ya conocíamos. Más adelante se confirmó que había señales de advertencia explícitas cuando el Arrastrero había escogido a alguien como objetivo, pero en aquellos primeros días nadie lo sabía aún: no se habían establecido conexiones.

Desde comienzos de 1980 empezaron a darse una serie de allanamientos de morada con violencia por las colinas que se alzan sobre el Valle de San Fernando. No seguían un patrón —parejas jóvenes, parejas mayores, un guionista soltero, una mujer que vivía sola, familias donde había tanto hijas como hijos adolescentes—, y aunque las chicas terminaron siendo las víctimas preferidas del Arrastrero, inicialmente los chicos también fueron agredidos durante aquellos allanamientos, y más adelante también mataría a uno. Los allanamientos de los que nos enteramos y sobre los que leímos en la primavera, el verano y principios de otoño de 1980 parecían completamente aleatorios: como las víctimas de las agresiones no conformaban un tipo específico —el género y la edad parecían irrelevantes, eran tanto chicas como chicos—, en realidad no había dónde esconderse, ni manera de protegerse contra aquella persona que estaba cometiéndolas, todo el mundo era vulnerable. Al final la gente empezó a atar cabos y dedujo que una de las pistas vinculadas al Arrastrero (insisto, aún sin nombre) tenía que ver con los animales. El Arrastrero se centraba en alguien cuya familia tuviese mascotas, o la víctima misma los tenía (y daba lo mismo que fuese un perro, un gato, un pájaro, en una ocasión una serpiente, ratones, un conejo, una cobaya), y el animal desaparecía, y no solo la mascota de la víctima, sino que también desaparecían otras mascotas del barrio donde residía la víctima como preámbulo al allanamiento en sí. Antes de cometer sus asaltos, a menudo tres animales del mismo vecindario eran sacrificados por el Arrastrero, y no fue hasta finales de otoño de 1981 cuando supimos el motivo: lo que acababa haciendo con sus cadáveres y por

qué los necesitaba.

Los allanamientos empezaron en mayo de 1980, cuando parecía que el Arrastrero simplemente estaba tanteando el terreno. En aquel momento el Arrastrero no entraba en las propiedades y permanecía envuelto en misterio, su presencia anunciada solo por los clichés del lenguaje del cine de terror: alguien recordaba haber oído tintinear las campanillas de viento colgadas en el porche de una casa en Oakfield Drive en Sherman Oaks aunque no soplaba la más mínima brisa aquella noche de junio, o se informó sobre el tembloroso haz de luz de una linterna en Woodcliff Road a mediados de julio, sostenida por una silueta vestida de negro de pie en la terraza junto a la piscina, y en la otra mano el destello de un cuchillo de carnicero. Durante el verano de 1980, momento en que el Arrastrero aún no tenía nombre y todavía no había matado a nadie (Katherine Latchford desapareció a mediados de junio pero su cuerpo no se encontró hasta dos meses después), las denuncias sobre un intruso real fueron en aumento, y los testigos que proporcionaban descripciones de aquella persona eran vagas por culpa del pasamontañas negro y los vaqueros y el jersey de cuello vuelto también negros que llevaba: era alto, no era tan alto, era delgado, era fornido, era corpulento, tenía unos ojos «desquiciados» y «violetas», nadie le había visto los ojos, eran de un azul intenso, eran castaños. Quienquiera que encarnase a aquel personaje era extremadamente escurridizo, un camaleón, pese a ser el responsable de veinte allanamientos con violencia solo en las casas del Valle de San Fernando por debajo de Mulholland, muy cerca de donde yo vivía, y actuar en un radio de acción que se extendía desde Studio City pasando por Sherman Oaks hasta Encino, y durante un breve tiempo en Bel Air y Benedict Canyon; luego los allanamientos se diseminaron (Pasadena, Glendale, Hollywood), y entonces cesaron abruptamente.

No se reanudaron hasta mediados de diciembre, y después se prolongaron a lo largo de enero de 1981. Cuando encontraron el cuerpo de Katherine Latchford en agosto de 1980, nadie tenía ni idea de que aquello estuviese relacionado con los allanamientos que habían asolado la ciudad, ni tampoco con la desaparición de mascotas ni con las

propias agresiones. Luego descubriríamos que días antes del ataque a menudo se hacían llamadas telefónicas a la casa donde residía la siguiente víctima escogida, realizadas desde cabinas situadas a lo largo de Ventura Boulevard, Burbank o Reseda, o al otro lado de los cañones en el Sunset y en Hollywood, casi como si las llamadas sirviesen para confirmarle algo al Arrastrero: la víctima descolgaba, preguntaba quién era, el Arrastrero no decía nada, tan solo escuchaba mientras la confusión se transformaba en irritación y luego en miedo. Más tarde aparecerían otras pistas, generalmente cuando alguna de las víctimas recordaba de pronto algo: al parecer alguien había entrado en la casa con anterioridad, antes de la noche del allanamiento, algo en la cocina o en las cosas del cuarto de baño o en el dormitorio estaba «distinto», lo que llevó a los investigadores a creer que el Arrastrero se había familiarizado con la vivienda durante los días previos a la agresión. Más adelante alguien comentaría que Katherine Latchford —la primera de las víctimas asesinadas, secuestrada en un aparcamiento, la bonita chica de melena escalada, labios carnosos y mirada soñadora de ojos entornados en la foto del anuario que se hizo famosa— se quejó de que su gato había desaparecido unos días antes de hacerlo ella, y sin que ella lo supiera también se habían perdido dos perros del barrio. Katherine también les contó a sus padres que había estado recibiendo «extrañas» llamadas telefónicas en los días que precedieron a su desaparición; no eran obscenas, pero en cierto modo eran peores a causa del silencio: no tenías ni idea de lo que quería la persona al otro lado de la línea. Era como si tu asustada mente conjurara posibilidades ilimitadas.

Por último, se dieron cuenta de que había algo metódico y premeditado en las agresiones del Arrastrero: estaban preelaboradas con tanto cuidado que delataban un plan, un auténtico relato, algo creado premeditadamente; no eran aleatorias ni impulsivas en absoluto. Es más, todas hacían gala de una escenificación recargada. Al principio pareció que las agresiones eran perpetradas por alguien ambivalente, y eso se confirmó cuando algunas víctimas implicadas en la primera oleada de allanamientos de la primavera y principios de verano de

1980 admitieron algo que no necesariamente encajaba con una persona que había entrado por la fuerza en tu casa y te había atacado. Las víctimas que sobrevivieron a las agresiones iniciales, las de mayo y principios de junio, antes de que secuestrasen a Katherine Latchford —gente que había sido atada, tumbada en el suelo de sus dormitorios y salones, a veces desnudada por la figura de negro con el pasamontañas extragrande—, dijeron que quienquiera que las hubiese atacado «sollozaba» cuando salió de la vivienda tras quedar aparentemente saciado: algunas de las agresiones fueron de naturaleza sexual, pero no la mayoría. Cuando tuvo lugar el primer asesinato y se reanudaron los allanamientos y agresiones a mediados de diciembre después de la larga calma de aquel parón de tres meses, mucha gente que sobrevivió a la siguiente oleada de ataques comentó que el agresor no había llorado; era casi como si hubiese ganado confianza, fuerza, y como si al cometer su primer asesinato se hubiese *envalentonado.*

Todo lo que condujo hasta la primera víctima del Arrastrero se convirtió en un elaborado modus operandi: las mascotas desaparecidas, las llamadas telefónicas, el ensayado allanamiento previo… pero no la agresión. También sirvió para la segunda víctima: Sarah Johnson, secuestrada detrás de Tower Records en Ventura Boulevard, Sherman Oaks, a principios de enero de 1981. Descubrieron su cadáver ocho semanas después dentro de una tubería en una obra abandonada a las afueras de Simi Valley; su gato había desaparecido, se quejó a su madre de que habían cambiado de sitio los muebles de su dormitorio y de que alguien la estaba llamando, respirando por el teléfono, no exactamente de manera obscena, solo perturbadora, pero no entraron en su casa para agredirla. Sarah se había marchado de una fiesta en Tarzana y cogió el coche para ir a recoger una cinta de casete de camino a casa de sus padres en Studio City, pero nunca llegó a Tower Records en Ventura Boulevard, y sus restos no se descubrirían hasta la primera semana de marzo, en las mismas condiciones y con las mismas «lesiones» que Julie Selwyn había sufrido cuando la encontraron en septiembre de 1981, pudriéndose en una pista de tenis pública en un parque cerca de Woodland Hills; la habían apoyado contra la red con

las piernas abiertas, la cabeza ya solo una calavera con jirones de carne pero con una buena mata de pelo y las cuencas vacías tras haberle arrancado los ojos, y lo que se le había infligido al resto del cuerpo —lo que representaban las horrendas mutilaciones— no lo sabríamos hasta finales de año cuando por fin se revelaron los detalles en un largo artículo publicado en *Los Angeles Times* , a los que antes solo se había aludido por la naturaleza grotesca y perturbadora de las lesiones.

Hubo momentos en que tuve miedo a quienquiera que estuviese entrando de esa manera en las casas y de que la mía en Mulholland fuese la siguiente, pero por algún motivo pensé que aquel afortunado adolescente de diecisiete años que era yo apenas tenía probabilidades de que le tocara a él; tenía muchas más cosas de las que preocuparme, y la prensa nunca llegó a cubrir los allanamientos como lo habría hecho si hubiera sabido de lo que era capaz el Arrastrero: no provocó una oleada de pánico colectivo. Creo que mi único punto de referencia en lo que respecta a aquel verano de 1980, cuando el Arrastrero empezó a dar señales, es que yo andaba tratando de calar a Matt Kellner. Lo que se había vuelto más o menos una obsesión sexual por un compañero de clase me mantuvo distraído durante casi un año, hasta que me di cuenta de que Ryan Vaughn iba a eclipsar a Matt. Y aquel lunes, día del Trabajo, me desperté tarde en la casa vacía de Mulholland pensando en Matt como de costumbre, aunque Ryan empezaba ya a invadir mis pensamientos y a reemplazar no solo a Matt, sino también a Thom Wright y Susan Reynolds, en mis sueños y fantasías.

Mis padres iban a pasar fuera la mayor parte del otoño viajando por Europa en diversos cruceros con la intención de arreglar su conflictivo matrimonio tras numerosas separaciones, y yo tenía cero interés en el resultado: el divorcio era preferible a las agonías que representaba el matrimonio, y a medida que iba desarrollándose mi adolescencia cada vez fue quedando más claro que no tenía una relación particularmente cercana ni con mi madre ni con mi padre. Éramos fríos los unos con los otros aun cuando la fachada pública, el relato boomer, sugiriese lo contrario: la postal de Navidad con la familia posando engalanada, las noches en que algún amigo se quedaba a dormir y mi madre ejercía el

papel de carabina preocupada controlándonos de vez en cuando mientras veíamos el Z Channel, los días en el club de playa con Thom, Jeff y Kyle supervisados por mi padre actuando como si fuese nuestro mejor amigo… todo aquello parecía falso, sobreactuado, irreal. No cabía duda de que mis padres me querían y yo, si me viese obligado, admitiría que también los quería, pero me estaba convirtiendo en un adulto autónomo y me daba cuenta de que no los necesitaba como antes.

Y aquel otoño solo en Mulholland me sentí aún más como un adulto, porque tenía la casa entera para mí, aunque mi dormitorio —enorme, con una amplia panorámica del Valle de San Fernando— era en sí mismo un hogar autosuficiente y era allí donde residía prácticamente todo el tiempo: tenía una entrada independiente con un porche que llevaba a la piscina, y una pequeña cocina con la nevera llena de ginger ale y Perrier, un cuarto de baño enorme con bañera y ducha separadas, y mi habitación estaba situada lo suficientemente cerca del garaje como para que apenas tuviese que pasar tiempo en el resto de la casa. Rosa, nuestra criada nicaragüense, tenía libre el fin de semana del día del Trabajo y no volvería hasta el martes. Aunque mis padres iban a pasarse fuera doce semanas mi madre quería que Rosa mantuviese su horario habitual; cuando me quejé e insistí en que sabía cuidar de mí mismo me contó en confidencia que Rosa necesitaba el dinero. Mientras mis padres estaban fuera, su trabajo consistía básicamente en cuidar de su único hijo, el hijo privilegiado, asegurarse de que la cocina y mi dormitorio estuviesen limpios, lavar mis toallas y sábanas, y dejar entrar al jardinero, al chico de la piscina y al paisajista que mi madre acababa de contratar. Rosa estaba allí para recoger el correo, hacer la compra, prepararme la comida y encargarse de lavar y acicalar cada dos semanas a Shingy —el perro de mi madre, una mezcla mestiza de lhasa apso— mientras mis padres surcaban las aguas europeas. Me irían informando de dónde se encontraban mediante mensajes ocasionales en mi contestador automático, siempre dejados por mi madre.

Como Rosa no estaba aquel día del Trabajo, era responsabilidad mía asegurarme de que Shingy comiese y sacarlo a la zona de césped junto

a la piscina del jardín —que daba al Valle por la parte donde desciende en una ladera bordeada de eucaliptos y jacarandas—, y me quedaba allí sentado sin hacer nada en el jacuzzi mientras, a causa de la presencia de coyotes, no le quitaba ojo al perro, que husmeaba por la zona; desde allí se oía débilmente el zumbido ocasional de algún coche al pasar al otro lado del inmenso seto de bojes que separaba nuestra propiedad de Mulholland Drive. Llevé a Shingy de nuevo adentro, donde me debatí sobre si llamar o no a Ryan Vaughn, y tras decidir que le parecería desesperado llamé en su lugar a Matt Kellner, pero no respondió nadie —no tenía contestador—, por lo que bajé en coche hasta Encino, donde Matt estaría ya junto a la piscina, colocado, y recuerdo que aquel día no me masturbé porque estaba seguro de que pasaría algo con él, así que antes de marcharme me dediqué a releer unas páginas mecanografiadas de la novela en la que estaba trabajando mientras fumaba cigarrillos de clavo y escuchaba a Elvis Costello hasta que me aburrí, y después devoré un tercio de las páginas de la nueva novela de Stephen King, *Cujo,* que acababa de publicarse ese agosto.

Matt Kellner era un chico judío alto de ojos verdes con un cuerpazo tremendo, además de ser el fumeta de la clase, y en algún momento del otoño de 1980 yo había llegado a pensar que él podría tener sexo con cualquiera, fuera chico o chica, solo con que se le pusiera a tiro de la manera en que yo lo hacía, pero por lo visto nadie más en Buckley parecía encontrarlo tan interesante. Ello se debía en parte al hecho de que Matt se mostrase siempre tan distante, perdido en su mundo, no conseguías llegar a él, siempre tan alejado de todos, parecía casi como si algo lo hubiese herido tan profundamente (aunque nunca reveló de qué se trataba) que había alterado su forma de relacionarse con la gente. Llevaba observando a Matt desde que llegó a Buckley en séptimo, y debería haber sido popular, pero es que era demasiado raro: si hubiese actuado de una manera vagamente «normal» podría haber sido una estrella por lo buenísimo que estaba, pero en cambio se convirtió en una especie de marginado, un tío cada vez más torpe y desmañado, la parodia de un fumeta privilegiado del Valle, y eso no le interesaba a nadie. Pero a mí empezó a gustarme cada vez más, con su

afabilidad de porrero, y también por sus pantalones grises de Buckley un poco más ceñidos de lo necesario que le marcaban bien el culo y un bulto claramente visible que conforme nos hacíamos mayores me fue resultando de lo más turbador. Matt parecía carecer de capacidades para una socialización básica, y al principio no tenía muy claro si era por ir fumado todo el tiempo o porque era inherentemente tímido, pero pronto comprendí que simplemente le daba igual el contrato social que todos acatábamos: no parecía ser consciente de cuanto le rodeaba, y eso tenía algo de rebelde y casi de punk, aunque él no se diese cuenta: sencillamente no le importaba cómo funcionaban las cosas; de hecho, parecía transgresoramente no-autoconsciente. Me fijé en cómo caminaba desnudo por el vestuario, desde el banco donde se quitaba la ropa empapada en sudor después de hacer atletismo, hacia las duchas y de vuelta, totalmente desnudo, secándose ajeno a todo, sin vergüenza; y ninguno de los demás, ni siquiera Thom Wright o Jeff Taylor, llevaba su cuerpo con tanta naturalidad; todo se hacía siempre de manera discreta y levemente apocada: te duchabas rápido y luego volvías a tu taquilla envuelto en una toalla y entonces te ponías apresuradamente los bóxers o los slips. Pero Matt Kellner parecía disfrutar de su desnudez, y yo también la disfrutaba en secreto.

Llevaba yendo a la casa de Matt de Haskell Avenue en Encino desde una tarde de julio en 1980 en que ambos teníamos unos dieciséis años y éramos dos de los aproximadamente cuarenta alumnos que formaban parte del programa de verano de Buckley. Yo había suspendido Geometría y Ciencias el semestre anterior, y Matt también, y durante los descansos de aquellas sesiones matinales a las que asistíamos para aprobar esas asignaturas y poder pasar a tercero, empezamos a hablar de forma un tanto vacilante, algo que hasta entonces no habíamos hecho nunca. Me preguntó si había visto *Cowboy de ciudad* ; él había estado en un preestreno de *Cómo flotas, tío* en los estudios de Universal la semana anterior; ¿me gustaba «Funkytown» de Lipps Inc.? A Matt le encantaba esa canción y también el último disco de Queen, *The Game* . Y aquella primera semana me invitó a la casa de Haskell —sus padres estaban fuera, podíamos nadar, colocarnos—, se mostró tan agradable y

amistoso que rayaba en la parodia del fumeta, y yo no podía pensar más que en sexo mientras lo escuchaba, porque mi instinto me decía —y no es que Matt pareciese gay en absoluto— que había posibilidades de que sucediese algo sexual; tal vez no existía en la invitación en sí, pero se intuía algo que me iba a permitir dar pie al asunto de alguna manera, así que aquel verano el camino hasta la casa de Matt se convirtió en algo habitual para mí. Vivía en la casita de la piscina situada en la parte de atrás de la suntuosa propiedad de sus padres en Encino, remodelada como una especie de choza playera a la última con temática náutica: un delfín lacado en una pared, tablas de surf color pastel apoyadas unas contra otras, un completísimo acuario en otra de las paredes lleno de xiphos, guramis perla, estrellas de mar y caracolas multicolores, con lechos de coral cubriendo el fondo del tanque iluminado con haces azules, verdes y morados. En la habitación también había un equipo de música, un gran televisor con el Z Channel y una nevera bien provista de 7-Up, Coronas y bolsas de hierba verde pino, y en ocasiones un gato —Matt le había puesto de nombre Alex por alguna razón que se me escapaba— se colaba en la casita y se tumbaba delante del acuario mirándolo fijamente, circunspecto, lamiéndose las garras.

Aquella tarde de julio fumamos porros y nadamos en la piscina, primero en bañador y luego desnudos, y en el momento en que Matt se quitó de pronto el suyo —desde dentro del agua pude ver que estaba medio empalmado, tendido en una hamaca entre dos palmeras, tomando el sol— comprendí lo que iba a pasar, ahogué un leve jadeo mientras me quitaba el mío y lo tiraba al borde de la piscina y empecé a nadar hacia Matt. No quería nada de él salvo su boca carnosa rodeada de una suave barba incipiente, sus muslos musculosos, el pecho con los pectorales definidos que se estrechaban hasta formar una retícula de abdominales, la fina línea que subía del matojo de pelo púbico castaño y terminaba en el nudo de su ombligo, y la larga polla que sobresalía de aquel matojo, y su culo, pálido, terso y con hoyuelos, salpicado de un levísimo vello rubio. Al principio apenas me importaba lo que habitaba dentro de aquella forma.

Aquellos encuentros se prolongaron durante todo tercero. De vez en cuando conducía hasta Haskell Avenue, aparcaba en la calle, abría la verja del camino que llevaba al patio trasero y a la casita de la piscina, y normalmente me presentaba sin avisar ya que Matt nunca contestaba al teléfono, lo cual aumentaba el suspense erótico del momento. Cuando llegaba Matt casi siempre estaba fumado y por lo general aún mojado de haber estado nadando, y o bien estaba concentrado en liar un montón de porros o viendo una película en el Z Channel que ya había visto varias veces esa semana y no acababa de entender, o igual tenía entre las manos un libro de texto que lo mismo podría haber estado en mandarín dada la expresión perpleja de su cara, y a veces Alex, el gato, me miraba impasible desde su regazo cuando me veía aparecer. Matt casi siempre llevaba el ceñido bañador color verde lima que tanto le gustaba ese año, y aunque por un momento parecía un poco descolocado al verme, llegados a cierto punto apenas nos decíamos nada cuando me presentaba ante su puerta abierta y pasábamos directamente al sexo. Matt no conocía las lindezas de una charlita preliminar —nuestra mera presencia bastaba— y normalmente se empalmaba en diez segundos o la tenía ya dura como una roca en cuanto nos desvestíamos y nos lanzábamos al besuqueo superficial que conducía al sexo. Dudo que tardásemos más de diez o quince minutos en correrno a menos que yo me esforzase en prolongar lo que fuera que estuviésemos haciendo, lo cual acababa dejando a Matt un tanto confuso, aunque me seguía el juego. Imagino que hay que estar en la acera adecuada para apreciar la belleza de Matt Kellner, pero cuarenta años después, sentado en mi despacho situado en lo alto de West Hollywood, sigo considerando que el cuerpo de Matt es el más erótico y hermoso que haya visto y conocido jamás, y el hecho de haber tenido acceso íntimo e incondicional a él me deja medio pasmado cuando escribo esto a los cincuenta y siete años. Y sin embargo Ryan Vaughn, a quien más tarde confesé mi relación con Matt, no estaba interesado ni parecía sorprendido por ello. No es mi tipo, dijo Ryan. Demasiado judío.

Pese a la intensidad del sexo y al hecho de que pudiésemos follar dos o

incluso tres veces en una misma tarde, en el fondo no había mucho más a lo que agarrarse, ninguna base sobre la que construir una amistad, y ni siquiera tengo claro, como he dicho, que Matt Kellner fuese realmente gay, o tan solo un adolescente tremendamente cachondo capaz de tirarse a lo primero que se le pusiera a tiro. Pero no me importaba, y quizá hasta prefiriera la ambigüedad: no había significantes gais, como no los había con Ryan Vaughn —a todos se nos daba bien mantener una pose—, y tampoco los había de macho, simplemente era algo más natural y juvenil que todo eso. Susan Reynolds debió de ser la única que supo lo de Matt; no es que preguntase nada en concreto, pero siempre que aludía a él lo hacía con un aire vagamente burlón, como si contase con cierta información que no deseaba revelar. Lo único que sabía era que yo tenía una «amistad» con Matt (las comillas eran suyas), pero nadie más que yo conociese me preguntó jamás nada sobre él, así que parecía que a nadie le importaba que él y yo quedásemos a menudo en la casita de la piscina de Encino. A lo mejor nadie preguntaba porque Matt y yo no interactuábamos en el colegio durante aquel tercer año; nos saludábamos con un gesto en el pasillo junto a las taquillas, o igual con media sonrisa si coincidíamos en clase, o cruzábamos miradas durante la asamblea o en el aparcamiento, pero rara vez se nos veía juntos en público, nunca fuimos a un restaurante ni a ver una película. No parecía que Matt alternase con nadie, y empecé a comprender que él lo prefería así; no se sentía abrumado por la soledad, la incertidumbre o la inseguridad: sencillamente estaba en otro planeta. Yo quería acceder a un mundo más popular, un mundo que a Matt no le importaba, y quedar con él, y solo con él, no iba a contribuir en nada a mis ambiciones para aquel último curso, de manera que me fui alejando. A nivel sexual me parecía sexy como una estrella porno, pero no me enamoré de él en ningún momento, por lo menos no como acabé enamorándome, por un breve tiempo, de Ryan; Matt se convirtió en un problema insatisfactorio que no merecía la pena. Nadar con Matt en la piscina de detrás de la mansión de Haskell Avenue y luego entrar a trompicones en la casa de invitados chorreando y cerrar la puerta tras nosotros y ponernos a

follar a la luz del acuario, nuestros cuerpos teñidos de azul mientras nos tumbábamos en su cama y nos sincronizábamos para corrernos a la vez… aquellas fueron tardes que me parecieron terriblemente eróticas hasta que dejaron de parecérmelo.

Me di cuenta de que había algo un poco distinto, en la casita de la piscina aquella tarde del día del Trabajo; lo percibí casi de inmediato al llegar, pero no resultaba evidente y no fui capaz de distinguir exactamente de qué se trataba. Tal vez se debiera al hecho de que la casa de invitados apestase a hierba aún más de lo habitual, o a las imágenes de incendios forestales arrasando Riverside que vi que se repetían silenciosamente en la pantalla del televisor, o quizá era el «Ghost Town» de los Specials resonando a un volumen altísimo por toda la habitación. Matt daba vueltas por allí buscando algo con aire indolente, vestido únicamente con su bañador verde lima y un collar de conchas marinas que no le había visto nunca, y estaba muy moreno, bronceado, el pelo ligeramente aclarado por el sol: el típico chico que vivía junto a una piscina. Cuando aparecí en la puerta abierta al principio no me vio, y cuando advirtió mi presencia me dirigió una de las miradas más inexpresivas que he visto en mi vida.

—No has llamado —me dijo.

—No has respondido —le dije.

«Ghost Town» acabó y Matt siguió mirando en el cajón en el que estaba rebuscando, y cuando volvió a alzar la vista soltó un suspiro al ver que me acercaba y le cogía la cara entre las dos manos y le besaba con voracidad en la boca, que olía a cloro, marihuana y crema solar. La puerta estaba cerrada. Ya había empezado a desnudarme. Matt se quitó el bañador.

Llevé el sexo más lejos de lo habitual aquella tarde, porque podía ser la última vez que sucediese. Quería dejarle un recuerdo final a Matt, que se corriese a lo bestia, así que lo hacía parar antes de que llegase al orgasmo, apartándole la mano con la que se meneaba la polla hasta que yo estuve listo, pero quería que se corriese él primero, y entonces empezó a tensarse, con las piernas abiertas y el culo en alto, repitiendo entre jadeos «joder, joder, joder», y arqueándose una y otra vez sobre la

espalda de pronto explotó, unos rayajos blancos le cruzaron la barriga y el pecho; entonces me la saqué y me corrí en silencio, mirándole a los ojos mientras él me miraba, temblando, con una mueca confusa, respirando agitadamente, agarrando la muñeca de la mano con la que estaba llevándome al orgasmo. Después se quedó tumbado a mi lado, con una rodilla flexionada, pasándose suavemente los dedos por el pecho enrojecido, ya calmada la respiración, el vientre salpicado del semen de los dos. Me volví a mirarlo: tenía la cara y el cuello ruborizados, y la frente le relucía de sudor, estaba tan cerca que distinguía las levísimas marcas del acné en su barbilla. Parecía distraído y levantó la cabeza para observar la habitación. Una vez más, en el silencio de la casita de la piscina, volví a ser consciente de que faltaba un elemento —un sonido, un ruido, un movimiento que asociaba con la habitación—, pero no lograba precisar qué era. Se me fueron los ojos a un póster del *4* de Foreigner colgado en la pared que no había visto antes. Cuando le pregunté a Matt de dónde lo había sacado se encogió de hombros y me dijo que alguien lo había dejado en su buzón y decidió colgarlo, quedaba bien, le gustaba Foreigner. Típico, pensé.

—¿Qué has hecho este fin de semana? —le pregunté en voz baja.

—¿Hacer? —me preguntó como si le sorprendiese un poco.

Me miró y luego apoyó la cabeza en el edredón sobre el que estábamos tumbados y manoseó el collar de conchas.

—Sí, ¿has hecho algo?

—No —respondió con voz monocorde—. Nada. Por aquí.

—Yo estuve en casa de Debbie. Montó una de sus fiestas en su casa de Bel Air.

Matt miró al techo y se dio cuenta de que esperaba que dijese algo, así que sin rastro de malicia me preguntó:

—¿Qué tal tu novia?

—Está bien. Thom y Susan estaban allí. Creo que Jeff y Tracy están juntos. Se ve que han empezado a salir este verano.

En cuanto lo dije me di cuenta de que a Matt le eran completamente indiferentes los rituales sociales y las vidas amorosas de sus

compañeros de clase. Y no dijo nada, se limitó a quedarse allí tumbado, desnudo, pasándose los dedos suavemente por el pecho. Cogió una caja de Kleenex de al lado de la cama y se limpió la barriga. Se quedó mirando el pañuelo antes de lanzarlo a la papelera junto a su escritorio. Me tendió la caja de Kleenex.

—Hay un chico nuevo.

Lo dije mientras observaba cómo se levantaba de la cama y volvía a limpiarse el vientre con una toalla de playa que había tirada en el suelo hecha un guiñapo y que se pasó también por la raja del culo, y que luego arrojó a un cesto bajo el póster recién colgado del *4* de Foreigner mientras se acercaba a la mesa, donde empezó de nuevo a rebuscar, dándome la espalda; estaba empantanada de latas de refresco vacías, cómics, envoltorios de comida para llevar, tarrinas de yogur helado, un balón de fútbol, una pila de camisetas pulcramente dobladas. Eché otro vistazo a la habitación tratando de averiguar cuál era el elemento que faltaba, hasta que terminé posando de nuevo la mirada en Matt. Cuando se giró me fijé en que seguía teniendo restos de nuestro semen en el pecho que se había olvidado de limpiar.

—¿Sí? ¿A qué te refieres?

—Hay un chico nuevo en clase. Robert Mallory.

No solo no sé por qué dije el nombre, es que incluso me sorprendió recordarlo.

—Ah. Bien —dijo Matt.

—Sí, aunque me parece un poco raro.

Matt se encogió de hombros, luego se giró, se puso en cuclillas y continuó abriendo los cajones inferiores del escritorio y revisándolos. Volvió a ponerse de pie con los brazos en jarras y examinó de nuevo la habitación.

—¿Raro? —murmuró—. ¿Por qué te parece raro?

—Bueno, es que me parece raro que alguien se matricule en último año —dije—. Nada más.

—Sí, supongo.

—Tal vez deberíamos seguir siendo solo amigos —dije de pronto.

Matt caminó hasta un ropero en la otra punta de la habitación y

abrió un cajón.

—¿Me has oído?

—Sí —contestó con voz átona—, pero no tengo ni idea de qué me hablas.

—De esto —dije señalando con un gesto la cama revuelta, el edredón manchado, el bote de aceite para bebés medio vacío—. Igual deberíamos dejar esto por un tiempo.

Estaba todo demasiado silencioso. Era ese sonido lo que faltaba; un ruido ambiente al que estaba acostumbrado y que ahora no se oía. Saqué dos pañuelos de la caja de Kleenex y me limpié.

—No tienes ni que decirlo —repuso Matt, escrutando la habitación con los ojos entrecerrados.

Fue hasta el escritorio y se puso las gafas; las usaba para leer, normalmente llevaba lentillas.

—Bueno, es que no quiero que pienses que no me importa —dije.

—No pienso nada —dijo él, mirándome fijamente, sosteniendo la mirada—. Yo no pienso nada. —Sus ojos volvieron a lo que fuese que estaba buscando—. A ver, ¿qué estás haciendo? ¿Qué es lo que quieres? —Lo preguntó con una voz teñida de frustración, casi suplicante.

Fingí no haberlo oído mientras me estiraba para coger la ropa interior y me ponía los calzoncillos todavía tumbado en la cama, luego me senté y recogí el polo del suelo, de nuevo distraído por el silencio de la habitación. Y entonces paseé la mirada por el acuario: estaba lleno de agua y las luces azules, verdes y moradas seguían encendidas, pero faltaba la tapa y su interior estaba vacío. Todos los peces habían desaparecido. Del tanque ya no surgía el ruido habitual de los filtros y el burbujeo. Habían apagado los filtros. Ese era el ruido que faltaba.

—Un momento —dije—. ¿Qué le ha pasado al acuario?

Matt miró, vio de qué le hablaba, se encogió de hombros.

—No sé.

—¿No sabes lo que le ha pasado al acuario? ¿No sabes por qué tu acuario está vacío?

—No —dijo, más preocupado por lo que buscaba que por lo que le hubiera pasado al acuario—. Volví el otro día y vi que ya no estaban.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté exasperado—. Por Dios, Matt.

—Mi pipa —murmuró.

La vi sobre la mesilla de noche: una cazoleta de hojalata con una boquilla de cristal naranja.

—Veinte peces… ¿y han desaparecido?

—Pues sí, no están. Es raro. No sé. —Fue hacia otro cajón, buscando aún la pipa—. No recuerdo que yo les hiciese nada, si es eso lo que me vas a preguntar. Lo único que sé es que han desaparecido.

—¿Crees que igual… ha sido el gato? —pregunté al fin.

Me miró y los dos rompimos a reír.

—¿Crees que Alex se ha comido a mis peces? —Matt se estaba desternillando. Echó la cabeza hacia atrás.

—No sé —respondí, todavía riendo—. ¿Lo ves capaz?

—No creo —dijo retorciéndose de la risa—. Pero puede que no lo sepamos nunca.

—¿Por qué? —le pregunté mientras me ponía los pantalones.

—Bueno, es que el gato también ha desaparecido —dijo Matt, tratando de contenerse.

Y entonces volvimos a estallar en carcajadas.

Me gustaría poder decir que nuestra conversación de aquel día del Trabajo de 1981 fue más significativa de lo que acabo de relatar aquí, que hubo una especie de cierre, una sensación compartida de que ambos nos distanciábamos de lo que fuera que hubiésemos creado y mantenido durante el último año; pero a pesar de aquellas risas que resultaron ser las últimas que compartimos, sentí que me había puesto en evidencia y me entraron ganas de marcharme, y a Matt no parecía importarle lo más mínimo si me quedaba o no. Me fijé en que ya oscurecía; al día siguiente empezaba el colegio.

—Está ahí —le dije, señalando la pipa sobre la mesilla.

Matt se acercó y la cogió, sonriente, y yo aún sonreía por el misterio del acuario, y aun así aquello parecía otro ejemplo de la incapacidad de Matt para captar las cosas —no tenía ni un solo rasgo proactivo, avanzaba a la deriva y le daba igual, colgaba los pósteres que le llegaban al buzón—, y mientras rellenaba la cazoleta con un pellizquito

de hierba que había cogido de una bolsa abierta comprendí que pronto desaparecería de su vista y que a él mi ausencia le importaría tanto como parecía importarle la del gato, el acuario vacío o el mundo en general. Matt se acercó al equipo de música, se agachó y levantó la aguja, y los Specials empezaron a cantar de nuevo «Ghost Town» —«This town is coming like a ghost town»— y yo salí de la casa de invitados sin despedirme.

Conduje por Valley Vista desde Haskell Avenue, deslizándome por el bulevar desierto; parecía que no hubiera nadie fuera aquel lunes, la última noche no oficial del verano, pero a través de las ventanillas abiertas y el techo solar del Mercedes me llegaba el olor del carbón de varias barbacoas y oía los gritos jubilosos de niños tirándose en piscinas y alguna que otra canción pegadiza sonando por la radio en los patios, y recordé entonces que aunque viviésemos en la supuestamente glamurosa Los Ángeles, aquello también era una zona residencial, llena de tranquilos vecindarios bordeados de árboles, niños en bici por las calles vacías, fiestas en piscinas y barbacoas. Estaba escuchando «Games Without Frontiers» de Peter Gabriel una y otra vez («… Whistling tunes we hide in the dunes by the seaside…») mientras iba de Encino hacia Sherman Oaks, y de pronto me vi dirigiéndome sin pensarlo hacia Stansbury Avenue, donde estaba el colegio. En un principio iba a pasar de largo Stansbury y girar a la derecha en Ventura para llegar a Studio City, donde el bulevar se convertía en Cahuenga, y de allí rumbo a Hollywood, cruzando el Sunset en dirección a Beverly Glen —una ruta enrevesada de vuelta a Mulholland—, porque no me apetecía volver a casa en aquel momento. Pero recorrí Stansbury hasta acabar en una vía sin salida donde aparecieron las verjas cerradas de Buckley y el muro de piedra con el nombre de la escuela en letras doradas que daba la bienvenida a sus alumnos, cuidadosamente emparrado con hiedra e iluminado por un farol.

El colegio se extendía a lo largo de unas siete hectáreas y aquella noche estaba casi por completo a oscuras. Había salas encendidas en la biblioteca y en las oficinas de administración, así como alguna farola de vapor de sodio salpicando la ladera, iluminando el camino hacia el

campo deportivo, que era visible desde lo alto de Beverly Glen cuando mirabas hacia el campus, pero no al final de Stansbury, desde donde solo se veían el aparcamiento desierto, las torres del campanario más allá de las verjas y uno o dos de los edificios: el resto quedaba sumido en la oscuridad. Aparqué en la curva del camino junto a las verjas de entrada y me encendí un Djarum. «Games Without Frontiers» iba in crescendo mientras me fumaba el cigarrillo de clavo allí sentado: el *slide* de guitarra, el bajo de sintetizador, la cadencia militar de la voz de Gabriel, la melodía silbada que añadía un toque espeluznante a la oscuridad de Buckley y la noche negra. «Adolf builds a bonfire, Enrico plays with it…».

Y entonces vi algo en la quietud del colegio.

Fue junto a la biblioteca, contigua a la zona de aparcamientos que se extendía más allá de las verjas.

Vi el solitario haz de una linterna atravesando los árboles que bordeaban la ladera bajo la cual se alojaba la biblioteca.

Y a juzgar por el punto de donde surgía la luz, se encontraba en el patio situado por debajo del segundo piso del edificio de dos plantas, y quienquiera que sostuviese la linterna la estabilizó por completo hasta que el haz dejó de moverse, como si enfocase directamente algo; al principio me fijé en cómo la luz que guiaba a quien la sostenía bajaba por las escaleras y recorría el camino que conducía hasta el patio, que no era visible desde donde yo me encontraba. Y me pregunté adónde estaba apuntando: a los bancos junto al estanque koi; a la estatua de la mascota del colegio, el grifo de Buckley —una criatura mitológica con cuerpo de león y cabeza y alas de águila, una estructura dorada a tamaño natural que se alzaba sobre un pedestal junto al estanque—; a la pequeña cascada que fluía silenciosamente en sus aguas; a las palmeras datileras que bordeaban el espacio.

Me erguí en el asiento del conductor, me incliné hacia delante agachando un poco la cabeza y levanté la visera para ver mejor a través de la luna delantera. El haz de luz se movió de nuevo en la oscuridad, y luego se posó en un espacio situado a unos pocos pasos de donde estaba al principio. El movimiento de la linterna no era azaroso, era preciso,

como si supiese con exactitud lo que buscaba. ¿Sería un vigilante nocturno?, me pregunté. Y entonces no tuve claro si Buckley tenía siquiera vigilante nocturno. Me volví, estiré el cuello y vi la cabina de seguridad a oscuras siempre atendida durante el día, pero no parecía que nadie la ocupase esa noche; solo había una furgoneta marrón aparcada al lado. Pensé por un momento si pertenecería a uno de los encargados del campus ultimando los preparativos para la reapertura de la mañana siguiente.

El haz de luz volvió a moverse hacia otro punto y entonces bajé el volumen de la canción de Peter Gabriel y casi de inmediato oí los agudos gañidos temblorosos de los coyotes en algún lugar de las lejanas laderas que rodeaban el colegio. Quienquiera que sostuviese la linterna también los escuchó, al parecer al mismo tiempo que yo. El haz de luz, que de nuevo había empezado a moverse despacio, se detuvo de pronto y luego barrió la ladera como buscando lo que emitía aquellos sonidos: el débil aullido que anunciaba el hambre de los animales.

Y entonces la luz se desvaneció, se apagó la linterna.

Por un momento pensé que me lo había imaginado todo pero al instante supe que no era así, y entonces caí en la cuenta de que quienquiera que sostuviese la linterna mientras examinaba el patio de la biblioteca probablemente se dirigiría hacia el aparcamiento. Fue algo que mi mente dio por hecho: la dosis de drama alentada por el escritor. Pero en lugar de marcharme, esperé, hipnotizado por los sonidos de los coyotes que atravesaban débilmente el silencio de la noche. El cigarrillo seguía encendido, el humo se elevaba en suaves remolinos y salía por el techo solar, y pensé en la película *Halloween.* Pensé en el acuario vacío de Matt y en sus risas por lo del gato desaparecido Alex mientras «Ghost Town» resonaba por la piscina a oscuras, en el póster del *4* de Foreigner colgado encima del cesto de la ropa sucia. De pronto pensé en la casa vacía que me esperaba en Mulholland y no logré recordar cuándo me habían dicho mis padres que volverían… ¿la primera semana de noviembre o más tarde? Me preocupé de una manera como pocas veces antes; una leve oleada oscura se cernió sobre mí. Llegué a estremecerme, momentáneamente desorientado. Y entonces ya no pude

oír a los coyotes: los aullidos habían remitido. El silencio era absoluto. Esperé, pero no sabía qué estaba esperando.

Y de pronto la linterna se encendió de nuevo y me cegó deslumbrándome a través de la luna delantera del coche.

Quienquiera que la sostuviera estaba de pie detrás de las verjas, una figura en sombras, tal vez a unos dos metros de donde yo estaba sentado, una silueta negra, una masa informe.

No grité ni pegué un bote en el asiento, sino que me limité a poner el coche en marcha y largarme; la linterna me siguió mientras daba la vuelta en el camino de entrada y miraba por el retrovisor viendo cómo Buckley y el haz de luz se iban quedando atrás hasta que me encontré al final de la manzana, donde doblé por Stansbury de vuelta hacia Valley Vista. De inmediato me dirigí a Beverly Glen, que me llevaría a Mulholland Drive y a mi casa vacía. Decidí no seguir dando vueltas por la ciudad, y en su lugar tomarme un Valium del frasco que me había dejado mi madre y leer unos capítulos de *Cujo* hasta quedarme dormido. Si el libro de Stephen King era demasiado espeluznante, cogería el ejemplar de mi madre de *El hotel blanco.* En eso iba pensando mientras subía por Beverly Glen, intentando distraerme de la preocupación nebulosa que flotaba vagamente en algún lugar lejano.

Había un mensaje de Debbie en el contestador de mi dormitorio, diciéndome que como iba tan acelerada por la cocaína no había podido pegar ojo en toda la noche y luego había dormido durante el día, y que quería saber dónde estaba yo; me suplicaba que le devolviese la llamada, que era importantísimo, su madre estaba muy hecha polvo y Susan fingiendo que todo iba bien con Thom, y me decía que me echaba de menos. Pero yo estaba muy alterado y no me apetecía hablar con ella; de repente me entró la paranoia, incluso me asusté, por lo indefenso que estaba allí en la casa vacía de Mulholland. Encendí todas las luces como una suerte de advertencia al intruso, convencido de que se acercaba, con su pasamontañas y el cuchillo de carnicero en la mano enguantada, y que me ataría con cuerdas y sacrificaría a Shingy, y me pregunté qué habría hecho Matt Kellner si fuese de nuevo a Encino y le preguntase si podía quedarme a pasar la noche allí. Shingy no quería

salir. Seguramente oía el débil aullido de los coyotes, que parecía más cercano de lo habitual, y por eso temblaba un poco, acurrucado en su almohadón en la cocina, y yo seguí pensando que había oído a alguien en el patio y, envalentonado por el Valium que me había tomado, salí a la terraza, desde donde escudriñé el patio y la piscina azul iluminada y oí a los coyotes merodeando por los cañones en plena caza nocturna, pero no vi nada. La idea del Arrastrero continuaba acosándome vagamente, así que comprobé que todas las puertas estuviesen cerradas y la alarma puesta. No podía negarlo: la atmósfera parecía cargada, incluso electrizada, y aunque en el exterior hiciese buena temperatura aquella última noche de verano, me descubrí temblando de nuevo, escrutando la oscuridad desde la terraza, con expectación, con temor, con la promesa del miedo cumplida. Quería relajarme en el jacuzzi pero me daba demasiado miedo estar allí fuera solo, así que me tomé otro Valium y me tumbé en la cama. No lograba sacudirme de encima aquella sensación: algo había venido a la ciudad, había llegado una presencia, y todo eso lo había activado no solo la linterna solitaria en los terrenos de Buckley, sino también la mención de un alumno nuevo en clase, alguien que iba a unirse a nosotros y a participar en nuestros rituales y juegos, nuestros secretos y evasiones, los dramas de baja intensidad y las mentiras turbias. Aquella fue la noche antes de ver a aquel chico, Robert Mallory, por primera vez.

4

No me acuerdo de cuándo me hizo efecto el Valium y conseguí relajarme hasta caer en un profundo sueño sin sueños, pero me desperté a las siete y media y, al caer en la cuenta de que Rosa llegaría a las ocho, cogí el botecito de aceite para bebés Johnson's que tenía en mi mesilla y me masturbé rápidamente —a los diecisiete siempre me levantaba con una tremenda erección— pensando en lo sucedido con Matt el día anterior y cambiando después a Ryan, y luego la fantasía pasó, como solía hacer a veces, a aquel chico que entreví en el Village Theater cuando fui a ver *El resplandor* el año anterior: había construido un elaborado sueño porno en torno a él, y había ciertos escenarios y posiciones con aquel chico que mi mente repasaba a toda velocidad y me hacían correrme enseguida. Corrí a saltitos por el patio trasero desnudo, con solo una toalla de playa en la mano, y me metí en el jacuzzi, sumergiéndome en el agua caliente mientras Shingy merodeaba por el césped y defecaba al instante, ya que no había salido por la noche. Oía el flujo constante de coches recorriendo Mulholland más allá del seto de bojes: la mañana parecía animada, el mundo despertaba a una nueva estación y ya no notaba la trepidación y la ansiedad de la noche anterior allí sumergido en el jacuzzi bajo el sol de primera hora de la mañana. Shingy husmeaba los setos del jardín, y de vez en cuando se pegaba una carrera de un lado a otro, al parecer lleno de entusiasmo por estar vivo.

Salí del jacuzzi con la toalla a la cintura y dejé que Shingy me siguiese por la terraza hasta la entrada de mi habitación, donde pasó corriendo junto a mi cama y luego enfiló por un pasillo que daba al resto de la casa. Puse *Good Morning America* y me duché. Como solía hacer siempre cuando era más joven, me observé desnudo desde todos los ángulos en los espejos del cuarto de baño mientras me cepillaba los dientes porque quería asegurarme de que tenía buen aspecto; ese verano me había montado un pequeño gimnasio en una habitación

adyacente al garaje para hacer ejercicio: pesas, una banca y una cinta donde corría escuchando música en el walkman. Me había empezado a preocupar muchísimo mi apariencia, algo que a veces bordeaba la ansiedad, y en el verano anterior al año de mi graduación trataba de alcanzar el ideal físico de la época, fuese el que fuese, y era consciente de que de algún modo lo estaba logrando. Esa mañana tenía puesto a Graham Parker en mi equipo de música, *The Up Escalator* —recuerdo con toda claridad que sonaba «No Holding Back»—, mientras me ponía el uniforme de Buckley: pantalones grises a medida, camisa blanca de Armani abotonada y metida por dentro con la diminuta insignia del águila en el pecho, cinturón Gucci, corbata a rayas, náuticos color borgoña, y tras comprobar que todo estaba como debía —el pelo juvenilmente revuelto, la cara sin rastro de la barba incipiente que había empezado a aparecer durante el último año, los ojos lavados con Visine—, descolgué de una percha en el vestidor la americana azul con el escudo del grifo en el bolsillo, me la eché al hombro y salí del dormitorio que Rosa adecentaría mientras yo estaba en el colegio. «We can face the danger baby no holding back…».

Ya eran las ocho y media y llegaba tarde. En lugar de esperar a que Rosa me hiciese el desayuno, me eché unos cereales azucarados en un tazón y los engullí a toda prisa mientras hojeaba la sección de entretenimiento de *Los Angeles Times* , tomando nota de que quería entradas para la gira de la ELO que acababa de empezar —estarían en el Forum el 23—, y luego repasé a toda prisa la sección «Metro» y ni me sorprendió ni me dejó de sorprender que hubiese habido un allanamiento el domingo por la noche en el que una víctima no identificada había sido agredida, esta vez en Century City, en una vivienda por encima de Santa Monica Boulevard, a solo una manzana de donde empezaba la Avenida de las Estrellas; era el primero que se producía desde junio. Lo leí por encima, no importaba, solo necesitaba el titular de la página 4 de la sección «Metro» para confirmar la agresión. Agarré la bolsa de papel con el almuerzo que Rosa me había preparado y le dije en español «Adiós» camino del garaje. Rosa estaba haciendo la lista de la compra —siempre iba a Gelson’s al principio de

la semana— y me preguntó si quería algo. Respondí en voz alta: «Estoy bien».

Mi madre conducía un Jaguar XJ6 verde espuma de mar y mi padre había dejado su 450SL color crema cuando se separaron y él se mudó a Mountaingate, una urbanización vallada por encima de la autopista 405 con entrada en la sección desierta de Sepulveda, no muy lejos de la casa de Mulholland, y hacía poco se había comprado un Ferrari plateado. Yo ya no conducía el 450SEL verde de cuatro puertas y me había adueñado del SL, un dos puertas de aspecto deportivo con interior en tonos castaños, y empecé a utilizarlo cuando mis padres se marcharon a Europa la semana anterior. Un chico de diecisiete años (cumpliría los dieciocho en marzo) circulando por Mulholland en un Mercedes descapotable vestido con uniforme de colegio privado y con las Wayfarer puestas constituye una estampa de cierto momento imperial del que, a veces, era autoconsciente: ¿Parezco un gilipollas?, me preguntaba en un momento, y al siguiente pensaba: Tengo una pinta tan fabulosa que me da lo mismo. El «Call Me» de Blondie sonando en una cinta recopilatoria remataba mi momento *American Gigolo* mientras me dirigía a Buckley, aunque toda aquella emoción se vio un tanto mermada porque pronto me vi atrapado en un atasco de tráfico que se extendía a lo largo de Beverly Glen en dirección al Valle de San Fernando. Normalmente tomaba Woodcliff hacia Valley Vista, pero aquel primer día fui por Mulholland hasta Beverly porque quería dejarme ver… y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

Y también había coches retenidos en Stansbury Avenue, avanzando lentamente hacia las verjas de entrada del colegio, donde dejaban a los alumnos: una hilera formada por Cadillacs, Mercedes, Saab familiares y Jaguars, más alguna minifurgoneta amarilla con el rótulo negro de «The Buckley School» escrito en cursiva en los laterales. Si llegabas a Buckley con suficiente tiempo de antelación evitabas los atascos de tráfico en la calle residencial, y también los evitabas si calculabas para llegar justo antes de que comenzasen las clases a las nueve: aquella mañana calculé mal y fue entonces cuando mi relativamente buen humor empezó a torcerse. Una vez dentro del recinto giré a la

izquierda, hacia el instituto, y avancé despacio hasta las plazas de aparcamiento reservadas exclusivamente a alumnos de último año. El Trans Am negro de Ryan estaba aparcado cerca de la primera hilera y él estaba sentado en el asiento del conductor, mirando algo en su regazo mientras escuchaba música, probablemente la J. Geils Band, que era la última cinta que tenía en su coche cuando fui con él a mediados de agosto, y en ese momento deseé que simplemente me estuviera esperando a mí. Palidecí al pensarlo: la fantasía de un principito. Sentí un leve subidón de adrenalina al verlo, pero mientras metía el 450SL en una plaza vacía me distrajo el coche de policía aparcado discretamente en el callejón detrás de la biblioteca e inmediatamente me pregunté por qué no lo habrían aparcado delante del edificio: no querían llamar la atención, deduje; era casi como si lo hubiesen escondido para no alarmar a los estudiantes en aquel primer día de curso.

Ryan estaba fuera del Trans Am esperándome cuando crucé el aparcamiento tras cerrar la capota del Mercedes: parecía que todo el mundo había llegado ya, las plazas llenas de Mazdas, Fiats, Camaros, Jettas, el Porsche 924 de Jeff Taylor, el BMW blanco de Debbie; solo unas pocas seguían vacías. Y me pregunté cuál sería el coche de Robert Mallory mientras recorría con la vista la zona de aparcamiento al tiempo que caminaba hacia Ryan. Aquel aire impasible de ojos azules y pelo rubio habría bastado para serenarme cualquier otra mañana, pero me encontraba repentinamente nervioso, incómodo por algo, empezaba a invadirme un ánimo nuevo, volvieron los escalofríos de la noche pasada y en lugar de limitarme a saludar, recreándome en su belleza, tuve que decir:

—¿Por qué te marchaste de casa de Debbie la otra noche?

Su expresión cambió, y puso cara de preocupación.

—Buenos días a ti también.

Ryan estaba jugando, interpretando un papel, y como no se lo tomaba demasiado en serio lo encarnaba a la perfección: no podías ver que estaba actuando, aunque yo era el único que lo sabía. Era simplemente algo que tenía que hacer hasta que saliese de allí y escapase de nuestro hermético mundo.

—Por favor, no seas moñas —añadió.

—Ayer estuve a punto de llamarte —le dije.

—Lo siento, pero todo ese rollo…

—¿Qué rollo? —lo corté.

—Lo de los Schaffer. Me pone enfermo. —Se encogió de hombros—. Pensaba que lo sabría llevar, pero es que no me va nada de eso.

—Thom estaba allí, yo estaba allí…

—Para. No seas moñas —repitió, ligeramente dolido.

Estaba apoyado despreocupadamente en el Trans Am con la chaqueta deportiva del colegio: borgoña y con rayas doradas, colgando justo por debajo de la cintura, estilosa y con botonadura metálica, algo que parecía que pudieras comprar en Fred Segal.

—¿Por qué no me llamaste? —me preguntó en voz baja.

—No sé. Algo me lo impidió. —Hice una pausa—. No estaba seguro de que quisieras.

—Pues claro que sí —dijo suavizando el tono, mientras echaba miradas por el aparcamiento.

—Bueno, podrías haberme llamado tú.

—Te llamé.

Dirigió la mirada hacia donde yo estaba, pero a unos metros más allá. Vi que el Corvette de Thom entraba en el aparcamiento y se acercaba lentamente, eso era lo que miraba Ryan. Vi a Susan en el asiento del copiloto, examinándose la cara en el espejito de la visera.

—¿Cuándo? —le pregunté, distraído.

—Por la tarde. —Y añadió con leve énfasis—: Dos veces.

—¿En serio?

—Sí.

No le conté que estaba en casa de Matt Kellner, aunque dudo que le hubiese importado.

—Supongo que estaría en la piscina —mentí sin esfuerzo—. No oí el teléfono.

Se irguió y saludó como si nada a Thom al pasar por nuestro lado hacia una plaza vacía, una canción de Styx flotando desde el Corvette.

—Hablamos luego —dijo Ryan.

—¿Estás paranoico? —le pregunté de pronto.

—Hum, soy… práctico, supongo. —Miró mientras Thom aparcaba el coche y luego él y Susan vinieron hacia nosotros—. Después montamos algún plan. Quiero quedar. —La manera de decirlo adquirió una rotundidad erótica cuando añadió—: Contigo.

Y aquello me sobresaltó ligeramente, sumándose a la inquietud general que comenzaba a experimentar aquella mañana.

Ya me había girado hacia Thom y Susan, y aunque nos habíamos visto en casa de Debbie el domingo por la noche nos saludamos con cierta formalidad, los chicos asintiendo con la cabeza y diciendo irónicamente «Señor» mientras Susan nos besaba a Ryan y a mí en la mejilla, y luego los cuatro echamos a andar hacia la torre del campanario que llevaba a la zona del campus del instituto.

—¿Qué tal la película? —pregunté.

Thom y Susan parecieron momentáneamente confusos.

—La de John Belushi —les recordé—. El domingo por la noche.

—Estuvo bien —respondió Susan—. No era muy divertida.

—Yo me dormí —admitió Thom—. Era una comedia romántica, o eso se supone.

—Deberías haberle pedido un tirito a Debbie —le dije.

Thom soltó una risilla. Susan puso los ojos en blanco.

—Estaba totalmente colocada. Se pasó toda la película hablándome en susurros —dijo Susan—. Y luego no paraba de salir para tratar de tranquilizar a Liz, que supongo que estaba hecha una mierda arriba y completamente desquiciada. La típica noche en casa de los Schaffer.

—Lo sé, me topé con Liz al salir —dije—. ¿Terry entró? ¿A ver la película?

—Yo no lo vi —dijo Susan—. Eh, ¿por qué te marchaste? —le preguntó a Ryan.

—Pues es que tenía planes para cenar con mi familia —respondió Ryan—. Andaba por Westwood recogiendo información en la UCLA y por eso decidí pasar por casa de Debbie.

Todo eso era mentira: sabía que Ryan no tenía ninguna cena familiar ni tampoco intención de presentar solicitud para la UCLA, por no

hablar de las notas para poder entrar, y me pregunté si Thom y Susan eran siquiera vagamente conscientes de ello. Susan me echó una ojeada y luego volvió a mirar a Ryan.

—Deberías haberte quedado. Estuvo divertido.

—Ya —dijo Ryan—. Tenía planes.

—Lástima —dijo Susan volviendo a echarme una mirada.

—¿De verdad estuvo tan divertido, Susan? —le pregunté con cierta ironía.

Pretendía que sonase como un chiste, pero pareció más bien que estaba de mal humor.

Susan, imperturbable, se encogió de hombros y dijo:

—A ver, yo me lo pasé bien.

Vi que Thom le cogía la mano. Me fijé en la leve vacilación de Susan. Ninguno de ellos había reparado en el coche de policía, o no dijo nada, pero su presencia había alterado mi ánimo y mientras nos dirigíamos a la administración para repasar nuestros programas individuales del curso experimenté un abrumador deseo de ver el patio de la biblioteca: intuía que allí había pasado algo, y que lo que había visto la noche anterior estaba relacionado con la presencia del coche policial. Y no sé por qué no satisfice aquel deseo, recuerdo que en vez de eso seguí caminando con Susan, Thom y Ryan hasta que llegamos a la puerta del edificio principal del instituto; como la mayoría de los edificios de Buckley, era una estructura baja, un bungalow, estuco clásico con techado de tejas españolas. Todo en Buckley estaba en el exterior: no había pasillos; cada aula era, de hecho, un bungalow en sí, conectados mediante pasarelas protegidas por aleros, y fui a la oficina de administración, donde entré algo desorientado, como en un sueño, aquel primer día de clase. El año de graduación era más flexible que cualquier otro, y si tenías problemas con el programa la primera mañana del curso era el momento indicado para corregirlo, efectuar cambios, modificar horarios si lo deseabas, lo que fuese con tal de complacer a los estudiantes de último curso. Pero a mí me daba igual, no me importaba qué clases me tocaban, solo quería terminar, no había nada que cambiar porque la diferencia era nula, iba a ser escritor,

estaba trabajando en mi novela, eso era lo importante. De la oficina entraba y salía gente a la que no veía desde junio y que apenas reconocí en mi estado de distracción; como todo en Buckley, la escena era tranquila, controlada y ordenada, pero aquella mañana todo parecía ir a cámara lenta, fragmentado, turbado, vibrando con una ansiedad de baja frecuencia.

Recuerdo que el doctor Croft también estaba allí, sosteniendo una botella de Perrier diminuta mientras los estudiantes de último año consultaban con varias secretarias, y que se acercó a Susan para hablar de lo que iba a decir en la asamblea de media mañana y luego desaparecieron en su despacho, contiguo a la zona de espera.

—¿Alguien ha visto ya al nuevo? —preguntó Doug Furth a Ryan y Thom, que se encogieron de hombros mientras comparaban sus horarios con el mío.

David Walters, el director, entró en la oficina —un espacio atestado de mobiliario de Sloane's y helechos decorando mesas y un cuadro de LeRoy Neiman que ocupaba una pared entera discretamente iluminado junto a un reloj de pie antiguo y los inmensos ramos de flores frescas en dos jarrones enormes— y recordó a todo el mundo que eran las nueve pasadas y que la primera clase de la jornada ya había comenzado, que nos vería a todos después en la asamblea. Alineados contra el mostrador plano que separaba la zona de espera y la de las secretarias había varias pilas de copias del listado de alumnos, y yo cogí uno y lo abrí por nuestro curso y vi el nombre de Robert Mallory entre el de Rita Lee y el de Danielle Peters, y de repente sentí que me estaban observando; había experimentado aquella sensación también la noche anterior, cuando me fui de casa de Matt Kellner, y en Stansbury Avenue aparcado frente a las verjas del colegio, y luego en la oscuridad de mi propio patio.

Me sentía totalmente aturdido, con el listado abierto entre las manos y la mirada clavada en el nombre, cuando Debbie me dio un beso fugaz en los labios, materializándose como una aparición, los ojos límpidos, como nueva, una chica de calendario, borrada por completo cualquier señal de desfase del fin de semana. Me recuperé un poco y me di cuenta

de que Thom y Ryan seguían a mi lado comparando horarios —qué modificar, qué cambios introducir, «igual pasar Estudio a última hora para poder marcharnos temprano»— cuando Debbie anunció muy excitada que alguien había «profanado» la estatua del grifo del patio de la biblioteca.

—Profanado… —dijo Thom, confuso.

—La han vandalizado —confirmó ella.

—Probablemente alumnos de Harvard —comentó Ryan.

—¿Qué le han hecho exactamente? —pregunté.

—Nadie lo sabe —dijo Debbie—. Han cerrado el acceso al patio.

—Por eso está aquí la policía… —murmuré.

—No me llamaste ayer —me susurró Debbie.

—Lo siento, cariño.

—Lo sé. —Me sonrió con tristeza—. Te estabas preparando para el colegio.

La atmósfera era silenciosa, todo parecía como embalsamado en aquel sueño en el que había penetrado: la moqueta verde que pisaba podría haber sido un lago, el zumbido del aire acondicionado era el viento lejano que precede a una tormenta, los atractivos estudiantes de uniforme eran robots, todo el mundo repetía un diálogo preparado de antemano en voz baja. En la superficie, la sala transmitía la elegancia y el control que emanaba de Buckley, pero todo aquello se me antojaba irreal, como si me lo estuviese inventando y, sin embargo, no pudiese controlarlo. Debbie comentó entre susurros algo de un nuevo club, en realidad un «espacio» en Melrose, quería que fuésemos a echarle un vistazo esa semana, tal vez el jueves por la noche, aún no estaba abierto oficialmente, ponían vídeos en salas vacías, había un bar, se lo había contado un tal Attila. Me encogí de hombros como acostumbraba a hacer cada vez que ella quería que hiciese algo. Había descubierto a lo largo del verano que aquel constante encogerme de hombros le sugería a Debbie una especie de virilidad, una figura fuerte y silenciosa que supuestamente encarnaba yo cuando, de hecho, es que me daba lo mismo. Aquel primer día de último año, allí plantado en la oficina de administración, se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de que

no nos íbamos a graduar hasta junio, quedaban diez meses más de aquella pantomima, y me sumí en una nueva depresión. Iba de uniforme, un disfraz, fingiendo ser el novio, asistiendo a un año de clases que no me interesaban lo más mínimo, disfrazándome: era un actor y nada de aquello era real. Esa era la moraleja de aquel martes de septiembre por la mañana.

Me obligué a centrarme un poco mientras Debbie y Thom se marchaban a su primera clase, Español III, y Susan, Ryan y yo nos dirigíamos a Narrativa Norteamericana, pero cuando entraba en el aula me excusé diciéndole al señor Robbins que tenía la garganta seca y necesitaba beber agua.

Las pasarelas estaban vacías cuando las atravesé rumbo a las escaleras que llevaban al patio de la biblioteca; no había nadie fuera, todo el mundo estaba en el edificio de administración o en clase, ya que el curso había comenzado oficialmente. En lo alto de las escaleras había una barricada improvisada con un caballete y dos conos de tráfico naranjas bloqueando el paso que conducía al patio; el único camino que quedaba era a través de la propia biblioteca, que aún no habían abierto, una anomalía teniendo en cuenta que normalmente era el primer edificio al que todos teníamos acceso, el primer lugar de reunión del día. Me paré, eché un vistazo a mi alrededor, salté por encima del caballete y los conos y bajé despreocupadamente los escalones. El espacio estaba rodeado de nogales y sicomoros, y oía el trino de los pájaros que allí anidaban, y más allá la cascada que rompía suavemente en el estanque koi. Lo primero que vi fue a Miguel, el jefe de mantenimiento que llevaba en Buckley desde que yo iba a séptimo, y al jefe de seguridad del colegio, Angelo, a quien también conocía, hablando en voz baja con dos policías, armados y uniformados, que luego descubriría que esperaban a un fotógrafo forense para que tomase fotos de la estatua profanada. Me acerqué al grifo antes de que ninguno de ellos pudiese verme, pero no entendí lo que estaba mirando. Al principio me pareció cómico —una broma inofensiva, Kleenex, tinte rojo, una peluca— hasta que me acerqué más.

Había sangre esparcida por todas partes en charcos coagulados al pie

de la estatua, y el grifo en sí también estaba salpicado de rastros sangrientos, pero no había nada que indicase de dónde procedía la sangre, cuál era su origen: sencillamente la habían traído de otro sitio. El estanque koi aún estaba lleno de agua, pero había como veinte peces muertos, blancos, naranjas y negros, desparramados bajo la estatua, todos destripados y decapitados. Las cabezas las habían pegado en la estatua, decorándola con formas circulares, creando un par de pechos femeninos, y otro koi despanzurrado colgaba entre las piernas del grifo imitando un pene, y también le habían pegado en la entrepierna puñados de lo que parecía una peluca —rubia, brillante y sintética— a modo de vello púbico. Habían cubierto la cabeza del grifo con pegotes de entrañas de los peces, un tupé reluciente de colores negro, rosa y rojo sobre un rostro donde dos peces blancos estaban adheridos con sangre a modo de ojos, y otro koi blanco había sido colocado sobre la boca del grifo a fin de representar una sonrisa sanguinolenta, una mueca lasciva. Apenas había digerido aquel horror toscamente elaborado cuando Miguel me gritó: «No deberías estar aquí, Bret, vuelve arriba», haciendo un gesto perentorio con la mano. Los policías y Angelo se me quedaron mirando ceñudos mientras obedecía, retrocediendo, literalmente temblando, reparando por fin en las moscas y mosquitos que revoloteaban alrededor de la estatua y sobre los charcos de sangre.

Ryan se equivocaba: aquello no era cosa de un grupo de atletas de Harvard; era demasiado perverso, demasiado repugnante. En medio de mi conmoción, recordé con pavor que yo había visto a quienquiera que hubiese hecho aquello la noche anterior mientras estaba sentado en mi coche aparcado a las puertas del colegio, y que contemplé el haz de luz de la linterna moviéndose de aquí para allá por el patio a oscuras y por la ladera contigua. Recuerdo perfectamente pensar aquella mañana —se me ocurrió automáticamente, sin la menor vacilación— que solo me complicaría la vida si aportaba cualquier información a la policía sobre un intruso al que había visto en los terrenos del colegio la noche anterior. No quería ser testigo, no quería verme involucrado, tuve miedo. Y, de forma también automática, decidí callar: era, intuí, la

mejor opción para mí. La estatua profanada planteaba un relato con el que no quería verme relacionado; no quería formar parte de la historia: era demasiado espantosa. Y mientras subía medio aturdido las escaleras y llegaba hasta el pasillo que me llevaría de vuelta a clase no pude evitar pensar de nuevo que alguien me observaba escondido en las colinas que rodeaban la escuela con un telescopio, una cámara con teleobjetivo, unos prismáticos o un rifle de caza. Recuerdo que pensé que por primera vez en mi vida estaba tan desorientado que me sentía como si me derritiese, me disolviese en mí mismo, como si me convirtiera en otra persona y luego desapareciese en la nada, el increíble chico menguante.

El resto de la mañana estuve perdido en mi propia película, no fui capaz de prestar atención a nada. Me limité a fingir que me concentraba en el libro que acababa de abrir o que contemplaba lo que el señor Robbins o la señorita Sylvan habían garabateado en la pizarra. En cierto momento entre las dos primeras clases le pregunté a Susan si tenía un Valium pero solo pudo ofrecerme un Quaalude, que no acepté: si me lo hubiese tomado no habría llegado a la hora del almuerzo. Me preguntó qué me pasaba —se dio cuenta—, pero no le conté lo que había visto, ni a ella ni a nadie. El sueño a cámara lenta que había empezado en la oficina de administración se aceleró después de ver los espantosos daños infligidos a la estatua, y di por hecho que no hablar de ello, ni siquiera hacer alusión, haría que desapareciera de mi memoria: quería borrar de mi mente la imagen del grifo profanado. Pero tratar de asimilar la locura de quienquiera que hubiese hecho aquello me provocó un ligero temor que empezó a cobrar impulso, acelerándolo todo, y antes de darme cuenta siquiera ya estábamos en la asamblea de media mañana y el instituto al completo —como unos trescientos estudiantes— nos congregamos en el enorme patio, la plaza situada debajo del Buckley Pavilion, donde estaba la pista cubierta de atletismo del campus y donde se celebraban los conciertos y los musicales del colegio, y que albergaba también una piscina olímpica y una cancha de baloncesto. Un mar de americanas azules alzó la vista hacia la bandera estadounidense cuando se pronunció el Juramento de

Lealtad seguido de la Oración de Buckley. El director Walters y el doctor Croft pronunciaron breves discursos sobre la importancia del liderazgo y los rigores de los desafíos, y prometieron que nos esperaban a todos un sinfín de emociones creativas y satisfacciones personales.
Susan se acercó al micrófono —era la presidenta del cuerpo estudiantil — y cuando miró desde el estrado a la asamblea congregada el aplauso se prolongó y se le sumó una agudísima sirena de silbidos y aullidos provenientes de lo que parecieron ser casi todos los varones allí reunidos: esto hoy no sería visto con buenos ojos, pero en 1981 todo el mundo, sobre todo Susan, se recreó con deleite en el momento. No leyó tarjetas ni un guion preparado puesto que no tenía mucho que decir, no era una charla motivacional (Susan era demasiado cool para eso). Se limitó a dar la bienvenida de nuevo a todos; habló sobre la próxima reunión de antiguos alumnos y les recordó que el diseño de las carrozas de clase tenía que quedar aprobado hacia la última semana de septiembre; dijo que todo aquel que quisiera apuntarse a la junta editorial de *The Buckley Gazette,* el periódico estudiantil, hiciese el favor de ponerse en contacto con Doug Furth, y que quienes quisieran trabajar en *Images,* el anuario estudiantil, se pusieran en contacto con Suzie Todd o Debbie Schaffer; anunció que el musical del semestre sería *Mame* y que las audiciones comenzarían la semana siguiente. Los entrenadores McCabe y Holtz invitaron al capitán y al quarterback del equipo de fútbol americano del instituto, Thom Wright, a presentar la alineación para el presente año, y se anunció a Ryan Vaughn como cocapitán mientras «I Will Follow» de U2 empezaba a atronar desde una torre de altavoces y los once chicos que integraban los Buckley Griffins subían al estrado y formaban una fila entre los vítores provenientes de la plaza. Esa mañana nadie hizo la menor alusión a la estatua vandalizada en el patio de la biblioteca.

Divisé a lo lejos a Matt Kellner, allí de pie y solo en los márgenes de la multitud, y aunque vitoreaba cada vez que Thom pronunciaba el nombre de un jugador del equipo, yo sabía que se estaba limitando a seguir la corriente, a interpretar un guion como yo, muy alejado de todo aquello, y dado que lo conocía íntimamente (había estado dentro

de él el día anterior) pude ver ese distanciamiento en sus ojos fumados por mucho que estuviese sonriendo. Cualquiera que mirase casualmente a Matt Kellner esa mañana podría pensar que su sonrisa era genuina, pero para mí era un rictus. Matt, un fantasma bronceado de pelo castaño corto con mechas rubias por el sol, era un recordatorio más de que durante mi tercer año en el instituto me había apartado de todo y ahora estaba representando una pantomima en la que solo discernía los bordes de las cosas, los márgenes del campus, los contornos de la gente, y era por eso por lo que alguien como Matt Kellner me preocupaba, porque también se encontraba en la periferia. Me sorprendió que volver al campus reavivase mi desprecio de forma tan rápida y malograse todo el optimismo que llevaba experimentando las últimas semanas. Aquel no iba a ser el año feliz que había esperado y con el que había fantaseado estúpidamente durante el verano; cualquier excitación que hubiera sentido era culpa de mis defectuosas conexiones neuronales. Comprendí demasiado tarde, allí plantado en el patio del Pabellón aquella primera mañana, que tal vez no había estado prestando suficiente atención al verdadero guion.

El suave tañido de las campanas anunció el mediodía. En Buckley no había cafetería, así que los alumnos nos traíamos el almuerzo y, como residíamos en el sur de California, comíamos siempre fuera. Había una hilera de mesas con bancos y sombrillas junto al edificio que albergaba los laboratorios de ciencias donde comían la mayoría de los alumnos de tercero, y los de cuarto siempre se adjudicaban las mesas a la sombra del Pabellón que daba al patio de asambleas, donde se alineaban diez mesas de pícnic perfectamente espaciadas. Y aunque los de último curso podían comer básicamente donde se les antojara, regía una especie de jerarquía con respecto a la elección de asientos a la hora del almuerzo: los estudiantes de último año ocupaban las mesas junto al Pabellón, los de tercero se sentaban en las mesas con bancos del patio, y los de segundo en las mesas situadas junto al bungalow de artes y oficios. Justo antes del almuerzo dejaban en los escalones del Pabellón unas cajas azules con pequeños cartones de leche fría a disposición de todos los alumnos, y cogí uno mientras me dirigía a donde estaban

sentados Thom y Susan con Debbie, que me estaba guardando un sitio a su lado, en la mesa central, la más visible para todos, que había sido ligeramente retirada de las otras nueve y que disfrutaba de las mejores vistas del campus: bien podría haber sido un trono. Allí todos nos veían.

Algunos estudiantes eran más atractivos, unos cuantos eran más carismáticos y atléticos, había unos pocos que tenían padres famosos o con más dinero que el resto, lo cual añadía una especie de caché, pero los uniformes que llevábamos todos disuadían de la idea de que uno fuese «mejor» o «distinto» a los demás —ya habría tiempo de lidiar con esa injusticia después de graduarte, en la universidad, en el mundo real—, y la quietud del campus contribuía a esa noción que se suponía que debía protegernos. El hecho de que el número de alumnos por curso fuese reducido —solo sesenta y ninguna clase con más de catorce chicos— también hacía desistir de cualquier tipo de competición de popularidad: la posibilidad de alardear o enaltecer a alguien quedaba minimizada por las normas y la estructura del colegio. Y aun así era inevitable que algunos alumnos cautivasen la imaginación del cuerpo estudiantil más que otros: Susan Reynolds y Debbie Schaffer evidentemente por su aspecto, y Thom Wright era nuestro rey por su atractivo, su destreza atlética y su carácter afable y campechano, y aunque esa popularidad, esa noción de poder dentro del instituto, probablemente le importaba más a Debbie Schaffer que a ningún otro —la exclusividad le ponía mucho—, supongo que Thom y Susan estaban tan acostumbrados a su estatus que no conocían otra cosa, que lo daban por sentado, como un derecho propio, y ni siquiera necesitaban esforzarse, totalmente ajenos a que la gente fantaseaba con ellos. Mi popularidad, como alguien que no formaba parte de equipos deportivos y evitaba las actividades extracurriculares, iba ligada a ser el amigo más íntimo de Thom y Susan, ese era mi distintivo, así era como me veían, el compinche, el acoplado, era famoso por mi estrecha proximidad a ellos, así era como había sido durante mucho tiempo… pero ahora sinceramente me daba igual, no me importaba, y me importaba incluso menos conforme me acercaba a la mesa central a la

sombra del Pabellón aquel desconcertante primer día de instituto.
Pero sonreí al deslizarme en el banco mientras las chicas compartían una granada y charlaban intercambiando rumores sobre la estatua del grifo: nadie sabía lo que le habían hecho ni cómo la habían vandalizado. Antes, en administración, el doctor Croft le había contado confidencialmente a Susan que no iban a comentar «el rumor» en la asamblea; solo le dijo que habían «sacado» los kois del estanque, nada más. Estuve tentado de describirles lo que había visto, pero me di cuenta de que no me habrían creído: la sangre, las tripas, los peces muertos, la horripilante y lasciva sonrisa de pez, la sexualización del grifo, el pene koi goteante y las tetas blancas hechas con cabezas de peces… resultaba demasiado atroz. Además sabía que Susan y Debbie me reprocharían lo que consideraban mi tendencia a embellecer las cosas. A Susan siempre le había encantado reprenderme por los detalles adicionales que incorporaba al contar una anécdota, así como por los que omitía, y a menudo me interrumpía para explicar a los oyentes que en realidad aquello no había sucedido exactamente así, «Bret exagera». Pero lo mío era contar historias, y me gustaba adornar un incidente por lo demás mundano que tal vez tenía dos o tres elementos que hacían que en principio fuese interesante contarlo pero en realidad no tanto, y añadirle uno o dos detalles que elevasen la anécdota a la categoría de algo legítimamente interesante para el interlocutor y que produjese risa, sorpresa o impresión, y esto era algo que me salía de forma natural. No eran exactamente mentiras: sencillamente prefería la versión exagerada.

También me di cuenta de que la estatua profanada me había hecho olvidarme del nuevo, Robert Mallory, y de pronto miré alrededor para ver si lo localizaba.

Desde un radiocasete a lo lejos los Clash cantaban «The Magnificent Seven»; levanté la mirada para ver de dónde venía y sentí una punzada cuando vi a Ryan Vaughn comiendo con Anthony Matthews, Jeff Taylor, Kyle Colson, Doug Furth y Dominic Thompson: los chicos. Ryan se estaba riendo mientras describía algo con las manos, aparentemente pasándolo en grande; se le veía sinceramente animado, y sin fingir, y

me entraron ganas de estar sentado junto a él en aquel momento: cuando parecía tan real. ¿Qué había pasado con aquellos días de la primavera pasada, cuando nos sentábamos apartados de los demás, perdidos en nuestro flirteo secreto, a punto de compartir lo que sentíamos realmente el uno por el otro? Caí en la cuenta: no estábamos comiendo juntos porque Ryan, después de lo sucedido en mi dormitorio en agosto, consideraba que ahora éramos oficialmente un secreto. Intenté prestar atención a lo que se estaba hablando en mi mesa sin decir gran cosa, tan solo mirando el almuerzo que me había preparado Rosa —el grupo estaba habituado a mi silencio, pensaban que era cosa de escritores—, aunque comenté que quería ir a ver a la ELO en el Forum y pregunté si alguien más quería comprar entradas, y recuerdo el instante en que Thom se calló a media frase, levantó la mirada con curiosidad y le dedicó una sonrisa cordial, amistosa y neutra a alguien, y Susan desvió la mirada de Thom para ver qué lo había interrumpido, seguida de Debbie, que se giró a mi lado. El ambiente era sereno y cálido, agradable y soleado, casi mediterráneo, y el murmullo de las voces bajo las sombrillas continuó, inalterado por aquella nueva presencia. Alguien se había acercado a la mesa central, la mesa más popular, como si lo hubiese intuido sin conocernos a ninguno de nosotros.

Desde mi perspectiva privilegiada, cuarenta años más tarde y sabiendo exactamente lo que sucedió aquel otoño, podría pintar en retrospectiva algo más siniestro, pero no había motivo para hacerlo aquel día, porque el chico que teníamos delante era pacífico y encantador, y parecía vulnerable e inocente. Se nos había acercado vacilante y necesitaba que lo guiásemos.

Lo primero que vi: náuticos sin calcetines. Y cuando levanté la mirada, la pregunta que me hice fue: ¿Cómo podían ser las facciones de Robert Mallory, su mandíbula, sus pómulos, más atractivos que los de Thom? ¿Por qué de pronto Robert Mallory era mucho más sexy que cualquiera a pesar de que, al igual que Thom y Ryan, era el típico tío bueno americano que parecía sacado de una película o de las páginas de una revista de moda? Quizá, pensé, era porque conocía a Thom y Ryan

desde hacía cinco años y estaba acostumbrado a su aspecto, y Robert Mallory era una presencia nueva: apareció de repente de la nada y por eso me produjo aquella impresión sísmica.

Robert medía algo más de metro ochenta y su manera de llevar el uniforme de Buckley —todas las prendas parecían de una talla menos— exageraba la amplitud de sus hombros y la estrechez de su cintura; tenía el pelo rubio ceniza, corto, con raya en medio, escalado hacia atrás, al estilo de tantos chicos de Buckley por aquella época; los ojos eran marrones y almendrados, de largas pestañas con cejas pobladas; tenía una nariz clásica aguileña, con una pequeña curvatura en la parte superior que le confería un plus de perfección; los labios eran rosados y carnosos, una boca en la que tenías que fijarte y detenerte; tenía una leve hendidura en la barbilla, y la piel bronceada y suave, sin marcas de acné; las mejillas levísimamente hundidas, y cuando sonreía se le formaban hoyuelos. Había aprovechado su estatus de estudiante de último año para modificar su uniforme: además de los náuticos sin calcetines, prescindía de la americana, llevaba la corbata aflojada y la camisa blanca (Ralph Lauren, con el poni de polo en el pecho, típica de los chicos de Buckley) remangada, dejando al descubierto unos antebrazos morenos casi lampiños y algo venosos. Desprendía un leve olor: era jabón, o loción, o champú, provenía de algún lugar de su pelo, de su cuerpo, de su piel. Era cedro, sándalo, como si acabase de atravesar un bosque de cítricos. El aroma tenía también un punto ahumado, una hoguera serena en una playa desierta, el aire salino mezclándose con las llamas evanescentes. O así es como lo recuerdo. Era, al igual que Thom y Ryan, una estrella de cine, un afable dios griego.

—Ey, tú eres Susan Reynolds —dijo—. ¿Verdad?

—Sí. Tú debes de ser Robert —respondió Susan sonriendo, sorprendida.

—Sí, ¿qué tal? —Esto lo dijo con un atractivo punto de timidez—. El doctor Croft me ha dicho que estarías aquí y, eh… me ha enseñado tu foto.

—Espero que no fuera una de las que guarda en su cajón —dijo

Susan muy seria.

Robert se quedó desconcertado por un instante, pero luego fingió no estarlo y se rio educadamente.

—Ah, no. La foto del anuario del año pasado. —Hizo una pausa, mirándola fijamente—. Bonita foto. Te he reconocido de inmediato.

—Ey, tío —dijo Thom, incorporándose a medias con una mano extendida—. Yo soy Thom.

—Robert —dijo él, estrechándole la mano y mirándole directamente a los ojos.

—Yo soy Debbie —dijo la chica que tenía a mi lado con una entonación que delataba una curiosidad exagerada. Me fijé en cómo la voz se le agudizaba en la segunda sílaba de su nombre—. Así que tú eres el chico nuevo misterioso.

—¿Misterioso? —preguntó Robert un poco extrañado. Su inocencia y su educada confusión eran encantadores, pensé.

—No le hagas caso, está de broma. Yo soy Bret —dije estrechándole la mano a Robert mientras la examinaba, una mano grande, de uñas cortas, pálidas y limpias.

Desvió la mirada de Debbie y la clavó en mí, sonriendo y, al igual que con Thom, estableciendo contacto visual directo; era seductor, quería gustar, me apretó la mano demasiado fuerte y cuando se dio cuenta aflojó ligeramente y la retiró: una primera impresión nerviosa. Tuve que contenerme para no olerme la mano, eso lo recuerdo con total claridad pese a no recordar necesariamente los detalles del diálogo que sostuvimos durante aquella comida, solo las generalidades de la historia de Robert, su presunto resumen, el relato oficial que nos ofrecía. Nada en aquel almuerzo inicial daba indicios claros de lo que nos sucedería aquel otoño pero, si echo la vista atrás, todo estaba plagado de pistas.

Enseguida me di cuenta de que no era tanto que estuviese deseando conocer a Robert Mallory como que tenía la sensación de que ya lo conocía; que lo había visto antes pero no sabría decir dónde, y su presencia magnética me tenía demasiado desorientado como para tratar de averiguarlo o adivinarlo sobre la marcha en aquel momento. Y

todavía me quedé más descolocado cuando Thom y Susan lo invitaron a sentarse con nosotros y se apartaron para hacerle sitio en el banco; ahora estábamos frente a frente, así que tuve que respirar hondo y guardar la compostura mientras le sonreía mecánicamente. Pero una pregunta se abrió paso y no pude contenerla, había algo que no lograba quitarme de la cabeza: yo conocía a aquel chico. Antes de que nadie dijese nada, le pregunté si habíamos coincidido en alguna fiesta o en algún club, si había estado alguna vez en el Seven Seas, el Odyssey, el Starwood o el Whisky. Robert me miró, un poco extrañado de nuevo, y dijo:

—No, tío, no creo. —Y añadió—: No salgo mucho. En realidad no conozco a nadie en Los Ángeles.

Le creí porque todo en él, de momento, parecía auténtico y no había razones para desconfiar: ¿por qué iba a mentir sobre haber estado en el Seven Seas antes de graduarse? Y además su belleza me desarmaba de tal modo que decidí dejar de interrogarlo. Había supuesto que quienquiera que fuese el tal Robert acabaría marginado porque no tendría tiempo suficiente para trabar una relación estrecha con ningún integrante del hermético mundo del último curso, pero al conocerlo me di cuenta automáticamente de que no sería el caso: su aspecto le abriría todas las puertas. Y le ayudaría a ocultar cualquier defecto que pudiera tener. Su belleza le permitiría salir airoso en cualquier circunstancia. Me limité a contemplarlo.

Faltaban veinte minutos para que empezase la siguiente clase.

Robert empezó a contarnos por qué había llegado tarde ese día: llegó al LAX la noche anterior, se quedó dormido, apenas había podido deshacer el equipaje, no encontraba su uniforme, se perdió al venir desde Century City porque se pasó Benedict Canyon y luego Beberly Glen, y para cuando se dio cuenta de que tenía que haber tomado la 101 hasta la salida de Woodman Avenue ya estaba en la 405 en Sunset.

Thom lo interrumpió para preguntarle si había estado antes en el colegio.

—No —contestó Robert—. Ha sido todo cosa de última hora. —Soltó la frase como si no hiciese falta más explicación. La dejó caer y luego

continuó.

Cuando llegó a Buckley eran ya las once y cuarto, y tenía una reunión de orientación con el doctor Croft y el director Walters, y cuando acabaron de cuadrar el horario le dijeron que debería conocer a la presidenta del cuerpo estudiantil, Susan Reynolds, que estaría en las mesas de los estudiantes de último año junto al Pabellón, le entregaron un mapa y le enseñaron una foto de ella en lugar de acompañarlo, ya que llegaban tarde a un rápido almuerzo con unos generosos exalumnos en Ma Maison, West Hollywood, un sitio de moda en Melrose cuyo número no aparecía en el listín y cuyo sous-chef mataría a una joven actriz al año siguiente, conocida de Susan y de Deborah… todo lo cual, imagino, da una idea del mundo imperial que habitábamos y de los hombres que lo regían en 1981.

También recuerdo con mucha claridad que Robert se quedó mirando mi sándwich intacto y reconoció que había dado por sentado que en Buckley teníamos cafetería, por lo que no había traído almuerzo. Le hice una seña —«Claro, puedes comértelo»— y él cogió la mitad y dijo un entusiasta «Gracias» y le dio un mordisco sin mirar de qué era, expresando su alivio mediante gestos y masticando vorazmente, los músculos de la mandíbula tensándose y destensándose, y elogió a quien hubiese hecho el sándwich: estaba delicioso, dijo con la boca llena. Mientras comía y luego metía distraídamente una mano en la bolsa abierta de patatas Lay's, me di cuenta de que Debbie, apoyada contra mí, estaría probablemente pensando en la mejor manera de utilizarlo; no flirteó con él, simplemente le divertía y estaba tratando de averiguar los límites de su maleabilidad. Estaba claro que lo incluiría en cualquier cosa que planease por su mera novedad, por su exotismo, así que empezó a lanzar preguntas con aire despreocupado, mientras Susan parecía retirarse a un lugar privado en su interior, repentinamente cautelosa y callada; en contraste, Thom parecía prestar a Robert una atención completa y devota, mirándolo como si se tratase de un amigo potencial y no de un rival, cosa que en mi opinión, por alguna razón, obviamente era.

Robert fue desgranando su historial como si se tratara de una entrevista

de trabajo que necesitase pasar: volvió a confirmar que acababa de llegar de Chicago la noche anterior, y aunque había estado viniendo a Los Ángeles con cierta regularidad desde el verano de 1980, alojándose con su tía, la hermana de su padre, en su apartamento de Century City, no había acabado de familiarizarse del todo con el lugar y siempre se sentía un poco desorientado; conocía Century City, Westwood, Beverly Hills y las playas, pero no Hollywood ni el Eastside ni el Valle; y esa era la razón de que hubiera llegado tarde. La última vez que había estado en Los Ángeles durante un periodo largo fue diez meses atrás, cuando vino para las vacaciones de diciembre y se quedó con su tía hasta mediados de enero antes de volver a Chicago para terminar tercer año en Roycemore, un colegio privado de Evanston.

—¿Por qué vives con tu tía? —lo interrumpió Debbie.

Robert contó que desde el divorcio de sus padres vivía con su madre en Lincoln Park, pero que cuando esta murió —en lo que se refirió solo como «un accidente»— se mudó con su padre, que vivía en Forest Glen con una mujer con la que Robert nunca había acabado de entenderse y con la «loca» hija adolescente de su primer matrimonio, y la acritud entre los cuatro era ya insoportable cuando intervino su tía y propuso que Robert se trasladase a Los Ángeles y viviese con ella, que se encargaría de matricularlo en algún sitio para que cursara el último año de instituto. El padre de Robert, que quería mandar a su hijo a una academia militar, al principio vetó a su hermana, pero el pasado mayo de pronto cambió de opinión y accedió.

—Y aquí estoy —dijo encogiéndose de hombros, mirándonos a todos a los ojos, sonriente, mostrando una hilera de dientes blancos impecablemente alineada.

Robert había relatado aquellos antecedentes sumarios, con un trasfondo de dolor y pérdida, rechazo y muerte de un progenitor, casi de buen grado, como si le hubiese sucedido a otro. Tal vez había expuesto la información con seriedad, pero se me antojaba en cierto modo ensayada, como si fuese algo que recordaba pero no necesariamente hubiese experimentado. Lo contaba de una manera extrañamente carente de emoción, rayana en lo hueco. A cierto nivel,

Robert era lo suficientemente interesante como para hacerme olvidar por un momento la estatua del grifo embadurnada de sangre y tripas, pero algo perturbador se traslucía en él y me recordaba la extrañeza general de aquel día: el coche de policía aparcado en el callejón tras la biblioteca, los charcos de sangre coagulada y los koi mutilados y esparcidos alrededor de la estatua en el patio, un chico nuevo materializándose ante nuestros ojos.

Sospeché que algo no cuadraba con Robert Mallory casi en el momento en que lo conocí. Pero solo era una sensación. No tenía pruebas.

Thom y Susan reaccionaron a Robert de maneras distintas: a Thom pareció caerle bien, aunque se mostró un tanto decepcionado cuando este le dijo que no tenía pensado practicar ningún deporte aquel año, lo cual mitigó su entusiasmo con un «Vale, tío». Susan escuchó pacientemente —no exactamente distanciada, ni tampoco dando la sensación de que tratase de ignorar a Robert, ya que estábamos incluidos todos en la conversación, él nos hablaba a todos—, pero a veces parecía que estuviese deseando que él se largara precisamente porque Thom y Robert habían conectado de inmediato, algo que tenía que ver con lo bien acogido que Thom había hecho sentirse a Robert. Thom siempre concedía a todo el mundo el beneficio de la duda, a Thom le caía bien todo el mundo, Thom siempre confiaba en la gente, era parte de su encanto; Susan lo sabía y debería haberlo esperado. Y además estaba sucediendo algo muy sutil que yo percibí pero nadie comentó luego: me pareció que Robert intentaba no mirar a Susan, aun cuando el director y el jefe de estudios le hubiesen dicho que la buscara y se presentase. A lo mejor era timidez: creo que nunca había visto a Susan más deslumbrante que aquella tarde de septiembre, con diecisiete años y en el apogeo de su belleza de reina del baile, y eso era tremendamente intimidatorio. Susan, pensé, era totalmente ajena a las miradas de Robert y estaba ensimismada en sus cosas pero a su manera callada, examinando a ratos con aire recatado los granos de la granada que compartía con Debbie. No estoy seguro de que Thom se diese cuenta, pero en cierto momento se pegó más a Susan, casi como un

gesto protector, tal vez incluso una advertencia benévola a Robert Mallory: está buena, es mía, llevamos juntos dos años, nos vamos a casar, no pasa nada, tío, todo bien, colega.

Seguí observando a Robert mientras me acercaba cada vez más a la respuesta de cómo lo conocía, pero nuestro mundo en aquel momento seguía siendo una constante distracción, y aunque mi mente iba aclarándose y empezaba a solucionar el misterio, la pregunta aún no había sido respondida.

Por alguna razón miré a Ryan, sentado a dos mesas de nosotros: estaba muy quieto, dirigiéndome aquella expresión de «¿Qué pasa?» con la que parodiaba el tenso desamparo del atleta de instituto, los dientes asomando un poquito, los ojos muy abiertos, cara de malote: un chiste que hacíamos en reacción a lo que nos rodeaba desde que empezamos a quedar a finales de tercero, una silenciosa admisión de lo alarmados que nos sentíamos ante lo que se consideraba normalidad en los falsos enclaves del mundo por el que nos movíamos. Pero no le devolví la mueca. Y ya estaban todos preparándose para la siguiente clase: las campanas tañeron para avisar del final de la hora del almuerzo. Robert se puso en pie y desplegó su horario junto con un mapa del campus. Ahora, cuarenta años después de los sucesos de 1981, escribiendo sobre este primer encuentro con Robert Mallory, rememoro aquel almuerzo mientras voy rellenando los huecos, las evasivas de algún modo reveladoras, porque sé lo que pasó al final: conozco el relato secreto.

Lo primero que capté aquella tarde en solo veinte minutos: Robert Mallory, en la superficie, era una de las personas más encantadoras que había conocido; guapo, inteligente y educado, agradable y sexy. Y otra cosa que capté: era un mentiroso absoluto, sin remedio. Aún no había dado muestras de ello, solo era una sensación mía, pero había en él algo de excesivamente ensayado que me puso sobre aviso, incluso cuando intentó abrirse un poco con un chiste sobre una exnovia que iba también a Roycemore y con la que había roto en junio. (Resultó que no había ninguna exnovia en Roycemore, porque Robert Mallory tampoco asistió el último semestre de tercero a Roycemore). En lugar de eso, lo

que se percibía era una cautela que rayaba en una formalidad falaz tras lo que él confiaba que fuese una fachada enrollada y desenvuelta: «Ey, soy como vosotros, tíos». En retrospectiva, ahora me doy cuenta, Robert tuvo muchos deslices aquella semana, muchas evasivas que bordeaban el terreno de la mentira, y ninguno de nosotros les prestamos atención porque nos tenía desconcertados y obnubilados, cegados por su novedad y su belleza. Robert sentía que tenía que producirnos la impresión más honda posible en aquellos primeros días porque necesitaba que todo el mundo lo percibiese como normal —ese era su plan—, pero también me pareció, y después a Thom Wright, cuando ya fue demasiado tarde, que Robert Mallory estaba jugando a algún tipo de juego con nosotros. Y tampoco ayudaba que su belleza me hiciese sentir como si me derrumbase por dentro: no me daba placer, solo creaba confusión y me causaba un dolor leve y sordo en el pecho. Yo era el único, creía por entonces, que había comprendido intuitivamente que la hermosura de Robert iba a alterarlo todo a nuestro alrededor: yo no iba a ser su única víctima, habría más bajas.

Más tarde descubrí que Susan también lo intuyó, pero aquel día de septiembre no sabía que ella iba a ser su principal objetivo.

Y entonces llegó el momento, al acabar el almuerzo, en que caí en la cuenta casi con absoluta certeza de dónde había visto antes a Robert Mallory y por qué lo conocía.

También fue la primera vez en mi joven vida que recuerdo haberme quedado helado por dentro. Había leído sobre esa sensación, pero nunca la había experimentado hasta aquel momento en el patio del Pabellón: fue como si una ola helada entrase en tromba en mi sistema congelándome el cuerpo, despertando totalmente mi conciencia, y me estremecí porque supe con exactitud dónde lo había visto.

A finales de la primavera de 1980, Robert Mallory subía por el pasillo del Village Theater de Westwood buscando a alguien mientras aparecían los créditos iniciales de *El resplandor* .

El chico que había tenido sentado frente a mí ese mediodía durante el almuerzo era el mismo que vislumbré en el cine.

Me quedé tan atónito por esta revelación que no pude evitar

preguntar a bocajarro:

—¿Viste *El resplandor* en el Village Theater de Westwood cuando la estrenaron?

Robert se volvió hacia mí, con el horario arrugado entre las manos, y respondió con absoluta inexpresividad: «No», y nada más. Me acabaría acostumbrando a aquel semblante inexpresivo: distante y con un disimulado apremio insectil zumbando sordamente tras la mirada inocente.

—¿Estás seguro? Estoy convencido de que te vi allí.

—¿En serio? —preguntó Robert, perplejo y luego divertido—. ¿Convencido?

—Pues sí, estoy casi totalmente convencido de que te vi allí.

Robert me miró, ahora solo un poco confuso.

—¿Por qué me ibas a recordar? ¿Te hice algo que…? —me preguntó.

—No, no…

—¿Te dije algo que…?

—No, no. Es que te vi un par de veces en el cine. —Me envalentoné—. Me, eh… me llamaste la atención. —Y lo dejé ahí.

—No he visto esa película. Así que, sí, estoy bastante seguro de que no era yo —dijo Robert.

—Bueno, estoy casi convencido de que te vi allí —murmuré—. En el cine. Un sábado.

—No —dijo Robert—. No era yo.

La actitud era inexpresiva y distante, pero sus ojos parecieron preocupados, como si hubiese averiguado algo de él que no quería que supiese nadie.

—Qué raro —murmuré—. Muy raro.

—¿Me estabas siguiendo o algo? —me preguntó.

Era una pregunta extraña aunque luego le encontré sentido, después de que sucediese todo, pero en aquel momento mi única preocupación era cómo procesar el hecho de que estuviese mintiendo y yo lo supiera. Y sin embargo no le corregí ni pregunté de nuevo: «¿ Estás seguro?». No le describí cómo iba vestido ni que iba mascando chicle ni que fue al lavabo cuando empezaba la película y estableció contacto visual

conmigo al subir el pasillo, pero era el mismo chico, no me cabía la menor duda. El chico con el que había fantaseado de tantísimas maneras desde aquella mañana de mayo de 1980 resultó ser Robert. Y aquel primer día de clase no sabíamos nada de cómo había muerto su madre realmente, ni de la violación de su hermanastra, ni del intento de suicidio, ni de la temporada que Robert Mallory pasó, durante lo que debería haber sido el último semestre de su tercer año de secundaria en Roycemore, en un hospital psiquiátrico en las afueras de Jacksonville, Illinois.

5

El resto de la tarde transcurrió, supongo, y luego sonaron las campanas y la jornada escolar llegó a su fin. Digo «supongo» porque estaba tan distraído por lo de Robert que no recuerdo nada de las tres clases siguientes. Supongo que recorrí los senderos hasta llegar al bungalow y abrí una puerta, supongo que entré en el aula con su aire acondicionado y coloqué mis libros en un pupitre y eché un vistazo a la pizarra, supongo que miré por las ventanas tintadas cuando pasaba alguien y todo transcurrió dentro de las ordenadas exigencias que Buckley imponía. No consigo recordar nada hasta el momento en que me encontré con Susan bajo la torre del campanario frente a la biblioteca, donde ella estaba esperando a Debbie porque las dos se iban en coche a Fiorucci y luego Debbie la dejaría en su casa en Beverly Hills, ya que Thom tenía entrenamiento. Aquella tarde de martes Susan parecía un tanto melancólica y fingió una media sonrisa mientras me acercaba, apoyada en la base de estuco de la torre; y posiblemente aquella supuesta tristeza acentuaba lo hermosa que se estaba volviendo a medida que avanzaba por sus diecisiete años, la gravedad que la iba situando en otro reino de belleza. Más allá, una larga hilera de coches que serpenteaba desde la entrada hasta Stansbury Avenue iba recogiendo a los chicos, y una fila de minibuses amarillos y furgonetas salía del campus dejando atrás las palmeras que bordeaban las verjas mientras dos guardias de seguridad dirigían el tráfico.

—Ey —nos dijimos.

—¿Seguro que no te quieres venir con nosotras? —me preguntó Susan.

—¿Qué voy a comprar yo en Fiorucci? —le dije—. Quiero llegar a casa y ponerme con mi libro.

—Vale. —Soltó un suspiro, resignada—. Eres un muermo.

—¿Estás bien? —le pregunté—. Te veo como deprimida.

—¿Deprimida? ¿En serio? No estoy deprimida.

—Me ha parecido notarte algo raro en el almuerzo —le dije vagamente.

—Creo que te imaginas cosas —contestó—. No estoy deprimida en absoluto.

—Me ha parecido que algo te había descolocado —dije, deseando que hiciera algún comentario sobre Robert Mallory pero sin mencionarlo explícitamente.

—¿En serio? ¿En el almuerzo? No. ¿Por qué?

—Vale. A lo mejor me equivoco.

—No, de hecho he pensado que quiero dar una fiesta. Eso es justo lo que estaba pensando antes de que aparecieses. Una fiesta.

—Las chicas deprimidas están todo el tiempo pensando en dar fiestas —dije.

—No estoy deprimida, Bret —me dijo con una amplia sonrisa como para demostrármelo.

—¿Cuándo darás la fiesta? —le pregunté.

—Ya lo verás, recibirás una invitación —respondió con deliberado recato.

—Bueno, ¿y por qué vas a dar una fiesta?

Se calló, luego ladeó la cabeza.

—Para. Juntar. A. Todo. El. Mundo —dijo con una vocecilla más bien empalagosa.

—Me estás asustando.

En aquel momento pensé en la supuesta insatisfacción respecto a Thom que Debbie había insinuado con indirectas, y por mi mente cruzó fugazmente el instante en que la mano de él buscaba la de ella mientras Susan estaba recostada en la tumbona junto a la piscina la otra noche y ella vacilaba a la hora de aceptarla, al igual que había sucedido esa misma mañana en el aparcamiento cuando nos dirigíamos hacia la torre del campanario. Quise preguntarle por Thom pero en vez de eso nos quedamos mirando cómo el señor Collins, un joven e intenso irlandés con los feroces ojos verdes y la perilla pelirroja de rigor que daba inglés en tercero, pasaba por nuestro lado camino de la biblioteca, pulcramente trajeado y portando un maletín; el señor Collins era uno

de los motivos de que Debbie Schaffer quisiera añadir una página de «Profesores buenorros» al anuario. Me pareció que mi presencia disuadía al señor Collins de pararse a charlar con Susan, y se limitó a saludarnos con un gesto de la cabeza.

—Me tiró los trastos un par de veces el año pasado, ¿sabes? —me dijo Susan—. Le encanta flirtear.

—Lo sé —dije—. Me lo contaste.

—A veces le seguía la corriente. ¿Eso te lo conté?

—Te estás pasando de la raya. Te lo estás tomando con demasiada calma.

—Soy la chica de la canción de Police.

Estábamos jugando.

—Lo sabía.

—A veces no es tan fácil ser el ojito derecho del profesor. —Eso lo dijo con cierto tono de arrepentimiento.

—Y ya sé cómo acaban las chicas malas. —Estábamos citando los versos de la canción.

—¿Crees que debería dejar que me follase? —me preguntó con aire despreocupado.

—¿Qué diría Thom? —Pensé que le estaba siguiendo el juego.

Apartó la mirada de las puertas de la biblioteca por donde el señor Collins acababa de desaparecer. Algo había endurecido sus facciones.

—¿Tú qué crees que diría? Joder, Bret. —De pronto estaba irritada.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué pasa?

—Porque estoy bastante segura de que ya sabes lo que Thom diría, así que ¿por qué me preguntas…?

—Ey…

—Solo estaba bromeando, Bret…

—Tal vez me pregunto si sigues siendo feliz con Thom —dije—. Debbie cree que finges.

—Eso son cosas de Debbie —dijo Susan—. No sé. Soy bastante feliz. Thom es genial. Es que estoy… nerviosa, supongo.

—¿Y qué opinas del nuevo? —le pregunté.

Se quedó un poco parada y luego, titubeando un momento, me

preguntó:

—¿Qué opinas tú de Robert?

—No lo sé —dije—. Parece… majo.

De nuevo me estaba mostrando impreciso, como si mi respuesta fuese dirigida a otra persona, al aire, a un espacio vacío, a las laderas que rodeaban el campus. La manera vacilante en que ella había pronunciado su nombre había hecho que sonase extrañamente íntimo.

El BMW de Debbie estacionó junto al bordillo donde nos encontrábamos. Ella iba al volante, con las Wayfarer puestas, una goma en el pelo, y por el techo solar retumbaba Romeo Void. Cuando Susan se apartó de mí, Debbie se inclinó sobre el asiento del copiloto y dijo por la ventanilla:

—Luego te llamo, cariño… y quiero hablar contigo, no con tu contestador.

Y frunció los labios en un mohín. Asentí y le hice un pequeño gesto tranquilizador con la mano. Susan se dirigió hacia el coche y cuando iba a abrir la puerta le dije:

—Eh.

—¿Sí? —Se dio la vuelta.

—No me has dicho qué opinas de Robert.

Imitó a alguien que sopesara un gran misterio, ladeando de nuevo la cabeza, posando dos dedos en la barbilla, y luego me soltó con aire despreocupado, poniendo acento británico:

—A ver, opino que es bastante electrizante. —Me miró—. Sé sincero, ¿tú no?

Y acto seguido se metió en el coche y cerró la puerta, y Debbie dio rápidamente media vuelta, cruzó el aparcamiento y salió por las verjas, dejándome allí estupefacto unos instantes.

Pero me puse las gafas, me dirigí hacia el 450SL y vi a lo lejos el Corvette de Thom y el Trans Am de Ryan a pocas plazas uno del otro, y me invadió una oleada de melancolía: Thom estaba entrenando con Ryan en las pistas de Gilley, y yo no. Eran las tres y media y el aparcamiento no estaba lleno ni a un cuarto de su capacidad, la mayoría de los coches que quedaban pertenecían a los miembros del

equipo de fútbol del instituto. De repente quise saber con qué coche había venido Robert Mallory a Buckley aquella mañana, y al examinar el aparcamiento reparé en un Porsche 911 negro y supuse que era el suyo: no lo había visto antes. Jeff Taylor pasó con su coche por mi lado y aplastó la cara contra la ventanilla del conductor poniendo cara de zombi, la música amortiguada de los B52's sonando dentro del vehículo, y yo me limité a saludarlo con la cabeza, con un par de libros en una mano y las llaves en el otro. Aunque solo estábamos en la segunda semana de septiembre ya empezaban a llegar los cielos otoñales, y en la lejanía, donde acababa el aparcamiento de los alumnos de cuarto en una serie de plazas junto a un muro de hormigón pegado a la ladera, todo estaba bañado en una luz amarilla desvaída que anunciaba el cambio de estación, y entonces vi a Matt Kellner.

Matt estaba junto a su coche, un Datsun 280ZX rojo, y se había puesto una camiseta y pantalones cortos para volver conduciendo a Encino; Matt nunca se sentía cómodo con el uniforme de Buckley, ni con ropa en general, y en ese momento no paraba de guiñar los ojos por culpa del sol mientras charlaba con un alumno que me daba la espalda. Matt trataba de explicarle algo e hizo un amplio gesto con el brazo, trazando un arco por encima de su cabeza para enfatizarlo. Por su expresión parecía sumido en un estado de cierta confusión, pero como Matt siempre parecía medio desorientado tampoco le di mayor importancia. Y aun así había algo distinto en él, noté cierta ira asomando a su semblante conforme me acercaba, aunque me encontraba demasiado lejos como para oír lo que le estaba diciendo a la otra persona. Recordé el día anterior en la casita de la piscina, Matt desnudo en su cama, y experimenté una sacudida, poniéndome cachondo al instante. El calentón me desestabilizó y tuve que pararme detrás de mi coche, y me quité las gafas de sol, respirando hondo. Matt apartó la vista de su interlocutor y luego volvió a mirarlo con culpabilidad. Esbozó una media sonrisa por algo que le decía el otro, y luego adoptó una expresión resignada. Me di cuenta de que los dos estaban muy cerca el uno del otro, lo cual sugería una acusada intimidad que me sorprendió, algo de naturaleza casi sexual, y me

llamó la atención la espalda del chico que hablaba con Matt, lo ceñido de los pantalones grises que le marcaban el redondeado culo… y aunque había roto con Matt (o quizá no) me sentí repentinamente celoso, sorprendido por el hecho de que hablase con alguien puesto que él era un tipo esencialmente solitario, aunque a lo mejor tenía conocidos que yo no sabía que existían.

Estaba a punto de dejar mis libros en el Mercedes y acercarme a Matt cuando me paré y caí en la cuenta de con quién hablaba.

Fue en el momento en que el otro giró la cabeza, sobresaltado por el breve fogonazo de un claxon al otro lado del aparcamiento. Y entonces lo vi de perfil.

Los miré totalmente perplejo, y fui consciente de que me quedaba helado por segunda vez aquel día.

Durante el almuerzo solo había visto a Robert Mallory en primer plano. Por eso no lo había reconocido desde la otra punta del aparcamiento. En ese momento, la idea de que Robert y Matt pudiesen tener alguna relación me resultaba tan improbable que rozaba lo estrafalario.

¿De qué podían estar hablando? Robert había dado la impresión de no conocer a nadie allí. Que nunca antes había estado en el campus. Así que ¿cómo conocía a Matt Kellner? ¿Por qué estaba hablando con él? ¿Cuándo se habían presentado?

Robert tenía los brazos en jarras y daba la sensación de estar interrumpiendo continuamente a Matt en voz baja. No era una conversación airada, solo parecía un malentendido entre ambos que trataban de solucionar, un debate, algún tipo de desavenencia. Robert sacudió la cabeza como si estuviera oyendo algo que lo decepcionase, y entonces Matt escuchó lo que Robert le decía, receloso pero asintiendo. No alcanzaba ni a imaginar cuál podría ser el tema de su conversación, y llegué a pensar que quizá Robert había oído que Matt podía conseguir sin problema la mejor hierba del mercado, pero cualquiera de nuestra clase le habría remitido a Jeff Taylor en vez de a Matt. Ninguno de los dos reparó en mi presencia desde donde estaban.

Abrí la puerta del Mercedes y me subí rápidamente al asiento del

conductor. Normalmente habría bajado la capota, pero no quería que ni Matt ni Robert me viesen. Cuando giré la llave del contacto retumbó la música: «Don't Touch Me There» de los Tubes, de su álbum *Young and Rich* . Bajé el volumen y esperé.

Matt y Robert se separaron y pareció que tal vez habían aclarado algo, lo habían solucionado.

Matt se subió a su Datsun, se sentó al volante y bajó la vista hacia su regazo. Ya me conocía el ritual: fumaría un poco de hierba mientras escuchaba a los Specials antes de conducir de vuelta a Encino, así el trayecto sería más soportable, y luego se pasaría el resto de la tarde desnudo en la piscina, colocado.

Observé a través del parabrisas cómo Robert se dirigía hacia su 911 negro y abría la puerta. Recorrió el campus con la vista como si estuviera de un ánimo contemplativo, su hermoso perfil mirando hacia la biblioteca y luego hacia las colinas arboladas, reflexionando sobre algo antes de subirse al coche.

Tuve que recomponerme, porque en ese momento estaba sinceramente enfadado por aquella conversación íntima entre Matt y Robert y eso me forzó a tomar una decisión. Conduje hasta Stansbury Avenue, donde me detuve a media manzana y esperé dentro del coche junto al bordillo. Y cuando Robert Mallory pasó a toda velocidad en su Porsche negro arranqué tras él hasta llegar a Valley Vista Boulevard, donde giró a la izquierda, y empecé a seguirlo.

En Valley Vista di por hecho que giraría a la izquierda en Beverly Glen, que lo llevaría de vuelta a Century City donde supuestamente vivía con su tía, pero Robert torció a la derecha y recorrió cinco manzanas hasta llegar a Ventura, donde vi que se disponía a girar a la izquierda en el bulevar. No sabía por qué se dirigía al Valle, pero en ese momento, en mi difuso ataque de pánico, di por sentado que estaba ligado a lo que fuera que hubiesen hablado Matt y Robert en el aparcamiento de Buckley. Estaba justo detrás de él pero no podía verlo, ya que la luna trasera del Porsche era muy pequeña. Había un coche delante del suyo cuando el semáforo se puso en verde y ambos fueron virando despacio a la izquierda por Ventura, yo era el tercer coche de la fila y temí que

no me diese tiempo a girar antes de que el semáforo cambiase y pudiera perder de vista a Robert. Pero se produjo una interrupción en el tráfico que cruzaba Ventura subiendo por Beverly Glen y logré girar detrás del Porsche rumbo al oeste, que dejó atrás el concesionario Casa de Cadillac de la esquina y se detuvo en el semáforo en rojo de Van Nuys. Esperé también allí.

El semáforo del cruce de Van Nuys con Ventura se puso en verde y seguí a Robert pasando junto al Sherman Oaks Newsstand y más allá, al final de la manzana, Tower Records (en cuyo aparcamiento secuestraron a Sarah Johnson una noche de principios de enero de ocho meses atrás) y la majestuosa marquesina art déco de La Reina Theater (echaban *Fuego en el cuerpo*) mientras el Porsche proseguía bulevar abajo. ¿Se estaba dirigiendo Robert a Encino, a la casa de Matt Kellner en Haskell? ¿Habrían hecho algún plan juntos? ¿Una cita? Me imaginé presentándome en la casita de la piscina y montándoles una escena mientras se fumaban la hierba de Matt solo con los bañadores puestos, húmedos y colocados, pero entonces caí en la cuenta, abochornado: una escena… ¿a santo de qué? Estaba tan fuera de mí, aquel supuesto encuentro entre Matt y Robert que me había montado en la cabeza me trastornó tanto, que mi mente daba vueltas infantilmente a toda velocidad, apenas capaz de concentrarse, vibrando de recelo e inquietud. Puede que hubiera roto con Matt, pero aún me quedaba cierto sentido de propiedad: él era mío, aunque aparentemente nadie más lo desease como yo lo hacía. El atractivo de Robert también era un factor que explicaba mi pánico creciente: ¿se dejaría arrastrar Matt al mundo de aquel mentiroso y de sus tres caras que operaban como una, la cara falsa de Robert, la cara que vibraba sordamente tras la fachada, y la cara que no perdía detalle y actuaba según lo que más le convenía en cada momento? Eso era lo que hacían los timadores: Robert había mentido sobre lo del Village Theater y eso me atrajo hacia él de inmediato, era una forma de seducción. Y si a mí, que de ninguna manera pensaba dejarme arrastrar a nada de lo que estuviese tramando, me pasaba aquello —al atento y observador escritor que ahora sabía de qué era capaz Robert Mallory—, ¿qué no le pasaría al

tonto, despistado y vulnerable Matt Kellner? «Going Under» de Devo sonaba en mi cinta recopilatoria, y oí: «I know a place where dreams get crushed…».

Continué siguiendo a Robert sin ser consciente de lo cerca que estaba de su coche, perdido en mis fantasías, sin darme cuenta de que estaba hostigando al Porsche, poniéndome en evidencia, demasiado cerca, y justo después del Sav-On Drugs se apartó repentinamente hacia el bordillo para dejarme pasar y a mí me entró el pánico: ¿por qué había hecho eso? ¿Qué estaba haciendo? Pero cuando miré por el retrovisor vi que el Porsche había abandonado de inmediato el bordillo y ahora empezaba a seguirme, acosando al Mercedes de la misma manera que había hecho yo de forma inconsciente, pero ahora era un gesto antagónico, una intimidación de macho alfa. Agarré con fuerza el volante y continué conduciendo, fingiendo que no me daba cuenta, sin dar ningún indicio de saber que ahora Robert me estaba siguiendo, pero estaba tan desconcertado por la brusquedad de su maniobra que casi me salto un semáforo rojo en Kester Avenue. Conseguí frenar a tiempo y esperé mientras el Porsche negro se iba acercando cada vez más. Y entonces fue cuando por fin comprendí que Robert había pensado que quienquiera que condujese el 450SL lo había estado siguiendo, y que no era un conductor despistado que se le estuviera pegando al parachoques sin más, así que había decidido cambiar las tornas y seguirlo él: estaba jugando conmigo.

Mientras esperaba a que cambiara el semáforo eché una ojeada por el retrovisor y no le vi la cara a través del parabrisas. Tenía bajada la visera y solo eran visibles la camisa blanca y la corbata a rayas rojas y grises, la cabeza permanecía oculta. La luz se puso en verde y empezamos a avanzar a la par, al unísono, el Porsche siguiéndome demasiado de cerca, provocándome, y yo traté de fingir que no me daba cuenta, pero llegados a cierto punto la situación dejó de ser creíble, y me cabreó pensar que Robert supiese también que no lo era, así que un par de manzanas antes de llegar a Sepulveda dije «A tomar por culo» y viré de golpe hacia un hueco vacío junto a la acera para dejarlo pasar.

Pero el Porsche negro frenó también al momento, girando hacia el bordillo y situándose detrás de mí como si supiera exactamente la maniobra que tenía planeado hacer, como si estuviera perfectamente sincronizado. Y ahí se quedó, con el motor al ralentí, dándole gas de vez en cuando, esperando.

Volví a decir «A tomar por culo», esta vez en voz más alta, y esperé a que el tráfico empezase a avanzar cuando el semáforo se pusiera en verde dos manzanas más atrás. Mirando por el retrovisor lateral, calculé cuándo habría espacio para un coche solo a fin de incorporarme de nuevo a Ventura, y entonces avanzaría por el bulevar sin dejarle al Porsche espacio ni tiempo para seguirme, bloqueado por los vehículos que venían por detrás.

Agarré con fuerza el volante, me preparé, y entonces el Mercedes se apartó bruscamente del bordillo.

Sin embargo, el Porsche dio un rápido volantazo por delante del primer coche que venía detrás, que hizo atronar el claxon inútilmente, y volvió a quedar pegado detrás de mí.

Aquel despliegue de temeridad tenía como objetivo demostrar algo: Robert seguía ahora al Mercedes simplemente para joderme, para decirle a quienquiera que estuviese al volante que el tío del Porsche era quien estaba al mando y que le iba a seguir allá donde fuese, no habría escapatoria, porque «Soy implacable».

Volví a mirar por el retrovisor cuando llegué al semáforo del cruce de Ventura con Sepulveda, donde el intercambiador de las autopistas 405 y 101 se cernía por encima de nuestras cabezas, pero el sol de la tarde bañaba la luna delantera del Porsche convirtiéndola en un bloque de luz naranja y no podía ver el interior del coche. ¿Cuánto tiempo más podría prolongar aquello?, me pregunté. ¿Hasta dónde podría seguir conduciendo? ¿Hasta Tarzana? ¿Woodland Hills? ¿Dónde iba a poder escaparme de Robert, el tío que me estaba jodiendo? Devo dio paso a Public Image y tuve que bajar el volumen del desquiciante tintineo de la música para poder concentrarme, y fue entonces cuando vi la mole blanca de Sherman Oaks Galleria más allá del cruce y decidí que no iba a seguirle el juego a lo que quiera que estuviese jugando Robert. Me

sentía agraviado por su comportamiento aun cuando había sido yo quien había comenzado a seguirlo, así que miré hacia atrás al Porsche y luego adelante al centro comercial, y cuando el semáforo se puso en verde pisé el acelerador a fondo y salí literalmente disparado por el cruce. A media manzana de Sepulveda y bajo el paso elevado de la 405 había un pasaje a la derecha de Ventura que llevaba al aparcamiento de varias plantas del centro, y allí me metí de un volantazo. Frené de golpe y miré rápidamente por el retrovisor mientras el Porsche pasaba de largo a toda velocidad y se perdía bajo la sombra de las autopistas.
Atravesé a pie la segunda planta de la May Company, situada en el ala norte del centro comercial, y salí al vestíbulo: tres niveles que rodeaban un amplio espacio abierto, un atrio, con una cubierta enteramente de cristal a través de la cual penetraba la luz natural, confiriendo a su centro un aspecto luminoso y dando la ligera impresión de ser, de hecho, una galería descubierta. La moqueta era color malva, cada planta estaba rodeada de barandillas cromadas y conectada por escaleras, junto con dos grandes escaleras mecánicas ancladas en el centro del recinto y un par de ascensores con paredes transparentes. La primera tienda a la que iba siempre era B. Dalton's —rebuscar en librerías me calmaba— y mientras echaba un vistazo a los últimos best sellers en la mesa de novedades me di cuenta de que cualquier rastro de irritación —incluso ira— que sintiera contra Robert Mallory se iba disipando, porque aquello había sido solo una broma, cosa de tíos, nada siniestro, yo había sido el instigador, había sido todo culpa mía, no tenía mayor importancia, más adelante nos reiríamos de ello: todo parecía alejarse flotando en el templo iluminado por fluorescentes de la librería.

En 1981 me encontraba totalmente inmerso en una fase Joan Didion, una escritora que el señor Robbins, mi profesor de inglés, nos había dado a conocer cuando en tercer año nos habló de *Arrastrarse hacia Belén* , y enseguida empecé a sacar casi todos mis temas de aquellos ensayos, así como de los de otra colección, *El álbum blanco* , y de su novela sobre Hollywood, *Según venga el juego* , y el estilo y tono particulares que alcanzaba Didion era a lo que yo aspiraba como

escritor, intentando imitar su prosa en la ficción en la que estuviera trabajando. Pero en el verano de 1981 también leía a autores comerciales como Martin Cruz Smith, James Clavell, Joseph Wambaugh y Ken Follett, y en aquel momento estaba leyendo *Cujo,* que era el libro más vendido de esa semana, y también el ejemplar de mi madre de *El hotel blanco* de D. M. Thomas, otro best seller, y pronto me di cuenta de que tenía lecturas de sobra, que no había ningún libro que me apeteciera comprar y que estaba decidido a ponerme a trabajar en mi novela, que me esperaba en el dormitorio de Mulholland, donde tenía libretas y diarios apilados junto a una Olivetti eléctrica que ayudaban a desarrollarla, de modo que salí de la librería y tomé la escalera mecánica para ver qué daban en el multisalas Pacific 4, aunque no estaba seguro de querer ver ninguna película aquella tarde. Cuando llegué me di cuenta de que ya las había visto todas: *Un hombre lobo americano en Londres* , *La primera lección* , *Heavy Metal* y *Noche infernal.*

Eran las cuatro. Hacía ya una hora que habían cerrado las escuelas, pero no se veía a muchos chicos por allí. Aquel era el primer día de curso para muchos, y tal vez era demasiado pronto para que los chicos se fuesen de inmediato al centro comercial después de acabar las clases. Por lo visto, los pocos que había estaban todos en la zona de restaurantes, que era donde solíamos juntarnos los jóvenes por su proximidad con la sala de recreativos y el multicine. El ala norte de la zona de restaurantes empezaba con un Chipyard Cookies, pasando por locales como Hot Dog on a Stick, Kakoby, Mexican Dan's y Perry's Pizza, hasta terminar con un Orange Julius. (En la segunda planta había un McDonald's y un Taco Bell). Aquel martes la mayoría eran parejas de chicas que salpicaban las mesas rojas en la terraza en saledizo que daba al espacio central, alumnas de colegio privado de Westlake y Oakwood, guapas, adolescentes y con el típico bronceado californiano, todas ellas de uniforme y pasando el rato bajo el atrio mientras la luz morosa del atardecer iluminaba el espacio. Ese día había algo sosegado en el ambiente pese a ser un mundo creado a la medida de la adolescencia —los jóvenes no solo se reunían en la zona

de restaurantes, sino que también trabajaban en ella—, pero faltaba el electrizante alboroto que resonaba a través de la escena social del centro comercial las tardes y fines de semana más concurridos. Todo estaba silencioso y apagado. Cuando di media vuelta para marcharme de la taquilla del Pacific 4 de pronto advertí que tenía hambre, ya que no me había comido el almuerzo (se lo había comido Robert) y me rugía el estómago. Caminé hasta las barandillas y miré hacia el atrio, tres plantas más abajo: no había nadie. Alcé la mirada hacia el otro lado del centro comercial y examiné los locales de la zona de restaurantes y vi que nada me apetecía realmente; mi escrutinio lo confirmó. Y cuando estaba a punto de retirarme de la barandilla me quedé paralizado y me agarré a ella involuntariamente.

Robert Mallory estaba apoyado en el mostrador del Swensen's Ice Cream.

Estaba hablando con la chica que trabajaba allí, sola: rubia y bonita de una forma genérica, con el uniforme clásico del Swensen's que hacía que parecía que regentara una heladería de épocas pasadas. Lo primero que capté: la chica le dedicaba una sonrisa de oreja a oreja, absolutamente genuina, casi deslumbrada.

Robert tenía la cabeza ladeada pícaramente, como si estuviese haciendo una imitación, diciendo algo que la hizo reír.

Supuse que la chica trataba de no mirarlo fascinada mientras le tendía el cucurucho que Robert había pedido: una bola grande, rosa. Pagó y ella se lo quedó mirando mientras se alejaba guardándose el cambio en el bolsillo. Parecía saber el efecto que había causado en la chica: a juzgar por la expresión de su cara, estaba satisfecho. Se paseó por la zona de restaurantes lamiendo el helado y entonces caí en la cuenta de que me había seguido hasta el centro comercial. Ese no era su destino: el motivo era yo. Había dado la vuelta en Ventura Boulevard, haciendo un cambio de sentido, después de que mi coche se metiese de golpe en el pasaje, y estaba casi seguro de que había estado dando vueltas por las distintas plantas del aparcamiento hasta que encontró el Mercedes y aparcó junto a él. Cuando salí del centro comercial lo confirmé: el Porsche 911 negro estaba estacionado justo al

lado del 450SL en el tercer nivel del aparcamiento desierto, donde solo había una furgoneta beis a lo lejos.

Robert se detuvo, miró por toda la zona de restaurantes y pareció decidir qué dirección tomar basándose en dónde había más chicas: la zona de asientos. Dos jovencitas pasaron por su lado mientras él avanzaba tranquilamente por los suelos de baldosas naranjas, y luego se agarraron entre ellas soltando unas risitas y giraron rápidamente la cabeza para mirar embobadas al tío bueno con el uniforme de Buckley que se estaba comiendo un cucurucho. Aquello funcionaba casi como una parodia de lujuria adolescente. Él no era ajeno a ello, y menos aún cuando se repitió la escena con otra pareja de chicas; se giró a mirar con disimulo cuando oyó sus risas, sonrió y continuó caminando sin rumbo aparente, y al pasar por delante de una mesa con cuatro chicas las ignoró confiadamente cuando se inclinaron a cuchichear entre ellas sin quitarle ojo. No había ni rastro del titubeante forastero del almuerzo a la sombra del Pabellón, y tuve una horrible premonición sobre Susan Reynolds y lo que le sucedería a Thom Wright, y el drama potencial que implicaría todo aquello y que echaría a perder nuestro último año de instituto, pero también deseé en aquel momento que no fuesen más que imaginaciones de escritor y que me estuviese preocupando en vano. Robert llegó a los escalones de la zona de asientos con el cucurucho a medias, contemplando las mesas con aire despreocupado. Todo parecía muy inocente.

Yo estaba tras una columna al otro lado del centro comercial, observándolo. El corazón me latía muy deprisa y me noté ruborizado, medio mareado por la presencia de Robert y por el hambre. También fui consciente con un leve bochorno de a lo que me había visto reducido: escondiéndome detrás de una columna, espiando al nuevo y confiando en que no me viese.

Bajó los escalones hasta la zona de asientos y se paseó por allí hasta que un par de chicas sentadas a una mesa fueron lo suficientemente atrevidas como para preguntarle algo. Robert se detuvo fingiendo sorpresa ante su atención y se inclinó hacia ellas, repentinamente inquisitivo. Escuchó lo que decían y se echó a reír, asintiendo, cosa que

hizo que las chicas se animaran. Charlaron solo un momento y luego Robert dio a entender que tenía que marcharse, levantando la mano libre para enseñarles el reloj. Se alejó de la mesa y una de las chicas fingió desmayarse en broma, y cuando vi aquello mi mareo se desvaneció de pronto y dio paso a un leve enojo. Tres chicas sentadas donde terminaba la zona de restaurantes le hicieron gestos para que se acercara a su mesa y él fue hacia allá sonriendo indolentemente, lamiendo el cucurucho, y me di cuenta de que lo hacía de manera que ellas se concentrasen en su boca, sus labios, su lengua. Las chicas se señalaron unas a otras, probablemente presentándose a Robert, y este asintió, escuchándolas y respondiendo a sus preguntas con una actitud afable y desenvuelta que era innegablemente, incluso desde donde yo lo veía, de flirteo. Quedó claro que no necesitaba entrarle a nadie porque tenía una confianza innata —no era un acosador desagradable o baboso—, y ninguna de las chicas con las que charló allí lo rechazaron ni le hicieron un desplante en ningún momento. No abordó a ninguna, de hecho era al contrario, porque ellas lo saludaban, ellas le pedían que se acercara por gestos a donde estaban sentadas, ellas daban el primer paso, mientras él lamía inocentemente su bola de cucurucho rosa reduciéndola a un pequeño montículo blanquecino. Las chicas estaban embelesadas con la presencia de Robert y su despreocupación juvenil, y prácticamente se desmayaban cuando se alejaba de ellas, sus caras se desmoronaban en fingidas muecas de mal de amores y anhelo. Me aparté despacio de la columna cuando Robert subió los escalones desde la zona de mesas y se fijó en dos chicas a las que empezó a seguir hacia la sala de recreativos Time Out, y luego los tres desaparecieron en la oscuridad de la entrada. Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración y por fin exhalé ruidosamente, sintiendo una leve punzada que se iba repitiendo en mi pecho.

De haber sabido lo peligroso y dañino que era realmente Robert Mallory, habría intervenido de algún modo. Pero aún no lo sabía.

Me dirigí a Licorice Pizza y me quedé mirando un expositor en el escaparate con el nuevo álbum de los Rolling Stones, *Tattoo You* , y había un póster de *Belladonna* , el disco de Stevie Nicks que había sido

lanzado en junio, junto con otros todavía colgados de la banda sonora de *Amor sin fin* , que había sido número uno durante todo el verano, además de la banda sonora de *Arthur, el soltero de oro* , y también había un póster del *Time* de la ELO: un recordatorio para llamar al agente de mi padre y conseguir asientos para el concierto del Forum. No me apetecía entrar en la tienda de discos, así que fui paseando hasta el Gap, junto a la entrada de Robinson's, que enlazaba con el ala sur del centro comercial; ya no tenía hambre, o quizá estaba demasiado aturdido como para darme cuenta. La canción de Devo seguía rondando por mi mente —«Down under where the lights are low»— mientras miraba el escaparate del Gap sin saber adónde ir ni qué hacer. No estoy seguro de cuánto rato estuve frente a la tienda, ofuscado e inmóvil, tratando de formular un plan para el resto de la tarde y la noche, cuando de pronto percibí una presencia flotando en el centro comercial casi vacío y volví a situarme: Robert Mallory apareció detrás de mí, su imagen reflejada en el escaparate que estaba contemplando. No sé por qué no me asusté ni me amilané. Simplemente me giré y me quedé mirándolo.

—Ah, ey —dijo Robert, fingiendo sorpresa al verme—. Ya me había parecido que eras tú.

—¿Qué hay? —dije, siguiéndole el juego como si tal cosa.

—Y eras tú, ¿verdad? —me preguntó sonriendo—. El que me seguía.

—No te estaba siguiendo —le dije inocentemente—. Venía aquí y resulta que iba detrás de ti, supongo. —Simulé estar algo confuso—. El del Porsche eras tú, ¿verdad?

—Lo sé, sí, era yo. Solo te estaba tomando el pelo. —Se inclinó y me dio un suave puñetazo en el hombro. Contuve un respingo—. No me gusta que me sigan.

—¿Ah, no? ¿No te gusta que te sigan?

—No —dijo mirando a su alrededor—. Me pone de los nervios.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté, tratando de aparentar naturalidad.

—Tengo que comprarme ropa —contestó señalando con un gesto la entrada de Robinson's, e impostando la formalidad de un presentador

de concurso televisivo me preguntó—: ¿Y qué te trae a ti por la Galleria esta tarde de martes? —Sin esperar respuesta, añadió bajando la voz, casi en tono conspiratorio—: Esto está lleno de tías buenas.

Titubeé y solté:

—Venía a ver una película.

—¿Ah, sí? —dijo, animado por un instante—. ¿Qué película?

—Bueno, resulta que ya las he visto todas, así que…

—¿Tal vez *El resplandor* ? —preguntó forzando un tono macabro, alzando las cejas, sonriendo malévolamente.

Tuve que admitir que aquello me desarmó: el hecho de que volviera a sacar el tema a colación me hizo confiar en él. Formaba parte de la seducción: era un estafador. Le sonreí contra mi voluntad.

—¿Seguro que no estuviste allí?

Me sentí casi impotente al preguntárselo… pero el deseo se impuso a la racionalidad.

—Tío, tienes que dejarlo ya…

—Pero es que estoy bastante seguro de que te vi, Robert. —Seguí plantado inútilmente en mis trece.

—Puede que estuviera en Los Ángeles, pero no he visto esa película —dijo, desconcertado por mi insistencia—. ¿Tan inolvidable resulto? —preguntó con pose afectada, de mariquita, levantando una mano lánguida.

Pero al momento estaba sonriendo como una estrella de cine, y aunque se suponía que la pregunta era para burlarse de mí, lo dijo sin ninguna malicia. Que insinuase por un instante algo que no sabía de mí —que pudiera ser gay y que lo deseaba— me dolió solo por lo perturbador de su belleza. Pero ese dolor me envalentonó.

—¿De qué hablabas con Matt Kellner? ¿Lo conoces? —le pregunté.

—¿Quién? —Pareció sinceramente confuso.

—Matt. Kellner. Estabas hablando con él después de las clases en el aparcamiento.

—Ah. ¿Sí? —Robert hizo una pausa—. ¿Nos viste?

—Sí. Cuando iba hacia mi coche.

—¿Vosotros sois… amigos? —Lo preguntó con una cautela apenas

perceptible.

—¿Es una indirecta? —pregunté, y me di cuenta de que sonaba demasiado a la defensiva—. Sí, somos amigos.

—¿Que si es qué? —me preguntó Robert, de nuevo confuso.

—Nada, olvídalo.

—¿Una indirecta de qué?

—¿Estabas insinuando algo? ¿Sobre Matt y sobre mí?

—¿Insinuar? —preguntó, y entonces cambió el rumbo—. ¿Por qué no te acercaste a saludar?

—No quería interrumpir la conversación —dije, intentando restarle importancia—. Se os veía muy concentrados, manteniendo una charla profunda o algo así.

De repente aparecieron las tres caras, invocadas por mí, y vi la frenética permutación de ciclos tras los ojos de Robert. Estaba la máscara, y luego estaba la persona peligrosamente dañina tras la máscara sobre la que aún no sabíamos nada, y luego estaba la cara que contemplaba la escena desde una amplia perspectiva, un plano maestro, tratando de averiguar qué podría apaciguar a aquel chico nervioso e inquisitivo que tenía delante.

—Sí… —empezó dubitativo—. Nuestras familias están más o menos… relacionadas.

—¿En serio? ¿Relacionadas cómo?

—Sí, pero él no sabe nada de esto. El ex de mi tía trabajó con su padre. Matt parece un tío bastante perdido.

—Es muy pasota, muy tranquilo —dije sin convicción.

—Oye, ¿y Thom es novio de Susan Reynolds? —me preguntó—. ¿Salen juntos?

En ese momento caí en la cuenta de algo.

—Sí —dije, súbitamente paralizado.

—¿Cuánto llevan? —preguntó, mirándome fijamente.

—¿Qué? —dije, devolviéndole la mirada, conmocionado porque me lo estuviera preguntando.

—¿Cuánto tiempo llevan saliendo? ¿Cuánto hace que están juntos?

—Unos dos años —dije con voz hueca.

Lo asimiló, asintiendo para sí mientras escrutaba el centro comercial, sopesando la información.

—Así que… —empezó, volviendo a mirarme— Susan va en serio. —Hizo una pausa—. Con Thom. —No era una pregunta.

De hecho tenía ganas de decirle que Thom iba más en serio que Susan, pero no dije nada, me limité a afirmar lentamente con la cabeza. No quería prolongar la conversación, pero tampoco era capaz de parar.

—¿A qué viene esa pregunta? Llevan en serio desde hace dos años.

Se encogió de hombros.

—Está buena. Un caramelito.

Recuerdo aquellas palabras y la manera exacta de pronunciarlas. Nunca había oído a nadie referirse así a una chica: «un caramelito».

—Sí, es muy guapa —dije. Me costaba respirar. Tenía que alejarme de Robert Mallory y de todo lo que emanaba su presencia—. Bueno, tengo que irme.

—Vale. —Señaló hacia la entrada de Robinson's—. Voy a pillarme algo de ropa.

—Vale, bien. Bueno, va, me tengo que ir.

—¿Estás bien? —me preguntó de pronto, con una preocupación que me pareció como todo en él: impostada, falsa.

—Ah, sí, sí. Estoy bien. Nos vemos mañana.

Pero Robert no estaba dispuesto a despedirse aún. Me miraba fijamente, intentando comprender al individuo que tenía delante: ¿era amigo, era enemigo, podía confiar en mí, iba a tener que emplear sus juegos conmigo, cuál era exactamente mi historia? No se le veía ofendido ni enfadado, solo intrigado. Hice un gesto con las manos: «¿Algo más?».

—Acabo de descubrir una cosa sobre ti —dijo asintiendo despacio—. Sí, acabo de descubrir una cosa sobre ti, Bret.

Traté de sonreír.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has descubierto?

Hizo una pausa enfática y murmuró:

—Cuando hablas conmigo en realidad estás hablando contigo mismo, tío.

Y acto seguido sonrió como si se tratase de una observación trivial y natural, aunque claramente pretendía desestabilizarme: era una provocación. Pero yo me reí cortésmente, porque no tenía nada más que decir. Confuso, me alejé de inmediato de él y creí que me iba a desmayar de hambre, así que me fui directo al McDonald's de la segunda planta y pedí un Big Mac con una grande de patatas y me lo comí todo vorazmente allí sentado a solas. Cuando me dirigía hacia la salida unos quince minutos más tarde vi a Robert Mallory en el centro comercial vacío, una figura solitaria de semblante impávido, un guapo adolescente con uniforme de colegio privado plantado delante de un determinado escaparate de la primera planta y mirando fijamente a través del cristal: era la tienda de mascotas del centro comercial, Vince's Pets.

En la casa vacía de Mulholland esperé la llamada de Ryan Vaughn, pero no llegó. Así que llamé a la casa de Northridge y colgué cuando contestó su padre; me di cuenta de que tenía que ponerme de acuerdo con Ryan durante el día para que supiese cuándo debía responder a mis llamadas, aunque estoy seguro de que habría querido saber por qué no le había pedido a George si podía hablar con su hijo («Por favor, no seas moñas», lo oí reprenderme de nuevo). No era capaz de concentrarme en nada por culpa de Robert Mallory —una mezcla de lujuria y pavor—, e ignoré dos llamadas de Debbie y me fui a desconectar al jacuzzi, mascullando para mis adentros, y luego me di una ducha hirviendo. «Cuando hablas conmigo en realidad estás hablando contigo mismo, tío», se repetía en mi mente ya sentado al escritorio, con la Olivetti vibrando delante, mientras contemplaba por el ventanal el Valle de San Fernando más allá del patio enmarcado por eucaliptos. Al final me sacudí el estupor y estaba releyendo las páginas que había mecanografiado cuando sonó el teléfono. Eran las nueve pasadas y pensé que sería Ryan, y como sabía que no iba a dejar mensaje descolgué. En la tele habían estado dando *Happy Days* y luego *Laverne and Shirley* y ahora *Apartamento para tres* , todas con el volumen quitado porque eran reposiciones debido a la reciente huelga de guionistas. En vez de a Ryan, oí otra voz.

—Bret, soy Steven Reinhardt —dijo la voz—. Espero que no sea muy tarde, pero tengo aquí a Terry Schaffer.

—¿Qué? —pregunté, confuso—. Querrás decir Debbie.

—Hummm, no, te llama Terry —dijo Steven—. No cuelgues, por favor.

Y entonces oí:

—Ey, Bret, soy Terry. —Lo dijo con despreocupación, como si llamarme a las nueve de la noche entre semana fuese de lo más normal, y al momento me preguntó, bajando la voz—: ¿Qué llevas puesto?

Me quedé descolocado, pero ya estaba acostumbrado.

—Muy gracioso —dije ruborizándome.

Podría haberle dicho que iba en calzoncillos, pero decidí no hacerlo por temor a dónde pudiese llevarnos esa conversación.

—Era broma, era broma —dijo. Oí tintinear cubitos de hielo en un vaso y me fijé en la cualidad nasal de su voz al ordenarle algo a Billie, el golden retriever, que soltó dos ladridos flojos en la misma habitación donde estaba Terry y luego se calló—. ¿Cómo estás? —Hablaba con soltura profesional, todo controlado, a pesar del alcohol y lo que supuse que sería cocaína.

—Estoy bien, estoy bien —contesté.

Me levanté del escritorio y empecé a dar vueltas por el dormitorio, nervioso. Notaba la cara enrojecida y me obligué a contener el temblor de mi voz, para lo cual tuve que bajarla. No alcanzaba a imaginar por qué me llamaba Terry.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Estoy… —balbuceé—. Con los deberes. —Me encogí de hombros, aunque no había nadie en la habitación.

Una pausa.

—Bueno, espero no estar interrumpiendo…

—No, no, para nada, Terry…

—Verás, he oído que Liz te montó uno de sus numeritos la otra noche —dijo Terry—. Y lo siento mucho. Me lo ha contado Steven. Estoy muerto de vergüenza.

Me sentí de pronto aliviado.

—Ah, no pasa nada. Espero que se encuentre bien.

—Bueno, todos queremos que se mejore —dijo Terry diplomáticamente—. Pero es ella quien tiene que quererlo. Y se ve que a ella no le parece un problema. —Hizo una pausa—. Al menos de momento.

Me quedé en silencio. No sabía qué decir.

—Steven me contó que fuiste muy amable y comprensivo con ella —dijo Terry—. Y yo te lo agradezco.

—En realidad no me montó ningún… —murmuré.

—Y me gustaría demostrarte mi agradecimiento —continuó sin escucharme—. Me gustaría conocerte un poco mejor. Debbie me ha contado que eres escritor. Eso no lo sabía. Dice que estás trabajando en un libro.

Todo, toda la tensión, se disolvió. Me sentí halagado. Notaba la cara ardiendo.

—¿Te interesaría escribir guiones? —me preguntó en tono despreocupado.

Oí el tintineo del hielo en el silencio que siguió.

—Sí, claro —dije. La sugerencia (que reescribí como una propuesta) me entusiasmó al instante.

—Te gustan las películas, ¿no? —Percibí el flirteo en el tono.

—Sí, por supuesto.

—Bueno, siempre ando buscando voces frescas —dijo Terry—. Es una época emocionante para los jóvenes —comentó sin excesiva emoción—. Pero sus historias no se cuentan bien. *Slashers,* comedias sexuales… Tonterías.

—Ya —dije, aunque me gustaban las comedias sexuales y los *slashers* —. Supongo.

—A lo mejor se te ocurre algo. Si tienes alguna idea, tal vez podríamos vernos. —Hizo una pausa—. Y plantearme tus propuestas.

—Sí, claro, Terry. Sería genial.

—Vale. Y una vez más: gracias por lo de Liz. —Se hizo una pausa que indicó que la conversación no había acabado aún, y entonces Terry carraspeó ligeramente y dijo—: Deborah no tiene por qué saber esto.

—¿El qué?

Se calló, como si hubiera traspasado algún límite, como si estuviese cometiendo un error.

—Sobre esta llamada —aclaró al fin—. No hace falta que se lo cuentes a Debbie.

—Ah, ya. Claro, por supuesto. Claro.

Al principio no entendí por qué Terry le daba tanta importancia, pero le seguí la corriente. No quería disgustarlo. Y entonces me pregunté si Steven Reinhardt estaría aún al teléfono, escuchando.

—¿Sí? —preguntó Terry, aliviado—. ¿De acuerdo?

—Ah, claro, claro. No diré nada.

—Buenas noches, Bret —dijo Terry Schaffer.

Se oyó un clic y la llamada se cortó.

Estaba demasiado exaltado para concentrarme en los deberes, leer el libro de Stephen King o perder el tiempo con comedias tontas que ya había visto, así que en vez de eso vi un par de cintas de porno hetero que le había comprado a Jeff Taylor y con las que me masturbaba de vez en cuando. Las puse en el Betamax que estaba debajo de la tele frente a la cama king size, donde me senté apoyado en las almohadas y me masturbé bajo el hechizo de un joven Joey Silvera, que tenía una cara delgada y atractiva de grandes ojos marrones y un bigote ligeramente sórdido, pero con un cuerpo totalmente idealizado: alto y bronceado, el vientre plano con abdominales, marcas del moreno y una enorme polla con un matojo de pelo castaño. Las tres cintas protagonizadas por Silvera eran de finales de los setenta: *Babyface* , *Extremes* y mi favorita, *Expensive Tastes* , en la que un grupo de hombres, junto con una mujer, traman y ejecutan una serie de violaciones. La cinta estaba dirigida por una mujer, lo cual explicaría, al menos para mí, por qué Joey Silvera aparecía tan idealizado como objeto sexual: es de lejos el tío más bueno de la película, y quien la filmaba lo sabía. Hay una escena en la que uno de los violadores, todos con pasamontañas, se la chupa a Joey durante la violación grupal de su propia novia, y cuando la vi por primera vez me resultó terriblemente erótica, aunque al final se descubría que quien se la había mamado es

en realidad una mujer, y que Joey Silvera formaba también parte del grupo de violadores: solo es un ritual que sirve para excitarlos aún más, y la felación que le practica el secuaz enmascarado, supuestamente un hombre, le da a Silvera una excusa para no acudir a la policía por vergüenza de admitir que se la chupó un tío: eso es lo que aduce ante su novia violada, aparentemente angustiado. Aquella noche me masturbé con imágenes de Joey (había dos escenas que casi siempre hacían que me corriese) y luego me tomé un Valium que me dejó profundamente dormido sin sueños, aunque no sin antes fantasear con Terry Schaffer y con mi futuro. Era consciente de que quería algo de mí y de que probablemente se daría un *quid pro quo* con el que tendría que lidiar llegado el momento, pero ya me preocuparía de eso cuando sucediese. Tenía diecisiete años y esa noche el futuro se había abierto para mí en toda su amplitud: Terry Schaffer quería que escribiese un guion para él. Comprendí que había una forma de escapar de la trampa. Aquello suponía poder escapar de la pantomima. La llamada de Terry vino a confirmar que yo tenía planes, que estaba cartografiando mi propio destino, que era escritor.

6

Aquella semana de septiembre transcurrió como en una bruma difusa: miércoles, jueves y viernes se sucedieron nebulosos e indistintos. Todos seguíamos las normas y actuábamos en consecuencia, llevábamos nuestros uniformes y asistíamos a las clases, llegábamos al colegio y metíamos los coches en las plazas del aparcamiento, nos dirigíamos hacia la torre del campanario cruzando los senderos pavimentados y entrábamos en el campus, pero yo me sentía como encarcelado en mi propio mundo, como creando un relato para mí mismo, por más que tratase de mostrarme positivo y optimista. Por ejemplo, aquella semana me hice a la idea, me convencí, de que lo que había pasado con la estatua del grifo era una broma inofensiva que sencillamente había adoptado un imprevisto giro macabro, y que quienquiera que sostuviese la linterna en el patio de la biblioteca la noche del lunes era consciente de que las cosas se habían salido de madre y se arrepentía, y creí que Robert Mallory estaba cuerdo y no era menos estable que cualquier otro alumno de último año, y que todos éramos inocentes y estábamos seguros, protegidos por el privilegio y ligados por el estatus, la clase y las ambiciones que nuestros padres tenían respecto a nosotros. Pero al mismo tiempo, de forma gradual, había ido dejando de formar parte de Buckley y me resistía a integrarme en la corriente de la vida del instituto. Por primera vez experimentaba una profunda desconexión que afectaba a todo aquello con lo que entraba en contacto. Y me di cuenta de que ya no era un participante tangible no solo de la vida de Buckley, sino tampoco de la del mundo exterior. Nada parecía afectarme. Me había ido embotando.

Por ejemplo, me daba igual que Ronald Reagan hubiera sido elegido presidente el pasado noviembre; a los diecisiete años aquello no significaba absolutamente nada para mí, y desde entonces la política ha seguido importándome lo mismo hasta el día de hoy. Le había prestado atención cuando John Hinckley disparó a Reagan en marzo mientras

volvía hacia su limusina después de dar un discurso en el Washington Hilton, intento de asesinato que Hinckley confesó haber cometido para impresionar a la actriz Jodie Foster, pero tampoco se me quedó grabado, como todo lo demás. Era una emoción vacía. Conocía los detalles, pero no les asociaba nada: ni sentimientos ni significado.

Por ejemplo, tal vez era demasiado joven como para apreciar plenamente el talento artístico de John Lennon como Beatle o en solitario, pero su asesinato a manos de un fan trastornado no me supuso la misma conmoción que a mis compañeros de clase más mayores, y el diciembre anterior había fingido que me afectaba mucho más de lo que en realidad me afectaba y había actuado con el melodramatismo apropiado, poniendo el *Double Fantasy* más de lo que me apetecía: siempre lo había considerado un disco mediocre, por mucho que los plañideros destrozados asegurasen que había grandeza en él ahora que Lennon había muerto.

Por ejemplo, en enero de 1981 viajé a Nueva Orleans con mi padre y con Thom Wright para ver la Super Bowl, aunque el fútbol americano no me interesaba lo más mínimo (a Thom Wright sí, claro, ya que era el quarterback de los Griffins) y ni siquiera sabía quién jugaba contra quién en el Louisiana Superdome aquella tarde de domingo. El padre de Thom, Lionel, voló hasta allí desde Nueva York y nos alojamos los cuatro en el Ritz-Carlton, donde compartí habitación con Thom, y aunque estaba lo suficientemente alienado como para no saber qué equipos jugaban (eran los Oakland Raiders contra los Philadelphia Eagles), sí recuerdo con la intensidad de una instantánea brillantemente iluminada a Thom cambiándose delante de mí en la suite que compartíamos y entreverlo fugazmente desnudo al salir del cuarto de baño con un albornoz del Ritz-Carlton después de darse una ducha, y charlando conmigo sin más mientras se lo quitaba, volviéndose con recato para que no le viese la polla cuando se puso los calzoncillos y yo contemplando la tela de algodón blanco ciñendo su culo perfecto; ya había visto una variación de esto muchas veces en el vestuario de los chicos en Buckley, pero en la suite de un hotel lejos de Los Ángeles se me antojó mucho más íntimo, me pareció por un

instante que podría haber pasado algo, aunque no era tan fantasioso como para pretender que mi deseo fuese correspondido por Thom. Pero recuerdo esa imagen más que el partido en sí, donde nos sentamos en la parte alta del estadio en un palco VIP con bar y donde Thom y yo nos pedimos cócteles de gambas y nos dejaron beber Michelobs y varios hombres subieron a saludar a mi padre y a Lionel Wright. Acababa de terminar la crisis de los rehenes en Irán —hubo una ceremonia previa al partido para celebrarlo— y habían envuelto el Superdome con una cinta amarilla gigante para mostrar solidaridad con los rehenes (el país parecía llevar años lleno de cintas amarillas), y aun así durante aquel viaje yo estaba más interesado en la perfección del culo de Thom Wright que en ninguna otra cosa. Aunque también recuerdo que conocimos a Dick Enberg, el presentador de las noticias de la NBC, y luego a Bryant Gumbel, que me entrevistaría cuatro años después en el programa *Today* el verano que publiqué *Menos que cero* . Todo me resultaba ajeno salvo un atisbo de desnudez en una anónima suite de hotel.

Por ejemplo, las celebraciones que significaban algo para el mundo en general no lograban despertar mi interés: la boda real entre el príncipe Carlos y Diana tuvo lugar en julio y no vi ni un segundo de la ceremonia retransmitida a todo el planeta (Susan y Debbie estuvieron enganchadas al espectáculo). Me daba cuenta de que la falta de interés del participante que había dejado de ser tangible era profunda y abarcaba cada vez más ámbitos. El sexo, las novelas, la música y las películas eran las cosas que hacían soportable la vida, y no los amigos, la familia, el colegio, la escena social, las interacciones… y aquel fue el verano que vi *En busca del arca perdida* cada dos por tres pero apenas almorcé un par de veces con mis padres separados. No esperaba nada del mundo real, ¿por qué iba a esperar nada? No estaba construido para mí ni para mis necesidades ni mis deseos. Y era algo que me recordaban casi de manera constante porque estaba encerrado en un calentón adolescente que subía como un cohete hacia la estratosfera constantemente activado por cosas que encontraba eróticas, y que aun así no tendría nunca. Aquel era mi único punto de referencia. Eso era lo

que contribuía a que el participante hubiera dejado de ser tangible.

Tal vez no recuerdo aquella primera semana porque me daba cuenta de que el último año iba a convertirse en una lucha y de que necesitaba recurrir a algún tipo de astucia para aguantarlo y eso me distrajo aún más de mi realidad cotidiana. Pero lo cierto es que fue una semana tranquila: los alumnos fueron ajustándose al nuevo curso, y Buckley se lo ponía fácil a todo el mundo, te mimaba y te hacía sentir seguro y no era solo que contases, es que eras importante. Los días sencillamente se evaporaron. Asistí a las clases y punto. No me había unido a la revista literaria de Buckley (dos números al año) ni a *The Buckley Gazette* (quincenal), y había una lista interminable de actividades extracurriculares a las que no me acerqué ni por asomo: el club de teatro, el club de mochileros, el club de biología, el club de baile, el club de cocina, entre otros muchos. Seguí cumpliendo orgulloso con mi papel de alumno anodino. Las cosas que recuerdo de aquella primera semana no tienen nada que ver conmigo: hubo consecuencias por un sketch racista protagonizado por Doug Furth y David O'Shea en la clase de Español III de la señora Ipolita; nos enteramos de que la señora Susskind, la profesora de álgebra, se iba a divorciar; una de las autobuseras murió en su casa de un infarto; se incendió una de las casetas de servicio en la pista deportiva. También recuerdo que aquella primera semana Robert Mallory no comió con nosotros en la mesa central junto al Pabellón; estuvo probando otros grupos, sopesando sus posibilidades, y además me dio la sensación de que trataba de mantenerse alejado de Susan Reynolds. Lo vi comiendo con Matt Kellner aquel jueves, pero no hablaban: Matt llevaba puesto el walkman mientras tomaba el sol con los ojos cerrados; Robert estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, leyendo un libro de bolsillo. No fue hasta que Debbie exigió que quedásemos el viernes por la noche en mi casa con Thom y Susan cuando de golpe me desperté y presté atención a la realidad de mi situación: tenía que espabilarme e interpretar mejor mi papel.

Pero Debbie tuvo que cambiar la cita con Susan y Thom al sábado porque un grupo de rockabilly llamado Stray Cats tocaba en el Roxy ese

viernes. A mí no me apetecía, pero no porque no me gustase la banda: ese verano habíamos escuchado mucho su disco de importación británica producido por Dave Edmunds, antes del lanzamiento de su debut estadounidense al año siguiente. Aunque la canción «Rock This Town» se radiase en la KROQ, los Stray Cats no tenían contrato discográfico en Estados Unidos y no fui al Roxy aquel viernes —aunque Debbie me prometió que estaría lleno de famosos y que después del concierto podríamos alternar con ellos— porque así tendría oportunidad de ver a Ryan Vaughn. No lo llamé aquel jueves por la tarde cuando supe lo del concierto de los Stray Cats porque Ryan estaba entrenando, así que esperé a la hora que habíamos acordado ese mismo viernes durante el almuerzo para llamarnos y me respondió al teléfono a las siete, divertido por mi puntualidad. Esperaba que Ryan quisiera quedar y pasar la noche conmigo en la casa de Mulholland, pero a la mañana siguiente tenía «algo» de lo que no podía escaquearse con su madre, su padre y su hermano pequeño; no me dijo de qué se trataba ni tampoco le pregunté: imaginé que sería algo religioso, relacionado con la iglesia.

—¿Y el sábado por la noche? —me preguntó—. Tus padres están fuera, ¿no? —La proposición me puso en un trance erótico automático —. Podría estar allí hacia las seis…

Dejó la frase sin acabar. Y entonces me acordé de que los planes con Debbie, Susan y Thom habían cambiado al sábado debido al concierto, así que invité a Ryan a comer, tomar algo con nosotros por la noche, y cuando todos se marchasen podría quedarse a dormir y pasar juntos el domingo, igual hasta podría quedarse también a dormir la noche del domingo. Como no se había estrenado nada en los cines ese fin de semana, Westwood no era una opción, así que podríamos pasarnos el día tumbados junto a la piscina. ¿Qué le parecía?

—Es un poco… ambicioso —dijo Ryan con cautela, como si estuviese echando un vistazo alrededor en la habitación en que estaba—. Un tanto excesivo. Y la verdad es que no me apetece quedar con ese grupo —añadió en voz baja y grave.

—Yo te caigo bien, Thom te cae bien —dije—. Será solo para cenar.

—Thom está bien —dijo Ryan sin mojarse.

—Él piensa que eres genial —le dije intentando ablandarlo.

—Muy listo no es.

—Eso no es verdad.

—A lo mejor el domingo. Podemos quedar. —Hizo una pausa—. Quiero verte. Pienso en ti.

—Yo también pienso en ti.

—Pero para que esto funcione, hum… necesitamos cierta dosis de… subterfugio —dijo taimadamente—. ¿Entiendes?

—¿Por qué hablas como un espía en una película de los años cuarenta? —le pregunté.

—Me limito a ser… práctico —dijo. Me gustaba la sutil sexualidad de su voz.

—Claro —respondí asintiendo a solas en mi dormitorio—. Lo entiendo, pero…

—Tengo que colgar —dijo—. *Talk. To. Ya. Later* .

Era una referencia a la canción de los Tubes que se había hecho muy popular aquel año. Se oyó un clic.

Pensé que la había cagado. Llevado por la frustración, estaba a punto de cancelar el plan del sábado con Debbie, Thom y Susan y volver a llamar a Ryan cuando de pronto telefoneó Thom y me dijo que en lugar de ir a comer sushi al japonés de Glen Centre, a un kilómetro y algo de la casa de Mulholland (ni siquiera sabía que fuese parte del plan), Susan y Debbie habían decidido pedir pizza en Santo Pietro's… y eso era lo que íbamos a hacer el sábado por la noche.

—Pero ¿por qué vamos a hacer eso? —exclamé, frustrado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thom.

—Pero ¿para qué quedamos? —me lamenté.

Thom dijo que Susan quería hablarnos de algo, de una fiesta que iba a celebrar… ¿no lo sabía?, había pensado que sería divertido que la organizásemos juntos, nada más, ¿por qué te pones así?

—¿Estás bien, Bret?

La pregunta calmada, casi quejumbrosa de Thom, repleta de un tacto innato, me hizo darme cuenta de que en realidad todo iba bien y que

de hecho me apetecía verlos a todos, a mis amigos, el sábado por la noche, y me sentí aliviado de que viniesen a casa. Ya me vería con Ryan el domingo, o eso esperaba.

Y esa noche de viernes mecanografié cinco páginas de *Menos que cero* (aunque esas no aparecerían en la versión publicada) y luego calenté las enchiladas que Rosa me había preparado, acabé de leer *Cujo* (el niño moría, me quedé impresionado, atónito; Stephen King le echaba huevos) y después vi a Joey Silvera en una escena de *Expensive Tastes*. Los dos nuevos estrenos del Z Channel eran *Flash Gordon* y *Tess* de Roman Polanski, y ya las había visto las dos en el cine el pasado diciembre. No podía dormir, así que acabé dando vueltas en coche por los cañones mientras escuchaba una canción que me tenía atrapado, «Nowhere Girl» de B-Movie, que siempre me ponía de un humor exaltado y extraño, una especie de hechizo, entraba en una película: era una canción new wave con un fraseo de teclado en escala menor, distante y etéreo, sombrío y ligeramente propulsivo, que me ayudaba a lanzarme por aquellas calles desoladas en el Mercedes descapotable y hacía que mi soledad en el mundo se antojase emocionante, algo asumible y deseable. La sensación de vacío y el embotamiento que experimentaba se convertían en sentimientos cada vez que escuchaba la canción, y también la asociaba a Julie Selwyn y adondequiera que hubiese desaparecido aquel verano, girando en la pista de baile del Seven Seas, en un vídeo, difuminándose entre las luces estroboscópicas. Estuve conduciendo hasta tarde aquella noche, escuchando «Nowhere Girl» una y otra vez mientras recorría Mulholland y una desierta Sepulveda, subiendo a toda velocidad por Beverly Glen y de vuelta a la casa iluminada en el lado del acantilado que da al Valle, hasta que estuve lo bastante cansado como para caer en la cama y dormirme agotado, ignorando los mensajes que Debbie dejaba en el contestador cada vez que sus llamadas me despertaban en mitad de la noche.

Eran las cuatro de aquel sábado de septiembre cuando oí el timbre de la puerta. Como Debbie, Thom y Susan no venían hasta las seis, salí al recibidor con cierta agitación: por un instante pensé que ojalá fuese Ryan, que hubiese cambiado de opinión y me quisiera dar una sorpresa,

y la fantasía fue momentáneamente emocionante hasta que se me ocurrió que quizá fuera el Arrastrero, alguien con un pasamontañas negro agarrando un cuchillo en su mano enguantada a plena luz del día, sin importarle, esperando a que abriese la puerta, babeando, yo era el siguiente. Pero cuando miré por la mirilla vi a Debbie sola, con sus Wayfarer puestas, allí plantada impaciente, ceñuda, el BMW a su espalda en el camino de entrada. Esperé un momento antes de abrir, comprendiendo que pasaba algo. Me pregunté dónde estaban Thom y Susan. Debbie tocó el timbre de nuevo y me sobresaltó. Abrí la puerta. No dijo nada al cruzar el recibidor hasta la cocina, donde cogió una lata rosa de Tab del frigorífico, abrió la puerta de cristal corredera y se dirigió hacia una de las tumbonas dispuestas junto a la piscina. Shingy la siguió brincando alegremente cuando se sentó en el borde de la tumbona e, ignorando al perro, contempló el agua quieta y azul a través de sus gafas de sol.

—Va… le —me dije mientras ella se encendía un cigarrillo de clavo sin mirar hacia la casa.

Debbie esperaba que la siguiera, pero yo estaba molesto por que se hubiese presentado en Mulholland antes de lo acordado. Tenía pensado hacer ejercicio en mi gimnasio improvisado junto al garaje y luego masturbarme, nadar un poco y releer lo que había escrito el día anterior antes de que Thom, Susan y Debbie llegasen. Pero eso no iba a suceder, como entendí amargamente mientras observaba a Debbie a través de las puertas correderas, consciente de que estaba de mal humor y de que yo era su objetivo, y eso me enfureció. En lugar de salir y representar su versión de la escena, entré en la cocina y me dirigí por el pasillo hasta mi dormitorio. Encendí la tele y me senté a mi escritorio dándole vueltas a la cabeza. La puerta que conducía a la terraza estaba abierta y no se oía nada desde el patio, cosa que contribuía al irritante suspense del momento. Esperé quince minutos hasta que al final oí pasos en el porche que llevaba a mi habitación. Me di cuenta inútilmente de que aquello había sido una competición y que había ganado yo. Debbie cruzó la terraza con las gafas de sol subidas hasta la frente y con Shingy detrás, aún curiosa y excitada por su

presencia. Debbie sonó confusa, con un enfado de baja intensidad.

—¿Hola? ¿Bret? ¿Hola?

—Estoy aquí —dije levantando la voz.

Por fin llegó hasta mi puerta, pero no entró. Me quedé en el escritorio, frente a la máquina de escribir.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. ¿Por qué no has salido al patio?

—Pensaba que… querías estar sola —fue la carta que jugué.

Eso la cabreó.

—¿Para qué iba a venir si quisiera estar sola?

—Has llegado pronto. ¿Pasa algo?

—¿No te alegras de verme? —me preguntó—. ¿No te emociona verme? ¿Le estás preguntando a tu novia si pasa algo?

—Llegas pronto, nada más —dije encogiéndome de hombros—. No te esperaba hasta las seis.

—Tenemos que aclarar algunas cosas. Necesito saber dónde estás.

—¿Dónde estoy? —Fingí no entender, aunque sabía exactamente hacia dónde iba la conversación.

—¿Te gusto?

Lo soltó de golpe, a bocajarro, más una declaración que una pregunta, y no tuve que aparentar sorpresa porque estaba sinceramente sorprendido.

—Mucho —respondí, desconcertado—. Pero si me lo preguntas debe de ser porque piensas que no es así, y eso es un problema.

No le convenció mucho pero se apaciguó, y desde donde estaba miró la habitación como si buscase algo. Rosa no venía los sábados, así que la cama estaba deshecha y había una camiseta, unos pantalones cortos y una toalla tirados al lado. Y entonces encontró lo que buscaba: el contestador automático parpadeando en la mesilla de noche. Debbie cambió nuevamente de actitud y me lanzó una mirada acusadora. Yo sabía que los mensajes eran suyos porque la había oído mientras me los dejaba a las doce, a la una y a las dos y cuarto, pero no había descolgado, tan solo había gruñido, me había puesto una almohada encima de la cabeza y había vuelto a quedarme dormido. Pero la luz

parpadeante le demostraba que aún no los había puesto y por tanto le confirmaba que no la había escuchado, cuando en realidad lo había hecho mientras los dejaba. Se mordió el labio sopesando algo.

—¿Tú vas en serio conmigo? —me preguntó.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque llevas toda la semana como un puñetero zombi.

—No es verdad —respondí automáticamente. Y luego, al darme cuenta—: Lo siento.

—Un zombi. Un puto zombi. De verdad que no sé qué te pasa.

Al darse cuenta de que estaba siendo innecesariamente dura, volvió a suavizar el tono.

—Cuéntame. —Hizo una pausa—. Necesito que seas sincero conmigo.

—¿Sincero sobre qué?

—Necesito que me tranquilices. Sin tonterías.

—¿Necesitas que te tranquilice? ¿Sobre qué?

—Sobre lo nuestro —dijo—. Joder, estás hecho un zombi.

—Para de decir chorradas —dije—. No hables por hablar. Todo esto es absurdo. ¿Necesitas que te tranquilice?

—Necesito que me tranquilices sobre lo nuestro, Bret.

Por un breve instante estuve a punto de confesarle algo: una verdad, mis auténticos sentimientos. Pero luego me di cuenta con ácida lucidez de que no quería complicarme el año, porque ya estaba todo organizado, el relato en marcha, ya estábamos representando nuestros papeles; no había ningún sitio adonde ir, y quería seguir ocultando al verdadero Bret. Intuía que aquel año iba a ser frustrante en tantos sentidos que realmente necesitaba la supuesta seguridad del mundo estructurado de Debbie para poder aguantar hasta junio. En aquel momento era el camino más fácil, simplemente: no había alternativa. Iba a ser el novio atento. El pragmatista iba a intentar convertirse de nuevo en el participante tangible.

—Me gustas de verdad —le dije… y lo decía en serio, no era mentira —. Ya sabes cómo soy —dije encogiéndome de hombros.

—Susan dice que guardas secretos.

—Eso es solo un jueguecito nuestro.

—¿Y nosotros estamos jugando?

—No estoy jugando contigo.

—O estás conmigo o no —dijo Debbie.

—Estoy contigo.

—No quiero ponerte entre la espada y la pared, pero necesito saberlo.

—Eres asombrosa. Eres preciosa. Es solo que estoy distraído. Estoy en mi mundo, ya lo sabes…

—Odio preguntarte esto, Bret. Odio verme en esta posición…

—En esta posición te estás poniendo tú sola…

—… porque creo que deberías estar… no sé, solo por mí, Bret. O no. Igual te gusta otra. ¿Te gusta otra?

—No, no…

—Porque si es así, dímelo y punto.

—Te juro que no.

Me miró fijamente: el anhelo sustituyó al enfado.

—Ey, nena —le dije—. Ven aquí.

Hizo un mohín, a un tiempo genuino y exagerado, como tantos aspectos de Debbie, y entonces se me acercó y se sentó automáticamente en mi regazo. La estreché con fuerza entre mis brazos.

—Ya sabes que soy muy distraído —le dije con dulzura—. Me pierdo en mi mundo. Me pierdo en mi libro. Eso lo sabes desde que me conoces.

—Esta última semana has estado tan ensimismado… —dijo con voz queda—. Apenas nos hemos visto.

Me besó. Le ofrecí la lengua y la retiré enseguida, pero no como provocación.

—Eh —continué en el mismo tono suave—. ¿Cómo fue el concierto anoche? ¿Qué tal los Stray Cats?

—Entretenidos. Ojalá hubieses venido. Van a ser muy grandes. Tienen un contrato con EMI —recuerdo que dijo mientras su voz se iba apagando y me besaba de nuevo.

Nos fuimos empujando hacia la cama deshecha, nos dejamos caer en ella y mis labios quedaron pegajosos de brillo de labios sabor fresa, y al momento estaba encima de Debbie y ella me rodeaba la cintura con las piernas restregándose contra mí mientras yo intentaba concentrarme en el sexo y en lo que se suponía que debía hacer, asegurándome de infundir a mis acciones y movimientos la lujuria requerida. Pero estaba distraído porque a Debbie le gustaba moverse deprisa y tomó el control rápidamente, como solía hacer siempre, y enseguida me vi tumbado boca arriba y quitándome la camiseta por la cabeza mientras ella me bajaba los pantalones y los calzoncillos y los tiraba al suelo. Se levantó la camiseta Camp Beverly Hills, dejando al descubierto aquellos pechos increíblemente perfectos, rosas y firmes con unos pezoncitos erectos del color del algodón de azúcar, montada a horcajadas sobre mí, con las palmas apoyadas sobre mi pecho para no perder el equilibrio, inclinándose para besarme de nuevo, y entonces se retorció sobre sí misma para quitarse los pantalones y las bragas hasta quedar desnuda del todo encima de mí, arrasada por la lascivia. La fantasía que estábamos creando casi se me resquebrajó por lo auténtica que le parecía a ella. Y comprendí que para que aquello funcionase tenía que dejar de pensar que Debbie se merecía a alguien mejor. Tenía que creer que me merecía a mí.

El hecho indudable: Debbie Schaffer era la tía más buena de Buckley; no era la belleza clásica que encarnaba Susan Reynolds, pero sí la fantasía con la que se la machacaban los chicos, con la que soñaban desnuda, a la que soñaban follarse. Era *Penthouse* , una Vargas Girl, la portada de *Candy-O* , era el ideal de los chicos adolescentes, una estrella del porno, cualquier tío se habría sentido afortunado de estar con ella, hasta el punto de que yo estaba convencido de que alguno sería capaz de matar en un arrebato testosterónico por tenerla aunque fuera solo una vez, por instilar en su memoria ese único polvo a fin de salvar su patética vida y darle sentido. A eso había que añadir que era lista; Debbie no era ninguna tontita, como si eso importase siquiera en comparación con el poder de su físico. Así que ¿por qué era yo su novio? Yo había sufrido los típicos problemas adolescentes: no había

llevado aparatos dentales pero engordé después de octavo mientras pasaba el verano con mi abuelo en Nevada; demasiados batidos de vainilla y hamburguesas con queso sin supervisión parental en la cafetería de uno de los hoteles que poseía en Elko, aparte de las visitas a la tienda de Main Street para comprar bolsas de chucherías que me pasaba comiendo toda la noche. No perdí del todo el peso que me sobraba hasta finales del primer año de instituto, y después lo recuperé por un tiempo hasta que lo volví a perder en segundo, pero la prueba siempre estaría en las terribles fotos de anuario tomadas a principios de tercer curso. Llevé unos cuantos peinados cutres, tuve algo de acné que por suerte desapareció por completo antes de comenzar segundo gracias a un dermatólogo carísimo de Beverly Hills, pero tuve complejos e inseguridades incluso después de mi transformación física en tercero, porque no sentía que jugase en la misma liga que Thom Wright, ni que fuese tan atractivo y atlético como Ryan Vaughn, ni siquiera creía que pudiera ser tan sexy como Matt Kellner. Pero resultó que, en realidad, entre tercero y cuarto estuve bastante cerca de ello… aunque no sería del todo consciente hasta mucho después. Sencillamente no acababa de gustarme a mí mismo, y la actitud de cortesano distante no me granjeó demasiadas simpatías. En retrospectiva me doy cuenta —de hecho me lo dijeron— de que les gusté a muchas chicas una vez que me libré del sobrepeso, pero la vibración esquiva que transmitía resultaba intimidante. «Don't touch me there», cantaban los Tubes en una de mis canciones favoritas: la letra paródica en plan sesentero trataba sobre una mujer que no estaba preparada para el sexo, pero para mí se convirtió en una metáfora sobre mi propia alienación.

No dejaba de preguntarme qué veía Deborah en mí que no viese en nadie más por aquel entonces. ¿Veía una versión de Terry y estaba tratando de descifrar algo sobre su padre a través de mí, o aquello solo servía para complicar aún más lo que no era más que simple deseo? Pronto me di cuenta de que mi distancia y mi supuesto ensimismamiento daban a entender a Debbie que yo era otro tipo enigmático y eso había jugado a mi favor durante el verano. Yo había

dado por sentado, a cierto nivel, que era más cool que los demás; la verdad es que estar con Debbie me hacía más cool de lo que realmente era. Pero estaba desconcertado: Debbie era una chica rica que se aprovechaba de su riqueza y aparentemente hacía lo que se le antojaba, del todo indiferente y ajena a las responsabilidades de la realidad del mundo (aunque fuese consciente de que su madre era alcohólica y, suponía yo, de que su padre era gay), y a medida que se acercaba a los márgenes de, no sé de qué otra manera decirlo, el falso oropel de un estilo de vida de estrella del rock y de los grupos y los hombres que la atraían, yo era, en comparación, una opción bastante pulcra, un niño bien de la clase privilegiada, demasiado convencional. Podría haber pasado fácilmente por un miembro de fraternidad o de la Federación Nacional de Jóvenes Republicanos; de hecho, era lo que parecíamos todos los chicos de último año de Buckley: Thom, Ryan, Jeff, Matt. Y me sorprendía que Debbie me encontrase a mí, precisamente a mí, tan sexy. Debbie sí que era una persona moderna y ávida de experiencias de una manera en que yo no lo era, y durante el verano de 1981 comprendí que sabía muy poco de ella. Yo no quería que se volviese tan desesperada y dependiente de mí, pero ahora tenía que asumir mi responsabilidad: a lo largo de aquel verano había creado aquella versión de Debbie Schaffer y detestaba ver cómo se transformaba debido a sus sentimientos por mí; su deseo y su frustración eran reales, se entretejían entre sí, y era todo culpa mía, las falsas vibraciones que emanaba no hacían más que estimular su lujuria. Yo era el novio reservado y no del todo fiable, canallesco, tampoco el chico malo exactamente, sino el chico que no estaba, el increíble chico menguante. Se merecía a alguien mejor que yo.

Debbie había tomado el control absoluto y ahora se restregaba contra mi polla, que a diferencia de la noche del domingo en su dormitorio se había puesto dura del todo. Tendí mis manos hacia sus pechos y ella me incitó a que pasara suavemente las palmas por sus pezones, diciéndome entre gemidos cuánto gusto le daba. Me condujo hasta su interior (nunca usábamos condón) y me maravilló lo rápido que se corrió: a los pocos minutos de embestirla, mientras ella se frotaba el

clítoris, noté cómo se tensaba en torno a mi polla. Y entonces me apremió para que me corriese mientras yo continuaba con las embestidas, esforzándome por eyacular, y la ansiedad de pensar que no iba a ser capaz de mantener la erección me hizo sacarla y empezar a meneármela con los ojos cerrados pensando en Matt Kellner desnudo y húmedo, chupándome la polla de rodillas, yo apoyado contra una pared de la casita de la piscina, mientras Debbie me besaba y me acariciaba los huevos y yo seguía meneándomela. Y entonces me apartó la mano y empezó a tragarse mi pene hasta el fondo hasta que lo tuve totalmente embadurnado en saliva y vi el culo abierto de Ryan sobre mi cara mientras nos chupábamos haciendo el sesenta y nueve y yo intentaba meter la lengua en su suave agujero rosa aquella tarde de agosto, y luego otra vez era Matt y recordé lo intensamente que lo había llevado al orgasmo el lunes. Empecé a respirar más fuerte, me tensé, pensaba que no iba a ser capaz de correrme pero de pronto me vi levantando la cabeza y asintiendo hacia Debbie y corriéndome inesperadamente mientras le follaba la boca abierto de piernas, eyaculando mientras ella continuaba pajeándome con media polla dentro de la boca, tragándose el semen que salía disparado de mí. Ella sonreía complacida, me besó, y yo le sonreí aturdido y saboreé mi propio semen, restos en sus labios, en su lengua. Qué importaba, qué importaba nada, nada importaba, comprendí jadeante.

Fuimos desnudos hasta el jacuzzi y nos metimos en el agua en silencio, escuchando el tráfico de Mulholland mientras observábamos a Shingy deambular por el césped y la luz sobre nuestras cabezas empezaba a cambiar y atenuarse, se suavizaba, y pronto dieron las seis, la hora en que se suponía que debían venir Thom y Susan.

Permanecimos en silencio en el jacuzzi y lo único que se oía era el sonido de los chorros graduados al mínimo, que hacían burbujear levemente el agua, hasta que Debbie me preguntó:

—¿Qué piensas de Robert?

Reflexioné sobre cómo responder a aquello y pregunté:

—¿El nuevo?

—Pero ¿tú te oyes? —dijo fingiendo asombro—. ¿Tú prestas

atención? —Se me acercó más, sonriendo—. ¿Estamos en la misma conversación? —Me miró fijamente, divertidamente perpleja—. ¿De quién voy a estar hablando si no? Sí. Robert. El nuevo, Bret.

—Vale, vale —dije, intentando devolverle la sonrisa—. Lo siento.

—No lo sientas. Limítate a estar… no sé, más presente, cariño.

—Vale, el nuevo, sí. —Debbie estaba sentada a horcajadas sobre mi regazo, frente por frente, medio flotando en el agua caliente—. ¿Qué pasa con el nuevo?

—¿Qué opinas de él? —me preguntó.

—En realidad… no lo conozco —dije, sin ganas de entablar una conversación sobre Robert Mallory.

—Creo que a Susan le gusta —dijo Debbie esperando sorprenderme, enfatizando levemente la palabra «gusta».

No quise morder el anzuelo, no quería cruzar esa puerta con Debbie, así que ignoré el comentario.

—¿Y tú qué? —le pregunté juguetón, provocándola—. ¿Eh? ¿Tú qué? ¿Qué opinas tú del nuevo?

Me miró a los ojos, tratando de averiguar algo, tal vez por qué no me sentía más intrigado por lo que había insinuado sobre Susan.

—No es mi tipo, la verdad —dijo al fin.

—Yo creo que es el tipo de cualquiera —respondí.

Se impulsó para apartarse de mí y flotó de espaldas en el agua ligeramente burbujeante.

—No me gustaría salir con un chico mucho más atractivo que yo —dijo.

—Eh, muchas gracias —le dije, salpicándola.

—Ya me entiendes —dijo entrecerrando los ojos al cielo que oscurecía—. Como un modelo o algo así. —Hizo una pausa—. No me va.

—¿A Susan le gusta? ¿Cómo lo sabes?

Debbie se encogió de hombros. Se mostraba evasiva, como reteniendo algo en lo que quería que yo ahondase y tratara de descifrar, pero yo no quería saber más de aquella historia en particular, así que lo único que dije fue:

—Espero que Susan se comporte.

Debbie, con los ojos cerrados, sonrió asintiendo mientras flotaba en el agua, la melena rubia extendida, y se limitó a decir:

—Esperemos.

Aquel sábado me emborraché. La cosa empezó pronto, con cerveza, luego pasamos al champán y hacia el final de la noche estaba tomando chupitos de tequila y esnifando de la coca de Debbie. Pero cuando Thom y Susan llegaron solo estaba un poco entonado con un par de Coronas que Debbie y yo habíamos compartido mientras escuchábamos música en el salón —el primer disco de los Motels, donde aparece «Total Control»— y luego estuvimos esperando a que nos trajesen la pizza de Santo Pietro's; Thom la había pedido como media hora después de llegar a las seis. En la nevera había dos botellas de Mumm, Debbie y Susan se abrieron una; se sirvieron unas copas y se fueron a la piscina mientras el cielo iba disolviéndose lentamente en la puesta de sol, se fumaron unos cigarrillos de clavo y charlaron en voz baja, con los Motels sonando por los altavoces exteriores del patio, y Thom hablaba de cuando se marchase de Los Ángeles para visitar algunas universidades con su padre durante las dos semanas de descanso de la temporada de fútbol. El timbre sonó hacia las siete y media y Thom pagó al repartidor y llevó la pizza a la cocina, donde lo preparamos todo: apilé unos platos y eché las dos ensaladas en un cuenco de madera mientras Thom abría la caja y la colocaba en una bandeja que íbamos a sacar fuera. Me bebí rápido una copa de champán, me puse otra y se terminó la botella, así que abrí la segunda. Miré a las chicas, ahora solo una silueta recortada contra la luz azul de la piscina, unos zarcillos neblinosos de vapor elevándose del jacuzzi, y le pregunté a Thom:

—¿De qué crees que hablan?

Thom echó una ojeada al exterior.

—Probablemente de nosotros —respondió con su característica y discreta franqueza.

Las chicas no querían comer junto a la piscina —hacía demasiado calor, se quejaron, y había mosquitos—, así que decidimos cenar en la

comodidad del aire acondicionado de la cocina, donde nos sentamos alrededor de la mesa redonda en el centro de la diáfana sala. Antes de sentarnos, Susan me pidió que trajese velas y que bajara la luz, supongo que para crear cierto ambiente, y esa petición me generó una sensación de inseguridad. Estaba un poco achispado por las dos copas de champán que me había bebido de golpe y me sentía mareado y nervioso, así que le dije a Susan que prefería dejar todas las luces de la casa encendidas. Alguien me preguntó por qué.

—Por los allanamientos —dije—. Siguen entrando en las casas. El domingo por la noche hubo otro. En Century City. —Me callé un momento—. Y dos más esta semana. —Volví a hacer una pausa—. Uno en Rancho Park. —Inspiré y tragué saliva—. Y otro en Culver City.

Todo el mundo se quedó en silencio. Nadie había cogido pizza aún. Percibí su desconcierto.

—Cuando entran en las casas… ¿están a oscuras? —quiso saber Thom—. Quiero decir, ¿es por eso?

Caí en la cuenta de algo.

—No lo sé. Supongo que no. No lo sé.

—Entonces… ¿qué más da si las luces están encendidas o no? —preguntó en tono vacilante.

Susan y Debbie me miraban fijamente.

—Bueno, doy por hecho que las luces encendidas son disuasorias —dije, sintiéndome un tanto estúpido.

—No he oído nada de eso —dijo Thom—. A quienquiera que haga eso no creo que le importe. Si las luces están encendidas o no, me refiero.

—Dicen que antes elige sus objetivos —comentó Debbie impávida, echando mano al cuenco para servirse ensalada—. ¿Tú te sientes un objetivo, Bret? ¿Crees que alguien va a venir a por ti, cariño?

Lo dijo en tono de broma, pero yo seguía un poco asustado por lo que sugerían sus palabras. Susan se dio cuenta de que daba un ligero respingo mientras mi mirada se paseaba nerviosamente de Debbie a ella y de nuevo a Debbie.

—Sé que es un poco espeluznante —dijo Susan, aunque se estaba

llevando una porción de pizza a la boca y no parecía en absoluto asustada.

—El último ataque fue en junio —dije, tratando de explicar algo—. Y el anterior en enero. No sé por qué pararon durante casi seis meses. Pero ahora están volviendo a producirse. Y también están desapareciendo animales. —Hice una pausa—. Quienquiera que esté haciendo esto le roba a la gente sus mascotas, sus gatos, sus perros. Es algo muy jodido.

—También ha desaparecido esa chica —dijo Deborah pinchando un trocito de tomate. Nos miró a la cara, inexpresiva—. Me refiero a que eso es un poco más preocupante que un gato perdido.

—Julie Selwyn —dije—. Lleva desaparecida casi ocho semanas —murmuré, asintiendo para mí mismo—. No han encontrado nada. ¿Creéis que están relacionados? ¿Los allanamientos y Julie Selwyn? —pregunté, y tragué saliva.

—¿Qué crees que le ha pasado? —preguntó Thom.

—Bueno —empecé—, esperaba que se hubiese escapado de casa, pero cuanto más tiempo lleva desaparecida…

—Tíos, vamos a dejar de asustarnos entre nosotros —me interrumpió Susan—. Quiero hablar de mi fiesta.

Dejaba su porción de pizza en el plato tras cada pequeño bocado, se limpiaba la boca y volvía a cogerla.

—¿Tu fiesta? —dije, intentando aparentar que me divertía que aquella frivolidad pudiera sustituir la sombría gravedad de los allanamientos, y me obligué a cambiar de ánimo.

Había devorado un trozo de pizza antes de que entrasen las chicas y me estaba sirviendo otra copa de champán, así que debería haber estado legítimamente relajado: la mamada, el orgasmo, el jacuzzi, montármelo con Debbie, las Coronas que me dieron el puntillo al principio, además de estar con mis tres mejores amigos bebiéndome el champán caro de mis padres; pero estaba nervioso, expectante, sentía que algo estaba mal dentro de la tónica general de la noche y en la vibración que Susan y Thom habían traído consigo a la casa de Mulholland. Y entonces se confirmó.

—Sí —dijo Susan con recato—. Voy a celebrar una fiesta para dar la bienvenida a Robert Mallory. —Me sonrió y añadió—: Será en mi casa y creo que la tenemos que organizar juntos. Los cuatro. Para darle la bienvenida. Invitaremos a todos los del último curso.

Me quedé mirando a Susan y me sentí extrañamente distanciado, como si estuviese flotando por encima de la cocina, viéndome en una película de la que no conocía la historia ni quién era mi personaje, cuáles eran mis frases ni cómo se suponía que debía reaccionar a las líneas de diálogo que otros estaban recitando; estaba ahí perdido, sin ningún sitio adonde ir. Miré a Debbie, que observaba fijamente a Susan esperando a que continuase, un tanto aburrida.

Thom masticaba un trozo de pizza y dio un trago a su Corona.

—Eso —dijo para confirmar que estaba plenamente de acuerdo con la fiesta mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

Yo quería aparentar total neutralidad y al mismo tiempo alinearme con el grupo. Y como estaba algo entonado, se dio la posibilidad de transmitir mi adhesión.

—Supergenial —dije, pero no pude evitar preguntar—: ¿Por qué? —Y luego añadí—: ¿Por qué no das simplemente una fiesta y lo invitas? ¿Qué? ¿Es que será una fiesta temática o algo así? ¿Una fiesta en plan «Bienvenido a Buckley, Robert Mallory»?

Confié en que mi expresión de desconcierto, bordeando la mueca, no les pareciese demasiado insistente ni exagerada.

—No va a ser exactamente una fiesta temática, Bret —dijo Susan—. No es que vaya a saber que la damos por él.

—No lo pillo —dije.

—Creo que debemos hacer que se sienta acogido —dijo Susan—. Creo que ha pasado por una mala época y que necesita sentirse acogido aquí.

—¿A qué te refieres con… una mala época? —pregunté con una voz inquisitiva y preocupada que esperaba que disimulase el intenso desagrado que me producía la idea de que Susan diera una fiesta para Robert Mallory.

Susan guardó silencio. Miró a Thom, que asintió, y luego a Debbie,

que se encogió de hombros. Comprendí con inquietud que los tres sabían de qué iba aquello de la mala época, y que ahora iban a compartir esa información conmigo que de algún modo me había perdido por pasarme toda la semana como un zombi.

—Esto tiene que quedar entre nosotros cuatro, ¿vale, Bret? —dijo Susan.

Se había comido su porción hasta el borde, que dejó en una servilleta junto al plato. Debbie se estaba sirviendo más ensalada. Thom le dio otro trago a su Corona y cogió otro trozo de pizza, que ahora era un semicírculo.

—¿Por qué? —pregunté de repente—. ¿Qué pasa?

Susan se dirigió a mí, ni a Thom ni a Debbie, porque evidentemente ellos ya lo sabían.

—El doctor Croft, eh… me pidió que transmitiese la necesidad de que todos seamos amistosos con Robert, que nos esforzáramos por incluirlo en nuestros asuntos y lo hagamos sentirse como en casa. En Buckley. Con nosotros.

—¿Por qué te pidió eso el doctor Croft? —Clavé la mirada en Susan mientras me bebía de un trago media copa del champán que acababa de servirme, controlando el temblor de la mano con que sostenía la botella.

—Bueno, por lo visto Robert no fue precisamente sincero cuando lo conocimos… —empezó Susan—. La pasada primavera no estaba en Roycemore.

Continué mirándola fijamente mientras Thom y Debbie seguían comiendo como si nada.

—¿Dónde estaba? —le pregunté.

—Estaba en Illinois. Pero no en el colegio. En realidad estaba en Jacksonville.

El silencio de Thom y Debbie en la cocina resultaba casi exasperante, y de pronto los miré a ambos con expresión alarmada.

—¿Haciendo qué? —pregunté.

—Se pasó la primavera en tratamiento en un… centro terapéutico —dijo Susan vagamente.

—¿Un centro terapéutico? —pregunté con expresión desconcertada —. ¿Eso qué es?

—Pues eso, un centro terapéutico, así lo llamó el doctor Croft —contestó Susan—. Tratándose una… depresión y… otros problemas que estaba teniendo.

Entonces comprendí.

—Te refieres a que estaba internado —dije—. Te refieres a que estaba en un hospital psiquiátrico. —Miré a Thom y a Debbie, y luego de nuevo a Susan—. Eso es lo que quieres decir.

Conservé la calma aunque me sentía mareado, pesado. Estaba prácticamente borracho pero en ese momento me contuve, porque necesitaba estabilizarme y mantener el control.

—El doctor Croft lo llamó centro terapéutico —me corrigió Susan, como quien reprende sutilmente a un niño y lo riñe para que no repita un error. Y añadió—: Le dieron el alta en mayo.

—¿Por qué no hablamos claro? —dije en tono condescendiente—. Un manicomio. —Miré a mi alrededor en la mesa—. ¿No? A ver, «centro terapéutico» es una manera elegante de decir «hospital psiquiátrico», y «hospital psiquiátrico» no es más que una manera elegante de decir «manicomio». Así que el año pasado Robert Mallory estuvo en un loquero. Eso es lo que me estás diciendo, Susan. ¿Y tú quieres dar una fiesta en su honor?

—«Manicomio» suena un poco dramático, Bret —dijo Susan, y luego suspiró—. Pero ya estamos acostumbrados a que adornes y exageres las cosas, así que…

—Puedes llamarlo como quieras —dije alzando las manos—. Centro terapéutico está bien. Solo quiero que todos seamos conscientes de a qué nos enfrentamos.

—¿A qué nos enfrentamos? Tuvo algunos problemas psicológicos —dijo Susan—. Y los solucionó. No entiendo qué le ves de malo. ¿Qué problema tienes?

—Creo que has bebido demasiado, cariño —me dijo Debbie—. A lo mejor deberías calmarte un poco.

—¿Qué problemas psicológicos tuvo? —pregunté, ignorándola.

—Bueno, en realidad no lo sé. Supongo que el divorcio de sus padres, la muerte de su madre, el doctor Croft mencionó algo de drogas. Nada del otro mundo. —Susan se apresuró a aclarar—: Marihuana, y Croft también habló de alucinógenos. —Me miraba buscando una reacción—. Pero ya está limpio.

—O eso dice él —repuse.

—¿A qué viene esto? —intervino Thom en un intento de defender a Susan.

—Es un mentiroso —dije—. Está claro que nos mintió. A mí me mintió.

—¿Sobre qué? —me preguntó Debbie, prestando de pronto más atención a la conversación ahora que yo había entrado en el relato.

—Lo vi por aquí, en Los Ángeles, el año pasado, en un cine —dije—. Era él, sin la menor duda. Y me lo negó. Es un mentiroso. Y mintió sobre Roycemore. Y si nos mintió sobre Roycemore, entonces nos mintió también sobre la novia…

—Ni siquiera sé si estuvo internado… —dijo Susan.

—¿Tenía novia en el hospital psiquiátrico? —pregunté—. Si le dieron el alta en mayo, Susan, eso significa que estuvo internado.

—Acababa de conocernos —respondió Susan—. Seguramente estaba nervioso. Avergonzado. ¿Qué? ¿Va a ir pregonándolo por ahí? Creo que no siempre contamos toda la verdad. —Se calló y luego dijo con retintín—: Como si tú no te hubieses inventado cosas.

—Ah, venga ya, Susan —dije levantando la voz, frustrado—. No es lo mismo. Puede que yo adorne y exagere algunas cosas, pero no miento, joder. Igual les doy una vuelta a las cosas, pero no me invento una novia que no tengo ni oculto que estuve en un puto manicomio…

—Oh, para ya —dijo Susan—. Si lo estás haciendo ahora mismo. ¿Manicomio? Venga ya.

—¿Tú has hablado acerca de esto con él? ¿Para aclarar… ya sabes, por qué estaba allí exactamente?

—No, no se lo voy a preguntar —dijo Susan—. Croft me pidió que no le sacase el tema. Y no lo pienso hacer. No tiene sentido. Si Robert quiere hablarnos de ello, perfecto, pero él no sabe que nosotros lo

sabemos. —Me miró con severidad—. Y quiero que así siga siendo.

—De modo que no sabes hasta qué punto fue grave su problema…

—Bret, solo es una fiesta —dijo Susan en tono de súplica.

—No, es una validación —dije—. De hecho, Susan, es una validación.

—Yo creo que será lo mejor que podemos hacer —dijo Thom, terciando de nuevo.

—Pero si no lo conocemos de nada —dije enfatizando las dos últimas palabras.

Susan y Debbie empezaron a defender a Robert al unísono, solapándose la una a la otra: «Pero ¿qué dices? ¿A ti qué te pasa, Bret? ¿Cómo se te ocurre?».

—¿Cómo pasó a último año si estaba en ese centro terapéutico y no le dieron el alta hasta mayo? —las interrumpí—. ¿Cómo consiguió entrar en Buckley?

—Croft me contó que allí tenía un tutor —dijo Susan—. Y después de que le dieran el alta fue a clases de verano y sí, en Roycemore. Y trabajó duro. Se puso al día. Es listo. No sé. —Calló un momento—. Tampoco es tan difícil entrar en Buckley, Bret. Y es listo. ¿Qué?

—Yo creo que seguramente se realizó una donación bastante generosa, Susan —dije—. No pequemos de ingenuos. —Solté un suspiro exagerado—. Ya, claro, puedes entrar en Buckley sin problemas después de estar internado seis meses en un manicomio. Perfecto.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —me preguntó Susan mirándome fijamente —. No te entiendo.

Y entonces la mesa volvió a quedar en silencio. Había desviado la noche de a donde se suponía que debía dirigirse (los amigos pidiendo pizza de Santo Pietro's y divirtiéndonos planeando una fiesta, la música, la comida, a quién invitar de fuera del círculo de Buckley) hacia lo que ahora todos daban por sentado que era mi caverna paranoica, y había creado un panorama que no guardaba relación con los hechos que ellos creían conocer. Me di cuenta de que tenía que defenderme, así que conté lo que había sucedido el martes por la tarde en Ventura Boulevard.

—Primero el tío me miente sobre algo que yo sé que es cierto, luego

me sigue como un maníaco, jodiéndome por todo Ventura Boulevard, y después se pone a acosar a chicas en el centro comercial…

—Él dijo que fuiste tú quien lo siguió —me interrumpió Susan en voz baja.

—¿Qué? —pregunté.

—Dijo que fuiste *tú* quien lo siguió a *él* —repitió Susan, enfatizando esas dos palabras.

Desvié la mirada de la cara de Susan y empecé a pasearla por la sala donde estábamos: la casa de mis padres era una vivienda diáfana, y la entrada llevaba a través del vestíbulo a un espacio ininterrumpido, sin paredes, y a la izquierda había un enorme salón, con una decoración minimalista y ventanales del techo al suelo en todo el lado que daba al Valle de San Fernando, y este espacio fluía hasta la cocina, donde estábamos nosotros, y podía oír la música que llegaba del equipo del salón (el segundo álbum de los Motels), y al mirar el semicírculo de pizza caí en la cuenta de que Robert Mallory había hablado con Susan y obviamente también con Thom, lo que significaba que Debbie también lo sabía, sabía algo que supuestamente había hecho yo. Robert ya les había contado algo que yo no pensaba contar a nadie. Me miraron con semblante inexpresivo, esperando a que se lo confirmase o explicase lo que había sucedido realmente, cuál era mi versión de los hechos comparada con la de Robert. La información que tenían refutaba mi recuerdo de aquella tarde. Pero aun así, lo peor de todo era que Susan Reynolds y Robert Mallory habían hablado de mí.

—¿Qué? —volví a preguntar—. Eso no es… verdad.

—Dijo que fuiste tú quien lo siguió primero. —Ahora era Thom.

—Sí —dijo Susan—. Que lo seguiste desde Buckley.

—Yo iba a Sherman Oaks Galleria. Ni siquiera sabía que él iba en aquel Porsche —alegué—. Se mostró superagresivo. Algo rarísimo. —Y entonces pregunté—: ¿Os contó que fue a por mí en el centro comercial? ¿Que me siguió hasta allí? ¿Y que luego estuvo persiguiendo a las chicas?

—Dijo que fue a Robinson's a comprarse ropa —respondió Susan.

—Ya, lo-lo-lo sé, m-me lo dijo también —tartamudeé—. Pero lo vi…

—Oye, ¿estás con nosotros? —dijo Susan alargando una mano por encima de la mesa—. Solo es una fiesta. No es una validación de nada. Solo una fiesta, Bret.

—Está borracho —dijo Debbie.

—No estoy borracho. De hecho, estoy extremadamente sobrio.

—Claro —se burló Debbie, inclinándose para besarme en la mejilla.

Aunque estaba aturdido fingí no estarlo, y me relajé visiblemente mientras le tomaba la mano a Susan y se la apretaba.

—Sí, claro, estoy con vosotros.

Thom me agarró de un hombro.

—Eso es —exclamó—. ¡Ha vuelto! ¡Bret ha vuelto!

Me giré y sonreí a aquel hermoso rostro, que estaba radiante y que me hizo sentir, estúpidamente, como si hubiese logrado una gran proeza al hacer feliz a Thom Wright. Todo el mundo experimentó un repentino alivio. Podías percibir cómo la tensión abandonaba el espacio que ocupábamos tras haber entrado yo en razón o simularlo. Comprendí que mi única opción era anularme.

—¿Alguien quiere chupitos? —pregunté rápidamente, poniéndome en pie y dando una palmada. Tuve que ahuyentar de mi mente el ligero pánico que experimentaba ante la fiesta de Susan y Robert Mallory y la conversación que habían mantenido ambos sobre mí, y expulsarlo lo más lejos que pude porque de lo contrario iba a acabar pagándolo con alguien.

Como mis padres solo bebían tequila en los margaritas no teníamos buenas marcas en casa (en 1981 nadie las tenía), pero había una botella de José Cuervo en la estantería de la pequeña barra situada en un lateral del salón. Las chicas querían ron con Coca-Cola —al final Debbie se hizo un ron con Tab—, así que saqué una botella de Bacardi escondida tras dos de Smirnoff y llené una cubitera. Thom y yo tomamos chupitos, corté unas rodajas de lima, me eché sal en un lado de la muñeca y la lamí. Thom no acostumbraba a beber alcohol, pero era sábado y no tenía que levantarse pronto al día siguiente, y Susan solo tomaría una copa y era la conductora designada, aunque Thom aseguraba que si se tomaba solo uno o dos chupitos podría conducir,

pero luego se emborrachó al momento y yo empecé a sacar discos y pronto estábamos los dos poniendo a todo volumen a los Dickies (Chuck Wagon, el teclista y saxofonista, se había pegado un tiro en junio; yo estaba enamorado del bajista, Billy Club) en el salón mientras las chicas nos miraban tocar una guitarra imaginaria y bailar pogo con «Stuck in a Pagoda with Tricia Toyota», y recuerdo que en un momento dado Debbie me preparó unos tiritos de coca para despejarme un poco y luego Susan se metió una rayita y Thom también, y las chicas salían de vez en cuando a fumar mientras Thom y yo poníamos canciones que nos apetecía escuchar, un poco acelerados por la pequeña cantidad de cocaína que nos habíamos metido, pasando de un tema a otro y haciendo playback mientras yo iba y venía de la barra para tomar chupitos hasta que la botella de Cuervo estuvo casi vacía.

Empezamos a pegar brincos con la batería de la versión de «Mercury Blues» de David Lindley y luego con «Somebody Got Murdered» de los Clash, donde cantamos los versos turnándonos (yo era Mick Jones y Thom era Joe Strummer) y cuando terminaba el tema berreé con ojos desorbitados «Sounds like murder!», y Thom gritó inclinándose hacia mí «Those screams!», y los dos al unísono: «Are they drunk?». Batería. «Down below?», lo cual nos llevó luego a un dueto de verdad: «From a Whisper to a Scream», donde yo canté la parte de Glenn Tilbroook y Thom la de Elvis Costello, y los dos juntos en el estribillo, y después «Turning Japanese» de los Vapors, «What I Like About You» de los Romantics, «Pretty in Pink» de los Furs, y luego «Skateaway» de Dire Straits y después de unas veinte canciones me tambaleé por el pasillo hasta mi dormitorio para desplomarme exhausto en la cama. Estaba demasiado hecho polvo para tener sexo con Debbie, que se tendió sobre mí besándome la cara y ronroneando mientras la habitación daba vueltas y yo gruñía y ella pensó que era por la borrachera pero no, era porque por muy borracho que estuviese no era capaz de borrarme de la cabeza que alguien estaba vigilando la casa de Mulholland —que llevaba vigilándome, de hecho, todo el verano—, que yo había sido marcado como objetivo y que quien me había escogido como tal era aquel chico nuevo de Chicago que me persiguió a toda velocidad por

Ventura Boulevard, que había hablado en privado con Matt Kellner y con Susan Reynolds y que seguramente era (no tenía dudas sobre ello, aunque tampoco pruebas) la misma persona que sostenía la linterna en el patio de la biblioteca y que profanó la estatua del grifo de Buckley la noche antes del inicio de curso.

Estaba desnudo boca abajo y tapado con una sábana y alguien me acariciaba suavemente la espalda murmurándome al oído, los labios aterciopelados de Debbie rozándome el lóbulo, y el familiar olor a aceite de rosas funcionó como sal de amoníaco y me ayudó a recuperar la conciencia. No recordaba haberme quitado la ropa antes de caer rendido en la cama la noche anterior y tenía tal resaca que me costó un largo momento averiguar dónde estaba realmente. Forcé la vista para fijarme en una pared que no me sonaba de nada y entonces vi el póster de Elvis Costello y caí en la cuenta de que estaba en mi dormitorio. Giré la cabeza despacio y miré a Debbie, que, sentada a mi lado, soltó una risilla mientras sopesaba mi desastroso estado basándose en la hinchazón de mi cara, los ojos medio cerrados, la expresión dolorida por la jaqueca y la deshidratación.

—Pobrecito mío —dijo inclinándose y besándome suavemente en los labios, y cuando exhalé se echó hacia atrás manoteando—. Todavía hueles a tequila. ¿Estás bien?

No era capaz de hablar, estaba paralizado por la resaca. Nunca bebía de aquella manera y la culpa era solo mía: no de Robert Mallory ni de Susan, que iba a dar una fiesta en su honor, ni de Thom Wright, a quien tan desesperadamente había deseado esa noche mientras las chicas estaban fuera, ni tampoco era culpa de lo mucho que había querido estrangular al actor en el que me había convertido para salvar su relación con Debbie Schaffer con un polvo rápido la tarde anterior. El reloj de la mesilla marcaba, inexplicablemente, la una treinta. Volví a mirar con los ojos entrecerrados a Debbie, que tenía un aspecto absolutamente radiante: se había lavado y secado el pelo en mi cuarto de baño, se había maquillado un poco, estaba ya vestida y parecía mucho más relajada que cuando llegó la tarde anterior a la casa de Mulholland; había perdido aquella rígida inseguridad y aquella sombría

frustración. Estaba calmada porque yo había conseguido tranquilizarla sobre nosotros, y experimenté un alivio momentáneo.

Era incapaz de abrir del todo los ojos y tenía la boca y la garganta tan secas que solo acerté a graznar:

—¿Adónde vas?

Se iba a Malibú a montar a Spirit, y prefería hacerlo los domingos por la tarde ya que esa noche no iría a ningún concierto ni saldría a ningún club. No dejaba de ser incongruente: la misma Debbie que provocaba en biquini a John Taylor junto a la piscina del Hilton aquella vez que salimos con los de Duran Duran el verano pasado era también la misma Debbie que tenía un caballo llamado Spirit y había estado un montón de años participando en competiciones ecuestres… una desconexión que siempre me sugería una inocencia prolongada. Llevaba montando desde séptimo y a pesar de que había empezado a descubrir otros intereses —sobre todo la música, los conciertos, los grupos— y había dejado de competir, no se olvidaba jamás del placer que le proporcionaba montar a caballo; era reconfortante, me emocionaba.

Volví a apoyar la cabeza pesadamente contra la almohada cuando Debbie dijo:

—Ha llamado Matt Kellner.

Sabía que Debbie se equivocaba. Sabía que era imposible. Las posibilidades de que eso ocurriese eran inexistentes. En los catorce meses transcurridos desde que empezamos a tener sexo Matt Kellner no me había llamado a la casa de Mulholland ni una sola vez. Sencillamente no había sucedido, y resultaba inconcebible que esa mañana se supiese mi número de teléfono, descolgase el aparato y lo marcase. Pero me preocupé casi al instante en cuanto Debbie lo repitió y comprendí que no se lo estaba inventando.

—¿Matt Kellner y tú sois amigos? —me preguntó—. No lo sabía.

—Más o menos. En realidad no. —Hice una pausa—. ¿Has hablado con él?

—Lo he notado un poco raro. Sí, he contestado.

—¿Ah, sí? —dije tratando de actuar con naturalidad. Me incorporé y

puse una mueca de dolor—. ¿Te ha dicho qué quería? —Se me antojaba irreal estar siquiera preguntando aquello—. ¿Seguro que era Matt Kellner? ¿No lo estarás confundiendo con otro?

—Sí, era Matt —respondió Debbie—. Es solo que me ha extrañado que fueseis amigos y que yo no lo supiera.

—Yo no diría amigos exactamente… —empecé, y entonces me di cuenta de que aquella frase podía abrir dos o tres puertas a la imaginación de Debbie y yo quería que todas permaneciesen cerradas —. Lo conozco —dije vagamente. Y luego me decidí por—: A veces le compro hierba.

—Eso he pensado. En cualquier caso solo quería saber si estabas aquí, pero le he dicho que estabas durmiendo.

—¿Te ha dicho que lo llame? —pregunté vacilante.

—No. Nada. No ha dejado ningún mensaje. —Debbie se miró el reloj y luego a mí; estaba relajada y sonriente—. Hablamos a la noche, guapo.

Y se marchó.

En cuanto oí abrirse y cerrarse la puerta caminé tambaleante hasta el baño y meé en plena erección, salpicando orina por todo el borde del váter. Con expresión dolorida, me dirigí rápida pero cautelosamente hasta la piscina, donde me dejé caer en la parte honda y me quedé en el fondo hasta que me faltó el aire, me impulsé hacia la superficie y sentí aliviarse el dolor y mitigarse levemente la excitación sexual. En cuanto me sentí algo más despejado salí del agua fría, pero me tropecé en el punto en que terminaba el hormigón que rodeaba la piscina y empezaba el césped, y me hice daño en un dedo del pie, que me pareció más doloroso de lo que era en realidad debido a lo sensible que me sentía por culpa de la resaca; de hecho, todo parecía aumentado, dramático, amplificado. En mi dormitorio me sequé rápidamente y acto seguido me puse unos pantalones cortos, un polo y los náuticos y me dirigí a toda prisa al garaje, saqué el 450SL por el camino de entrada y giré a la izquierda en Mulholland y otra vez en Woodcliff, y aceleré por el cañón rumbo a Valley Vista y después a Haskell Avenue; tardaría quizá unos diez minutos.

Aparqué en la calle, bajé del coche de un salto, abrí la cancela lateral y recorrí el sendero del patio que llevaba directamente hasta la piscina y la casa de invitados. La puerta estaba abierta y cuando entré no vi a Matt. Miré alrededor de la habitación vacía: se veía como desnuda, pero tal vez podría ser porque por fin la habían limpiado. Lo primero que pensé: faltan muebles, aunque también podía ser que Matt hubiese reorganizado la habitación. Ahora el acuario estaba completamente vaciado, en el televisor encendido pero sin volumen seguían ardiendo silenciosamente incendios en laderas lejanas, la habitación aún olía a hierba pero no tan fuerte como de costumbre, y no había ni rastro del gato Alex. Y entonces miré el póster del *4* de Foreigner colgado sobre el cesto, que estaba hasta arriba de ropa embutida a presión, y me acerqué: el disco había salido en julio y el cartel consistía en una simple imagen en blanco y negro del número 4, congelado en la cuenta atrás al inicio de una anticuada cinta de celuloide. El póster era totalmente minimalista, con el logo del grupo en la parte superior en letras color rojo sangre. Era una imagen grande y básicamente en tonos blanco roto y gris, salvo por el número 4 destacado en negro y ocupando el centro. Al acercarme me fijé en que alguien había dibujado lo que parecía una estrella en el margen izquierdo del póster, y que era lo suficientemente grande como para que yo me diera cuenta de que no había estado ahí el lunes: era un adorno nuevo. Pero cuando lo examiné bien me di cuenta de que no era una estrella: alguien había dibujado un pentagrama. Recuerdo que Matt me había dicho que se encontró el póster enrollado y sobresaliendo del buzón, un artículo promocional, no sabía quién lo había dejado. Luego miré el delfín colgado en la pared, lacado y con la mirada muerta: en el aturdimiento de la resaca me imaginé que el animal miraba al chico plantado en medio de la casa de invitados.

—Estoy aquí —dijo alguien detrás de mí.

Me di la vuelta. Matt estaba reclinado en la cama, apoyado contra la pared, con el ceñido bañador color lima que tanto le gustaba, una camiseta de los Dodgers descolorida y unas gafas de sol. No lo había visto al entrar porque había movido la cama a un lado de la habitación

junto a la puerta y pasé de largo sin darme cuenta de que allí hubiese alguien. Me lo quedé mirando sin saber qué decir. Parecía pálido allí sentado inmóvil, en cierto modo disminuido, menos sexy de lo que era solo una semana antes, pero de pronto lo deseé con una ferocidad imposible de dominar: la resaca me puso desesperadamente cachondo. No podía evitarlo: me excité y empecé a empalmarme, ya que solamente asociaba aquella habitación con Matt y el sexo. La resaca contribuía a mi excitación, pero también los muslos desnudos de Matt, sus bíceps, aquellos labios carnosos. Por un momento dejé a un lado mi deseo y me concentré en la pipa y la bolsa de hierba que tenía junto a la cama. ¿Qué quería cuando me había llamado esa mañana?, seguía preguntándome al borde del pánico. Pero hablo él primero.

—¿Por qué sigues llamándome? —me preguntó con voz monocorde.

Una mezcla de confusión y sorpresa me desconcentró.

—¿A qué te refieres?

Cuando repitió lentamente la pregunta, espaciando las palabras para dar mayor énfasis —«Por. Qué. Sigues. Llamándome»—, me di cuenta de que estaba muy cabreado. Nunca le había oído ese tono a Matt.

—Yo no te he… llamado —dije.

Matt se quitó las gafas de sol y sus ojos verdes me escrutaron, severos y neutros.

—¿No has estado llamando y cuando descuelgo te quedas respirando por el teléfono? —me preguntó.

—No, para nada —respondí desconcertado—. ¿Por… por qué te iba a llamar? Si nunca lo coges. ¿Cómo es que ahora contestas al teléfono? ¿Quién… te llama?

—Has sido cuando menos insistente, Bret.

Matt parecía un mal actor en una película de misterio que piensa que ha descubierto quién es el asesino; ese «cuando menos» no sonaba a él, como si creyese que era una expresión que le haría parecer más inteligente. Caí en la cuenta de que tal vez llevaba toda la mañana practicando lo que iba a decir exactamente y había ensayado sus frases con tal precisión que yo me vería obligado a admitir aquello de lo que me acusaba aunque no tuviese pruebas y se estuviera equivocando.

—No soy yo —dije—. Lo que sea que te están haciendo, no he sido yo.

—Bueno, ahora estás aquí. —Señaló hacia el teléfono verde de disco que estaba sobre el escritorio—. Y no suena.

—Anoche me emborraché y he estado durmiendo hasta hace una hora.

Matt se me quedó mirando de una forma que confirmaba que no le había convencido.

—Estaba con Debbie. Pasó la noche conmigo. Puede responder por mí. No llamé a nadie.

Al principio me gustó poder brindarle esa información a Matt, y él sabía que era verdad porque había hablado un momento con Debbie esa mañana. También comprendí que hablar de Debbie no haría que Matt Kellner se pusiera celoso ni serviría para atraerle, y después me pregunté qué pensaría sobre que ella y yo fuésemos pareja. Yo era alguien que le había chupado ávidamente la polla un centenar de veces y había jugado de manera incesante con el agujero de su culo, metiéndole los dedos y follándoselo y lamiéndoselo, y besándole en la boca mientras le decía guarradas, y sin embargo ahora estaba con Deborah Schaffer. En ese momento me di cuenta de que debía de considerarme un fraude, un impostor: que mi manera de reaccionar a él era apasionadamente real y que lo que quiera que estuviese haciendo con Debbie era fingido, porque no me sentía atraído sexualmente por ella como me sentía por él. Eso estaba conectado con lo que Matt consideraba el falso mundo social de Buckley en cuyo centro yo creía que quería estar aquel último año de instituto, y que era la razón por la cual había acabado juntándome con Debbie Schaffer. Estoy convencido de que no sentía más que desdén por la persona que había resultado ser yo en lugar del tipo solitario y perdido de la escuela de verano que pensó que era cuando me invitó a Haskell Avenue en julio de 1980.

—Quienquiera que te esté llamando, no soy yo —fue lo único que dije. Y no podía creer que el afable fumeta de Matt tuviera tan claro que era yo.

—Lleva así toda la semana, Bret —respondió Matt, sin poder apenas

mantener la calma—. Las llamadas. ¿No has llamado tú seis veces esta mañana y has dejado que sonara y sonara hasta que he tenido que descolgar y entonces no has dicho nada?

No pudo evitarlo: había vuelto a ser el chico que realmente era, confuso, asustado y completamente desligado de la realidad del mundo. Y entonces, con más tristeza si cabe, comprendí que por supuesto creía que había sido yo: ¿acaso no era su único amigo, si es que era eso siquiera? La confusión que sentía, mezclada con la tensión por el enfado de Matt además de mi excitación y de la resaca, todo ello me superó y recuerdo que necesitaba apoyarme en algo o sentarme, pero no lo hice porque estaba seguro de que Matt no querría que lo hiciera.

—¿Y tampoco has estado viniendo por aquí? ¿Trasteando entre mis cosas? —me preguntó.

—Matt —dije con los ojos cerrados—. Para, por favor. ¿De qué me estás hablando?

—Bueno, esto no lo he hecho yo —dijo, alzando una mano en un gesto que abarcó la habitación.

—¿El qué?

—Colocar los muebles así.

Me quedé callado, reflexionando sobre sus palabras, al principio no acabé de creerle.

—¿No habrá sido la criada, o tal vez tu madre…? —empecé.

—¿Mi madre? —me cortó con una incredulidad que daba a entender que yo vivía en otro planeta—. ¿No has venido tú una tarde de esta semana y has movido mi cama…

—Matt…

—… y has puesto todos esos trastos en el otro lado de la habitación?

—Matt, lo siento —dije, y entonces no pude más. De pronto le espeté —: ¿De qué estuvisteis hablando Robert Mallory y tú el otro día?

En aquel momento necesitaba saberlo. Era más importante que cualquier cosa que hubiese sucedido en la casita de la piscina: los muebles cambiados de sitio, el acuario vacío, el pentagrama en el póster de Foreigner, las insistentes llamadas de teléfono.

—Ya, esa es otra —contestó Matt, clavándome la mirada—. ¿Qué le

contaste?

Se me estaba acabando la paciencia, y le grité:

—¿Qué quería? ¿Qué te dijo?

—Se acercó a mí para presentarse —me dijo Matt, mirándome con ira—. Se había enterado de que mi padre conocía a su tía.

—¿Y ya está?

La desconfianza le nubló el semblante.

—¿Qué le contaste de nosotros?

—No le conté nada —dije con una vehemencia que me sorprendió—. Estás fumado y drogado, fumas demasiada hierba, estás desorientado. No tienes ni puta idea. Esto es de locos.

—¿Robert Mallory sabe algo de lo que ha pasado entre nosotros? —me preguntó Matt con una calma controlada que delataba su nerviosismo.

De nuevo me invadió una especie de mareo. Necesitaba sentarme.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te dijo? Yo no he hablado de nosotros con él.

—No dijo nada exactamente —respondió Matt con voz acerada—. Pero sí que insinuó algo.

—¿De eso hablabais en el aparcamiento? ¿Qué te contó ese día en el aparcamiento?

—Sí. Me hizo un par de preguntas sobre ti.

Me entró el pánico. Sentí miedo.

—¿Qué clase de preguntas?

Matt se calló un momento y luego dijo:

—No sabía las respuestas a sus preguntas.

—¿Seguro que no te lo estás inventando, Matt? —le pregunté, y entonces empecé a desvariar por completo—. Porque creo que te lo estás inventando todo. Creo que te pusiste hasta el culo de porros y le hiciste algo al acuario, y que luego reordenaste la habitación y dibujaste el puto pentagrama en el póster porque estabas colocado hasta las cejas, eso es lo que pienso. —Matt se limitó a lanzarme una mirada incrédula, impertérrito—. Mira, yo que tú me alejaría de Robert —continué, y me daba igual si se lo contaba a él. De hecho quería que

lo hiciese—. Creo que hay algo muy turbio en ese tío, no creo que esté del todo… bien. Creo que hay algo en él muy, muy turbio. —Me callé, aunque estuve tentado de soltarle a Matt lo del hospital psiquiátrico de Jacksonville que le había prometido a Susan no contarle a nadie, y en aquel momento no me pareció pertinente—. ¿Qué te estaba contando el otro día en el aparcamiento? ¿Qué te preguntó sobre mí?

Ahora Matt se limitaba a mirarme con hastío.

—Deja de llamarme. —Y luego—: No vuelvas más por aquí.

No me di cuenta de que me había acercado a la cama; tenía tal erección que hasta me dolía; la resaca me había electrizado de lujuria.

—Matt —dije tendiendo una mano hacia él.

La expresión de su cara al darse cuenta de que quería tener sexo con él fue el peor momento que jamás he compartido con Matt Kellner. Miró la erección que me tensaba los pantalones cortos y luego me miró a la cara, horrorizado. Jamás había visto esa expresión. Era casi una parodia de terror y asco exagerados.

—Lo nuestro nunca ha sido nada serio —dijo Matt, mirándome perplejo—. ¿Qué estás haciendo?

—Matt… —Estaba a punto de sentarme en la cama a su lado.

—¿Qué coño haces? —me preguntó Matt, retrocediendo—. ¿Qué quieres que seamos? ¿Novios? ¿Crees que vamos a ser novios? ¿Estás loco? Apártate de mí.

Estaba tan cerca ahora que Matt pudo empujarme físicamente. Me dirigió una mirada incrédula, furiosa. Aquel era el Matt que yo no sabía que existiera —real y emocional, contradictorio, airado y vivo—, al que había querido conocer desde el primer momento, y que por fin se me reveló aquella tarde de domingo en el instante en que todo acabó. Y me rompía el corazón no volver nunca más, y aquello me dolía hasta tal punto que cuando salí tambaleándome de la casita de la piscina apenas pude controlarme hasta llegar al coche en Haskell Avenue y en cuanto cerré la puerta me eché a llorar, apoyado sobre el volante, hiperventilando, una descarga tan intensa que fue casi orgásmica. Conduje hasta casa despacio porque no podía dejar de llorar: Matt no había sentido por mí lo mismo que yo por él, algo que se convertiría en

un tema recurrente el resto de mi vida, aunque, claro, aún no lo sabía aquella tarde de septiembre de 1981, cuando tenía diecisiete años y aún navegaba con esperanza por la vida.

7

Pero Steven Reinhardt llamó el lunes por la mañana mientras me preparaba para marcharme a Buckley, y gracias a eso todo lo de Matt Kellner y el dolor y el deseo subsiguientes empezaron a desvanecerse. Me había subido la cremallera de los pantalones grises y abotonado la camisa blanca de Armani, tenía planchada la americana azul y me acababa de hacer el nudo de la corbata a rayas rojas cuando sonó el teléfono de mi dormitorio. Rosa estaba en la cocina preparándome el almuerzo y yo había apilado junto a la Olivetti los libros que me llevaría a clase, reticente a descolgar porque no se me ocurría quién podía llamarme a las ocho y media un día de colegio. Steven Reinhardt empezó a dejar un mensaje, pero descolgué a tiempo el aparato y dije:

—Ey, Steve, soy Bret. Estoy aquí.

—Ah, hola —dijo Steven—. Te llamo porque Terry quería saber si puedes comer con él esta semana.

Me sorprendió, y luego me invadió la emoción: no había hablado con Terry desde el martes, cuando me dio las gracias por ocuparme de una Liz borracha la noche de la barbacoa de Debbie —había sido amable con ella, no había montado ninguna escena, no me había escandalizado—, cuando me imprecó con la bata abierta y desnuda e insinuó que me traía algo sexual entre manos con el «maricón» de su marido. Terry quería compensármelo, aunque ya me las había visto con Liz borracha unas cuantas veces y el estallido de aquella noche había sido suave en comparación. El único testigo, y quien me había relevado en mi amable trato con Liz, fue Steven, lo cual tal vez llevó a Terry —le dio un motivo— a ofrecerme la oportunidad de escribir un guion al tiempo que hacía especial hincapié en que no le mencionase nada de aquello a su hija, mi novia, por razones que no alcanzaba a comprender del todo, aunque probablemente en el fondo sabía exactamente el porqué. Steven me preguntó si estaba libre el miércoles o el jueves para comer. Pensé que Terry habría escogido un sábado, dado que yo tenía colegio, y

recuerdo que pregunté:

—Hummm… ¿no puede ser en fin de semana?

—No, lo siento, Bret. Tiene que ser entre semana. Terry tiene la agenda bastante llena.

—Ah, vale. Déjame ver. —Fingí que hojeaba mi propia y repletísima agenda pero evidentemente no tenía nada, así que me limité a decir, como si lo decidiese con rotundidad—: Vale, podría ser tanto el miércoles como el jueves.

—Pues pongamos el miércoles —dijo Steven—. ¿En Trumps a la una?

—A la una en punto. En Trumps.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, sé dónde está.

—Vale, la reserva estará a nombre de «Schaffer» a la una el miércoles en Trumps —confirmó Steven.

—Gracias, Steven. Allí estaré.

—Bien. Otra cosa —añadió Steven—. Irás directo desde el colegio, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—No hace falta que te cambies —dijo Steven en tono pragmático—. Puedes ir con el uniforme.

—Ah —dije, pensando de entrada que eso me facilitaría las cosas porque no perdería tiempo yendo a casa a cambiarme, pero luego caí en la cuenta de que había algo *sobreactuado* en aquella petición, cómo no, Terry quería que fuese con el uniforme de Buckley porque acentuaba algo para él (mi juventud, mi frescura postadolescente) y sugería un relato del que podría aprovecharse aun cuando yo no fuese a hacer nada con él. Era sencillamente un fetiche, pensé, algo que lo divertía y excitaba. Aquel uniforme era suficientemente elegante como para no tener problemas en llevarlo en público, y aun así, allí plantado en mi dormitorio, me ruboricé ante la desacomplejada rareza de la petición.

—Y, por supuesto —añadió Steven—, Terry me ha pedido que te recuerde que no le comentes nada de esto a Debbie.

—Sí, vale, claro —lo tranquilicé, deseando complacer tanto a Terry

como a Steven en aquel momento.

Era nuestro secreto, y había motivos para que Debbie no tuviese por qué saber que iba a comer con su padre. Ignoraba cuáles podían ser esos motivos, pero creía que Terry, y en menor medida Steven Reinhardt, sabía manejar aquellas situaciones porque Terry era un adulto, un hombre de éxito, y por tanto debía de saber lo que estaba haciendo. Yo solo tenía diecisiete años, no tenía una hija adolescente ni una mujer alcohólica; estaba descubriendo cómo funcionaba el mundo adulto, cuáles eran sus reglas, cómo comportarme en él; necesitaba orientación y estaba empezando a escoger a los adultos que tomaría como modelos, y Terry Schaffer era uno de ellos.

Y aquel miércoles de septiembre salí del campus de Buckley a las doce y media sin decírselo a nadie.

El grupo estaba sentado en la mesa central a la sombra del Pabellón: Susan, Thom, Debbie, Ryan, además de Jeff Taylor y Tracy Goldman, y Robert Mallory. Los observé de lejos, desde el patio, oculto tras una columna estucada, y divisé a Debbie buscándome con la mirada, distraída, mientras Ryan, Thom y Jeff se peleaban por hablar a la vez y ser el centro de atención, y Robert Mallory y Susan Reynolds escuchaban en silencio cada uno en un extremo de la mesa, con Tracy inclinándose de vez en cuando hacia Robert y riéndose de algo; él se limitaba a sonreír educadamente. No vi a Matt Kellner en la plaza, donde solía echar el rato del almuerzo, aunque lo había visto esa misma mañana yendo del aparcamiento hacia la torre del campanario, donde yo estaba sentado en un banco con Susan y Thom —estábamos esperando a Debbie antes de que empezase la primera clase—, y al pasar por delante se dignó hacerme un gesto con la cabeza, y a lo largo de toda esa semana nos saludamos así, en silencio. A pesar de lo sucedido no nos ignorábamos, éramos un poco más maduros que eso, y el colegio era demasiado pequeño como para alentar ese tipo de ninguneo. Y eso me ayudó a superarlo y a borrar la humillación del domingo por la tarde, aunque no dejaba de pensar: «¿Superar qué?». No me sentía tan avergonzado por el rechazo de Matt como podría haberlo estado, porque ya era miércoles y estaba a punto de verme con Terry

Schaffer, y también ayudaba que Matt Kellner no tuviese aquella pinta tan vibrante y sexy, de nerd surfero buenorro, que tenía durante el verano… era como si algo le estuviese absorbiendo la energía. Se le veía consumido.

Trumps estaba en la esquina de Robertson Boulevard con Melrose Avenue, frente a Morton's, que era el restaurante más frecuentado por la gente de la industria cinematográfica; Trumps era más informal, menos solemne, más relajado y decididamente más gay, y cuando paré ante la entrada donde estaba el aparcacoches me di cuenta de que llegaba pronto —solo había tardado quince minutos desde Sherman Oaks a West Hollywood—, y pensé en seguir dando vueltas a la manzana hasta que llegase la hora en la que había quedado con Terry. Pero al final decidí dejarle el 450SL al aparcacoches y tomarme una copa en el bar mientras esperaba, algo para relajarme, un cóctel para distenderme. La mayoría de los coches estaban aparcados en la parte de atrás del restaurante, pero por lo visto existía una especie de sección VIP cerca del puesto del aparcacoches donde ese día se alineaban Ferraris, Bentleys y Porsches. Tiré de una de las enormes puertas dobles junto a las cuales estaba escrito el nombre del restaurante en pequeñas letras de neón rosa, un toque juguetón para indicar que Trumps no se tomaba a sí mismo demasiado en serio: Trumps era la quintaesencia de L.A. y del artificio y de un nuevo estilo de cocina californiana menos sofisticada; se suponía que era un local divertido. Había estado dos veces allí pero de noche, una con mi madre para cenar y otra con Thom y Susan para tomar algo, cuando el espacio estaba iluminado tenuemente con velas. Durante el día era un shock: una sala enorme de techos altos inundada de luz donde se alineaban mesas de piedra color trigueño bajo una gran bóveda, un espacio blanco e inmenso que acogía aproximadamente a un centenar de personas, y que era dramático y moderno aunque también extravagante y carente de pretenciosidad.

Hacia la una ya estaba atestado, y cuando le dije a la recepcionista del restaurante con quién había quedado se deshizo en disculpas: Terry no había llegado, pero podía sentarme a la mesa o esperar en la barra.

Si me sentaba a la mesa de Terry —era la Mesa 1— me iba a sentir demasiado expuesto, así que le dije que esperaría al señor Schaffer en la barra. La recepcionista me acompañó, se inclinó hacia el rubio y guapo camarero y subrayó: «Este es el invitado de Terry», como para dar a entender que era importante, parte de la escena, un joven actor.

En la pared blanca de detrás de la barra se alineaban una serie de grabados de Ed Ruscha que continuaban por el salón y llegaban a la parte central del comedor, contiguo a donde estaba yo sentado, y desde donde pude observar el restaurante, asombrado al ver a Jerry Brown, el gobernador de California, sentado en una mesa en un rincón cerca del fondo con dos hombres y una mujer a quien le tapaba la cara otro comensal; deseé que fuese Linda Ronstadt, con quien había estado saliendo Brown y cuyo disco new wave *Mad Love* había estado poniendo sin parar el año anterior, aunque tampoco estaba seguro de que siguiesen juntos. Vi en una mesa a Erik Estrada, la estrella de *CHiPs* , y en otra a Elizabeth Montgomery —Samantha en *Embrujada* —, y a Allan Carr, el productor de *Grease* , en un banco con dos jóvenes guapísimos, y aunque solo tuviese diecisiete años sabía quién era David Hockney, el pintor, y lo reconocí de inmediato sentado a una mesa de cara a la barra, con sus gafas de búho y fumando un cigarrillo y mirándome fijamente, observando a aquel chico de uniforme colegial con mucha curiosidad y detenimiento, y yo me giré hacia el camarero, que esperaba con una sonrisa paciente. Pedí un Greyhound, vodka con zumo de uva, y el camarero me pidió mi carnet, se lo enseñé, y él lo examinó el tiempo suficiente como para incomodarme un poco. Apartó la mirada del carnet y se fijó en cómo iba vestido: me había dejado en el Mercedes la americana de Buckley con el escudo del grifo, así que podría haber sido un chico cualquiera que llevaba algo que recordaba a un uniforme de instituto: pantalones de vestir grises, camisa blanca y corbata a rayas. «Qué mono», comentó, y luego se puso a preparar la bebida; una cosa que me encantaba de Trumps era que hacían los Greyhounds con zumo de uva *rosa* recién exprimida: algo festivo, divertido y gay. Y por supuesto, me doy cuenta ahora, el camarero me habría dejado pedir lo que quisiera por ser el invitado de Terry

Schaffer, independientemente de mi edad.

Después de dos buenos tragos del cóctel me armé de valor para volver a echar un vistazo al comedor y vi que el compañero de David Hockney, a quien no reconocí, se daba la vuelta de vez en cuando hacia la barra para echarle una ojeada al colegial mientras el pintor sonreía con malicia. Ahora y solo ahora, convertido ya en un hombre mayor, entiendo que tener diecisiete años en Los Ángeles te confería un poder especial del que nunca fui del todo consciente; fue la edad en que empecé a darme cuenta de que cierto tipo de hombres, como Terry Schaffer y unos cuantos profesores con pluma de las áreas de artes y música de Buckley (los «mariposones», como los llamaba a veces Jeff Taylor), entablaban un flirteo que yo no creía poder motivar. Sin embargo, mirando fotos de mi último año, ahora veo que realmente era lo bastante mono como para justificar su atención, y fue aquel mediodía de miércoles de 1981, tomando un Greyhound en la barra de Trumps, cuando comencé a percibir plenamente su formación, y cuando aquella conciencia de mí mismo —que nunca acabó de florecer debido a mis inseguridades y sentido de la abnegación— empezó su lucha por aceptarse y crecer.

Ahora pasaba ya un poco de la una y Terry seguía sin aparecer, pero el cóctel me puso en una tesitura más serena, inspiré y espiré, flotando vagamente, hasta que de pronto me di cuenta de que Steven Reinhardt estaba plantado a mi lado en medio del resplandor de Trumps, y con un aspecto mucho más desagradable que el de una semana antes en casa de los Schaffer: en aquella atmósfera diáfana se lo veía demasiado flaco, el ralo bigote rubio y el pelo moldeado con permanente adornaban lo que se me antojó un rostro demacrado, una calavera con los ojos hundidos, y vestía un jersey de cuello alto marrón y raído, unos vaqueros que apenas se sostenían en su huesuda complexión y unas sandalias, pero se había quitado las caras gafas de sol y las hacía girar en la mano como si fuese el tipo más sofisticado de toda la sala. El hecho de que Steven pensase que pintaba algo por ser el asistente personal de Terry Schaffer era un recordatorio de la constante desesperación que anega Hollywood y de cómo la ciudad te sumía en

un completo delirio.

—¿Qué hay, Bret? —dijo Steven—. Terry está ahí enfrente, en Morton's, acabando una cosa. Llegará enseguida.

—Ah, vale. Gracias, Steven.

Steven me miró de arriba abajo, tomando nota de mi uniforme y del cóctel casi vacío sobre la servilleta en la barra, pero no dijo nada, se limitó a registrar la información como un detalle que transmitiría luego a Terry, y me di cuenta de que esa era una de las razones por las que Steven seguiría siendo asistente y jamás llegaría a ser un guionista o un director de éxito. Estaba aprendiendo cómo funcionaba el mundo viendo cómo actuaban y se presentaban los adultos, en qué se fijaban y qué consideraban importante, y qué ignoraban o qué se tomaban con filosofía, y aquel mediodía en Trumps me confirmó, y con mayor claridad que nunca, que Steven Reinhardt era un fracasado. No sabría explicar exactamente por qué, fue una sensación que tuve por la manera en que miró la copa de cóctel vacía.

—Gracias, Steven —repetí, y me giré hacia la barra.

—Terry te está muy agradecido —dijo Steven.

—No hay nada que agradecer —dije mirando las estanterías de botellas, los grabados de Ruscha—. Entiendo que Liz tiene un problema y que necesita ayuda. Nada más. Me limité a ser amable con ella.

—Ya. Debería reconocer que tiene un problema, pero ya sabes… —Dejó la frase inacabada.

No sabía bien qué contestar, así que me miré el reloj con gesto distraído: una pista, una indirecta para que Steven se marchase.

—Yo que tú, eh… iría… —empezó Steven, y se calló. Sopesó si terminar la frase y al fin se decidió—: Yo que tú iría con cuidado, Bret.

—¿Perdón? —dije, dándome la vuelta e inclinándome hacia él. Creía haber oído mal.

El camarero nos interrumpió para preguntarle a Steven si quería tomar algo y este negó con la cabeza.

—Me andaría con cuidado, ya sabes, con Terry. —Lo dijo encogiéndose de hombros, casi como pidiendo disculpas, y aun así la gravedad de sus palabras atravesó la bruma del vodka y me asustó.

—Iré con cuidado —contesté automáticamente, tratando de apaciguarlo al tiempo que pensaba: ¿por qué cojones tengo que apaciguar yo a Steven Reinhardt? Y luego pregunté—: ¿A qué te refieres?

—Me refiero… —Steven se apoyó en la barra y luego se dio impulso para apartarse un poco sin soltar el mostrador de piedra, tratando de parecer despreocupado, tratando de adoptar una pose moderna y resuelta, sin conseguirlo—. Me refiero a que todo el mundo tiene sus motivos ocultos.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles son mis motivos ocultos? —Él se limitó a sostenerme la mirada—. ¿Y los tuyos, Steven? —Lo dije de buenas, pero por dentro empezaba a calentarme.

—Hablo en general —dijo Steven, escabulléndose como una rata para no precisar lo que fuera que había insinuado, y dando marcha atrás a su amenaza—. No me refería a nada en concreto. —Guardó silencio—. A veces esas motivaciones no se corresponden con lo que queremos en realidad o con lo que al final vamos a obtener. Nada más. —Volvió a callar un momento—. Ten cuidado, simplemente.

Me sentí atrevido, en una posición por encima de él, y estaba a punto de recordarle a Steven que no era más que un asistente y que podía largarse; yo esperaría a Terry solo en la barra y si me apetecía otro puto Greyhound me lo pediría y me lo bebería de un trago, estúpido cabrón.

—Tampoco te lo tomes muy a pecho —añadió.

No precisó a qué se refería, aunque yo era consciente de que en algún momento Terry se me insinuaría y probaría hasta dónde podía llevar las cosas, y yo tendría que tomar una decisión sobre cuáles eran mis límites. Pero había ido allí sabiendo lo que podía pasar: no era una encerrona ni un ataque. Había entrado en la sala a sabiendas de que podían presentarse diversos relatos no deseados y que tendría que lidiar con ellos. Y entonces me di cuenta de que era como si Steven estuviese hablando de sí mismo de alguna manera abstracta, y me recordó a lo que había dicho Robert Mallory delante del Gap de Sherman Oaks Galleria la semana anterior: «Cuando hablas conmigo en realidad estás

hablando contigo mismo, tío». Sonaba a la clase de sentencia hippie, siniestra y absurda, que podría haber soltado Charles Manson, y me estremecí al recordar a Robert diciéndome aquello.

—Sé cuidarme solo, no te preocupes —dije.

—No estoy muy preocupado por ti —murmuró Steven—, creo que te tengo calado. —Y luego añadió—: Supongo que estoy más preocupado por Deborah.

Y entonces sus ojos se posaron en los míos y se me quedó mirando. Le sostuve la mirada. Las cosas se estaban descontrolando y necesitaba estabilizar el relato.

—¿Me tienes calado? Qué interesante. Yo apenas me tengo calado. ¿En qué me tienes calado?

—Bueno, estás aquí para comer con Terry. Yo pensaba que no vendrías. —Hizo una pausa—. Por muchas razones. —Otra pausa—. Y sin embargo aquí estás.

—Pues sí, aquí estoy —dije, girándome hacia él en el taburete de la barra—. ¿Qué es lo que quieres contarme exactamente, Steven? ¿Qué es lo que en realidad quieres decirme?

De pronto miró más allá de mí y esbozó una sonrisa falsa, alzando las cejas. Terry acababa de llegar.

—Creo que debes andarte con ojo —dijo Steven—. Creo que tienes que ir con cuidado. —Se calló un momento y luego se apartó de la barra y dijo—: Moderarte.

—Que te den por culo —mascullé entre dientes, aunque me sentía seguro porque sabía que no podía oírme.

Recuerdo que Terry Schaffer llevaba vaqueros y una camisa Pierre Cardin sin cuello, con los tres primeros botones desabrochados, y las gafas de sol Porsche Carrera que solía usar siempre. Sostuvo la mano de la recepcionista mientras le daba un beso en la mejilla y luego sonrió al vernos a Steven y a mí acercándonos a él y me fijé en que todos y cada uno de los gestos de Terry eran eficientes e inmaculados, algo que imitar y a lo que aspirar: era un profesional, un adulto, lo que yo quería ser. Me indicaron la mesa de Terry mientras él y Steven deliberaban un momento junto al atril de la recepcionista, y yo no me atrevía a mirar a

mi alrededor en el comedor, estaba demasiado avergonzado. Me concentré en la carta hasta que levanté la mirada y vi que Terry venía hacia mí; se paró dos veces a hablar con dos mesas por el camino. Cuando se sentaba vio a alguien en la otra punta del salón y levantó una mano: era Jerry Brown, que a su vez levantó una mano.

—Ey, Bret, ¿cómo va? —dijo desplegando la servilleta sobre su regazo—. Qué guapo estás. Pero tienes diecisiete años, y con diecisiete años siempre se está guapo.

No se había quitado las Porsche Carrera y temí que no fuese a hacerlo, pero cuando miró la carta y luego a mí se las quitó y se las colgó deslizando una patilla por el cuello abierto de la camisa Pierre Cardin. En retrospectiva, me doy cuenta de lo atractivo que era Terry para ser un cuarentón; por aquel entonces no era para nada mi tipo (y sigue sin serlo, lamento decir), aunque también es cierto que aparentaba menos edad: pelo corto juvenil, una complexión esbelta que mantenía gracias a un entrenador personal (antes de que eso estuviera tan de moda), el vestuario informal. Se le veía muy complacido, y durante unos instantes no dijo nada mientras me contemplaba con regocijo apenas disimulado: me estaba observando y evaluando. En ese momento un camarero con corbata de lazo y delantal blanco le trajo a Terry una botella de Perrier y me preguntó qué iba a beber y yo dije que solo un ginger ale, y fue entonces cuando Terry y el camarero intercambiaron una mirada divertida… y en aquel instante recordé de nuevo que Trumps tenía una onda decididamente gay: sabía que el chef era gay, los grandes inversores eran gais, el diseñador del local era gay, todos o la mayor parte de los camareros eran gais, incluso el lugar donde se encontraba era gay: emplazado en medio de lo que se conocía como Boystown. Subyacía en toda su estética un «que os den» al statu quo hetero, y de pronto me sentí un tanto incómodo por estar allí en el centro de todo ello. Terry pidió un par de aperitivos: la quesadilla de uva y brie por la que era famoso el restaurante, y el tartar de salmón, que aún no se servía en ningún otro sitio de Los Ángeles.

La conversación se centró enseguida en las películas y Terry me preguntó qué había visto ese año que me hubiese gustado, y recuerdo

que al principio hablamos del director John Boorman, que después de un par de fracasos millonarios había resurgido esa primavera con un éxito moderado, *Excalibur* , una violenta reinterpretación calificada para mayores del relato del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda, y a Terry también le había gustado y me preguntó si había visto su *noir* angelino de 1967, *A quemarropa* . Ni siquiera había oído hablar de ella, pero la buscaría en las carteleras mensuales del Nuart y el New Beverly, los dos cines de reposiciones a los que solía ir; Terry me aseguró que era buenísima, la mejor película de Boorman. Yo era fan de John Waters y unos cuantos del grupo habíamos ido en verano al Westwood a ver un avance de su última película, *Polyester* , protagonizada por Divine y provista de un sistema llamado Odorama con el que en ciertas secuencias podías oler lo que aparecía en pantalla con una tarjeta de esas de rasca y huele que te entregaban antes de entrar (el eslogan de la película era «¡Asombrolorosa!»), pero Terry no la había visto. También me había gustado *El pelotón chiflado* , la comedia militar de Bill Murray que fue un taquillazo aquel verano, y a Terry también. Sin embargo, discrepó cuando le conté que me había gustado una película poco vista de Barbra Streisand titulada *Hasta que la noche acabe* , con Gene Hackman y un joven actor increíblemente sexy llamado Dennis Quaid, y ahí Terry se echó a reír, hizo un gesto desdeñoso con una mano y dijo:

—¡Esa película la hizo el marido de Sue! ¡Es horrible!

Hablaba de Jean-Claude Tramont, el marido belga de Sue Mengers, una agente bastante importante que representaba a Streisand. Terry consideraba que la película era malísima y no soportaba a Barbra aunque «adoraba» a Sue, y sin embargo no me avergoncé de mi opinión porque me gustó lo sincero de la suya, su manera de tratarme como a alguien mayor. Fue como si entre Terry y yo surgiese un nuevo tipo de respeto adulto. Terry comentó que acababa de asistir al visionado de una película que pensaba que iba a funcionar «bastante bien» titulada *Carros de fuego* , que se estrenaría a finales de mes. Casi ni me di cuenta de que habían llegado los aperitivos y ni uno ni otro los habíamos tocado.

Terry pidió un entrante que no estaba en la carta, una tortilla con tomate y aguacate para él, y me sugirió que tomase la langosta en salsa de vainilla o las tortitas de patata con queso de cabra.

—Ninguno de los dos platos es tan extravagante como suena —dijo, y al final pidió por mí la langosta en lugar de las tortitas.

Allan Carr se acercó a nuestra mesa cuando se marchaba, le estrechó la mano a Terry y saludó; parecía colocado y un tanto hecho polvo. Cuando preguntó quién era aquel «atractivo joven», Terry no me presentó como el novio de Debbie sino que dijo:

—Es Bret Ellis, va a escribir un guion para mí. Sobre… jóvenes.

—Aaah, jóvenes —dijo Allan Carr—. Me encanta.

Allan Carr fue reemplazado por un ejecutivo al que Terry no me presentó y yo aproveché la oportunidad para excusarme e ir al lavabo, donde me concentré en el chico del espejo y lo examiné. Esperaba ver a alguien mayor, pero en Trumps el uniforme de Buckley se antojaba estúpido: parecía un niño grande fingiendo ser adulto, o peor aún, un adulto fingiendo ser un niño grande. Cuando volví a sentarme a la mesa, desmoralizado, Terry estaba comiéndose la tortilla que le habían servido con presteza y la cola de langosta estaba esperándome. Desplegué la servilleta sobre mi regazo.

—Debbie me contó que querías ser escritor —dijo—. Eso no lo sabía.

—Bueno, sí. Llevo escribiendo relatos y cosillas desde quinto curso.

—¿En serio? —dijo Terry, pinchando un trozo de aguacate—. Es impresionante.

—Ya. Ehhh… disfruto mucho.

—Y… ¿en qué estás trabajando ahora? —me preguntó mientras se concentraba en su plato.

—Estoy trabajando en una novela —respondí, pensando de pronto en lo absurdo que sonaba todo aquello.

—¿Una novela, de verdad? —preguntó Terry, mirándome, sorprendido, con las cejas alzadas.

—Bueno, es algo en lo que llevo trabajando desde hace un año y… —empecé, dudando de si sabría explicar en profundidad el proceso. Cambié de enfoque—. En realidad comencé con un esquema y eso me

llevó mucho tiempo, pero, ehhh… —Dejé la frase sin terminar.

Se hizo un silencio. Terry comió otro bocado de tortilla.

—¿Así que primero haces un esquema? —me preguntó, animándome a continuar.

—Sí, pero ahora estoy escribiendo la prosa y, ehhh… sí…

Me sentí completamente falto de elocuencia, inconexo, fuera de lugar, un niño que aspiraba a ser adulto pero que aún no estaba listo para serlo. Miré la carne rosa de la langosta en el plato y me di cuenta de que aunque hubiera tenido hambre no me habría encontrado a gusto comiendo nada delante de Terry.

—¿De qué va? —me preguntó.

No sabía muy bien cómo describir *Menos que cero* . Y tampoco quería hacerlo: iba de *mí* , pero no había historia, había *escenas* pero no tenía un relato como tal, tenía esa cualidad divagante y embotada que estaba tratando de perfeccionar. ¿Cómo explicarle aquella *sensación* amorfa a alguien? Terry esperaba, levantó la mirada de la tortilla preguntándose por qué me había callado. Yo estaba intentando dar con la manera de hacer una sinopsis de lo que llevaba mecanografiando diligentemente en la Olivetti día tras día en mi dormitorio de adolescente desde el año anterior y solo se me ocurrió:

—Supongo que va sobre mí.

—¿Ah, sí? Entonces ¿es autobiográfica? ¿Una novela de formación?

—Bueno, está ambientada en Los Ángeles y… —Recordé lo que Terry le había dicho a Allan Carr—. Va sobre jóvenes —confirmé.

—¿Y qué hacen? —preguntó Terry, levantando la vista para mirarme mientras continuaba comiendo.

No sabía cómo responder a eso porque a mí no me importaba lo que *hacían* los personajes. Existían, y yo simplemente trataba de transmitir un estado anímico, sumergir al lector en una atmósfera particular que iba construyéndose a base de detalles cuidadosamente seleccionados. ¿Qué *hacían* aquellos jóvenes? Eso daba a entender que había una trama, una historia que tendería a una resolución. Salían por ahí, escuchaban música, tenían sexo, iban a clubes, a veces tomaban drogas, asistían a fiestas en mansiones donde había piscinas, pistas de tenis y

salas de proyección, de noche conducían sin rumbo por la ciudad, sus padres siempre estaban fuera, iban de tiendas por Rodeo, avanzaban por el mundo solos, contemplaban lámparas de araña colocados de ácido. ¿Cómo resumir eso en una trama? Iba, suponía yo, de cuando Jeff Taylor dejó que Ron Levin se la chupara; en la novela, aquello había florecido en un único hilo trágico, que se convertiría en el principal incidente que cerraría los capítulos finales: un prostituto le debía dinero a un camello, o eso tenía planeado en mi esquema. En ese momento su nombre era Julian, lo había tomado del personaje de Richard Gere en *American Gigolo* .

—Prefiero no hablar de ello de momento, Terry —dije, tratando de imitar la manera en que un adulto evitaría explicar los detalles de lo que acaban de preguntarle—. Supongo que se me hace un poco extraño.

—No te preocupes, sin presiones. Era solo por curiosidad.

Se terminó la tortilla y apartó ligeramente el plato, luego se reclinó en la silla y volvió a evaluarme. Yo no había tocado mi plato. Terry no me animó a comerme la langosta ni pareció distraerse cuando se acercó el camarero y le retiró el plato. Pidió una copa de vino blanco, y cuando el camarero me preguntó si quería algo más negué con la cabeza.

—El helado es bastante bueno —comentó Terry.

—Estoy bien —dije, ruborizándome.

El camarero hizo un gesto hacia mi plato y miró a Terry, que asintió, y el camarero se lo llevó.

—¿Qué escritores te gustan? —me preguntó Terry.

—Bueno, he estado leyendo mucho a Joan Didion. Su obra me ha influido mucho.

—Ah, conozco bastante bien a Joan y a John. —John era John Gregory Dunne, el marido de Didion, y también escritor de éxito—. Tal vez podría invitarlos y así la conoces.

Tampoco me sorprendió mucho el despreocupado ofrecimiento de Terry: la oportunidad de conocer a Joan Didion, nada menos que mi autora favorita, era completamente posible en el mundo de Terry. Era

consciente de ello pero lo que dije fue «Eso sería alucinante», mientras trataba de averiguar qué hacía yo en Trumps a las dos de la tarde de un miércoles con un hombre de cuarenta años, saltándome las clases; la situación empezaba a volverse surrealista, y eso quedó confirmado cuando apareció Jerry Brown y le estrechó la mano a Terry, que se puso en pie y no me presentó (no recuerdo de qué hablaron). Después de que el gobernador se marchase, Terry volvió a sentarse y me examinó mientras yo observaba el restaurante, que se iba vaciando poco a poco. El camarero le trajo a Terry la copa de vino blanco. De pronto me entraron ganas de marcharme.

—Entonces… —comenzó, tras darle un trago al Chardonnay—, ¿vas en serio con Debbie? Es solo curiosidad. Empezasteis a salir a principios de verano, ¿verdad?

—Ehhh… sí, en junio, en una fiesta en casa de Anthony Matthews, sí —confirmé vagamente—. Sí, vamos bastante en serio, supongo.

—Como digo, es simple curiosidad. No tienes por qué poner esa cara de susto.

No me había dado cuenta de que esa fuese mi expresión.

—Ah, estoy bien —dije.

Terry se me quedó mirando y le dio otro trago al vino, luego lo hizo girar en la copa. Había algo en su tono que parecía insinuar preguntas tácitas: ¿hay una historia alternativa, secreta?, ¿qué estás haciendo en realidad con mi hija?, ¿es algo legítimo o cuestionable?

—Vamos muy en serio, Terry —dije.

—Venga, conmigo puedes ser sincero. No se lo diré a nadie.

—Estoy siendo sincero. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, quiero que mi hija sea feliz —respondió, dándole otro trago al vino.

—Lo entiendo. Yo también quiero que sea feliz.

—Bien —dijo, y de pronto me preguntó—: ¿Te gustan también los tíos?

Me quedé sentado muy quieto y empecé a negar con la cabeza muy despacio, poniéndome rojo.

—¿Qué?

—Creo que me has oído. ¿Te gustan las dos cosas? Simple curiosidad.

Eso es algo que se le pregunta a un adulto. Sentí que con aquella pregunta en particular estaba cruzando sin esfuerzo al otro lado de la sala, donde alternaban los adultos… pero no estaba preparado: creía que lo estaba, pero no. También me di cuenta de que tenía que afrontar la pregunta y decir la verdad.

—Bueno, no me pongo límites —fue lo que respondí con lo que pensé que sería el toque justo de diplomacia—. Es decir, depende.

Traté de aparentar despreocupación, encogiéndome un poco de hombros, y luego le di un sorbo nervioso a mi ginger ale en la atmósfera gay de Trumps.

—¿De qué depende? —preguntó Terry, aún con una leve sonrisa y sin dejar de mirarme.

—Supongo que depende de… —Y entonces me sorprendí admitiendo —: Desde luego no echaría a Richard Gere de mi cama, si es eso lo que quieres saber. —Intenté sonar directo y rudo, pero lo cierto es que sonó evasivo e insulso.

—¿Ah, sí? ¿Y a Thom Wright? —me preguntó Terry—. ¿Te parece que está bueno?

Aquel era el principio del juego que estaba proponiendo Terry, el calentamiento, y si quería llegar a alguna parte al menos tenía que intentar jugarlo.

—¿Y a ti? —le respondí, devolviéndole la mirada.

—¿Thom? Sí, claro. De hecho, tengo muchos celos de que puedas pasar tanto tiempo con él. —Se quedó pensativo un momento—. Es bastante cautivador, aunque estoy muy seguro de que sus gustos son más… limitados que los tuyos.

—A veces no sé si estás de broma o no, Terry.

—¿A qué te refieres? Estoy hablando completamente en serio.

—O sea, ¿cómo sabes que los gustos de Thom son más limitados que los míos? —Me salió el tiro por la culata, ya que di a entender algo que no pretendía.

—Qué interesante. —Terry se irguió un poco—. Vamos, cuenta, ¿alguna vez has tonteado con Thom un poco borracho, un poco

colocado, cuando dormís en la casa del otro, los dos cachondos y con ganas de…?

—No me refería a eso. —Intenté reírme, pero sonó como una tosecilla—. Thom no tiene nada que ver con lo que te imaginas.

—Vamos, ¿qué piensas de Thom? ¿Y de Jeff Taylor?

—Terry, ¿qué es lo que crees que pienso? —le pregunté.

Se lo estaba pasando en grande, jugando conmigo, haciendo que todo sonara ligeramente perverso.

—Bret, creo que si, como has dicho, tus gustos no son tan limitados, probablemente querrías que pasara algo con Thom o con Jeff.

—Ya, ¿y por qué ellos?

—Porque creo que todos sois jóvenes bastante atractivos —dijo—. Vais juntos al colegio. Compartís vestuario, imagino. Os… ducháis juntos. Nada más. Están disponibles. —Dio otro sorbo al vino.

—No están disponibles —subrayé.

—Vale, lo que tú digas —contestó Terry, y luego—: ¿Richard Gere? ¿En serio?

Esa tarde Terry acababa de confirmarme su homosexualidad, algo que jamás había admitido antes con tantas palabras; siempre era una indirecta, un chiste tonto o una frase insinuante, habían sido solo rumores. «¿Qué llevas puesto?», me había preguntado por teléfono la semana anterior, y nos lo tomamos a risa. Que yo supiera, nunca se había propasado ni nos había tocado de manera inapropiada, y tampoco parecía, como suele decirse hoy día, un depredador… ¿Y qué si lo fuera? Probablemente yo sabría manejarlo, aunque no me gustaría llegar a ello. Pero Terry parecía percibir que ahora había algo permisible: yo había quedado para comer con él, y él había admitido algo sobre sí mismo y ya no tenía que seguir fingiendo. Pero mi curiosidad estaba enturbiando la situación. Y resultó inevitable.

—¿Y qué hay de Liz? —le pregunté.

—¿Qué pasa con Liz? —replicó Terry.

Me encogí de hombros, bajé la mirada a la mesa.

—¿Qué piensa ella?

Su tono no se alteró al responder:

—No creo que haga falta explicártelo, Bret.

—No sé qué quieres decir.

—Tiene sus sospechas, evidentemente, pero mi impresión es que hay un acuerdo entre nosotros. —Lo soltó con despreocupación, y luego añadió, con una levísima ironía—: Un arreglo.

—Qué bien —fue lo único que acerté a decir, y no pregunté cómo se explicaban entonces sus ebrios estallidos sobre la sexualidad de Terry.

—¿Y qué hay de Debbie? —me preguntó Terry con una sonrisa maliciosa—. ¿Sabe algo de tus afinidades?

—¿Mis afinidades? ¿Te refieres a que no tenga limitaciones?

—No, a que probablemente seas… bi. Si es que eso existe. Aunque imagino que por el precio adecuado… —Me miró cuando dijo—: He oído un rumor sobre Jeff Taylor.

Me fijé en que David Hockney y su acompañante se habían levantado de su mesa y miraban hacia Terry, que les sonrió y alzó una mano. Ahí fue cuando decidí que tenía que salir de Trumps. Me miré el reloj.

—Debería ir tirando.

—¿Por qué? ¿No quieres conocer a David?

—Tengo clase —dije—. Y después algunas actividades extraescolares en Buckley.

—Vale —dijo, observándome mientras me ponía en pie.

—Gracias por la comida, Terry.

El corazón me iba a mil por hora mientras trataba de actuar con la mayor despreocupación, pero me sentía decepcionado. ¿Qué había logrado? ¿Cuál era el propósito de todo aquello? La respuesta era: nada.

—Apenas has comido —dijo Terry, tocando el tallo de la copa de vino, dándole vueltas a lo que quedaba del Chardonnay—. Aunque me he enterado de que te tomaste un cóctel en la barra antes de que yo llegara.

—Sí, bueno. —Me encogí de hombros, y luego me llevé una mano a los pantalones buscando el tíquet del aparcacoches.

—Por favor, no le digas nada a Debbie —me recordó, levantando la mirada.

—¿No es un poco raro? —no pude evitar preguntar.

—¿Acaso no lo es *todo* ? Va, cuéntaselo, o no se lo cuentes. Aunque no creo que lo hagas.

—Gracias por la comida —repetí, y me di la vuelta.

Y entonces, de pronto, Terry me cogió de la muñeca. Me detuve, estupefacto, y bajé la mirada hasta él, mi brazo extendido entre ambos.

—Pediré a Steven que te llame y podemos buscar un momento para empezar a hablar del guion que quiero que escribas para mí —dijo Terry en voz baja.

8

Voy a relatar un incidente que sucedió en un espacio de Melrose, aquel al que Debbie aludió el primer día de instituto cuando me quedé allí plantado y aturdido en la oficina de administración al darme cuenta de lo que me deparaba el futuro en mi último año de instituto: era el espacio que no tenía nombre, el espacio que alguien llamado Attila había recomendado, el espacio en el que solo se ponían vídeos. Y durante muchísimo tiempo asocié aquella noche con Robert Mallory, porque pareció preceder exactamente a la serie de acontecimientos que empezaron a alterar y consumir nuestras vidas en las siguientes semanas, una especie de prólogo macabro a lo que terminó sucediéndonos en el otoño de 1981. Supongo que ahora podría mirar aquella noche en el espacio de Melrose desde una perspectiva distinta y no asociarla directamente a la presencia de Robert Mallory, y considerar, más bien, que se trató de un incidente únicamente ligado a la demencial secta que se estaba introduciendo desde los altos desiertos al sudoeste de Los Ángeles y que empezó a materializarse en las calles y los barrios de la ciudad. Pero en última instancia no importaba qué perspectiva adoptara, ya que ambos, Robert y la secta, estaban interrelacionados.

Aquella semana había estado leyendo en *Los Angeles Times* un artículo sobre la secta. En el desierto de Mojave se había formado un grupo de jóvenes, hippies apenas capaces de expresarse, acólitos de un líder al que se referían como «Bruce» —y que resultó ser profesor de inglés en un instituto de Lancaster, despedido por «comportamiento sexual inapropiado» con varias estudiantes—, y en condiciones normales su actitud habría resultado absurda y habría sido ignorada como una serie de chorradas de aficionados al estilo Manson, pero su perseverancia para hacerse notar y ser visibles en Los Ángeles se estaba volviendo de una agresividad ligeramente escalofriante; muchos de ellos habían sido detenidos por allanamiento, por saltar la verja de un patio trasero si

nadie contestaba a la puerta principal, o si el timbre que el hippy pulsaba insistentemente era ignorado rodeaban la propiedad, atisbando por las ventanas y probando con las puertas correderas, aporreándolas hasta que alguien aparecía en la cocina y llamaba a la policía; a veces los encontraban en la piscina de alguien o en una tumbona en Hancock Park o Silver Lake, en pleno viaje de ácido, con guirnaldas de hojas a modo de coronas en la cabeza, o a veces se escondían en los garajes metidos en un cubo de la basura, y unos cuantos hombres se vieron involucrados en agresiones físicas con gente que salía de tiendas de alimentación y cines, restaurantes y aparcamientos, pidiendo dinero, imprecando a cualquiera que no estuviese dispuesto a darles unos cuántos dólares. Recuerdo que en el artículo de *Los Angeles Times* salían tres o cuatro fotos de varios miembros de la secta y que parecían algo más aseados que los miembros de la familia Manson, y también más jóvenes e inofensivos —pero tal vez Los Ángeles empezó a prestarles más atención por el daño infligido a la psique de la ciudad y por lo perjudicada que había resultado por los asesinatos de Tate-LaBianca—, y hacían todos gala del mismo desaliño general, la misma juventud de mirada muerta, una especie de apatía psicótica detrás de cualquiera que fuera la misión invocada previo lavado de cerebro. Una misión difusa: unificar, hermanar, utopía, borrar el dolor, destruir el statu quo, los eslóganes manidos de siempre. También creían en extraterrestres que podían «sanarlos» y estaban fascinados por el peyote y «El amor es todo, todo es nada». Era la primera vez que leía algo sobre la secta, autodenominada Jinetes del Más Allá; su presencia había sido registrada desde Beachwood Canyon hasta Ojai, pero yo nunca había oído hablar de ellos.

Y en aquel mismo número de *Los Angeles Times* había una noticia sobre otra vivienda atacada el lunes anterior en Woodland Hills. La historia habitual: llamadas telefónicas la semana anterior, mobiliario cambiado de sitio, un perro del vecindario desaparecido unos días atrás; la víctima había sido agredida por una figura de negro con pasamontañas, la víctima había sido atada a una silla y golpeada hasta quedar inconsciente, se completó un patrón, aunque la víctima ignorase

que formaba parte de un patrón; de lo contrario habría acudido antes a la policía. Y por un momento empecé a conectar los allanamientos con la secta. Recuerdo que aquel jueves por la noche dejé el periódico y volví a mi novela, distraído y preocupado por los Jinetes del Más Allá, y preguntándome si serían ellos los responsables de los allanamientos y las desapariciones que asolaban la ciudad en lugar de un intruso solitario. Quizá lo inquietante del artículo sobre la secta fue lo que activó mi imaginación aquella noche, porque no podía dejar de pensar que seguía oyendo a alguien en la casa. Estaba sentado ante mi escritorio, trabajando en la novela, y cada vez que dejaba de teclear me quedaba de repente muy quieto, convencido de que una presencia acechaba fuera de la casa o que en realidad ya estaba dentro. Me esforcé por sacármelo de la cabeza, pero varias veces me pareció oír el timbre o el sonido que anunciaba que se abrían las puertas del garaje. Deambulé sigilosamente por la casa agarrando con fuerza un cuchillo de carnicero, pero no había nadie.

A las nueve de aquella noche de jueves pegué un salto en la silla cuando oí un coche en el camino de entrada y el corazón se me aceleró y tardé un momento en calmarme y darme cuenta de que era Debbie que había venido a recogerme y recordar que íbamos a aquel espacio de Melrose. Agarré mi cartera, salí a paso ligero del dormitorio, recorrí el pasillo y crucé el umbral de la bien iluminada casa en dirección a donde estaba aparcado el BMW. Debbie acababa de bajarse por el lado del conductor y estaba allí de pie con la puerta abierta cuando me vio bajando los escalones a saltos. Yo llevaba vaqueros, una camiseta blanca, un jersey color borgoña con cuello de pico y el águila dorada de Armani estampada en el pecho, y unos náuticos sin calcetines. No hacía frío.

—Iba a entrar —dijo.

—Vámonos ya —dije yo, apresurándome en dirección al coche.

—Bueno, quería tomar algo.

—Ya nos tomaremos algo cuando lleguemos allí. Quiero salir de casa.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó.

—No —mascullé—. Solo quiero irme. Ya son las nueve.

Se quedó un segundo pensando y decidió no insistir. Abrí la puerta del copiloto y me subí. El interior olía a cigarrillos de clavo y rosas, y cuando giró la llave del contacto sonó «Tainted Love» a todo volumen, sobresaltándome y haciéndome dar un brinco en el asiento… por segunda vez esa noche. Debbie se volvió hacia mí, divertida.

—Estás… un poco tenso.

Me obligué a relajarme y le sonreí débilmente.

—Estoy bien, cariño —dije con toda la suavidad de que fui capaz.

Dio la vuelta al coche y bajó por el camino de entrada hasta Mulholland, desierta a las nueve de la noche de un jueves. Antes de girar a la izquierda, me miró como para confirmar algo. Tuve un fugaz arrebato de irritación y le espeté:

—Oh, vamos, estoy bien.

Debbie respiró hondo y dijo:

—Yo no he dicho nada.

Entonces se incorporó a Mulholland y pronto dejamos atrás Beverly Glen escuchando una cinta recopilatoria mía (temas poco conocidos del *Fear of Music* de Talking Heads y del *Scary Monsters* de David Bowie), y luego pasamos Coldwater Canyon y giramos a la derecha en Laurel, donde Debbie bajó velozmente la carretera sinuosa —apenas pasaban coches aquella noche— hasta cruzar el Sunset, Fountain, Santa Mónica y llegar por fin a Melrose.

Eran las nueve y media y, una vez pasado Fairfax, Melrose consistía en su mayor parte en una oscura y desierta sucesión de escaparates; esa sección de Melrose todavía no se había gentrificado por completo y, salvo alguna tienda de ropa retro aquí y allá, tampoco había otros comercios ni restaurantes, por lo que no nos costó encontrar aparcamiento un jueves por la noche. Me pregunté si el club al que íbamos quedaría muy lejos de allí mientras Debbie se metía un par de tiritos de una bolsita de plástico y luego me la ofrecía. Rehusé. Era incapaz de controlar la cocaína como Debbie, ni siquiera como Thom Wright; no podía meterme una o dos rayas y aguantar con eso toda la fiesta. Siempre quería más, y por eso dije que no aquella noche; nunca tenía suficiente y al día siguiente había clase. Cuando me bajé del BMW

miré a un lado y a otro de la calle vacía y seguía sin tener ni idea de dónde estaba el espacio: no había nada que indicase aquel local «happening» y «underground» cuya existencia solo unos pocos conocían —ni luces, ni cartel, ni gente apiñándose delante—, y aunque aquella era la primera vez que Debbie iba a lo que llegaría a conocerse solo como «el espacio» ella sabía exactamente dónde estaba, así que caminé a su lado hasta que nos detuvimos ante un escaparate a oscuras en la manzana 7200. Debbie simplemente abrió una puerta metálica, entró y yo la seguí, acompañado por el sonido solitario de un helicóptero en algún lugar del cielo nocturno encapotado.

Sonaba el inicio de «Rapture» de Blondie cuando cruzamos el vestíbulo, donde solo un par de bombillas peladas iluminaban un suelo de hormigón y paredes rosa Pepto-Bismol con la pintura descascarillándose en grandes manchas negras y plateadas, y donde Junior, un jamaicano alto y flaco, vestido con traje y corbata negros, camisa blanca y sombrero porkpie, y sentado en un alto taburete de madera, abrazó a Debbie mientras el primer verso soñador e inquietante de «Rapture» sonaba suavemente por detrás del portero: lo recuerdo con total claridad y recuerdo también girarme para ver si alguien nos seguía por el pasillo. Me presentó como «Este es mi novio, Bret», y luego me cogió de la mano y me condujo hasta la sala que se abría más allá del vestíbulo; nuestros movimientos parecían coreografiados por la propia canción. Estaba tan tenuemente iluminado que las pocas personas que había en el espacio, tal vez solo cuatro o cinco, no eran más que siluetas, sombras, no acababa de verlas del todo: la única fuente de luz procedía del fino tubo de neón naranja que recorría la parte inferior de las paredes, proporcionando a la sala un débil resplandor, lo justo para poder avanzar por allí sin perder el equilibrio. El suelo estaba cubierto por una lisa moqueta gris, que te daba la sensación de estar vagando por un paisaje oscuro a través de una espesa niebla. La otra luz tenue provenía de seis habitaciones más pequeñas a los lados del espacio principal, en cada una de las cuales se reproducían distintos vídeos. Una palmera de neón verde y un flamenco de neón rosa fijados a la pared constituían toda la iluminación de la

barra situada entre ellos, atendida por un solitario camarero, esperando, inmóvil. «Rapture» seguía sonando y Debbie se contoneó al ritmo de la música mientras pedíamos las bebidas: yo un vodka con zumo de uva y Debbie una copa de champán, y luego se encendió un cigarrillo de clavo y le dijo algo al camarero, a quien por lo visto conocía y quien le señaló con un gesto hacia la oscuridad mientras yo pagaba. Debbie me cogió de la mano y quiso que conociese a Jon, que era quien había abierto aquel espacio y que estaba en la trastienda, pero yo no quería conocer a Jon, así que le dije que iba a echar un vistazo por el espacio, tal vez ver unos vídeos en el espacio, darme una vuelta por el espacio.

—¿Te parece, eh… bien? —le pregunté cuando conseguí distinguir su expresión a la luz verde de la palmera.

En algún punto por encima de nuestras cabezas seguía sonando «Rapture» a un volumen bajo, y Debbie se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Vale.

Y se encaminó hacia la parte de atrás del espacio. Me molestó que aquello la decepcionase, pero no tanto como para acompañarla a conocer a Jon.

Me dirigí hacia la puerta que tenía más cerca, «Rapture» se desvaneció a mi espalda y fue reemplazada por el tom-tom de la batería de Mick Fleetwood en la intro de «Tusk», que era el vídeo que estaban poniendo en aquella sala. No había sillas, ni mobiliario, solo un par de ceniceros salpicaban la moqueta gris que cubría la sala iluminada únicamente por el vídeo proyectado en la pared. La voz grave y ominosa de Lindsey Buckingham preguntaba « Why don't you tell me who's on the phone?» cuando me senté en el suelo y le di un sorbo a mi vaso mientras miraba el vídeo, que consistía en metraje de Fleetwood Mac grabando con la banda de música de la USC en el verano de 1979 en un estadio de los Dodgers desierto, las palmeras recortándose contra el cielo de un blanco desvaído más allá de los negros marcadores apagados, y se veía a Christine McVie con una copa de vino blanco y a Stevie Nicks algo ojerosa y con pinta resacosa haciendo girar un bastón

de majorette, y aparece un recortable de cartón a tamaño natural de John McVie apoyado en las gradas porque el auténtico estaba en Hawái, y la banda Spirit of Troy con sus disfraces de gladiadores romanos. Me incorporé un poco al darme cuenta de que Lindsey Buckingham, en una nueva fase de su carrera, aseado, afeitado, con el pelo corto, new wave —los setenta habían tocado a su fin—, y con una camiseta blanca y gafas de sol, se parecía muchísimo a alguien a quien yo conocía, y de repente, mientras veía el vídeo por lo que podría ser la centésima vez sin haber reparado en ello hasta entonces, caí en la cuenta de que la persona en cuestión era Terry Schaffer. Y de pronto vi a Terry Schaffer con nuevos ojos y lo encontré más sexy, por lo sexy que encontraba ahora a Lindsey Buckingham.

Me puse tan nervioso al establecer aquella conexión que me levanté y salí rápidamente de la sala, mascullando para mis adentros. La misma cara, la misma sonrisa, el mismo color de pelo, la misma constitución… en el vídeo de «Tusk» Lindsay Buckingham se parecía a Terry Schaffer de una manera tan perturbadora que me cambió la percepción de todo. Y entonces caí en la cuenta de que Terry Schaffer me había presentado a Lindsey Buckingham en el backstage durante la fiesta posterior al concierto de Fleetwood Mac en el Hollywood Bowl la última noche de la gira mundial de *Tusk* , cuando Terry, Debbie, Liz, Thom, Susan y yo estuvimos sentados en un palco y cenamos comida para llevar del Pioneer Chicken y bebimos vino Taittinger en copas de plástico. ¿Cómo es que no había establecido aquella conexión hasta entonces? Deambulé por el espacio principal tratando de recuperarme de aquella revelación; habían llegado unas cuantas personas más, pero apenas se distinguían, quizá cuando alguien encendía un cigarrillo, por un instante fugaz. Las únicas luces que te orientaban a través del espacio eran las puertas parpadeantes de las salas donde se reproducían los vídeos, y la entrada, donde estaba sentado Junior, que funcionaba como un faro en la oscuridad. Alguien pasó rozándome y desapareció en la niebla: podría haber sido un fantasma.

Entré en otra habitación vacía, donde Kim Wilde estaba a punto de cantar uno de los exitazos pop de ese año, «Kids in America», y me

senté en el suelo mirando el vídeo proyectado en la pared desnuda. Era muy simple: un sintetizador, una máquina de humo, el rostro inexpresivo de Kim Wilde teñido de azul mirándonos directamente, y como muchas canciones de la época era un himno, algo sobre ser niños en Estados Unidos, donde todo el mundo vive para el carrusel musical, solo que Kim lo cantaba con tranquila determinación, una chica que podría enfrentarse a cualquier cosa con elegante indiferencia: no se dejaba entusiasmar por el entusiasmo de la canción. Eso era lo que le prestaba una tensión añadida: Kim no sonreía en ningún momento del grandilocuente estribillo; permanecía ajena, la mirada impasible, drogada incluso. A lo mejor sabía dónde estaba y a lo mejor no, a lo mejor podía estar en cualquier sitio: eso era lo que hacía tan sugerente el vídeo. Te tendía una invitación pero le daba igual si venías o no, porque siempre podía encontrar a cualquier otro. Irradiaba aquella estética del embotamiento-como-sentimiento que tanto me atraía y que estaba tratando de perfeccionar en *Menos que cero* , y me emocionó verla encarnada en el más pop de los artefactos. Y también me recordó hasta cierto punto a Susan Reynolds —Susan era mucho más guapa que Kim Wilde; era hermosa en comparación—, porque Susan también tenía, cada vez más, una actitud distante que no era exactamente indiferencia; en realidad era un embotamiento a modo de insinuación, algo seductor, algo que Susan llevaba años cultivando y que ahora florecía. Ambas lo tenían en los ojos, en el gesto de la boca, su inexpresividad general… y era sexy. También sabía que alguien tan serio y formal como Thom Wright no sería capaz de sobrevivir a ello. Pero alguien como Robert Mallory sí podría superarlo.

De repente volví a pensar: Como escritor, siempre estás viendo cosas que no están ahí.

Y entonces me vino como un fogonazo: «Cuando hablas conmigo en realidad estás hablando contigo mismo, tío». Seguía deslumbrado por aquello.

Aparté la mirada del vídeo, me levanté y salí otra vez a la sala principal. Pero me detuve en seco porque, como si hubiese sido una señal, en ese instante vi a Jeff Taylor y a Robert Mallory hablando con

Junior al fondo del vestíbulo iluminado antes de descender hacia la oscuridad del espacio, y el portero estaba comprobando una lista aunque tuve la sensación de que Jeff lo conocía y, cómo no, caí entonces, era Debbie quien había invitado a Robert Mallory y pensé: «Dios, ahora sí que forma parte de los nuestros». Observándolo desde mi privilegiado escondite, también pensé en cómo a veces me había llenado de pavor y en las veces en que me habían entrado ganas de besarlo y que me follase, y en que el miedo y el sexo rara vez van por separado. Y luego estaban los momentos más oscuros en los que imaginaba lo loco que estaba realmente Robert cuando de hecho aún no sabíamos nada; aquello solo era la intuición del escritor, basada únicamente en una mentira que él había contado: aún no conocíamos las otras mentiras.

Observé a Jeff Taylor y a Robert dejando atrás a Junior y entrando en el espacio, siendo engullidos por la oscuridad neblinosa: una oscuridad que lo ocultaba todo. No podían verme —estaba solo a unos metros— mientras Jeff guiaba a Robert hacia la barra, y di media vuelta y entré al azar en otra sala, donde me tumbé en el suelo boca abajo y me terminé mi copa. En la pared Roxy Music cantaba «Same Old Scene», y apoyé la cabeza sobre los brazos cruzados y pude oler lo nueva que era la moqueta mientras esperaba; había aún tan pocas personas en el espacio que sabía que solo era cuestión de minutos que Jeff y Robert me encontraran. Y entonces me pregunté si Thom y Susan también vendrían y me di cuenta de que ni siquiera se lo había preguntado a Debbie, porque ni se me había pasado por la cabeza que *no* fuesen a venir, pero ahora tenía mis dudas y, dado que Robert estaba allí, esperaba que no lo hicieran. Recordé que no lo había preguntado por el gran alivio que sentí al verme en el BMW de Debbie alejándose de la casa vacía de Mulholland, concentrándome en la cinta que le había grabado en agosto, el aire acondicionado del coche condensando ligeramente mi respiración, la mirada fija en la carretera al otro lado del parabrisas, deseando que Debbie no dijese nada.

Giré hasta tumbarme boca arriba porque de pronto Jeff estaba de pie a mi lado dándome golpecitos en un hombro con el náutico.

—¿Ya vas colocado?

Le sonreí, allí tendido, y asentí aunque no era verdad.

—Genial —dijo en tono de aprobación—. ¿Dónde está Debbie? Esto está oscuro de cojones.

—Está en la trastienda —dije.

—¿Con Jon? —preguntó Jeff.

—Supongo —dije, y entonces reparé en la cabeza de Robert asomando por encima del hombro de Jeff. Me dirigió un breve saludo con la mano y esbozó una amplia sonrisa.

—Cuídame a este tío —le dijo Jeff—. Ahora vuelvo.

Me invadió una oleada de aprensión al verme a solas con Robert y de pronto me quedé paralizado cuando sonrió y se sentó junto a mí en la postura del loto; llevaba una Corona en la mano y me estaba evaluando. Me sentí vulnerable y traté de sentarme pero no pude, algo me lo impedía, así que me limité a girar sobre el estómago y clavar los ojos en otro vídeo que empezaba: «I Got You» de Split Enz, la canción con la que Debbie y yo nos enrollamos la noche en que ella inició nuestra relación en casa de Anthony Matthews a principios de verano, y cuando alcé la vista Robert estaba mirando la pared, marcando con la cabeza el inquietante ritmo percusivo que abre y articula la canción. Luego se tumbó pegado a mí y aquello me desestabilizó al instante: lo tenía tan cerca como para besarlo, como para alargar una mano y pasarla por la curva de su culo, podía olerlo. No era ni remotamente una sensación placentera: no era más que una voracidad primaria imposible de enfrentar ni detener. El cantante, Neil Finn, en el apogeo de su belleza veinteañera, iba de traje y muy maquillado, y cantaba en una habitación junto a unas puertas acristaladas, las cortinas iluminadas de azul ondeando ligeramente y las sombras trazando dibujos en la pared, donde colgaba un «cuadro» del grupo, todos trajeados al estilo new wave de la época, y cobraban vida cuando el estribillo se elevaba álgido tras un verso en un escalofriante acorde menor: era otro himno, aunque en esta ocasión impregnado de temor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté al fin, sin mirarlo.

—Debbie me ha invitado —le oí decir.

—¿Ah, sí? Genial —me limité a responder.

Podía oler la loción que usaba, el champú, la colonia, cedro y sándalo, algo como de adulto, algo que no se pondría un adolescente.

—Sí, Thom también viene —añadió.

—¿Y Susan? —pregunté con recelo.

—No —dijo, y entonces se giró hacia mí—. Solo Thom.

Continuamos viendo el vídeo. Varios pares de ojos se iban superponiendo sobre Neil Finn, que intentaba esconderse, y entonces aparecía en el cuadro con el grupo a la vez que seguía allí en la habitación y por algún motivo que nunca acabé de comprender empezaba a sucumbir al pánico: porque se ve atrapado en el cuadro mientras sigue allí en medio de la habitación, he supuesto siempre, aunque al mismo tiempo pensaba: «¿Y qué tiene eso de malo?». El volumen estaba lo suficientemente bajo como para poder oír que Robert estaba diciendo algo mientras la canción iba desvaneciéndose. Y entonces el vídeo empezó de nuevo.

Me volví a mirarlo.

—¿Qué?

—¿Cómo es que no acabaste con ella? —me preguntó, mirando fijamente las imágenes proyectadas en la pared.

—¿Con quién? —pregunté yo, parpadeando, confuso.

—Con Susan —dijo en voz baja.

—Porque Thom acabó con ella —respondí automáticamente—. ¿Qué pasa?

Estaba cabreado: no quería hablar de Susan con Robert. Y entonces me pregunté: ¿con quién más habría hablado de ella?

—Ya, pero ¿por qué no tú? O sea, Thom tampoco es un tío brillante.

Me quedé pasmado ante el hecho de que Robert dijera eso de Thom.

—Tiene otros… atributos —dije sin demasiada convicción, defendiendo a mi amigo.

Robert me imitó, riéndose:

—«Tiene otros atributos».

—¿Tú estás bien? —le pregunté.

—Sí, muy bien —contestó, echándome una ojeada y volviendo a

mirar el vídeo.

—¿De verdad? ¿Seguro?

—Sí. ¿Por qué? ¿Te ha parecido verme de nuevo en algún sitio? —me preguntó haciéndome un guiño.

Estuve a punto de soltarle que sabíamos lo del «centro terapéutico» de Jacksonville donde estuvo internado durante la primavera del curso anterior, pero no pude porque se lo había prometido a Susan; era nuestro secreto. Volví a mirar el vídeo. Por hacer algo, levanté el vaso de plástico, me eché unos trozos de hielo en la boca y los mastiqué con fingida despreocupación, como si no me molestase el rumbo que estaba tomando aquella conversación. Y entonces Robert me preguntó:

—¿Tú estás bien?

—Ah, sí. Estoy bien.

—¿En serio? He oído que te has… peleado.

Sentí que me invadía la desesperación.

—¿Peleado?

—Sí —dijo—. Con tu colega Matt.

Unos jirones de pánico empezaron a desprenderse de la desesperación, creando su propia y única sensación. Continué masticando el hielo, tratando de parecer despreocupado.

—El otro día le pregunté por qué parecía… asustado —dijo Robert—. Bueno, no asustado, exactamente. Pero, sí… —Lo reconsideró, pero luego decidió no rectificar—. Asustado, supongo.

—¿Y qué te dijo? —le pregunté en tono inexpresivo. Robert siempre te hacía ser consciente de que ignorarlo no era una opción.

—Que se había peleado con un amigo.

—¿Cómo sabes que soy yo? —le pregunté con un ligero estremecimiento de alivio. No había dado nombres. «Un amigo».

—Lo di por sentado —contestó en voz baja.

—No, para nada. No sé de qué me hablas.

Robert captó algo: intuyó que estaba mintiendo.

—¿Conque esas tenemos? —me preguntó todavía en voz baja.

Recuerdo asentir para mí, siguiéndole el juego, y dirigirle una sonrisa forzada.

—Sí, esas tenemos.

—Ah. Vale.

De repente el vídeo se estaba acabando de nuevo, la canción fue desvaneciéndose, la pared se quedó blanca. Esperamos a que comenzase otro vídeo. Se giró de costado.

—No me has contestado —dijo—. ¿Por qué no acabaste con Susan?

—¿Qué quieres saber?

—He oído que tú llegaste antes.

—Porque apareció Thom.

—Pero ¿por qué no te quedaste tú con ella?

Caí en la cuenta de algo y tragué saliva con dificultad.

—No quería perder a un amigo —dije.

—Pero a Matt lo has perdido, ¿no? —preguntó Robert con suavidad.

No respondí, me lo quedé mirando. Estaba desorientado, aturdido. Necesitaba otra copa para suprimir el dolor que de pronto me atravesó.

—No lo entiendo. Lo de Susan —dijo Robert—. ¿Es que tú no querías? No lo entiendo.

Se colocó boca arriba con una pierna cruzada sobre la rodilla.

—¿Que si no quería qué? —le pregunté, completamente desquiciado, sentándome.

Se encogió de hombros.

—¿Estrujar esas tetitas? ¿Chupar y morder esas tetitas? —me preguntó en voz baja. Esperó—. Seguro que ese coñito húmedo sabe muy dulce.

Me quedé sentado y lo miré con rostro impávido. Pero él no me estaba mirando. Estaba tendido boca arriba, rodeado por la moqueta gris, contemplando el techo.

—Tú no sé, Bret, pero a mí me encantaría meter la lengua en ese coñito prieto, todo rosa y húmedo —murmuró Robert, perdido en sus ensoñaciones—. Como un tarro de miel.

Me excité al oír hablar así a Robert, pero también me repelió porque estaba hablando de Susan.

—Sí —estaba diciendo—. Te aseguro que me encantaría follarle el culo. Follárselo en plan duro. Hacer que gritase pidiendo más.

Llegados a ese punto, me levanté de golpe y salí de la sala.

—Eh, ¿adónde vas? —oí que me llamaba Robert.

Yo no era ningún mojigato: el porno me tiraba y a veces le decía guarradas a Matt Kellner mientras follábamos, y conocía a alguien que se lo montaba con Ron Levin a cambio de dinero y no lo juzgaba, pero nunca había participado en una conversación en la que alguien detallase qué le haría sexualmente a una amiga mía, y lo que lo hacía aún más espantoso era el hecho de que Robert fuese prácticamente un desconocido. Por norma general, el objeto de ese tipo de charla entre tíos solía ser una joven actriz o una cantante pop, no una chica que conocieses, pero nunca fanfarroneabas de lo que les harías de la manera tan explícita en que lo había hecho Robert, porque era cutre y vulgar. Y tampoco era que me importasen el decoro ni las reglas ni la corrección; era escritor: creía que cada cual tenía una voz y podía decir lo que le apeteciese, y a veces deseaba que Thom hablase más de sexo, o que Ryan no fuese tan circunspecto, o que las conversaciones en el vestuario de chicos fuesen más canallas y alegremente obscenas de lo que eran, pero Buckley no era un lugar propicio a ese tipo de comportamiento, y aquella noche en el espacio de Melrose me *alegré* de que así fuese. Lo que había dicho Robert sobre Susan —solo habían sido dos o tres frases— me hizo sentir *alivio* porque todos fuésemos reticentes a expresarnos de una manera tan burda y grotesca. También recuerdo pensar que debería haberme quedado en la sala con Robert y hacerle hablar para tener una mejor idea de cuáles eran realmente sus planes con Susan Reynolds, porque sabía que se iba a entrometer en la pareja y temía por Susan y quería estar preparado. Pero también sabía que ella iba a dar una fiesta en su honor, que lo consideraba «electrizante», que iba a abandonarse a su locura y que todo se echaría a perder. Estaba temblando, furioso, cuando salí de la sala.

Deambulé por el espacio, fui hasta la barra, le pregunté al camarero dónde estaba el servicio, él me señaló un cartel iluminado de SALIDA al fondo de la sala y hacia allí me encaminé pasando junto a algunos grupos de sombras, la ceniza anaranjada de las puntas de los cigarrillos el único elemento que confirmaba que hubiese gente en la oscuridad,

porque las caras no las veías y todo estaba vagamente silencioso, incluso con Madness sonando por encima de nosotros. Recuerdo que no le encontré la gracia al espacio: supuse que a cierto nivel debía de ser cool porque Debbie Schaffer lo conocía, pero ¿dónde estaba la gracia si no podías ver a nadie, no se bailaba y lo único que hacías era sentarte en el suelo en una sala vacía a ver vídeos de 1980? Y recuerdo que me enfadé porque iba a tener que enfrentarme a Debbie por haber invitado a alguien tan inestable como Robert, y aun así me refrené en mis planes de confrontación porque la inestabilidad de Robert aún no había sido demostrada del todo a nadie más y no tenía ni idea de qué podría hacerle saltar. «No me gusta que me sigan», me había dicho en el centro comercial: de eso había tomado buena nota.

Recuerdo que cuando aparté la cortina negra bajo el letrero de SALIDA de repente oí la voz de Debbie a lo lejos y el sonido de una risa masculina amortiguada proveniente de dondequiera que estuviese la oficina de Jon; también oí la risita de hiena de Jeff Taylor. Recorrí un pasillo flanqueado de ventanas que daban a un pequeño aparcamiento donde un callejón atravesaba en paralelo hasta Melrose, y el pasillo estaba iluminado por las farolas que alumbraban el callejón. No había coches en el aparcamiento salvo una furgoneta beis situada en la última plaza y tampoco nadie esperando en el lavabo unisex. Había una vela blanca encendida junto a la pila, de manera que solo se veía el lavamanos y el retrete pero nada más, y olía como si lo hubiesen limpiado hacía poco. No encontré el interruptor para alumbrar el lavabo, así que cerré la puerta, eché el pestillo y me dirigí hacia el retrete iluminado por la vela.

Otra pregunta que me hice casi de inmediato: ¿por qué el espejo de un lavabo estaba prácticamente sumido en la oscuridad en un club nocturno para jóvenes, un lugar donde las chicas querrían retocarse el maquillaje y los chicos comprobar cómo llevaban el pelo? Pero a lo mejor ahí radicaba la gracia del espacio que aún no había sabido captar, tal vez todo era en parte una broma, la *anti* -escena, un comentario irónico sobre cómo se podía convertir cualquier cosa en algo de moda entre los jóvenes y los modernos de L.A. si lo hacías lo

suficientemente exclusivo. A lo mejor el espacio era arte performativo invocado por unos tipos modernos mayores que se estaban aprovechando de la ingenuidad de los jóvenes de la ciudad. Pero lo dudaba, porque Debbie estaba muy metida en el ambiente y me habría dicho que el espacio era una broma, que no era real, algo para divertirse, una experiencia singular, y no lo había hecho.

Me bajé la cremallera de los vaqueros, me planté frente al retrete y percibí que el cuarto de baño, a pesar de la oscuridad, era mucho más grande de lo que había supuesto en un principio; cuando tiré de la cadena antes de mear el eco del sonido rebotó en una negrura mucho más alejada de lo que imaginaba. Todo estaba en silencio absoluto mientras contemplaba mi sombra ondulando contra la pared e intentaba relajarme; no oía nada procedente del espacio, ni música ni sonidos amortiguados, y debería haber estado lo suficientemente relajado como para poder orinar, pero Robert Mallory me había desquiciado por completo y seguía muy tenso tras nuestro encuentro. Recuerdo que inspiré hondo y pensé en lo mucho que había avanzado con la novela y en películas que estaba deseando ver, en Ryan Vaughn, en un mar azul en calma… pero esos pensamientos se vieron interrumpidos por: ¿debería contarle a alguien que pensaba que la profanación del grifo de Buckley estaba relacionada con Robert Mallory, que era *él* quien la había vandalizado, y que estaba planeando follarse por el culo a Susan Reynolds hasta hacerla gritar? Solté el aire, volví a concentrarme.

Y entonces me di cuenta de algo. No estaba solo en el lavabo.
Me di cuenta de que había alguien allí, conmigo, en la oscuridad.

Y recuerdo que me quedé paralizado cuando empecé a oír un débil susurro procedente de uno de los rincones a oscuras a mi espalda, y que sonaba a nivel del suelo, como si el susurro emanase de alguien en cuclillas.

—¿Hola? —dije, sintiendo un subidón de adrenalina, y me subí la cremallera de inmediato.

Recuerdo que me di la vuelta pero no vi nada, solo la zona iluminada por la vela. Me fijé entonces en que había una sala más grande detrás

de aquella zona iluminada.

El susurro continuó.

—Lo siento. No sabía que hubiese alguien.

Nadie contestó ni dijo nada.

En vez de eso una voz empezó a susurrar lo que sonaba como una invocación, repitiendo frases una y otra vez, casi como si tuvieran que convencerse a sí mismas de lo que fuera que la voz estuviese tratando desesperadamente de invocar, una serie de sonidos embarullados, en un idioma que no reconocí, pero en los cinco segundos que estuve allí plantado a oscuras me di cuenta de que no era un idioma: era un galimatías, nada. No sé por qué, pero me atreví a coger la vela y acercarme hacia la voz en la oscuridad, que continuaba invocando sin aliento y luego resollando para dentro, y entonces otra retahíla verborreica infantil, y recuerdo lo sobrecogedoramente profundo que me pareció el lavabo. Tuve que dar como ocho pasos con la vela en alto hasta ver una sombra agachada en el rincón.

—Eh, ¿qué haces ahí? —pregunté, consiguiendo que mi voz sonara calmada e inquisitiva.

Acerqué más la vela hasta que vi una cara pálida y joven mirándome, barbuda, sonriente, flotando en la oscuridad, el pelo rubio apelmazado, salpicado de ramitas y hojas muertas, los ojos entrecerrados con fuerza mientras continuaba sonriendo y lanzando su invocación con gesto idiotizado, balanceándose adelante y atrás en cuclillas, descalzo. Pensé que padecía algún tipo de retraso o una grave discapacidad, pero entonces dejó de susurrar y giró rápidamente la cara hacia mí, y recuerdo que abrió mucho los ojos y su sonrisa se volvió amenazadora. Vi que tenía las manos sucias y las uñas tan largas que parecían espolones amarillentos. Recuerdo que retrocedí y se me cayó la vela, que crepitó en el suelo y se apagó sumiéndonos en la oscuridad, y por instinto me pegué rápidamente contra la pared y fui palpando en dirección a la puerta, agarré el pomo, descorrí el pestillo y salí corriendo de la negrura del lavabo.

Recuerdo que volví a toda prisa al espacio, donde le dije al camarero que había alguien, quizá un indigente, que se había colado en el club y

estaba en el lavabo. «Hay un pirado que no debería estar aquí» fue lo que dije exactamente, escupiéndolo… y qué forma más extraña de expresar lo sucedido, me doy cuenta ahora, sonaba más cabreado que asustado. Recuerdo que se oía muy flojo «New Romance», una canción de un grupo llamado Spider, cuando el camarero desapareció en la oscuridad escasamente concurrida y reapareció en el punto de luz donde estaba Junior. Le contó lo que le había dicho yo, atravesaron los dos la oscuridad hasta la barra y nos dirigimos los tres hacia la cortina negra bajo el letrero de SALIDA .

Y recuerdo que en el momento en que apartamos la cortina oímos un grito.

En el pasillo, una chica rubia avanzaba tambaleante hacia nosotros con las manos en alto, su cara levemente salpicada por la sangre que brotaba de una fina línea que atravesaba su frente, la puerta del lavabo abierta a sus espaldas, el farfulleo procedente de su interior convertido ahora en una especie de chirrido prolongado.

—¡Está ahí dentro! —recuerdo que susurré, señalando.

Junior agarró a la chica con delicadeza por el brazo, alejándola aún más del lavabo, y le preguntó qué había sucedido. Ella dijo que no lo sabía: había entrado en el lavabo, buscando a tientas el interruptor, y notó que algo le pasaba por delante de la cara y la arañaba.

Vi cómo el camarero entraba por la puerta abierta sin la menor vacilación, estiraba una mano y encendía la luz. El lavabo se iluminó al instante y el hippy se abalanzó sobre él, su farfulleo ahora furibundo y en un tono muy agudo. Recuerdo que Debbie había aparecido detrás de mí con Jeff y con un tío que supuse que era Jon, todos jadeantes y confusos mientras el camarero empujaba al hippy contra una pared, lo inmovilizaba con una llave y lo sacaba a rastras del lavabo. El hippy chilló y pataleó hasta que acabó en el pasillo, donde el camarero lo tiró al suelo y le dijo a Jon que llamase a la policía: había un intruso, que venga una ambulancia. Recuerdo que la chica rubia pareció caer en la cuenta de algo y dijo que estaba bien y que no necesitaba la ambulancia. Y aunque el rasguño que la uña del hippy le había hecho en la oscuridad era finísimo, no dejaba de sangrar mientras Junior le

presionaba servilletas de papel en la frente que enseguida se teñían de rojo. «No duele», dijo como enfadada. «Pero si no duele», recuerdo que seguía diciendo. Debbie y Jeff me estaban preguntando qué cojones había pasado y Jon ya había llamado al 911 y deliberaba con Junior y con el camarero, que tenía su pie sobre la espalda del hippy, esperando a que llegase la policía. Recuerdo que el hippy estaba mirando hacia nosotros, aplastado contra el suelo, todavía susurrando conjuros, con babas salpicándole la barbilla, enseñando los dientes amarillentos como si fuese un animal, y aun así lo que más me preocupó fue que a nadie parecía darle demasiado miedo.

Debbie se dio cuenta de que conocía vagamente a la chica, se acercó a donde estaba y le preguntó con quién había venido, y luego fue a buscar a sus amigas mientras Junior seguía presionando con servilletas de papel sobre la frente de la chica. Unas luces azules y rojas destellaron a través de las ventanas del pasillo y Jon dejó entrar a dos agentes por la puerta de atrás, esposaron al hippy, lo llevaron a rastras hasta uno de los coches patrulla en el aparcamiento y entonces todo acabó: un intruso que se había colado por una ventana sin cerrar había arañado a una chica, punto. Recuerdo que la chica por fin dejó de sangrar y enseguida estaba delante del espejo, junto con sus dos amigas, y apenas se veía ya el fino rasguño rojo encima de la ceja; había dejado de sangrar, pero una de las amigas le insistió en que fuese a urgencias porque se le podía infectar. La chica no quería; parecía irritada y no hacía más que preguntar si alguien tenía coca. Crucé con Debbie y Jeff la cortina negra y emergimos al espacio, que era completamente ajeno a lo que había pasado en el lavabo y en el pasillo. Recuerdo que seguía sonando música pero ahora más alta —Tim Curry, «I Do the Rock»—, y más sombras llenaban el espacio, algunas contoneándose en medio de la sala semidesierta, y aparentemente nadie era consciente de lo que había sucedido en el pasillo del fondo. El camarero estaba preparando bebidas de nuevo como si no hubiera ocurrido nada, y yo me pillé un vodka con uva y Debbie desapareció en la oscuridad con otro amigo que quería meterse una raya, y luego encontré una sala donde me senté y recuerdo estar serenamente

eufórico: aquello era algo sobre lo que podía escribir, era un incidente que podía introducir en la historia de la novela en la que estaba trabajando, y empecé a pensar en maneras de adornarlo, hacerlo más sombrío, darle un toque más inquietante, aumentar su perversidad. Pensé en añadirle el hedor a mierda del montón de excrementos que el hippy había dejado allí, el cuchillo que ahora aferraba, la herida más profunda que había infligido a la chica, más sangre. Ni siquiera miraba el vídeo que estaban proyectando en la pared porque estaba soñando otro muy distinto.

No era consciente de que alguien me había seguido en la oscuridad, pero entonces Thom Wright me empujó y caí sobre la moqueta, donde me placó en plan de broma mientras Jeff Taylor lo jaleaba; así era como Thom demostraba a veces su afecto cuando estaba un poco colocado. Se había tomado un par de chupitos de tequila y se había metido dos rayas de la coca de Debbie, y forcejeé con él mientras intentaba hacerme cosquillas. Estábamos los dos riendo, su cuerpo duro retorciéndose sobre el mío, cuando de pronto se apartó de mi pecho, jadeando (Thom no tenía ni idea de que yo estaba teniendo una erección), porque acababa de empezar uno de nuestros vídeos favoritos y ambos levantamos la mirada hacia la pared. El vídeo era en su mayor parte en blanco y negro, y la canción trataba sobre una fugaz aventura amorosa en Viena, minimalista, con un lento ritmo de batería electrónica, un piano lúgubre y un bajo de sintetizador. Habíamos visto las imágenes cientos de veces y seguían fascinándonos: un caballo avanzando a través de la niebla por una calle adoquinada, relámpagos, el cantante con gabardina, una ciudad vacía, Viena en temporada baja pero también el norte de Londres, gárgolas. Contaba con todos esos elementos básicos de los videoclips de los ochenta que aún no se habían convertido en clichés: una fiesta chic en una embajada, un candelabro sobre un piano de cola blanco bajo una lámpara de araña, martinis bebidos por personajes grotescos vistos a través de una lente de ojo de pez, una tarántula caminando por la cara de un invitado dormido, un niño siniestro tocando un violín. Había amantes descubiertos por paparazzis, y alguien muerto de un disparo en la majestuosa escalera

curvada de una ópera. «The feeling has gone — se lamentaba el cantante—. It means nothing to me. This means nothing to me». El estribillo final llegaba a su clímax con el estallido de un platillo y eso siempre me emocionaba. «Oh, Vienna».

La canción era demasiado lenta, demasiado larga, y sin embargo nos conmovía y como las mejores canciones pop era una abstracción, poesía que podía significar cualquier cosa para cada cual: era una plataforma de lanzamiento para nuestros anhelos individuales pero obviamente también una metáfora sobre la pérdida, algo que todos compartíamos, ya fuese el dolor causado por el divorcio de sus padres en el caso de Thom Wright —el padre, al que se sentía más unido, ahora en la otra punta del continente—, o el alcoholismo que estaba destruyendo al padre de Jeff Taylor, o mis propias derrotas ligadas al actor que a menudo interpretaba contra mi voluntad y a quien mi padre continuaba ignorando por más que intentase representar el papel del hijo que yo pensaba que él quería. Aquella canción en particular de Ultravox parecía, de una manera indirecta, resumirlo todo y definirnos en aquel momento sin importar de qué tratasen realmente las letras o el vídeo. Nos quedamos en silencio hasta que terminó.

Lo último que recuerdo de aquella noche en el espacio es a Thom Wright y Robert Mallory tendidos uno al lado del otro en una de las salas, donde me sumé a ellos. Estaban proyectando el vídeo de «Girls on Film» de Duran Duran y yo estaba al fondo y vi que Robert se inclinaba para susurrarle algo a Thom Wright —que tenía una Corona en una mano y asentía a lo que le estuviese diciendo, colocado e inocente— e imaginé que lo estaba apremiando a que se acercara a la oscura longitud de onda en la que él mismo residía.

9

Tras el horror de 1981, el embotamiento que tan estimulante me había parecido durante los últimos tres años de instituto se fue endureciendo hasta alcanzar una frialdad remota que me costó décadas derretir por completo. Nunca volví a ser el mismo después de 1981 —nunca hubo un periodo de recuperación—, y ahora puedo señalar el momento en que fui feliz por última vez, o más concretamente el momento en que se dieron los últimos vestigios de felicidad, incluso de calidez, antes de precipitarme en el terror y la paranoia y empezar a comprender cómo operaba de verdad el mundo adulto por contraposición a mis fantasías adolescentes sobre cómo había imaginado que funcionaba. Y ese momento fue el fin de semana que pasó conmigo Ryan Vaughn en la casa de Mulholland a mediados de septiembre, ambos con diecisiete años, el fin de semana antes de que Matt Kellner desapareciese, el fin de semana antes de que encontrasen el cuerpo de Julie Selwyn y todo cambiase. Aquel fin de semana con Ryan, normal, sin incidentes y decididamente apacible hasta que durante un breve rato dejó de serlo, se convirtió en la línea que separa la inocencia de —a falta de una palabra mejor y lejos de querer dramatizar— la corrupción. Tampoco es que no volviera a haber otros fines de semana así de tranquilos en mi vida, o incluso al borde de lo insípidamente placentero, días en los que logré olvidar aquel año lo suficiente como para poder disfrutar, lo que pasa es que siempre estuvieron teñidos por la conciencia de lo que nos había ocurrido aquel otoño.

Por ejemplo, a finales del verano de 1982, después de graduarme en Buckley, pasé las últimas semanas de agosto a orillas del lago Tahoe en una casa que mi tía había alquilado y donde me recuerdo paseando a diario por el bosque, preparándome mentalmente para marcharme de Los Ángeles (por fin, ávido) y empezar una nueva vida en el este, comenzando por Vermont y un pequeño colegio de artes liberales en la ciudad de Bennington, y luego a Manhattan: ese era el plan, y me pasé

aquellas semanas de agosto con la mente bastante lúcida ante la inminente huida («… time for me to fly…»), pero siempre era consciente de que alguien me vigilaba, de que de algún modo Robert Mallory siempre estaba detrás de mí, y pronto empecé a percibir su presencia cada vez que vagaba por los senderos vacíos escuchando el walkman, mientras nadaba solo en el lago o mientras tomaba el sol en la plataforma desierta que llevaba al embarcadero. Un fin de semana que recuerdo con tanta claridad por la libertad que prometía se convirtió, en cambio, en un fin de semana enturbiado por la duda: comprendí que nunca podría olvidar aquella pared chorreando sangre en el apartamento de un rascacielos y el balcón contiguo también salpicado.

Hubo un fin de semana poco después de ese, en octubre de 1982, en el que mis padres vinieron a verme a Nueva York. Mi padre acababa de cerrar un trato inmobiliario que le permitió ascender a un nuevo nivel de riqueza y llegó en avión desde Pittsburgh, donde se había realizado la venta, mientras que mi madre vino de Los Ángeles para celebrarlo y con vistas a una reconciliación —llevaban dos años separándose y reconciliándose—, y yo bajé en tren desde Bennington para que pudiésemos intentar convertirnos en una familia de nuevo. Nos alojamos en el Carlyle, vimos el preestreno de *Cats* en el Winter Garden, el asesor artístico recién contratado por mi padre le animó a ir a ver la exposición de un joven pintor llamado Julian Schnabel en el SoHo, y comimos en Le Cirque. Yo me pasé la mayor parte del tiempo borracho, exhibiendo ante mis aliviados padres la nueva identidad que me había forjado en Bennington, y durante aquel ajetreadísimo fin de semana, lleno de musicales y restaurantes, compras en Gucci y apresuradas visitas a galerías de arte, su presencia no hizo más que recordarme constantemente a Los Ángeles, un lugar que quería olvidar. Y una vez más volví a tener miedo de estar siendo vigilado, mientras daba vueltas por Barneys o paseaba por los márgenes de Central Park o estaba en la atestada barra del P. J. Clarke's: nunca logré librarme de la sensación de que Robert Mallory estaba ahí fuera, mirándome por unos prismáticos, u observándome a través de un telescopio, encontrándome

y controlándome constantemente, en alguna parte.

Hay un fin de semana que sigue obsesionándome desde el verano de 1991, cuando alquilé una casita en la playa en Wainscott. Me había embarcado en una relación (en realidad, la primera) con un abogado sureño unos pocos años mayor que yo que trabajaba en Wall Street, y parecía que por fin se auguraba la felicidad, después de haberme esforzado tanto por intentar olvidar aquel otoño de una década atrás, y a punto estuve de conseguirlo gracias a la distracción del sexo interminable mientras en la casita resonaba constantemente el rasgueo de «Losing My Religion» —*Out of Time* de REM fue el disco que más pusimos aquel verano—, pero el tercer fin de semana en los Hamptons me topé en una fiesta en Amagansett con alguien de Los Ángeles que me reconoció y que estaba al tanto de los sucesos de Buckley de 1981 —el tipo era de mi edad y se había graduado en la Harvard School for Boys el mismo año— y empezó a preguntarme medio borracho qué había ocurrido realmente con Robert Mallory, y con Thom Wright y Susan Reynolds, y al momento todo se fue al traste. Supe que jamás olvidaría a la chica muerta que fue encontrada mutilada en un sótano insonorizado, ni el apartamento salpicado de sangre de aquel rascacielos de Century City donde todo acabó yéndose por el sumidero, y desde luego tampoco olvidaría las tenues y pálidas cicatrices que cruzaban en zigzag por mi pecho y de las que nunca he dejado de ser plenamente consciente. El abogado y yo nos fuimos de Wainscott antes de lo planeado, como si hubiese algún sitio adonde huir.

Hubo dos fines de semana en 2008 que en mi mente están estrechamente interrelacionados y conducen el uno al otro, uno de los cuales se desarrolló más como una metáfora que como algo tangible y palpable. El primero lo pasé en el Hearst Castle, donde había aceptado, junto a una docena aproximada de personas, una invitación de Jay McInerney y su esposa, Anne Hearst, para pasar el fin de semana en la mansión palaciega, a la cual llegué conduciendo por la costa desde Los Ángeles hasta San Simeon, el viernes 12 de septiembre, con un chico más joven que yo con el que no iba demasiado en serio y al que había conocido en West Hollywood. Una vez que estabas allí resultaba casi

imposible encontrar cobertura y al rato dejabas de intentarlo, por lo que el fin de semana, fastuoso y decadente, nadando en la piscina romana a la puesta de sol mientras tomábamos Dom Pérignon y comíamos caviar beluga, transcurrió sin que tuviésemos ni idea de lo que estaba a punto de suceder en el mundo real. Cuando regresábamos por la costa el lunes 15 nos enteramos de que Lehman Brothers había quebrado oficialmente y que los mercados financieros de todo el planeta se estaban desplomando: la desconexión entre aquel fin de semana dentro de una burbuja dorada y la desastrosa realidad del mundo funcionó para mí, en calidad de escritor, como una metáfora de la que aún no he conseguido librarme. Y solo aludo a ello porque, extrañamente, aquello desembocó en el siguiente fin de semana, que pasé en Palm Springs a petición de un productor para el que estaba escribiendo un guion y que me hospedó en el Parker, donde fui uno de los tres o cuatro únicos huéspedes a causa de lo sucedido en los mercados financieros: todo el mundo había huido. El Parker se mantuvo abierto y fantasmal, el recinto completamente despojado de vida, así que me veía cenando en un comedor vacío después de pasarme la jornada en casa del productor en la Movie Colony trabajando en un guion que nunca llegó a rodarse, meses malgastados en un proyecto por el que tampoco pagaban tan bien pero que me prometieron que podría dirigir (ese era el aliciente añadido), y yo lo único en lo que pude pensar a lo largo de todo ese fin de semana de 2008 fue en mi encuentro casual con Susan Reynolds en Las Casuelas, un restaurante mexicano en North Palm Canyon Drive, durante aquel otoño de nuestro último año de instituto, y en la promesa que le hice de guardarle un secreto, algo que no debía contarle nunca a Thom Wright.

Y recuerdo el fin de semana con Ryan Vaughn en septiembre de 1981 en la casa vacía de Mulholland porque fue el último fin de semana incontaminado por el pasado. La razón básica por la que aquel fin de semana *ocurrió* fue, ahora me doy cuenta, el sexo, y la esperanza ligada al sexo. Todo giró en torno al deseo en su forma más simple, y a una pureza que no volvería a experimentar jamás.

Sucedió con total naturalidad, sin dramatismos, sin ninguno de los «subterfugios» a los que había aludido Ryan, y sin planear. Estábamos los dos junto a las taquillas aquel viernes por la tarde y él se limitó a decir: «Voy a pasar el fin de semana en tu casa», y yo le respondí con un «¿Ah, sí? Genial». Me miró y puso aquella cara de «¿Qué pasa?», nuestra expresión paródica de tensa indefensión —ojos saltones pasmados, los dientes un poco asomados, algo que podíamos haber visto en un videoclip de Devo—, me reí por lo bajo mientras sacaba un libro de la taquilla y luego él dijo: «Esta noche nos vemos», dio media vuelta y se fue. Y ya está. No me gusta admitir esto, pero empecé a temblar delante de la taquilla abierta y me costó unos cuantos segundos controlarlo: temblaba de lujuria y porque era consciente de lo que iba a ocurrir, por fin, entre nosotros, algo más que las simples mamadas y pajas rápidas de agosto. A cierto nivel, en realidad pasó muy poco aquel fin de semana: apenas salimos de casa, no charlamos mucho, había empezado la temporada de la NFL y el domingo daban partidos de fútbol americano que Ryan quería ver, fuimos al mercado de Beverly Glen Centre solo una vez, a comprar unas Coronas y un par de filetes que hicimos a la parrilla el sábado por la noche, y para el resto de las comidas tiramos básicamente de lo que Rosa había dejado cocinado en la nevera. El fin de semana estuvo, no obstante, consagrado al sexo, y todo lo demás parecía girar a su alrededor. Cada día estuvo jalonado por el sexo; el sexo fue lo que definió aquel fin de semana.

Ryan llegó ese viernes hacia las seis, aparcó el Trans Am en el camino de acceso y echó a caminar hacia la casa con una mochila de deporte al hombro. Me acordé de lo raro que me resultaba siempre ver a Ryan Vaughn sin su uniforme de Buckley —así era como solía verlo—, pero además aquel viernes fue aún más raro verlo finalmente vencido por el deseo y por el nerviosismo de intentar disimularlo, y percibí cierta tensión entre nosotros cuando lo hice pasar a la casa, donde solo había estado dos veces. Y yo también estaba nervioso; podías oír el nerviosismo en nuestras voces y en el trato distante que manteníamos el uno con el otro. Dejó la mochila de deporte y acarició a Shingy, que brincaba a su alrededor moviendo la cola frenéticamente,

emocionada inútilmente por su presencia, y al parecer Ryan agradeció disponer de aquella momentánea distracción mientras trataba de averiguar adónde iba todo aquello, y entonces dijo que quería nadar. Aquello era, entendí, el preludio del sexo: quitarnos la ropa, lavar el cuerpo. Yo ya iba en bañador y camiseta, y salí al patio trasero con él mientras se despojaba de los náuticos, se sacaba el polo por encima de la cabeza, se bajaba la cremallera de los vaqueros y se los quitaba, hasta quedarse solo con los calzoncillos blancos. Se zambulló elegantemente en la piscina y nadó rápidamente hasta la otra punta, sonriéndome mientras solo su cabeza surcaba la superficie, hasta que giró y volvió a hacer otro largo deslizándose suavemente por el agua. Ahora yo estaba sentado en el jacuzzi contemplándolo, confiando en que el agua caliente me calmase, porque estaba demasiado excitado, demasiado cachondo, y era consciente de que uno de los dos tendría que dar el primer paso para poder superar aquel estado de expectación casi insoportable, y dudaba que Ryan fuese a tomar la iniciativa. Salí del jacuzzi y le dije a Ryan que iba a darme una ducha. Él nadó en silencio hasta el borde de la piscina, apoyó los brazos en el saliente embaldosado y asintió con sonrisa neutra.

—Vale, enseguida voy —dijo.

Me estaba costando controlar la respiración mientras cruzaba el césped hacia la terraza que llevaba a mi dormitorio, donde abrí la puerta, entré y me quedé quieto un momento, mirando fijamente la cama y el edredón gris claro bien alisado sobre el colchón king size. Cuando salí de la ducha Ryan estaba en la puerta quitándose los calzoncillos mojados, y me fui hacia él con una toalla anudada a la cintura y nuestras bocas se juntaron en un beso repentinamente voraz y se me cayó la toalla. Él se apartó un poco, intentando no tropezarse con los calzoncillos mojados que se le habían enredado en un tobillo, y cuando por fin se desprendió de ellos se quedó un momento allí de pie, alto y naturalmente musculado, no corpulento sino esbelto, casi por completo lampiño salvo por los mechones que le asomaban de las axilas, el vello rubio de los antebrazos y el matojo de donde surgía su polla rosada apuntando hacia arriba casi en paralelo a los abdominales que le

surcaban el vientre duro y firme. Le agarré la polla y él agarró la mía. El sexo se basó exclusivamente en una necesidad abrumadora y por eso fue tan intenso aquel fin de semana: tenía que pasar, no quedaba otra, había en todo ello una lógica física, aquello no iba de sueños ni de amistad ni de amor ni de romance. Fue, de hecho, metódico y estábamos preparados. Sabíamos que no era una fantasía: extendimos unas toallas de playa sobre la cama para no manchar las sábanas de aceite de bebé, aquella fue la primera vez que enseñé a Ryan a usar un enema, nos turnamos follando con un pequeño vibrador que había comprado en el Sex Shoppe de Ventura Boulevard antes de guiar nuestras pollas con mucho cuidado dentro del otro. La otra vez que Ryan y yo habíamos estado juntos había sido excitante pero apresurado, y aquel viernes de septiembre nos tomamos nuestro tiempo.

La sorpresa, para mí, no fue lo excitados que estábamos, sino lo muchísimo que deseábamos darnos placer el uno al otro: a diferencia de con Matt, el sexo con Ryan fue una experiencia inesperadamente sensual, era curioso y estaba relajado, y el sexo se prolongaba porque queríamos, no había necesidad de ir con prisas y acabar, porque teníamos todo el fin de semana, no había límite de tiempo. Y no había nada más que sexo: ninguna situación doméstica que pudiera interferir, ninguna conversación culpable sobre qué estábamos haciendo, no nos reconcomía ninguna angustia, no teníamos un rol concreto adjudicado, ninguno era solo pasivo, ninguno era solo dominante: me follé a Ryan las mismas veces que él me penetró y me folló a mí, y cambiábamos a menudo, nos turnábamos para follarnos el uno al otro en la misma sesión hasta que ambos estábamos desesperados por eyacular y no podíamos aguantar más. Y al bajar la mirada hacia su espalda musculada tensándose con un lustre de sudor mientras estaba ante mí a cuatro patas, el culo pálido ofrecido, dejando que mi polla entrase y saliese deslizándose al tiempo que me apremiaba mascullando obscenidades, me asombró descubrir que Matt Kellner ya no existía: Ryan lo había borrado.

Aquel fin de semana Ryan puso el *Against the Wind* de Bob Seger y el

The River de Bruce Springsteen y vimos *Flash Gordon* en el Z Channel haciendo chistes sexuales sobre Sam Jones, que a los dos nos parecía que estaba bueno pero a la vez no, no nos decidíamos, no sabíamos por qué, algo que ver con el pelo, debatimos sobre su traje. Aquel fin de semana vivimos entre la cama, la piscina y el salón, los dos solos, e ignoramos las llamadas de teléfono de Susan y de mi madre, que estaba en Grecia, no sé dónde. Llamó Debbie y hablamos un momento; amenazó con venir cuando le dije que no me encontraba bien y que la vería el lunes por la mañana en Buckley, pero eso no hizo más que preocuparla: «¿No te sientes bien? ¿Sabes qué puede ser? ¿Qué te notas?». La tranquilicé asegurándole que todo estaba bien pero que quería volver a acostarme y al final conseguí colgar, y entonces caí en una cosa y recuerdo que saqué el Jaguar de mi madre del garaje hasta el camino de acceso para que Ryan aparcase el Trans Am en su plaza y cerré la puerta por si acaso se presentaba Debbie sin avisar. «Ha sido muy buena idea», dijo Ryan, empujándome hacia el pasillo y besándome con avidez mientras se me ponía dura al instante. Nos dirigimos tambaleándonos hasta el dormitorio. Después nos sumergimos en el jacuzzi, un poco entonados por las Coronas, y pensábamos preparar ya la cena pero estábamos extenuados por el sexo, y nos quedamos mirándonos el uno al otro, del agua burbujeante solo asomaban los hombros y la cabeza de Ryan, el pelo rubio y húmedo, oscurecido y peinado hacia atrás. Era ya de noche y Ryan murmuró que empezaba a tener hambre, y entonces le pregunté algo porque tenía auténtica curiosidad por saber qué respondería. Recuerdo que sonaba «Thunder Island» de Jay Ferguson por los altavoces del patio.

—¿Qué opinas de Robert Mallory?

—¿El nuevo? Es un tío atractivo, ¿por qué?

Me molestó su manera de decirlo, como si fuese algo que no necesitase pensar o procesar. Me resultó más que obvio que la respuesta le había salido automáticamente. Respiré hondo.

—Ya, supongo.

Se dio cuenta de mi suspiro.

—¿Qué? ¿Pasa algo?

Echó la cabeza hacia atrás hasta que quedó flotando en el agua, uno de sus pies rozándome el pecho; mantuvo un dedo presionando mi pezón, sonriendo como orgulloso de sí mismo: la confianza de Ryan me ponía mucho, animal y masculina.

—No, nada, sí, es bastante atractivo —me apresuré a decir, y entonces, tras un prolongado instante en el que le agarré la pantorrilla y la sostuve entre ambas manos, añadí—: Creo que tal vez Thom se esté acercando demasiado a él.

No estaba seguro de que la cosa fuese así del todo, pero me obsesionaba la imagen de Thom y Robert tendidos juntos en la moqueta bajo el videoclip de Duran Duran en el espacio de Melrose, y lo solté para ver cómo reaccionaba Ryan.

—¿Que se está acercando demasiado? —preguntó Ryan, arqueando una ceja y apartando la pierna—. ¿A qué te refieres?

Me callé, levanté la mirada hacia el cielo nocturno y miré de nuevo a Ryan.

—Nada.

—A Thom le cae bien todo el mundo, Bret —dijo Ryan en voz baja—. Thom se haría amigo de una lechuga si pudiera. De un taco. De un mapache.

Le sonreí, dándole a entender que yo también pensaba eso de Thom. Y, pese a todo, no pude dejarlo estar.

—Ya, pero hay algo en él que no me cuadra —murmuré.

Ryan estaba perdiendo el hilo de la conversación. Me preguntó, un tanto confuso:

—¿En quién? ¿Thom?

—No. Robert —dije—. Hay algo en él que no me cuadra.

Me miró, preocupado.

—¿Algo como qué?

Se apartó flotando del banco en el que estaba sentado y empezó a avanzar caminando por el agua hacia mí. Comprendí que no podía contarle lo que sabía —lo del centro terapéutico de Jacksonville donde Robert había estado ingresado— por la promesa que le había hecho a

Susan, el secreto que le había prometido guardar. Dejé vagar mi mente en el silencio que siguió.

—Yo me lo tiraría —dijo Ryan, acercándose a mí.

La luz del jacuzzi estaba apagada, pero la de la piscina refulgía con su azul aguamarina e iluminaba sus rasgos, y con el pelo echado hacia atrás los detalles de su cara casi perfectamente simétrica se veían más pronunciados e incluso me fijé por primera vez en que tenía una levísima zona de pecas en la nariz y las mejillas. Odié que dijese aquello sobre Robert, pero estaba tan relajado y aturdido por el sexo que una especie de serenidad mitigó el brote de emoción que experimenté súbitamente al oírselo decir. Y tuve que convenir con él:

—Sí, yo también. Yo también me lo tiraría.

Ryan estaba frente a mí, de rodillas, mirándome a los ojos cuando noté una mano en la polla, y entonces dijo en voz baja y llena de lascivia:

—¿Qué le harías?

Lo tenía tan cerca que nuestros labios se tocaban, y noté la punta de su erección presionando contra mi muslo.

—Dime. ¿Qué es lo primero que le harías?

Hubo un momento hacia el final del fin de semana en que las cosas se desviaron un poco de su curso, y fue el domingo al caer la noche. Ryan llevaba desde las dos de la tarde en el salón viendo partidos y bebiendo Coronas y yo iba entrando y saliendo de mi dormitorio, centrándome en mi libro, tratando de acabar un trabajo para el instituto que llevaba con retraso, metiéndome con él en la piscina durante algún descanso de los partidos —ya habíamos tenido sexo al despertarnos—, y en cierto momento, a media mañana, Debbie había llamado, quería saber cómo me encontraba y si necesitaba que se pasase: a lo mejor podía traerme algo, chili de Chasen's, un helado Double Rainbow, y yo hablé con ella en la cocina delante de Ryan, que se estaba comiendo un bagel con salmón ahumado mientras leía la sección de deportes del *L.A. Times* dominical y que no comentó nada cuando tuve que responder «Yo también te quiero» antes de colgar el teléfono. Ryan simplemente aceptaba que Debbie Schaffer era algo con lo que yo iba a continuar, le

dio otro mordisco a su bagel y pasó una página, pero no sin antes mirarme con una sonrisa burlona y un arqueo de ceja exagerado. Me encogí de hombros.

—No pasa nada —dijo él—. Lo entiendo.

Pero cuando Debbie volvió a llamar más tarde por la línea principal mientras estábamos en el salón, después de que yo no hubiese cogido el teléfono en mi dormitorio, dejó un largo mensaje en el contestador y yo observé a Ryan, que parecía tenso, revolviéndose levemente, subiendo el volumen de la tele, sosteniendo el mando con el brazo apuntando directo a la pantalla, tratando de ahogar la voz de Debbie, y cuando ella por fin colgó sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Cuando llamó por tercera vez, hacia las seis, Ryan seguía arrellanado en el sillón frente al televisor con un montón de botellas de Corona vacías en el suelo, y gritó:

—Por Dios… pero ¿qué coño quiere? —Estiró el cuello para ver dónde estaba—. ¿Qué espera de ti?

Yo estaba en la cocina, buscando algo para la cena.

—Solo quiere saber cómo estoy —dije, encogiéndome de hombros.

—¿De tu enfermedad imaginaria? —me preguntó Ryan poniendo los ojos en blanco—. ¿Solo quiere saber si te estás recuperando de tu enfermedad imaginaria? —Soltó un resoplido—. Menuda lumbrera. ¿Es que no pilla las indirectas?

—No sabe que esto no es real —murmuré, sacando un cuenco tapado con papel film de la nevera e inspeccionándolo: macarrones con mozzarella y tomates, la sosa especialidad de Rosa.

—Es una puñetera mimada sin remedio —contestó Ryan, mirando fijamente la tele: empezaba la media parte en algún sitio, pusieron un anuncio.

—No es que no tenga remedio —dije al fin, acercándome a él y quedándome de pie junto al sillón—. De verdad que no. Es solo que… se preocupa por mí.

—Son todos una puta escoria sin remedio —dijo Ryan por lo bajo, y luego, ligeramente exasperado—: Joder, Bret, venga ya…

Fue la primera vez que se produjo cierta tensión, una oposición a lo

que habíamos compartido aquellos días, y supongo que podría haberlo pasado por alto y haberme vuelto a la cocina para continuar sacando los platos precocinados que Rosa me había dejado para el fin de semana, pero en cambio me quedé allí de pie y al final pregunté:

—¿Quiénes son todos?

Se quedó parado, hizo una mueca, se giró a mirarme.

—¿En serio?

—Sí. ¿Quiénes son todos?

Volvió a mirar el televisor.

—Bueno, pues para empezar Debbie Schaffer, tu novia, con su puto caballo y esa actitud de arrogancia sin límite. Tony Matthews, Jeff Taylor…

—¿De qué vas? —le pregunté.

—… Dominic Thompson, paseándose por la puta Europa todo el verano, Tracy Goldman…

—¿Y qué me dices de Thom? —lo interrumpí.

Una pausa.

—Thom también, por supuesto —dijo Ryan en voz baja—. Probablemente sea el peor de todos.

—¿El peor de todos? —le pregunté, y acto seguido—: ¿Cómo puedes decir eso de Thom?

Ryan me despachó con un gesto de la mano. Me di cuenta de que estaba borracho.

—Son todos unos mimados y hacen lo que les da la gana y nunca hay consecuencias para ninguno de ellos…

—¿Consecuencias de qué? —le pregunté, tensándome.

—De ser un asqueroso niño rico —respondió, mirando fijamente la tele y usando el mando para ir pasando canales—. Kyle Colson. Susan Reynolds. Doug Furth. Unos inútiles. El puto chico nuevo, Robert, con su puto Porsche 911. ¿Quién le compra a su hijo un Porsche 911?

—¿Y Matt Kellner? —aventuré.

Ryan se limitó a encogerse de hombros, no dijo nada.

—No se puede decir que tú seas pobre, Ryan —dije al fin—. Andáis también bastante desahogados.

—Muchas gracias —masculló.

—No puede ser que todo esto te importe de verdad. Vamos, estás de coña. En realidad te da igual. —Y luego—: Pensaba que Thom te caía bien.

—Me cae bien Thom Wright —dijo Ryan con bastante paciencia—. Pero también es un pringado. Un niñato rico que no se entera de nada.

—Thom Wright cree que eres uno de sus mejores amigos.

Había tenido la vista clavada en la tele y cuando bajé la mirada hacia Ryan vi que sus facciones se tensaban con desprecio.

—Thom Wright es un inútil. No tiene ni idea de nada que se salga de su pequeño y estúpido mundo…

—Yo creo que Thom sabe ver más allá de eso —dije—. Creo que Thom sabe lo que es sufrir.

—¿Cómo? Si todo se lo han dado hecho. ¿Cómo va a saber lo que es sufrir ninguno de nuestros supuestos compañeros, Bret, si todo se lo han dado hecho? —Hizo una pausa—. Son todos unos putos robots consentidos, protegidos en sus mansiones donde les dan todo lo que desean.

—Los padres de Thom se divorciaron…

—Uy, sí, el papaíto tuvo que mudarse a Nueva York para conseguir un trabajo mejor y mantener a Tommy y a su madre a cuerpo de rey en Beverly Hills…

—Thom es buena gente, Ryan, y es nuestro amigo.

—No he dicho que no sea buena gente. —De pronto se incorporó en el sillón, alarmado de que esa fuese mi lectura—. He dicho que es un asqueroso niñato rico, no que no sea buena gente.

—Estás borracho. Pareces desquiciado.

—Puede —respondió encogiéndose de hombros—. A lo mejor estoy completamente desquiciado.

—¿Por qué desprecias tanto a Thom? ¿O a Susan? —Me callé un segundo y luego pregunté—: ¿Y a mí?

Volvió a encogerse de hombros.

—Todos os protegéis los unos a los otros.

—¿Que nos protegemos los unos a los otros? ¿De qué?

—De la realidad. —Lo dijo con voz deliberadamente siniestra, haciendo que reverberase como si hablara en una cueva enorme y vacía.

No insistí más porque tampoco me pareció que tuviese sentido: Ryan estaba un poco borracho y algo acerca del mensaje que había dejado Debbie Schaffer lo había irritado, lo cual condujo a aquella diatriba contra nuestros compañeros de clase, nada más. Puede que Ryan viviese en Northridge, que sin duda no era un lugar tan atrayente como Beverly Hills, puede que su padre no fuese un productor de cine famoso ni un jefe de estudio ni un acaudalado promotor inmobiliario, y puede que, a diferencia de prácticamente el resto de nuestros compañeros de clase, Ryan tuviese que trabajar en verano, pero yo siempre lo había considerado uno de los nuestros, y tenía algo que muy pocos alumnos de Buckley poseían, de hecho solo dos o tres: un espectacular atractivo físico; puede que hubiera cosas que anhelara y no pudiera tener, pero había un hecho que seguía estando clarísimo: Ryan era hermoso. Y dudo que hubiese cambiado eso por la mansión de Debbie Schaffer en Bel Air ni por el yate de Dominic Thompson ni por el Porsche de Robert Mallory. Atribuí aquella extraña irritabilidad a las cinco o seis Coronas, porque nunca había visto a Ryan bebiendo alcohol y pensé que eso era lo que había avivado su calmada indignación, así que lo dejé estar. La verdad es que no había oído la menor insinuación a aquella conciencia de clase en ninguna de las conversaciones que habíamos tenido la primavera anterior o durante el verano, pero tal vez, pensé, me lo había comentado en algún momento y yo no me había dado cuenta, demasiado perdido en su belleza como para escuchar y captar quién era realmente Ryan aparte de un cuerpo, una forma, un trofeo erótico que quería ganar.

Antes de que empezase otro partido, Ryan se puso en pie tambaleante y recogió las botellas vacías del suelo, fue con cuidado a la cocina y, después de colocarlas junto al fregadero, se pegó a mí y me abrazó por la espalda mientras se frotaba suavemente contra mi culo. Murmuró una disculpa mientras sus labios rozaban mi oreja, y luego me dio la vuelta y se puso de rodillas: aquella fue la sexta vez que

follamos aquel fin de semana, y resultó ser la última. Nos quedamos dormidos juntos, pero él sabía que la criada estaría en casa a las ocho al día siguiente y me hizo programar la alarma. Cuando saltó a las siete y media, me desperté de golpe y me giré, pero ya se había ido. Su lado vacío de la cama fue la primera pista de que quizá Ryan Vaughn no se iba a tomar aquello tan en serio como yo: no me había despertado al marcharse, no se había despedido, no me había dado un beso. La segunda pista fue el fogonazo de tristeza y pánico que me invadió al caer en la cuenta: dudo que yo hubiese provocado en Ryan el mismo impacto emocional que él había provocado en mí.

10

A Katherine Latchford la encontraron en un contenedor que llevaba sin vaciarse un mes detrás de una gasolinera cerca de Redlands, y el cuerpo de Sarah Johnson lo habían embutido en una tubería de desagüe en un solar en construcción abandonado a las afueras de Simi Valley, pero los restos de Julie Selwyn fueron «presentados» en un sitio mucho más público cuando por fin los encontraron —descubiertos en una pista de tenis en el Shadow Ranch Park de Woodland Hills por dos chicos del instituto Taft que querían jugar unos sets a primera hora de aquella mañana—, y esto daba a entender que el Arrastrero empezaba a sentirse cómodo con la historia que estaba creando, y que tal vez quería causar una impresión más inmediata. Los chicos de Taft pensaron que se estaban acercando a un maniquí en medio del verde asfalto, una broma perversa de alguien, hasta que olieron una leve ranciedad y se fijaron en las nubes de mosquitos que revoloteaban alrededor del cuerpo desecado apoyado contra la red, despatarrado: ahí estaba el cráneo con toda la melena intacta y las cuencas vaciadas, le habían sacado los ojos y le habían grapado periódicos por todo el cuerpo a modo de papel de envolver para ocultar las mutilaciones —lo que más tarde llamarían las «alteraciones» y «reconstrucciones»— infligidas a Julie Selwyn. De aquellas «alteraciones» no se supo nada hasta que más tarde ese año se publicó una serie de artículos sobre el Arrastrero en el *Los Angeles Times* , donde se completaban algunas lagunas de información y se daba respuesta a preguntas que la gente no dejaba de hacerse, aunque no se llegó a realizar una descripción total y completa y todo siguió resultando bastante vago, porque los detalles sobre las «alteraciones», las «reconstrucciones» y los «ensamblajes» eran demasiado obscenos y perturbadores para lo que se consideraba un periódico familiar.

La semana en que se encontró el cuerpo de Julie Selwyn, el Departamento de Policía de Los Ángeles confirmó haber recibido dos

llamadas del sospechoso o sospechosos («el gruñido gutural y arrastrado» de la voz «fingida», la voz que aseguraba haber cometido los crímenes y que cometería más, según confirmaron los artículos siguientes) y el apodo que se vinculó al sospechoso fue —citado dos veces en plan de broma en el expediente redactado por la unidad de Hollywood del Departamento de Policía de Los Ángeles— el Arrastrero. Más adelante apareció en el *Times* la foto de una carta del sospechoso garabateada con caligrafía infantil, con las obscenidades tapadas en negro, donde admitía que él «y sus amigos» habían secuestrado a Julie Selwyn cuando se dirigía hacia su coche al salir de una fiesta en una calle de la colina en Encino; no muy lejos de Haskell Avenue, me fijé. Lo que no publicaron fue la carta donde el Arrastrero detallaba las heridas que le había hecho a Julie Selwyn, algo que solo él podía conocer —confirmando así su culpabilidad— y que los dos chicos de Taft no habían podido ver bajo los periódicos grapados a lo que quedaba del cuerpo de la chica. Lo único que se filtró —y que no se verificó a lo largo de aquel primer año— sonaba tan extravagante que parecía inventado, un mito urbano, algo comparable a los litros de semen que supuestamente le habían extraído a Rod Stewart del estómago, pero aún más escabroso: los peces que habían desaparecido del acuario de Katherine Latchford una semana antes de su secuestro (y después de que dejasen un póster del disco *One Step Beyond* de Madness en la puerta de la casa de sus padres en Coldwater Canyon, en Studio City) habían sido introducidos en la vagina de Katherine, que luego había sido sellada con una cantidad generosa de cemento de caucho.

Las preguntas se multiplicaron durante aquella semana de septiembre: ¿dónde estuvieron guardados los cuerpos a lo largo de aquellas ocho semanas entre el secuestro y el hallazgo de los cadáveres? ¿Cómo habían logrado conservarlos en aquel estado? ¿Cuándo fueron asesinadas las chicas exactamente? ¿Cuál había sido la auténtica causa de la muerte? *Los Angeles Times* también confirmó que los allanamientos que habían comenzado a asolar la ciudad durante el verano de 1980 y principios de invierno de 1981, y que se reanudaron a finales de la primavera de aquel año y se interrumpieron de nuevo y

volvieron a comenzar durante la segunda semana de septiembre, estaban relacionados sin ninguna duda con los asesinatos, dado que se había confirmado que a lo largo de las semanas previas a su desaparición las tres víctimas se habían quejado de llamadas telefónicas silenciosas, muebles cambiados de sitio en sus dormitorios, regalos misteriosos (en el caso de Sarah Johnson, un póster del doble LP de Public Image *Second Edition* , y en el de Julie Selwyn, un póster promocional del *Three Imaginary Boys* de The Cure), y, lo más siniestro, la cantidad de mascotas desaparecidas en los vecindarios de los alrededores que luego aparecieron sacrificadas. Pero también se especificó que ninguna de las tres chicas, las víctimas de los asesinatos, había sido previamente agredida por quienquiera que estuviese cometiendo los allanamientos.

Aquella semana experimenté cierta sensación de miedo, aunque en el anuncio del Arrastrero había un elemento, una confirmación de maldad, que lo hacía vibrar todo con la suavidad del melodrama, y casi me emocioné con la atmósfera que se estaba desarrollando: intensificada, ligeramente peligrosa, en cierto modo sexualizada. Había un relato inicial que yo estaba creando contra el fondo de aquellos crímenes atroces y que me hacía sentir como si estuviese en una película, sobre todo cuando escuchaba «I'm So Afraid» de Fleetwood Mac en la casa vacía de Mulholland puesto de Valium, mientras me paseaba por el porche imaginando que alguien me estaba vigilando, acompañado por el quejumbroso solo de guitarra de Lindsey Buckingham reverberando contra las laderas y los eucaliptos y las jacarandas, pero aquello no se sostenía por sí solo y pronto me vi comprándole hierba a Jeff Taylor a fin de poder dormir con más facilidad, insensibilizándome frente al miedo que me invadía en los instantes previos a meterme en la cama y apagar las luces, imaginándome ruidos por todas partes, al Arrastrero entrando por la fuerza, «porque ahora te toca a ti», diría el pasamontañas cerniéndose sobre mí con aquella espantosa voz arrastrada, los ojos demencialmente abiertos.

Y luego me sorprendió y me perturbó que en Buckley no se

comentase mucho ni se le diese la importancia que yo consideraba que debía dársele al hallazgo de Julie Selwyn y su conexión con las otras dos chicas asesinadas. Me pareció que la gente no le estaba prestando la debida atención; puede que supieran que habían encontrado el cuerpo de Julie Selwyn, y puede que algunos no se hubieran enterado de su vinculación con los asesinatos de Katherine Latchford y Sarah Johnson, pero Susan y Debbie no se mostraron tan interesadas como yo y eso me decepcionó. Cuando les preguntaba por lo que yo llamaba «el caso», o acerca de qué pensaban sobre el Arrastrero, al principio no sabían de qué les estaba hablando, estaban las dos muy ocupadas y eludían mi interés cambiando de tema: la fiesta que estaba planeando Susan, o un grupo que Debbie quería ver en el centro, o el misterioso Robert Mallory (pero solo cuando Thom no estaba cerca, me fijé), y las dos me preguntaban si me había recuperado del todo del fin de semana, cuando le había dicho a Debbie que no me encontraba bien para quedar con ella… días que pasé casi en su totalidad desnudo con Ryan Vaughn. Yo eludía sus evasivas.

Debbie, Susan y yo estábamos sentados junto al Pabellón a la hora del almuerzo; Thom estaba en otra mesa, llena de miembros de los Griffins, entre ellos Ryan, y me cabreaba que Ryan ni mirase hacia donde yo estaba, al menos como para no ignorarme por completo, y Debbie estaba concentrada en un trabajo de clase de última hora, su bolígrafo repasando rápidamente una hoja pautada mientras cotejaba con el libro de texto que tenía abierto delante, y Susan pasaba páginas de una *Rolling Sto ne* reciente con Jim Morrison en portada («Está bueno, es sexy y está muerto», era el titular), y aunque había muerto como una década atrás acabábamos de redescubrir a los Doors, todos teníamos su *Greatest Hits* y la banda sonora de aquel verano y otoño estuvo salpicada por «Light My Fire», «Break On Through» y «L.A. Woman». Recuerdo que aquel día vi a Robert Mallory a lo lejos, caminando por la plaza del campus, y lo seguí con la mirada hasta que se paró junto a Matt Kellner, que llevaba puesto el walkman y estaba tomando el sol como de costumbre y se limitó a saludar con la cabeza a Robert, que se sentó y rebuscó en una bolsa del almuerzo a cuadros blancos y negros y

sacó un sándwich. Matt, con un aspecto pálido, casi demacrado, se recostó contra la pared y se puso las Ray-Ban, cosa que daba a entender sin decir nada: Quiero que me dejen en paz. En retrospectiva, una vez que se hubieron publicado ciertos detalles sobre lo que precedía a los asesinatos, se me ocurrió —demasiado tarde— que habían robado el contenido del acuario de Matt, que habían cambiado de sitio sus muebles y que su gato había desaparecido, pero me estaba esforzando tanto en dejar de pensar en Matt Kellner que al principio ni siquiera até cabos, sobre todo porque el Arrastrero solo había matado a mujeres y Matt no encajaba en el perfil, y porque yo seguía demasiado obsesionado con Ryan Vaughn, que había borrado a Matt, y también a Robert Mallory, que estaba eclipsando todo lo demás.

Aquella mañana yo estaba hojeando el ejemplar del *Los Angeles Times* y mencionaban de nuevo a Julie Selwyn y a aquella *cosa* que apareció de repente y que admitía la responsabilidad de los allanamientos y las mascotas desaparecidas, además de los tres asesinatos, y sencillamente las chicas no reaccionaron como yo esperaba. Vale, murmuraron las dos mirando por encima las fotos del periódico —«Era una chica guapa», dijo Susan, confirmando ambas que sabían quién era Julie Selwyn—, y sin embargo Debbie volvió a sus deberes y los ojos de Susan se clavaron de nuevo en el artículo de *Rolling Stone* sobre Jim Morrison, algo más interesante ocupaba su mente en ese momento. Cuando volví a mencionar al Arrastrero no sabían a quién me refería: sabían que se había encontrado un cuerpo en la pista de tenis de Shadow Ranch Park pero no se habían informado más acerca de la historia, y tampoco estaban al tanto de que quienquiera que hubiese matado a Julie Selwyn también había cometido los otros dos asesinatos. Me sentí como si flotase por encima de todos los demás, solo, el único de nosotros a quien le importaban aquellos crímenes, mientras los ojos se me seguían yendo hacia Robert Mallory, sentado inocentemente bajo un nogal en una cálida tarde de septiembre, concentrado en su almuerzo, con Matt Kellner al lado. Y me pregunté por qué Robert no se había sentado con nosotros, por qué no estaba con Debbie, con Susan y conmigo en la mesa central junto al Pabellón. Era como si hubiese una presencia que

no quisiera perturbar, y pensé: se trata de Susan. Estuve a punto de llamarlo —a Matt no le habría importado—, pero me di cuenta de que no quería que se sentase con nosotros, porque no era trigo limpio y tenía la terrible premonición de que Susan Reynolds se estaba enamorando de él. Volví al artículo del *Times* , frustrado porque a nadie pareciese importarle.

Pero tal vez en el sur de California estábamos ya muy quemados de tanto asesino en serie como deambulaba por el panorama de los setenta y principios de los ochenta, entrecruzándose los unos con los otros por las autopistas y a través de los cañones y bulevares, a la caza de víctimas haciendo autoestop en las playas y esperando en paradas de autobús, tomando algo en restaurantes de gasolineras de la costa y saliendo borrachas y tambaleantes de los bares, desde Glendale hasta Oceanside, desde Westminster hasta Redding, desde Cathedral City hasta Long Beach, esparciendo cadáveres mutilados, torturados de forma escabrosa con tuberías de acero y cristales rotos, en vertederos y dunas y bosques y a lo largo de la autopista 395; una época anterior a las cámaras de vigilancia, los teléfonos móviles y la identificación por ADN en que los asesinos en serie podían permitirse ser muchos y despreocupados: la cifra de asesinatos cometidos por solo uno o por una pareja podía llegar a veinte o treinta, cincuenta o sesenta, durante aquella década en concreto. (Ahora han sido sustituidos por los tiroteos masivos). Tal vez el Arrastrero no resultaba tan amenazador con solo tres muertes confirmadas, y puede que todos los que me rodeaban se sintiesen jóvenes e invencibles y por eso las primeras noticias sobre las víctimas no lograron estimular la conversación que yo consideraba que merecía. Pero en realidad aquello aún no le interesaba a nadie, ni siquiera después de las ruedas de prensa, ni tampoco después de aquel fin de semana en que salieron a la luz nuevos detalles macabros en un largo reportaje en el *Los Angeles Times* . Susan continuó planeando afanosamente la fiesta en la casa de Beverly Hills en North Canon Drive que, como solo Susan, Debbie, Thom y yo sabíamos, se celebraba en realidad en honor de Robert Mallory. Para mantener una especie de inocencia forzada, aquella semana hice todo lo que Debbie quiso y la

acompañé a todas partes, porque eso me calmaba; en Buckley la tenía todo el tiempo encima, arreglándome el pelo y alisándome la corbata e inclinándose sobre mí para darme un ligero beso en los labios en la asamblea de media mañana, donde ella contaba con el mayor número de público observándonos, y siempre cogidos de la mano cuando íbamos a clase o a comer en las mesas junto al Pabellón, donde nos sentábamos con Susan y Thom, y de vez en cuando se nos unían otros, normalmente miembros del equipo de fútbol americano, mientras yo iba siendo cada vez más consciente de que nadie hablaba del Arrastrero.

Aquella semana noté que algo había cambiado entre Ryan y yo: habíamos creado una historia de alta intensidad en solo dos días, durante los cuales no hubo nada que no tocásemos, viésemos o saboreásemos el uno del otro, pero ahora él parecía haberse vuelto más tímido y apocado de lo que yo esperaba. No es que creyera que lo que habíamos experimentado —aquella *revelación* — fuese a transformarlo en un tipo más audaz y desenfadado, pero me sorprendió ver lo sumiso y evasivo que se volvió en el campus, como si estuviese paranoico porque alguien nos estuviera vigilando, escrutando nuestras interacciones, buscando pistas en nuestra manera de mirarnos, y la habitual mirada cómplice en el pasillo junto a las taquillas o bajo la torre del campanario se convirtió en una sonrisa fija que rayaba en la inexpresividad: parecía que lo acuciase una nueva angustia por si el solo hecho de mirarme pudiese delatar algo a quienquiera que nos estuviese vigilando, nuestro acechador secreto, o tal vez solo estuviera siendo, según sus propias palabras, «práctico» y «pragmático», asegurándose de que la película en la que estábamos metidos avanzase sin problemas y afirmando que su actitud evasiva era simplemente por el bien de Debbie y por tanto del mío, y que a ese nivel debería estarle agradecido. Y pese a todo aquella semana siguió viniendo ávidamente a la casa de Mulholland después de clase, y aunque Rosa me estuviese preparando la cena en la cocina o doblando toallas en el lavadero no mostró la menor vacilación ni inquietud al entrar conmigo en el dormitorio, donde nos encerrábamos con el pestillo puesto, cerrábamos

las finas persianas venecianas grises, nos despojábamos de toda la ropa, follábamos a toda prisa y nos corríamos en cuestión de minutos, mi boca contra la de él, amortiguando los sonidos que emitía mientras su cuerpo se tensaba al llegar al orgasmo.

El sexo que tuvimos aquella semana sustituyó a los ratos que pasábamos juntos a la hora del almuerzo, y Ryan ya no volvió a sentarse conmigo, prefería hacerlo con Dominic, Doug y Kyle mientras yo hacía lo propio con Thom, Susan y Debbie, y a veces con Jeff Taylor y Tracy Goldman, y durante esos almuerzos Jeff miraba cómo Thom y yo jugábamos al backgammon mientras las chicas planeaban la fiesta de Susan con Tracy. Siempre había nuevos detalles, nuevos contratiempos, interminables e ínfimos dramas por nada: habían decidido invitar también a los de tercero, iban a encargar sushi, había que añadir canciones a la lista de música. Nadie mencionaba a las chicas muertas. Estando junto a las taquillas le pregunté a Ryan qué pensaba del hallazgo del cuerpo de Julie Selwyn y del anuncio del Arrastrero, y él se me quedó mirando sin entender y me contestó que no sabía de qué iba la cosa. Nuestras miradas se cruzaron después de la respuesta y en ese instante destelló la lujuria en el espacio entre ambos y él respiró hondo, se limitó a asentir con la cabeza y yo hice lo mismo, casi involuntariamente. Murmuró: «Quiero volver a tu casa», y yo le respondí por lo bajo mientras metía dos libros en la taquilla: «Sí, quiero saborear tu polla», él dio un breve respingo y entonces me preguntó en voz baja: «Sí, ¿quieres que vuelva a follarte?», y yo no pude decir nada, solo asentí y me afané con algo en la taquilla. Y entonces se alejó hacia otra clase sin decir nada más. Mi cara siempre se ruborizaba y siempre tenía que controlar la respiración.

Durante aquella semana del otoño de 1981 me di cuenta de que también le estaba sucediendo algo a Susan Reynolds. Empezó a aflorar en ella otro tipo de belleza; algo parecía resplandecer en su interior, un fulgor nuevo, y yo no era capaz de precisar con exactitud de dónde emanaba: simplemente parecía más guapa conforme transcurrían sus diecisiete años; sus movimientos transmitían una confianza natural que resultaba fascinante. Nada parecía hacerla reaccionar ni sorprender ni

alterar: se limitaba a deslizarse con serenidad a través de nuestro mundo ligeramente fumada, y eso le confería un aura sexual aún más pronunciada. Se había hecho algo en el pelo, no sabía el qué y tampoco se lo había preguntado, pero lo llevaba un poco más corto, y el maquillaje tal vez algo más acentuado —alrededor de los ojos, en los labios—, pero sin dejar de ser sutil. Casi nunca llevaba la americana de Buckley —la mayoría de las chicas y muchos chicos dejaban de ponérsela una vez que empezaban las clases, porque hacía demasiado calor para llevarla todo el año y la dejaban colgada en sus taquillas—, pero sí que era de uso obligatorio para todo el mundo durante la asamblea de media mañana, donde se entonaban el Juramento de Lealtad y la oración del colegio, y ahí fue donde me fijé, incluso debajo de la americana, en que Susan llevaba una nueva variación de la blusa blanca que formaba parte del uniforme de las chicas, y que la suya era más vaporosa y más elegante que las de sus compañeras; ahora, con dos o tres botones desabrochados (en lugar del primero solo), se le veía claramente el escote, que es lo que entendí que pretendía. Pero aquello no era para disfrute de Thom Wright: aquello era algo que Susan hacía, comprendí con temor, para otra persona, y pese a que aún no estaba demostrado, intuí que era para Robert Mallory, al igual que el dobladillo de la falda gris, que ahora llevaba por encima del muslo, como Debbie Schaffer.

Cuando caí en la cuenta de aquel detalle, el miércoles después del fin de semana que pasé con Ryan —estaba charlando con Susan bajo el campanario frente a la biblioteca—, me quedé un momento embobado y me perdí lo que fuera que me estaba diciendo mientras posaba la mirada en la parte emergente de sus pechos, y luego me obligué a prestar atención y asentí pensativamente, conviniendo con lo que fuera que acabase de proponer. Pero entonces ella se calló, me miró inquisitivamente y me preguntó:

—¿De verdad? ¿Qué acabo de decir?

No quería que supiese que había desconectado hacía por lo menos un minuto, pero cuando hice contacto visual con ella y la miré con semblante inexpresivo se limitó a suspirar.

—Ay, Bret. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—¿Qué vamos a hacer conmigo? —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Se te ocurre alguna idea?

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Qué te pasó?

—Era solo gripe. Un virus. No fue nada.

—Desapareciste —dijo Susan.

—Me pasé todo el tiempo en mi dormitorio…

—¿Por qué no dejaste que Debbie fuese a verte? Para llevarte algo, para cuidarte…

Me desperté de golpe llevado por una súbita irritación, porque Susan sabía algo que no estaba admitiendo: aquel interrogatorio parecía una provocación, como si intuyese que estaba encubriendo a Ryan Vaughn. Una leve sensación de ansiedad revoloteó por mi pecho mientras la miraba fijamente, luego sacudí la cabeza, me encogí de hombros y le seguí el juego.

—No hacía falta. No tenía por qué molestarse. No quería hacerle perder el tiempo. —Y añadí—: Me encontraba bien.

—No creo que Debbie lo hubiese considerado una pérdida de tiempo —dijo Susan—. Teniendo en cuenta que eres su novio, ¿verdad?

Me la quedé mirando, preguntándome qué estaba haciendo. El «¿verdad?» con que remató la frase creaba una dimensión negativa, daba a entender que Susan sabía que yo no era en realidad el novio de Debbie; me estaba retando. Se me pasó por la cabeza ayudarla a llegar más rápidamente a donde quería llegar, pero comprendí que había demasiados escollos y no quería que ninguno de los dos chocase contra ellos.

—Ya, pero es que no me apetecía —dije con gesto despreocupado, mirando a lo lejos al aparcamiento. Divisé el Porsche negro de Robert como si mis ojos se vieran involuntariamente atraídos por él, resplandeciendo oscuramente al sol.

—Bueno, pues a ella sí le apetecía —respondió Susan—. Ir a verte. ¿Te lo planteaste siquiera? —Hizo una pausa—. ¿Qué te habría costado dejar que pasara a verte el sábado o el domingo?

Me quedé callado y me limité a mirarla. Ella me devolvió la mirada

con aquellos ojos verdes impasibles, las pestañas con una levísima capa de rímel, esperando a que dijese algo, y de pronto me invadió una sensación de impotencia que ya jamás me abandonaría. Me parecía tan inmensa que no valía la pena ni intentarlo. Respiré hondo y me limité a seguir mirándola. Y ella mantuvo la mirada clavada en mis ojos, pacientemente, esperando una respuesta. ¿Dónde estaba el participante tangible, el novio diligente en el que había decidido convertirme el resto del año? ¿Dónde estaba el actor que debía interpretar aquella pantomima? Pero salí del paso sin esfuerzo: inspiré y sonreí, aunque ahora consideraba la conversación como una especie de confrontación, y dije con ligereza:

—No quería contagiarle lo que tenía, así que me comporté, de hecho, como un novio atento, Susan.

—¿Qué síntomas tenías? —me preguntó Susan, preocupada—. ¿Qué te dolía?

—¿Cómo? —dije con un leve respingo—. Me dolía la cabeza. Tenía náuseas. Pensé que estaba incubando algo.

Siguió un largo silencio, colmado de tantas y tantas cosas sin decir. ¿Cómo habíamos llegado a aquel punto en el que lo que queríamos decirnos flotaba en las pausas que dominaban la conversación?

—En fin, me alegro de que te encuentres mejor —dijo Susan—. Thom y yo nos preocupamos al ver que no respondías al teléfono en todo el fin de semana. A ver, ya sé que a Thom no le gusta mucho hablar por teléfono, pero tú y yo sí solemos hacerlo.

—Ya, lo sé, pero recibí vuestros mensajes, así que… —dije, y lo dejé así. Tampoco sabía qué añadir.

—¿Por qué no contestaste cuando llamé? ¿O cuando llamó Thom?

—Susan… —dije. Sonó a advertencia, que quizá era lo que buscaba ella.

—Ha sido un fin de semana extraño. Todo el mundo estaba desaparecido.

—¿Ah, sí? —pregunté. Echamos a andar hacia el aparcamiento—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, Jeff se había ido a Malibú con Tracy, Robert estaba en

Palm Springs con su tía y Thom no conseguía localizar a Ryan. Tony y Kyle tampoco andaban por aquí. —Se detuvo cuando nos acercábamos a su coche—. El padre de Ryan nos dijo que iba a pasar el fin de semana con un amigo, pero no sabía con quién. ¿Tú tienes alguna idea?

« Robert estaba en Palm Springs con su tía». ¿Por qué lo sabía Susan? ¿Por qué colocaba a Robert en aquella lista de amigos ausentes? ¿Por qué me lo revelaba como quien no quiere la cosa? Pero me había preguntado por Ryan y dónde pensaba que podía haber estado, así que tenía que responder.

—¿Por qué no se lo preguntas a Ryan? ¿Por qué voy a saberlo yo?

—Pensaba que os habíais hecho amigos.

—Bueno, pues desde luego yo no lo sé —dije—. No sé dónde estuvo Ryan.

Susan se quedó callada, y aquel instante de silencio significaba que estaba procesando lo que acababa de decirle. Una mentira.

—En fin, me alegro de que estés bien…

—Susan… —empecé, los ojos cerrados—. Vamos a dejarlo ya, ¿vale?

—¿Dejar qué? —me preguntó, aparentando inocencia.

—Tengo una vida propia. Si me quiero pasar el fin de semana solo, trabajando en mi libro o mirando el techo, de verdad que espero que te parezca bien, y no tengo que darle explicaciones a nadie de por qué quiero estar solo. —Me callé un momento y entonces le espeté—: ¡A lo mejor ni siquiera estaba enfermo! A lo mejor me encontraba de puta madre y simplemente quería estar solo. ¿Os parece bien a todos? ¿O es que he hecho algo malo? —Saqué el labio inferior como un niño al que están regañando y puse voz de bebé—. ¿He sido un niño malo, Susan? ¿He hecho algo mal?

—No. —Lo dijo en el mismo tono suave e impasible: si mis palabras la habían perturbado, no lo dejó entrever—. Para nada, Bret.

—Lo que quiera que hiciese el fin de semana pasado no tiene nada que ver con Debbie.

—Ya, eso está bastante claro —murmuró, echando a andar delante de mí hacia el BMW blanco.

—Eh, eh… —dije, agarrándola para que se diese la vuelta.

Se zafó de mi mano haciendo girar el hombro, dejó los libros en el techo del coche y se volvió a mirarme.

Yo estaba a punto de decir algo cuando ella alargó una mano y puso un dedo sobre mis labios. Aquel era un gesto teatral que solíamos hacer entre nosotros para indicar que no necesitábamos oír lo que el otro iba a decir porque ya sabíamos la respuesta y de todos modos no cambiaría nada, o para decir que la otra persona tenía que dejar de hacer preguntas que no iban a ser respondidas. Siempre nos divertía y sonreíamos ambos con el sobreentendido, aquel gesto de los amantes en las películas malas.

—No hace falta que digas nada —me susurró—. A mí me parece bien todo lo que hagas, Bret. Solo era curiosidad, pero no tienes que decirme nada.

Su dedo frío contra mis labios me desarmó por completo; toda la ansiedad que sentía y toda la rabia que había acumulado desaparecieron en cuestión de segundos, y exhalé mientras Susan bajaba la mano para apartar el dedo de mi boca.

—No tengo nada que decir —dije al fin—. A lo mejor eso me hace culpable.

—¿Tenemos secretos entre nosotros? —me preguntó de pronto—. Antes no los teníamos, o eso pensaba yo, puede que uno o dos, pero ¿tenemos secretos ahora?

«Tu secreto está a salvo conmigo», recuerdo que me dijo Susan en Westwood la primavera anterior, y nunca le pregunté a qué se refería. Y automáticamente pensé en Robert Mallory y en lo que supuestamente sentía ella por él, algo de lo que, es cierto, solo sabía por lo que me había contado Debbie y nadie más. No tenía nada en qué basarme salvo en lo que Debbie me dijo mientras flotaba en el jacuzzi dos semanas atrás e insinuó que a Susan le gustaba. Y por mucho que me avergonzara que Robert le hubiera contado a Susan y Thom que lo había estado siguiendo por Ventura Boulevard aquella tarde del primer día de instituto, lo cierto es que nunca vi a Susan y Robert juntos durante aquellas primeras semanas de septiembre, así que no había pruebas de que esas insinuaciones fuesen verdad. A veces tenía que

calmarme cuando pensaba que yo mismo me estaba montando en la cabeza toda aquella historia y la leve paranoia que Robert Mallory conspiraba para crear a mi alrededor. «Ves cosas que no están ahí…». Eso es lo que hacen los escritores.

—¿Por qué celebras una fiesta para Robert Mallory? —le pregunté con un hilo de voz.

—Oh, para ya —masculló—. ¿En serio?

—¿Forma eso parte de un secreto, Susan?

Abrió la puerta del conductor y se metió en el BMW, y antes de cerrarla me fijé una vez más en lo corta que se había vuelto su falda y volví a caer en aquel estado de ansiedad ligado a sus supuestos sentimientos por Robert, que, para mí, estaban totalmente confirmados por la fiesta que con tanta meticulosidad estaba organizando para él. Y entonces, después de bajar la ventanilla, me miró y me dijo simplemente mientras arrancaba el coche:

—Solo queda un año, Bret. —Me la quedé mirando como si no entendiese—. Un año más aquí y se acabó.

Y una semana después, al miércoles siguiente, acabé hablando con Robert Mallory; me abordó él, de lo contrario no habría ocurrido, es decir, yo no habría iniciado una conversación por propia iniciativa. Era la primera vez que hablábamos desde que lo vi en el espacio de Melrose, donde me contó como si nada lo que le apetecía hacerle a Susan Reynolds: comerle el coño, follarle el culo, *hacerla gritar* . Fue en clase de Educación Física, que aquel año para los de último curso era a tercera hora, antes del almuerzo, y era la única clase del día en la que coincidíamos todos los grupos, aunque con los chicos y las chicas generalmente separados. Aquel día, los chicos estábamos en las pistas de Gilley y las chicas en el Pabellón, ya fuera nadando, jugando al voleibol, o igual escuchando discos y poco más. La Educación Física de último año era bastante informal y muy rara vez se insistía en la participación en comparación con los cursos inferiores, donde se trataba de una asignatura más estructurada y obligatoria. A los mayores les dejaban hacer lo que les apetecía: podías levantar pesas, jugar al tenis, si un grupo quería montar un partido amistoso de fútbol podía

sumarse quien quisiera, y algunos chicos se limitaban a tomar el sol en las enormes gradas que se cernían sobre el gigantesco campo de césped bordeado por una pista oval de atletismo y, más allá, un campo de béisbol con dos banquillos, con el Valle de San Fernando envuelto en el humo y la niebla extendiéndose infinito a nuestros pies. El entrenador Holtz o el entrenador McCabe —ambos resueltamente heterosexuales aunque eso no me impidiese fantasear con ellos— solían supervisarlo todo desde los laterales, paseándose bajo los postes que se elevaban sobre las porterías de fútbol en los extremos del verde campo, con sus silbatos al cuello, la carpetita en la mano, algunos chicos charlando con ellos sobre los partidos de la NFL emitidos aquella semana. El campo estaba rodeado por unas colinas boscosas que subían hasta Mulholland, y el único movimiento era el de los coches que circulaban silenciosamente por Beverly Glen, que serpenteaba a través del horizonte visible desde el colegio.

Aquel día en concreto en que hablé con Robert Mallory yo estaba en la parte alta de las gradas después de haber corrido varias vueltas a la pista, sin camiseta, tumbado en una de las hileras de bancos —había exactamente cuarenta hasta llegar a la cabina de megafonía—, y estaba bastante distraído contemplando a Ryan Vaughn, que llevaba una camiseta de los Griffins cortada por la mitad y le lanzaba el balón a Thom, vestido solo con los pantaloncitos rojos del equipo, descamisado. Doug Furth y Kyle Colson corrían desganadamente por la pista, mientras Anthony Matthews hacía el tonto con Kevin Kerslake; por algún motivo se iban agachando y saltando uno por encima del otro en el campo de béisbol, donde una bandera estadounidense colgaba de un largo mástil plateado. Tom Petty and the Heartbreakers sonaba en un radiocasete situado junto a uno de los postes, y «Here Comes My Girl» llegaba lejana y reverberante hasta donde yo estaba, maravillado ante la complexión atlética de Thom Wright mientras saltaba y lanzaba el balón con la gracia de un bailarín a Ryan, que corrió de espaldas, lo atrapó y se lo devolvió a Thom, que lo capturó todavía en pleno movimiento. Por la mañana Ryan me había comentado que se pasaría por mi casa después de clase y mi cuerpo se tensó de lujuria al pensar

en tenerlo desnudo en mi dormitorio, y lo observé intensamente mientras se plantaba las manos en las rodillas, jadeando, y luego miraba a su alrededor hasta que sus ojos llegaron a las gradas más altas, donde me divisó y se giró de golpe cuando alguien gritó su nombre: ni sonrisa ni saludo, la nueva distancia impuesta en público me quedó clarísima y sentí una leve punzada mezclada con la excitación y algunas imágenes de su pene rosado y erecto, húmedo de mi saliva y apuntando hacia arriba. Caí en la cuenta de que no había visto a Matt Kellner ese día, tampoco durante la asamblea; eché una ojeada a las pistas de tenis, de nuevo al campo de béisbol y luego al despacho del entrenador, confirmando definitivamente que no estaba. «Tusk» sonaba ahora en el radiocasete y me hizo pensar en Terry Schaffer y en su parecido con Lindsey Buckingham, y sonreí para mis adentros mientras contemplaba a Dominic Thompson parodiando la marcha de la banda de música junto con Jon Yates y David O'Shea, al tiempo que me preguntaba si Terry o Steven Reinhardt me llamarían para organizar una reunión sobre el guion que Terry quería que escribiese, y estremeciéndome con la sola idea.

Cuando volví a mirar a mi alrededor después de haber releído unas páginas de *Arrastrarse hacia Belén* , vi a Robert Mallory charlando con Thom y Ryan, los tres en medio del campo, los brazos en jarras, asintiendo de vez en cuando; Thom siempre con su amplia sonrisa, radiante, tan inocente, tan hermoso, y Ryan mirando fijamente a Robert, y recordé las cosas que aquel sábado por la noche en el jacuzzi había susurrado que quería hacerle, su erección presionando contra la mía mientras compartíamos nuestras fantasías sexuales sobre el nuevo. Me puse tenso cuando me di cuenta de que Robert se apartaba de Ryan y Thom y cruzaba el campo en dirección a las gradas. Y entonces se dirigió hacia mí sin vacilar, escaleras arriba, los pantaloncitos rojos se le subían provocativamente marcándole el paquete, y entrecerraba los ojos como si no pudiese verme mientras ascendía las gradas balanceando los brazos con aire despreocupado. Desde el lejano radiocasete Pete Townshend cantaba ahora «Let My Love Open the Door» y —pensamiento fruto de mis diecisiete años— caí en la cuenta

de que aún no había visto desnudo a Robert Mallory en los vestuarios y de que deseaba verlo con todas mis fuerzas a pesar de la leve repulsión que me inspiraba, pero su taquilla quedaba al otro lado de la pared. Me saludó con un simple gesto de la cabeza cuando se detuvo en la grada inferior a la mía y se quedó mirando hacia donde el Valle se encontraba con las montañas de San Gabriel, estirándose para contemplar mejor el panorama. Podía olerlo, me llegaba aquel aroma singular a sándalo, cedro y cenizas que actuaba como un narcótico. La camiseta de los Griffins era ceñida, le marcaba los bíceps, podía distinguir los abdominales y los pectorales definidos, y mi vista resiguió como quien no quiere la cosa sus musculosos muslos cubiertos de un finísimo vello castaño, y desvié la mirada cuando vislumbré la blancura de la ropa interior bajo los pantalones rojos al sentarse.

—Se está bien aquí arriba —dijo—. Tranquilo. Sin nadie alrededor.

Hizo una pausa mientras escrutaba el campo y las pequeñas figurillas diseminadas por el vasto césped verde. Yo me hice el interesante y no pronuncié palabra. Me sentía cohibido por su presencia y quise ponerme la camiseta, pero me preocupaba que aquello diese pie a una conversación que no quería tener: «No tienes que ser tímido conmigo, Bret». Se me endurecieron los pezones como si de pronto corriera una brisa fría por las gradas, dejé el libro de Joan Didion y me incliné hacia delante como si escondiera algo. Robert siempre conseguía inquietarme.

—¿Qué haces aquí arriba solo? —me preguntó con aire inocente.

—Planeando mi próximo movimiento —dije en tono inexpresivo.

Al principio pareció impactado por mi respuesta, luego momentáneamente confuso, como si le hubiese insultado. No quería que Robert pensase nada negativo sobre mí, ni tampoco que lo evitaba adrede. La verdad es que quería que estuviese tranquilo, y me di cuenta de que aquel recibimiento tan extraño por mi parte había sido un error, aunque a la vez me sorprendió que diese por hecho que tenía algo que ver con él. « Planeando mi próximo movimiento». Para mí, Robert a veces estaba por allí y a veces no, y ya me estaba bien así. Nunca me había levantado de la mesa del almuerzo cuando él se sentaba y

tampoco apartaba la mirada cuando establecíamos contacto visual al cruzarnos junto a las taquillas o en los senderos bajo los aleros, y siempre nos las arreglábamos para sonreírnos. Coincidíamos en dos asignaturas (Inglés Superior, Historia Europea), aunque él se sentaba en las filas de delante y yo en las de atrás, y allí nunca nos saludábamos. Las únicas veces en que me alarmó realmente allí en Buckley fueron cuando lo vi charlando con Matt Kellner en la asamblea de media mañana, y comiendo con él en el patio junto al Pabellón. Por lo demás, me limitaba a fingir que el Robert Mallory que me mintió al decir que no había estado en el Village Theater un año atrás, el Robert Mallory que profanó la estatua y el Robert Mallory que había proferido obscenidades sobre Susan Reynolds simplemente no existía. No era más que una parte de la labor de borrado general que estaba llevando a cabo: la aniquilación de mi yo real en favor del participante tangible que lo veía todo normal. El hecho de tenerlo sentado allí delante y que estuviéramos los dos solos en lo alto de las gradas de Gilley y que no me hubiese largado demostraba, o eso esperaba, que había aceptado a Robert.

—Estaba aquí perdiendo el tiempo —dije, me incorporé y me corregí —: Bueno, he corrido un par de vueltas. —Y luego—: No estoy planeando nada.

—Me preguntaba dónde te habías escondido —dijo mientras estiraba las piernas.

—No me estaba escondiendo —respondí mirándole a los ojos. La respuesta surgió en tono desafiante, y me cabreó que siempre me hiciese reaccionar así—. ¿Por qué dices que me estaba escondiendo?

—A lo mejor me estabas evitando.

—¿Por qué iba a evitarte?

—No lo sé —dijo inclinándose hacia delante—. A lo mejor he dicho cosas que no te gustaban.

Hice una pausa.

—¿Como qué?

—Igual dije algo la otra noche en el espacio. El espacio ese de Melrose.

Decidí ser franco.

—¿Ah, eso? —pregunté sin especificar—. Supongo que no estoy acostumbrado a que la gente hable así de mis amigos.

—¿Así cómo? —me preguntó con sincera curiosidad.

—Lo que dijiste de Susan —murmuré gesticulando—. Todas esas guarradas sexuales.

—Tío. ¿En serio? ¿Te ofendió eso? —Se incorporó y me miró confundido—. Siento que seas tan sensible. —Y luego—: Es que soy un tío, nada más.

Sonrió: hoyuelos. En una película lo habría deseado al instante, pero en persona su supuesta inocencia resultaba tremendamente amenazadora, demasiado ensayada y carente de naturalidad. Eso era lo que hacía que todo fuera tan tenso cada vez que él andaba cerca: yo veía claramente el papelón que se estaba marcando y me exasperaba ser el único. Le tenía miedo: me daba pavor, y salvo por la profanación del grifo, tampoco sabía exactamente a qué atribuir ese miedo. Quizá porque había pasado un tiempo internado en un centro terapéutico a las afueras de Jacksonville el año anterior, y lo que más escalofríos me daba: nadie sabía el motivo. Tal vez los motivos fueran inocentes, o tal vez no. Y sin embargo le habíamos prometido a Susan que no sacaríamos el tema a colación ni le preguntaríamos nada. Teníamos que fingir que no lo sabíamos para proteger a Robert Mallory: un absurdo más en el mundo falso de la vida de Buckley que el participante tangible había tenido que aceptar.

—Y luego está lo otro —dije al fin.

—¿Qué más? Adelante —dijo divertido, y luego, ligeramente preocupado—: Espera. No estarás enfadado conmigo, ¿no?

—¿Enfadado? No. ¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

—Bueno, es que me dejaste allí tirado en el club…

—No estoy enfadado. —Lo dije con toda la amabilidad de que fui capaz.

—Bueno, pues entonces ¿qué te pasa? —preguntó, imitando mi tono afable.

—No me pasa nada —contesté, alzando la voz levemente y desviando

la mirada.

—Pues yo creo que deberíamos intentar ser amigos —dijo con voz calmada—. O qué, ¿tú no?

—Ah, sí, sí, claro. Por mí todo bien. Claro, seamos amigos. —Hice una pausa—. A ver, no hay motivos para no serlo, ¿no?

—Bien. —Asintió.

Se hizo un silencio. Robert parecía satisfecho. Volvió a estirarse y se tumbó boca arriba, dejando que el sol lo bañase y decolorara suavemente su cabeza y su cuerpo, y pude oír el «Hungry Heart» de Bruce Springsteen sonando desde el campo. No lo admití ante él, pero me había cabreado y me había visto abocado a una conversación llena de falsedad: Robert Mallory había ganado la competición que había iniciado al subir hasta lo alto de las gradas para preguntarme por qué lo evitaba aunque no fuese así. Me había obligado a entrar en algo de lo que no quería formar parte y a entablar una conversación absurda que me había puesto a la defensiva. Me quedé sentado muy quieto mirándolo, allí tendido como un dios griego adolescente, y no pude evitar pensar que Robert era consciente de que me estaba provocando, y probablemente de una manera muy distinta a como provocaba a Thom Wright y Matt Kellner. Me molestaba la paranoia que inspiraba, y sin embargo lo encontraba innegablemente erótico, objeto de un deseo y una lascivia adolescente sin parangón, y odiaba que aquellos dos sentimientos opuestos coexistiesen en mi interior. Me limité a mirarlo en silencio, preguntándome cómo sería desnudo. Abrió los ojos y me miró, con la cabeza descansando sobre las manos entrelazadas, y no dijo nada; siguió mirándome con una media sonrisa. De haber sido cualquier otro, lo habría interpretado como una invitación.

—Matt Kellner me contó que le preguntaste por mí, que le hiciste… bueno, preguntas —dije.

—¿Ah, sí? —respondió sin dejar de mirarme—. ¿De verdad?

—¿Por qué no me preguntas a mí y listos? —dije notando que me temblaba levemente la voz—. No hables con Matt, habla conmigo.

Robert siguió allí tumbado al sol, y entonces se metió distraídamente una mano bajo la camiseta para rascarse y pude vislumbrar su vientre

duro y bronceado, los abdominales y el reguero de vello que subía desde los pantalones al ombligo, ligeramente salido, pronunciado. Había vuelto a cerrar los ojos y al parecer se había tomado mis palabras con bastante calma.

—¿En serio? ¿Matt te dijo eso? ¿Y qué le pregunté?

—No me lo dijo —respondí en voz queda—. Pero ¿qué es lo que querías? ¿Qué es lo que querías saber de mí?

—Creo que Matt es un poco raro, mira qué te digo —comentó Robert con los ojos aún cerrados.

Me quedé un momento callado, mirándolo.

—La rareza es… relativa —dije al fin.

—¿Eso qué significa? —Me lo preguntó sonriendo pero con curiosidad, y sin abrir aún los ojos.

—Bueno, la gente… seguramente piensa que yo soy un poco raro. —Hice una pausa, sin saber muy bien adónde quería llegar—. Y… la gente seguramente… piensa que tú eres raro. —Nueva pausa—. No sé. Quiero decir que la rareza es… relativa.

Se encogió de hombros. Aquello no le interesaba.

—Ya, supongo, pero yo creo que Matt… ha pasado a otro nivel. —Tras una pausa, añadió—: De. Rareza. Superlativa. —Seguía con los ojos cerrados.

—Tú no lo conoces, Robert. —Pronuncié su nombre sin darme cuenta, llevado por las ganas de dejar clara mi postura. Me arrepentí de inmediato.

Robert abrió los ojos y la claridad del cielo lo deslumbró cuando se incorporó.

—Pero tú sí, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Tú sí conoces a Matt.

Me encogí de hombros. No sabía qué contestar ni cuánto admitir.

—Deberías hablar con él —dijo Robert—. Tratar de averiguar qué le pasa. Creo que está deprimido. —Pausa—. Hoy no lo he visto. Lleva un par de días sin venir.

—Yo creo que… fuma demasiados porros —dije con cautela—. Nunca he conocido a Matt exactamente deprimido.

—Pero, entonces, en realidad no lo conoces, ¿no? ¿Verdad?

Robert cruzó las piernas, se metió una mano por dentro de los pantalones y se recolocó los genitales para estar más cómodo en aquella postura.

—Me comentó que os habíais peleado —murmuró—. Si habéis tenido una pelea, es que debíais… conoceros… —Dejó ahí la frase, insinuante—. ¿No?

—¿Por qué razón íbamos a… pelearnos?

Me quedé mirando la mano con que acababa de tocarse la polla y los huevos y sentí otra ráfaga de deseo.

Se encogió de hombros.

—Dímelo tú.

—No sé de qué hablaba Matt —dije en voz baja, y luego—: ¿En serio te dijo eso? —Callé un momento—. ¿De verdad te dijo que nos habíamos peleado?

Robert me miró en silencio hasta que finalmente dijo:

—No sé, Bret, de verdad que no lo sé. —Sacudiendo la cabeza, con la mirada clavada en mí.

—¿Qué es… lo que no sabes? —le pregunté.

—Si estás siendo auténtico conmigo —dijo en voz baja.

—No siento ninguna obligación de ser auténtico contigo, Robert, sea lo que sea a lo que te refieras. —Hice una pausa—. ¿Qué le preguntaste a Matt sobre mí?

—La verdad es que no lo recuerdo —dijo, sin dejar de mirarme—. Igual solo quería saber un poco de qué iba cada uno. Es un poco complicado ser el nuevo. Además, no sé si causé muy buena impresión de entrada… A ti. —Se calló un momento—. Por el hecho de que pensabas que me habías visto donde no estaba.

—Olvídalo —murmuré—. No importa. —En aquel instante me sentía completamente perdido, sin nada a lo que aferrarme.

—Solo estoy intentando ser amable —dijo Robert en voz baja—. Y eso que… he oído que tienes problemas conmigo.

Aquel era el tipo de conversación que uno tiene en los sueños, pensé.

—¿A quién se lo has oído? —Logré decirlo con voz neutra y calmada, pero un leve temor empezó a crecer en mí como de refilón. Quería

poner fin a la conversación, pero su presencia me tenía atornillado a las gradas.

—Bueno… —comenzó dubitativo—. Matt me contó que le habías dicho que yo no era trigo limpio. —Lo dijo con una sonrisa socarrona—. ¿Te importaría decirme a qué te refieres?

Me quedé helado.

—Matt me contó que le dijiste que debería mantenerse alejado de mí. —Robert ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿En serio?

Me quedé sentado en la grada por encima de él, momentáneamente paralizado hasta que un peligro lejano empezó a reanimarme, a arrastrarme hacia la realidad del instante que compartíamos.

—Algo me comentó también Susan —estaba diciendo Robert—. Y Thom.

—¿Que te comentaron… qué? —le pregunté manteniendo la calma, aunque tenía los puños apretados, las uñas clavándoseme en las palmas.

—Que no digo la verdad —dijo con voz calmada—. Que soy un mentiroso.

Me invadió una cólera que jamás había sentido en la vida y que me dejó sin habla. Me lo quedé mirando con la esperanza de aparentar indiferencia, como si nada de aquello me perturbase lo más mínimo, como si estuviese tan por encima que me importasen una mierda los lamentables minidramas y cotilleos de mis compañeros de clase, pero estaba legítimamente furioso con Susan, con Thom y conmigo, y me avergonzaba estar allí sentado delante de Robert: le habían hablado de mí, le habían contado que desconfiaba de él. Y tal vez Robert percibía aquella vergüenza y aquella ira por más que intentase disimularla, porque por primera vez desde que lo conocía algo en él se ablandó y se volvió vulnerable de una manera que me recordó al momento en que lo vimos por primera vez junto al Pabellón, cuando se acercó a nuestra mesa con el programa del curso en la mano y un mapa arrugado del colegio, como un niño perdido.

—A ver, mira, no sé —empezó con suavidad—. Supongo que tendría que contarte algunas cosas, pero es que… todavía no puedo —dijo.

Lo dejó ahí. Me tocaba decir algo.

—No tienes que contarme nada —dije casi sin respirar, tratando de controlarme.

—Vale, bien, muy bien. —Y se hizo una pausa hasta que me preguntó —: Pero ¿piensas que soy un mentiroso porque dije que no estuve en aquel cine? —Nueva pausa—. ¿En el que creíste verme?

Se me acabó la paciencia y me puse en pie.

—Mira, Robert —dije con ánimo de zanjar la conversación—. Esta semana estoy… distraído. Todo esto no tiene importancia. Me dan lo mismo todas estas chorradas. Estoy distraído por otras cosas, ¿vale? No es por ti.

—¿Qué es lo que te distrae? ¿Matt? —Pausa—. ¿Sabes dónde está?

—No, no es Matt. Otras cosas. —Hice un gesto vago.

—¿Qué cosas? —me preguntó.

Y aquello era lo más amable que le había oído: estaba preocupado y parecía importarle qué era lo que me tenía distraído. Emanaba vulnerabilidad y esa vez no daba la sensación de ser forzada ni ensayada: era genuina. Había una persona de verdad sentada en las gradas esperando a que me explicase, que explicase mis preocupaciones, mis miedos, deseando que me abriese sobre Matt Kellner y sobre qué me había tenido tan distraído la semana anterior y esta, las cosas que me angustiaban.

—Esa chica que encontraron en Woodland Hills… —dije, de repente perdido—. Parece que a nadie le importe.

Se hizo un largo silencio mientras lo procesaba.

—Pero ¿por qué iba a importarles? —dijo al fin—. ¿Alguien la… conocía?

—¿Sabes de lo que hablo? —le pregunté casi sin verle, transportado a otro mundo—. ¿De Julie Selwyn?

—¿Me estás preguntando algo en concreto? No te entiendo.

Volví a quedarme helado. En ese momento la atmósfera se enturbió de manera instantánea y fue como si una nueva persona poseyese de pronto a Robert y todos los rasgos de cordialidad y vulnerabilidad que se habían manifestado solo unos segundos antes se hubiesen disipado y

hubiesen sido sustituidos por las tres caras que vibraban sordamente tras aquellos ojos. La cara inocente que me miraba entornando los ojos tratando de calar a Bret, luego la cara que lo contemplaba todo en un plano maestro, general, donde todas las piezas estaban visibles y en juego y ofrecían una serie de caminos a escoger desde su perspectiva privilegiada, y luego la cara cada vez más hostil de un psicópata peligrosamente trastornado que ya había sido ingresado, que trataba de contenerse y a quien no le importaba nada. Aquella era la persona que de pronto me miraba cuando el entrenador Holtz hizo sonar su silbato para indicar que era hora de ir a los vestuarios y cambiarse para almorzar.

—Solo te pregunto que si sabes de lo que hablo. —Me puse la camiseta y me agaché para recoger el libro—. Nada más.

—No lo creo. —Su voz sonaba tensa—. ¿Me lo quieres explicar? —Su expresión estaba ligeramente retorcida por la confusión.

Y por un instante quise contárselo, pero el momento pasó y Thom y Ryan nos interrumpieron llamándonos desde abajo, haciéndonos gestos para que bajásemos de la gradería, y sin decir nada Robert se limitó a seguirme mientras yo bajaba apresuradamente los escalones hasta el borde de la pista de atletismo donde estaban los otros dos. Y cuando ya estaba cerca de ellos de repente eché a correr hacia Thom, le hice un placaje y caímos los dos en el césped que bordeaba la pista; después de aquello, no sabía qué otra cosa hacer con mi rabia. Pero cuando Ryan gritó «¡Eh!» y trató de apartarme de Thom, se dio cuenta enseguida de que este había contraatacado y tomado el control, y se reía mientras me inmovilizaba contra la hierba; Thom se creyó que estaba de broma y que aquella era la revancha por haberme placado aquella noche en el espacio de Melrose. Cuando aplastó su axila sudorosa contra mi cara, tapándome la nariz y la boca e inmovilizándome retorcido en su abrazo, con la cara a escasos centímetros de la mía de manera que podía oler su aliento lechoso, dejé de forcejear, me rendí y me abandoné. Me di cuenta por la expresión de Robert y Ryan de que Thom no había entendido mi gesto: mi furia malinterpretada como puro juego. Y en aquel momento un relato secreto empezó a

desarrollarse en las pistas de Gilley mientras Thom y yo desenredábamos nuestros cuerpos, y mantuvimos aquel falso relato sobre lo que realmente había sucedido mientras bajábamos la colina de vuelta a los vestuarios, donde tres de nosotros fingimos que había pasado algo distinto a lo que había pasado en realidad.

11

Durante el almuerzo, mis ganas de enfrentarme a Susan y Thom por haberle contado a Robert Mallory lo que dije sobre él se vieron interrumpidas por la vaga y un tanto insistente aprensión que experimentaba cada vez que era consciente de la ausencia de Matt Kellner a lo largo de aquella semana, algo que volvió a verse confirmado mientras estábamos sentados a la mesa central junto al Pabellón. Susan llegó unos quince minutos más tarde al almuerzo después de haber mantenido una reunión privada con el doctor Croft y el director Walters, y en su cara había una expresión de desconcierto radicalmente opuesta al rostro impasible y totalmente despreocupado de la chica que solía interpretar, y por primera vez en todo el curso pareció ligeramente perpleja cuando nos dijo que Matt Kellner estaba desaparecido: «oficialmente desaparecido», fueron las palabras que empleó, como si hubiese alguna diferencia. Para mí, «desaparecido» sonaba más siniestro sin el «oficialmente».

Me di cuenta de que aquella información proporcionada por Susan, por mediación del doctor Croft y de Walters, ratificaba que llevaba varios días sin ver a Matt y no solo que el Datsun rojo no había estado en su plaza habitual: aquello confirmaba que el 280ZX no había estado en todo el aparcamiento. No habían sido imaginaciones mías: el coche no había estado allí, Matt llevaba dos días sin venir a Buckley, ahora estaba oficialmente desaparecido e iban a anunciarlo al día siguiente en la asamblea de media mañana. En el instante en que Susan se sentó y nos lo contó —en la mesa estaban también Debbie, Thom, Ryan y Robert— pensé que iba a vomitar. Dejé el sándwich que me estaba comiendo en la bolsa de papel y me lo quedé mirando tratando de no mirar a los demás; de hecho, tuve que contenerme para no levantarme tambaleante de la mesa y dirigirme al lavabo situado en el vestíbulo del Pabellón para poder derrumbarme en silencio, pero nadie advirtió que hubiese soltado el sándwich ni que mi cuerpo se hubiese puesto rígido

de la tensión. Todos miraban a Susan preguntándose qué quería decir: ¿que Matt Kellner estaba desaparecido? Ya… ¿y? A pesar de la sensación de pánico que me envolvió automáticamente al oír aquello, el miedo que sentí en un primer momento también me pareció demasiado dramático, porque nadie sabía aún lo que había pasado: Matt podía estar haciendo campana, holgazaneando en alguna playa por la costa, tomando los últimos rayos de sol del verano, fumado y tranquilo, chocando contra las olas y pillando hierba. Nadie lo sabía aún: era un misterio todavía teñido de esperanza.

También me di cuenta de que no podía parecer demasiado preocupado ni excesivamente alarmado, o eso creí, porque daría qué pensar, delataría un secreto, y si me dejaba vencer por un ataque de pánico (porque siempre me ponía en lo peor: no pensé ni por un momento que fuesen a encontrar vivo a Matt) eso supondría el comienzo de una complicada historia que en última instancia podría destrozar todo lo que había puesto en marcha e intentaba salvar: preservar el estatus de novio de Debbie, mantener sexo en secreto con Ryan, acabar el último año de instituto y controlar cuidadosamente a Robert Mallory desde una perspectiva neutral. Recuerdo que en aquel primer momento después de que Susan nos contase que Matt estaba desaparecido miré a Robert, que de alguna manera intuyó que iba a hacer eso y me devolvió la mirada con una expresión impávida que se prolongó demasiado antes de volver a Susan, que seguía contándonos lo que le había dicho Croft. La confusión inicial que arrugaba sus facciones había revertido hasta recomponer aquella despreocupada y taciturna belleza suya mientras se limitaba a repetirnos la información, y aun así me fijé en que Susan no dejaba de echarme ojeadas disimuladas, con ojos levemente preocupados, al tiempo que enumeraba los escasos datos que conocía sobre la desaparición de Matt Kellner, hasta que al final acabé mirándola de forma directa e insistente, deseando que ella dejase de mirarme. Y entonces fue como si se obligara a sí misma a desistir y, como una actriz, dirigirse a una mesa que parecía relativamente tranquila, incluso indiferente, ante la desaparición de Matt Kellner.

Cuando por las listas de asistencia comprobaron que Matt llevaba dos

días sin venir a Buckley, la secretaria del doctor Croft llamó al domicilio de los Kellner en Encino para preguntar cuándo volvería Matt al colegio, pero sus padres, Ronald y Sheila, a quienes yo nunca había visto, mucho menos conocido, no estaban al corriente de la ausencia de su hijo. Y yo sabía por qué: Matt era mucho más autónomo que cualquiera de nuestros compañeros de clase; era el único que vivía solo en una casita para invitados con garaje propio en la parte de atrás de una propiedad enorme en Haskell Avenue. En aquel punto de su adolescencia, sus padres raramente lo vigilaban ya: de hecho, yo jamás lo había oído mencionar a ninguno de ellos y no tenía ni idea de cómo se ganaba la vida su padre. El motivo de que Ron y Sheila Kellner no supieran que Matt llevaba dos días faltando a clase era precisamente que no lo veían muy a menudo, y a veces podía pasar una semana sin que ni uno ni otro le viera el pelo a su hijo. Lo que esta dinámica sugería era quizá un ejemplo llevado al extremo de lo que muchos experimentamos de adolescentes a finales de los setenta y parte de la década siguiente, una época en la que pasarse días sin coincidir con tus padres no parecía algo particularmente extraño ni anormal; mis padres, por ejemplo, se pasaron fuera más de dos meses en un crucero por Europa durante el otoño de 1981, cuando yo tenía diecisiete años, sin que ninguna de las dos partes mostrara la menor inquietud.

Uno de los motivos de que los padres de Matt Kellner fueran tan permisivos con su hijo era que su rendimiento académico era bueno, sus pruebas de aptitud para la universidad eran pasables (y no iban a mejorar: no pensaba repetirlas, a diferencia de mí, a finales de octubre) y nunca se metía en líos: Matt no era más que un ávido consumidor de marihuana que aparentaba edad suficiente para comprar cerveza por su cuenta ilegalmente, y al que nunca pedían el carnet en las licorerías que frecuentaba por Ventura Boulevard. De hecho, ningún chico de Buckley se había metido en problemas serios durante aquellos años, y se pueden contar con los dedos de una mano los altercados físicos entre los alumnos de nuestra clase desde séptimo en adelante; ni siquiera recordaba la última vez que dos chicos de clase tuvieron una disputa de verdad; eran cosas que sencillamente no pasaban en Buckley, la

atmósfera era demasiado controladora como para permitirlo, todo estaba demasiado constreñido. Puede que me sorprendiera el hecho de que a Matt nunca lo hubiesen trincado por comprar —y fumar— la cantidad de hierba que gastaba, pero, bueno, en 1981 todo el mundo controlaba bastante su consumo de drogas y no se planteaban cosas como la rehabilitación —por lo menos para adolescentes como Debbie Schaffer, Jeff Taylor o Matt Kellner—, o aún no era algo omnipresente. De hecho no creo que ninguno de nosotros conociese a nadie a quien recetasen medicación. (Robert Mallory fue el primero, como descubriríamos más adelante). Tampoco existía la conducción en estado de embriaguez ni las sobredosis, no existían los intentos de suicidio ni, por supuesto, los tiroteos en colegios: todo esto vendría después. Y a Matt Kellner, por más atontado que estuviese por la marihuana y aunque hubiese estado embarcado en una relación sexual conmigo durante un año, se lo consideraba un buen chico con notas decentes, algo retraído, que vivía en una especie de mundo de fantasía submarino: su hábitat era la piscina donde siempre estaba fumado en medio de una bruma de marihuana, y era todo cuanto necesitaba; eso era lo que sostenía a Matt, el sol de última hora de la tarde, el olor a cloro, la sombra de las palmeras sobre la hamaca en la que descansaba, el «Ghost Town» de los Specials sonando desde una casita llena de tablas de surf y con un acuario que se extendía a lo largo de una pared y que ya ni siquiera veía mientras acariciaba al gato Alex.

Ron y Sheila Kellner dieron por sentado que el horario de Matt aquella semana había sido tan rutinario como lo había sido siempre desde que se mudó a la casita de la piscina a mitad del tercer año de instituto, lo que coincidió con el momento en que se sacó el carnet de conducir: se levantaba temprano, hacía unos largos, a veces se oía algo de reggae sonando a bajo volumen en la casita a aquella hora, antes de que Matt se marchase al colegio, y luego sacaba el Datsun rojo de su garaje y se dirigía a Buckley. Rara vez subía a la residencia principal para desayunar, aunque la criada siempre dejaba algo por si acaso; normalmente prefería pararse en el McDonald's de Sherman Oaks antes de llegar a clase. Para Matt el instituto duraba hasta las tres, ya que no

le interesaban los deportes ni ninguna otra actividad extracurricular, de modo que a menudo estaba de vuelta en la piscina hacia las cuatro como mucho. Los fines de semana a veces iba solo en coche a la playa, por la costa hasta Newport o más allá, y —esto es clave— siempre dejaba una nota en su escritorio de la casita de la piscina informando a quien la encontrara de dónde había ido y a qué hora volvería. Algunas noches Sheila se asomaba desde las ventanas del dormitorio de matrimonio en la segunda planta y la única luz que se veía en la casita era la que salía del acuario o la de unas velas que Matt había encendido y colocado a lo largo de la piscina, donde nadaba hasta que se iba a acostar, pero pocas veces veía a su hijo, como si este se mantuviese invisible a sus padres a propósito. Sheila comentó que se dio cuenta de que aquel fin de semana no emanaba ningún resplandor aguamarina de las ventanas de la casita de invitados, ya que habían vaciado el acuario, y que no había visto velas ni oído ruidos provenientes de la piscina. Tampoco se había usado el jacuzzi.

Durante el almuerzo Susan nos contó que los Kellner habían empezado a cooperar con el Departamento de Policía de Los Ángeles una vez que quedó claro que nadie había visto a Matt desde hacía por lo menos tres o cuatro días, posiblemente seis —Ron Kellner no veía a su hijo desde bien entrada la semana anterior y ya estábamos a miércoles—, ni sabía dónde estaba, y ahí fue cuando lo declararon oficialmente desaparecido. La última vez que Ron Kellner había visto a Matt fue el jueves anterior, cuando bajó a la casita de la piscina a preguntarle a Matt si le había cambiado el faro al 280ZX y este le dijo que nunca lo conducía de noche, así que a qué venía tanta prisa, ya lo haría la semana siguiente. Frustrado, y viendo lo fumado que estaba su hijo mientras se quejaba de la cantidad de deberes del instituto que tenía que acabar, Ron se llevó el Datsun al concesionario Nissan de Encino, donde rápidamente le cambiaron el faro, le hicieron el mantenimiento, le ajustaron la suspensión y lo lavaron mientras Ron estaba sentado con el dueño en su despacho; y por tratarse de Ron Kellner, todo ello llevó menos de una hora en lugar de verse obligado a dejar el coche allí hasta el día siguiente. Ron devolvió el Datsun al garaje de la casita de

la piscina, le dijo a Matt que le había cambiado el faro y que si quería seguir usando el coche tendría que cuidarlo mejor, y Matt murmuró un agradecimiento. Se confirmó que Matt había asistido al colegio el viernes anterior y que la última persona que lo había visto en Buckley fue Angelo, el jefe de seguridad, que había estado dirigiendo el tráfico en el aparcamiento y recordaba que Matt pasó por su lado y salió por las verjas aproximadamente a las tres y cuarto; Matt iba solo en el coche, llevaba gafas de sol, y Angelo confirmó que no advirtió nada extraño ni poco habitual en él. La criada de los Kellner también lo vio al llegar a Haskell Avenue aquella tarde.

Nadie lo vio ni el sábado ni el domingo, cosa que, de nuevo, no era inusual, y tampoco resultó sospechoso que Matt no se presentase en Buckley el lunes por la mañana: puede que no se encontrara bien, puede que le apeteciera saltarse las clases, puede que se le pegaran las sábanas y decidiera irse a la playa. Pero era probable que se hubiera esfumado en algún momento del fin de semana, aunque nadie tenía la menor certeza de ello porque los Kellner nunca comprobaban el garaje independiente donde Matt guardaba su coche… por lo menos no hasta el miércoles por la mañana, cuando la secretaria del doctor Croft llamó para preguntar cuándo volvería Matt al colegio y Ron Kellner se dio cuenta de que el Datsun rojo no estaba, y Sheila Kellner cayó en la cuenta de que no había visto luces en la casa de invitados en todo el fin de semana, y era raro que la piscina no se hubiera encendido ni el sábado ni el domingo por la noche. También era raro que en esta ocasión Matt no hubiese dejado una nota o un mensaje contándole a alguien que se marchaba o adónde iba o que no asistiría a clase durante los siguientes días. Fue más fácil calcular cuánto tiempo llevaba desaparecido gracias a los detalles que proporcionó Sheila sobre las luces, aunque admitió que no sabía a ciencia cierta si aquella ausencia era «típica» o no de su hijo único. Era algo que no les habría apurado ni preocupado en otras circunstancias, hasta que se enteraron de que Matt llevaba tres días sin ir al colegio y entonces se instaló el miedo.

Lo que más miedo me daba de la desaparición de Matt era mi convencimiento de que no era arbitraria y de que algo había ido

conduciéndolo hacia su desaparición; había detalles concretos en un relato desarrollado por alguien, y el día que Susan anunció que había desaparecido empezó a cobrar forma en mi mente la idea de que Matt podría haberse convertido en la cuarta víctima del recién bautizado Arrastrero, la persona responsable de los allanamientos, los secuestros y tres asesinatos, porque un patrón similar se había producido en el caso de Matt: las llamadas silenciosas anónimas, los muebles cambiados de sitio en su casa, los peces y el gato desaparecidos —aún no sabíamos el significado de los pósteres—, pero seguí obligándome a mantener la calma porque Matt era un hombre y por tanto no encajaba en el patrón, así que ¿por qué me iba a preocupar aquel relato en particular? Pero mi mente continuó dándole vueltas incansablemente a la pregunta: ¿y si no había un patrón? ¿Y si dábamos por sentado que había un patrón y en realidad no lo había, y si todo aquello era más azaroso de lo que parecía? Después de todo, el objeto de los allanamientos habían sido tanto hombres como mujeres, miembros de ambos géneros habían sido atados y agredidos, lo cual apuntaba a que desde el principio el Arrastrero no se había ajustado en realidad a un relato estándar en cuanto a objetivos se refería. ¿Y si había habido otras víctimas —adolescentes, varones— de las que nadie estaba enterado aún, y no solo las tres guapas adolescentes que copaban los medios con su juventud, su frescura, sus sonrisas en las fotos que mostraban los informativos locales como lacerante recordatorio de la fatalidad que habían sufrido? Durante los primeros días de su desaparición, también me pregunté si Matt no sería solo un tipo inestable al que jamás había llegado a conocer de veras y que se había largado a la costa una semana simplemente porque se la sudaba todo y estaría de vuelta el lunes siguiente… para sacudirse la paranoia que llevaba encima, tomarse un descanso del compañero de clase que se había obsesionado con él, salir de Encino y poner rumbo a Manhattan Beach, Newport, San Diego, donde fuera.

En la asamblea del día siguiente tanto el doctor Croft como Susan mencionaron por primera vez la desaparición de Matt Kellner en sus respectivas alocuciones al cuerpo estudiantil y pidieron a cualquiera

que tuviese alguna información sobre Matt que acudiese por favor a administración… pero nadie lo hizo. Me fijé en que Ryan miró hacia mí en medio del atestado patio, llevaba el pelo rubio recién cortado y peinado hacia atrás y se le veía notablemente calmado pese a estar apretando la mandíbula todo el rato. (O quizá solo estaba mascando chicle, esperaba que fuera eso. Lo estaba convirtiendo todo en un drama y trataba de no hacerlo). Y más tarde, junto a la hilera de taquillas que compartíamos los alumnos de último año, me preguntó en voz baja:

—¿Tú sabes qué ha pasado?

Me lo preguntó a mí, claro, y de esa manera, porque era el único que conocía mi historia con Matt. No dije nada, me limité a negar con la cabeza. Ryan se me quedó mirando apoyado contra su taquilla.

—Bueno, ¿y dónde crees tú que está?

Cogí un libro y le devolví la mirada manteniendo la calma, tratando de comportarme con naturalidad, puesto que era la última persona que quería que notara lo mucho que me asustaban sus preguntas y cómo me implicaban: «¿Tú sabes qué ha pasado?». «¿Dónde crees tú que está?».

—Yo creo que estará bien —dije con voz firme—. Seguramente se habrá ido a Santa Bárbara o a Ojai.

Ryan asintió dubitativo y luego me preguntó si Matt había hecho algo así antes, largarse sin avisar a nadie. Pensé en el último año —el periodo transcurrido entre el verano de 1980 y el pasado día del Trabajo— y me di cuenta de que no, Matt nunca había hecho algo así hasta entonces. Aquello, de hecho, no era nada propio de él.

No se lo dije a Ryan, me limité a repetir:

—Yo creo que estará bien.

Algo empezaba a acumularse en mi interior y no sabía qué hacer con ello. No podía dejar de pensar en las llamadas telefónicas de las que Matt me había acusado, el acuario vacío, el gato desaparecido, su furiosa paranoia. Lo que no dejaba de agobiarme y aterrarme era saber que le había estado sucediendo algo que había provocado que Matt desapareciera: estaba convencido de que existían fuerzas que escapaban al control de Matt que habían conducido a su desaparición y que

estuvieron orbitando a su alrededor durante semanas antes de que fuera declarado «oficialmente» desaparecido. Para mí no había ninguna otra explicación factible de lo que le había pasado a Matt Kellner: había sido marcado como objetivo, aquellas fuerzas habían entrado en su vida y antes de que se diese cuenta se lo habían llevado, simplemente. Las noches que siguieron a la noticia de la desaparición de Matt y que precedieron al hallazgo de su cuerpo, fumé la hierba que le había comprado a Jeff Taylor para poder dormir, pero era demasiado fuerte y me hacía tener sueños muy vívidos hasta que me despertaba empapado en sudor, paralizado. Lo que hacía aún más desquiciante el miedo que causaba mi necesidad de marihuana era no tener a nadie con quien poder hablar de ese miedo, contarle mis sueños o hablar sobre Matt: mi propia novia, la novia que me había autoimpuesto, suponía inocentemente que Matt no era más que mi camello y no me había vuelto a preguntar nada sobre él desde que respondió al teléfono aquel domingo en que llamó mientras yo dormía.

Cuando después de la asamblea en la que anunció su desaparición Susan me preguntó por Matt —algo que, deliberadamente, no hizo delante de ninguno de nuestros amigos—, me la quité de encima sin más. Me preguntó si sabía algo y cuándo fue la última vez que lo vi y hasta qué punto era estrecha nuestra relación, y me asqueó todo lo que entrañaba aquello y el hecho de que sus preguntas, al igual que las de Ryan, parecieran implicarme en la historia de Matt. Mi enfado por lo de Robert Mallory —el hecho de que Susan y Thom le hubiesen hablado de mí— se había disipado y lo único que le dije a Susan fue que Matt parecía asustado por *algo* pero que yo no sabía el qué. Pero vosotros teníais mucha relación, ¿no?, me preguntó insistente. ¿No quedabais mucho? ¿No pasabas fines de semana con él? ¿No erais buenos amigos? ¿No te contó por qué estaba asustado? Allí parados debajo de los aleros, a punto de entrar juntos en clase, me di cuenta de que estábamos hablando desde una perspectiva que ella presuponía: la de que yo conocía a Matt Kellner mejor de lo que había revelado, y que la nuestra constituía una relación íntima de la que ahora Susan daba a entender que estaba al tanto con certeza, y que yo iba a confirmarla al

responder. No creo que estuviese insinuando necesariamente que Matt y yo manteníamos relaciones sexuales —eso yo no se lo habría admitido jamás, y ella no me lo habría preguntado a las claras—, pero sí que bromeaba sobre nuestra amistad y al seguirle yo la corriente, al no contradecir sus bromas, es más, al añadir algunas de mi propia cosecha, tal vez confirmé que algo nos traíamos entre manos. Pero dadas las circunstancias todo eso daba igual, parecían nimiedades, porque transcurrió un día más y el jueves Matt Kellner siguió sin aparecer por Buckley. Y de algún modo yo sabía que algo horrendo le había sucedido, y peor aún, pensé: si estaba en manos del Arrastrero, podían pasar meses antes de que encontraran su cadáver.

Y entonces nos enteramos de que una guardabosques había encontrado una mochila en la zona de la costa, en un aparcamiento del parque estatal de Crystal Cove situado en lo alto de un risco que daba al mar, y que tenía atada una etiquetita con un nombre y una dirección que demostraban que pertenecía a Matt Kellner. La única razón de que la mochila llamase la atención de la policía de Orange County fue que estaba toda manchada de sangre y que el nombre se correspondía con el que aparecía en la denuncia por desaparición presentada por Ron y Sheila Kellner en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Eso fue lo que le contó el doctor Croft a Susan, quien le advirtió de que aquella información se consideraba demasiado inquietante para revelarla al resto del colegio, sobre todo a los estudiantes más jóvenes, por lo que en la asamblea de media mañana del viernes Susan se limitó a reiterar que Matt Kellner seguía desaparecido y que si alguien disponía de algún dato tuviera a bien acudir a administración, añadiendo que se mantendría total confidencialidad (a saber qué quería decir eso) sobre cualquier información recibida. ¿Era un mensaje dirigido a mí? Cuando me lo pregunté me puse enfermo casi físicamente. Había momentos en los que imaginaba que podría entrar en la oficina de administración y controlar las respuestas a las preguntas que me harían, pero también sabía que era imposible que un interrogatorio no condujese a la naturaleza sexual de nuestra amistad: era una inevitabilidad que no quería afrontar, y además tampoco contaba con información real sobre

la desaparición, aparte de mis sueños y fantasías horripilantes, mi intuición de escritor y cierto sentido del drama, las cosas que veía que no estaban ahí. Pero el miedo se agudizaba cuando caía en la cuenta de que quizá yo era la única persona que sabía lo del acuario, los muebles cambiados de sitio y el gato desaparecido; me asaltaba con una fuerza perturbadora la posibilidad de que Matt solo me lo hubiera contado a mí. Y entonces trataba de calmarme diciéndome que nadie sabía nada aún, y que Matt podía encontrarse perfectamente, tumbado en una toalla en algún sitio, reluciente de aceite bronceador, holgazaneando bajo el calor otoñal, fumado, escuchando a Foreigner en el walkman.

Pero la mochila manchada de sangre hallada en el aparcamiento de la playa de Orange County resultaba lo bastante siniestra como para redoblar el nivel de terror. Parecía simplemente el preludio al descubrimiento de otra muerte, aunque nadie lo admitiese de momento, y después de que Susan confiase al grupo el detalle del que acababa de enterarse esa mañana, nos planteamos preguntas para las que no teníamos respuestas: ¿qué hacía Matt en el parque estatal de Crystal Cove? ¿Habría sufrido alguna herida y por eso la mochila estaba manchada de sangre? ¿Cuánta sangre había en la mochila? ¿Qué había dentro de ella? ¿Alguien había visto si Matt estaba solo? ¿Y por qué habían dejado la mochila en un aparcamiento, y dónde estaba su coche? Pero las preguntas eran retóricas, una especie de pantomima que me pareció que el grupo sentía que debía representar, y no había auténtica urgencia o preocupación en ninguna de las preguntas que formularon a Susan —al menos por parte de Thom, Debbie, Jeff o Tracy—, y dado que ella no podía responder a ninguna, las preguntas se fueron desvaneciendo. Me fijé en que Robert no hizo una sola pregunta sobre Matt, y Ryan tampoco. Yo era el único sumido en un estado de incredulidad que nadie parecía compartir realmente: tal vez fuera «inquietante» que un alumno desapareciese, y «extrañísimo» el hallazgo de la mochila, y lo del «chico desaparecido» trastornó a la gente aunque fuera por un rato, pero luego la vida escolar siguió su curso.

No se suspendieron las clases, el aparcamiento se llenó de coches, subimos a las pistas de Gilley a hacer Educación Física, aquel viernes

almorcé en el Du-par's de Studio City con Thom, Susan y Debbie, y el nombre de Matt Kellner no salió ni una sola vez, ya que trataba de no convertirme en el zombi que Debbie me acusaba de interpretar. Mantuve la apariencia superficial de que la vida era normal, pero sentía que me estaba muriendo por dentro y que todo a mi alrededor era una mancha borrosa cuando me senté con Debbie acurrucada contra mí en el reservado del restaurante frente a Thom y Susan: dos parejas atractivas, chicos de Buckley pidiendo sándwiches de queso a la plancha y batidos de vainilla con sus uniformes pijos. Había intentado concentrarme en mis deberes en la casa vacía de Mulholland, pero dependía demasiado de la hierba que le compraba a Jeff Taylor y ahora el ir fumado se entrelazaba con una nueva paranoia, era más aguda e intensa y me dejaba completamente destrozado, así que opté por el Valium para al menos poder centrarme en la lectura asignada y acabar mis trabajos y sentarme a un pupitre en un aula con aire acondicionado para rellenar las respuestas del cuestionario con el que nos sorprendió la señora Susskind el viernes por la tarde y que a duras penas aprobé. Ryan no vino a casa ese fin de semana —a principios de la semana me había insinuado que lo haría—, y creo que llevaba seis días sin masturbarme; desde el momento en que me enteré de que Matt había desaparecido hasta que finalmente encontraron el cuerpo, no tuve ganas de tocarme.

Y entonces sucedió. A primera hora del sábado el jardinero llegó a la casa de los Kellner en Haskell Avenue sin saber nada de la desaparición de Matt. Recorrió el camino lateral desde la calle y descorrió el cerrojo de la cancela del patio. Había un cuarto de herramientas junto a la casita de la piscina donde se guardaban cubos de la basura, rastrillos, tijeras de podar, y tenía una ventanita que daba al garaje, donde ahora estaba aparcado el Datsun rojo, aunque desde allí el jardinero no había visto la sangre que salpicaba el asiento del copiloto y el cuadro de mandos. Arrastró un cubo de la basura por el césped, pasando junto a la casita de invitados, donde se paró al notar un olor. El patio estaba silencioso pero se distinguía claramente un zumbido de insectos cercano, y el jardinero no conseguía localizar de dónde venía aquel olor

a podrido. Y entonces vio el cuerpo de un gato clavado a una de las columnas de madera de la casita, aunque no estaba seguro de si era el mismo gato que solía ver rondando por la propiedad ya que lo habían decapitado. Estaba atado con una correa a media altura de la columna y lo habían crucificado con unos clavos enormes en cada garra, las patas extendidas. El gato estaba despanzurrado y le colgaba un amasijo de intestinos de color rojo oscuro, rosado y blanco que se arracimaban entre las patas traseras, donde se había congregado un enjambre de moscas.

El jardinero se giró y vio algo flotando en la piscina. Era un cuerpo. Desnudo. No se movía. Los brazos estaban extendidos delante del tronco como en mitad de una brazada, las piernas estiradas formando una leve uve, y el pelo ondeaba en el agua azul iluminada, ligeramente enrojecida por la sangre. Por la complexión, el color del pelo, la estatura, el jardinero reconoció a Matt; lo había visto suficientes veces a lo largo de los años para saber exactamente quién era. Y entonces se fijó en un pequeño objeto colocado al borde de la parte menos honda, donde los escalones llevaban al agua. Se trataba de la cabeza del gato desaparecido, el gato que ahora estaba clavado en la columna: le habían sacado los ojos y cortado las orejas, y le habían estirado la lengua de tal manera que se desplegaba obscenamente sobre las baldosas que rodeaban la piscina. Habían colocado la cabeza en el centro del bordillo para que estuviese directamente alineada con el cadáver que flotaba en la piscina. El agua estaba muy quieta, el chico estaba congelado en el sitio, el único ruido que se oía era el de las moscas. El jardinero echó a correr por el césped hacia la casa principal, lejos del cuerpo de la piscina y del cadáver mutilado del gato. Eran las ocho de la mañana del sábado, una semana después de que Matt probablemente desapareciera.

El Departamento de Policía de Los Ángeles llamó al colegio poco antes de que empezara la asamblea de media mañana del lunes y, tras el Juramento de Lealtad y la oración, el doctor Croft se dirigió a los estudiantes y anunció con voz monocorde que se había producido un suceso «desafortunado»: Matt Kellner, el alumno desaparecido, había

muerto durante el fin de semana y debíamos enviar todas nuestras plegarias a su familia. Se refirieron a la muerte de Matt como un accidente, el alumno se había ahogado *accidentalmente* en la piscina, Matt se había resbalado, se había golpeado la cabeza con el bordillo de la piscina y se había ahogado, dándose a entender un posible consumo de drogas. Aquella fue la versión oficial aquel lunes, y Croft no hizo alusión alguna a que Matt Kellner llevaba desaparecido una semana antes de que esto sucediese, ni tampoco a que se había encontrado su mochila ensangrentada en un aparcamiento a una hora de Los Ángeles. Aquel lunes no querían complicar las cosas, un caso sencillo, nada demasiado perturbador: Matt se marchó en el coche, estuvo dando vueltas por la costa durante siete días y luego volvió a la casa de Haskell Avenue en plena noche, donde se tropezó en la piscina y se ahogó por accidente; esta era la versión limpia. Era la historia que se vendió en un principio, y nadie tenía motivos para no aceptarla. Aquella mañana ninguno de nosotros sabía que Croft iba a anunciar aquello, ninguno habíamos oído nada sobre la muerte de Matt hasta ese momento, así que la sorpresa eliminó cualquier posible motivo de sospecha. Ni siquiera Susan Reynolds, como presidenta del cuerpo estudiantil, había sido informada de antemano. Yo estaba demasiado pasmado como para sentir nada que no fuese alivio de que aquello no pareciese estar conectado con el Arrastrero: había sido un accidente, Matt se había hecho aquello él solo, nadie más parecía estar implicado. Para mí, la tensión cesó por completo aquel día.

Era como si todo se hubiese disuelto momentáneamente: toda la preocupación, todo el miedo. Matt ya no estaba, como yo tenía claro que sucedería, era tan inevitable que parecía predeterminado, adiós al suspense, ojalá estuviese en paz. Había esperado un desenlace oscuro y violento, y aunque la noticia me conmocionó no grité, no me derrumbé, me mantuve extraordinariamente sereno. Me limité a soltar un jadeo ahogado, llevarme una mano a la boca y no sentir nada salvo una confusión creciente que empezaba a acumularse en mi interior aquel lunes, porque después de controlar el shock inicial no acababa de creerme el relato superficial que se nos estaba ofreciendo de aquella

historia: algo empezaba a carcomerme, algo no me cuadraba. Después de la asamblea me salté Educación Física, al igual que la mayoría de mis compañeros, conduje de vuelta a la casa de Mulholland y me senté en una tumbona en el patio trasero, totalmente aturdido. No quería ver a nadie durante el almuerzo, no quería que Susan me hiciese preguntas ni que Debbie me consolase, y no quería tener cerca a la persona con la que Matt había tenido más relación durante los días anteriores a su muerte: Robert Mallory.

En los días que siguieron al accidente, en medio del torbellino de rumores que rodeaban a la muerte de Matt, las habladurías se desviaron rápidamente hacia el suicidio, pero aquello me parecía aún menos creíble que la teoría del ahogamiento accidental. La idea de que Matt se hubiera quitado la vida resultaba inconcebible: era completamente improbable que hubiese mezclado e ingerido de manera deliberada distintas drogas (hierba, Quaaludes, ácido) y luego hubiera decidido ahogarse durante un brote psicótico, por muy hecho polvo que estuviese la última vez que lo vi. La historia que empezaba a creer era que Matt había sido presa del pánico: se había dado cuenta de que había algo muy «extraño» en las llamadas telefónicas, el mobiliario reordenado y el gato desaparecido, y se había marchado de Los Ángeles porque sentía que había sido señalado como objetivo. Al final había sucumbido a la paranoia; yo lo había visto en ese estado, y pensé que eso era lo que había motivado que se marchase de Encino aquel fin de semana sin decírselo a nadie, para que no pudiesen encontrarlo. No dejó una nota porque no quería arriesgarse a que le siguieran el rastro, así que condujo por la costa y probablemente pagó todo en efectivo y durmió en el coche; aquel fue un septiembre lo bastante cálido como para hacerlo sin problemas, y parecía más propio de Matt. Sin embargo, estaba el misterio de la mochila ensangrentada que encontraron en Crystal Cove, aparte de saber que Matt nunca tomaba opiáceos ni alucinógenos. Empecé a creer que la muerte no había sido accidental ni tampoco un suicidio, sino que había alguien más implicado que había ayudado a causarla o que incluso la había *escenificado* . Había grandes lagunas que sencillamente faltaban en el relato de la muerte de Matt

Kellner, y algunas noches me daba por pensar que tal vez la lógica y la coherencia no formaran parte de ella, y me seguían obsesionando las palabras de Terry Schaffer en Trumps cuando le pregunté si lo de no contarle nuestro encuentro a su hija no le parecía un poco raro. «¿Acaso no lo es *todo* ?», me había replicado con cierta socarronería.

Al final todo quedó como un accidente demasiado banal, aburrido incluso, no tenía nada que pudiera atrapar el interés de la gente (no había una historia en sí, ni drama, ni misterio), de modo que la muerte de Matt apenas llegó a los periódicos: una mención en *Los Angeles Herald Examiner* con un pequeño titular, «Chico de Encino, 17, ahogado en piscina», y una breve necrológica en *Los Angeles Times* (1964-1981) con la foto del anuario de tercero de Matt en medio de los centenares de obituarios que aquella semana ocupaban dos páginas, su cara perdida en un mar de rostros viejos; no hubo funeral ni misa.

La muerte de un estudiante —algo que nunca había sucedido en Buckley en todos los años que llevábamos allí— debería haber supuesto un hito. O por lo menos un momento más trascendente de lo que terminó siendo la muerte de Matt Kellner, pero al no ser así, yo lo procesé y acepté con mucha más facilidad de lo que me hubiera imaginado, porque *a nadie parecía importarle* ; no digo que no produjese algo de sorpresa, pero al tratarse de Matt Kellner no tuvo el peso que habría tenido si hubiera muerto alguien más popular. Si hubiese sido Thom Wright creo que habrían cerrado el campus durante dos días para que todo el mundo pudiera pasar el luto y recuperarse, e incluso Jeff Taylor habría merecido algún tipo de servicio conmemorativo. Pero Matt había desaparecido en sí mismo y se había vuelto tan invisible a lo largo de los últimos años que tampoco parecía que fuese para tanto: era un fumeta, había desaparecido, se había ahogado, era un bicho raro, ¿y qué? Acabé más impactado que triste por cómo se había desarrollado todo y no llegué a llorar, porque ya había llorado por Matt Kellner y por todo lo que había perdido cuando me marché resacoso de la casa de Haskell Avenue aquella tarde de domingo. La muerte de Matt afectó al campus de una manera leve, incluso atenuada, porque nadie lo había conocido.

Peor aún, Matt se convirtió en una broma, el remate de un chiste, y durante aquellos primeros días de octubre posteriores al descubrimiento del cadáver, mientras caminaba por los pasillos entre clases, oí algún comentario ocasional de chicos imitando a Cheech y Chong o al Mr. Bill de *Saturday Night Live* («¡Oh, no, Sluggo! ¡No me empujes a la piscina, Sluggo!»), y para más inri, la persona que reaccionó de una manera más activa a la muerte de Matt fue la que menos habría deseado que lo hiciera, y esa era Debbie Schaffer, que no se creía que yo estuviese bien cuando le decía que sí lo estaba.

Matt había llamado a la casa de Mulholland y solo había hablado un momento con Debbie, pero ahora ella estaba estableciendo una conexión más profunda entre Matt y yo después de que Susan le dijese como de pasada que teníamos más relación de la que ella había supuesto, y eso había hecho que Debbie lo exagerara aún más porque «se sentía mal» por haber pensado que Matt no era más que mi camello… que es exactamente lo que era, repliqué yo. Pero Debbie estaba «preocupada» por mí y no quería perderme de vista, y canceló una sesión en Windover para poder seguirme en su coche hasta Mulholland a fin de consolarme, dando por sentado que me apetecería perderme en el sexo para olvidar al «amigo» que acababa de perder trágicamente. No sabía qué hacer con ella, así que le seguí la corriente y usé la imaginería sexual de Ryan para sobrellevar el sexo con ella, pero no pude sostener la farsa más de un par de tardes y pronto empecé a utilizar la muerte de Matt como excusa para no tener sexo con Debbie, reiterando que de verdad me encontraba bien y que la gala benéfica para la que se había estado preparando era mucho más importante, puesto que ahora ya no se podía hacer nada: Matt ya no estaba.

Había una persona con la que sí quería tener sexo, pero Ryan parecía irse difuminando, y tras el anuncio de la muerte de Matt dejó de insinuarme que se pasaría por la casa de Mulholland.

—¿No estás asustado? —me preguntó junto a las taquillas una tarde de la semana en que encontraron el cadáver.

Negué con la cabeza porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Bueno, pues yo sí estoy asustado por ti —repuso Ryan.

Ryan no había conocido a Matt, solo sabía lo que yo le había contado, pero cada vez me daba más cuenta de que quizá yo tampoco lo había conocido: si era cierto que había tenido un brote psicótico después de haber desaparecido unos días y luego había vuelto solo para ahogarse de forma accidental o deliberada mientras iba puesto de alucinógenos, entonces estaba claro que no había conocido realmente a esa persona. Había conocido su cuerpo en la intimidad, lo había memorizado, pero si aquel relato sobre su muerte era real, entonces tenía que aceptar que había sido un fantasma todo ese tiempo. Pero el caso seguía siendo que yo no me creía la historia oficial: cada vez estaba más convencido de que había alguien más involucrado en la muerte de Matt Kellner, y llegó un punto aquella semana en que empecé a sospechar que Robert Mallory tenía algo que ver en ello; que de alguna forma él lo había puesto todo en marcha.

Susan Reynolds pospuso la fiesta que iba a dar para Robert Mallory hasta el tercer sábado de octubre, y me lo contó mientras estábamos sentados en su coche en el aparcamiento de los alumnos de último año, donde poco antes habíamos compartido lo que debería haber sido una escena relativamente normal que había conducido hasta el momento de montarnos en el BMW: habíamos estado charlando sobre el inminente viaje de Thom al este a fin de visitar universidades y de que yo ni siquiera me había reunido aún con la señora Zimmerman, la consejera universitaria del colegio, mucho menos planeado visitar ningún campus. Susan estaba convencida de que ella acabaría decantándose por su primera opción, la UCLA; de hecho era inevitable, era imposible que no entrase.

—Sí, la misma que Thom —dije.

Eso hizo que Susan perdiese la pose que tan perfeccionada tenía y me mirase con cautela.

—No sabemos si Thom irá a la UCLA.

—¿Por qué no? —le pregunté sorprendido.

—Te acabo de decir que va a visitar facultades en el este.

Le recordé que la única razón por la que Thom iba a volver al este

era porque Lionel, su padre, podía tomarse tiempo para acompañarlo a las facultades que supuestamente estaba barajando Thom —Syracuse, Connecticut, Boston—, aunque su primera opción era la UCLA y el viaje respondía a la voluntad de complacer a su padre, que esperaba que Thom asistiera a una universidad de la Costa Este para tenerlo cerca.

—Pero eso ya lo sabes —le dije a Susan.

Recuerdo que la conversación, que debería haber estado teñida de cierto entusiasmo, se había vuelto taciturna y resignada, y reparé amargamente en que aquel estado anímico no tenía nada que ver con Matt Kellner; por lo visto ya había sido olvidado. Susan estaba distraída por algo más importante, o eso supuse. Y entonces se inclinó y subió el volumen de la radio del coche.

Susan y yo compartíamos una canción de un grupo australiano llamado Icehouse, y ahora sonaba en el coche mientras estábamos allí sentados después de clase y ella fumaba un cigarrillo de clavo mirando abstraída por el parabrisas, y yo me quedé contemplándola, admirado por lo guapa que se había puesto: aquella nueva belleza parecía haber florecido de un día para otro. «¿Cómo es que no acabasteis juntos?», me preguntó Robert Mallory en el espacio de Melrose, una noche de, parecía, mil años atrás. Recordé la primera vez que me fijé en Susan: fue en una fiesta que celebró Anthony Matthews (siempre intentando ser el chico más popular de la clase) en las primeras semanas de séptimo curso, donde ella apareció de pronto con unos vaqueros Calvin Klein y un top de cuello halter y bajó los escalones hacia la piscina justo cuando por los altavoces del patio empezaba a atronar el riff de «Saturday Night» de los Bay City Rollers como si fuese la chica de una película en la que todos participábamos, y más tarde la vimos girar grácilmente al son de «Boogie Fever» con Jeff Taylor, con quien pensábamos que iba a terminar, aunque al final no pasó nada. Y recuerdo que al año siguiente, cuando me dejaron quedarme a pasar la noche en una fiesta en casa de Debbie, Susan y yo conectamos finalmente y nos hicimos más íntimos que nunca, mientras el grupo veía *Carrie* en el Z Channel, y luego, por alguna razón, me recuerdo unos años después tocándole el muslo mientras veíamos *Fama* en el

Cinerama Dome al salir de clase, una película que Thom no había querido ver, solo para ponerla a prueba, para calibrar hasta qué punto iba en serio con Thom cuando llevaban saliendo ya casi nueve meses —era mayo de 1980—, y ella no me apartó la mano y al final la quité yo. Y pensé en todas las canciones cursis con las que fuimos fraguando nuestra amistad y que a Thom y Debbie no les gustaban: «If You Know What I Mean» de Neil Diamond, y «Tryin' to Get the Feeling Again» y «Weekend in New England» de Barry Manilow, y todo lo de los Carpenters. «¿Cómo es que no acabasteis juntos?». Yo sabía por qué y a la vez no lo sabía —no debería haber sucedido pero podría haber sucedido—, y no era porque también me gustasen los chicos. Había algo en Susan que parecía inalcanzable, y supongo que al final la preferí así: la inevitable realidad habría sido demasiado dolorosa.

Habíamos estado poniendo la canción de Icehouse desde que salió, era el primer corte del álbum debut del grupo, y lo habíamos comprado juntos en el Tower Records del Sunset un día de la última semana del tercer año de instituto, y luego nos pasamos la tarde conduciendo, escuchándola y rebobinando la cinta para experimentar la canción una y otra vez, sorprendidos de lo mucho que nos gustaba, dado que no la habíamos oído hasta entonces. Susan había comprado la cinta por el single que ponían en la KROQ, la animada canción pop «We Can Get Together», pero aquella otra se convirtió en una canción que solo conocíamos ella y yo; Debbie no la conocía, Thom no la conocía, Ryan no la conocía. La canción era algo que compartíamos Susan y yo y a lo que aludíamos en secreto, como si se tratase de un mensaje codificado al que solo nosotros dos encontrábamos sentido. Era una balada sobre una chica junto a un nevero donde los ríos nunca se congelan, y el cantante nos cuenta que la chica sueña con un nuevo amor pero tiene que esperar muchísimo porque falta un año para que llegue, y en la segunda estrofa nos enteramos de que el diablo vive en el nevero —vino con la nieve de invierno, nos dice el cantante—, y la chica sueña todo el verano y espera toda la primavera y si algo le sobra es tiempo. La voz sonaba temblorosa y ligeramente robótica detrás de una caja de ritmos y una melodía de sintetizador en acorde menor, pero se volvía

más cálida cuando pasaba a otro tono: sonaba siniestra hasta que dejaba de serlo. Hay un cambio, un puente, donde la tensión sube y entonces alza el vuelo hasta el estribillo final mientras el fraseo del sintetizador continúa derramándose en cascada sobre la canción. Tenía una cualidad dolorosa y soñadora, como de planear sobre el aire: era como todas las canciones de aquel año, un himno, apelando a las actitudes dramáticas en las que nos reconocíamos, y terminaba con el narrador que había estado observando entre los árboles a la chica fuera del nevero cantando: «Now it's colder every day». Termina con una simple admisión: «There's no love inside the icehouse», y la canción no se va desvaneciendo, acaba sin más.

Recuerdo con qué potencia sonó la canción la primera vez que la pusimos en el coche de Susan mientras circulábamos por Sunset Boulevard y Beverly Hills, y la voz anhelaba algo mejor de lo que ofrecía la letra, y el estribillo iba sobre sueños, sobre esperanza, intensificados por el romanticismo fatalista del tema en general. Me di cuenta de que la canción iba sobre Susan y Thom, porque aquel fue el momento en que Susan me estaba revelando que había fisuras en sus sentimientos por Thom, que estaba apareciendo una grieta; lo había admitido por primera vez dos semanas atrás en Westwood, antes de escuchar la canción siquiera. «No es que Thom sea tonto…», y la canción parecía resumir a Susan en aquel momento. Ella era la chica junto al nevero soñando con un nuevo amor, y Thom era el amor que la chica esperaba que llegase pronto, pero lo que hacía que todo fuera tan triste era que Thom ya estaba allí y que era obvio que Susan esperaba a otra persona, y el diablo era la razón de que esto sucediese… pero ¿quién era el diablo? (Durante un tiempo pensé que era yo, pero resultó ser Robert Mallory). La canción me entristecía y esperanzaba —la mejor combinación para una canción pop—, y a medida que la fuimos escuchando a lo largo de aquel verano continuó confirmando algo sobre Susan y su leve insatisfacción, la forma en que ella se abstraía conscientemente en un estado de embotamiento, y el motivo por el que había sacado el tema del viaje de Thom para visitar universidades, como si pensase que aquello demostraba que las cosas podían acabar

con el final del curso académico, o incluso antes. Pero yo también sabía que era imposible que Thom Wright estuviese sintiendo el mismo relato.

La canción terminó: me había puesto de un ánimo solemne y durante un breve momento seguí sintiéndome emocionado. Me di cuenta de que le estaba mirando los pechos a Susan bajo la blusa desabotonada, así que me concentré en otra cosa: la lata de cigarrillos Djarum y las lucecitas del salpicadero, varias cintas: las Go-Go's, los Clash, Stevie Nicks, Pat Benatar, los Psychedelic Furs. Y luego fijé la vista en el Corvette de Thom a través de la luna delantera y, unas plazas más allá, el Porsche negro de Robert Mallory destellando oscuro en el aparcamiento. Nuestro mundo moriría, pensé de repente: era inevitable.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Susan.

—Sí.

—¿Qué había entre Matt y tú? —me preguntó en voz baja—. ¿Puedes decírmelo? ¿Puedes ser sincero conmigo?

No contesté, me limité a clavar la mirada al frente. Empezó otra canción, pero Susan bajó el volumen. Y me conmovió un poco darme cuenta de que Susan sí había estado pensando en Matt en aquel momento y que me había equivocado al dar por hecho lo contrario. No dije nada porque no tenía ni idea de qué decir.

—Puede ser un secreto —dijo finalmente—. No se lo contaré a nadie.

—¿Por qué tiene que ser un secreto? —le pregunté.

Suspiró.

—Vale. Como quieras.

—¿Qué quieres saber, Susan?

—Solo quiero saber… qué significaba para ti, supongo. ¿Cómo era vuestra amistad? —Se calló y luego preguntó, vacilante—: ¿Era algo más que una amistad?

—¿A qué te refieres?

Y, de forma cautelosa, dijo:

—¿Estabais liados?

No me sobresalté. No me sorprendió. Aquello era, sencillamente, el

momento de elegir entre dos caminos: era una oferta para sincerarme. Podía mantener una mentira, continuar con evasivas y asegurarme de que el mundo seguía su curso sin alteraciones en nuestro grupito de Buckley, o podía admitirlo por fin ante ella y sacar el drama que llevaba dentro para desplegarlo en lo que daba por sentado que era el espacio seguro de nuestra amistad, pero el caso es que no sabía si seguía confiando en Susan como antes —por culpa de Robert Mallory—, y en el mismo momento en que me planteó la pregunta comprendí que no podía contarle la verdad, y esa revelación fue tan repentina y cayó sobre mí con tal fuerza que borró toda esperanza de alivio. Solo podía ser sincero a medias, la conocía hacía mucho tiempo y la quería de tal manera que no era capaz de mentirle por completo y tampoco hasta tal punto. Pero ya no estábamos en ese punto.

—No lo conocía realmente —empecé—. Quedábamos y de vez en cuando pasó alguna cosa. No sé por qué ni cómo. Pero sí, nos liamos un par de veces.

—¿Solo un par de veces? —me preguntó, sin inmutarse después de que hubiera admitido aquello.

Me encogí de hombros con calma y no dije más.

—Entonces… ¿no era algo serio?

—Fue… un experimento. Yo estaba experimentando. —Lo dije mirando al frente por el parabrisas, sintiéndome completamente exhausto—. Susan, si se lo cuentas a alguien, si se lo cuentas a Thom o a Debbie o a Robert, te juro que…

—Para —me cortó—. Por supuesto que no se lo voy a contar a nadie. ¿Por qué iba a querer contárselo a Thom o a Debbie o a Robert? —Me estaba mirando—. Es un secreto, lo entiendo. —Hizo una pausa—. Era algo entre Matt y tú. No es asunto de nadie más.

Recuerdo que no sentí nada al admitir aquella verdad a medias —incluso un cuarto de la verdad, ya que negaba que hubiera pasión por mi parte—, y eso me demostró que ya me estaba distanciando de Susan, del grupo, de todos. Susan me había dado a entender de mil maneras que sabía que algo estaba pasando con Matt, no desde un principio, pero que era evidente que teníamos más relación de lo que

yo le había contado. Era una amistad sobre la que a veces bromeábamos, pero luego, ahora me daba cuenta, las bromas habían cesado. Llegó un momento en que Susan empezó a comprender que entre Matt Kellner y yo había algo más.

—No lo conocía realmente —dije—. Quiero decir, no sé qué le pasaba por la cabeza. —Me detuve un momento, hice unos débiles gestos con las manos—. Supongo que éramos amigos, o igual no. —Volví a callarme—. Era… complicado, supongo. —La miré a los ojos—. Fue un experimento.

—Pero ¿te gustaba?

—No lo conocía.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no lo conocía. Quiero decir que no sé qué le pasó. Si lo hubiese conocido de verdad, creo que podría encontrarle sentido a su muerte. Pero supongo que no lo conocía, porque al Matt que yo conocí no le habría pasado lo que le pasó. —Estaba divagando, confuso, ruborizado.

—Pero yo no te he preguntado eso —me dijo con calma—. Te he preguntado si te gustaba.

—¿A qué te refieres? En plan, ¿si estaba enamorado de él? Dios… —Me giré, fingiéndome asqueado.

Susan se quedó en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de contarle.

—Alguien me contó que os habíais peleado —dijo.

La conmoción que sentí en aquel momento, por la traición, fue tremenda e inmediata. Tuve que apretar los puños para aplacar la oleada de furia que me invadió de golpe.

Estuve a punto de bajarme del coche, pero me contuve.

—¿A qué te refieres? —volví a preguntar con voz grave y monocorde.

Susan suspiró, dudando de si debía continuar, pero al final decidió hacerlo.

—Robert me contó que Matt y tú os habíais peleado —dijo—. Pero ¿por qué os peleasteis?

—¿Y por qué te contó eso Robert Mallory? —No pude evitar usar su

nombre completo.

—No lo sé. ¿Por qué me lo contó Robert? Supongo que habló con Matt y Matt se lo contó. —Hizo una pausa—. ¿Por qué os peleasteis?

—Vaya, ¿no lo averiguó Robert y te lo contó? —pregunté, tratando aún de controlarme para no espetárselo a la cara, para que mis facciones no se retorcieran en una mueca de rabia, para que mis manos no se convirtieran en garras, para no dejarle ver lo que estaba sintiendo de verdad en aquel momento. En vez de eso seguí aparentando placidez, el semblante impávido.

—Dijo que no lo sabía. Solo que Matt comentó que os habíais peleado por algo y que estaba bastante hundido.

Oír aquello me mató. Me mantuve firme.

—Bueno, pues no sé a qué se referiría —murmuré—. A ver, le dije a Matt que fumaba demasiada hierba y que no soportaba sus paranoias y cosas así, y que si iba a estar siempre tan colocado no tenía sentido que siguiéramos quedando.

Susan escuchó esta mentira y asintió.

—Entonces… ¿rompiste tu amistad con él?

Me encogí de hombros.

—Pues sí, supongo, aunque en realidad no. Solo le… eh… sermoneé.

—¿Le sermoneaste? —me preguntó, confusa—. ¿Le sermoneaste?

—Sí, sobre… eh… que fumaba… demasiado —respondí titubeando.

—¿Crees que eso tuvo algo que ver con que no volviera al colegio, con su desaparición…?

—Susan… —le advertí.

—No, hablo en serio…

—Susan… —advertí de nuevo, esta vez más alto.

—¿Matt se enfadó tanto como para…?

—¿Suicidarse? —le pregunté—. ¿Estás de coña, joder? —Me giré en el asiento del copiloto y la miré de frente—. Fue un accidente. ¿Qué insinúas? No puedes empezar a inventarte cosas así como así…

—¿Por qué te pones tan a la defensiva? —me preguntó, alargando un brazo para cogerme la mano.

—Porque estás insinuando que tuve algo que ver con lo que le

sucedió a Matt, y eso es una gilipollez —contesté, apartando la mano.

—Bret, por favor, no estoy insinuando eso. Es que he pensado que igual tú sabías por qué Matt pensaba que os habíais peleado.

—No, no lo sé —dije en tono calmado—. No tengo ni idea de a qué se refería. Y, por cierto, Robert ya me lo preguntó y también le dije que no tenía ni idea. ¿De qué hablas con Robert Mallory? ¿Hablas de mí con él? Es un puto pirado, Susan…

—Bret —dijo con suavidad, cogiéndome de nuevo la mano que había retirado—. Entiendo que debe de ser muy difícil digerir la muerte de Matt… para ti… y no estoy insinuando nada. —Hizo una pausa—. Y esto no tiene nada que ver con Robert.

—Pero si es él quien se ha inventado todo esto…

—¿Qué se ha inventado?

—Bah, a la mierda, estoy bien —insistí—. Estoy muy bien. —Volví a apartar la mano—. No pasa nada, Susan. Nada de nada.

—¿Seguro? Puedes contármelo, puedes hablar conmigo.

—Susan, ¿qué quieres oír?

—Lo que me quieras contar. Queda entre nosotros.

—¿Crees que tuve algo que ver con la muerte de Matt…?

—¡Eso no es justo! —exclamó—. ¡Yo no he dicho eso! ¿Por qué te gusta tanto ir de drama queen?

—¡Lo has insinuado! —Levanté la voz. Casi estaba gritando—. ¡Robert Mallory lo ha insinuado!

—Bret, tienes que calmarte. No tienes por qué enfadarte conmigo. Solo estoy intentando ayudar. Al parecer soy la única que se preocupa por Matt. Soy la única que pregunta estas cosas. —Hizo una pausa—. Y tú estás tan resentido…

—Tienes razón, tienes razón, no quería decir eso.

—Por Dios, Bret… —murmuró.

—Pero ¿por qué Robert estaba tan interesado en Matt?

—No creo que Robert estuviese *tan* interesado en Matt…

—Siempre andaba con él. Mucho más que yo.

—Eso fue porque os peleasteis, ¿no? —exclamó, mirándome con los ojos muy abiertos, sin poder dar crédito a mis palabras—. Porque tú «le

sermoneaste». —Seguía mirándome como si no lograra entenderme—. ¿Lo dejaste tirado y aún te enfadas porque Robert tratase de hacer nuevos amigos y acercarse a Matt?

—Susan, Robert no quería hacerse amigo de Matt…

—¿Cómo lo sabes? Eso no lo sabes…

—Siento no ser miembro del puto club de fans de Robert Mallory, pero no me creo que Robert quisiera hacerse amigo de Matt Kellner…

—Solo quiero saber una cosa —me cortó Susan.

—Vale. ¿Qué?

—¿Cuándo acabó lo de Matt? —Se calló, y acto seguido precisó—: El tonteo entre vosotros dos.

—¿Por qué? ¿Qué importa eso?

Reflexionó y luego sopesó sus palabras con cuidado.

—Me importa porque Debbie es mi mejor amiga.

Asentí despacio al comprender lo que quería decir, lo que me estaba preguntando realmente, la cronología.

—Creo que fue en mayo —dije, y luego proseguí vacilante—: No pasó… nada durante, eh… el verano.

—Entonces… ¿ya no había nada entre Matt y tú cuando empezaste a salir con Debbie?

Odié la forma en que lo preguntó. Odié que aquello le importase. Odié la manera en que empleó la palabra «salir». Revelaba una Susan distinta de la belleza indiferente y embotada que tanto me había fascinado durante las últimas semanas. Daba a entender que existían normas que todos teníamos que acatar y una especie de decoro que pensaba que Susan había dejado atrás. Me confirmaba que estábamos en el instituto, donde había partidos de fútbol y asambleas y reyes y reinas del baile, que los chicos no follaban con chicos y que todo el mundo era fiel y actuaba conforme a las reglas que establecíamos y respetábamos. Un año antes podría haberle confesado a Susan lo asqueado que estaba por todo eso, y también durante el verano podría haberle contado que me sentía así. Pero desde entonces algo había cambiado, y ahora me resultaba imposible.

—Pues sí, así es —dije—. No quería que hubiese nada entre nosotros.

—Me callé—. Yo estaba con Debbie. Y creo que…

Entonces descubrí un relato distinto, un nuevo enfoque, y fui a por ello. Se había formulado rápidamente. Lo solucionaba todo.

—¿Sí? —preguntó Susan, esperando.

—Y creo que… eso era algo que cabreaba mucho a Matt. Creo que eso fue lo que empezó a distanciarnos. —Hice una pausa para enfatizar—. Debbie. Fue mi relación con Debbie. —Asentí como si estuviese cayendo en la cuenta en ese preciso instante—. Que se convirtiese en mi novia…

Susan se quedó pensativa y asintió levemente como si comprendiera. Y lo que empeoró aún más aquel momento fue que dio muestras de alivio y se relajó. Aquella mentira provocó una pequeña oleada de náusea que ascendió por mi interior pero terminó disolviéndose al darme cuenta de que iba a funcionar.

—No se lo puedes contar a Debbie, Susan. Por favor. —Me volví hacia ella, desesperado—. No puede enterarse. Lo echaría todo a perder.

—Lo sé, lo sé —dijo con gesto reflexivo—. No diré nada, no diré nada —añadió, cogiéndome la mano—. Lo prometo.

—Gracias —fue todo cuanto fui capaz de decir—. Gracias —repetí.

Me devolvió la mirada y trató de aligerar el momento diciendo:

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Pero ahora sonó irónico, no en plan medio de broma como las otras veces que lo había dicho, y de pronto me percaté de que su alivio se entremezclaba con el desconcierto, y reaccioné a su ironía imitando a un tímido colegial que sonreía apocado y apartaba la vista. Eso la hizo reír.

12

Me bajé del coche de Susan y caminé hasta el Mercedes, abrí la puerta, me senté en el asiento del conductor y supe automáticamente que iría a casa de Matt Kellner sin tener ni idea de por qué iba a hacerlo. Simplemente no podía pensar en nada más. Estaba totalmente calmado cuando saludé con la cabeza a Miguel, que aquella tarde dirigía el tráfico en el aparcamiento de Buckley, crucé las verjas y salí a Stansbury. Me sentía algo aturdido mientras conducía por Valley Vista en dirección a Encino, pero cuando giré en Haskell y llegué a la casa de Matt de repente me invadió un miedo que nunca antes había experimentado: era la adrenalina que actuaba como una advertencia para salvarme pero también mezclada con una abrumadora compulsión de seguir adelante sin importar cómo me sentía, y averiguar lo que fuera que pensara que necesitaba saber. Aparqué donde solía aparcar; la calle parecía estar como siempre, la casa parecía estar como siempre. La única diferencia en aquella secuencia de la película: Matt estaba muerto.

Fui hasta la cancela del patio y me sorprendió poder descorrer el cerrojo con la misma facilidad con que lo había hecho un centenar de veces antes; no estaba cerrada, como si me estuviesen esperando. Recorrí el sendero como había hecho un centenar de veces —generalmente en un exacerbado estado de excitación erótica que en ese momento recordé con incomodidad— hasta la parte trasera de la propiedad, me detuve cuando vi la casita de la piscina y de forma casi involuntaria respiré hondo: aquella visión hizo que empezara a sentir pánico sobre algo impreciso e inefable, pero entonces me di cuenta de que el pánico conectaba simplemente con el hecho de que aquel era el sitio donde Matt y yo habíamos *existido* , el único lugar donde lo había visto aparte de Buckley, y la casita de la piscina significaba tanto para mí como el mismísimo Matt, y ahora estaba contaminada de muerte, era un lugar encantado. El miedo, la adrenalina y el pánico se vieron de

repente sustituidos por un dolor que me sorprendió sentir, como ese instante en que de pronto oyes una música triste en una imagen concreta de una película, aunque caí en la cuenta de que la última canción que había escuchado allí era «Ghost Town», una canción que no tenía nada de triste. Me acerqué indeciso a la puerta sin saber qué esperaba encontrar, pero las cintas amarillas de escena del crimen entrecruzadas sobre la entrada que había esperado ver no estaban (porque la muerte de Matt no había sido un crimen, ¿no?), aunque me fijé en una columna envuelta en lo que parecía un plástico azul que sugería que algo delictivo había sucedido allí (aún no sabía nada del gato clavado) y al momento estaba tocando el pomo. Me volvió a sorprender que girase, la puerta se abrió y se me concedió acceso. Y me quedé allí plantado con la última luz de la tarde, consciente de que con solo diecisiete años ya estaba contemplando mi pasado, de que el pasado tenía un significado que siempre te definirá. Recuerdo que aquel fue uno de mis primeros momentos cercanos a la adultez, cuando me di cuenta de lo poderosa que era la memoria; o al menos fue la primera vez que me dolió tanto. Y no había nada que pudiese hacer respecto al dolor del pasado: simplemente se iba asentando en mí. La casita de la piscina y Matt eran una parte de mi vida que había *sucedido* y ya no estaba. Nada más. Nadie más lo sabía. A nadie le importaba.

La habitación parecía incluso más vacía que la última vez que estuve allí, cuando Matt, con su bañador verde lima y su camiseta de los Dodgers, retrocedió cuando fui a tocarlo. Examiné el lugar con la mirada: nunca lo había visto tan limpio. Desvié rápidamente los ojos de la cama, que ahora no era más que un colchón, despojado de toda su ropa. Me fijé en las tablas de surf colocadas una contra otra (un simple toque decorativo, Matt nunca hacía surf) y en el delfín lacado que se curvaba sobre el acuario vacío que ocupaba toda la pared mientras me adentraba en el interior; olía a rancio, a cerrado, como si nadie hubiese estado allí en mucho tiempo. Había reparado en que el equipo de música y los discos estaban alineados pulcramente en el suelo junto a uno de los altavoces cuando de pronto vi el póster del *4* de Foreigner encima del cesto de la ropa sucia y me dio un escalofrío que no supe

explicarme: el póster que alguien le había dejado en el buzón a Matt Kellner. Avancé hasta que me planté delante de él, observando la imagen como si contuviese un significado misterioso que necesitaba descifrar, pero no lo había. Abrí la nevera: la hierba no estaba; solo quedaban un par de botellas de Corona y una solitaria lata de Cactus Cooler. Me acerqué a su escritorio, donde unos libros de texto se apilaban cuidadosamente junto a una máquina de escribir Smith-Corona; no quedaba ni rastro de la parafernalia drogata: cachimbas, pipas, papel de liar. Empecé a abrir cajones, la mayoría vacíos salvo por algún cuaderno y algún boli, una grapadora y una cajita de clips, un sacapuntas, una calculadora, una regla (la usé una vez para medir nuestras erecciones), y me sorprendió encontrar un número de *Hustler* en el último y me pregunté por qué nadie lo había tirado cuando parecía que habían limpiado el resto de sus cosas tan concienzudamente. Acababa de coger uno de los cuadernos cuando vi en la primera página un número de teléfono y las letras *RM* garabateadas con la caligrafía amplia y alambicada de Matt, y me quedé helado. No sé por qué lo hice, pero al momento agarré el teléfono de disco verde del escritorio de Matt, marqué el número y no pasó nada: la línea estaba desconectada. RM era Robert Mallory, no cabía duda. Arranqué el trozo de papel del cuaderno y me lo metí en el bolsillo de los pantalones. Supuse que Matt tenía un listado del colegio donde figuraba el número de teléfono de Robert Mallory, así que ¿por qué necesitó apuntarlo? Y luego pensé: tal vez Robert Mallory tenía *otro* número de teléfono, tal vez tenía un número *aparte* , un número *privado* , y ese es el que le dio a Matt. O tal vez aquel era el número del listado y yo estaba viendo cosas que no estaban ahí porque era el escritor.

Me distraje cuando reparé en una pila de ropa pulcramente doblada y colocada sobre el banco del dormitorio dispuesto a los pies del colchón pelado: la habían lavado, pero me pregunté cuándo la dejaron allí. ¿La lavaron durante la semana en que Matt estuvo desaparecido y la apilaron y doblaron para cuando volviera de donde estuviese? ¿O la lavaron después de que encontrasen su cuerpo en la piscina, como parte

del programa continuado de rituales llevados a cabo por los Kellner para tratar de mantener la fachada de normalidad ante la muerte de su hijo? Encontré la camiseta de los Dodgers, me la llevé a la cara y la olí, pero no había ni rastro del olor de Matt. Y entonces mis ojos se posaron sobre tres pares de calzoncillos blancos junto a las camisetas y una insoportable ráfaga de lujuria palpitó en mi interior, cogí uno y lo presioné contra mi cara mientras inhalaba profundamente, me lo metí en la boca, lo saboreé, lo mastiqué… no pude evitarlo. Estaban limpios: no tenían manchas, ni olor, ni rastro de Matt, todo lo que quedase de él había desaparecido al lavarlo. Paré de inmediato, avergonzado, y me metí el calzoncillo en el bolsillo de los pantalones, intentando alisarlo para que no abultase. Luego fui a echar un vistazo al garaje de la casita de la piscina y lo encontré vacío: el Datsun rojo ya no estaba. Y cuando me marchaba por última vez de allí caí en algo en lo que no me había fijado al llegar: habían vaciado la piscina, estaba completamente vacía y seca, y sin agua parecía haber disminuido de tamaño, solo un pequeño agujero de hormigón blanco. Se me paró el corazón cuando vi la hamaca atada entre los troncos de las dos palmeras y recordé la primera vez que vi a Matt allí desnudo, aquella tarde de julio de 1980.

Cuando salí de la casita de la piscina, los aspersores estaban regando el césped que se extendía hasta la residencia principal —una casa enorme de dos plantas estilo Tudor, de una anchura descomunal, probablemente construida a mediados de los sesenta—, y vi a alguien sentado a una mesa en la glorieta situada junto a la zona de césped y rodeada de flores, azul violeta y amarillo dorado. Ya me había fijado antes en la glorieta, era grande y blanca con el tejado cubierto de hiedra, pero nunca había visto a nadie sentado en una de las sillas de patio dispuestas alrededor de la mesita del centro. Y había una mujer en una de las sillas, fumando un cigarrillo, con una falda de tenis que no hacía juego con el estampado floral de su blusa, cruzadas las largas piernas bronceadas, descalza, contemplándome impertérrita mientras me decidía a atravesar el césped hasta ella, porque sentí que me habían pillado y tenía que explicar quién era. Comprendí que era la madre de Matt, Sheila.

Supuse que debía de haberla visto en varios eventos escolares, pero su cara no me recordaba a nadie que hubiese conocido. Solo había conocido a Matt, y aunque había estado yendo un año a Haskell Avenue, nunca me presentó a Sheila ni a Ronald, su padre. En realidad, ni siquiera había estado dentro de la casa principal. Sheila llevaba el pelo castaño cortado en una media melena y las gafas de sol subidas por encima de un flequillo recto muy chic, y parecía más vieja que la mayoría de nuestras madres, probablemente rondaba los cuarenta y muchos. No sabía nada de ella: Matt no se quejó nunca ni tampoco hizo ningún comentario elogioso sobre su madre; simplemente nunca la mencionó. Yo no llevaba la americana de Buckley pero sí el resto del uniforme —el nudo de la corbata a rayas aflojado, la camisa arremangada—, y supongo que mi juventud fue lo que hizo que mantuviera la calma ante la aparición de aquel desconocido que se le acercaba, aunque mientras subía los escalones que llevaban a la glorieta me di cuenta casi de inmediato de que estaba sedada y eso era lo que motivaba su quietud y hacía que todo pareciera calmado y ligero; al acercarme más vi que, de hecho, parecía aturdida y con la mirada perdida. Solo se movió cuando aplastó el cigarrillo en un cenicero que tenía al lado de un paquete de Pall Mall. Esperó mientras permanecí allí de pie ante ella sin saber qué decir.

—¿Sí? —preguntó finalmente—. ¿Puedo ayudarte?

No sabía cómo explicarle que algo me había empujado a conducir hasta la residencia de los Kellner ni por qué estaba allí plantado delante de ella en ese momento. De repente me sobresalté al darme cuenta de que probablemente me había visto llegar por el sendero, entrar en la casita de la piscina y salir poco después, y que iba a tener que darle alguna respuesta razonable sobre qué estaba haciendo allí, aunque no la tuviera.

—Soy amigo de Matt —dije en voz baja, y entonces caí—. Era amigo de Matt.

Ladeó ligeramente la cabeza cuando dije eso, y con la misma voz aturdida me preguntó:

—¿Amigo? —Hizo una pausa—. ¿De Matthew?

—Sí, soy Bret. Bret Ellis. Estoy en la clase de Matt. —Hice una pausa y aclaré innecesariamente—: En… Buckley.

—No nos habíamos visto nunca —dijo ella, echándome una ojeada con una impasibilidad que parecía completamente natural dadas las circunstancias, pero que sin embargo me puso nervioso.

—No, nos habíamos visto. Pero venía a menudo. —Pausa—. A ver a Matt. —Nueva pausa—. A nadar y pasar el rato.

—Ah. Entonces ¿tu coche era el que veía siempre? ¿El sedán verde?

—Sí. Lo siento. Siento muchísimo lo sucedido…

—Pero ¿qué pasó? —me preguntó con la misma voz monocorde. Se apresuró demasiado a preguntarlo; sus palabras se solaparon con mi pésame.

—Yo… ¿perdón? —pregunté automáticamente con expresión perpleja, confundido.

—Pero ¿qué pasó? —volvió a preguntar, cogiendo otro cigarrillo que sacó del paquete y se llevó a los labios, y que la llama de un mechero de oro encendió rápidamente.

Exhaló el humo sin quitarme ojo de encima. Me fijé en el vaso a medias de zumo de naranja junto al cenicero, y el alcohólico que empezaba a aflorar en mí se preguntó si llevaría vodka.

—¿A qué… se refiere? —pregunté tratando de sonar empático, aunque con el semblante arrugado por la confusión. La escena me había reducido a la categoría de actor y luchaba por recitar mis frases, intentando dar con el tono idóneo y ponerme a su altura.

—Me refiero —empezó con aquella voz sin tono y la mirada inexpresiva— a que no sabemos qué le pasó a mi hijo. —Se calló y luego añadió—: Exactamente.

Se hizo un silencio entre nosotros, solo se oía el ruido de los aspersores rociando el extenso césped, su rítmico traqueteo ocasional sumándose a la banda sonora de la película en la que estábamos.

—Yo no sé… qué pasó —dije, consciente de que llevaba en el bolsillo de mis pantalones grises unos calzoncillos de Matt pegados contra el muslo. Cambié de postura y di un paso atrás en los escalones que llevaban a donde estaba sentada Sheila Kellner en el centro de la

glorieta, y miré hacia la piscina vaciada y la casa de invitados vacía—. Tuvo… un accidente. O sea, fue un accidente, ¿verdad? —pregunté vacilante, volviéndome hacia ella pero sin apenas encontrar su mirada.

Era evidente que estaba sufriendo y se encontraba confusa; se le notaba en los ojos y en aquella quietud, como si la rodease un aura de perplejidad, pero la medicación que le estuviesen dando lo aplacaba todo hasta el punto de permitirle hablar de Matthew sin desmoronarse. Y entonces me preguntó:

—¿Sabes si se peleó con alguien?

Aquello distaba tanto de cualquier cosa que me esperase que tuve que aguardar un momento para recomponerme, y luego pregunté:

—¿Una pelea?

—Sí —dijo dando una calada al cigarrillo—. ¿Un altercado?

—¿A qué se refiere? —murmuré.

Me contestó con un tono de despreocupación drogada.

—Tenía moratones. Muchos moratones. Tenía amoratado un lado de la cara.

Una vez más, no sabía qué decir.

—¿Pudo pasarle al caerse? —Hice un gesto de impotencia con las manos—. En la piscina. Y, eh… ¿se golpeó en la cabeza?

—No —replicó ella, y luego, aclarando—, tenía moratones por el pecho y la espalda. Por las piernas.

No estaba preparado para nada de aquello. No esperaba encontrarme con Sheila Kellner. No tenía ni idea de que iba a mantener una conversación con la madre de mi amigo muerto. Estar allí de pie en los escalones de la glorieta resultaba casi insoportable. ¿Moratones? ¿Matt tenía moratones por todas partes? Aquella era una película en la que me había perdido por completo. Desanduve mis pasos, volví a situarme en la escena e improvisé mis frases.

—¿Alguien sabe adónde… fue esa semana? A lo mejor le pasó algo dondequiera que… fuese. —Hice una pausa y por un instante me sentí sinceramente aterrado. ¿Moratones? Nadie había mencionado nada de los moratones—. ¿Puede que… se hiciera los moratones entonces?

Sheila no dijo nada. Su mirada se dirigió de mí hacia la casita de la

piscina a lo lejos, y luego de nuevo a mi cara, completamente inexpresiva.

—O sea, ¿no encontraron su mochila en… aquella playa —dije en voz baja—, en aquel aparcamiento? —Estaba hablando tan bajo que apenas me oía a mí mismo—. En… Crystal Cove.

—Matt no practicaba ningún deporte —dijo, como si no me hubiese oído.

—No que yo sepa…

—Así que no fue por eso —continuó, exhalando humo—. Creo que igual fue haciendo surf —dijo en voz queda—. Creo que fue a hacer surf y quizá fue entonces cuando se hizo los moratones. —Se calló y me miró, pero sin ninguna convicción—. Los moratones parecían muy raros, pero probablemente fueron de hacer surf.

Me limité a asentir, tratando de apaciguarla. Yo sabía que Matt no hacía surf y sin embargo su madre creía que su hijo era un surfista, y comprendí con una rotundidad íntima y pasmosa que Sheila Kellner no había conocido en realidad a su hijo; pero entonces recordé que tampoco yo lo había conocido: nadie lo había conocido. Y de pronto fue como si Sheila hubiese emergido a una nueva zona de sedación; pareció aún más lejos de mí cuando dijo:

—¿Por qué has venido?

No lo preguntó con frialdad, no tenía nada de acusador: planteó la cuestión sin apenas interés, como si no le importase realmente la respuesta. Me sorprendía que fuese capaz de sostener el cigarrillo con tanta firmeza; me fijé en que fumaba con la mano izquierda y vislumbré el diamante del anillo de casada en un dedo. El movimiento de la mano al descender sobre el cenicero y subir de nuevo a la boca era completamente robótico, a lo cual contribuía lo que fuera que le hubiesen administrado para sedarla.

—He venido… —empecé, y me callé—. He venido porque quería enterarme de qué le pasó a Matt.

Sheila Kellner se me quedó mirando fija, insistentemente, durante un buen rato.

Y después de marcharme de Haskell Avenue aquella tarde,

comprendí con un escalofrío que lo que ella estaba pensando en aquel momento era: «No, para nada. Tú no quieres enterarte de qué le pasó a mi hijo». Pero entonces, allí plantado en la escalera de la glorieta, aún no lo sabía. Finalmente dijo:

—Puedes hablar con mi marido. Está en su despacho.

La puerta corredera de cristal que llevaba a la cocina estaba medio abierta y había una criada mexicana con uniforme y guantes de goma hasta los codos fregando en silencio los fogones cuando entré y cerré con cuidado, sin tener muy claro si debía hacerlo. Giró la cabeza para mirarme, sin mostrar la menor sorpresa. Se fijó en el uniforme del colegio y supo quién era: un amigo de Matt. Pero su semblante era sombrío y no me dirigió la palabra. Tomó un espray desengrasante Easy-Off y se puso a limpiar el horno abierto mientras yo avanzaba titubeante por la cocina.

—Estoy buscando al padre de Matt… quiero decir, a Ronald, el señor Kellner… —fue mi entrecortada explicación.

La criada se encogió de hombros y dijo algo en español para indicarme que estaba en « la oficina», y volvió a ponerse con el horno. Un pasillo llevaba desde la cocina hasta la zona de comedor, donde pasé junto a una mesa circular de cromo y cristal con un helecho en una maceta en el centro; la mesa estaba dispuesta sobre una enorme moqueta de pelo largo y color blanco roto que se extendía hacia un salón situado en un nivel inferior en la parte delantera de la casa, y cuyos grandes ventanales dejaban ver el camino de ladrillos circular de la entrada y una vista de Haskell Avenue. Al llegar al salón oí una voz proveniente de algún punto de la casa y me dirigí hacia la escalera del vestíbulo, donde apoyé una mano en una barandilla de roble rojo pulida hasta que logré ubicar con exactitud de dónde procedía la voz: no venía de la planta superior, así que giré por un pasillo que me llevó hacia el otro lado de la casa.

Aunque la casa parecía no acabarse jamás, estaba tan silenciosa que no me costó localizar a Ronald Kellner: seguí su voz a lo largo de otro pasillo. Era una voz suave y cansada, y a menudo murmuraba a quienquiera que estuviese al otro lado del teléfono. Giré hacia una gran

estancia que supuse que debía de ser el despacho de Ronald, cubierta con la misma moqueta de pelo largo y color blanco roto y donde colgaban los mismos cuadros seudoimpresionistas que compraba mi padre en la galería Wally Finley de Beverly Hills, y había un calidoscopio y un tablero de backgammon en una mesita baja situada delante de un sofá color vino, por encima del cual se extendía una vista panorámica del patio trasero. Más tarde me enteraría de que Ronald Kellner dirigía uno de los gabinetes jurídicos más poderosos de Los Ángeles (no voy a decir el nombre ni a inventarme uno), que tenía sus oficinas en Century City y que representaba, como también sabría más adelante, a una prestigiosa clientela del sector inmobiliario y de la industria del entretenimiento, y que el bufete contaba con quince abogados en nómina que ocupaban varias suites en las Century Plaza Towers. Pero la tarde que visité a los Kellner aún no sabía nada de eso.

Matt nunca había mencionado a su padre ni había comentado a qué se dedicaba, porque supongo que nunca se lo pregunté, o igual lo hice y no lo recordaba, durante aquellas largas y anodinas conversaciones que mantuvimos a lo largo del año que estuvimos juntos, en las que los temas nunca llegaron a ser personales hasta la última semana, cuando me puse insistente, así que evidentemente no sabía cómo se ganaba la vida el padre de Matt y tampoco me importaba; allí en la puerta del despacho de Ronald Kellner comprendí que cuando estaba con Matt solía ajustarme a su longitud de onda, hablaba de lo que fuese que le interesara en aquel momento y después lo utilizaba para el sexo. Ronald tenía cincuenta y pocos —eso me recordó que era más viejo que la mayoría de los padres de nuestros compañeros de último año—, era alto, tenía el pelo cano y escaso y una barba bien cortada. Lo que más me impactó del señor Kellner fue que tenía un aspecto normal —pantalones beis convencionales, un polo metido por dentro, llevaba cinturón, náuticos—, y me pregunté por un momento por qué no se le veía más destrozado, arrastrándose por la casa en pijama con la cara llorosa, angustiado o con una botella medio vacía de ginebra en la mano porque su único hijo acababa de morir. Ronald Kellner era capaz de presentarse ante los demás como si aquel horrendo suceso no

hubiese tenido lugar. Aquella tarde, y pese a la muerte de Matt, ofrecía un aspecto totalmente profesional.

Ronald Kellner sostenía el auricular del teléfono a un lado de la cabeza mientras estaba de pie ante el ventanal, el cable extendiéndose desde el escritorio hasta donde se hallaba, mirando a su mujer sentada en la glorieta. Ni siquiera escuché lo que murmuraba al teléfono, porque me estaba fijando en varias fotos mimeografiadas que estaban sobre su mesa, abarrotada de papeles, expedientes y sobres bajo una enorme lámpara Tensor metálica, el único ejemplo de desorden en medio de aquel despacho pulcra y profusamente decorado. Advirtió mi presencia cuando se dio la vuelta y se quedó mirándome impasible, sin sonreír, mientras continuaba con la llamada. Insisto, no recuerdo qué decía pero hablaba en tono suave y cansado, y cuando se dirigió hacia el escritorio para colgar el teléfono su expresión se volvió ligeramente curiosa, sus ojos examinaron el uniforme y luego mi cara y me preguntó:

—¿Eres Robert?

Supongo que no me quedé tan conmocionado como me gustaría recordar cuando me preguntó aquello —si era *Robert* —, porque fui capaz de contestar tranquilamente:

—No, soy Bret. —Hice una pausa—. Bret Ellis. Voy a Buckley. La señora Kellner me ha dicho que estaba usted en su despacho y que podía entrar.

—¿Quién eres? —me preguntó de nuevo, confuso.

—Era amigo de Matt —dije.

—¿Amigo? ¿Amigo suyo?

—Sí, estábamos en la misma clase en Buckley.

—Eres un amigo de Matt de Buckley —repitió, allí de pie.

—Bueno, sí, quedábamos de vez en cuando. A veces venía aquí y… pasábamos el rato.

Se me quedó mirando, sus grandes manos plantadas en las caderas, observándome con una nueva gravedad que le endureció el semblante.

—¿Cómo de bien lo conocías?

—Bueno, lo conocía desde séptimo. Cuando entró en Buckley. —Hice

una pausa—. Pero nos hicimos amigos el año pasado.

—¿Te hiciste amigo de mi hijo? ¿El año pasado?

Asentí.

La gravedad se convirtió en otra cosa: se le sumó una especie de suspicacia, y Ronald ladeó la cabeza.

—¿Cómo de bien crees que lo conocías? —preguntó—. A Matthew.

Comprendí que tenía que decir la verdad.

—No lo sé. —Solté un suspiro—. Después de lo sucedido, la verdad es que no lo sé.

Aquella admisión sincera ablandó a Ronald: desaparecieron de su cara la gravedad y la suspicacia, y bajó la mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en voz muy baja—. ¿Qué quieres?

No sé por qué esperaba afecto por su parte, aunque fuera una especie de distante respuesta emocional provocada por mi presencia, pero parecía levemente exasperado de que estuviera allí en su despacho: un desconocido que admitía haber sido amigo de su hijo pero que no lo conocía realmente. Aquello no era del todo cierto, porque conocía a Matt de formas más íntimas que a cualquier otra persona que hubiese conocido hasta entonces en mi vida, pero eso no podía admitirlo delante de su padre.

—Me importaba Matt —fue lo único que dije.

—¿Te importaba mi hijo? ¿Por eso estás aquí?

—Solo… solo quería enterarme de lo que pasó.

Volvía a clavarme la mirada con una leve desconfianza. No dijimos nada, nos limitamos a mirarnos con expresión neutra hasta que la situación resultó demasiado incómoda y finalmente dije:

—Disculpe que lo haya molestado. —Y añadí—: Siento lo de Matt.

Esperé unos segundos y me giré hacia la salida, consciente de nuevo de que llevaba unos calzoncillos de Matt embutidos en el bolsillo.

—¿Querías enterarte de lo que pasó? —me preguntó Ron con sequedad.

—Sí. —Hice una pausa—. Fue un accidente, ¿verdad? Fue un accidente en la piscina.

Ron me miró mientras decidía algo y entonces se acercó al escritorio atestado, donde se puso unas gafas de leer.

—Bueno, pues no has venido al sitio adecuado, porque nosotros no sabemos lo que pasó en realidad. —Se sentó en una silla giratoria de cuero marrón y respaldo alto y examinó con detenimiento los papeles esparcidos por la mesa. Levantó la mirada hacia mí y me hizo una seña —. Por favor. Ven aquí. A lo mejor puedes intentar explicarme esto.

Me acerqué lentamente al escritorio y me puse a su lado.

—Estas las tomó un fotógrafo forense que hice venir —oí que decía Ronald mientras yo bajaba la mirada hacia su mesa.

Cogió un fajo de fotografías de veinte por veinticinco.

—¿Un fotógrafo forense? —pregunté en voz baja, súbitamente lleno de temor.

Lo primero que vi fue un cuerpo colocado cuidadosamente junto a la piscina encima de una sábana, ahogado, desnudo, el pene encogido hasta prácticamente desaparecer. La cabeza de Matt no aparecía en ninguna de las fotos que Ronald Kellner me iba enseñando —las primeras que vi las habían tomado de cuello para abajo—, pero reconocí cada centímetro de su cuerpo, cada lugar que había lamido, besado y olido. Había una serie de fotos tomadas desde diversos ángulos que documentaban los moratones a los que había aludido la señora Kellner, como si a Matt lo hubiese aporreado alguien o algo; estaban ligeramente violáceos y se veían a simple vista. Había una foto de Matt boca abajo en la que los moratones continuaban a lo largo de los riñones y subían por la espalda, y tenía otros dos en el musculado culo. No pude evitar pensar automáticamente en que yo había estado dentro de aquel culo —mi polla, mi lengua, mis dedos— y tuve que resistir la leve punzada de excitación que me inspiró, una especie de lujuria necrófila que me sobrecogió por repentina. Había una foto del brazo izquierdo de Matt con un tajo abierto, una herida amplia y rosada suficientemente profunda como para poder ver músculos y tendones. Y luego Ron me enseñó otra foto. Era de la cabeza de Matt. Parecía tranquilo, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo y casi podía detectar una sonrisa por cómo sus labios se arqueaban

ligeramente hacia arriba. Pero una parte de la cara estaba completamente amoratada por los hematomas y presentaba una gran herida en el lado izquierdo de la frente, otro tajo, donde la piel se había levantado y se veía claramente el hueso blanco del cráneo.

—¿Tú crees que esto le pasó a Matt cuando se golpeó en la cabeza al caerse en la piscina? —me preguntó Ron sin ninguna emoción.

Yo estaba tan horrorizado por lo que estaba mirando que me quedé paralizado. Las fotos de Matt fueron tan traumáticas que una parte de mi vida se terminó y entré en otro mundo, en el que permanecería para siempre. No había vuelta atrás a la inocencia ni a la infancia: aquel momento fue mi introducción oficial al reino de los adultos y la muerte. Tragué saliva y aparté la mirada, cerré los ojos. Oí a Ronald revolviendo papeles y luego sacando algo de una carpeta. Quise decir: No conocía a su hijo pero aun así lo quería. Abrí los ojos porque se me estaban llenando de lágrimas. Apreté con fuerza la mandíbula para evitar llorar delante de él.

—Supongo que mi hijo era drogadicto —dijo el señor Kellner, levantando la mirada hacia mí.

—No —murmuré—. No, yo no creo que… Solo… porros, hierba, nada más. Yo…

—Entonces ¿no tomaba ácido ni Quaaludes ni nada así? ¿Pastillas? ¿LSD?

—No, no —murmuré, sacudiendo la cabeza—. Jamás vi nada de eso. Nunca mencionó algo así. Nunca le vi meterse nada… solo fumar hierba…

—¿Nunca le viste puesto de ácido, nunca le viste tomar pastillas? —me preguntó.

—No, nunca. Nunca me habló de nada de eso.

—¿Alucinógenos? ¿De eso nunca te habló?

Volví a negar con la cabeza, aturdido.

—¿Quaaludes?

—Jamás vi ningún Quaalude por aquí. Matt nunca habló de eso… de que…

—Bueno, entonces ¿cómo explicas los seis mil miligramos de

metacualona que encontraron en su organismo? —me preguntó Ronald Kellner.

De pronto me sentí como si estuviese siendo juzgado ante un tribunal y Ron fuese el fiscal que intentaba dirimir si yo era inocente o culpable.

Estaba completamente embotado, pero acerté a preguntar:

—¿Eso qué es?

—Quaalude. Encontraron seis mil miligramos de Quaalude en el organismo de mi hijo.

Seguí negando con la cabeza. No había nada que decir. La fuerza de las fotografías me había reducido a un simple cascarón. Me sentía completamente vacío por dentro. Ya no me importaba nada y estaba tan aterrorizado que apenas podía moverme.

—Estoy intentando averiguar dónde estuvo mi hijo aquella semana —dijo—. ¿Tú sabes algo?

—Bueno —empecé—, ¿no encontraron aquella mochila en el aparcamiento? —Mi voz sonaba como la de un niño pequeño.

—¿En Crystal Cove? ¿Te refieres al parque estatal de Crystal Cove? En Orange County.

—Sí. ¿No encontraron la mochila en aquel aparcamiento? Así que, eh… ¿no fue con el coche hasta allí y entonces tal vez… tal vez… no sé… pasó algo…?

—No fue con el coche a ningún sitio —afirmó Ronald con rotundidad.

—¿Cómo… lo sabe? —le pregunté mientras el pavor continuaba expandiéndose por mi interior.

—Hablé con mi hijo poco antes del fin de semana en que desapareció. Le dije que tenía que cambiar el faro del Datsun. Llevaba diciéndoselo semanas, pero él siempre andaba… despistado —esa fue la palabra que se le ocurrió a Ronald Kellner para sustituir la opción más obvia: «fumado»—, y no lo había hecho. Conozco al director del concesionario de Nissan en Encino, así que llevé yo mismo el coche para que le hicieran el mantenimiento. —Ronald hizo una pausa y luego me miró a la cara—. Matt no condujo doscientos veinticinco kilómetros de ida y vuelta a Laguna Beach.

—¿Cómo… sabe eso? —le pregunté en voz muy baja.

—Porque cuando le hicieron la puesta a punto al coche me fijé en el kilometraje. Había visto el kilometraje en el concesionario. —Hizo otra pausa—. Me quedé con lo que marcaba aquel jueves, y una semana más tarde, cuando devolvieron el coche y lo aparcaron en el garaje de la casa de invitados, volví a comprobarlo.

Yo seguía con la mirada fija en las fotos del escritorio, escuchando a Ronald Kellner como si me estuviese contando aquello mientras nos encontrábamos en un planeta muy lejano.

—Mi hijo condujo ese coche apenas quince kilómetros durante la semana en que estuvo desaparecido —dijo.

Se me cortó la respiración y miré a Ron.

—Nadie condujo ese coche hasta Crystal Cove —dijo, confirmando de nuevo la información—. Nadie condujo ese coche a ninguna parte. Bueno, puede que al otro lado de la colina y de vuelta aquí, pero nadie condujo ese coche hasta Crystal Cove.

Se hizo otro silencio en el despacho. Miré por la ventana hacia la extensión de césped que llevaba hasta la piscina vacía. Sheila Kellner seguía allí sentada, completamente inmóvil, en la glorieta. Yo no tenía nada que decir.

—El asiento delantero del Datsun y el salpicadero estaban llenos de sangre —dijo Ronald señalando la foto del brazo de Matt—. Ahí es donde dicen que se hizo el corte en el brazo. —Hizo una pausa—. Un intento de suicidio durante un brote psicótico, dicen.

Ron empezó a rebuscar entre un fajo de papeles que cogió del escritorio.

—Me dijeron que probablemente mi hijo tomó demasiado… —echó una ojeada a la página que sostenía— tetrahidrocannabinol —fue el término que pronunció cuidadosamente—. Marihuana —aclaró en tono inexpresivo—. No se pueden encontrar niveles de marihuana en una autopsia, pero dan por sentado que, debido a toda la parafernalia que encontraron en la mochila de Matt, eso fue lo que le llevó a consumir una cantidad masiva de dietilamida de ácido lisérgico, LSD. —Esto lo dijo en el mismo tono inexpresivo—. Y luego, según ellos,

probablemente tuvo un brote psicótico y se tomó los Quaaludes y se cayó en la piscina, donde se ahogó. Esa es la conclusión a la que han llegado. Esa es su versión oficial.

Me di cuenta de que el papel que estaba mirando era parte del informe de la autopsia. Ronald empezó a decir algo y se calló, sin decidirse a admitir lo que iba a decir a continuación. Y entonces lo dijo:

—También encontraron en el estómago de Matt los peces de su acuario, en su mayor parte sin digerir, que al parecer habría ingerido durante su supuesto brote psicótico.

Ronald volvió a mirarme como si de alguna manera yo pudiese explicarle cómo podía haber sucedido aquello.

Quería que dejase de hablar. Quería salir de aquella habitación. Yo sabía que el acuario llevaba semanas vacío. Sabía que Matt no tenía ni idea de lo que había pasado con los peces. Y luego, a raíz de lo que acababan de contarme, me pregunté si Matt habría trasladado el contenido del acuario a otro sitio antes de ingerir los peces durante su supuesto brote psicótico. Pero aquello sonaba absurdo. No supe qué decir. Todo aquel asunto se había vuelto de lo más surrealista en comparación con lo que habíamos oído en un principio, y sin embargo había pruebas de que aquella historia había sucedido realmente. Estaba mecanografiada en los folios que Ronald Kellner sostenía. Estaba en el informe de la autopsia emitido por el Departamento de Medicina Forense del Condado de Los Ángeles, con su título estampado en el margen superior de cada página.

Ronald suspiró y dijo:

—Y supuestamente también hizo esto.

Me enseñó otra fotografía, formaba parte de una serie. Levanté las fotos con una mano temblorosa y al principio no entendí qué estaba mirando: algo colgaba de la columna ahora envuelta en plástico azul. Era la columna junto a la cual pasabas al entrar en la casita de la piscina. Mi vista se ajustó a la foto: era un animal colgado, pero no distinguía de qué clase era porque le faltaba la cabeza. Lo habían atado con un cinturón a media altura de la columna y luego lo habían crucificado clavándole las cuatro garras para qué quedase extendido

formando una equis. Y lo habían destripado: un amasijo de intestinos colgaba entre sus patas y la parte inferior de la columna aparecía oscurecida por la sangre. Empecé a comprender algo, que se confirmó cuando miré la siguiente foto: era la cabeza de Alex colocada en el borde de la parte que no cubría de la piscina. Le habían sacado los ojos y le habían cortado las orejas, y le habían tirado de la lengua de tal manera que la punta se desplegaba sobre las baldosas. Traté de procesar aquello, pero mi mente chirriaba de horror: se suponía que tenía que creer que de algún modo Matt había encontrado a Alex —o que el gato había reaparecido por su cuenta— y que Matt lo había decapitado, clavado su cuerpo a una columna, colocado su cabeza en el borde de la piscina, y que luego se había caído, se había golpeado en la cabeza y se había ahogado, en pleno brote psicótico causado por ingerir seis mil miligramos de Quaaludes en un supuesto intento de suicidio. Había visto colocado a Matt muchísimas veces y sabía de qué era capaz y de qué no: yendo solo un poco fumado ya no podía ni levantarse de la cama para coger el mando a distancia del escritorio y cambiar el canal de televisión. Nunca lo había visto puesto de ácido, pero si lo que Ronald Kellner me había leído del informe de la autopsia era correcto, la cantidad de Quaaludes que llevaba en el organismo lo habría dejado paralizado: no habría sido capaz de moverse. Nada de aquello tenía sentido. Ronald seguía sentado en la silla giratoria, la cabeza gacha, cogiendo papeles, recolocándose las gafas, buscando pistas de forma mecánica, un relato que encajase.

—¿Cuánto hacía que conocías a Matt? —me preguntó finalmente.

—Como un año —murmuré, incapaz de dejar de mirar las fotografías de su hijo muerto desplegadas sobre el resto de los documentos del escritorio.

—¿Tú de verdad lo crees capaz de haber hecho esto? —Alzó la vista para mirarme.

—No sé. No creo —murmuré, y luego—: No, creo que no.

—Yo creo que alguien lo golpeó con algo —dijo Ronald en voz baja —. Creo que estuvo con alguien esa semana. Creo que le dieron drogas y que luego lo golpearon con algo, no sé, con un martillo, un martillo o

algo así, mientras estaba drogado, y que luego colocaron su cuerpo en la piscina. —Se calló—. Y después le hicieron eso al gato.

—El gato llevaba desaparecido… —empecé, pero Ronald seguía hablando.

—Y creo que todo formaba parte de un montaje. Planificado por alguien a quien Matt conocía o con quien se encontró. Y creo que lo llevaron en coche hasta Crystal Cove. —Hizo una pausa—. O que condujeron hasta allí sin él solo para dejar la mochila. —Nueva pausa —. Cuando has entrado aquí he pensado que eras Robert —oí que decía.

—¿Por qué ha pensado eso? —logré preguntar.

—Porque Matt comentó algo de ir a casa de Robert el día que llevé el coche a hacerle el mantenimiento. Que a lo mejor salía por ahí con un tal Robert. Di por hecho que era un amigo suyo. —Una pausa—. ¿Tú conoces a Robert? ¿Robert Mallory?

—Sí —dije, mientras depositaba con cuidado las fotos de Alex sobre el escritorio. Estaba tan abarrotado de expedientes e informes que daba un poco igual dónde las dejase. Ronald les dio la vuelta automáticamente, como si no quisiera recordar lo que aparecía en ellas —. Es un compañero de clase.

—Lo sé —dijo Ronald en tono fatigado, frotándose los ojos—. He descubierto que tengo una vaga relación con el exmarido de su tía.

—¿Alguien sabe si Matt… estaba con Robert? —pregunté—. Quiero decir… esa semana.

Ronald me miró con expresión alarmada.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero…. —empecé con cautela— a si alguien sabe si Matt fue a… —Tragué saliva. Me di cuenta de que me dolía la cabeza—. Si fue a ver a Robert.

Ronald me miró con un repentino desdén.

—Yo no estoy insinuando que ninguno de vuestros compañeros de clase tuviese nada que ver con esto, Bret. —Recalcó mi nombre al pronunciarlo. Me sorprendió que lo recordase—. ¿Es eso lo que estás insinuando?

—No, no, o sea, solo digo… —Dejé la frase a medias—. Me preguntaba si tal vez quedó con Robert esa semana.

—Llamamos a Robert —dijo Ronald—. Hablamos con él. Estuvo en Palm Springs con su tía el fin de semana que desapareció Matt. —Me miró con gesto inquisitivo—. ¿Es que no lo viste en el colegio durante la semana siguiente? De verdad que no entiendo qué estás insinuando sobre Robert.

—Nada, nada —me apresuré a murmurar.

—Nos contó que al final no llegó a quedar con Matt —dijo Ronald sin dejar de mirarme fijamente, como si yo hubiese revelado algo sobre mí que le generaba desconfianza—. ¿Estás insinuando que crees que Robert Mallory tuvo algo que ver con lo que le sucedió a mi hijo? ¿En serio?

Parecía asqueado. Y eso me recordó al instante la manera en que Matt se apartó de mí en la casita de la piscina aquella tarde de domingo. Fue casi como reinterpretar con su padre una variación de la escena, pero estaba demasiado entumecido por el miedo como para sentir vergüenza.

—Creo que debería marcharme —dije, retrocediendo en dirección a la puerta—. Lo siento, lo siento mucho… por todo.

Ronald ya había dejado de mirarme porque estaba sonando el teléfono y lo descolgó rápidamente, como si esperase alguna información que pudiese explicar aquella pesadilla a la que se había visto arrastrado a la fuerza. Seguí retrocediendo por el despacho hasta que me encontré en el pasillo, mientras el padre de Matt murmuraba «No lo sé» al teléfono en intervalos equitativamente espaciados, como respondiendo a una serie de cuestiones para las que no tuviera respuestas. Tomé la decisión de salir por la puerta principal porque no quería atravesar de nuevo la casa, bajar al jardín y pasar junto a aquella mujer sedada que permanecía sentada a solas en la glorieta, ni junto a la columna cubierta con plástico donde habían colgado al gato, ni junto a la piscina vacía donde supuestamente se había ahogado un chico durante un episodio psicótico, mi amigo, a quien hoy mientras escribo esto considero como mi primer amor aunque no acabé de

comprenderlo entonces, en 1981. Recorrí el camino de ladrillo hasta Haskell Avenue, donde tenía aparcado el coche, y me alejé de la casa de Matt Kellner por última vez.

Conducía con tanto cuidado, tan lento, que tuve que ir apartándome a un lado de la carretera de Valley Vista porque los coches que venían detrás no dejaban de pitarme, hasta que por fin logré llegar a Woodcliff y ya aceleré cañón arriba hasta Mulholland sumido en un estado de repentina desesperación, y en cuanto llegué a casa me tomé dos Valiums con un vaso de vodka en el que eché varios cubitos de hielo mientras Rosa doblaba en el lavadero la ropa que acababa de salir de la secadora, y luego me llevé la botella de Smirnoff a mi dormitorio y allí solo y con el pestillo echado me puse a fumar la hierba de Jeff Taylor con una pequeña pipa amarilla: quería anularme por completo. Me serví otro vaso de vodka y la mezcla hizo efecto al instante. Llamé a Susan, borracho y colocado, y empecé a divagar y luego le colgué mientras ella estaba a mitad de una frase; no tengo ni idea de lo que dije ni de qué le conté ni de lo que ella me preguntó. Casi de inmediato el teléfono empezó a sonar y descolgué sabiendo que sería Susan, le dije: «Estoy bien, estoy bien, tengo que irme, tengo que irme», y le colgué de nuevo. Se hizo un momento de silencio mientras estaba allí tumbado en el dormitorio sobre el edredón, con el uniforme del colegio y sin los zapatos, imaginando dibujos en el liso techo blanco en el que tenía clavada la mirada, y luego miré el póster de Elvis Costello en la pared. TRUST , proclamaba en grandes letras. Me sorprendió que Shingy estuviese en mi habitación, pero desde que mi madre se había marchado una de sus zonas preferidas para dormir era debajo de mi escritorio; saltó sobre mi cama, me husmeó y me lamió la cara inmóvil antes de acurrucarse contra mí. Sonó de nuevo el teléfono. No respondí. No dejaron mensaje; supuse que sería Susan. Me estaba quedando paralizado por la combinación de vodka, hierba y Valium, y cuando el teléfono sonó como cinco minutos después pensé que no iba a ser capaz de descolgar ni de articular una sola frase, y que daba igual quien fuese: el mundo me daba lo mismo.

Pero era Debbie, a quien evidentemente Susan había llamado, y oí su

voz preocupada:

—¿Bret? ¿Estás ahí? Cógelo. ¿Bret? Cógelo.

Luego supe que Susan había telefoneado a los establos Windover en Malibú, y allí le enviaron un mensaje a Debbie y ella me llamó desde la oficina.

—Susan dice que te pasa algo. Que estás borracho, Bret. Responde. Coge el puto teléfono.

Finalmente me estiré para agarrarlo, jadeando por el esfuerzo, descolgué como pude y logré balbucear por el auricular:

—Por favor, por favor, por favor, estoy bien. Dejadme en paz de una vez, estoy bien.

Seguí tranquilizando a Debbie asegurándole con voz cada vez más pastosa que todo estaba bien, y ella siguió diciendo que sonaba como si estuviera muy colocado hasta que le grité:

—¡Estoy colocado! Quiero estar colocado. ¿TE PARECE BIEN, JODER?

Se hizo un breve silencio y entonces dijo:

—No hace falta que me grites. ¿Por qué coño te estás emborrachando a las cuatro de la tarde?

Me estaba poniendo furioso, pero me di cuenta de que la cólera no podía materializarse debido a todo lo que circulaba por mi organismo en ese momento, así que le dije en un tono más suave:

—Te veo mañana, cariño. No hace falta que te molestes en venir. Estaré dormido, cariño. Te veo mañana.

Cuando colgué empezaba a desvanecerme profundamente. La necesidad de borrar la información sobre Matt Kellner y lo que de verdad le había sucedido —y el hecho de que nadie más lo supiese: las fotos del cadáver desnudo, los moratones, el brazo rajado, el gato muerto— era inmensa, y la mezcla de alcohol, Valium y hierba me estaba ayudando rápidamente a proceder al borrado de los hechos. Quería perder la conciencia y al final lo conseguí. En cierto momento oí a Rosa llamar a la puerta cerrada para decirme que se marchaba y que nos veríamos al día siguiente. Respondí un «Vale» amortiguado y regresé a la oscuridad.

13

Cuando a la mañana siguiente me desperté a las seis y media, descubrí que había dormido toda la noche: había superado el trauma de la tarde anterior y de algún modo había sobrevivido.

Shingy estaba rascando la puerta del patio trasero, así que me levanté de la cama y me acerqué tambaleante todavía con el uniforme de Buckley puesto, abrí y me quedé mirando cómo el perro salía corriendo hacia la terraza. En ese instante tomé una decisión: iba a fingir que todo estaba normal y que el día anterior no había existido. Me quité el uniforme con el que prácticamente había perdido el conocimiento y me masturbé por primera vez en lo que se me antojaban semanas, y me corrí con tanta intensidad que logré disipar cualquier vestigio de resaca y sentí un alivio tan inmenso que fui capaz de sentarme, orientarme con claridad, planificar un programa de lo que iba a hacer a partir de ese momento y adoptar una nueva actitud. Miré la botella casi vacía de Smirnoff en la mesilla de noche, la pipa amarilla junto a la bolsa de hierba y el frasco de Valium con su contenido mermado y tomé una resolución en mi interior: a la mierda el miedo. Estaba exhausto de tener miedo. Adiós a la hierba, adiós al Valium, el mínimo de alcohol posible y solo los fines de semana. Programaría el despertador y me despertaría a una hora estipulada y me masturbaría pensando en Richard Gere, Dennis Quaid, Hart Bochner, David Naughton o cualquier estrella de cine que estuviese en mi radar en ese momento, pero nunca más con Matt Kellner ni con Ryan Vaughn, y luego haría ejercicio antes de ir al colegio, levantaría pesas, nadaría unos largos o correría en la cinta, y después me ducharía, me pondría el uniforme, le diría a Rosa que me preparase algo saludable para el desayuno, y mientras esperaba en la cocina echaría un vistazo a la cartelera de *Los Angeles Times* y elaboraría una lista de nuevas películas que quisiera ver, los cines y los horarios, e ignoraría cualquier noticia sobre el Arrastrero. Iría en coche a Buckley, llegaría temprano,

sonreiría a todo el mundo, besaría en los labios a Debbie cuando la viese en el aparcamiento o esperándome en el banco bajo la torre del campanario, recitaría el Juramento de Lealtad y la Oración de Buckley, correría unas vueltas en la pista de atletismo, jugaría al tenis con Thom, leería a Joan Didion en las gradas y pensaría con calma en mi novela, almorzaría con el grupo en la mesa central junto al Pabellón, participaría en las conversaciones —se acabaron los silencios de escritor— y me concentraría en las clases de la tarde, tomaría mejores apuntes y haría preguntas, volvería en coche a Mulholland y terminaría todas las lecturas y los deberes antes de ponerme a trabajar en *Menos que cero* , a lo mejor me daría tiempo a ver alguna película en el Z Channel y luego me iría a las once a la cama y dormiría toda la noche de un tirón sin problema porque estaba ahuyentando de mi mente todos los traumas superfluos.

También me comprometí a centrarme en otra prioridad: iba a seguir de cerca a Robert Mallory. De hecho, eso pasó a ocupar el primer puesto de la lista y todo lo demás vendría después, y esta nueva disciplina ayudaría a aclarar mis días. Iba a empezar a prestarle atención a Robert y a dejar de oponerle resistencia: ese era el punto primero del programa que estaba elaborando. Me obligué a salir de la cama, y en el cuarto de baño me limpié el semen medio seco del vientre, el pecho y el pene, y me miré la cara en el espejo del lavabo hasta que forcé una sonrisa: probé varias antes de darme la vuelta.

Me moría de hambre. Rosa aún no había llegado y cuando entré en la cocina saqué un yogur, unos arándanos y unas frambuesas del frigorífico y los eché en un cuenco, rebusqué en el armario unas almendras, las añadí y me lo comí todo en cuestión de minutos de pie tras la puerta de cristal, contemplando a Shingy correteando por el césped. Eché una ojeada a mi cuarto y decidí que me iba a hacer la cama —aunque solía hacerla Rosa—, porque necesitaba mantenerme ocupado. No podía quedarme sentado sin más esperando a que empezase el colegio, pensando en qué le sucedió realmente a Matt Kellner, así que puse *Good Morning America* en la tele solo por tener algo de ruido flotando en el ambiente —palabras, información,

titulares, entrevistas—, ya que no quería escuchar ninguna música que pudiera conmoverme, deprimirme o actuar como recordatorio de Matt. Quería mantenerme neutral y no solo aquella mañana en concreto, sino *todas* las mañanas hasta que nos graduásemos. De todos modos yo era bastante pulcro normalmente y tampoco había mucho desbarajuste a mi alrededor, pero necesitaba hacer algo y me puse a reordenar mecánicamente los libros de una estantería junto al escritorio y entonces me fijé en una mochila Gucci sin estrenar, regalo de mi padre antes de marcharse a Europa y que llevaba un mes allí tirada en el rincón bajo el póster de Elvis Costello, y decidí meter en ella todos mis libros de texto: me gustaba, se veía cool, tenía estilo, representaba mi nuevo yo. Y luego me puse un bañador e hice sesenta largos en unos veinte minutos, nadando deprisa y con fuerza. Cuando salí de la piscina Rosa había llegado y pareció sorprendida, casi preocupada, cuando crucé la cocina secándome con una toalla y le pedí que me hiciese una tortilla, «por favor», mientras me duchaba y me vestía; casi nunca le pedía a Rosa que me preparase nada para el desayuno, y a menudo llamaba bien fuerte a mi puerta a las ocho y cuarto para asegurarse de que estuviese despierto a tiempo de prepararme para ir al colegio. Pero ese día no: el participante tangible hizo acto de presencia, listo para lanzarse al mundo y seguir de cerca al chico nuevo que había entrado en nuestras vidas: el psicópata.

En el cuarto de baño volví a plantarme delante del espejo y me di cuenta de que necesitaba un corte de pelo; mi madre solía encargarse de concertar cita para que Allen Edwards, su peluquero, me lo cortase en su salón de Encino, pero tomé nota mental para acordarme de buscar el número y llamar al salón yo mismo, tal vez esa misma semana. Mientras me observaba atentamente, pensé que resultaba admirable lo sereno que me veía: la intensidad y el alivio del orgasmo, los largos en la piscina, hacerme un nuevo programa, adoptar una nueva actitud, la idea de seguir de cerca a Robert Mallory y no quitarle ojo de encima, todo ello contribuía a aquella serenidad. Aquella mañana de principios de octubre creía que todo iba a arreglarse, pero en mi plan había un pequeño fallo: al recoger la ropa que llevaba el día

anterior, noté un bulto en los pantalones grises y encontré unos calzoncillos blancos en el bolsillo y me los quedé mirando, estupefacto, como si no supiese de dónde habían salido. Y entonces caí en la cuenta de que los había cogido en la casita de la piscina de Haskell Avenue la tarde anterior. Respiré hondo y sentí una fuerte opresión en el pecho al recordar las fotos que Ronald Kellner me había enseñado, y tuve que borrar a Matt completamente de mi mente —y lo hice—, pero aquella prenda de ropa me creaba un conflicto, así que en lugar de perder el tiempo pensando qué hacer con ella la tiré en el último cajón de mi escritorio, que muy rara vez, por no decir nunca, abría. Aquella mañana comprendí algo sobre Matt Kellner: no había *nada* que pudiera hacer por él. No había *nadie* que pudiera hacer nada. Ya no estaba: las fotos que había visto en el despacho de Ronald Kellner lo demostraban inequívocamente. Pero el nuevo plan me daría oportunidad de borrar memoria y aparentar control, que era lo que de verdad ansiaba, y me permitiría sacudirme de encima el pasado. Ahora solo importaba el futuro. Y entonces encontré el trozo de papel que me había llevado del escritorio de Matt en la casita de la piscina y me lo quedé mirando: las iniciales RM y un número de teléfono. Logré contener un gemido y antes de meterme la nota en la chaqueta tuve una breve revelación: adoptar aquella nueva actitud no iba a ser tan fácil como pensaba.

Pero asumir por primera vez aquella nueva actitud funcionó: lo hacía todo más fácil. Aquel día conduje hasta Buckley en silencio; insisto: no quería escuchar música, canciones que me recordasen a Matt ni me hiciesen *sentir* algo y me distrajesen de mi programa. Quería permanecer insensible y ascender a aquel estrato abovedado de embotamiento en el que residía Susan Reynolds. Ese era el plan. Esperé pacientemente sin mi habitual irritación en la fila de coches que avanzaba despacio por Stansbury Avenue hasta cruzar las verjas de Buckley. Aparqué el Mercedes en su plaza habitual y vi a Debbie y Susan en el banco bajo la torre del campanario, las dos mirándome con cautela al bajarme del coche —estaban preocupadas por mí y no sabían qué esperar, pero ni eso me iba a molestar—, y entonces vi a Ryan y Thom junto al Trans Am del primero y me esperaron mientras me

echaba mi nueva mochila al hombro y me acercaba a ellos, y les pasé un brazo por los hombros a cada uno y sonreí de oreja a oreja mientras caminábamos hacia las chicas. Aquel gesto puso de muy buen humor a Thom —hacía mucho que me había dado cuenta de que era el equivalente humano de un golden retriever— y me preguntó sonriente:

—¿Cómo estás, colega?

Y yo respondí:

—Genial, tío, todo genial.

Y Thom dijo:

—Estupendo.

Ryan fingió que aquello le parecía aceptable, aunque yo sabía que por dentro le estaban entrando los siete males, cada vez más rígido mientras caminábamos los tres juntos con mis brazos rodeando sus hombros y los de Thom. Thom estaba en su salsa, Ryan estaba tenso, y a mí me parecía bien.

Cuando llegamos donde estaban las chicas, que habían observado en silencio cómo nos acercábamos, abracé a Debbie al levantarse, la besé, le pedí disculpas por mi estallido de la tarde anterior y su expresión preocupada se metamorfoseó en una sonrisa, la cogí de la mano —todo esto delante de Ryan Vaughn, a quien, siguiendo el espíritu del nuevo plan, podían darle por saco, pensé, puto marica— y recorrimos el caminito que llevaba al corazón del colegio mientras Thom y Susan iban detrás de nosotros murmurando entre ellos, seguidos de Ryan, hasta que llegamos a administración y ya eran casi las nueve y la hora de la primera clase del día, en la que estaba con Susan y Ryan, Narrativa Norteamericana, a cargo del profesor Robbins. Debbie y yo nos despedimos con un beso; era absurdo que ella lo necesitase cuando nos íbamos a ver de nuevo en solo cuarenta y cinco minutos, pero yo iba a proporcionarle todas las muestras públicas de afecto que tanto deseaba y me iba a callar la puta boca: iba a hacer todo lo que quisiera Debbie, era parte del plan, eran detalles de la nueva actitud a la que pensaba ceñirme. Era de nuevo el participante tangible.

Susan y Thom se dieron un beso parecido, pero de pronto Susan se apartó un poco antes de lo esperado y a Thom se le notó en la cara.

Capté su confusión fugaz, fue algo que solo yo vi, y aún lo recuerdo por lo que tenía de raro: Thom Wright decepcionado. Le sostuve la puerta a Ryan Vaughn, que entró al aula mascullando «Eres ridículo» sin que yo le contestase nada. No dejé que me afectara: puede que me hubiera enamorado de él, pero era algo imposible de que *sucediera* , de que se materializara en aquella época y lugar concretos, en el ambiente de Buckley, en el instituto, en 1981, así que a la mierda lo de ir contra el relato. ¿Qué más daba? Todo eran gilipolleces. Resultaba tan purificador mirar las cosas desde aquella perspectiva… Quería estar donde Susan Reynolds. Y quería también escribir así: el embotamiento como sentimiento, el embotamiento como motivación, el embotamiento como razón de existir, el embotamiento como éxtasis.

Y Robert Mallory estaba en el patio a la sombra del Pabellón justo antes de la asamblea de media mañana, leyendo un libro de bolsillo con aspecto inmaculado, y todo parecía tan prefabricado: los hoyuelos cuando dirigía aquella sonrisa falsa a alguien que pasaba, la buena planta de modelo que disimulaba —o quizá acentuaba— la oscuridad, el maniquí fingiendo ser humano. Yo estaba allí de pie con Debbie, que charlaba con Susan y Thom sobre la fiesta del inicio de curso, y me fijé en el espeso pelo castaño de Robert, ondulado y con mechas doradas, su bronceado, la hendidura del mentón —Thom tenía la misma hendidura, y también Ryan—, y me imaginé una buena polla por debajo de aquella cintura esbelta, porque irradiaba una jodida confianza en sí mismo. Sin excusarme ante Debbie, me dirigí hacia Robert, que estaba allí solo, y advertí que un grupo de chicas de primero se apiñaban cerca cuchicheando sobre él como si fuese una estrella de cine que acabasen de ver en un centro comercial, y yo fingí que deambulaba sin rumbo por la plaza cada vez más llena de alumnos mientras intentaba decidir dónde ponerme durante la asamblea, paseándome entre corrillos de chicos cuando en realidad me dirigía hacia Robert, que me vio al instante en cuanto levantó la mirada impávida de su libro —*Corre, Conejo* de John Updike, lectura obligatoria de Narrativa Norteamericana— y me sonrió de oreja a oreja mientras me acercaba, aunque percibí preocupación en sus ojos.

—Ey, tío —dijo, y sonó como si leyera una frase ensayada.

—Ey, tío —respondí, imitando su sonrisa.

Me preguntó:

—¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Estoy genial. Todo va a salir bien. Voy a pasar página. A tomármelo con calma.

Asintió con gesto de aprobación.

—De puta madre, tío, así se hace. Dejarte llevar.

Y entonces dije, asintiendo también:

—Ya, dejarme llevar, exacto, tío. De puta madre. Con calma.

Robert se dio cuenta de que estaba examinándolo, prácticamente analizando sus perfectas facciones: los pómulos levemente hundidos, los labios rayando en lo carnoso, la nariz perfecta, la hilera de dientes blancos visibles cada vez que dedicaba una de sus falsas sonrisas. Intentó no parecer sobresaltado.

—¿Qué? ¿Pasa algo? —me preguntó un tanto preocupado.

A mí ya me traía todo sin cuidado, y le pregunté:

—¿Tú has hecho de modelo alguna vez? ¿O te has presentado a algún casting? ¿De anuncios o de alguna película?

Me dirigió una mirada inquisitiva, o lo fingió, porque ahora tras sus ojos vibraba sordamente algo —una locura— que yo activaba en él con gran facilidad, cosa que me satisfizo enormemente. Pensó que mi pregunta tenía trampa, pero no sabía qué decir.

—¿Nunca has querido ser modelo? Tienes pinta de poder ser modelo. ¿En Chicago nunca hiciste de modelo? Eres un tío bastante atractivo.

Intentó no mirarme como si estuviera loco y aceptar los cumplidos sin más, pero resultaba evidente que mis palabras lo habían desconcertado.

Antes de que Robert pudiese decir nada, comenzó la asamblea y noté su alivio cuando el doctor Croft se acercó al micrófono para dar inicio al desganado recitado del Juramento de Lealtad, y miré cómo Robert se llevaba una mano al pecho y advertía que yo casi decidía no hacerlo: puede que esa mañana no recitara el Juramento de Lealtad, allí plantado junto a él, respirando su olor, cedro y sándalo,

envolviéndome.

Pero entonces sonreí complaciente, levanté la mirada hacia la bandera colgada del mástil de acero sobre los centenares de alumnos que recitaban monótonamente y me llevé la mano al corazón. Volvió a mirarme al empezar la Oración de Buckley y pareció un tanto sorprendido cuando vacilé a la hora de entrelazar mis manos y agachar la cabeza. Pero fue solo una pausa, una especie de advertencia, para desestabilizarlo, para hacerle saber que tal vez era tan impredecible como él. Robert no tenía ni idea de que en el bolsillo de la chaqueta llevaba un número de teléfono con sus iniciales, y que lo había arrancado del cuaderno que un chico muerto guardaba en el cajón de su escritorio, y me pregunté qué pasaría si sacase el trozo de papel y le preguntase si lo reconocía, si aquellas eran sus iniciales, si conocía aquel número, y si luego le preguntase inocentemente por qué se lo había dado a Matt Kellner.

Tanto el doctor Croft como Susan Reynolds recordaron que las celebraciones del inicio de curso empezarían el próximo sábado, y que el viernes habría un espectáculo de animadoras donde se anunciarían los reyes y las reinas y contra qué equipo jugarían los Griffins en la Liga de Colegios Privados; ni que decir tiene que sería un equipo al que el nuestro pudiese vencer con facilidad: esa era una de las reglas de las celebraciones, y el equipo visitante era consciente de ello, y aunque nadie se presentaba a un partido para dejarse derrotar sin más por los Buckley Griffins, se optaba siempre por un equipo al que pudieran vencer sin problemas, y todos se lo tomaban con deportividad, tanto los Griffins como el equipo visitante contra el que jugaran (había muchas posibilidades de que fuese Brentwood). Susan recordó al cuerpo estudiantil que cada clase podía empezar a decorar sus carrozas el jueves a partir de las tres en las pistas de Gilley, y que a los de tercero y último año se les permitiría quedarse hasta las diez y media tanto el jueves como el viernes si necesitaban más tiempo para acabar los preparativos.

«1997: Rescate en el instituto Buckley» era el tema anunciado para la carroza de los de último año, y era una referencia a *1997: Rescate en*

Nueva York , la popular película de John Carpenter estrenada aquel verano, un thriller futurista ambientado en 1997 en el que la isla de Manhattan se había convertido en una gigantesca prisión de máxima seguridad, y la carroza iba a replicar la imagen central del póster: la cabeza de la Estatua de la Libertad tirada en medio de la Quinta Avenida. Era una elección distópica que se nos antojaba divertida, y como el protagonista, Snake Plissken (interpretado por Kurt Russell), no aparecía en el póster, utilizaríamos una imagen ampliada de Thom Wright con el ceño fruncido, barba de dos días y un parche en el ojo superpuesta sobre la cabeza de la estatua. Habíamos hecho nuestra versión del rótulo en letras sanguinolentas y reescrito los eslóganes promocionales de la película. En lugar de «1997. La ciudad de Nueva York es una prisión de máxima seguridad amurallada», cambiamos 1997 por 1982 y Nueva York por Buckley. Y mantuvimos el resto: «Fugarse es imposible. Entrar es de locos». Aquello era asombrosamente punk para el Buckley de 1981 y nos sorprendió que el comité de aprobación de decorados, extraordinariamente conservador, lo hubiese aceptado. Por comparación, los de tercero habían ido a lo seguro y su carroza era simplemente una réplica de las cajas de chocolatinas Junior Mints.

Las celebraciones del sábado darían comienzo con un partido de fútbol americano y un desfile de carrozas durante la media parte, un miniparque de atracciones con puestos por todo el campo de primaria en la otra punta del campus, y después la cena anual de bienvenida a los exalumnos del año anterior en el Pabellón, con catering y música en directo; las entradas podrían comprarse a la señora Strohm en administración y se recordó que el aforo era limitado. Presté mucha atención a Susan mientras leía monótonamente aquella información casi como si le mortificase un poco hacerlo: estaba en un mundo muy lejos del nuestro, flotando en una nube de embotamiento, pero era distinto de antes, algo no cuadraba. Y aunque más tarde comprendí de dónde venía aquella vacilación a propósito de las celebraciones, me pareció extraño estar allí plantado en el patio abarrotado escuchándola con un desapasionamiento incluso más resuelto que el que había

alcanzado hasta entonces; estaba llevando su fascinante embotamiento a un nuevo nivel teñido de lo que percibí como cierta vergüenza.

Me giré levemente para observar a Robert Mallory mirando a la chica tras el micrófono, y jamás lo había visto tan aparentemente calmado como en aquel momento, contemplando con semblante sereno a Susan: se había transformado en otro chico. En cierto momento se dio cuenta de que lo estaba observando y me devolvió una mirada inexpresiva, casi desafiante, hasta que al final me dirigió su sonrisa falsa y apartó la vista. No pude evitar reparar —se abrió paso en medio de la nueva actitud a la que me estaba adaptando— en que nadie volvió a mencionar a Matt Kellner, y aquella mañana tuve que aceptarlo: no pasaba nada. Ya había sucedido, quedaba en el pasado, Matt ya no estaba. Eso era lo que exigía la nueva actitud. Pero mi pregunta central seguía conectada con Matt: ¿por qué lo había matado Robert Mallory?
Me di cuenta de que había puesto un tanto nervioso a Robert y después de la asamblea me disculpé:

—Perdona si te he incomodado.

Él me hizo un gesto, un encogimiento de hombros comprensivo, y dijo:

—No me has incomodado. Me ha sonado bastante gay, pero no me ha incomodado.

Y mientras se giraba para encaminarse hacia el Pabellón, donde estaba el vestuario de los chicos, dijo que nos veríamos en las pistas. Pero ese día me salté Educación Física y me fui a administración y le pregunté a la señora Stanley, una de las secretarias, si podía mirar el listado de alumnos de Buckley. Necesitaba comprobar una cosa, expliqué mientras ella abría un cajón y me entregaba una copia, en rojo y con un boceto del campanario en la portada. No había sido capaz de encontrarlo en la casa de Mulholland por la mañana, aunque de todos modos tampoco habría estado en mi dormitorio, pues ya tenía memorizados los cinco números que necesitaba: los de Susan, Thom, Debbie, Ryan y Matt. Quería comparar el número del trozo de papel que me llevé de la casita de la piscina con el número que figuraba junto a la dirección de Robert Mallory en Century City. Evidentemente, los

números no coincidían, tal y como me esperaba.

Pero no me entró miedo, porque el miedo ya no formaba parte de la rutina. El miedo era una pérdida de tiempo. Con el miedo no se conseguía nada. El miedo te paralizaba. Puede que tuviera muy claro que Robert tenía algo que ver con la muerte de Matt —sí, sin ninguna prueba, eso es lo que hacen los escritores: «siempre viendo cosas que no están ahí»—, pero no iba a permitir que me invadiese el miedo, porque entonces sería incapaz de averiguar nada. Y sin embargo, ¿qué había que averiguar?, imaginé que me preguntaba alguien. No había ninguna prueba, no había conexiones, Robert había estado supuestamente en Palm Springs el fin de semana que Matt desapareció, o eso me había contado Ronald Kellner, y yo había visto a Robert en el colegio varias veces durante aquella semana, así que ¿en qué coño estás pensando, Bret?, imaginaba que me reprochaba alguien educadamente.

Bajé a la biblioteca casi vacía, donde me senté e intenté responder un par de preguntas para un trabajo de Historia Europea y luego «estudié» para volver a presentarme al examen de aptitud de la universidad a finales de octubre; mi puntuación combinada apenas llegaba a los 1100, y eso que un profesor particular había venido a la casa de Mulholland dos veces por semana antes de hacer el examen; y esa puntuación, evidentemente, reducía el número de universidades a las que podía entrar, pero nunca me había importado a qué facultad iría ni me había preocupado especialmente mi puntuación en las pruebas de aptitud: solo quería largarme de Buckley, largarme de la casa de Mulholland, quería escapar de Thom y Susan, largarme de Los Ángeles, cuya extensión permitía la coexistencia de un montón de asesinos en serie, un lugar donde el Arrastrero prosperaba y las chicas desaparecían. Pero la nueva actitud que había adoptado aquella mañana me hizo comprender que *debía* preocuparme por las pruebas de aptitud y mis opciones universitarias, porque si quería marcharme de allí y no acabar en la USC (la Universidad del Sur de California, a la que a menudo se aludía en broma como la Universidad de los Super Consentidos), que en aquel momento parecía ser mi única opción decente por no decir la única, y eso gracias a los contactos de mi padre,

tenía que centrarme y *preocuparme más* .

Recuerdo muy poco del resto de aquel día salvo ciertas imágenes específicas de cuando me junté con el grupo para almorzar. En lugar de ahondar en la tragedia de Matt y compartir la realidad que rodeaba a su muerte, cosa que podría haber hecho sin ningún problema, proporcionándoles ávidamente la horripilante información descubierta en el despacho de Ronald Kellner, me conformé con sumarme al hilo de la conversación, que versó en todo momento sobre las celebraciones y que me costaba seguir porque había pocas cosas que me importasen menos en Buckley que las fiestas del inicio de curso, así que me esforcé por participar alegremente en lugar de ofrecer la perspectiva cínica del escritor sobre el evento a fin de hacer reír a los demás. Era consciente de que aquello, burlarme de Buckley, era parte de mi cometido, un papel que a veces se esperaba que interpretase, y el grupo siempre parecía disfrutarlo: me burlaba de cosas y la gente se reía. Hasta Robert Mallory se rio con ganas echando la cabeza hacia atrás cuando solté un comentario especialmente cáustico sobre uno de los profesores gais, uno de los «mariposones», pero lo que recuerdo más vivamente es que Susan y Robert apenas interactuaron entre ellos en la mesa central a la que estábamos sentados a la sombra del Pabellón, y no era solo porque Thom, Jeff y Ryan acaparasen la conversación y decidieran a cada momento en qué dirección la llevaban, sino que daba la impresión de que una genuina timidez se hubiese apoderado de ambos; parecían mudos en comparación con el resto del grupo, aunque no se desentendían de la conversación y Robert preguntaba banalidades sobre cómo eran aquellas celebraciones en Buckley —parecían tan fastuosas, nada que ver con las que había visto en Roycemore—, y de vez en cuando Susan respondía a una o dos de sus preguntas, pero en general era Thom quien explicaba lo que conllevaba la jornada, y al final añadió que después habría una fiesta en casa de alguien —ese año sería en la de Anthony Matthews, porque era el que vivía más cerca del colegio— y que se preparase para «ponerse hasta arriba de todo, tío», prometió Thom, mientras Debbie se apretaba contra mí y yo colocaba una mano sugerente sobre su muslo al descubierto: noté la piel de

gallina erizándose contra mi palma mientras me esforzaba por no mirar a Ryan.

Lo que sigue obsesionándome más de aquel día en que adopté la personalidad del nuevo Bret es que recuerdo que después de clase Thom y Ryan tenían entrenamiento, Debbie se marchó a los establos Windover y yo le pregunté a Susan si le apetecía ir a Westwood a ver una película; se estrenaba una en el Plaza, coescrita por Joan Didion y John Gregory Dunne, una adaptación del best seller de este último titulada *Confesiones verdaderas* y protagonizada por Robert de Niro, pero Susan puso algunos reparos y dijo que no quería verla. Entonces propuse una comedia de Ryan O'Neal en el multisalas Mann o *Queridísima mamá* en el Village —aquella mañana me había hecho una lista con los pases de última hora de la tarde—, pero Susan parecía un tanto reticente de una manera que no me resultaba familiar: ahora el embotamiento era distinto, estaba en un sitio que no lograba ubicar, una zona a la que yo no tenía acceso. Susan dijo que iba a volver en coche a Beverly Hills para adelantar todos los deberes que pudiese, y que quería terminar de leer *Corre, Conejo* . Al momento caí en que había visto a Robert Mallory leyendo el mismo libro en la asamblea de media mañana, pero ¿por qué establecí *esa* conexión con tanta rapidez? *Todos* teníamos asignada esa lectura: yo estaba leyéndolo. Establecí automáticamente *esa* conexión y le encontré un significado oculto al hecho de que Robert y Susan estuviesen leyendo el mismo libro porque aquello se había infiltrado subrepticiamente en mi nueva actitud. ¿A mí qué me importaba? Porque: «Ves cosas que no están ahí…». Aquella conexión venía del dramaturgo que estaba tratando de suprimir y al que tenía que dejar atrás.

Así que, mientras íbamos juntos camino del aparcamiento, admití alegre y gentilmente que aquella era sin duda la mejor idea, la que parecía más práctica. Nos abrazamos frente a su coche y yo seguí caminando hacia el mío y me metí en el 450SL mientras ella se subía al suyo. Pero Susan no arrancó para ir a ninguna parte. El BMW permaneció en la plaza durante lo que se me antojaron veinte minutos mientras yo trataba de esperarla, pero mi nueva actitud no me lo

permitía: estaba desperdiciando tiempo y quería ceñirme a mi programa. Supuse que Susan podía estar escuchando a los Icehouse, fumándose un cigarrillo de clavo, pensando en el viaje de Thom a la Costa Este, o dándole vueltas a la fiesta que quería dar y que había sido pospuesta por la muerte de Matt y luego por las celebraciones del inicio de curso. Finalmente ganó Susan e intenté no maldecir mientras sacaba el coche de la plaza y la dejaba allá atrás sentada sola en el BMW, y cuando giraba el volante hacia las verjas de salida de Buckley eché un vistazo por el retrovisor y, justo en ese instante, apareció Robert Mallory entre las sombras vespertinas del campanario, bajando con cuidado del bordillo, como si hubiese estado esperando a que me marchara.

Al día siguiente me puse al volante del Jaguar XJ6 de mi madre, giré a la izquierda para incorporarme con cuidado al tráfico que circulaba velozmente por Mulholland y conduje hasta Buckley, donde aparqué en el primer sitio vacío que encontré en Stansbury Avenue, fui andando hasta las verjas y entré en el colegio. Era mi segundo día con la nueva actitud, el nuevo Bret, y la noche anterior había funcionado: me comí la quesadilla que Rosa me había dejado para recalentar, terminé los deberes, nadé unos cuantos largos en la piscina, no tuve miedo, intenté acabar la novela de Updike pero me encontré muy cansado, así que programé la alarma y me quedé dormido al momento porque no dejé que nada me distrajese. Me había concentrado en los trabajos y los deberes de cálculo, que nunca lograba entender y a menudo me llevaban a desconectar de aquel libro con la espiral logarítmica de la concha del nautilus en la cubierta, pero aquella noche al menos lo intenté. Y mecanografié tres páginas a doble espacio de mi novela antes de meterme en la cama con *Corre, Conejo* . A la mañana siguiente me desperté antes de que sonase la alarma y me masturbé fantaseando con los dos protagonistas de *Gallipolli* —Mel Gibson y Mark Lee— teniendo sexo entre ellos en la piel de sus personajes; había pocos actores más guapos que Mel Gibson y no me apetecía pensar para nada en Ryan Vaughn, y menos aún en Matt Kellner, pero de pronto Martin Hewitt, que ese verano había protagonizado *Amor sin fin* , se apoderó de la

fantasía y me corrí muy fuerte pensando en él, fugazmente desnudo, encima de Brooke Shields, encima de mí, y yo le agarraba el culo, apremiándolo. Me duché y me vestí al acordarme de que ese día correría en la pista de Giley en lugar de hacer pesas en mi gimnasio improvisado junto al garaje. Rosa no había llegado aún, así que me comí un tazón de Frosted Flakes mientras contemplaba a Shingy retozando por el césped despreocupadamente. No abrí el *Los Angeles Times* que estaba doblado sobre la isla central de la cocina.

De camino a la biblioteca saludé con la cabeza a Miguel, que estaba dirigiendo el tráfico, y me fijé en que en el aparcamiento no estaban el coche de Thom ni el de Susan, ni tampoco el BMW de Debbie ni el Porsche de Robert, y al mirarme el reloj caí en la cuenta de que había llegado más temprano de lo que pretendía. Entré en la biblioteca, me senté en un cubículo con paneles de madera, abrí la cremallera de mi mochila Gucci y leí *Corre, Conejo* hasta poco antes de las nueve, cuando me dirigí a la clase de Narrativa Norteamericana y vi que el aula ya estaba llena. Saludé con la cabeza a Ryan, que estaba en un lateral de la primera fila, y fui a sentarme junto a Susan, que se inclinó hacia mí con naturalidad y me dijo «Hola». Estaba tan encantadora en aquel momento que me quedé mirándola a la cara pasmado por su belleza, pero ella captó algo que iba más allá del pasmo y me preguntó:

—¿Pasa algo?

Me encogí de hombros y contesté:

—Ah, ya sabes, de todo.

Me sonrió con una inexpresividad exquisita.

—Debbie te estaba buscando —dijo en voz baja mientras el señor Robbins colocaba su maletín sobre la mesa situada delante de la gran pizarra negra que rara vez usaba.

—Estaba escondido en la biblioteca —susurré.

—¿Escondiéndote de quién? —me preguntó, divertida y expectante.

Hice una pausa y dije:

—De todo el mundo.

Susan suspiró, la clase empezó y me entraron ganas de preguntarle de qué había hablado con Robert Mallory la tarde anterior cuando salí

del aparcamiento y lo vi acercarse a su coche. Pero la nueva actitud, el nuevo Bret, se guardaron mucho de interrogarla sobre aquello.

Aquella tarde se jugaba en Buckley un partido de fútbol americano, y aunque me acuerdo perfectamente de en quién pensé mientras me masturbaba a primera hora de aquella mañana de octubre (lo anotaba: llevaba listas, un diario de pajas), no consigo recordar contra qué equipo jugaban los Griffins —aunque sabía que Susan estaría en las gradas, animando sin demasiado entusiasmo a Thom, el quarterback—, así que decidí aprovechar la oportunidad dando por sentado que Robert Mallory no asistiría al partido. Me dirigí hacia el Jaguar de mi madre y esperé a que el Porsche negro saliera por las verjas, enfilara por Stansbury Avenue y pasara junto a un coche que Robert no había visto antes, a diferencia del 450SL, que ahora asociaba completamente conmigo. Y el Porsche negro apareció a eso de las tres y cuarto, pero yo no repetí el error que había cometido cuando lo seguí el primer día de colegio. Intuí que Robert pondría rumbo a Century City circulando por Valley Vista hasta llegar a Sepulveda y que allí giraría a la izquierda y de nuevo a la izquierda, subiendo por la rampa para incorporarse a la 405, y lo seguí dejando tres o cuatro vehículos de distancia mientras íbamos cambiando de carril a toda velocidad por el paso de Sepulveda, hasta que el Porsche viró y tomó la salida hacia Santa Monica Boulevard, donde pasamos junto al Nuart, el cine de reposiciones al que yo solía ir a menudo, y luego se dirigió hacia Century City, donde estaba el apartamento que Robert compartía con su supuesta tía.

Seguí circulando unos tres coches por detrás de Robert mientras giraba a la derecha hacia la Avenida de las Estrellas y pasaba junto a las fuentes del ABC Entertainment Center y las oficinas de mi padre ubicadas sobre el Shubert Theater, donde mis padres me llevaron a ver *Evita* el año anterior (acabaron peleándose en el vestíbulo durante el intermedio) y donde tras su segunda o tercera separación me pasaba el tiempo rebuscando en la librería Brentano's mientras esperaba a que mi padre terminara su jornada y luego íbamos a ver una película en el Plitt o a cenar en el Harry's Bar. Aquellas dolorosas excursiones con mi padre parecían alegres e inocentes comparadas con donde me

encontraba ahora, comprendí sombríamente mientras seguía al Porsche por la enorme curva del Hyatt Regency Hotel y llegábamos por fin a las Century Towers en la esquina de Pico, los últimos edificios de la Avenida de las Estrellas, donde Robert giró con soltura a la izquierda y el Jaguar pasó de largo junto a las dos torres idénticas, ambas de veintiocho plantas y con vistas al Hillcrest Country Club y el campo de golf de Rancho Park. La avenida estaba bastante vacía y pude dar media vuelta y pasar muy despacio por delante de donde Robert estaba ahora dejándole el Porsche a un aparcacoches y entrando a la torre más cercana a Pico. Pensé en pasarme el resto de la tarde en el Century City Mall, pero estaba demasiado nervioso y aquello no formaba parte del nuevo programa. Acababan de estrenar *La mujer del tenien te francés* en el Plitt y me sentí tentado de ir a verla después de haberme alejado con el coche de las Century Towers, pero el nuevo programa solo contemplaba la posibilidad de ver películas en fin de semana: las tardes y las noches entre semana debían dedicarse a deberes y planificación, a nadar y dormir, a cuidarse para que el miedo no volviese y te atormentase en sueños. «Tener miedo es patético», me repetía. «Tener miedo es patético y tú no eres ningún gallina», me repetía.

A la mañana siguiente hice lo mismo. Fui con el Jaguar de mi madre hasta Stansbury y busqué sitio para aparcar en la calle. Por la tarde seguí de nuevo a Robert —se marchó a la misma hora y recorrió el mismo camino—, siempre dos o tres coches por detrás: de Valley Vista a la 405, atravesando el paso de Sepulveda, la incorporación en Santa Monica Boulevard, el giro a la derecha en la Avenida de las Estrellas, y luego aminorando cuando el Porsche giraba a mano izquierda en la entrada de las Century Towers, donde paraba delante del aparcacoches. Yo di media vuelta como el día anterior y volví a ver cómo Robert pasaba junto a la fuente y entraba en el mismo edificio sin percatarse del Jaguar que circulaba lentamente frente a la entrada. Todo lo que hacía Robert parecía completamente normal, incluso aburrido, y aun así dudé mientras buscaba aparcamiento para esperar a ver si salía de nuevo, si se cambiaba el uniforme por ropa más informal, si iba tal vez en coche hasta el Century City Mall para acechar por los pasillos en

busca de chicas del Beverly High. Pero tenía un nuevo programa y estaba tratando de amoldarme a él. Me di cuenta de que me estaba volviendo adicto a seguir a Robert Mallory después de clase. Aparentemente no tenía la menor idea de que alguien lo estuviera siguiendo. En ningún momento pareció advertir ni dar señales de saber que uno de sus compañeros de clase lo estaba siguiendo en un Jaguar XJ6 verde espuma de mar desde Buckley hasta Century City, y eso me excitaba.

Al día siguiente aparqué de nuevo el Jaguar en Stansbury y crucé a pie las verjas como había hecho las dos mañanas anteriores. Llegué temprano —debido a mi nuevo programa— y me fui directo a la biblioteca, donde me senté en el mismo cubículo de madera y terminé *Corre, Conejo* , impertérrito, sin que me importase en lo más mínimo el final. Me di cuenta de que lo único que me importaba en los últimos tres días era: *esperar* . Estaba esperando el momento de volver a seguir a Robert Mallory. El día iba transcurriendo lentamente y yo solo esperaba a que llegasen las tres de la tarde. Como no estaba participando en el mundo «real» de Buckley en calidad de yo mismo, no recuerdo mucho de lo que sucedió: interpreté un papel que parecía hacer felices a Thom y a Debbie, y que relajaba a Robert (a Susan no la afectaba porque por lo visto nada la afectaba por entonces). Y, por supuesto, Ryan era consciente de que estaba actuando porque él también lo hacía, y hubo algún momento en que interpretábamos nuestros papeles el uno con el otro, sobre todo cuando había gente cerca, ya fuera durante el almuerzo o en los minutos previos a una de las tres asignaturas en las que coincidíamos. En ocasiones surgía cierta inquietud dentro de la pantomima, una especie de miedo escénico, pero podías superarlo si sonreías con gesto pasivo y continuabas encarnando al novio majo y fiable, al buen colega, la relación platónica, la negación de la lujuria.

Salí apresuradamente del colegio después de la última clase. Debbie ya se había marchado a los establos Windover de Malibú y había otro partido, así que Susan no estaría para nadie. Me agaché tras el volante del Jaguar a la espera de que pasase el Posche negro, escondido hasta

que me pareciese buen momento para despegarme del bordillo y seguir a Robert hasta Valley Vista, donde haría el mismo giro a la derecha que había hecho los dos días anteriores y donde lo seguiría por la misma ruta hasta Sepulveda. Pero ese día Robert no se quedó en Valley Vista: giró a la izquierda por Beverly Glen en lugar de a la derecha, una maniobra complicada dado que a esa hora de la tarde había un tráfico constante en ambas direcciones. El Porsche viró de forma agresiva y sin apenas preocuparse por el resto de los conductores de Beverly Glen, que dieron frenazos y tocaron el claxon cuando el coche negro interrumpió bruscamente la circulación. Y a mí me costó como un minuto dar el mismo giro a la izquierda, pisando a fondo el acelerador, el motor rugiendo, conduciendo el Jaguar a toda velocidad para no perder de vista a Robert mientras subía las curvas de la ladera. Cuando volví a divisar el Porsche a unos nueve coches por delante del mío, parado en el semáforo donde Mulholland cruzaba Beverly Glen, me invadió el alivio de una manera que se me antojó incluso embarazosa. Y de pronto me horrorizó la idea de que Robert pudiese ir hacia mi casa, pero el intermitente trasero del Porsche indicó que iba a girar a la izquierda, en dirección contraria a la casa vacía de Mulholland.

Conseguí girar a la izquierda junto con otros tres coches que iban por detrás, y me quedé a suficiente distancia del Porsche para que Robert no sospechase que alguien lo seguía. Observé por el parabrisas que el Porsche abandonaba Mulholland y tomaba Benedict Canyon, y entonces tuve que reducir la marcha cuando solo nos separaba un coche. Mientras maniobrábamos cañón abajo me pregunté si aquello no sería sencillamente otra ruta para llegar a Century City, o si Robert iría a visitar a alguien, aunque no se me ocurría nadie que conociésemos. De repente, como de la nada, como un ataque de ansiedad, volvió el miedo y se apoderó de la curiosidad que me había impulsado hasta entonces, porque me di cuenta de que no debería estar haciendo aquello, espiar a un compañero, y no lograba tranquilizarme convenciéndome de que Robert Mallory era alguien peligroso que podría arruinarlo todo, ni de que lo que yo estaba haciendo estuviera justificado. Solo atisbaba el Porsche negro a ratos mientras bajábamos por la carretera

serpenteante, hasta que esta fue volviéndose más recta conforme el cañón se hacía más llano. El mío era el único coche detrás del Porsche —los que iban delante y detrás de mí habían girado a la izquierda en la urbanización vallada de Wallingford Estates—, así que mantuve la distancia a medida que el Porsche aminoraba la velocidad y luego giraba a la izquierda como unas seis casas después del semáforo de Hutton.

Me detuve a un lado de la carretera y esperé unos cinco minutos, y luego di media vuelta y conduje despacio para pasar frente al lugar por donde Robert había girado. Había dejado el Porsche en el camino de piedra de la entrada a una casa de dos plantas situada muy al fondo respecto a la carretera del cañón, y no se veían por allí más coches; y eso fue todo lo que atisbé al pasar de vuelta hacia Hutton, donde estaba el único semáforo de Benedict Canyon hasta llegar a los bloques de pisos de Beverly Hills. Pero en lugar de girar a la izquierda en Hutton y poner rumbo a Mulholland, di media vuelta en dirección a la casa, aminorando al pasar por delante, y aparqué unas cinco casas más allá, donde esperé mirando por el retrovisor. Tenía la radio apagada y cuando la encendí sonaron los Eagles a todo volumen: lo que mi madre había estado escuchando antes de marcharse a Europa. Lo bajé rápidamente y seguí esperando. Robert estuvo solo diez minutos en la casa, el Porsche salió por el camino de entrada y giró a la izquierda hacia Benedict Canyon, acelerando en dirección contraria a donde estaba aparcado el Jaguar. Esa tarde ya no tenía más ganas de continuar siguiendo a Robert.

Volví a dar media vuelta, conduje hacia la casa y, ligeramente electrizado por la adrenalina, enfilé el camino de entrada y crucé las verjas de hierro colado, que estaban abiertas y de las que colgaba torcido un cartel manchado de barro con las palabras AVISO: NO PASAR en letras rojas. El camino era de grava hasta que el firme se suavizaba al acceder a la entrada curvada de piedra. La casa era blanca con postigos verdes, tradicional y anónima, construida probablemente a finales de los sesenta o principios de los setenta; apenas presentaba rasgos distintivos: la segunda planta terminaba en un tejado inclinado

adornado con tejas grises, había una entrada abovedada que conducía hasta una puerta blanca con marco verde y también un ventanal cuadrado en saledizo, y la casa estaba a la sombra de unos robles y sicomoros y parecía deshabitada, con la ladera del cañón alzándose por detrás. Vacilé a la hora de bajar del coche, pero la compulsión era tan fuerte que aparqué el Jaguar y salí. El silencio resultaba inquietante, y desde donde estaba me fijé en que una hilera de árboles ocultaba la mayor parte de la casa desde la carretera del cañón. Me costaba respirar y comprendí que no podría aguantar allí más de un minuto: estaba demasiado nervioso y exhausto. El sudor hacía que se me pegase la camisa blanca a la espalda.

Me acerqué rápidamente al ventanal, pero las cortinas estaban echadas y cuando intenté abrir la puerta principal vi que estaba cerrada con llave; todo aquello ocurrió tan deprisa que no llegué a procesar qué buscaba ni qué esperaba encontrar. Rodeé la casa a toda prisa y llegué al patio trasero, donde había una pista de tenis con una red destensada, salpicada de hojas, y una piscina vacía que me recordó a la de Haskell Avenue, salvo que esta estaba medio llena de un agua salobre. Observé que había un patio de ladrillo rojo antiguo situado por encima de la piscina y que daba a la pista de tenis, confirmando que no había nada que sugiriese que alguien viviera en aquella casa. Levanté la mirada hacia la segunda planta y vi que todas las ventanas estaban a oscuras. Todo se encontraba a la sombra de la empinada ladera que se elevaba tras la casa, y supuse que el sol solo daría en la piscina y la pista de tenis unas pocas horas, el resto del día la vertiente del cañón y los altísimos sicomoros bloquearían toda la luz, y el silencio era absoluto.

Y entonces lo percibí: había una presencia, alguien en la ladera, escondido, vigilándome. Me quedé muy quieto pensando qué querría de mí la presencia, la cosa, que continuaba observándome intensamente desde su atalaya secreta. Me la imaginé respirando jadeante, babeando, escrutándome a través de unos prismáticos que sostendría entre los dedos nudosos terminados en garras amarillentas. Era alguien de los Jinetes del Más Allá, era el Arrastrero, era el fantasma de Matt Kellner. Y entonces oí un crujido procedente de la ladera, como si la cosa

estuviese bajando hacia la destartalada pista de tenis junto a la cual me encontraba. La presencia me obligó a alejarme rápidamente del patio, pero cuando me dirigía a toda prisa hacia el coche me detuve, paralizado por una frase que alguien me había dicho, y respiré hondo tratando de calmarme. Di otro paso, luego me paré, confuso, y esperé un instante hasta recuperar la compostura y seguir caminando hasta el Jaguar.

El miedo que había estado tratando de evitar había vuelto, y aunque no había presenciado nada siniestro, de algún modo mi mente me decía que sí lo había hecho. Y esa sensación iba envolviendo el mundo, y todo por una cosa que Ronald Kellner había dicho sobre el Datsun de Matt. Por eso el miedo había vuelto con una intensidad mórbida, el miedo que había estado ignorando como participante tangible, el nuevo Bret. De pronto tuve la certeza de que allí dentro, en algún lugar de la casa que tenía frente a mí, estaba el teléfono cuyo número había apuntado Matt Kellner en un cuaderno y que yo había encontrado en su escritorio. Y mi mente se precipitó hacia: el kilometraje del Datsun. «Bueno, puede que al otro lado de la colina y de vuelta aquí —había dicho Ronald Kellner—, pero nadie condujo ese coche hasta Crystal Cove». Y en ese instante, temblando junto al Jaguar, tuve la certeza de que en aquella casa era donde había permanecido desaparecido Matt Kellner durante la semana anterior a su muerte. Y que seguramente era allí donde lo habían *retenido* . Traté de calmarme con el mantra habitual —«Ves cosas que no están ahí»—, pero esa vez la señal era demasiado fuerte para ignorarla, porque palpitaba e irradiaba estremecedoras oleadas de pánico hacia las que me sentía atraído como un zombi.

14

Aún hacía calor en las pistas de atletismo de Gilley a las diez de la noche de aquel jueves, víspera de las celebraciones, y estábamos teniendo problemas y solo había unos doce alumnos de último año para encargarnos de la carroza a medio terminar. Casi todo el instituto había venido a las pistas a las tres de aquella tarde pero ahora ya solo quedábamos los mayores —el resto se había marchado a casa—, porque estaban surgiendo serios contratiempos y se nos acababa el tiempo y el «Beautiful World» de los Devo sonaba a través del aire silencioso y Angelo aparecería de un momento a otro para echarnos de allí y Jon Yates murmuraba que solo nos quedaban treinta minutos y todos sabíamos que estaríamos allí también a la noche siguiente, reconfigurando la carroza, porque la cosa no funcionaba. Habíamos sido demasiado ambiciosos con nuestro diseño de «1997: Rescate en el instituto Buckley», y aunque la cabeza de la Estatua de la Libertad, pintada de un verde sucio con las puntas de la corona a modo de pelo pincho (estilo punk), no había quedado mal, teníamos problemas con el resto de la carroza, sobre todo con la calle sobre la que descansaba la cabeza, así como con las casas que habíamos construido con tableros y madera contrachapada a imitación de Stansbury Avenue, con sus palmeras y todo, por encima de las cuales colgaba la pancarta con el título de la carroza escrito exactamente con las mismas letras del póster de *1997: Rescate en Nueva York* . Algo no encajaba: no se distinguía que aquello fuese Stansbury Avenue, y la foto gigante en blanco y negro de la cara de Thom Wright pegada sobre el rostro de la estatua y rematada con el parche de Snake Plissken y la barba de dos días pintada con rotulador negro no se reconocía como la de Thom: podría haber sido cualquiera.

El asunto de la carroza se estaba complicando demasiado: se nos estaba yendo de las manos. En la pancarta que habíamos hecho no nos cabía RESCATE EN EL INSTITUTO BUCKLEY , así que tuvimos que quitar INSTITUTO .

Alguien había propuesto rociar toda la carroza con purpurina y aquello tenía una pinta bastante penosa, y el camión con plataforma que habíamos alquilado mediante colecta estaba aparcado en una punta del enorme campo de césped junto a las gradas, y el eslogan que recorría el lateral de la carroza tampoco quedaba bien: Tracy Goldman subió a la parte más alta de la gradería, donde el sábado se congregarían unas quinientas personas, y fue incapaz de leer lo que ponía, así que tuvimos que volver al montón de cartulinas rojas para recortar letras más grandes, una tarea tediosa. Para que fuese legible desde las gradas tuvimos que quitar la palabra MÁXIMA , así que el eslogan rezaba ahora 1982: BUCKLEY ES UNA CÁRCEL DE SEGURIDAD AMURALLADA , y debajo FUGARSE ES IMPOSIBLE. EN TRAR ES DE LOCOS , pero también tuvimos que quitar el ES de cada frase y sustituirlo por dos puntos para que cupiese. Los que nos habíamos quedado íbamos aún con el uniforme y cuando parecía que la cosa ya no tenía solución nos empezó a entrar hambre, así que Doug Furth y Anthony Matthews fueron en coche a Barone's, un restaurante italiano a la vieja usanza en Ventura Boulevard, y hacia las ocho trajeron cuatro pizzas grandes, y teníamos una nevera llena de botellines de Coca-Cola, Tab y 7Up metidos en hielo derretido junto a las pistas de tenis para darnos fuerzas. Las laderas que rodeaban el campo parcialmente iluminado estaban a oscuras, solo se veía el resplandor de las casas situadas en el cañón boscoso y los faros de algún que otro coche atravesando Beverly Glen. Un olor a marihuana llegaba de donde Kyle Colson y David O'Shea estaban de pie junto a las gradas, otra señal de que el asunto de la carroza estaba siendo un desastre: la daban por perdida y habían optado por colocarse un poco. Jon Yates, que había esbozado meticulosamente el diseño de la carroza junto con Doug Furth, no paraba de dar vueltas alrededor, agarrando sus dibujos con una mano y comprobando las medidas con muda incredulidad: la realidad no coincidía con sus planos. Y luego tuvo un pequeño ataque de histeria cuando alguien preguntó si *1997: Rescate en Nueva York* había sido lo bastante popular como para justificar siquiera una recreación tan elaborada del póster.

Pero la gente continuó trabajando con diligencia: Jeff Taylor estaba

subido a una escalera junto a Robert Mallory pegando borlas verdes en los troncos de cartón para que pareciesen hojas de palmera, mientras Doug Furth seguía dando vueltas afanosamente a la carroza sin parar de hacer nuevas sugerencias. Íbamos a tener que mover la cabeza de la estatua hacia la parte delantera de la carroza para que pudiera verse mejor, o bien echar hacia atrás una sección de Stansbury Avenue, ya que la cabeza quedaba parcialmente tapada; se sucedieron interminables conversaciones entre Doug y Jon hasta que finalmente se decidió quitar una sección de la calle para que la cabeza de la estatua se viese sin dificultad, y aquello provocó una palpable y patética sensación de alivio entre mis compañeros que hizo que me entraran ganas de marcharme a casa, pero la presencia de Robert Mallory me obligó a permanecer allí: había pensado en seguirlo esa noche cuando saliésemos del aparcamiento, aunque sabía que probablemente acabaría desistiendo de mi plan, porque me encontraba exhausto y un tanto asqueado. Lo que más me molestaba era que a algunos de mis compañeros pareciese preocuparles más la carroza que la muerte de uno de los suyos; seguramente Matt Kellner no habría subido a las pistas de Gilley para ayudar a decorarla, así que no es como si su presencia se echara de menos allí, pero que nadie hubiese vuelto a hablar de él resultaba perturbador; dos o tres días de conmoción generalizada, luego unos cuantos chistes de Mr. Bill y después nada: a mediados de octubre ya había sido olvidado por completo. Aquello me iba reconcomiendo por dentro mientras grapaba las nuevas letras más grandes de cartulina roja bajo el bloque principal de la carroza, y de pronto pensé que toda aquella celebración era una estupidez y que aquella carroza solo iba a dar media vuelta alrededor de una pista ovalada. ¿Qué estábamos haciendo? ¿Por qué desperdiciábamos nuestro tiempo? Yo estaba allí básicamente porque Thom y Susan querían que echase una mano, y aunque al principio me había mostrado reacio —la novela siempre era una buena excusa—, cambié de opinión en cuanto me enteré de que Robert Mallory estaría también decorando la carroza. Los de tercero habían acabado la suya horas antes y, desde la otra punta del campo, la reluciente caja de Junior

Mints cubierta con borlas blancas y verde pino parecía burlarse un poco de nosotros con su simplicidad warholiana.
Debbie se presentó a última hora, se había pasado toda la tarde en los establos Windover montando a Spirit, entrenándose para la exhibición ecuestre de beneficencia, y cuando llegó a las pistas de Gilley me besó vorazmente con lengua y yo me aparté demasiado rápido, aunque Ryan Vaughn hacía horas que se había marchado. Como cocapitán del equipo de fútbol debía hacer acto de presencia, pero también se había buscado una excusa para irse temprano y de hecho apenas ayudó: grapó un par de cajas, pero en realidad solo estuvo dando vueltas por allí observando cómo trabajaban los demás con expresión divertida, y luego se largó prometiendo que a la noche siguiente vendría si la carroza no estaba terminada, y me di cuenta de que no le habría importado lo más mínimo si hubiese visto mi beso con lengua con Debbie Schaffer; probablemente solo habría sentido pena por mí. Debbie notó mi reticencia pero no dijo nada, prefirió ignorarla, y se quedó cerca de mí grapando en la parte inferior de la carroza las letras de cartulina roja que yo le iba pasando y que decían FUGARSE: IMPOSIBLE. ENTRAR: DE LOCOS , mientras Doug seguía dando vueltas muy apurado junto a Jon tratando de dar con una manera de mejorar Stansbury Avenue.

Pero en realidad yo estaba distraído por algo que no tenía nada que ver con la carroza de último curso ni con las celebraciones ni con la ausencia de Matt: por la mañana había recibido una llamada de Steven Reinhardt para concertar una cita con Terry Schaffer el domingo en el Polo Lounge del Beverly Hills Hotel para hablar del guion que quería que escribiese; había terminado recordándome que no debía contarle nada a Debbie y yo le confirmé con vehemencia que no lo haría y que me vería allí con Terry a las cuatro. De vez en cuando miraba a Debbie y recordaba que ella no tenía ni idea de que yo ya había quedado con su padre para almorzar en aquella ocasión en que flirteó abiertamente conmigo, y que estaba preparado para un comportamiento similar cuando nos tomásemos unas copas en el Polo Lounge el domingo, y luego miraba hacia las colinas esperando oír a los coyotes, pero la única banda sonora era la música de Devo que salía del radiocasete.

¿Qué estaría haciendo el Arrastrero esa noche?, me pregunté, infundiéndome a mí mismo un innecesario escalofrío de miedo, una sensación que me invadía cada vez que miraba a Robert Mallory, cuyos ojos verdes de loco se clavaban intensamente en la palmera de cartón verde que decoraba con tanto afán.

En un momento dado me di cuenta de que ni Thom ni Susan estaban ayudando con la carroza y advertí que se encontraban al otro lado del campo vacío bajo la luz de un foco, los dos solos, y que Thom gesticulaba mientras Susan permanecía allí quieta, escuchándole; no decía nada, solo lo miraba. Al final Thom se dio por vencido ante la neutralidad embotada de ella y la cólera que emanaba de él pareció suplicante y desconcertada: estaba frustrado y la pasividad de Susan lo había enfurecido. Desde donde estábamos, Susan se veía reservada y evasiva, con los brazos cruzados, escuchando lo que Thom decía, pero empezaba a perder la paciencia; se notaba por cómo iba cambiando su postura. Thom estaba visiblemente enfadado, aunque no podíamos escuchar de qué hablaba: oíamos una voz pero no las palabras. Nadie sabía por qué podían estar discutiendo, pero a mí comenzó a invadirme de nuevo aquella leve sensación de temor y empecé a montarme mis propias cábalas, aunque no supiese el motivo real de la ira de Thom. Miré a Robert Mallory, allí subido a una escalera sosteniendo una corona de borlas verdes: era el único que no miraba hacia Thom y Susan, casi como si fingiese que aquello no estaba sucediendo o, pensé sombríamente, como si supiera exactamente por qué estaba sucediendo. Thom continuó gesticulando y Susan siguió con los brazos cruzados sobre el pecho a la defensiva. Y entonces la oímos.

—Dime, Thom —gritó de pronto, lo bastante alto como para que la oyésemos desde la otra punta del campo—. ¿Eso qué importa? ¿Eso qué coño importa?

—¿Qué cojones te pasa? —le respondió él también a gritos—. ¿A ti qué cojones te pasa?

—¿Por qué te importa tanto? —le gritó ella.

—Me importa porque te quiero —replicó él, con la cara enrojecida.

—¡No vayas por ahí! ¡No es de eso de lo que estamos hablando!

—¡Si no estás ahí conmigo será todo muy raro, joder! —gritó Thom—. ¿Qué me dices a eso? ¡Si no estés ahí conmigo será raro de la hostia!

Cuando Susan empezó a alejarse, Thom la agarró de un brazo y la obligó a darse la vuelta. Y entonces ella le soltó una bofetada.

Todos los que estábamos junto a la carroza observando el altercado contuvimos el aliento. Se oyó desde donde estábamos: la palma de la mano de Susan impactando contra la mandíbula de Thom. La bofetada dejó tan estupefacto a Thom que automáticamente le soltó el brazo y se quedó mirando, humillado, cómo ella se alejaba por el campo, pasando de las zonas oscuras de césped a las iluminadas por los focos, hasta que llegó a la carroza y siguió caminando en dirección a los lavabos de la pista de tenis.

No hay palabras para describir la conmoción del momento: los diez que estábamos junto a la carroza y que habíamos presenciado la pelea y la posterior bofetada guardamos silencio y apartamos la vista avergonzados cuando Susan pasó por nuestro lado sin decirnos nada; iba con el ceño fruncido, murmurando para sus adentros. Miré a Debbie, que no dijo ni una palabra. Y entonces me di cuenta de que tenía aquella expresión cautelosa, como si supiera algo que nadie más sabía: era la única que no parecía asombrada. Hasta Robert Mallory abrió mucho los ojos, sorprendido. Ninguno habíamos visto jamás pelearse a Thom y Susan, y aquello fue algo sísmico, una revelación, una explosión, una fisura que partía en dos la calma de Buckley y sus tradiciones: nunca habíamos captado el menor atisbo de tensión entre ellos, los dos parecían tan agradables, tan sofisticados, bendecidos por aquella buena disposición innata. Yo sabía que Susan podía ser frágil y sarcástica y que no se le escapaba una, aunque jamás perdía la compostura, y también sabía que Thom lo había pasado tan mal a raíz del divorcio de sus padres que ahora contemplaba el mundo desde una perspectiva más amarga que antes de la separación, aunque rara vez lo demostraba y solo en privado, nunca en público. Aquella tensión entre Susan y Thom había ido en aumento de una forma tan gradual que nadie había sido consciente de ello; había tardado dos años en estallar

en las pistas de Gilley esa noche. Era como si finalmente Susan hubiese llegado, en su relación con Thom, a ese lugar que ahora habitaba en un mundo completamente distinto, y por fin estuviese lista para dejarlo atrás sin contemplaciones. Pensé en la canción de Icehouse y en que siempre había sabido que sonaba a profecía. Pero aquella noche en las pistas de Gilley la profecía se confirmó; la profecía se había hecho realidad.

Robert Mallory saltó de la escalera y atravesó el campo corriendo hasta donde estaba Thom, solo y con la cabeza gacha. Le puso una mano en el hombro y Thom se limitó a asentir despacio mientras Robert le decía algo. Debbie y yo nos alejamos de la carroza para ir a buscar a Susan; todos murmuraban a nuestras espaldas mientras seguía a Debbie a los servicios de las chicas. Susan estaba apoyada contra un lavamanos fumándose un cigarrillo de clavo, y aunque le temblaba levemente la mano su semblante era inexpresivo: había recuperado la neutralidad y el embotamiento tras su estallido de ira. El lavabo de las chicas estaba tenuemente iluminado por un fluorescente y me sorprendió lo grande que era: había por lo menos diez cubículos con sus correspondientes lavamanos y espejos. Me vi reflejado en uno y aparté la mirada, turbado por lo asustado que parecía.

—No puedo hacerlo —mascullaba Susan—. No pienso hacerlo.

Debbie se quedó allí plantada sin decir nada, como si ya se esperase aquello.

—¿Hacer qué? —pregunté, totalmente confuso.

—Ser la reina de la fiesta —dijo Susan impasible—. Sentarme en ese estúpido camión y saludar durante tres minutos mientras pasamos lentamente por delante de las gradas. —Se llevó el cigarrillo a los labios: inhaló, exhaló—. Menuda tontería. No pienso hacerlo. Se lo dije a Thom. Llevo toda la semana diciéndoselo. Le dije que este año no quería ser reina. El año pasado estuvo bien, pero este año no quiero hacerlo y no pienso hacerlo.

Me la quedé mirando.

—Pero es que mañana vas a ganar.

Sin devolverme la mirada, me preguntó:

—¿Ganar? —Sonrió con tristeza para sí—. ¿Ganar? ¿Qué voy a ganar, Bret?

Debbie no decía nada. Se limitaba a mirar a Susan.

—Te dije que podías ocupar mi lugar —le dijo Susan a Debbie—. ¿Por qué no ocupas tú mi lugar y ya está? De todos modos seguramente quedarás la segunda.

Aquello era verdad: Debbie quedaría la segunda, aunque eso era algo que los alumnos nunca sabíamos. No había una lista de finalistas para ser el rey y la reina de la fiesta, y las secretarias de administración contaban los votos a puerta cerrada porque el colegio no quería que nadie resultara herido en sus sentimientos. Y también fui consciente con humillante claridad de que aunque Debbie Schaffer quedase en segundo puesto para ser reina, probablemente yo ni siquiera estaría entre los cinco primeros candidatos para ser rey. Yo era popular por mi relación con Debbie, Thom y Susan, pero eso no significaba que cayese lo suficientemente bien como para aspirar ni por asomo a ser coronado.

—No quiero ocupar tu puesto… —empezó Debbie.

—Joder, Debbie —masculló Susan.

—Ya te lo dije, Susan…

—Les diré que no puedo venir a la fiesta este año —la interrumpió—. Me inventaré una excusa…

—Bah, no seas ridícula. No hagas eso…

—Y tú podrás ser la reina… seguramente quedarás la segunda —volvió a decir Susan, repitiéndolo como si se tratase de una verdad desesperada que haría cambiar de opinión a Debbie.

—Susan, tienes que centrarte y calmarte de una puta vez —le espetó Debbie con severidad, y luego añadió—: ¿Tienes algo para meterte? Porque te estás comportando como una loca.

—¿En qué me estoy comportando como una loca? —preguntó Susan, fulminándola con la mirada.

—Está el partido, está el desfile, está la cena y está la fiesta de Anthony. —Debbie enumeró aquellos eventos como si fuese algo inevitable en lo que Susan no podía sino participar.

—¿De qué me estás hablando? —le preguntó Susan, como retándola

a admitir algo privado, como si yo no estuviese allí en el lavabo con ellas—. ¿Qué importa todo eso?

Y entonces, de pronto, me cabreé.

—Solo queda un año, Susan, ¿no? —Prácticamente se lo escupí—. ¿Dónde ha quedado esa actitud? Tú me dijiste que solo queda un año. ¿Por qué no dejas de comportarte como una arpía con Thom, te aguantas como todo el mundo y participas en la fiesta? Joder, no puede ser tan difícil, sentarse en una puta carroza.

Susan me miró con dureza.

—Cuando dije eso me refería *a ti* , Bret, a *tu* situación. —Dio una calada al cigarrillo y soltó el humo—. Me refería a ti. No a mí. No a nosotros. Sino a ti. —Lo dijo con una despreocupación que no dejaba de ser cáustica y directa.

Me quedé tan hundido por su respuesta que solo quería salir del lavabo como pudiera.

—Mira, vamos a ser diplomáticos en esto —estaba diciendo Debbie.

—¡Estoy harta de lo que quiere Thom! —gritó de repente Susan—. ¡Estoy muy harta!

Debbie y yo retrocedimos; nos apartamos físicamente de Susan. Nunca la había visto tan frustrada y enfadada como aquella noche de octubre. Era evidente que se estaba desplegando un relato secreto del que yo no tenía ni idea, algo de lo que me habían mantenido al margen, algo que supuestamente no era asunto mío, algo que avivaba aquella cólera en Susan.

—Yo no quería ser candidata —siguió diciendo Susan atropelladamente—, y le dije a Thom que tal vez deberíamos dejar que otros fuesen rey y reina, que lo fuesen Jeff y Tracy, o Jeff y Debbie, o quien fuera. Es algo tan estúpido, traté de decirle. Todo esto es tan estúpido. —Hizo una pausa—. Pero no lo pilló. No entendió la tontería que es todo este asunto. Se lo dije bien claro: que otros tengan la oportunidad. ¿A quién coño le importa?

Cuando echo la vista atrás, pienso que podría haberme casado con Thom Wright. Parecía el chico perfecto: con una inteligencia natural, algo hastiado del mundo pero optimista, con el sufrimiento justo para

resultar lo bastante interesante, guapo y atlético, tan agradable, tan sexy, aquella cara, aquel cuerpo, aquel talante afable… pero en ese momento me di cuenta de hasta qué punto podía cansarse alguien de él a lo largo de dos años, y me impactó que eso fuera obviamente lo que le había ocurrido a Susan. ¿Cómo iba alguien a dejar de querer tener sexo con Thom Wright, disfrutar de su atención, tenerlo presente a diario, hacer que te amase incondicionalmente? Aquella noche descubrí que eso podía pasar sin más: que los encantos de Thom Wright podían desgastarse. Que otra persona podía reemplazarlo. Y entonces pensé en Robert Mallory. De pronto me sentí mareado, porque todo iba a estropearse. Thom iba a salir malparado. Robert iba a salirse con la suya. Yo no sacaría nada.

—Y entonces se desesperó y dijo: Vale, lo pillo, pero hay que guardar las apariencias… yo soy el puto quarterback, dijo, de hecho dijo: «Yo soy el capitán del equipo de fútbol americano y tú eres mi novia, ¿no te parece que va a quedar muy raro que ganemos y tú no quieras hacerlo?». Y entonces le dije: ¡Me da igual cómo quede! Ese es el problema, le dije. A ti te importa. A mí no. Y él que no era capaz de entenderlo, o sí, pero decía que lo teníamos que hacer de todas formas. —La mano que sostenía el cigarrillo que se iba consumiendo lentamente seguía temblando un poco, pero la voz de Susan se calmó —. Sé que cuando mañana se anuncien los nombres en la asamblea van a salir el mío y el suyo, pero yo no voy a hacerlo… Se lo pasaré a otra. —Hizo una pausa, nos echó una rápida mirada levemente desesperada —. No le demos tanta importancia a esto. Ya se me ocurrirá alguna excusa. Que mi abuela está enferma o…

—Cariño —la interrumpió Debbie con suavidad—, ahora mismo no hay razón para montar un drama así. Ya lo sabes. Ya sabes cómo funciona.

—El hecho de que esté montando un drama porque no quiero ser reina de la fiesta es indicativo de algo, Debbie, ¿no te parece? —le preguntó Susan con veneno en la voz.

Debbie se encogió de hombros y miró a Susan fijamente.

—No, la verdad es que no. No lo creo. No me parece que sea

indicativo de nada.

El silencio se extendió por el lavabo. No sabía qué estaba haciendo yo allí con dos chicas que evidentemente sabían algo que creían que yo ni sospechaba, algo que me ocultaban y que estaba relacionado con Robert Mallory. Para Susan y Debbie no era el mejor amigo gay a quien se puede confiar todo, y sin embargo en realidad sí lo era, pero ellas no lo sabían. Y eso es lo que podría haber sido exactamente si yo hubiese actuado de forma distinta o si hubiésemos estado en otro mundo. Allí, en aquella situación, en los confines de Buckley, yo era, en muchos sentidos, un impostor.

—¿De verdad quieres sentarte en esa carroza horrenda saludando a la gente? —le preguntó Susan a Debbie—. ¿De verdad quieres eso?

—No, yo no —contestó Debbie con calma—. Pero yo no estoy en tu posición. Y mucho me temo que vas a tener que hacerlo…

—Que te den —masculló Susan.

—No, lo digo en serio. —Debbie me echó una ojeada por algún motivo y luego miró de nuevo a Susan y admitió—: Mira, lo entiendo. Sé lo que está pasando, pero…

Aquello me sobresaltó y exclamé:

—¿Qué está pasando? —Y después, con voz aguda, pregunté en tono acusador—: ¿Está pasando algo aquí de lo que yo no sé nada?

Debbie puso los ojos en blanco e hizo un gesto con la mano.

—Bret, mira… —Dejó la frase sin terminar, concentrándose de nuevo en Susan, esperando que me excusara y me largara. Volví a percibirlo: ellas sabían algo que creían que yo no sabía—. Evidentemente es decisión tuya, es tu vida, tú verás —siguió diciendo—. Pero a estas alturas tienes que actuar de cierta forma. Lo siento, cariño, es lo que hay. Es demasiado tarde. Accediste a ser presidenta del cuerpo estudiantil porque te lo pidió Thom… o sea, ¿qué esperabas? Tampoco es que nadie te pusiera una pistola en la cabeza. Tú entraste en el juego. Sois pareja. Y ahora está pasando esto. Está pasando y vas a tener que tragar.

Susan se quedó mirando a Debbie como si fuese invisible.

—¿Tú quieres que sea feliz? —le preguntó.

Debbie suspiró y ladeó la cabeza.

—No te pongas tan dramática. Es una estupidez.

Ahora estaba totalmente perdido, allí plantado escuchando a las dos chicas hablando en clave delante de mí.

—Y no deberías haberle pegado —dijo Debbie—. Joder, Susan.

—No había manera de que le entrase en esa cabezota…

—Susan, para…

—Y me ha agarrado, Debbie. Y me ha hecho daño…

—Para ya…

—¿Me estás diciendo que no me ha hecho daño cuando me ha agarrado del brazo?

—¿Y qué esperabas que hiciera?

—Ah, que te den…

—Vale, mira, ¿qué coño importa? —le preguntó Debbie, quitándole el cigarrillo a Susan, dándole una calada y soltando un denso chorro de humo especiado al aire—. O sea: ¿qué importa en realidad? Solo te hace quedar como una zorra. —Hizo una pausa—. Venga, dime. ¿Qué importa? Hazlo y punto. ¿Qué más da?

Le tendió de nuevo el cigarrillo a Susan, que no contestó.

Fui consciente por última vez de que yo no debería haber estado allí porque nadie me quería allí en aquel momento. En realidad aquello era entre Susan y Debbie, y sabía que había algo que no decían claramente porque yo estaba presente. Así que retrocedí, y ninguna dijo nada mientras salía en silencio de los lavabos… y entonces oí sus susurros vehementes y amortiguados a mi espalda. Por fin podían hablar con libertad gracias a mi ausencia. Por un instante me enfureció que aquel drama desbancara a Matt Kellner, que se vertiera más emoción en si Susan quería o no ser reina de la fiesta que en la misteriosa muerte de Matt, una muerte sobre la que ninguno de ellos sabía ni quería saber nada. Aquello era lo que me asqueaba y agotaba mientras salía de los lavabos y volvía a la pista.

Thom venía caminando con Robert hacia la carroza, en la que todo el mundo había vuelto a ponerse a trabajar fingiendo que nada había ocurrido. Vi la linterna de Angelo destellar a lo lejos, acercándose hacia

nosotros: eran las diez y media, hora de volver a casa, y no tenía sentido continuar trabajando en la carroza. Estábamos agitados y distraídos porque acabábamos de presenciar algo que nunca antes había ocurrido: la pareja perfecta había revelado que tenía problemas en su relación, algo que había durado felizmente dos años porque estaban muy enamorados ahora se había roto, la bofetada era la prueba del deterioro, no había duda. Me estremecí mientras observaba a Robert caminando tan pegado a Thom, sus cabezas gachas y juntas, Thom escuchando lo que le estuviese diciendo Robert y de vez en cuando asintiendo con la mirada clavada en el césped, los dos con sus pantalones grises de vestir y sus camisas blancas. Me quedé mirando a Robert y Thom y sentí tal envidia de aquella intimidad entre los dos que por un instante se me nubló la vista y luego me sentí avergonzado: los deseaba a ambos y aquello no iba a suceder nunca. Es algo que simplemente tienes que aceptar, me dije, y otra revelación fue fraguándose en mi interior: Para ti el mundo no va a funcionar así; hazte a la idea. Seguía mirándolos cuando de golpe me vi sacado de mi ensoñación: Thom levantó la mirada, con semblante inexpresivo pero también anhelante, y entonces sonrió con tristeza. Debbie y Susan habían salido de los lavabos y caminaban hacia Thom y Robert, que ya estaban junto a la carroza. La cara de Susan también era inexpresiva y yo no tenía ni idea de qué iba a decirle a Thom mientras se acercaba; Robert ya se había apartado discretamente. El pragmatismo de Susan entró en acción, con la ayuda de Debbie, y tras articular una disculpa sincera, dijo: «Pues claro que lo haré», y entonces Thom, la cara levemente surcada por la emoción, la abrazó, la levantó por los aires y volvió a dejarla sobre el césped. Se le veía tan aliviado que fue casi bochornoso: aquella era una faceta de Thom que nunca antes había visto. Ahora sabía que era débil. Se besaron.

Todos los que rodeaban la carroza se pusieron a aplaudir, incluido Robert, y Anthony Matthews lanzó un silbido de aprobación. Aquello era estúpido, algo sacado de una película, pero fingí que me dejaba llevar por el momento y me puse también a aplaudir, y luego me fijé en Debbie, de pie junto a mí, muy atenta, y vi que no sonreía a pesar de

estar también aplaudiendo, y que no tenía los ojos fijos en Thom y Susan… sino en Robert Mallory, que sonreía de oreja a oreja. El aplauso solo duró unos diez o quince segundos, pero contribuyó a la distensión general: fue la expresión de nuestro alivio. Y entonces empezamos a marcharnos de las pistas y nos dirigimos colina abajo hacia el aparcamiento, aún iluminado bajo el campus a oscuras, y una ligera sensación de derrota flotaba en el ambiente: íbamos a tener que acabar la carroza a la tarde siguiente, quizá incluso empezar de cero, le murmuró en tono desesperanzado Doug Furth a Jon Yates. Pasamos junto al edificio de ciencias y me fijé en que Thom agarraba la mano de Susan mientras avanzábamos a través de la oscuridad de Buckley. Y entonces me di cuenta de que Debbie buscaba la mía.

Y a la mañana siguiente estaba en el patio del Pabellón mientras el campus entero vitoreaba cuando anunciaron a Thom Wright y a Susan Reynolds como rey y reina de las fiestas de inicio del curso. Se acercaron al micrófono y dieron las gracias a todos aquellos que los habían votado y Thom estaba radiante y ajeno a todo, como si nada hubiese sucedido la noche anterior, y Susan había vuelto a su ser evocador y embotado, cautivadora como cualquier otra chica de Buckley, enseñando canalillo, la falda hasta cerca del nacimiento de los muslos, una idealización casi de putilla de la sexualidad femenina adolescente. Miré a Ryan Vaughn, que estaba aplaudiendo, y entonces me distrajo Robert Mallory, que no aplaudía, se limitaba a observar a la pareja tras el micrófono en lo alto de las escaleras a la sombra del Pabellón, con una mirada teñida de lo que se me antojó tristeza y rabia tensando sus facciones. Se giró hacia mí y le sostuve la mirada, como si yo fuese un recordatorio de que debía empezar a aplaudir, cosa que hizo. Sin embargo, aquella mañana de viernes en el patio antes de la fiesta, flotaba una sensación general de que la noche anterior, en las pistas de Gilley, había sido el principio del fin del reinado de Thom Wright y Susan Reynolds como pareja dorada de Buckley. Y solo unos pocos sabíamos que el principio del fin había tenido lugar mucho antes.

Sábado: me desperté y me quedé mirando el techo de la casa vacía de Mulholland e intenté invocar el espíritu del participante tangible, pero

estaba demasiado distraído por la reunión con Terry y deprimido por todo lo que se esperaba de mí en Buckley aquel día. Luego me di cuenta de que la perspectiva de reunirme con Terry Schaffer en el Polo Lounge era motivo suficiente para salir de la cama y fingir estar entusiasmado con la fiesta del instituto y mi participación en ella, al menos desde fuera —«¡Ponte en marcha!», exclamó una voz dentro de mi cabeza—, y simplemente mantenerme positivo hasta la reunión del domingo, cuando Terry y yo hablaríamos sobre el guion que quería que escribiese, y tal vez me buscaría un agente, y después fantaseé con que Sue Mengers me representase como un favor a Terry y que lo celebraríamos cenando en Ma Maison con Joan Didion y John Gregory Dunne. Todo aquello parecía posible. Después de masturbarme y dejar salir a Shingy, decidí, mientras ensayaba varias sonrisas en el espejo del cuarto de baño, que subiría «alegremente» hasta las pistas de Gilley con mi novia, vitorearía a Thom Wright, a Ryan Vaughn y al resto de los Griffins y saludaría a los padres de amigos a los que llevaba siglos sin ver, y Debbie y yo pasearíamos por los puestos de la feria, de la mano, y compraríamos algodón de azúcar, y nos reiríamos y nos recostaríamos el uno sobre el otro mientras ganaba un pitufo para ella lanzando dardos; y me obligué a sentir que todo iría bien. Pero la reunión con Terry era la droga que motivaba al actor.

Recuerdo que Debbie quería pasar a recogerme por la casa de Mulholland para llegar juntos a Buckley. Le comenté que no hacía falta que lo hiciese, porque después del partido tenía que regresar a casa a cambiarme para la cena en el Pabellón. Entonces, cuando me propuso que llevase a Buckley la ropa que me pondría para la cena, tal como iba a hacer ella para no volver a Bel Air —podíamos cambiarnos en los vestuarios—, le dije que aquello me parecía ridículo; la sugerencia me puso automáticamente en un estado de irritación. Cuando contesté que no quería llevarme un traje y unos zapatos de vestir a Buckley, Debbie se ofreció a llevarme en coche de vuelta a Mulholland después del partido y de la feria, y «ayudarme» a vestirme para la cena de celebración del inicio de curso, a la cual yo seguía sin poder creerme que fuese a asistir realmente.

—Tal vez debería llevar mi coche, cariño —dije, cuando caí en la cuenta de que también estaba insinuando que podíamos tontear un poco antes de la cena, tal vez meternos en el jacuzzi, tal vez comérselo, tal vez chupármela: no lo dijo explícitamente, todo eran insinuaciones.

Debería llevar mi coche, dije. ¿Cuál es el problema?, pregunté. Nos vemos bajo la torre del campanario o junto al edificio de ciencias y luego podemos tomar juntos los ascensores hasta las pistas de Gilley, ¿qué problema hay? Pero a mi voz le faltó convicción. Debbie se salió con la suya. Era tremenda. Tuve que claudicar.

No quería que Debbie entrase en la casa de Mulholland, así que esperé fuera, vestido con unos vaqueros, un polo y unos náuticos, con las Wayfarer puestas y sosteniendo una funda con el traje que mi padre me había comprado en Jerry Magnin, una camisa y una corbata de Brook Brothers y un par de mocasines. No dejaba de murmurar para mis adentros: Entusiásmate, muestra entusiasmo, finge entusiasmo, Robert Mallory no existe, Matt Kellner no murió, tienes una relación seria con Debbie Schaffer, Ryan Vaughn es un tío estupendo, quieres a Thom Wright y a Susan Reynolds y ni siquiera el odio que sientes a veces cambiará eso jamás.

Debbie llegó en su coche y después de colgar la funda con la ropa en el asiento de atrás nos besamos, y luego condujo bajando por Woodcliff y ya en Stansbury Avenue una hilera de coches con pases VIP para el aparcamiento avanzaba lentamente hacia las verjas abiertas del colegio. Unos autobuses lanzadera recogían a la gente en el descampado situado frente al supermercado Ralphs de Ventura, o también podías intentar aparcar por Valley Vista, que, me fijé, ya estaba atestado de coches estacionados en ambas aceras del bulevar. Dejamos el nuestro al aparcacoches junto al campanario, nos echamos las fundas de la ropa al hombro y nos dirigimos a los vestuarios para dejarlas allí antes de subir a las pistas. Caminando junto a Debbie, los dos con las gafas de sol puestas, de repente me sentí como si fuese un modelo en un anuncio, éramos una pareja en un documental de viajes que apenas se conocían, lo cual me llevó a pensar en la idea de que realmente me estaban observando, de que todo el mundo me miraba, fuera cierto o no, o de

que alguien oculto, desde un escondrijo que yo no podía ver, controlaba todos mis movimientos. Debbie se alejó en dirección al vestuario de las chicas y cuando yo estaba a punto de entrar en el de los chicos oí la actividad que reinaba allí dentro, y entonces cambié de opinión y llamé a Debbie para pedirle si podía colgar mi funda con la suya; no quería distraerme viendo a los Griffins cambiándose para el partido, y tampoco quería saludar a Thom ni a Ryan. Debbie me cogió la funda y me comentó maliciosamente que no había nadie en el vestuario de las chicas y que si quería entrar con ella; las animadoras ya estaban en el campo. Le sonreí y le seguí la corriente, hasta cierto punto, antes de decirle que el partido debía de estar a punto de empezar. Su sonrisa no logró disimular su leve decepción, o eso me pareció. Puede que Debbie Schaffer esperara que me la follase en el vestuario de las chicas antes del partido de la fiesta del instituto, o puede que solo fueran imaginaciones mías. A esas alturas ya no sabría decirlo.

En lugar de recorrer a pie la pronunciada cuesta hasta las pistas de Gilley, esperamos en la cola frente al vestíbulo de los ascensores y subimos en la gran cabina con quienes, durante los treinta segundos que duró el trayecto, sospeché que debían de ser George Vaughn y su mujer, Lois, y el hermano pequeño de Ryan, Laine, que parecía una copia suya en miniatura de catorce años; esta sospecha no quedó verificada hasta más tarde, cuando vi a Ryan con su familia tras el partido. El otro único progenitor que recuerdo que vino aquel día a la fiesta del instituto fue la madre de Thom Wright, Laurie, acompañada de un tipo atractivo más o menos de su edad, cerca ya de los cuarenta, a quien no había visto nunca, y por la manera en que se comportaban estaba claro que eran más que amigos, y como ese semestre no había salido mucho con Thom no tenía ni idea de qué novedades había en la vida de su madre (normalmente estaba enterado). Laurie nos vio a Debbie y a mí cuando nos sentábamos en la primera fila de gradas y nos saludó con la mano, sonriendo a través de sus gafas de sol mientras su acompañante hojeaba el programa, y nosotros le devolvimos el saludo. Liz y Terry Schaffer nunca habrían asistido a una celebración

como aquella, y tampoco Don y Gayle Reynolds, los padres de Susan, sobre todo porque era muy probable que su hija les hubiera suplicado que no viniesen.

La temperatura apenas llegaba a los veinte grados y el cielo estaba despejado y azul, una tarde apacible, la niebla de contaminación que solía flotar sobre el Valle solo era visible a lo lejos envolviendo ligeramente las montañas de San Gabriel, pero yo empezaba a pasar calor sentado al sol en las gradas mientras iban anunciando a los Griffins, que saltaban al terreno de juego para saludar al equipo de secundaria de Brentwood (que celebrarían su propia fiesta de inicio de curso a la semana siguiente), y allí estaba yo sentado ociosamente con Debbie, que charlaba con Susan y con Tracy en los dos asientos contiguos, mientras me dedicaba a escenificar los vítores de rigor. Mi asiento era de pasillo, se lo había pedido a Debbie cuando compró las entradas, advirtiéndole que no iría si no teníamos asientos de pasillo. Dos fotógrafos del anuario cubrían las gradas, mientras el señor Richards, el profesor de fotografía, se ocupaba de tomar fotos de lo que sucedía en el campo, por donde mi vista se paseaba inútilmente: no conocía a ningún miembro de la banda, ni a ninguna de las animadoras de tercero y último curso porque no había asistido a ni uno solo de los partidos de aquel semestre, así que me sorprendió, supongo, ver a Karen Landis, Rita Lee y Katie Harris haciendo cabriolas y agitando pompones rojos y blancos en el aire. Uno de los fotógrafos del anuario le hizo una foto a Susan, Tracy y Debbie, muy juntitas y sonrientes, mientras yo me revolvía en mi asiento, intentando desaparecer, y luego todo sucedió muy rápido mientras contemplaba las figuras corriendo y persiguiéndose por el campo de juego, al tiempo que esbozaba mentalmente la propuesta que pensaba presentarle a Terry Schaffer al día siguiente en el Beverly Hills Hotel, sentado con él en un enorme reservado verde, y llevaría una americana (obligatoria en el Polo Lounge) y le explicaría lo que tenía en mente: un chico, sus amigos, gente joven en L.A., sexy, un poco bi, drogas, un asesinato, una persecución, violencia y derramamiento de sangre, un misterio que el chico resuelve o tal vez no, yo me inclinaba por un final deprimente

pero también podíamos darle un toque más optimista, eso le propondría, era cuestión de negociarlo.

Volví a prestar atención de golpe cuando anunciaron la media parte. Susan ya no estaba en su asiento y la primera carroza apareció en la pista: era un campanario en miniatura que habían hecho los de séptimo curso, y en ella iban dos estudiantes, un niño y una niña, ambos rubios y muy monos, sentados en una réplica del banco que había debajo de la torre y agitando la manita. Y entonces empecé a ponerme nervioso mientras se acercaba la segunda carroza y estalló un aplauso sostenido y vítores al paso de una enorme hoja de otoño engalanada con un millar de cintas de papel rojo, naranja y amarillo avanzando lentamente por la pista con dos alumnos de octavo de lo más adorable sentados bajo la hoja y saludando con la mano. Me revolví en mi asiento, necesitaba algo para poder pasar aquel trago: iba a ser insoportable ver a Susan fingiendo en la carroza. Pensé que ojalá me hubiese traído lo que me quedaba de la menguante provisión de Valium que me dio mi madre antes de marcharse a Europa, pero el participante tangible se lo había prohibido. Entró la carroza de primero de secundaria, una bandera estadounidense con estrellas y flores color pastel, y se apoderó de mí una nueva sensación de temor, agravada ahora por la idea de que una vez más me estaban observando desde algún punto de las laderas que rodeaban las pistas de Gilley, y en ese momento caí en la cuenta de que no había visto a Robert Mallory por ninguna parte, y entonces me giré y recorrí con la mirada a los centenares de personas que llenaban las gradas por encima de mí. Cuando volví a girarme hacia el campo pasaba lentamente una carroza del grifo de Buckley con un casco de fútbol americano, flanqueada por dos alumnos de segundo saludando, y yo seguía temiendo cada vez más el momento que se avecinaba. Mis dedos se clavaron en los vaqueros.

Debbie se dio cuenta y se volvió hacia mí.

—¿Estás bien?

Y entonces no pude evitar preguntar:

—¿Qué les pasa a Thom y a Susan? ¿Qué le pasa a Susan? ¿Qué coño está pasando? ¿Me lo puedes decir, por favor?

La cajita de Junior Mints pasó desfilando por la pista: vítores y risas cuando Dean McCain (decididamente sexy) y Alison Gardner (no tanto) saludaban desde sus asientos.

—¿Ahora me lo preguntas? —me contestó Debbie torvamente sin dejar de aplaudir.

—Olvídalo, olvídalo —mascullé cuando hacía su aparición la carroza de último curso.

La habíamos modificado, arreglado: nos pasamos la noche del viernes intentando darle coherencia y el resultado había valido la pena. Sobre la cabeza de la Estatua de la Libertad había una foto mucho más clara de Thom Wright, y detrás de la cabeza una réplica de una calle de Los Ángeles con sus palmeras y todo —no exactamente Stansbury Avenue, pero nadie se dio cuenta ni le importó—, y la pancarta se leía ahora sin dificultad desde la gradería, 1997: RESCATE EN EL INSTITUTO BUCKLEY , al igual que el eslogan. No me sorprendió que la carroza produjera una gran carcajada general, y los vítores se sucedieron cuando Thom Wright, con su jersey del equipo, y Susan Reynolds, con una falda y una blusa de Buckley, se pusieron en pie en la carroza que conducía lentamente Jon Yates y saludaron a la multitud. Thom sonreía con sincera emoción mientras absorbía cuanto le rodeaba, y la sonrisa de Susan era en apariencia igual, aunque algo menos enfática. Me fijé en que Debbie observaba la carroza con frialdad. Y entonces todo acabó y mi temor se evaporó. No había ocurrido nada.

Los reyes y reinas saltaron de sus respectivas carrozas, que fueron conducidas fuera del campo y aparcadas al pie de la colina para que la gente pudiera admirarlas allí junto al camino que llevaba al aparcamiento del colegio. Las animadoras se alinearon en formaciones mientras la banda tocaba lo que sonaba a un popurrí de «Another One Bites the Dust» de Queen seguida de «Believe It or Not», el tema musical de la serie *El gran héroe americano* , y rematado por «America» de Neil Diamond. Y luego se reanudó el partido y los Griffins ganaron y Brentwood se lo tomó con deportividad —el partido no significaba nada, pura diversión, diecisiete a siete—, y mientras Thom era levantado en hombros por sus diez compañeros de equipo, echándose

hacia atrás el pelo negro empapado en sudor y recreándose en el delirio prefabricado del momento, yo recorrí las colinas con la mirada, esperando que el francotirador me localizase a través de la mirilla montada en su rifle, pero ya no tenía miedo, porque la bala me habría ahorrado tener que soportar el resto de aquel día.

Y aun así, pensé esperanzado, valía la pena seguir viviendo por Terry Schaffer y por el guion, y volví a ser optimista.

Susan fue a los vestuarios a esperar a Thom mientras Debbie y yo bajábamos hacia la feria en el campo que se extendía junto a la ladera de la escuela primaria; básicamente era para los niños que no querían ver el partido. Había una noria pequeña, un tiovivo, una casa encantada, casetas con juegos y puestos de comida. Compartimos un cucurucho de helado Häagen-Dazs y de nuevo estábamos en aquel anuncio, la pareja del documental de viajes, interrumpidos por varios padres que saludaban a Debbie y al participante tangible mientras mi principal distracción consistía en buscar a Robert Mallory, preguntándome si se dignaría aparecer siquiera; dado que no lo había visto en las gradas, imaginaba que estaría en la feria por la que paseábamos. Finalmente nos encontraron Susan y Thom, este último entusiasmado y recién duchado, ya ataviado con el traje para la cena, y Susan se había puesto un vestido de cóctel negro y nos recordó que las copas empezaban en el vestíbulo del Pabellón a las seis, y de pronto me sentí aliviado al ver lo rápido que iba transcurriendo la jornada, así que ya podía dejar de *esperar* a que llegara el día siguiente para presentarme y presentar la película que quería escribir para Terry Schaffer, la mano de cuya hija sostenía ahora mientras paseábamos por la feria abarrotada de gente. Vi a Ryan con su madre, su padre y su hermano pequeño, confirmando que el trío del ascensor eran efectivamente los Vaughn… y no sentí nada.

Fui con Debbie a los vestuarios y Susan nos acompañó, pero lo único de lo que hablaron las chicas en mi presencia fue agradable y vago; ya hablarían en privado mientras Debbie se cambiaba. Susan sacó la funda con mi ropa y me miró a los ojos, y sostuvimos la mirada un momento pero ninguno dijo nada, y luego fui a cambiarme al vestuario de los

chicos, que ahora estaba vacío, aunque conservaba aquel aroma persistente a cuerpos adolescentes y jabón, dulce y rancio, que siempre me conectaba con difusos anhelos eróticos. Después de cambiarme, y mientras me anudaba la corbata delante de un espejo, me vi luchando contra aquella particular desazón que de nuevo invadía la nube de positividad en la que el participante tangible trataba de flotar. «¿Por qué estás tan molesto? —me preguntó el participante tangible—. ¿ Qué es lo que te molesta tanto? —preguntó—. Nada de esto es real».

Muchas de las personas que iban saliendo de las pistas de Gilley aquella tarde y pasaban por la feria no se quedaban luego a la cena en el Pabellón, y la mayor parte de nuestra clase tampoco asistió; a la cena podían acudir los estudiantes de tercero y último año y sus padres, así como los exalumnos, de los que había bastantes, pero solo había unos pocos grupitos de gente de nuestra clase sentados en las dos grandes mesas de banquete alineadas en el auditorio del Pabellón donde se jugaban los partidos de baloncesto y voleibol, y en cada una de esas mesas había como unos cien comensales sentados frente al escenario donde una pequeña orquesta tocaba estándares, y aunque se habían vendido todos los asientos la mayoría de ellos estaban ocupados por antiguos alumnos, a ninguno de los cuales reconocía. En el vestíbulo habían instalado una barra y los camareros del catering servían copas a los padres y los exalumnos mayores, y había botellas de vino aquí y allá en las mesas iluminadas con velas y decoradas con flores otoñales y centros de hojas de mazorcas de maíz. Debbie y yo nos sentamos más o menos en la misma zona que Susan y Thom, al lado de Laurie Wright y su atractivo nuevo amigo, y Ryan estaba con su familia frente al entrenador Holtz y su esposa en la otra mesa, pero estaba claro que la mayoría de nuestros compañeros de clase se iban a saltar la cena y que nos veríamos todos en la casa de Anthony Matthews en Studio City, subiendo Coldwater hasta Fryman Canyon. Apenas abrí la boca esa noche: no paraba de mirar a mi alrededor en el Pabellón buscando a Robert Mallory, que no apareció.

En casa de Anthony Matthews, Debbie, Susan y yo nos acomodamos en unas tumbonas junto a la piscina iluminada, de donde no nos movimos

durante toda la fiesta. Los padres de Tony se quedaban esa noche en el Sportsman Lodge, justo al pie del cañón en Ventura Boulevard, así que nadie nos vigilaba, pero nos lo tomamos con calma: se presentaron chicos de otros colegios privados y la fiesta se hizo más grande de lo esperado, pero sin alborotos; de hecho fue bastante tranquila, con el reconfortante aroma de las gardenias permeando el ambiente nocturno y los chicos bebiendo solo Coronas. Se consumieron drogas con discreción y Debbie se abstuvo, porque al día siguiente tenía que estar en los establos Windover de tres a seis, y ahí me di cuenta de que Terry había hecho coincidir mi llegada al Beverly Hills Hotel con la ausencia de su hija. Solo Tony y un par de tíos que iban a dormir en la casa de Fryman acabaron pasados de vueltas, y recuerdo muy pocos detalles de lo que sucedió en la fiesta porque me la pasé esperando y esperando y no quise beber; no quería nada. Tan solo estuve absorto, *esperando* .

Y entonces una *ausencia* se anunció por sí misma cuando oí el «Dreaming» de Blondie: veía sombras de pie junto a la piscina y una de ellas llevaba el mismo collar de conchas marinas que Matt Kellner, y volví a ser consciente de que Matt había estado vivo y ahora estaba muerto, como en un sueño que se hubiese desmaterializado, y yo no podía dejar de mirar la piscina, aquel brillante cuadrado de luz en el patio trasero, y seguí mirando y mirando hasta llegar al fondo y localizar el desagüe, y me imaginé el remolino que se formaba sobre el filtro, y entonces apareció un vórtice en mi mente y era la concha marina en espiral de la cubierta de mi libro de cálculo, y el vórtice se convirtió en un tornado pero ya no había vórtice, no había remolino siquiera: era algo que el escritor se imaginaba mientras *esperaba* en la tumbona junto a las dos chicas que le ocultaban un secreto, y solo algún helicóptero sobrevolándonos de vez en cuando en el cielo nocturno me distraía del vórtice que no estaba ahí.

Debbie me llevó en coche a casa cuando empezó a resultar evidente que la fiesta no iba a acabar pronto. Pensó que estaba cansado porque empecé a fingir unos bostezos exagerados cada dos minutos, y en el camino de entrada a la casa vacía de Mulholland empezó a besarme y a insistirme para que entrásemos, pero mi determinación era demasiado

fuerte, así que me aparté con delicadeza y le dije que hablaríamos al día siguiente, cuando volviese de los establos: para entonces yo ya habría regresado de la reunión con su padre. Me bajé del coche, saqué mi funda de ropa del asiento trasero, subí los escalones hasta la casa y desaparecí en el interior sin girarme siquiera para despedirme. Esperé en el recibidor hasta que oí cómo el coche salía por el camino de entrada, con Shingy brincando entre mis piernas y alzando sus patitas mientras me seguía hasta la cocina, donde lo dejé salir al patio y esperé para asegurarme de que no había coyotes merodeando por las laderas. Me quedé esperando junto a la puerta abierta hasta que terminó, y cuando lo llamé por el nombre de pronto se quedó paralizado en medio del césped, escuchando algo que yo no podía oír, y luego se precipitó corriendo hacia la cocina. Cerré la puerta corredera de cristal y me dirigí despacio hasta mi dormitorio.

Pero no lograba conciliar el sueño y apenas era medianoche, así que cogí el Mercedes y conduje por los cañones escuchando «Nowhere Girl» hasta que llegué a Benedict y me acerqué a la casa que Robert Mallory había visitado durante unos diez minutos la semana anterior y por cuyo patio trasero estuve curioseando hasta que me acordé de lo que me había contado Ronald Kellner en Haskell Avenue sobre el kilometraje del Datsun. « Bueno, puede que al otro lado de la colina y de vuelta aquí, pero nadie condujo ese coche hasta Crystal Cove». Las verjas estaban cerradas y apenas podía leerse el cartel torcido de AVISO: NO PASAR , pero vislumbré una tenue luz en una de las habitaciones de la segunda planta, una luz que parecía ondular temblorosa, como si hubieran prendido varias velas, aunque en la oscuridad general no conseguí ver si el coche de Robert estaba aparcado delante de la casa, ya que ninguna de las farolas que rodeaban el camino de entrada estaba encendida. Y entonces, como si alguien se hubiera dado cuenta de que un coche merodeaba por la carretera del cañón frente a la casa, las luces ondulantes se apagaron, la ventana de la segunda planta quedó a oscuras y yo me alejé rápidamente de allí.

15

Necesitaba a toda costa un Valium para desempeñarme bien en la reunión con Terry Schaffer. Fui consciente de ello cuando me subí al Mercedes descapotable a las tres y media para bajar por el cañón hasta el Beverly Hills Hotel y me encontré uno en el bolsillo.

No esperaba estar tan nervioso a medida que el día avanzaba, pero la espera se volvió insoportable y nada me calmaba: ni hacer ejercicio, ni nadar, ni meterme de nuevo en el jacuzzi, ni otra sesión masturbatoria. No dejaba de cambiar de opinión sobre qué ponerme: tenía una chaqueta de tweed verde oscuro y marrón por la que me decanté básicamente porque combinaba con el color de cualquiera de mis camisas. Al final opté por una Ralph Lauren blanca y volví a doblar todas las que me había probado. Llamé al hotel y les dije que tenía una reunión en el Polo Lounge a las cuatro, pregunté si se permitía la entrada con vaqueros y me contestaron que sí. Di vueltas nerviosas por el dormitorio. Recorrí el pasillo, murmurando para mí, y luego entré en la cocina, donde abrí y cerré la puerta de la nevera no sé cuántas veces. Quería que pareciese que aquella reunión no era más que otro momento de asertividad en mi sofisticada vida de adolescente, sin mayor importancia. Quería dejar impresionado a Terry Schaffer. No quería que me deseara exactamente —aunque era consciente de que quizá ese fuera el sendero que escogía el relato—, sino que me tomase lo suficientemente en serio como para cerrar un trato sobre el guion. Ahora me doy cuenta de que aquella espera y mis fantasías sobre los verdaderos motivos por los que Terry quería reunirse conmigo en el Beverly Hills Hotel son un ejemplo de lo ingenuo que podía llegar a ser a los diecisiete años, a pesar de mi fachada de entereza y el aire hastiado de estar de vuelta de todo que pretendía y tanto me esforzaba por proyectar.

Sabía que solo tardaría quince minutos en llegar al hotel desde la casa de Mulholland, pero no me importaba presentarme antes de tiempo ni

me preocupaba ya parecer ligeramente desesperado, porque tenía que salir cuanto antes de la casa vacía y no quería arriesgarme a andar conduciendo por ahí estando tan nervioso y distraído. Esperaba que la desesperación fuese reinterpretada como entusiasmo, como respeto, como una forma de complacer a Terry. Calculé el momento de tomarme el Valium, me lo metí en la boca cuando enfilaba Benedict Canyon, dejé que la pastilla amarilla se me deshiciese bajo la lengua y empecé a imaginarme ya sus efectos tranquilizantes antes de que la píldora realmente entrase en acción. Ni siquiera eché un vistazo hacia la casa que asociaba con Robert Mallory cuando poco después pasé a toda velocidad por delante de aquella sección llana de la carretera y crucé el semáforo de Hutton, solo seis casas más allá. Todo estaba en calma aquel domingo en Los Ángeles y apenas me encontré con coches hasta que Benedict me llevó a Sunset Boulevard, donde giré a la izquierda en el semáforo, recorrí la manzana donde estaba situado el descomunal edificio rosa, y luego viré otra vez a la izquierda hasta dejar atrás el rótulo verde pino que anunciaba el Beverly Hills Hotel a la entrada, con una bandera estadounidense ondeando en lo alto del camino de acceso bordeado de altas palmeras que llevaba hasta el aparcacoches y te dejaba frente a la entrada al vestíbulo.

Había estado unas quince veces en el Beverly Hills Hotel cuando tenía trece años, el año en que parecía que todos los bar mitzvá se celebraban en el Crystal Ballroom, el Sunset Ballroom o el Rodeo Ballroom y en los que indefectiblemente se oía el tema musical de *Star Wars* , pero solo había pasado de la zona de los salones de baile en dos ocasiones, ambas cuando mis abuelos vinieron de visita a Los Ángeles desde Nevada, aunque últimamente preferían el Bel Air Hotel, por lo que ya de más mayor nunca había estado en lo que se conocía como «el Palacio Rosa». Había visto el hotel en unas cuantas películas, principalmente en *California suite* y en *American Gigolo* , pero en la película de Richard Gere el Polo Lounge se había estilizado en una reconfiguración que sin duda era preciosa y acompañaba a la estética del film, aunque no guardaba ninguna similitud con la realidad de aquel momento: se trataba de una idealización del director de arte,

Ferdinando Scarfiotti. Sabía ese tipo de cosas a los diecisiete años. Paré el Mercedes delante de un joven aparcacoches rubio con un uniforme consistente en pantalones verde oscuro, un polo verde espuma de mar de manga corta y una pajarita negra, que me abrió la puerta del conductor y me tendió un tíquet mientras me bajaba y le explicaba que había quedado con alguien para tomar una copa. Me fijé en que, a pesar de estar bastante avanzada la tarde, solo había tres vehículos en las cuatro hileras de la zona del aparcacoches —un Bentley descapotable, un Cadillac y una limusina con ventanas tintadas esperando a alguien—, y aunque el aparcacoches ya me había entregado el tíquet me preocupaba que no me dejasen entrar, no poder pasar. Pero por lo visto sí: el 450SL, la chaqueta de tweed y el aspecto atildado habían surtido efecto, porque el aparcacoches asintió y no me hizo sentir como el impostor en que podría haberme transformado con la dosis apropiada de autodesprecio.

Pasé por debajo del toldo a rayas rosas y verdes que llevaba a las puertas de la entrada, que me abrió un portero, y entré en un vestíbulo desierto, completamente vacío. En la chimenea bailoteaba un fuego encendido tras la rejilla metálica, pero solo había tres hombres trajeados ocupándose de la recepción, a mi derecha, y al parecer ningún cliente. Un tanto desconcertado, eché un vistazo a mi alrededor sin tener ni idea de dónde estaba exactamente el Polo Lounge. Me miré el reloj: llegaba con diez minutos de antelación. Me dirigí con paso vacilante hacia el mostrador del conserje y le pregunté dónde estaba el Polo Lounge, le dije que tenía una reunión allí a las cuatro, tratando de darle cierto toque de oficialidad. El conserje me respondió que estaba justo al doblar la esquina y, gesticulando con una mano e inclinándose levemente, me trató de «señor». Le di las gracias, recorrí el mar de moqueta verde y giré a la izquierda, donde vi la entrada del Polo Lounge, aunque antes advertí un pasillo larguísimo con las paredes empapeladas con un motivo de hojas de plátano, desierto por completo, que se me antojó salido de *El resplandor* si la película se hubiera ambientado en el sur de California. Pero era domingo y seguramente la gente se marchaba del hotel a las doce, así que ese sería el motivo de

tanto silencio y de que no hubiese gente en ningún sitio: el fin de semana tocaba a su fin. Cuando informé en la entrada de con quién había venido a reunirme me pidieron que tomase asiento en la barra; llamarían al señor Schaffer y le dirían que había llegado. Me pregunté automáticamente qué significaba aquello: ¿llamar al señor Schaffer? Pero no hice ningún comentario.

La pequeña barra, pegada a la entrada, contaba con seis taburetes, todos vacíos, y en la sala solo había unas cuantas parejas charlando en voz baja en la luz brumosa de última hora de la tarde. El camarero me preguntó qué me apetecía tomar, le pedí un ginger ale y le expliqué que esperaba a alguien, dando a entender que yo era un cliente importante. Después de servirme el ginger ale, puso al lado del vaso un cuenquito con una salsa de color verde claro rodeada de nachos, que no llegué a tocar. ¿Por qué tenían que llamar a Terry?, me pregunté. ¿Se alojaba en el hotel? ¿Venía en coche desde algún sitio? El Valium me había hecho efecto y aquellas preguntas se alejaban flotando mientras me dejaba llevar por una vaga y reconfortante serenidad y bebía a sorbos mi ginger ale. Durante la espera, sin embargo, empecé a pensar en la casa de Benedict Canyon en la que Robert Mallory había desaparecido y en la ventana iluminada por velas que había visto al pasar con el coche la noche anterior, y en las cosas que Robert le había hecho a Matt en aquella casa durante la semana en que estuvo desaparecido. Aquel pensamiento fue interrumpido por una voz familiar.

—Ey, Bret.

Me puse rígido. Era Steven Reinhardt.

Me giré en el taburete y fingí no sorprenderme.

—Ey, Steven.

No había vuelto a verlo desde el almuerzo en Trumps y nada había cambiado: el mismo jersey de cuello vuelto, los vaqueros extrapequeños y que aun así colgaban de aquel saco de huesos, los ojos hundidos en un cráneo demacrado y rematado con un rebelde matojo de pelo rubio rizado. Me sonreía, pero aquella sonrisa no tenía nada de amistosa. Siempre percibía una desesperación que emanaba de él, y aunque era el asistente de Terry Schaffer, su mano derecha, yo siempre procuraba

posponer el trato con él en la medida de lo posible. Steven Reinhardt me resultaba insufrible y me hacía sentir una leve repugnancia que sencillamente ya no era capaz de disimular.

—¿Dónde está Terry? —le pregunté—. ¿Va a llegar tarde?

Steven continuó sonriéndome burlón y luego sacudió la cabeza levemente, como si no acabase de creérselo del todo.

—Así que… aquí estás. Al final has venido. —Hizo una pausa—. He estado a punto de apostar con Terry a que no vendrías.

—¿Por qué no iba a venir? —pregunté de inmediato, desconcertado—. ¿Por qué ibas a apostar nada?

Steven arqueó las cejas, la sonrisa desapareció, y echó un vistazo alrededor de la sala.

—No lo sé. Supongo que siempre me sorprende el grado de, hum… decencia de las personas, o su falta de la misma, imagino. O su grado de egoísmo. O de autoengaño. —Lo dijo con serenidad y sin rencor, pero sonó como lo que pretendía ser: un insulto—. Lo desesperadamente que quieren algo. La, la, la. —Nueva pausa—. Siempre me sorprende de cuánto se creen capaces. Lo que se piensan que van a sacar. —Volvió a callarse—. Supongo que no debería sorprenderme, pero ya ves.

Mi cara era un poema.

—¿A qué te refieres? —Hice una mueca—. ¿De qué estás hablando? Terry quería que nos reuniésemos y he venido. ¿A qué coño vienen todas esas chorradas, Steven? Tú concertaste la cita.

Steven contempló mi disgusto, abrió los brazos con aire candoroso y dijo:

—No me estoy refiriendo a nada, Bret, cálmate. —Reflexionó—. Esto significa lo que tú quieras que signifique. —Se calló—. No estoy necesariamente hablando de ti. —Ladeó la cabeza un poco—. Tú eres mucho más inocente, ¿verdad?

—¿Esto significa lo que yo quiero que signifique? No significa nada, Steven. Solo que Terry concertó una reunión para hablar de un guion y aquí estoy.

—Vale, vale, lo que tú digas… —repuso Steven educadamente—. No

hace falta que te cabrees.

—No me cabreo. Es que parece que te sorprenda que esté aquí. ¿Por qué te tiene que sorprender? Terry organizó esta reunión. ¿Por qué te tiene que sorprender que asista a una reunión?

—Bueno, pensé que igual tenías resaca de la fiesta de inicio de curso —dijo Steven—. Fuiste a la fiesta, ¿no?

Me lo quedé mirando. No contesté. Él me devolvió la mirada.

—¿Qué tiene que ver la fiesta con nada de esto?

—¿Fue divertida? ¿Os lo pasasteis bien Debbie y tú?

No respondí. Quería mirar cualquier cosa que no fuese la máscara mortuoria del rostro de Steven Reinhardt. Mantuve la calma, aunque una furia tremebunda intentaba abrirse paso entre las brumas del Valium.

—Pues sí —terminé diciendo sin emoción—. Fue divertido.

Me señaló con un gesto la barra.

—¿Te has tomado… una copa?

—Hum, solo, eh… un ginger ale —balbuceé—. Tengo suficiente.

—Igual deberías haberte tomado una copa —murmuró.

—No me apetecía una copa, Steven —dije con calma.

—Eh, Gene. —Le hizo un gesto al camarero—. Cárgalo en la cuenta de Terry.

El camarero negó con la cabeza mientras secaba un vaso.

—Invita la casa.

Era el momento de ponerme en pie, y lo hice vacilante. De pronto caí en la cuenta de algo.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Steven se limitó a decir:

—Voy a llevarte con Terry.

—¿No vamos a reunirnos en el Polo Lounge? Pensaba que íbamos a reunirnos en el Polo Lounge.

Algo crispó levemente a Steven, y en retrospectiva me doy cuenta de que fue mi ingenuidad lo que lo irritó.

—No, no os vais a *reunir* en el Polo Lounge, Bret.

Empezó a avanzar hacia el vestíbulo. Le seguí.

—¿Dónde es la reunión? —pregunté mientras Steven empujaba una puerta de cristal que conducía a un sendero de color rosa situado justo a la salida del Polo Lounge, junto a un par de ascensores incrustados en la pared empapelada con hojas de plátano y, al doblar la esquina, aquel pasillo interminable y desierto.

—La «reunión», la «reunión»… —dijo—. ¿De qué te piensas que va la reunión, Bret?

Se giró para mirarme, sonriendo.

—Creo que es por un guion que Terry quiere que escriba. Tengo una idea —dije.

El camino seguía serpenteando y había flora envolviéndonos por todas partes, y matas de buganvillas estallando entre las hojas de plátano. Steven no decía nada, continuaba caminando por el sendero rosa.

—¿Adónde vamos? —pregunté de nuevo, esta vez con intención de sonar despreocupado; el Valium ayudaba, pero me daba cuenta de que no solo se había producido un cambio de escenario, sino quizá también un cambio del sentido de la reunión en sí, y lo que estaba haciendo allí en el Beverly Hills Hotel a las cuatro de la tarde de un domingo parecía adquirir un nuevo propósito. O quizá solo estaba viendo cosas que no estaban ahí.

—Terry quiere que os reunáis en el bungalow —dijo Steven.

—¿Qué bungalow? —pregunté.

De pronto nos habíamos detenido frente a lo que parecía la fachada de una cabaña de un rosa descolorido. Unos pocos escalones llevaban hasta una puerta blanca con marco verde.

—¿Esto es normal? ¿Es algo habitual en Terry?

Steven me miró de frente al preguntarme:

—¿Te pasa algo? —Y tras una pausa—: Pareces desconcertado.

—No. Pero no pensaba que fuésemos a reunirnos en una habitación de hotel…

—Es un bungalow —dijo Steven—. No es una habitación de hotel…

—De haberlo sabido, me habría puesto algo más informal…

—Vas bien. Tal vez demasiado arreglado, pero bien.

—Entonces ¿por qué no celebra las reuniones en Stone Canyon? —pregunté.

—Lo que hace es reservar un bungalow los fines de semana —dijo Steven—. Como Debbie y Liz están en la casa de Stone Canyon…

—Pero Debbie está hoy en los establos…

—Bret… —me advirtió Steven por lo bajo.

—¿Y en las oficinas? ¿En Wilshire?

—Es fin de semana —dijo Steven encogiéndose de hombros—. Es domingo —dijo con cierto énfasis, como si eso significase algo que yo no estaba pillando—. Hoy estás que no callas, ¿eh? ¿Tienes lista esa gran idea de película para contársela a Terry? ¿Le vas a vender tu nuevo guion?

—Tengo una idea —dije a la defensiva—. Pero no entiendo por qué no estamos en el Polo Lounge.

Dos hombres mayores con pantalones de tenis y jerséis anudados sobre los hombros venían por el camino rosa y me pegaron un buen repaso con la mirada. Debería haberme sentido halagado, pero en aquel momento solo me dio asco. Steven esperó hasta que no nos pudiesen oír y entonces me dijo:

—Mira, estás en el Beverly Hills Hotel un domingo por la tarde y has quedado con Terry Schaffer. Te has puesto de punta en blanco. Vas a por todas. Te quieres comer el mundo. Te advertí de que no te tomases nada de esto demasiado en serio. Y sin embargo aquí estás. —Hizo un gesto de resignación—. Yo pensaba que no te presentarías, la verdad. Que entendías un poco el asunto.

Me limité a mirarlo.

—¿Entender… qué? —pregunté totalmente confuso—. Mira, Steven, no quiero problemas entre nosotros. Solo intento sacar algo en claro.

—¿Qué intentas sacar en claro, Bret? —me preguntó Steven, y quizá por primera vez durante esa tarde tenía curiosidad sincera por lo que iba a contestar.

Pero me di cuenta de que estaba muy relajado gracias al Valium y que no solo no tenía ni idea de qué intentaba sacar en claro, sino que también me daba igual. En aquel instante comprendí que iba a tener

que entrar en el juego… fuera cual fuese. De pronto lo encontré tan gracioso que no pude evitar reírme. Steven me observó mientras me llevaba las manos a las caderas y miraba alrededor riéndome por lo bajo. Me reía de mí mismo, de Steven, de lo inverosímil de aquel nuevo lugar de encuentro, de la propia situación. Había abierto una puerta e iba a tener que cruzarla, conocía cuáles eran las posibilidades e iba a entrar igualmente.

—¿Te hace gracia? —me preguntó Steven—. Bien. Eso es bueno.

Esperó a qué dijese algo pero no dije nada, y entonces se volvió y me condujo hasta la puerta de la cabaña, que comprendí que era el bungalow donde me esperaba Terry.

—Terry está en el patio, probablemente sigue al teléfono —dijo Steven—. Ponte cómodo. —Y entonces añadió, antes de marcharse—: Déjate llevar.

Entré despacio en el bungalow y cerré la puerta tras de mí. La habitación en la que me vi estaba toda enmoquetada de blanco y las paredes pintadas de un verde claro. Había un carrito de servicio de habitaciones con una botella de champán abierta en una cubitera, Dom Pérignon, junto a tres copas largas. Las cortinas rosas estampadas con las distintivas hojas de plátano estaban echadas, oscureciendo el salón suavemente iluminado por luces empotradas en el techo, y había dos sofás uno enfrente del otro, repletos de cojines color pastel y separados por una mesita de cristal con un jarrón de rosas encima, y de allí pasé a una zona de comedor bien iluminada porque las ventanas estaban abiertas, y tras cruzarla me encontré echando un vistazo a una habitación con una cama de matrimonio y un televisor en un soporte —daban un partido de fútbol americano con el volumen a cero—, y las sábanas eran del mismo verde claro que el cabecero de raso y los postigos estaban cerrados y con el pestillo echado, pero habían dejado las lamas abiertas para que entrase una leve brisa. Recuerdo que me fijé en que había ceniceros por todas partes a pesar de que Terry no fumaba: en todas las mesas, en las mesitas de noche del dormitorio, en la barra, en el escritorio, en la pequeña mesa del comedor. Recorrí el pasillo, donde oí la voz de Terry con más claridad, y seguí el sonido

pasando a través de una cocina con una puerta que daba al patio. Terry estaba hablando por teléfono, el cable arrastrando por detrás, calzado con unas sandalias y con una bata muy corta que casi parecía una toga blanca, y llevaba puestas sus gafas de sol Porsche Carrera aunque la vegetación tropical que se cernía sobre el patio tapaba el sol, y se estaba fumando un porro mientras sostenía una copa a medias de Dom Pérignon en la otra mano. Me vio, me sonrió como sorprendido, se apartó el auricular de la boca y me dijo en voz baja:

—Sírvete una copa.

Asentí y volví por la cocina hasta el salón, encendí una lámpara de cromo con una pantalla blanca que estaba junto a la barra y me senté en uno de los cuatro taburetes alineados frente a la encimera de mármol, donde un jarrón con crisantemos resplandecía tenuemente. Eché un vistazo a la estantería de botellas y me di cuenta de que no me apetecía beber; no necesitaba alcohol, el Valium me bastaba. ¿Por qué iba Terry en bata?, pensé. Era una putada que él pensara que iba a pasar algo entre nosotros, y aun así Steven Reinhardt había dado en el clavo: yo estaba allí, había conducido hasta allí yo solo, había seguido a Steven hasta el bungalow, había cerrado la puerta tras de mí. «Déjate llevar». Al final me serví media copa de champán y le di un solo sorbo mientras examinaba la habitación: un cuadro de un pavo real, un dibujo de unos lirios. Y entonces levanté la mirada hacia el espejo que había tras la barra y me di cuenta de que Terry me había seguido y me miraba atentamente, aún al teléfono, escuchando a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea. Me sentí cohibido, y aunque no pensaba beberme el champán vacié la copa de un trago y me puse otra, inclinándola como me habían enseñado mis padres para que la espuma no desbordase. Me bebí la mitad también y empecé a sentirme achispado. Había sido consciente al momento de que algo no cuadraba en aquel planteamiento —el bungalow en lugar del Polo Lounge, la bata de Terry, la botella abierta de champán—, pero no me fui porque me estaba adentrando en el mundo de los adultos y quería averiguar qué me iba a pasar.

Terry volvió a la cocina para colgar el teléfono y luego regresó hasta el

centro del salón. Me miró de arriba abajo y sonrió, fumado.

—Has venido, me alegro. Te veo fenomenal.

Sostuvo la copa vacía con mano firme mientras se servía más champán y se acomodaba en el sofá de cara a la barra, ante la cual yo estaba de pie, y entonces me senté muy despacio en uno de los taburetes al otro lado de la sala, frente a él. Y en ese momento comprendí dónde se suponía que tenía que terminar la velada en la mente de Terry cuando vi que debajo de la bata no llevaba ni bañador ni ropa interior. Se había quitado las gafas de sol y me sonreía con aire juvenil: no era afeminado ni tenía pluma, pero la bata y los genitales más o menos visibles no estaban remando a su favor; tuvieron el efecto contrario al pretendido y me enfadé fugazmente conmigo mismo por estar allí, pero iba un poco puesto por el Valium y, junto con el champán, experimenté una especie de paz y no le di mayor importancia.

—¿Qué tal estás, Bret? —me preguntó Terry—. ¿Todo bien?

—Estoy… bien —dije.

Y entonces me di cuenta de que iba a jugar la baza de la compasión para desarmarlo, y me salió con toda facilidad porque era sincero: si hubiese querido, en ese mismo instante podría haberme echado a llorar por Matt Kellner. De pronto me encontraba en un estado de profunda emotividad y pronuncié su nombre. Le conté a Terry que había estado pensando en Matt mientras le esperaba en el Polo Lounge. Y que se me hacía cuesta arriba.

—¿Quién? —me preguntó. Estaba ocupado volviendo a encenderse el porro—. ¿Matt?

—Hum… Matt Kellner. Estaba en nuestra clase. En Buckley. Murió hace poco.

—Ah, es verdad, es verdad —dijo Terry cayendo en la cuenta—. Debbie me lo comentó. ¿Fue una sobredosis? ¿Qué pasó?

—En realidad, creo que se ahogó. No sé…

—¿Se ahogó? —preguntó Terry, sorprendido—. ¿Cómo se ahogó?

—Por accidente. O eso piensan. —Hice una pausa—. Quizá fue una sobredosis —murmuré—. Nadie lo sabe.

—Bueno, que no nos agüe la fiesta, porque no estamos aquí para eso. Sucedió. Una pena. Pero tienes que centrarte en tu futuro.

—Bueno, por eso estoy aquí —dije, dándole un sorbo al champán.

—¿Quieres una copa de verdad? —me preguntó.

—La verdad es que no quiero ni esta —repuse, dejando la copa sobre la barra.

—¿Una calada? —Me ofreció el porro.

—No, gracias. —Estaba examinando el salón del bungalow—. Es muy bonito.

—Ya. Es mi hogar lejos del hogar.

—¿Por qué no nos hemos reunido en el Polo Lounge? —le pregunté.

Terry me miró fijamente con una leve sonrisa, como si no se esperase la pregunta, y contestó al cabo de unos instantes:

—Me gusta esto, es más cómodo, tenemos más intimidad.

—Terry, limitémonos a hablar del guion —le dije—. Porque no va a pasar nada. Sé que piensas que podría pasar algo, pero no. —Paseé la mirada por la sala hasta posarla en él—. Estoy aquí para hablar del guion.

—¿En serio? —me preguntó Terry con seriedad—. ¿Qué es lo que no va a pasar? —Fingió una perplejidad deliberadamente exagerada.

Suspiré teatralmente.

—Pensaba que querías hablar del guion. Creía que la reunión era sobre eso.

—Y lo es, lo es —dijo él—. Hablemos del guion.

—O sea, si lo he malinterpretado y quieres que me vaya… —Mi voz se fue apagando y dejé sin terminar la frase.

Lo miré fijamente, Terry me sostuvo la mirada y luego se echó a reír.

—Lo siento, lo siento —estaba diciendo—. Es que no sé qué es lo que esperas. —Hizo una pausa—. De verdad que no sé de qué me hablas. —Yo me limité a mirarlo con total impasibilidad—. A ver, imagino que igual ha sido un poco atrevido por mi parte, pero no pensaba que fueras a creer…

El rubor me invadía y sentí como si me hubiese puesto rojo de la cabeza a los pies.

—¿No pensabas que fuera a creer qué? —le pregunté.

—Supongo que estaba tonteando y no pensaba que fueras a tomártelo tan en serio.

—¿Todo esto era una broma para ti?

—No, Bret, no, para nada —dio Terry captando mi resquemor—. Por supuesto que estoy interesado en el guion…

—Pero entonces ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema… —Se calló—. Vale, cuéntame de qué va el guion.

—En realidad no quieres oírlo, ¿verdad? —dije suspirando.

—Estás de un ánimo muy derrotista, hoy —respondió, y apuró de un trago la copa de champán—. Mira, estamos aquí, estoy aquí, esto es una reunión. Quiero oír esa idea tuya para el guion. —Hizo una pausa—. Pero ven aquí. Casi no te veo. —Señaló con un gesto el sofá que tenía enfrente. Bajé con gesto vacilante del taburete y empecé a cruzar la habitación, pero antes de sentarme me serví otra copa de champán. Terry había cruzado las piernas y había estirado del borde de la bata para que no quedara nada al descubierto—. Te escucho —dijo amablemente—. Cuéntame una historia.

Me sentía lo bastante tranquilo como para empezar a hablarle a Terry de la película que llevaba concibiendo a lo largo de las últimas semanas, pero a los cinco minutos me di cuenta de que en realidad no la había pensado lo suficientemente a fondo como para poder contársela a alguien de forma coherente. El Valium y el champán me envalentonaron para ponerme a pensar en voz alta mientras hacía evolucionar a los personajes desde el principio de la película hasta su violento final, pero no dejaba de volver atrás y explicar incidentes desde distintas perspectivas, y lo peor era lo autoritario que intentaba sonar, casi como si yo fuese el director, sugiriendo cómo deberían rodarse en particular algunas escenas y cómo me imaginaba ciertos movimientos de cámara. Terry escuchaba todo aquello asintiendo de vez en cuando o comentando algo que contradecía lo dicho poco antes. Hubo un momento en que traté de explicar un travelling y me di cuenta de que Terry había perdido el hilo y estaba esperando pacientemente a

que concluyese, pero yo no había pensado en cómo concluir aquello y empecé a salpicar mi discurso de «Pero igual lo que podría pasar es esto», y cuando me miré el reloj me abochornó comprobar que me había ventilado treinta minutos de nuestro tiempo con aquel galimatías. Puede que me hubiera pasado semanas dándole vueltas a aquella idea —y en un momento dado pensé que lo que había construido resultaría en una película fabulosa—, pero ahora, sentado en el sofá frente a Terry en un bungalow del Beverly Hills Hotel, me di cuenta de que todo aquello era absurdo, una idea de lo más trillada, y puse fin a mi perorata con rapidez: dije, literalmente, «Fin». Terry estaba paralizado por el aburrimiento y tardó en reaccionar; parecía como si estuviese tratando de pensar en algo amable que decirme. Me había terminado el champán y necesitaba ir al lavabo: una escapatoria. Terry se quedó allí sentado, sonriendo con expresión tensa, y dijo que había uno pasado el dormitorio.

Me puse en pie, notando que me temblaban las piernas, y luego me dirigí por el pasillo hasta el dormitorio y me quedé allí quieto frente a la brisa que entraba por las lamas abiertas de los postigos. En el cuarto de baño me pareció orinar interminablemente, tiré de la cadena y me lavé las manos mientras me miraba al espejo. Esto te lo has hecho tú, pensé. Has acabado aquí. Nadie te ha obligado. Nadie te ha puesto una pistola en la sien. Tú has querido venir.

Cuando salí del cuarto de baño, Terry estaba en la puerta del dormitorio. Me detuve. Noté de nuevo que la brisa me rozaba la cara flotando a través de las lamas abiertas de los postigos.

—Vale —dijo sin más—. Me gusta. ¿Quieres que hagamos un trato?

Me quedé atónito y al instante me inundó el alivio.

—¿Te ha gustado?

—Sí —dijo Terry—. Hay algo ahí.

—¿En serio?

Asentí lentamente.

—Entonces… ¿quieres que hagamos un trato o no?

—Sí, claro —dije, esperando no sonar demasiado ansioso.

—Eso han sido treinta minutos de mi tiempo —dijo—. Y ahora

quiero treinta minutos del tuyo.

Se hizo un silencio.

—¿Qué quieres decir? —balbucí.

Sabía perfectamente lo que quería decir, pero solo quería posponer la realidad de la situación.

—*Quid pro quo* . —Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir? —pregunté de nuevo, mirándolo desde la otra punta de la habitación.

—¿Por qué no te pones cómodo? —dijo: no era una sugerencia.

—Ya estoy… cómodo —respondí.

—¿Por qué no te quitas la chaqueta? —me pidió con semblante inexpresivo.

Automáticamente me quité la chaqueta y la tiré en una butaca que tenía al lado. Me di cuenta de que había sudado durante mi discurso y tenía la espalda y las axilas húmedas de la transpiración.

—Y también puedes quitarte la camisa.

Dio un paso hacia el interior de la habitación, observándome.

Me desabotoné la camisa y la tiré sobre la chaqueta.

Terry me echó una ojeada desapasionada, como quien inspecciona un objeto delicado que no tuviese claro que le interesase, y luego dio otro paso, más cerca de la cama. Se quitó las sandalias. Esperé. Yo seguía allí plantado con los brazos colgando a los lados, sin saber qué hacer a continuación. Podría haberme mostrado más juguetón —flexionar los músculos, soltar una carcajada, saltar sobre la cama, ansioso por consumar el trato— en lugar de resultar, tal y como Terry había insinuado poco antes, un aguafiestas, pero lo único que quería era acabar cuanto antes con aquello, y no me apetecía oír su voz dándome instrucciones sobre qué hacer. Me quité los náuticos con los pies, me bajé la cremallera de los vaqueros, los tiré en la butaca junto a la camisa y la chaqueta y me quedé en calzoncillos delante de Terry. Se me acercó, se desató el cinturón de la bata y yo levanté la mirada para mirarle solo la cara: no quería verle el cuerpo, el pecho, la polla. Sin decir nada, me atrajo hacia él, me besó sin miramientos y yo al principio le dejé, pero al notar el sabor de la agria combinación de

maría y champán lo aparté firmemente. Él sonrió burlón, me puso las manos en el pecho, me estrujó suavemente los pezones y me empujó con gesto juguetón. Perdí el equilibrio y caí sobre la cama, donde Terry me bajó la ropa interior con mi ayuda, levanté los pies del suelo para que pudiera quitármela del todo, y luego se arrodilló mientras yo me quedaba mirando al techo; no había experimentado la menor excitación, pero se me puso dura en cuanto empezó a chuparme y acariciarme la polla. Levanté la cabeza y vislumbré su cuerpo: delgado, bronceado y básicamente en buena forma y, ahora que escribo esto, me doy cuenta de que parecía más joven de lo que era. A un nivel superficial era atractivo para su edad, pero demasiado viejo para que yo pudiera considerarlo siquiera una pareja sexual realista a mis diecisiete años, y sin embargo allí estaba: tumbado en las sábanas verdes mientras me devoraba la polla, golpeándose la cara con ella, tragándosela hasta el fondo y sorbiéndola. Después de lo que se me antojaron un par de minutos, me agarró por las caderas y me puso boca abajo, me levantó el culo y noté la barba de dos días que rodeaba su boca y luego la lengua. Aquello duró lo que me parecieron también minutos, hasta que de pronto me metió un dedo bien adentro y yo alargué el brazo y le cogí de la muñeca, él se zafó y se levantó y empezó a frotar la polla contra mi ano, tratando de metérmela, apretando contra el agujero que acababa de humedecer con su saliva, y entonces me introdujo dos dedos hasta el fondo y me dolió, y le agarré de nuevo de la muñeca y lo obligué a sacar la mano. Me di la vuelta. Me levantó las piernas hasta que de repente las rodillas me tocaban el pecho y le dije «No» y lo aparté.

El silencio era absoluto salvo por la brisa jugueteando con los árboles del exterior del bungaló mientras desviaba la mirada hacia el partido en el televisor, hasta que Terry se recolocó en la cama y empezó a chuparme la polla penetrándome con fuerza la garganta; estábamos haciendo un sesenta y nueve. Él embestía con demasiada energía, o quizá estaba demasiado excitado y no podía evitarlo, o quizá era así como lo hacían los tíos mayores —a lo bruto, desapasionadamente—; yo solo había estado con Matt y con Ryan. Lo agarré de las caderas

para estabilizarlo y poder respirar, pero cuando me quise dar cuenta estaba eyaculando en mi garganta y llenándome la boca, con los huevos aplastados contra mis fosas nasales. Soltó un gruñido ronco con mi polla aún en la boca mientras se corría, y luego continuó chupándomela mientras yo echaba la cabeza atrás y su pene ya ablandándose se deslizaba fuera, y entonces me sorprendí empezando a alcanzar el orgasmo: llegaba de la nada, no se había ido acumulando, apenas había sido consciente de que se acercaba, tenía las piernas separadas y Terry me había metido dos dedos hasta el fondo. Y entonces acabó. Terry se lo tragó todo.

Se apartó de mí, se tumbó boca arriba y esperó a que sus jadeos remitieran. Se restregó la boca con una mano, se echó a reír de buena gana y me miró mientras decía con ojos vidriosos:

—Menuda intensidad.

Yo traté de sonar entusiasta al responder:

—Pues sí.

Salté de la cama y fui al cuarto de baño, donde cerré la puerta, me senté en la taza y me limpié la saliva de Terry del ano. Cuando miré el pedazo de papel vi que había una pequeña franja de sangre donde su uña me había arañado el recto. Humedecí un Kleenex y me volví a limpiar hasta que dejé de sangrar. Me enjuagué la boca con agua caliente y luego me miré con atención la cara en el espejo. No solo aparentaba una notable compostura, sino que daba la sensación de haber alcanzado un logro: no era lo que quería, pero tampoco estaba tan mal. Me sentía bien. Respiré hondo y entré desnudo en el dormitorio, aliviado de que Terry no estuviese allí. Oí su voz en el exterior; había vuelto al patio y estaba al teléfono. Recogí mis calzoncillos del suelo, me los puse y, después de vestirme, fui por el pasillo hasta la cocina y me asomé afuera. Terry estaba sentado a una mesa: la bata puesta, otra copa de champán, otro porro encendido, sonaba «Rise» de Herb Alpert desde algún sitio. Me despedí agitando la mano, sonriente, y le indiqué por gestos que tenía que marcharme. Él asintió y dijo:

—Hablamos pronto, Bret, gracias.

Y acto seguido crucé el salón a oscuras y salí por la puerta principal al sendero rosa que me llevaría de vuelta al vestíbulo del hotel y al Polo Lounge, y luego pasé bajo el toldo del aparcacoches, le di una propina y conduje sin rumbo fijo hasta que acabé llegando a la casa vacía de Mulholland. Apenas eran las cinco cuando salí del hotel. Todo había sucedido en poco menos de una hora.

Ni Terry Schaffer ni yo sabíamos lo que estaba sucediendo al otro lado de la ventana del dormitorio donde tuvimos relaciones sexuales aquella tarde de principios de octubre: no sabíamos que desde algún lugar de las profundidades de la flora del recinto del Beverly Hills Hotel alguien me había fotografiado entrando en el bungalow, y ni Terry ni yo oímos los rápidos clics y el zumbido de la cámara dirigida hacia la cama en la que estábamos tumbados a través de las lamas abiertas de los postigos que cubrían las ventanas del dormitorio. Eso lo descubriríamos más tarde, a medida que el otoño de 1981 avanzaba inexorablemente hacia su irónica y trágica conclusión.

16

La fiesta que Susan Reynolds iba a dar «secretamente» en honor de Robert Mallory se convirtió en el principal motivo de distracción durante la siguiente semana en Buckley. Se celebraría ese mismo sábado, después de haberse pospuesto dos veces: una por la muerte de Matt Kellner y otra por la fiesta del inicio de curso. Pero cuando por fin llegó aquella noche de mediados de octubre no estoy seguro de que Robert Mallory ignorase del todo que Susan daba la fiesta por él, cosa que nos había comunicado a Thom Wright, a Debbie Schaffer y a mí semanas atrás, a principios de septiembre, cuando nos comentó la idea de montar una fiesta especialmente para él como una forma de hacer que el alumno nuevo se sintiese a gusto y aceptado por sus compañeros de clase. La fiesta parecía un plan para desarmar a Robert Mallory, después de enterarnos de que había estado internado seis meses en un psiquiátrico a las afueras de Jacksonville, Illinois; y para mí, aunque no para Susan ni Thom ni Debbie, la fiesta daba a entender que Robert era *delicadísimo* y que necesitaba que lo tratásemos con extremo *cuidado* y que lo *apaciguásemos* aun cuando todavía no sabíamos qué le pasaba exactamente. ¿Por qué había estado en el centro terapéutico? ¿Qué había hecho para que lo internaran allí? ¿Se trataba solo de depresión y un consumo moderado de marihuana y alucinógenos? ¿Había sido a consecuencia de la muerte de su madre y de la frustración que le suscitaban su padre y su nueva esposa? ¿O se trataba de algo más oscuro que Robert jamás podría admitir ante nosotros y que nunca llegaríamos a saber del todo? Y sin embargo la voz interior del participante tangible continuaba objetando: tampoco habría sido tan grave si solo había estado seis meses internado, le habían dado el alta el pasado verano y ahora andaba paseándose entre nosotros en la soleada Los Ángeles. El resto de nuestra clase, supongo, no sabía nada de todo esto, y aun así creo que Robert sospechaba algo de la fiesta para cuando finalmente tuvo lugar, y tal vez se había enterado por

alguien en concreto que se lo había confirmado: en efecto, Robert, la fiesta es para ti, la da para ti Susan Reynolds, para que te sientas aceptado porque —y esa era la oscura verdad— siente algo por ti.

Pero, a esas alturas, ¿por qué iba a pensar nadie que Susan Reynolds fuera la impulsora de un acto de caridad cuando toda la comunidad estudiantil ya había acogido a Robert Mallory? El semestre transcurría a toda velocidad y en las seis semanas que llevaba Robert en Buckley, toda la clase de último año lo había aceptado, incluso deseado, y el resto de las clases lo admiraba aun cuando, me fijé, él no hiciera nada en absoluto para alentarlo: se limitaba a aceptarlo pasivamente. A mediados de otoño ya era sencillamente muy popular: aparte de su atractivo —al igual que Thom Wright podía aparentar fortaleza y masculinidad, y luego, dependiendo de una expresión o una emoción, sensibilidad y casi aniñamiento—, desprendía un aura callada de misterio que atraía instantáneamente a las chicas, algo sobre lo que podían cotillear, y también contribuía el hecho de que a Thom Wright le cayese bien Robert y pareciese que se estaban haciendo amigos de una manera que podría haberme esperado —y temido— cuando se conocieron aquel primer martes de septiembre; pero aquella amistad floreciente a la que yo no había estado prestando atención había surgido de pronto, y transmitió una señal al resto del cuerpo estudiantil, como confirmando: Ey, si Robert es mi amigo es que es buena gente. *Es otro dios, como yo.*

Aquella semana antes de la fiesta estuve llamando al número que había encontrado en el cajón de Matt Kellner junto a las iniciales RM; nadie respondió, y tampoco había un contestador en el que pudiese dejar un mensaje.

Aquella fue otra semana transcurrida en un estado de aturdimiento que no tenía nada que ver con lo que había sucedido en el Beverly Hills Hotel con Terry Schaffer; era algo que no me preocupaba de manera sustancial y tampoco me desconcertaba la facilidad con que había compartimentado lo ocurrido: sí, en rigor era «menor de edad», pero nadie me había hecho daño, no me habían agredido, yo dejé que sucediese, ayudé a Terry a quitarme la ropa interior y a llevarme al

orgasmo, y la verdad era que tampoco tenía sentimientos encontrados respecto a lo sucedido en el dormitorio del bungalow aquel domingo de octubre. Esperaba sencillamente que aquello me brindase una oportunidad de convertirme en guionista, aunque también cabía la posibilidad de que no fuese así: que la oferta hubiese sido efímera, un engaño, una estratagema para que le dejase saborear mi polla y lamerme el culo, chupármela y follarme la boca. No pensaba ponerme insistente con lo del *quid pro quo* ni utilizar lo que consideraba una ventaja sobre Terry amenazando con contárselo todo a su hija si no accedía a mis exigencias, porque enseguida comprendí que Terry y yo compartíamos una serie de desventajas que ambos debíamos temer si Debbie llegaba a enterarse de nuestra relación. Y yo necesitaba a Debbie aquel último curso e iba a intentar aún con más ahínco ser el novio cariñoso que tanto deseaba, aunque hubiera partes de ese otro novio —más frío, más distante— a las que creo que ella también respondía. Pero tenía que ir vigilando mi actitud distante porque a veces podía caer con mucha facilidad en el papel de zombi que ella había identificado aquella semana de principios de septiembre y que me había reprochado aun cuando hubiese algo en mi fría indiferencia que yo sabía que también la excitaba. Yo intentaba interpretar el papel de novio lo mejor que podía a fin de complacerla y convertirme en el participante tangible cada vez que estaba conmigo, pero aquella semana de aturdimiento previa a la fiesta de Susan, Debbie se pasó casi todo el tiempo en los establos Windover entrenando con Spirit y no recuerdo haberla visto demasiado durante los días posteriores a la reunión con su padre en el Beverly Hills Hotel.

Tal vez había sido capaz de sobrellevar la semana como buenamente pude sin desmoronarme, pero el viernes por la tarde el resto de mis compañeros estaban nerviosísimos y entusiasmados con la fiesta. Los padres de Susan no iban a estar. Susan había invitado también a un grupo de alumnos de tercero guapos y populares. Le dijo a la gente que llevaran bañador si querían meterse en la piscina o el jacuzzi. Habría servicio de catering: ensaladas de crudités de La Scala y bandejas de nigiri de Teru Sushi. Algunos iban a quedarse a dormir, Thom entre

ellos —aunque la casa de su madre estaba también en los apartamentos de Beverly Hills, a apenas diez manzanas de allí—, y también Debbie, Jeff, Tracy, Robert y yo estábamos invitados si queríamos. Pero yo no me comprometí y solo le dije a Susan: «Quizá». Aquella semana no supe nada de Terry ni de Steven Reinhardt, y apenas me fijé en Ryan Vaughn ni pensé en la ausencia de Matt, porque había sucedido algo que lo borró todo y ocupó toda mi atención en los días anteriores a la fiesta de Susan: había desaparecido otra chica.

Me enteré de la desaparición de la chica el lunes por la mañana en un artículo de *Los Angeles Times.* Me sonó la alarma a las siete y media y me quedé con la mirada fija en el techo de la casa vacía de Mulholland, y solo al cabo de varios minutos tendido allí inmóvil en la cama king size me di cuenta de que estaba dejándome arrastrar hacia el pozo de creciente desesperación en el que podía caer inadvertidamente si no lo combatía convirtiéndome en el participante tangible. Salté de la cama y abrí la puerta del dormitorio. Shingy salió al césped correteando y yo nadé unos cuantos largos en la piscina, dejando que el agua fría me despertase y distrajese de una desidia que iba en aumento. Me di una larga ducha caliente y me vestí preparándome mentalmente para la jornada —las semanas, los meses interminables— que me esperaba. No encendí la tele ni puse música mientras echaba un vistazo a los deberes que había terminado la noche anterior —a pesar de lo sucedido en el bungalow, me había sentido decididamente tranquilo y me concentré con facilidad en las tareas que debía entregar al día siguiente—, y luego metí los libros en la mochila Gucci y fui por el pasillo hasta la cocina, donde saludé a Rosa con una sonrisa que esperaba que no resultase demasiado forzada. Ella estaba delante del frigorífico abierto haciendo una lista cuando le pedí si podía hacerme una tortilla, «por favor». El ejemplar de *Los Angeles Times* estaba en la isla central de la cocina junto con una pila de revistas que Rosa había recogido del buzón situado al final del camino de entrada: *Time* , *Newsweek* , *Rolling Stone* , *Vogue* , *GQ* … y por un momento me distrajo la atractiva cara de Michael Schoeffling en portada.

Me puse un vaso de zumo de naranja, desplegué el *L.A. Ti mes* y de

inmediato vi en el margen inferior derecho de la primera plana una foto de una adolescente local y el anuncio de que Audrey Barbour, de diecisiete años, llevaba tres días desaparecida. Solo hizo falta un instante de estupefacción para que el frío sutil del miedo se activase al comprender que aquella era con toda probabilidad la próxima víctima del Arrastrero, y automáticamente me pregunté dónde estaría en aquellos momentos, si ya estaría muerta o si la mantendrían con vida en algún sitio, atada, torturada y desangrándose. Sentí unas ligeras náuseas al oler la tortilla que me estaban preparando en el fogón contiguo a la isleta donde me encontraba y me di cuenta de que me iba a resultar imposible comérmela. Oí saltar algo en la tostadora y luego me pusieron un plato junto al periódico donde tenía clavada la mirada mientras Rosa me contaba todo lo que tenía que hacer ese día, pero yo apenas la escuchaba mientras examinaba línea por línea el artículo.

Audrey Barbour estaba con un grupo de amigos en el centro comercial Promenade de Woodland Hills el viernes por la noche cuando anunció que se marchaba. Quería volver a casa para ver el primer capítulo de la quinta temporada de *Dallas* , donde se revelaría la identidad de la mujer que encontraron muerta flotando en la piscina de Southfork con la que había terminado el último episodio de la cuarta temporada la primavera anterior, y Audrey no quería grabarlo: quería verlo mientras se emitía. Dejó al grupo y al parecer se dirigió al aparcamiento situado detrás del centro comercial donde tenía el coche, hacia las nueve. Una pareja que entraba en el Robinson's sobre el que se apoyaba el ala sur del complejo declaró a la policía que pasaron junto a la chica cuando se marchaba, lo que corroboraba la cronología establecida por el grupo de amigos. Hacia las nueve y treinta Audrey no había vuelto a la casa de sus padres en Calabasas, algo que les pareció poco propio de su hija, dado que había insistido en que llegaría a esa hora para ducharse y estar lista para ver *Dallas* a las diez, y sin embargo no había llamado desde el Promenade para avisar de que fuera a quedarse hasta más tarde de lo que tenía pensado y pedirle a su padre que le grabase la serie. Audrey Barbour era guapa al estilo genérico de Katherine Latchford, Julie Selwyn y Sarah Johnson, pero el lunes, en el artículo que leí,

no había sido relacionada «oficialmente» con aquellas chicas ni con el Arrastrero, ni tampoco cuando esa misma semana se descubrió que dos perros se habían perdido en el barrio de Bell Canyon, cerca de donde vivía Audrey, días antes de su desaparición, pero los padres no recordaban que hubiese muebles cambiados de sitio ni haber tenido la sensación de que alguien hubiese entrado en la casa o de que su hija fuese el objetivo de nadie, y el único allanamiento con violencia que coincidía con el estilo del Arrastrero en aquella zona había tenido lugar en el lejano verano de 1980.

Sin embargo, a finales de aquella misma semana los amigos de Audrey Barbour confirmaron que ella les había hablado de unas llamadas telefónicas a su línea privada, porque la tenían extrañamente obsesionada; sus padres no sabían nada de esas llamadas. En 1981 era raro, aunque tampoco inusitado, que los adolescentes tuviesen líneas privadas; Matt Kellner tenía una, Debbie Schaffer también, al igual que Susan Reynolds, Thom Wright, yo mismo y, sospechaba, Robert Mallory. Al principio a Audrey la molestaron aquellas llamadas, los silencios salpicados de respiraciones y jadeos, pero cuando se le pasó la irritación empezó a hablar con el silencio al otro lado de la línea, a confesarle cosas, a charlar sobre chicos que la atraían, a veces comentando una fantasía sexual a quienquiera que estuviera flirteando con ella por teléfono; y les contó a sus amigos que creía oír cómo aquella persona se masturbaba por los ruidos húmedos y el jadeo animal, y que a veces le pareció que eran dos individuos. Los amigos de Audrey Barbour dijeron que no se trataba de conversaciones en sí, porque la persona que llamaba nunca hablaba. A menudo Audrey se pasaba toda la tarde esperando a que el desconocido llamase para poder contarle cómo le había ido el día y charlar de chicos guapos y provocarlo con insinuaciones.

En el artículo de *Los Angeles Times* se mencionó por primera vez un póster, pero nadie había relacionado el sentido del póster que recibió Audrey Barbour con los otros pósteres y la cosa quedó en un extravagante detalle, tan específico que parecía absurdo añadirlo a un artículo donde se sabía y se dilucidaba tan poco: habían dejado un

«regalo» en el porche delantero de la casa de Bell Canyon, un póster del disco *Entertainment!* Era un álbum de Gang of Four, un grupo que a Audrey no le gustaba particularmente y del que solo conocía una o dos canciones; pensó, según sus amigos, que se lo había dejado el «admirador secreto» (así lo llamaba ya). Nadie había descubierto que aquello formase parte del proceso de selección de objetivos: la entrega de los pósteres en las casas de las víctimas potenciales. Cuando leí aquel detalle me pregunté de inmediato: ¿quién dejó el póster para Matt Kellner en el buzón de Haskell Avenue? Y luego me pregunté: si recibías un póster, ¿significaba que ibas a morir? ¿O acaso el Arrastrero estaba seleccionando adolescentes por toda Los Ángeles y dejándoles pósteres independientemente de que pensase matarlos o no? Cuando Audrey no regresó a casa para ver *Dallas* aquella noche, sus padres llamaron a sus amigos, pero era viernes y ninguno estaba en casa, y cuando los Barbour fueron por fin al Promenade, mucho después de que el centro comercial cerrara, encontraron el VW Rabbit blanco de su hija solo bajo el resplandor de sodio de una farola en el enorme aparcamiento. Audrey Barbour no había llegado hasta su coche.

En cierto momento me di cuenta de que no había tocado la tortilla ni la rebanada de pan de trigo con mantequilla, y cuando intenté darle un bocado me entró una arcada y tuve que escupirlo en una servilleta. Me aparté de la isleta y sin despedirme de Rosa me fui muy despacio hasta el garaje, me senté en el asiento del conductor del 450SL, esperé hasta que me vi con fuerzas para girar la llave de contacto y sacar el coche al camino de entrada, dejar atrás el seto, incorporarme al tráfico que circulaba a toda velocidad por Mulholland y concentrarme en la carretera que me llevaría al Valle y a las verjas de Buckley. Pero la desaparición de Audrey Barbour siguió distrayéndome y lo alteró todo aquella semana. Al igual que el hecho de que Robert Mallory no estuviese en las pistas de Gilley el pasado viernes por la noche. Se había marchado a las seis, cuando empezaba a oscurecer, y vi cómo se iba. Lo observé desde el otro extremo de la carroza de nuestro curso cuando le dijo algo a Thom Wright, que estaba en una escalera realineando los edificios que supuestamente reproducían Stansbury

Avenue, y los dos conversaron en voz baja medio minuto, y entonces Thom asintió y Robert se fue. Thom volvió a centrarse en la carroza y al cabo de un momento levantó la vista. No me di cuenta de que seguía con la mirada fija en Robert por encima del hombro de Thom, que cruzaba el campo de béisbol hacia la colina que bajaba hasta el aparcamiento. Pero Thom pensó que lo miraba a él y me dirigió su proverbial sonrisa, blanca, radiante y tranquilizadora al máximo, mientras recolocaba una palmera de papel maché. ¿Por qué se me ocurrió en aquel instante —y el pensamiento me llegó de golpe, impremeditado— que Thom Wright estaba sentenciado?

La semana de la fiesta de Susan seguí leyendo varios artículos sobre la desaparición de Audrey Barbour tanto en *Los Angeles Times* como en el *Herald Examiner* y fui consciente automáticamente de la conexión que los medios estaban estableciendo entre el Arrastrero y la chica desaparecida, aunque el Arrastrero no llamó a nadie aquella semana —ni al Departamento de Policía de Los Ángeles ni al *Times* — para reclamar la autoría de la desaparición, cosa que no tenía por qué ser necesariamente indicativa de nada, dado que el autodenominado monstruo y «sus amigos» solían llamar después de arrojar los cadáveres en un lugar concreto (aunque tanto la policía como el *Times* reconocieron aquella semana que habían recibido llamadas del sospechoso durante el tiempo en que Julie Selwyn y Sarah Johnson estuvieron desaparecidas, pero no en el caso de Katherine Latchford). Los medios locales se convencieron de que Audrey Barbour era la cuarta víctima del asesino en serie y aquel fue más o menos el relato confirmado la semana posterior a la desaparición, aun cuando la policía declarase que no había «llegado a dicha conclusión en absoluto» ya que todavía esperaban encontrar a la chica, y recordaron a todos que la investigación solo acababa de empezar. Y aun así resultaba tan plausible que el Arrastrero hubiese secuestrado a aquella chica y la mantuviese retenida en algún lugar torturándola hasta la muerte, si es que no la había matado ya… Y no sé por qué fui tan ingenuo como para dar por hecho que la desaparición de Audrey Barbour distraería o preocuparía a mis compañeros de Buckley. Pero nadie habló de ello. A

nadie parecía importarle. Otra chica había desaparecido, pero eso era algo que ocurría continuamente, algunas se escapaban, a otras las encontraban muertas, algunas nunca volvían: una chica desaparecida más no tuvo el efecto que yo había esperado, sobre todo entre las chicas de su edad que yo conocía. A los diecisiete años se creían invencibles, igual que estoy seguro de que debían de sentirse Audrey Barbour, Katherine Latchford, Julie Selwyn y Sarah Johnson. La vida nos sonreía: éramos jóvenes y estábamos vivos, éramos fuertes y nada podía hacernos daño, y no había nada que enturbiara aquella percepción, una fábula sobre nuestro lugar en el mundo, e ignorábamos cualquier noción intrusiva de fatalidad, horror y muerte espantosa que pudiera secuestrarnos de la cúpula dorada de la adolescencia bajo la cual residíamos.

Aquella fue la semana en la que las circunstancias me recordaron hasta qué punto afecta la astrología al populacho, cuando en los días que siguieron a su desaparición una de las amigas de Audrey Barbour comentó que el «ascendente zodiacal» de Audrey indicaba «peligro probable», y cuando se reveló que Audrey era libra y estaba obsesionada con la astrología y que llevaba una cruz egipcia de oro al cuello que podía apreciarse en la foto del anuario de tercero que se había distribuido por todas partes. Entre aquellos creyentes del zodiaco se contaban Susan Reynolds y Debbie Schaffer, que solían consultar las guías de pronósticos anuales de Sydney Omarr y buscaban en ellas confirmación de su fortuna en ciertas fechas con una frecuencia alarmante —o eso pensaba yo—, aunque ambas admitían que se trataba de un aspecto vulgar y pintoresco de la astrología que no se tomaban demasiado en serio. Era un pasatiempo, recalcaban. Pero yo pensaba a veces que realmente se dejaban guiar por ello, como muchos otros alumnos de nuestro curso: en 1981 había un Club de Astrología en Buckley. Otra gente que conocí de aquella época daba bastante crédito a la astrología, incluido mi padre, que también creía en los biorritmos, que, al igual que la astrología, era una especie de seudociencia sobre cómo las vidas se veían afectadas significativamente por los ciclos rítmicos, e incluso se vendía una calculadora que

prefiguraba, tras introducir ciertos datos, hasta dónde podían llegar potencialmente tus estados físico, emocional e intelectual. Mi padre era ateo y, no obstante, un enamorado de la religión de la astrología, lo cual dice algo de él que creo que nunca llegué a ver pero que ahora, mientras escribo esto, me doy cuenta de que siempre estuvo visible: un aura infantil de desvalimiento.

Susan y Debbie se convencieron de que la del día 17 era una noche «positiva» para celebrar un evento, basándose en el pronóstico del ejemplar de Susan de la guía de Sydney Omarr para el signo cáncer de 1981; y aun así, ninguna de las dos comentó nada sobre la desaparición de Audrey Barbour. Las posiciones relativas de las constelaciones y los ciclos lunares indicaban que había sido una mala semana para Audrey Barbour, y en cambio era una buena semana para Susan Reynolds, que iba a dar una fiesta para el chico que, en mi mente, había secuestrado a Audrey en un aparcamiento de Woodland Hills.

Unas palmeras mexicanas resaltadas por focos desde el suelo ribeteaban el sendero de escalones de basalto azul que conducía hasta las altas puertas esmaltadas de negro de la casa vivamente iluminada de North Canon Drive, con la música sonando débilmente en la parte de atrás. El salón estaba revestido en su totalidad de mármol blanco, y lo vi detrás de mí al vislumbrarme por un instante en un espejo enorme con marco de oro que colgaba en el recibidor. El salón era todo blanco —los sofás, los sillones, la mesilla, la barra en la que se alineaban cuatro taburetes de cuero— y transmitía una sensación de ciencia ficción inmaculada, como si se tratase de un plató de rodaje deshabitado. Encarnaba una cruda austeridad que no casaba con lo amigables que siempre me habían parecido Donald y Gayle Reynolds en todos los años que hacía que conocía a Susan, pero la casa, a la que se habían mudado tres años atrás y que rediseñó al detalle Gayle, sugería algo sobre ella que yo nunca había acabado de captar hasta entonces y que Susan siempre me había insinuado: su madre podía ser una bruja fría e implacable. La planta superior de la casa, en comparación, era más cálida, anticuada incluso, con una gruesa moqueta afelpada y verde, empapelada con estampados llamativos y llena de pósteres enmarcados de películas en

las que había trabajado Donald como abogado en la industria del entretenimiento, y tenía cinco acogedores dormitorios, lo cual siempre me recordaba que la casa era demasiado grande y ostentosa para tres personas; Susan utilizaba una de las habitaciones extra como vestidor. Donald y Gayle se habían marchado el viernes a Palm Springs para pasar el fin de semana con los abuelos de Susan, que vivían en los Canyon Estates, no muy lejos de la casa de mi tía en South Toledo, cerca del Indian Canyons Golf Resort, de modo que la fiesta de esa noche no contaría con la supervisión de ningún adulto, algo que había comenzado a parecernos cada vez más necesario durante aquel verano en el que nos íbamos acercando a nuestro último año de secundaria. Y hasta aquel momento no había sucedido nada malo en las fiestas sin acompañamiento de adultos. Nos habíamos convertido en nuestros propios acompañantes responsables. Nos estábamos convirtiendo en los adultos.

Después de recordarme que la fiesta tenía lugar en el patio trasero, atravesé el salón vacío hasta llegar a la cocina y pasé junto a la larga encimera de granito con hileras de botellas de tequila donde Bruce Johnson y Nancy Dalloway se afanaban preparando margaritas con dos batidoras y llenando vasos de plástico con sal en el borde que iban poniendo en una bandeja que Michelle Stevenson sacaba al patio. Sobre la mesa de la cocina estaban las cajas con las ensaladas a la espera de que las aliñasen y removiesen, junto con las bandejas de reluciente sushi. Abrí el frigorífico para buscar un refresco, pero estaba repleto casi hasta arriba de Coronas y no vi ninguna Coca-Cola ni ningún 7-Up, así que, después de decidirme por una cerveza, saludé a Bruce y a Nancy, que no me habían visto al entrar, y salí al patio. Por los altavoces exteriores sonaba el dueto de Tom Petty y Stevie Nicks que tan popular había sido aquel verano, «Stop Draggin' My Heart Around», había solo unas veinte personas por allí de pie y a pesar de ser octubre todavía se notaba un leve aroma a dama de noche, y la enorme buganvilla plantada a un lado del patio aparecía ahora salpicada de una multitud de luces blancas de Navidad, y como era una fresca noche de otoño la piscina estaba climatizada y el vapor ascendía ensortijado

desde la superficie hacia los eucaliptos que bordeaban el rectángulo resplandeciente de agua azul y tapaban la pista de tenis a oscuras que había más allá.

Robert Mallory fue el primero en aparecer sin más en mi campo de visión: al igual que yo, se había cortado el pelo, y llevaba un polo azul cielo con el cuello levantado metido por dentro de unos ceñidos vaqueros Calvin Klein y náuticos. Estaba con Thom, Susan, Jeff y Tracy, y parecía tan inocente que su atractivo era una auténtica fuerza, algo puro e innegable: aquello era una verdad a la que la gente respondía, independientemente de lo que ocultase. Volví a recordar que yo nunca había experimentado una reacción natural al verlo: siempre me sobresaltaba allí donde aparecía, con una mezcla de lujuria y temor, la lascivia cegándome ante las espantosas posibilidades de su persona, de su forma, y me di cuenta de que era algo que o bien se me pasaría (lo cual era mentira, porque sentía algo parecido por Thom y hacía ya seis años que nos conocíamos) o bien tendría que aceptarlo y acostumbrarme al miedo y al deseo hasta que nos graduásemos. Thom le estaba contando algo al grupo gesticulando con los brazos y haciendo reír a todos salvo a Susan, que parecía sonreír por pura cortesía, levemente aturdida, con una falda de Fred Segal y una camisa Lacoste rosa muy ceñida que resaltaba sus pechos y que llevaba desabotonada para que la profunda línea del canalillo resultara claramente visible. Acto seguido, Robert añadió algo a lo que fuese que hubiera dicho Thom y el grupo se echó a reír de nuevo y me sonó auténtico, para nada fingido, como si todo el mundo se hubiera tragado la idea de Robert Mallory que él mismo les había vendido, y me di cuenta de que había estado demasiado ofuscado para fijarme en lo íntimos que se habían vuelto todos en las últimas semanas, porque había estado perdido en mis propias ensoñaciones.

Vi salir a Debbie por las puertas acristaladas abiertas de la fachada lateral de la casa, cerca del cuarto de lavadoras donde había un pequeño baño para las visitas, frotándose levemente la nariz, con los ojos brillantes, y sumarse al grupo bajo la gigantesca buganvilla. Di media vuelta y a punto estuve de tropezar con una bañera plateada

llena de Coronas sobresaliendo de una montañita de hielo picado.

Después del dueto de Tom Petty y Stevie Nicks empezó a sonar «Brass in Pocket» de los Pretenders —Susan y Debbie se habían encargado de la cinta recopilatoria para la fiesta— y durante los primeros compases vi a Ryan Vaughn dándole un sorbo a un margarita junto a un brasero y charlando con dos de los tíos más guapos de tercero, ambos con sus Coronas: Dean McCain, el proclamado rey de tercer curso, innegablemente atractivo con aquel pelo castaño ondulado y corto, una mandíbula rotundamente definida, ojos azules penetrantes y la tez bronceada, y Tim Price, otro deportista sexy de la misma clase, rubio y cincelado, con una pinta vagamente surfera, ambos heteros, pero, vamos, todos lo eran y todos pensaban que Ryan lo era, así que qué más daba si captaba yo aquello: tal vez no fueran heteros, fantaseé, y solo lo fingían como se suponía que debía hacerlo todo el mundo. Mientras me acercaba me pregunté qué estaría pensando Ryan Vaughn sobre Dean McCain y cómo estaría evaluándolo sexualmente (eso era de cajón) cuando se volvieron los tres hacia mí y de repente Ryan me agarró por la cabeza con una juguetona llave de lucha, sonriendo maquinalmente y gruñendo de buen humor: «Mirad a quién tenemos aquí». Me soltó y me recolocó el pelo, yo algo cachondo al sentir su poderío, y con la misma sonrisa maquinal les dijo a Dean y Tim:

—Conocéis a Bret, ¿no?

Ambos asintieron y dijeron:

—Ey, tío.

Ryan ni se molestó en presentármelos y ellos no tomaron la iniciativa por ser nosotros de último año, y aunque yo no fuese especialmente popular aquel estatus me otorgaba una especie de respeto injustificado que de otro modo nunca habría recibido. Tras un poco de cháchara irrelevante entre deportistas, Dean y Tim se alejaron cuando vieron a un grupo de chicas de su clase salir por las puertas abiertas de la cocina y entrar en el patio. Me fijé en que las llamas del brasero ondeaban en la misma dirección que el vapor que emanaba de la piscina por detrás de Ryan, y me centré en aquello. Ryan siguió allí plantado.

—Así que has venido —le dije sin mirarlo—. ¿Podrás soportarlo?

—Sí, ya te dije que me pasaría —contestó Ryan un poco a la defensiva—. Pero me voy en cuanto me termine el margarita.

—Ya, estás aquí para prestarle apoyo a Robert —aventuré, girándome hacia él—. ¿Verdad? ¿Para saludar al chico del cumpleaños?

—Ya lo he saludado. —Se encogió de hombros sin mojarse demasiado—. Supongo, yo qué sé. —Y entonces se suavizó un poco—. ¿Cómo te va?

—Estoy bien —dije, y luego—: He venido.

—¿Has sabido algo más de lo de Matt? —me preguntó en voz baja—. ¿Sobre lo que sucedió? ¿Algún otro dato?

Me quedé mirando su hermosa cara, iluminada de naranja por las llamas, y me limité a negar con la cabeza.

Le dio un sorbo a su margarita. Echó un vistazo al patio. No dijo nada. No podía creerme que Ryan y yo hubiésemos llegado a aquel punto en que no teníamos nada que decirnos. Lo miré fijamente con aire inquisitivo, casi retándolo a devolverme la mirada: ¿qué había sucedido con aquella persona con la que pasé aquel fin de semana en la casa vacía de Mulholland y cuyo cuerpo exploré con tanto frenesí mientras nos besábamos, nos lamíamos y nos chupábamos con incesante voracidad hasta que nuestros labios y barbillas se irritaron y la lengua nos dolía? Me miró y nos calibramos el uno al otro en silencio. Aquella mirada sostenida se convirtió en una especie de cómico juego de aguante, e intentamos no reírnos hasta que al final Ryan puso la cara de «¿Qué pasa?» me inundó un alivio patético y solté la carcajada, pero no le devolví la mueca. Ryan se relajó y me empezó a examinar con detenimiento sin dejar de echar vistazos al grupo en la otra punta del patio.

—Entonces ¿qué? ¿Cómo va? ¿Debbie y tú bien?

—Pues sí, bien —me limité a responder.

—Eso suponía.

—¿Y tú bien?

—Ah, sí, perfectamente —dijo con una despreocupada confianza en sí mismo que me resultaba envidiable—. Esperando mi momento, sonriendo y esperando mi momento.

—Esperando tu momento… ¿de qué?

Ryan dejó la pregunta suspendida entre nosotros más tiempo del que me esperaba. Y comprendí que él sabía que yo sabía a qué se estaba refiriendo: a aquel secreto compartido, a sus ansias de largarse de Buckley y dejarlo todo atrás. Mantener el engaño durante un año más, hasta la graduación, y luego la libertad.

—¿Sabes? —empezó—, no hace falta que compliques tanto las cosas —dijo en voz baja y serena, casi como si fuese un vendedor que me aconsejara sobre cómo conseguir la mejor rebaja—. Tampoco cuesta tanto.

—¿A qué te refieres? —le pregunté repentinamente abochornado, pero con demasiada curiosidad como para no hacerlo—. ¿Qué es lo que complico más de la cuenta?

—Tienes que relajarte, tomártelo con calma. No hace falta que te lo pongas tan difícil. Por lo que pueda pasar.

—¿Qué va a pasar?

Ryan puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Olvídalo. No quiero hablar de eso aquí.

—No, quiero saber a qué te refieres.

—No, no quieres. Tú lo que quieres es convertirlo todo en un drama.

—Que no, qué va —insistí—. ¿Eso es lo que he hecho? ¿He estado convirtiéndolo todo en un drama?

—Creo que simplemente es superior a tus fuerzas. Mira, no quiero hablar de eso aquí.

—Has estado evitándome, y por mí… yo conforme, supongo. Pero me gustaría saber por qué.

—¿Ves? Ese es el problema. Yo no te he estado evitando.

—Y una mierda —dije—. Antes estábamos mucho más unidos.

Dio un respingo y examinó rápidamente el patio para ver si alguien me había oído, pero era un espacio grande y estábamos muy lejos de todos y ahora había más gente en la fiesta y de pronto empezó a sonar una canción mucho más alta y estridente: «Planet Claire» de los B52's.

—Pero yo soy la misma persona —dijo Ryan—. Sigo siendo el de siempre. El que conoces de siempre. No ha cambiado nada. —Hizo una

pausa—. Y aun así piensas que he cambiado. —Volvió a callarse—. Ese es el problema.

—Pero es que has cambiado, Ryan —le dije en voz baja y acerada, desviando la mirada hacia las llamas—. Ya no eres amigo mío.

—¿Por qué piensas eso? De verdad que no quiero tener esta conversación aquí, Bret. —Lo dijo como una advertencia, y luego volvió a echar un vistazo al patio. Entonces advirtió que Debbie me había visto, se excusaba ante Thom, Susan y Robert y echaba a andar hacia nosotros—. Hostia —murmuró Ryan, y se acabó el margarita de un trago—. Mira, soy tu amigo. Estoy más unido a ti de lo que pueda estar cualquiera en este puto sitio. Pero lo que sea que quieras que pase no va a pasar. No digo que no pueda volver a pasar algo, pero no puedo involucrarme en tus dramas. Sean cuales sean tus… no sé, expectativas. —Me miró con semblante inexpresivo para que me quedase muy claro —. No quiero hacerte daño.

—Vale, vale —dije—. Lo entiendo. Perdona.

—Genial —respondió él, sonriendo a Debbie cuando ya se lanzaba a besarme con la boca abierta, un largo y profundo beso con lengua al que correspondí delante de Ryan.

—Ey, guapo —me dijo al apartarse, sonriendo, ya muy puesta.

A veces la cocaína ponía a Debbie alerta y nerviosa, el cuerpo se le tensaba por el placer que le proporcionaba la droga; y otras, dependiendo de la coca, podía comportarse con una ligera torpeza, como si llevase cuatro vodkas encima en lugar de ir simplemente colocada. Iba vestida con una minifalda a cuadros y una camisa Polo con un jersey Camp Beverly Hills anudado sobre los hombros.

—Uau —dije por fin, fingiendo que el beso me había dejado fuera de combate.

Se hizo un silencio y entonces Ryan se echó a reír, yo le seguí y al final Debbie también se echó a reír, aunque no acababa de entender de qué nos reíamos.

—Menudo saludo —le explicó Ryan de buen humor.

Debbie se apretujó contra mí.

—No puedo evitarlo. Me vuelve loca —dijo. Le puse una mano

alrededor de la cintura, quería que Ryan lo viese—. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no has venido a saludarme?

—Hace unos minutos. Ryan me ha hecho señas —mentí—. ¿Cómo va la cosa? El sitio se ve fenomenal.

Ryan ya no me estaba mirando: se había terminado su margarita y planeaba su huida.

—Fabuloso —canturreó Debbie teatralmente. De pronto desvió la mirada hacia Ryan—. Eh. —Quería que le prestara atención. Ryan la miró—. ¿Alguien quiere una rayita? —preguntó como si nada.

Ryan negó con la cabeza de inmediato.

—No, gracias.

Debbie se volvió hacia mí. Yo fingí pensármelo hasta que dije:

—Tal vez luego.

—Vale. Ya me dirás —me susurró al oído, luego me besó la oreja y me lamió el lóbulo recreándose.

Ryan nos miró con sorna, como si pensara que lo hacíamos para provocarle.

Y entonces vimos que Thom, Susan y Robert venían hacia donde estábamos. Susan flotaba entre los dos en la penumbra del patio mientras empezaba a sonar «Clubland»: siempre recordaré aquel momento, sus movimientos de algún modo sincronizados con aquella canción en concreto y su drama inherente, la voz de Elvis Costello, aquel hermoso embotamiento que irradiaba toda ella, aquella envidiable indiferencia, y nunca había parecido tan deseable, sobre todo cuando acercó su cara a la mía a la luz de las ondulantes llamas del brasero y me besó en la mejilla.

—Me alegro de que estés aquí —dijo, sus pechos rozando contra el mío—. Qué bien que hayas venido.

Sospeché que iba colocada aunque con Susan era difícil saberlo: podía meterse una o dos rayas y comportarse con tanta normalidad como si hubiese bebido un sorbo de Perrier; no se subía por las paredes como Debbie.

—Ey, tío —dijo Thom, solo un poco achispado de tequila.

Robert me saludó con aquel extraño gesto que hacía a veces con la

mano y que siempre me pareció que daba a entender que estaba tratando con un niño, un saludo que creo que nunca había visto hacerle a nadie salvo a mí. Le tendí la mano y él la miró inquisitivamente antes de estrechármela.

Cuando la retiré le dije:

—Felicidades.

Él se quedó un poco descolocado, la chifladura zumbó tras sus ojos, y, sin entender muy bien pero sin intención tampoco de averiguar a qué me refería, respondió:

—Gracias.

Solo quería tomarle el pelo, nadie más advirtió aquel intercambio porque todos andaban murmurando lo genial que era la fiesta y lo fabuloso que se veía el patio, y Robert se dio la vuelta y empezó a asentir aprobatoriamente y Thom y Ryan ya se habían puesto a charlar de un próximo partido y ahí tuvo lugar una conversación de lo más extraña: Michelle Stevenson se acercó con una bandeja de margaritas, y aunque yo la rechacé, Debbie cogió una y Susan también, y cuando Robert fue a hacer lo propio con una de aquellas copas de plástico con sal en el borde y una rodaja de lima, Susan le dijo por lo bajo:

—No deberías tomarte eso… ¿no habías dicho que no ibas a beber?

Me quedé tan asombrado por la sencilla intimidad del comentario que apenas di crédito cuando Robert se encogió de hombros y le contestó:

—Tú tranquila, cariño.

La manera de decir «cariño» me confirmó algo que no quería afrontar aquella noche, y mientras Robert le daba tragos al margarita, las chicas se volvieron y Debbie comentó algo sobre ir algún día a la playa esa semana después de clase, antes de que Thom se fuese a visitar universidades en la Costa Este (salía para Nueva York el viernes). Thom lo oyó, interrumpió un momento la charla con Ryan y dijo que le parecía una idea fantástica —a la playa, vayamos—, y se organizó un plan mientras Susan le explicaba a Robert dónde caía el Jonathan Club, del que todos nuestros padres eran miembros excepto Terry Schaffer; pero Terry, nos contó Debbie, iba a dar una fiesta dentro de dos

semanas y estábamos todos invitados, y enumeró las estrellas que se pasarían: Sigourney Weaver, Mel Gibson, Jane Fonda, Richard Gere y Chris Reeve.

Yo me estaba fijando más que nada en el semblante de Ryan mientras se desarrollaba aquella conversación (su padre tampoco era miembro del Jonathan Club) y como sabía lo que pensaba exactamente de cada uno —Thom era un niñato consentido, Debbie una cabecita loca, Susan una arrogante, y a Robert quería comerle la polla y follárselo por el culo— empecé a compadecerlo un poco aunque me hubiese rechazado, y cuando todo el mundo decidió ir a la cocina a por sushi y otro margarita sentí aquella punzada familiar cuando oí decir a Ryan que tenía que volverse ya a Northridge. Yo era el único que entendía que eso era lo que él prefería. Era sábado por la noche. No había hora límite. No había quedado en secreto con otros amigos para ver una película en Westwood. Nadie lo esperaba en casa. Quería largarse de la fiesta y de la casa de North Canon Drive. Thom hizo intentos exagerados de convencerlo para que se quedase y hubo una protesta general del resto del grupo, pero no por mi parte. Ryan acabó dando las buenas noches mientras la gente empezaba a rodear la mesa en la cocina atestada y a servirse (aunque parecía que solo los chicos tuviesen hambre: Thom, Robert y Jeff se llenaban sus platos de ensalada y montones de sushi, mientras las chicas sorbían sus copas y charlaban entre ellas).

Esperé un momento, y cuando el grupo estuvo ocupado sirviéndose más margaritas de una de las batidoras que Bruce Johnson seguía manipulando —luego me enteré de que también iba puesto de coca y de que se le había metido en la cabeza que era el barman de la noche —, me escabullí y atravesé rápidamente el patio trasero bajo la buganvilla, recorrí el camino que bordeaba el lateral de la casa y crucé el jardín delantero hasta North Canon Drive, donde Ryan ya estaba sentado en el Trans Am —el motor en marcha, los faros encendidos, oí a Bob Seger cantando «Beautiful Loser»— e intenté abrir la puerta del copiloto pero estaba cerrada, y cuando me agaché y di unos golpecitos en la ventanilla Ryan se giró para ver quién era y su semblante se

crispó consternado y sacudió la cabeza dos veces —no—, metió la marcha y se alejó rápidamente del bordillo.

En la cocina agarré un margarita y pasé por el salón contiguo —donde atisbé a Thom, Susan, Jeff y Tracy, pero no vi lo suficiente para saber si Robert y Debbie andaban por allí; después salí fuera y me paseé entre la multitud dispersa mientras «Mirror in the Bathroom» de English Beat resonaba en el patio y luego me dirigí hacia la pista de tenis a oscuras, donde saqué un paquete de Marlboro que había llevado para la fiesta y me encendí un cigarrillo mientras iba y venía junto a la red dando sorbos al margarita y reflexionando sobre mi lugar en el mundo, y me pregunté dónde estaría Audrey Barbour una semana después de haber desaparecido en el aparcamiento del Promenade en Woodland Hills. Desde mi escondite tenía una panorámica del jardín más allá de la piscina humeante y de la casa inundada de luz tanto abajo como en la planta superior. Por lo visto hacia las nueve había llegado ya toda la clase de último año junto con una cantidad desproporcionada de alumnos de tercero, y los chicos que no reconocía supuse que eran de otros colegios privados de la ciudad, chicas que Susan y Debbie conocían de Corvallis y Westlake, y conocidos de Thom de Harvard y Beverly. Thom, Dominic y Jeff estaban plantados ante un semicírculo de chicas mientras la gente no paraba de acercarse a Robert Mallory, allí de pie junto al grupo de Buckley, para estrecharle la mano y saludarlo antes de intercambiar la breve charla de rigor que tanto temía yo, y luego se alejaban para que ocupase su puesto otra persona u otra pareja que se acercaba a Robert, lo saludaba y repetía aquel ritual recién instaurado, como si se presentasen por primera o por segunda vez.

En un momento dado toda aquella situación se me antojó tan falsa que, absolutamente desconcertado, tuve que apartar la mirada. Que Susan supiera que Robert no debería beber me daba a entender que aquello estaba relacionado con sus problemas del pasado —el hospital psiquiátrico donde lo internaron—, y aun así no le había parecido lo suficientemente grave como para desaconsejárselo con mayor vehemencia: Robert se bebió su margarita igualmente.

Y cuando volví a mirar vi que se estaba bebiendo otro, y que cuando se lo terminó se puso a mirar alrededor en busca de quien los servía hasta que un grupo de chicas más jóvenes que no reconocí lo interrumpió y pareció como si abordasen nerviosamente a una estrella de cine para pedirle un autógrafo. Ahora el patio estaba abarrotado de gente y mientras permanecía allí acuclillado en la pista de tenis a oscuras el olor a marihuana inundó la fiesta: desde mi escondite podía ver literalmente una neblina flotando sobre la muchedumbre, suspendida allí como si un ligero banco de niebla hubiese descendido sobre el jardín. Y dentro de la casa empezaban a formarse colas ante las puertas del lavabo contiguo a la cocina y el del cuarto de lavadoras, grupos de tres o cuatro chicos apretujándose en los minúsculos baños de invitados para meterse coca. Me fumé otro cigarrillo, al amparo de la oscuridad, y continué observando la casa tratando de olvidarme de Ryan y de mis vanos sentimientos —me había cortado el pelo por él, pensé que así se me vería más atractivo, pero había dado igual—, y me di cuenta de que lo que sentía ya no era tristeza, sino una ira que iba en aumento.

Cuando puse los ojos en Thom, Dominic y Jeff, advertí que Debbie había interrumpido a quienes estaban hablando con Robert —que andaba muy achispado y gesticulaba animadamente con otro margarita derramándosele en la mano— y le susurró algo al oído, Robert se quedó inmóvil y luego asintió. Empezó a sonar «Gates of Steel» de Devo mientras él se excusaba ante el grupo y dejaba que Debbie lo guiase a través de la multitud hasta las puertas acristaladas del comedor. Entraron y Robert seguía inclinándose sobre ella, preguntándole o contándole algo mientras cruzaban la cocina, y entonces los perdí de vista. Me quedé mirando fijamente la casa, preguntándome adónde irían; de pronto levanté la vista y vi a Susan de pie ante la ventana del dormitorio de sus padres, una silueta casi, iluminada a medias por la lámpara de la mesilla de noche. Observaba la fiesta en el jardín y supuse que estaba mirando a Thom, que estiraba el cuello buscando a alguien, interrumpido por otro que le chocaba los cinco. También supe lo que iba a suceder a continuación, así que esperé impaciente hasta que ocurrió: la puerta del dormitorio se abrió y aparecieron Debbie y

Robert, Debbie se giró y cerró la puerta tras ella. Susan se acercó de inmediato a Robert, que se quedó de pie junto a un armario mirando cómo ella le quitaba el margarita casi vacío de la mano, mientras Debbie se sentaba a un lado de la cama, se sacaba un paquetito de la falda y se hacía una raya en la mesilla. Susan estaba demasiado cerca de Robert y lo que fuese que le estuviera diciendo le hizo poner una cara de incredulidad exagerada y entonces empezó a señalarse a sí mismo y a gesticular como si pergeñase una defensa frenética contra la acusación de Susan. Y entonces intentó tocarle la cara.

Volví a mirar a Debbie, pero se había inclinado sobre la mesilla y no podía verla. Susan se había apartado de Robert con los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza, cabreada. Entonces Robert dijo algo que obligó a Susan a darse la vuelta y, tras un segundo, soltó una carcajada porque Robert, supuse, la había desarmado, y volví a mirar a Debbie, que se había incorporado restregándose la nariz, también riéndose. Y entonces vi que Robert se acercaba a Susan y le tocaba con delicadeza un brazo y le explicaba algo, y luego ella le contestaba y él asentía. Debbie se puso en pie y los escuchó hasta que Susan apartó a Robert empujándolo en broma, y entonces Debbie se encaminó hacia la puerta y los otros dos la siguieron, salieron al pasillo de arriba y la puerta se cerró. Y ya está. No pasó nada más. Robert no le acarició la cara a Susan. No se besaron. Y nada de lo que había presenciado desde mi escondite en la pista de tenis a oscuras me pareció tan íntimo como aquella única frase pronunciada por Susan: «No deberías tomarte eso… ¿no habías dicho que no ibas a beber?». Y no obstante, al verlos esa noche interactuar en el dormitorio de sus padres, quedó confirmado un relato sobre Susan y Robert.

Solo unos meses atrás, en verano, ¿no era yo quien ocupaba el lugar de Robert Mallory en el dormitorio principal de Don y Gayle mientras nos hacíamos unas rayas con Debbie Schaffer y Susan Reynolds? Y ahora no. Me habían reemplazado. Ya daba igual. «It means nothing to me. This means nothing to me». Me terminé el margarita de un trago (estaba cargado, se me humedecieron los ojos, una sensación de paz se apoderó fugazmente de mí y acto seguido se disipó). «Oh, Vienna.»

Cuando volví a dirigir la vista hacia el patio mis ojos se posaron en Thom Wright, que seguía mirando extrañado a su alrededor. Solo podía estar buscando a una persona: Susan. Su novia. Se puso de puntillas para otear mejor todo el jardín, pero allí no estaba.

Me di la vuelta y me escondí en la oscuridad de la pista de tenis, donde seguí fumando cigarrillos y apagándolos en la copa de plástico vacía. Estaba murmurando algo para mis adentros mientras me paseaba a lo largo de la red cuando oí mi nombre por encima de los ruidos de la fiesta. Volví a oírlo.

—¿Bret?

Levanté la mirada. Había una sombra bajo uno de los eucaliptos que bordeaban la pista.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la voz.

Me sentí flaquear, pero respiré hondo e invoqué al participante tangible.

—¿Estás bien?

Era Debbie. Luego supe que me había estado buscando y que incluso llegó a salir a Canon Drive, donde vio mi coche aparcado aún sobre el bordillo, y después dio una vuelta rápida por la casa hasta que supuso que me había alejado de la fiesta y que andaría solo por algún sitio, y entonces decidió que debía de estar junto a la piscina o en la pista de tenis a oscuras.

—Sí, estoy bien. ¿Estaba fumándome un cigarrillo? —Me salió como si fuese una pregunta.

—¿Qué haces aquí? —repitió—. ¿En la oscuridad?

—Es que necesitaba… tomarme un respiro.

—¿Un respiro de qué? —la oí preguntar. Seguía siendo una sombra, una voz nada más.

—De la fiesta —dije con voz monocorde.

—¿Por qué ibas a querer tomarte un respiro de la fiesta?

—Pues porque sí —respondí con un leve punto de desafío.

—¿Le ves algo de malo a la fiesta?

En ese momento pensé que me estaba tocando los cojones a propósito y me cabreé. Y luego caí en la cuenta de que no me quedaba otra

opción que abordar aquella escena con un optimismo del que a lo mejor carecía, pero que era capaz de fingir. Salió de la oscuridad y se volvió visible. Me giré para ver si Thom ya había encontrado a Susan, pero tras las espesas capas de vapor que se elevaban de la piscina todo quedaba en penumbra.

—No, la fiesta está genial —dije sonriente, volviéndome de nuevo hacia ella—. Habéis hecho un gran trabajo. ¿Quién ha decorado el árbol? Las luces blancas. El sushi. La música… —Mi voz se fue apagando.

—No parece que lo estés pasando muy bien —dijo. Y añadió—: Aunque tú nunca te lo pasas bien.

—Eso no es… verdad —empecé—. Debbie, yo…

No sé qué iba a confesarle; desde luego nada sobre su padre, porque lo sucedido con Terry no tenía nada que ver ni con ella ni con ninguna otra cosa, y lo mismo se podía decir de Ryan Vaughn y de Matt Kellner. Solo quería explicarme de alguna manera vaga que Debbie Schaffer pudiera entender y que la hiciese comprender por fin que yo no quería hacerle daño (igual que Ryan Vaughn no había querido hacerme daño), y que me sentía muy perdido y que eso me estaba destrozando y que ella se merecía algo mucho mejor que aquel zombi de diecisiete años que fingía ser alguien que no era. Pero no pude articular las palabras, porque si admitía algo así se abriría ante mí un futuro incluso más desolador que el presente en el que me veía atrapado. Debbie se fue acercando y pareció que mi presencia tuviese un efecto calmante: no se la veía agitada ni nerviosa por la coca, y pensé que igual le había dado unas caladas a uno de los porros que al parecer se estaba pasando de mano en mano la concurrencia, pero comprendí que simplemente se había quedado tranquila después de encontrarme. Me pidió un cigarrillo, le tendí el paquete de Marlboro, ella se inclinó y se lo encendí. Dio una calada, soltó el humo. Levantó la mirada hacia el cielo nocturno enmarcado por las lustrosas hojas verdes de los eucaliptos, y luego la dirigió hacia la fiesta a mis espaldas en el jardín abarrotado. Sonaba «Tainted Love» de Soft Cell (todos teníamos el disco británico de importación) y me preguntó si me apetecía una raya. No

me apetecía. Me pasó el cigarrillo, se sacó una bolsita del bolsillo de la falda y con la uña nacarada del índice se metió un tirito.

—¿Qué hacíais todos arriba? —le pregunté, mirándola fijamente.

—¿Quiénes? —me preguntó Debbie, sobresaltada.

—Susan, Robert y tú.

—¿Cómo sabes…? —Miró hacia la casa y entendió que desde allí se veía sin problemas el dormitorio de Don y Gayle. Fue un brevísimo instante, pero Debbie tuvo que recomponerse ante mi pregunta—. ¿Nos estabas espiando? —dijo, quitándome el cigarrillo.

—Sí. Siempre te estoy espiando.

—Eso está muy feo —repuso ella, provocativamente—. Pero es bastante sexy.

—¿Qué hacíais ahí arriba?

Debbie tomó rápidamente una decisión, porque ¿qué mentira iba a contarme? Había visto toda la escena, aunque no la hubiese oído.

—Bueno, Susan estaba molesta por algo…

—¿Por qué? —la interrumpí—. ¿Por qué razón estaba molesta?

Debbie me miró con curiosidad y le dio otra calada a su cigarrillo.

—Se ha molestado porque Robert estaba… está… bebiendo demasiado. Nada más.

—¿Y qué le importa a Susan si Robert bebe demasiado?

—Bueno, por lo visto Robert está tomando… —Hizo una pausa—. Un medicamento que no debería mezclar con alcohol.

—¿Qué tipo de medicamento? ¿Para qué? —pregunté.

—Pues… en realidad no lo sé.

—¿De verdad? ¿No lo sabes? ¿No sabes qué tipo de medicamento toma Robert?

—¿Y a ti por qué te importa? ¿Qué te importa a ti el tipo de medicamento que tome Robert? ¿A ti qué más te da?

No respondí, me limité a mirarla fijamente, y ella me sostuvo la mirada.

—¿Y…? —Dejé la palabra suspendida en el aire—. ¿Esa es tu respuesta?

—¿Me quieres preguntar algo en concreto? —dijo Debbie—. Porque

si es así, dilo y punto. A mí no me vengas con jueguecitos estúpidos.

—Solo te pregunto qué está pasando —dije con despreocupación—. Solo quería saber porque has tenido que llevar tú a Robert arriba con Susan. —Hice una pausa—. ¿Por qué no podía ir a buscarlo ella? —Hice otra pausa—. ¿Era porque Thom estaba allí?

—Yo no he tenido que «hacer» nada, Bret. Estás convirtiendo algo en lo que no es. —Se calló—. No es para tanto.

—Solo te he hecho una pregunta.

Volví a mirar hacia la fiesta. Por un resquicio en la cortina de vapor de la piscina entreví a Thom estirando el cuello, distraído, sin escuchar las voces que lo rodeaban; seguía sin localizar a Susan allá en el patio. Paseé la mirada por la multitud y tampoco localicé a Robert. Estaban los dos en algún lugar de la casa, tal vez hablando, tal vez muy pegados el uno al otro, tal vez Susan le estaba suplicando en voz baja que no se tomase otro margarita, tal vez Robert la tranquilizaba diciéndole que no pasaba nada; «Bésame», decía uno de los dos. Me estaba sulfurando y no quería pagarlo con Debbie, así que me limité a decir:

—Vamos. —Hice una pausa y murmuré—: Esto es la hostia de ridículo.

—¿Así que ahora quieres volver a la fiesta? —dijo Debbie suspirando, como si no me hubiese oído—. Ahora que por fin te tengo solo para mí, ¿tú quieres volver a la fiesta? Joder, Bret.

—Pues sí —dije, ignorando lo que insinuaba—. Quiero otro margarita.

Me consumía la furia y la iba a aplacar con tequila: no había otra opción que emborracharse. Debbie vio dónde había apagado los cigarrillos y aplastó el suyo en la misma copa vacía. Y entonces se me acercó antes de que me diese la vuelta y me besó en la boca. Me lo esperaba. Me preparé para soportarlo. Pero no la aparté; sencillamente la dejé que me besase y en solo unos segundos ya le estaba devolviendo el beso, repentinamente cachondo a más no poder, y me di cuenta de que era algo que llevaba acumulándose toda la noche, desde que vi a Ryan charlando con Dean McCain y Tim Price, y tal vez incluso antes, cuando recordé lo guapo que era Robert Mallory y lo mucho que me

había gustado siempre Thom Wright, así que de pronto daba igual quién me estuviese besando en la pista de tenis a oscuras: me habría follado a cualquiera en aquel momento, chico o chica, viejo o joven, guapo o feo. Debbie emitió un murmullo de asombro ante mi apasionamiento y la pilló por sorpresa cuando le aparté la cara tirándole sin miramientos del pelo, y aquello activó algo, se hincó de rodillas de inmediato y entre los dos bajamos la cremallera de mis vaqueros para sacarme la polla, que estaba a punto de reventar —me di cuenta de que llevaba días sin masturbarme—, y cuando empezó a tragársela con pericia una especie de alivio me recorrió todo el cuerpo.

Debbie no iba tan colocada como para olvidar su pragmatismo y dejar que me la follase sobre el asfalto verde —aunque si hubiese seguido chupándomela me habría corrido en un instante sin problemas —, así que me arrastró hacia donde aún estaba más oscuro, al otro lado de la pista de tenis, y allí nos tumbamos sobre una balsa inflable, un juguete de piscina, y yo no me podía creer lo dura que la tenía. Mi erección asomaba de los vaqueros como una especie de absurdo símbolo de la fertilidad, y aun así me di cuenta de que lo que me excitaba era la rabia, una rabia que iba dirigida contra todo el mundo: dirigida contra Robert Mallory, por supuesto, pero también contra Thom Wright, que había dejado que Robert se convirtiese en su amigo mientras yo me alejaba, y contra Susan y contra Ryan y contra Buckley, y tal vez en aquel instante también contra Terry Schaffer, pero sobre todo iba dirigida contra mí mismo y contra la futilidad que sentía, alimentada por imágenes de sexo imaginado con Thom y Robert que jamás tendrían lugar, o por la *realidad* del sexo experimentado con Ryan y Matt y que nunca iba a repetirse. Todo lo que en su momento me dio esperanzas me estaba siendo arrebatado, y aquello iba ligado a la rabia que estaba dirigiendo injustamente contra Debbie.

Pero a ella le gustó. Se lo pasó en grande. Nunca antes me la había follado así. Después de tumbarnos en la balsa se había quitado las bragas y levantado la minifalda, y yo me había bajado los vaqueros hasta las rodillas y ella estaba tan mojada que se la pude meter con total facilidad. Duró apenas dos minutos, durante los cuales se corrió

dos veces y yo seguí follándomela, embistiéndola con la polla, soltando palabrotas hasta que exploté dentro de ella y me derrumbé jadeante mientras la rabia disminuía por fin.

—Joder —murmuró—. ¿Qué ha sido eso? Hostia puta.

Me quité de encima y casi me caigo de la balsa, aún jadeando, la polla todavía empalmada, húmeda y dura. Me sentía como si ardiera. No era capaz de recuperar el aliento. El corazón me latía desbocado. Debbie se reía, aliviada; aquello le había demostrado algo: yo era su novio. Ella me gustaba de verdad. La había deseado tremendamente y de una manera que no sospechaba: el polvo era prueba de ello. Al levantarme de la balsa oí claramente «Pulling Mussels (From the Shell)» y me di cuenta de que el jaleo de la fiesta se había calmado: solo sonaba la canción, nadie hablaba. Y entonces oí a alguien gritando. Era la voz de Thom Wright, que de algún modo había acallado el rumor de la muchedumbre. Me dirigí con paso vacilante hacia la piscina y Debbie se acercó hasta donde estaba, y de pronto soltó un taco cuando vio a Thom inclinado sobre Susan; no parecía borracho, solo fuera de sus casillas. Todo el mundo estaba callado y los observaba.

—¿Dónde estabas? —le gritó él—. ¡Te he preguntado que dónde estabas!

—¡Deja de gritarme! —le chilló ella.

—¿Dónde estabas, Susan?

—Estás borracho. Para.

—¿Dónde cojones estabas, cariño?

Thom tenía la cara roja y estaba plantado en una postura amenazadora sobre Susan. Nunca había visto a Thom Wright así de furioso, no era capaz de conectarlo con el chico con el que había crecido. Jeff Taylor le estaba susurrando algo al oído, tratando de apaciguarlo.

—¡Estaba dentro de la puñetera casa! —gritaba Susan.

—¿Con quién? ¿Haciendo qué? —chilló Thom.

—Con Debbie, pedazo de idiota. ¿Qué coño importa?

—¡Estás mintiendo! Eres una mentirosa. Mientes. ¡Últimamente no haces más que mentir!

Debbie se alejó de mí a toda prisa, cruzó la pista de tenis a oscuras y pasó junto al borde de la piscina iluminada hasta llegar al jardín, donde se abrió paso entre la gente. Yo me subí los vaqueros y caminé despacio, de pronto exhausto por el sexo, arrastrando los náuticos por el asfalto hasta llegar al borde de la piscina.

—¡Thom, para ya! —gritaba Susan—. Te estás comportando como un gilipollas.

—¿Desde cuándo eres tan zorra? ¿Por qué te has vuelto una puñetera zorra?

—Estás haciendo el ridículo —le dijo Susan.

—No estoy haciendo el ridículo —gritó Thom.

—¡Estás borracho! —replicó ella—. ¡Como una puta cuba!

—¡Que te den! —bramó de pronto Thom—. ¡Que te den, Susan! ¡Dime dónde cojones estabas!

—Pero ¿qué coño quieres de mí? —exclamó Susan.

Debbie apareció, le dijo algo a Susan mientras la apartaba a tirones de Thom, que forcejeaba con Jeff y Dominic, y entonces me quedé helado al ver que Robert Mallory se acercaba a Thom. La presencia de Robert pareció relajarlo momentáneamente mientras Debbie escoltaba a Susan hasta el interior de la casa. Robert hizo que Jeff y Dominic soltaran a Thom y luego los cuatro se dirigieron hacia la piscina mientras la multitud les iba dejando paso. Thom iba mascullando y sacudiendo la cabeza mientras un Robert visiblemente borracho le susurraba al oído, los cuatro cruzando el césped. Miré hacia la cocina, donde Debbie hablaba con Susan rodeadas de otras chicas; Susan rechazó un margarita que Michelle le ofrecía. Robert, medio borracho, abrazaba a Thom junto al brasero; Jeff y Dominic ejercían provisionalmente de centinelas para que nadie se acercase.

Empezó a sonar «Respectable Street» de XTC y la voz colectiva de la fiesta volvió a alzarse vacilante una vez los actores de aquel drama singular hubieron abandonado el escenario. Thom se dejó caer en una tumbona junto a la piscina, Robert se inclinó sobre él y le murmuró algo mientras el otro asentía, y no pude evitar fijarme en cómo le acariciaba el hombro; luego se acercaron Anthony y Doug con una

bandeja de margaritas y una botella de tequila sin abrir. No podía oír lo que decían desde donde estaba, oculto en la oscuridad al borde de la pista de tenis. Podría haber seguido escondido durante el resto de la fiesta, pero había algo que me resultaba insoportable en cómo tocaba Robert a Thom, y la confianza que parecía existir entre ambos me enfureció. Así que me dejé ver enseguida y me acerqué al grupo tirado en las tumbonas de la piscina. Los ignoré a todos menos a Thom y a Robert, y pregunté secamente:

—¿Va todo bien?

Fue Robert quien se giró y me dijo:

—Sí, todo bien, Bret.

Pero yo no lo estaba mirando a él. Estaba mirando a Thom, que acabó levantando la mirada hacia mí y me sonrió con tristeza.

Jeff, Dominic, Anthony y Doug se callaron y esperamos todos a que dijese algo.

Y entonces Thom se disculpó y empezó a divagar. Era la fiesta de Susan. Tenía que atender a los invitados. Él estaba de los nervios. Se había pasado un montón. Puede que hubiese bebido demasiado. Se había metido una raya. Pero apenas escuché lo que decía Thom porque Robert estaba sentado pegadísimo a él, y empecé a preguntarme si yo me había sentado alguna vez tan cerca de Thom Wright. ¿Él me habría dejado? ¿Me habría atrevido yo? Sus muslos se apretujaban. Thom continuaba hablando, eché un vistazo instintivo a Robert y vi que me estaba mirando. Algo no cuadraba, no estaba controlándose ni fingiendo: tenía los ojos entrecerrados y estaba relajado, cansado, grogui. Estaba mirando más allá de mí, y cuando me di la vuelta vi que Susan y Debbie se acercaban por el césped hacia el borde de la piscina. Volví a girarme al oír a Robert levantándose y dejándose caer en una silla del patio, presumiblemente para dejar sitio a Susan. Y entonces Thom alzó la vista hacia ella y alargó una mano, Susan se la tomó automáticamente y se acuclilló junto a él, se dieron un beso suave y se disculparon en voz baja, y noté cómo todos se relajaban cuando Susan se sentó junto a Thom en el espacio que había ocupado Robert. Apuré de un trago el margarita y fui a buscar otro.

Aquella noche se emborrachó todo el mundo. Se había formado un grupo en torno al rey y la reina, y Bruce Johnson y Michelle trajeron más margaritas y luego se nos sumaron Kyle Colson, David O'Shea y Kevin Kerslake, además de Tracy, Katie y Rita Lee, y la cocaína empezó a circular en minúsculos paquetitos. Alguien hizo una llamada y fue a recibir a un camello delante de la casa en Canon hacia la medianoche y se prepararon margaritas más cargados para acompañar la coca, y Debbie se sentó en mi regazo —ronroneaba de felicidad por el polvo de un rato antes— y después del tercer margarita yo ya iba bastante borracho, así que decidí meterme un par de rayas y quedarme con un paquetito que me ofreció Debbie para mantener el subidón de forma ininterrumpida (la provisión parecía inagotable). Thom solo se había hecho otra raya, no necesitaba más, pero Susan, tendida a su lado en la tumbona, iba metiéndose pequeños toques cada cinco minutos, dándole alguna que otra calada a un cigarrillo de clavo, algo que yo sabía que a Thom le desagradaba; normalmente ella evitaba fumar cuando estaba con él, pero esa noche no. Robert estuvo todo el rato arrellanado en una silla junto a ellos y era de los pocos que no se metía coca por la «medicación» que supuestamente tomaba, aunque ya iba bastante puesto. En un momento dado advertí que había desaparecido mientras yo andaba enfrascado en una conversación absurda con Jeff Tracy.

De pronto nos vimos sobresaltados por alguien soltando gritos y aullidos, y tardamos un momento en darnos cuenta de que se trataba de Robert, que salía de la casita de la piscina y se dirigía tambaleante hacia el bloque de agua iluminado. Se había quitado los vaqueros y se estaba sacando el polo por la cabeza, y cuando llegó al borde iba solo en calzoncillos. Y entonces se los bajó y se quedó completamente desnudo; aquella era la primera vez que veía el cuerpo de Robert y aunque solo fue un atisbo, me quedé paralizado: era exactamente como lo había imaginado en mis fantasías. Bronceado salvo por la blancura de culo y muslos, Robert tenía una complexión similar a la de Thom y Ryan: el cuerpo de un atleta, alto y ancho de hombros, ligeramente esculpido con pectorales definidos y una plana retícula de abdominales que descendían hacia el pene, largo, grueso y rosado, bajo una mata de

vello castaño. Robert se tiró de cabeza a la piscina y nadó torpemente hasta la parte que no cubría, donde ascendió los peldaños a trompicones y se subió al trampolín, mojado y desnudo por completo; yo me recreé en su culo terso y musculado, y aquello me cortó la respiración. Volvió a zambullirse. Thom y Jeff se partían de risa, pero Debbie se había girado en mi regazo y dijo «Susan» como para advertirla, sin embargo Susan ya se había puesto de pie y observaba la escena con semblante preocupado. Thom y Jeff dejaron de reírse cuando vieron que Robert estaba chapoteando en el centro de la piscina, sacudiéndose fuera de sí, aporreando el agua con los brazos en una especie de ataque de furia borracha y espástica, envuelto en el vapor ondulante.

Y ahí fue donde todos nos dimos cuenta de que aquello no iba en broma: algo le pasaba a Robert.

Susan dijo en voz baja:

—Thom, lo sacas de la piscina. —No era una pregunta, era una orden apremiante. Thom levantó la mirada hacia ella, confuso—. Haz algo, Thom —dijo—. Sácalo de ahí. Está borracho. Se va a hacer daño.

Robert desapareció bajo el agua y tardaba mucho en salir a por aire. Thom comprendió por fin que sucedía algo grave sin saber exactamente qué, solo que aquello no era una broma de borrachos. Se levantó tambaleante, se quitó los zapatos, la camisa y se sacó los vaqueros rápidamente. El cuerpo que había visto de refilón en los vestuarios durante todos aquellos años estaba notablemente musculado por la temporada de partidos: más delgado y fibroso. Solo llevaba los bóxers Polo a cuadros que tanto le gustaban por entonces, altos y ceñidos, y que le marcaban los muslos y el culo. Observé cómo se dirigía a toda prisa hacia la parte que no cubría de la piscina, entró en el agua, se sumergió y nadó hacia Robert, levantándolo del suelo donde se había hundido y subiéndolo a la superficie, y aunque daba la impresión de que estuviesen forcejeando, Robert parecía perdido en otro mundo, los gritos y aullidos reemplazados ahora por un galimatías, una verborrea incomprensible, y continuaba manoteando agua contra Thom, quien trataba de agarrarlo, sonriendo para calmarlo y convencerlo de que le

siguiese fuera de la piscina. Y entonces Robert volvió a hundirse bajo el agua.

—¿Está bien? —recuerdo que preguntó Jeff.

—Le he dicho que no bebiese —comentó Susan en voz baja, con la mirada aún clavada en la piscina—. Está tomando Thorazine y otros tres medicamentos —murmuró para sí, y yo me la quedé mirando.

Thom se sumergió de nuevo para volver a sacar a Robert a la superficie. Pero tuvo que seguir forcejeando con Robert, que se reía como un maníaco y manoteaba salpicando en la piscina envuelta en vaho como si imitase a un niño en pleno berrinche, y pronto Thom se puso al mismo nivel tratando de sacarlo fuera y ambos acabaron manoteando en el agua. Susan contempló el torpe empeño de Thom con creciente impaciencia hasta que no aguantó más.

—Joder —masculló, se bajó la cremallera de la falda, se quitó la camisa Lacoste y fue directa a la piscina en bragas y sujetador para ayudar a salir a Robert.

Algo en mi interior se encogió al comprobar que Robert Mallory le importaba lo suficiente como para quedarse desnuda delante de todos y ayudar a rescatarlo de su propia piscina, y al ver aquello me estremecí y me bebí de un trago lo que me quedaba del margarita. Debbie se levantó de mi regazo, se quedó de pie junto a mi silla y observó la piscina atentamente. Thom sacó de nuevo a la superficie a Robert abrazándolo por el pecho, los bíceps tensados por el esfuerzo, y Robert no dejaba de golpear el agua con los puños: en su interior estaba sucediendo algo primario que necesitaba expresar. Cuando Thom vio a Susan en bragas y sujetador bajando los escalones de la parte que no cubría, gruñó:

—Venga ya, tía, ya me encargo yo, vístete.

Susan lo ignoró, avanzó por el agua caliente y llegó enseguida donde Thom abrazaba a Robert; cuando Robert vio a Susan dejó de luchar y se la quedó mirando con lo que pareció un estupor alcohólico, de pronto balbuceó algo sobre lo guapa que era, y luego miró a Thom y le dijo que era muy guapo, que era un tío guapísimo.

—Venga, colega, necesitas meterte en la cama —fue la respuesta de

Thom—. Tenemos que sacarte de esta piscina.

Yo no dejaba de fijarme en cómo se tensaban los bíceps de Thom por el esfuerzo de mantener sujeto a Robert mientras Susan se acercaba a ellos, y entonces Robert dejó de forcejear por un momento, como atónito ante la visión. Y mientras la miraba se quedó inmóvil, lo cual permitió a Thom aflojar un poco su agarre y finalmente entre Susan y él pudieron conducirlo fuera de la piscina mientras Robert los miraba a los dos balbuceando disparates. En un momento dado intentó besar a Susan, que se apartó, y cuando de repente se volvió para intentar besar a Thom, este no giró la cara a tiempo y la boca de Robert tocó la suya, pero él se lo tomó a broma y se echó a reír.

—Venga, colega. Vamos a sacarte de aquí.

Robert siguió intentando besarlos, girándose hacia uno y otra mientras subían los escalones de la piscina, así que al poco se vieron dejando que los besase en la boca, en la cara, porque era más fácil que forcejear con él (por fin se había relajado).

Thom seguía riéndose y Susan parecía molesta. Los besos no tenían una intención sexual porque Robert estaba demasiado borracho como para distinguirlos; para él eran lo mismo en aquel momento, y dado que el objetivo era sacarlo de la piscina sin demasiado alboroto, dejaron que los besara, como si fuera un cachorrillo que les lamiese la cara buscando desesperadamente su afecto. (La boca de Robert tocando una y otra vez la de Thom es una imagen que he llevado grabada a fuego el resto de mi vida). Robert echó los brazos muertos sobre los hombros de Susan y Thom mientras lo ayudaban a subir los escalones y salir de la piscina. Se resbaló y arrastró a los dos con él, y ambos se quedaron agachados sobre su cuerpo tendido. Robert estaba tumbado boca arriba, completamente desnudo, las piernas abiertas, las rodillas un poco levantadas, y yo tenía los ojos clavados bajo su tenso escroto, por donde asomaba la raja de su culo, y Susan le dijo a Thom:

—Ve a buscar una toalla.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó Thom perdidísimo.

—Están ahí —le replicó Susan con aspereza, señalando con un gesto.

Robert estaba tumbado sobre el hormigón mojado como en trance,

temblando, desamparado y desnudo como un niño exhausto.

—Llévatelo a la casa, Thom —le ordenó Susan en voz baja después de que hubiese vuelto corriendo con una toalla de playa en la que envolvió a Robert, luego se agachó, lo levantó con facilidad en brazos y atravesó el césped en un santiamén hasta la cocina. Para cuando lo colocó en el sofá del salón ya había perdido el conocimiento.

Susan se quedó en el borde de la piscina, mojada, con el sujetador y las bragas traslúcidas por el agua, los pechos y el vello púbico claramente visibles; agarró una toalla, se envolvió en ella y siguió en silencio a Thom como avergonzada de lo sucedido. Debbie, Jeff y Tracy se dieron cuenta de que la noche se había acabado: pasaron solo unos minutos desde que Robert se zambulló en la piscina hasta que Thom cargó con él en brazos hasta la casa, pero fue el catalizador para el final de la fiesta. Me despedí de Debbie con un beso y le aseguré que estaba lo suficientemente sobrio para conducir hasta casa, y luego surqué los cañones a toda velocidad hasta la casa vacía de Mulholland, donde me tomé dos Valium y me quedé dormido al instante. Más tarde me enteré de que Thom cayó rendido en la cama de Susan, Tracy y Jeff en la habitación de invitados, y Robert durmió toda la noche en el sofá blanco del salón, acurrucado bajo las mantas que Susan le echó por encima mientras ella y Debbie se terminaban la coca y adecentaban un poco la casa, y de tanto en tanto Susan le iba echando un ojo, ya que, según contó Debbie al día siguiente, Robert no dejó de tiritar en toda la noche, a veces entre gemidos, sumido en lo que parecía una sucesión interminable de pesadillas.

17

Si pudiera precisar el punto de inflexión, el colapso, el reordenamiento de nuestro mundo, recuerdo una tarde de playa en el Jonathan Club en octubre de 1981 como el principio del fin de algo. La historia secreta de Matt fue mi pérdida de la inocencia, mi primer momento de adultez y muerte, y nunca volví a caminar por la vida sin los efectos del trauma que me produjo; todo cambió a raíz de aquello y, lo que es peor, comprendí (y esa fue la pérdida más real y cruda) que no había nada que pudiera hacer. Aquello era la vida, aquello era la muerte, al final a nadie le importaba: estábamos solos. Así que, en cierto modo, el despacho de Ronald Kellner en Haskell Avenue es el punto crucial: todo conduce a eso, todo se desmorona a partir de ahí. Aquel frío día en el club de playa el relato se aceleró y empecé a ver con mayor claridad lo que se cernía de manera inminente sobre nosotros: dónde iba a acabar probablemente todo aquello.

Habíamos decidido llevar a Robert al club de playa antes de que acabara la jornada escolar del jueves por la tarde, el día antes de que Thom se marchara a ver universidades a la Costa Este. Cuando se lo propusimos a Robert el miércoles aceptó entusiasmado; cualquier recuerdo de lo sucedido la noche del sábado parecía haber quedado suprimido el lunes por la mañana, cuando volví a verlo en la asamblea en el patio, confraternizando como si nada con sus compañeros y sonriendo. Thom y Susan, Debbie y yo, además de Jeff Taylor y Tracy Goldman, éramos los únicos que habíamos presenciado el ataque de Robert en la fiesta de Susan: todos los demás se habían marchado ya y ninguno de nosotros se lo contó a nadie de la clase; lo sucedido no se había convertido en una anécdota ni en ningún cotilleo difundido a media voz en las taquillas o en las mesas junto al Pabellón durante la siguiente semana en Buckley. Guardamos silencio. Robert no se acordaba de nada: solo recordaba la fiesta hasta cierto punto, y no se había enterado de la pelea entre Thom y Susan, ni de que después lo

acompañó a él hasta la tumbona junto a la piscina. La fiesta se volvía borrosa aproximadamente en el punto en que la gente empezó a desfilar saludándolo y aunque tenía una imagen difusa de que en algún momento Debbie le tocó el hombro, eso era lo último que recordaba. Lo único que sabía, o eso decía, era que se despertó a las diez el domingo por la mañana en el sofá donde lo había colocado Thom Wright y que no tenía ni idea de dónde estaba hasta que se levantó, se envolvió en una sábana y oyó a Debbie y a Susan aún despiertas en la cocina desde la noche anterior. Y ellas le contaron lo que había pasado —el ataque, que se había quitado toda la ropa, que se había zambullido en la piscina, que se había hundido hasta el fondo, que había manoteado como un energúmeno salpicando a Thom—, y Robert, me explicó Debbie, pareció humillado al oír aquello y se echó a llorar en silencio, las lágrimas le caían por la cara «sorprendentemente inexpresiva» (descripción de Debbie), que se apresuró a limpiarse. Susan le dijo que no se preocupase: no se lo contarían a nadie. Jeff, Tracy y Thom seguían durmiendo en la planta superior y eran los únicos que habían sido testigos del episodio de la noche anterior (por algún motivo, no cayeron en comentarle que yo también lo había visto). Susan tranquilizó a Robert, ellas tampoco contarían nada. «Tu secreto está a salvo con nosotras», me imaginé prometiéndole.

Salimos de Buckley a la hora del almuerzo y nos tomamos el resto de la tarde libre —podíamos hacerlo de manera excepcional como alumnos de último curso si nos veíamos hasta arriba de deberes y trabajos—; Susan y Thom se subieron al Corvette, Debbie había pasado esa mañana por la casa de Mulholland para recoger al participante tangible en su BMW, así que seguimos al Corvette mientras Robert seguía al BMW de Debbie en su Porsche, y como no había mucho tráfico a primera hora de la tarde circulamos a toda velocidad por el paso de Sepulveda hasta girar en la 405 e incorporarnos en la 10. El Jonathan Club estaba en la playa como a un kilómetro y medio del punto donde la autovía de Santa Mónica se transformaba en la carretera de la Costa del Pacífico. Solo se podía ser miembro del club mediante invitación, y hacia 1981 había sido acusado tan a menudo de discriminación que ya ni siquiera

se hacían constar las quejas y se habían convertido en un chiste recurrente: se suponía que todos los miembros eran antinegros y antijudíos (uno de los motivos por los que no se admitía a Terry Schaffer), y las mujeres tampoco podían ser socias; aunque estuviésemos al tanto del presunto racismo del club, no le dábamos un sentido profundo ni auténtico, porque sencillamente 1981 no nos lo exigía. Decir que cualquiera de nosotros estaba concienciado políticamente sería estirar esa noción hasta el terreno del cuento de hadas: éramos adolescentes preocupados por el sexo, la música pop, el cine, la fama, la codicia, lo material y nuestra propia inocencia neutral. El hecho de que Ronald Reagan fuese presidente apenas significaba nada para nosotros; si acaso, como el presunto racismo del Jonathan Club, era una especie de chiste, un absurdo, nada que valiese la pena tomarse demasiado en serio, porque era algo demasiado abstracto; pero, claro, nosotros podíamos permitirnos mirar todo aquello a través de aquel prisma de embotamiento.

El club de playa se construyó en 1927 y la arquitectura original no se había alterado desde entonces: conservaba una atmósfera de solemnidad anticuada, casi rococó; de niño el lugar se me antojaba a una escala gigantesca, ya que había ido allí a mediados de los setenta, cuando mi padre se hizo miembro, y en verano solíamos pasar algunos fines de semana; en la playa privada, el joven y atractivo personal exclusivamente masculino te proporcionaba sillas plegables, toallas enormes y tantas sombrillas gigantes de color verde azulado como necesitase tu grupo. Los padres se recostaban en la arena con los últimos best sellers mientras los niños exploraban la piscina olímpica cubierta, las pistas de tenis, las mesas de ping-pong, el mar destellante. Aquello era puro imperio: ajenos a las quemaduras solares, barra libre de cucuruchos de helado en la cafetería —todo incluido en el precio—, y recreaciones de escenas de *Tiburón* con los amigos en las aguas poco profundas del Pacífico, Elton John y Rod Stewart sonando en radiocasetes y transistores, los altísimos acantilados de Santa Mónica cerniéndose como telón de fondo, la California Incline serpenteando sobre nosotros. Estaban los socorristas sexys de rigor del sur de

California que con tanta atención examinaba yo, y siempre podías pasearte como quien no quiere la cosa por el vestuario masculino —enorme, de techos altos, sin modificar desde 1927— y echar una ojeada a los adolescentes poniéndose o quitándose los bañadores, o en las duchas, donde se lavaban la arena y el agua salada que impregnaba sus ágiles cuerpos musculosos y bronceados.

Aquel jueves el aparcamiento del club de playa estaba prácticamente vacío y un solitario aparcacoches con una gorra y una camiseta del Jonathan Club se nos acercó, y aunque los empleados solían apuntar el número de matrícula de los vehículos ese día no lo hizo, y se limitó a abrirnos las puertas al bajar de nuestros respectivos coches.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Thom.

El empleado, un socorrista rubio con acento del Valle, dijo:

—Ah, hemos tenido algún problema con esa secta.

Nos arremolinamos en torno a él con nuestras bolsas de playa y lo miramos sin entender; al parecer yo era el único que sabía de la existencia de la secta.

—Los Jinetes del Más Allá, ¿no les suenan? —dijo el aparcacoches—. Entraron hace dos noches, destrozaron bastantes cosas y robaron comida de la cafetería, y luego han seguido viniendo por aquí, hostigando a la gente cuando sale del aparcamiento. Entran por la playa. Es una playa privada y tenemos socorristas, pero no pueden contener a tantos pirados de esos.

El aparcacoches no nos dio tíquets para los coches porque, como advertí con un escalofrío, no había ningún otro vehículo.

—Llevan toda la semana rondando por Santa Mónica y Venice —dijo el joven—. Han entrado en un montón de casas. Vandalismo. Mascotas desaparecidas.

Thom echó un vistazo al aparcamiento vacío con las Wayfarer colgando de un cordel que llevaba al cuello y masculló:

—Vaya…

El aparcacoches dijo:

—Si quieren marcharse, lo entiendo. Hoy la cosa está bastante tranquila. Probablemente cerraremos pronto, así que… —Dejó la frase

sin terminar.

Nos miramos hasta que Debbie tomó la decisión y dijo simplemente:

—Ya estamos aquí.

Le recordé al intruso que se había colado en el espacio de Melrose un mes atrás y de lo que era capaz la gente de la secta, y Debbie me hizo un gesto desdeñoso.

—Un hippy alelado arañó a una chica. Por favor…

Esa respuesta hizo que Susan se girase automáticamente hacia el mostrador de recepción y registrase al grupo usando el número de cuenta de Donald, y el aparcacoches no pidió ningún carnet para comprobar que los apellidos coincidiesen con el listado porque aquel día no parecía importar.

Y entonces nos dirigimos los cinco a las escaleras que llevaban al camino que conducía a los vestuarios mientras una fría ráfaga de viento azotaba la bandera estadounidense en lo alto de la entrada. Íbamos todos callados, como si el club desierto operase como una advertencia, una profecía, un presagio: teníamos que estar en guardia y la conversación era la distracción que podía hacer que saliésemos malparados. A causa del silencio pude notar que algo había cambiado en la sintonía entre Susan y Thom desde que salimos de Buckley solo treinta minutos antes. Había una nueva distancia entre ellos, se percibía en su lenguaje corporal y en cómo se ignoraban mutuamente: estaba claro que algo había sucedido durante el trayecto hasta Santa Mónica, algo que Debbie parecía pasar por alto sin más pero de lo que con toda probabilidad estaba perfectamente al tanto. Robert la seguía. Yo aminoré un poco el paso y me fijé en cómo observaba las pistas de tenis vacías, que normalmente estaban llenas, la lista de reservas casi siempre hasta arriba, pero no aquel día. El viento hacía que el toldo que llevaba al edificio principal del club ondulase y crujiese, sacándonos de nuestras respectivas cavilaciones.

Thom y yo nos dirigimos al vestuario de hombres, seguidos por Robert con una enorme mochila deportiva negra al hombro, donde nos cambiaríamos los uniformes de Buckley y nos pondríamos los bañadores. Por allí no había nadie más salvo un encargado en el

mostrador de entrada, que nos dio nuestras llaves, y las taquillas estaban las tres juntas, imponiendo una especie de intimidad entre nosotros que quizá los otros dos no deseaban. Robert no paraba de comentar lo impresionante que era el club y de agradecernos que lo hubiésemos llevado aunque ese día no hubiera nadie más, mientras Thom refunfuñaba sobre el frío que iba a hacer en la playa y sobre que si alguno de aquellos pirados de la secta se nos acercaba se llevaría una buena patada en el culo. Empezamos a cambiarnos; Thom y Robert parecían menos vacilantes y cohibidos que yo, y fui echándoles miradas de soslayo mientras charlábamos quitándonos los uniformes. Thom se giró cuando se quitó los calzoncillos y se puso rápidamente el bañador, sin saber que yo deseaba más verle el pálido y suave culo que la polla, y Robert lo imitó y también se quitó los calzoncillos y se quedó momentáneamente desnudo; el contraste entre la blancura de sus tersos glúteos blancos y los cuádriceps bronceados y levemente cubiertos de un vello castaño escaso me hizo contener un respingo. Llevábamos los bañadores Polo con colores de huevos de Pascua tan populares aquel verano: el de Robert era morado, el mío verde claro y el de Thom amarillo vivo. Decidimos dejarnos las camisetas puestas por el frío que hacía; con suerte, dijo Thom, podríamos quitárnoslas al llegar a la arena. Sí, con suerte, pensé. Ojalá.

Cuando salimos para esperar a las chicas contemplé las vistas desiertas y me estremecí: aquella mañana y durante el almuerzo había parecido que haría buen tiempo en el Valle y esperaba que la playa privada estuviera atestada de gente y contribuyera a convertir aquella tarde en una ocasión especial.

—Hostia —masculló Thom mirándose el reloj, molesto por que las chicas tardasen tanto como solían, y a los pocos minutos aparecieron Susan y Debbie, en biquini y con unos jerséis de punto que les llegaban por las rodillas, y no se quitaron las gafas de sol cuando nos saludaron en silencio—. Por fin —murmuró.

Y luego se dirigió a grandes zancadas hacia dos miembros del personal que atendían una caseta donde se guardaban toallas, sillas y sombrillas. Cogimos cada uno una de las toallas extragrandes que nos

dieron y Thom caminó fatigosamente por la arena con los dos empleados detrás, uno sosteniendo una sombrilla verde azulada que había pedido Susan y el otro cargando con cinco sillas plegables. Thom se decidió finalmente por un sitio a medio camino entre la orilla y el club: era ahí donde prefería quedarse siempre. Mientras los empleados clavaban la sombrilla y colocaban las cinco sillas, me fijé en que la playa estaba casi desierta por completo allá donde mirases, y solo se veían algunas figuras lejanas en la distancia abrasada por el sol. Había un puesto de socorrismo desocupado a nuestro lado. Se levantó otra racha de viento frío del Pacífico.

Nos sentamos en hilera en la arena, de cara al mar, y al parecer ninguno de nosotros parecía contento de estar allí: habíamos cometido un error. Thom y Susan estaban en un extremo, Debbie y yo en el otro, y Robert en el medio. Alguien había traído un radiocasete y estábamos escuchando la KROQ mientras el sol nos caía de pleno (solo Susan y Robert querían sombrilla), y aunque el cielo no estaba encapotado —tan solo un enorme y solitario cúmulo de nubes flotaba sobre el lienzo plano del mar donde se encontraba con el horizonte—, de vez en cuando nos quejábamos del frío. Susan y Thom no se hablaban, se ignoraban, los dos del mismo mal humor: Susan no se quitó las gafas de sol ni una sola vez y Thom apenas abrió la boca. Mientras me paseaba por la arena planteándome la idea de meterme en el agua, le pregunté sobre su inminente viaje y él hizo un gesto desdeñoso, se quitó la camiseta, se untó crema solar y yo me volví a sentar, ligeramente dolido. Robert era el único que no podía estarse quieto y no paraba de levantarse: quería ir a probar la piscina cubierta, tal vez un chapuzón rápido; y luego bromeó con que esa vez no necesitaría que nadie lo vigilase, podía ir sin supervisión. Nadie se rio, aunque yo levanté la mirada y le sonreí educadamente.

Thom estaba tendido al sol inmóvil, relucientes los pectorales, los pequeños pezones de color marrón y los músculos abdominales, sosteniendo en alto un ejemplar de *Sports Illustrated* con Wayne Gretsky en la portada. Debbie hojeaba un número de *Interview* , desde el cual Diana Ross me miraba en un desmesurado dibujo al pastel. Yo estaba

releyendo el primer ensayo de *The White Album* de Joan Didion en una edición de bolsillo, y Susan miraba fijamente el mar a través de sus Ray-Ban. Aquella tarde en la KROQ solo ponían canciones de bajón: «Ashes to Ashes» de David Bowie, «Emotional Rescue» de los Rolling Stones, un single nuevo de Police titulado «Invisible Sun», y «Riders on the Storm» de los Doors. En un momento dado Thom se puso en pie y dijo que hacía un frío de la hostia, y luego preguntó si a alguien le apetecía algo de la cafetería mientras se enfundaba de nuevo la camiseta: tenía hambre. Susan murmuró que no y Debbie decidió ir con él. Susan y yo no nos dijimos nada en todo el rato que estuvimos solos. Robert aún no había vuelto. Las canciones tristes seguían sonando. Thom volvió con un sándwich club y patatas fritas, y Debbie le tendió a Susan un té helado, aunque no se lo había pedido. Yo estaba pensando en Audrey Barbour, la chica desaparecida en Calabassas; eché una mirada a la silla vacía de Robert, me pregunté qué más llevaría en la mochila negra que había traído (no la veía, así que supuse que se la habría llevado cuando se fue a la piscina). Las olas dibujaban suaves crestas en la orilla, volví al libro que estaba leyendo y me topé con las palabras «Petals on a wet black bough», con una referencia a «The Wichita Lineman» y con alguien incapaz de cruzar el puente de Carquinas en coche mientras seguía divagando.

Cuando por fin levanté la mirada, la luz había cambiado. Vi a lo lejos que alguien venía hacia nosotros y me asustó pensar que fuese algún miembro de la secta de los Jinetes del Más Allá, pero reconocí el bañador morado. Robert Mallory caminaba sin rumbo por la orilla y entonces vi que una figura se le acercaba y entraba en mi encuadre, compacto pero ancho de hombros, un hombre, quizá un surfista; me incorporé con curiosidad y entonces me di cuenta de que era Thom. Se encontraron y se quedaron allí de pie sobre la arena contemplando el océano, sin camisetas e iluminados por el sol anaranjado que iba cayendo, unos dioses griegos adolescentes hablando frente a la costa de Santa Mónica, aunque demasiado lejos como para que pudiera oír lo que decían. Hasta pasado un momento no advertí que Susan también los observaba, y lo único que se oía eran sonidos ambientales pero

amplificados: los movimientos del mar, el locutor de la KROQ, el tráfico de la autopista, los chillidos de las gaviotas. Thom y Robert estaban frente a frente mientras las olas espumeaban contra sus tobillos, Thom parecía escuchar con atención algo que le contaba Robert y asentía, conviniendo con él, tranquilizándolo, todo bien, algo muy similar a lo que presencié en el aparcamiento de Buckley cuando vi a Robert hablando con Matt Kellner el primer día de instituto: era la misma escena pero en distinto lugar, y me entraron unas leves náuseas, como si me invadiese una premonición. Tal vez fue el único momento en toda la tarde en que vi a Susan Reynolds bajarse las gafas de sol para mirar a los dos chicos a lo lejos. Thom y Robert contemplaban el horizonte, Thom se agachó para comprobar la temperatura del agua. Le comentó algo a Robert y se rieron. Miré a Debbie pero no les estaba prestando atención, tumbada en la silla plegable, tomando el sol con los ojos cerrados. Susan continuaba con las gafas bajadas mirando cómo hablaban Thom y Robert, y noté su miedo creciendo y expandiéndose a nuestro alrededor, pero ¿qué razón había para tener miedo?

—Bah, da igual —dijo Susan bruscamente sin dirigirse a nadie, apartando la vista de los dos chicos en la orilla.

Al cabo de un rato regresaron caminando tranquilamente hasta donde estábamos y Robert dijo que se volvía a Century City, y los demás murmuramos nuestra despedida mientras él se echaba la mochila al hombro. Susan estaba como apagada, en un embotamiento rayano en la catatonia, y apenas se enteró. Yo me levanté y fingí estirarme, pero lo que en realidad quería era ver a Thom acompañando a Robert hasta donde la arena se convertía en pavimento y cómo se daban un leve abrazo de colegas, el último desaparecía en dirección al vestuario y Thom daba media vuelta y regresaba echando una carrerita hasta donde estábamos mientras la luz declinaba a nuestro alrededor y el mar iba oscureciéndose despacio. Se dejó caer en la silla y recuperó su *Sports Illustrated* . Y nadie dijo nada en diez minutos, hasta que al fin Susan propuso que igual era hora de ir tirando: hacía frío, estaba cansada, Thom tenía que hacer el equipaje.

—Ya tengo hecho el equipaje —le replicó Thom sin mirarla.

Debbie secundó a Susan con cierta reticencia y quedó decidido: las chicas siempre ganaban. Recogí mi mochila Gucci y dije que iba a darme una ducha rápida, Thom me contestó que nos veíamos en la entrada. Lo de Susan y Thom se ha terminado, pensé mientras me alejaba de aquellos amigos que iban quedándose en el pasado. Había sucedido algo.

El encargado se había ido. Me fijé en el mostrador vacío al entrar en el vestuario.

Aquel sitio era demasiado amplio para estar en completo silencio incluso vacío, y cualquier mínimo movimiento producía eco por toda la sala, y cuando el vestuario estaba lleno de hombres, jóvenes y viejos, el tumulto podía ser ensordecedor. Oí el ruido amortiguado del tráfico de última hora de la tarde en la autopista, y el goteo del agua en las duchas era el runrún que imperaba… pero ¿quién se había duchado?, me pregunté. No había nadie allí, ¿no?, pensé.

—¿Robert? —dije indeciso.

Nadie contestó. Pasé por delante de una hilera de taquillas hasta la zona abierta de baldosas azules con catorce duchas separadas y que si estaba desierta indicaba que tampoco había nadie en el vestuario. Se me había ocurrido darme una ducha por el frío, no porque necesitase quitarme el agua ni la arena, solo quería calentarme, pero ahora me dirigí hacia mi taquilla y, mientras metía el uniforme de Buckley en la mochila de Gucci, me fijé en que la de Robert estaba abierta, vacía, y entonces oí una cisterna y me sorprendió que hubiese alguien más en el vestuario, había dado por hecho que estaba solo. Esperé atento a algún otro ruido, pero solo se oía el goteo de las duchas.

—¿Robert? —repetí.

Recorrí despacio el vestuario, que normalmente estaba iluminado por fluorescentes, pero como ese día no había nadie la mayor parte estaban apagados y la única iluminación era la proveniente de una serie de ventanas situadas por debajo de los altos techos. El vestuario siempre estaba lleno de hijos, hermanos y padres, hombres de todas las edades, y yo nunca lo había visto vacío, ni siquiera un poco, así que cuando se

abrió la puerta de un retrete y una cisterna volvió a vaciarse pegué un salto del susto. Solo oía los ecos goteantes de la zona de las duchas. Respiré hondo para calmarme, doblé una esquina y entré en la zona de lavabos, donde a lo largo de una pared se alineaban veinte cubículos con las puertas azules en su mayoría cerradas. Vacilé antes de avanzar hacia el compartimento con la puerta abierta del todo y contuve la aprensión que sentía y decidí no ser un gallina y ver si había alguien allí. «Un hippy alelado arañó a una chica. Por favor…».

—¿Robert? —pregunté otra vez de pronto.

No hubo respuesta.

También me acerqué más porque advertí que del cubículo abierto surgía un resplandor, y cuando estuve delante vi una velita parpadeando sobre la tapa del váter: era blanca, estaba un poco derretida y la habían colocado directamente en el centro de la taza. Me quedé estupefacto hasta que las cosas empezaron a aclararse por sí solas.

En la pared encima de la taza había un dibujo que no distinguí en la penumbra. Miré a mi alrededor por si alguien me observaba mientras entraba al cubículo —todo estaba en completo silencio— y vi lo que era el dibujo: un pentagrama en rojo chorreando lo que parecía sangre. Y entonces me quedé paralizado al ver la gaviota muerta, aplastada e incrustada en un rincón, doblada sobre sí misma, reventada, las plumas blancas manchadas de rojo y morado, el cuello retorcido, el pico amarillo abierto en pleno chillido. Alguien de la secta se había colado en el vestuario del Jonathan Club mientras estábamos allí, y de pronto me invadió una ira súbita mezclada con el miedo súbito y muy real que experimenté en aquel momento: la sangre del pentagrama provenía de la gaviota, y se suponía que la vela tenía algún significado. Las sandalias que llevaba pisaron un objeto duro cerca del váter, bajo la taza. Al principio pensé que se trataba de algo muerto, otro animal, otro sacrificio, pero cuando levanté el pie y miré debajo vi que solo era una máscara. Y no pude evitarlo: me agaché y la cogí. Era peluda, tenía una especie de pelaje, y cuando la acerqué a la luz de la vela contemplé la cara de lo que supuse que debía de ser un hombre lobo, una máscara

barata de Halloween, de las que llevan los niños, ligeramente salpicada de sangre de la gaviota.

Noté la suciedad entre mis manos —el hocico, los colmillos, los ojos lobunos entrecerrados en un rugido— mientras toqueteaba la cuerda elástica con la que se sujetaba la máscara. Seguí examinándola, preguntándome cuál era su propósito, qué significaba, qué relación guardaba con las creencias de la secta. Sabía que habían dejado allí la máscara de hombre lobo adrede: se suponía que completaba el significado de la escena, que complementaba al pentagrama chorreante y a la gaviota muerta, pero no entendía qué pretendía añadir. Solo que era algún tipo de advertencia. Y entonces caí: tal vez había sido Robert Mallory.

Y de pronto, en el silencio del momento, alguien me tocó el hombro. Pegué un grito y me di la vuelta.

Era Thom, tan sobresaltado por mi reacción que se echó a reír. Me llevé una mano al pecho y me apuntalé contra la puerta del cubículo con la máscara de hombre lobo estrujada en la mano.

—La madre que te parió, Thom —dije.

Thom miró la máscara con curiosidad y se asomó al cubículo para ver lo que había detrás de mí, sus ojos saltaron del pentagrama a la gaviota.

—Hostia, ¿se han colado mientras estábamos en la playa? —me preguntó incrédulo.

Yo me limité a asentir mientras trataba de recuperar el aliento. Y entonces él notó algo raro en mi reacción y me miró como si fuese culpa mía.

—No es más que una secta de pacotilla —dijo.

—Lo sé —musité.

—¿Por qué tiemblas así? —me preguntó mientras me alejaba de él.

—Vámonos de aquí —dije.

En el aparcamiento desierto le contamos al empleado lo que habíamos encontrado en el vestuario de hombres y él recibió la noticia con una despreocupación inquietante.

—Ya, han estado haciendo cosas así —confirmó—. Sacrificios de

animales y rollos de esos. Voy a ver si pueden venir los de seguridad.

Y se marchó a por el coche de Debbie. Mientras Thom rebuscaba en su cartera el tíquet para el aparcacoches, Susan por fin respondió al mundo. Se quitó las gafas de sol, me miró a mí y luego a Thom y preguntó:

—¿Estáis bien?

Pero lo hizo con un embotamiento que volvió casi fútil la pregunta, y me di cuenta por primera vez de que Thom por fin había percibido aquel embotamiento y que no le hacía ninguna gracia; de hecho, aquella fría tarde en el club de playa me pareció sinceramente horrorizado. Se la quedó mirando severamente con unos ojos verdes desprovistos de su habitual afabilidad, la mandíbula apretada en rígida concentración. Pero se convirtió en una pose: la deshizo con fingido alivio y sonrió, tocándole la mejilla y respondiendo tranquilizadoramente:

—Sí, cariño, claro que estamos bien.

Aquella misma noche Thom me llamó a la casa vacía de Mulholland y me pidió que lo llevase al LAX a la mañana siguiente.

18

Me sorprendió tanto la petición de Thom Wright de llevarlo al aeropuerto que ni siquiera tuve un instante de reflexión para vacilar o poner el colegio como excusa, ni para decirle que no me apetecía: le contesté que sí automáticamente, aunque luego me pregunté por qué no lo llevaban su madre o Susan. Aquella noche Thom marcó mi número de Mulholland y hablamos un rato sobre lo sucedido en la playa antes de pedirme si podía llevarlo en coche al aeropuerto, y cuando accedí me dijo que lo recogiese a las diez —el vuelo era a las doce— y que nos veíamos al día siguiente. Nada más. En 1981 ir en coche hasta el LAX no era algo tan engorroso como hoy en día y tampoco iba a perderme nada importante de las clases matutinas de Buckley; además, seguramente habría hecho cualquier cosa que me pidiese Thom Wright. Quería estar cerca de él, serle de utilidad, ser su sirviente, así que acepté alegremente la oportunidad de llevarlo al aeropuerto. Puede sonar un tanto absurdo y adolescente, pero mientras me dirigía a la casa de Laurie Wright en North Hillcrest Drive, entre Sunset Boulevard y Elevado Street en Beverly Hills, para recoger a su hijo a las diez de aquel viernes por la mañana y llevarlo al aeropuerto para que tomase un vuelo de American Airlines que salía a las doce me sentí *especial* por el hecho de que Thom me lo hubiese pedido. Lionel había comprado el billete para que volase a Nueva York en primera clase, cosa que Thom quiso rechazar por parecerle excesivo, un poco desesperado, y por apestar tremendamente a culpabilidad; comentó que le bastaba con ir en clase turista pero Lionel insistió, y yo sabía que a su hijo tampoco le hacía especial ilusión porque a Thom Wright le daba igual ir en primera clase, o eso daba por sentado en mi fantasía, que acabó ligeramente resquebrajada aquella mañana.

Aquel era un viaje inútil en muchos sentidos, porque Thom tenía muy claro que iba a ir a la UCLA, pero le permitiría pasar algo de tiempo con Lionel: era de los pocos tíos que he conocido que tenía una relación

muy estrecha con su padre, cercana casi a lo fraternal. Cuando este se mudó a Nueva York durante el proceso de separación de Laurie, supe que eso le causaría un profundo dolor a Thom, pero todo el mundo comprendía por qué Lionel hizo lo que hizo: era una oportunidad demasiado provechosa desde el punto de vista económico como para ignorarla, y Lionel necesitaba el dinero, teniendo en cuenta lo caro que resultó ser el divorcio. Thom lo sobrellevó con estoicismo, negándose a dejar que aquello le afectase hasta el punto de distraerlo de los estudios o los deportes, de modo que en algunos aspectos cruciales la separación y el subsiguiente divorcio intensificaron la dedicación de Thom, que se empeñó en una especie de excelencia al tiempo que adquiría un nuevo conocimiento del mundo: había aprendido algo terrible sobre los adultos y el matrimonio, y lo había superado. La marcha de Lionel a Nueva York también hizo que Thom y Susan se acercaran más, y lo mismo sucedió conmigo, y nuestra amistad se volvió aún más estrecha de lo que había sido hasta entonces. Sentía una gran admiración por Thom Wright y, pese a su evidente belleza física, lo que más me gustaba de él era su actitud, la forma en que se preocupaba por todos, y cómo siempre le daba un giro positivo a cualquier situación potencialmente negativa: te caes, te levantas; la autocompasión es para fracasados; no seas moñas.

Pero eso es fácil cuando eres rico y guapo, y, salvo por el abandono de Lionel, Thom nunca había tenido que afrontar ninguna adversidad: era, como lo éramos todos en la jerga de la actualidad, un hombre blanco privilegiado, un rey del sistema, pero él no alardeaba de ello como Jeff Taylor o Anthony Matthews, fanfarroneando sobre su libertad mientras se pavoneaban por el borde de la piscina o hacían derrapar el Camaro en el aparcamiento de Fred Segal, con una arrogancia de mil pares de cojones que siempre admiré, sobre todo como escritor, igual que me sentía atraído por los raros marginados como Matt Kellner o por los iniciados que esconden un secreto como Ryan Vaughn, pero todo aquello se disipaba y parecía falso y superfluo frente a la franca amabilidad de Thom Wright, algo con lo que él era capaz de conectar con mayor facilidad gracias a su físico y a su

opulencia.
Cuando lo recogí iba vestido para un clima más fresco: pana, un chaleco Polo azul marino a rombos y una americana de tweed. Laurie Wright iba en bata rosa, abrazó a su hijo en la entrada de aquella casa blanca de dos pisos estilo colonial, y luego Thom recorrió el caminito de losas de piedra que atravesaba el césped tirando de una enorme maleta Samsonite gris con ruedas, con una bolsa de mano echada al hombro, las Wayfarer puestas, el pelo ligeramente húmedo de la ducha y recién afeitado. Laurie saludó al coche agitando una mano y yo hice lo propio al tiempo que apagaba la música. El misterio que flotaba por todas partes mientras circulaba desde Mulholland hacia los apartamentos de Beverly Hills era: ¿por qué Susan Reynolds no llevaba a Thom al aeropuerto? ¿Por qué no estaba sucediendo eso en el relato? Me lo volví a preguntar cuando abrí el maletero para que Thom metiera la Samsonite. Pero pronto su presencia borró cualquier otra cuestión, porque él estaba sentado a mi lado en el 450SL, en carne y hueso, y podía oler el champú, el desodorante y el jabón que hubiese usado y el leve aroma a Aramis, su colonia favorita: eso era lo único que importaba. No teníamos prisa: en 1981 Thom podía coger su maleta y caminar tranquilamente hasta la puerta después de que lo dejara en la acera de un LAX semidesierto a mediodía minutos antes de que el avión despegase; no había controles, podías moverte por todo el aeropuerto, a menudo los vuelos no estaban llenos, todo el mundo iba muy arreglado. Estaba acostumbrado a la presencia de Thom, lo conocía desde 1976, y cada vez que estaba a solas con él —ya fuese conduciendo, sentados en un cine, con las rodillas pegadas durante el almuerzo, o cuando en los vestuarios se me acercaba mucho, llevando solo los calzoncillos, para enseñarme algo de su cuaderno— siempre, sin excepciones, experimentaba un desconcertante estremecimiento erótico, pero era leve y distante porque no había manera de realizarlo. ¿Qué habría hecho Thom si hubiese posado suavemente una mano en su muslo mientras íbamos en el coche a Westwood un sábado? ¿Cómo habría reaccionado si me hubiese inclinado a besarlo, sentados uno al lado del otro en el Nuart?

Thom se puso a trastear con la radio de inmediato hasta caer en la KROQ —Depeche Mode, «Just Can't Get Enough»— mientras me apartaba del bordillo y empezaba a bajar por Hillcrest.

—¿Cómo lo llevas, colega? —preguntó.

—Lo llevo bien, tío. Todo bien.

—¿Sí? He estado un poco preocupado por ti.

—¿En serio? —le pregunté, sobresaltado—. ¿Cuándo? —Y entonces me di cuenta de a qué se refería, pero no lo verbalicé—. Ah. ¿Sí?

—Todo ha pasado tan rápido —dijo moviendo el asiento para acomodar las piernas. Luego rebuscó en su bolsa de cuero: entreví un walkman y un voluminoso libro de bolsillo, *Apocalipsis* .

—Lo sé, hace siglos que no vamos al cine ni salimos por ahí los dos solos —comenté.

—Lo sé, lo sé, qué locura. Pero ¿tú estás bien?

—Pues sí. —Hice una pausa—. ¿Por qué no dejas de preguntarme eso? —dije, a sabiendas de cuál era el motivo—. Estoy bien.

—Es que he estado pensando en lo que le pasó a Matt y sé que teníais más relación de la que yo creía… —lo dijo sin cargar las tintas en el secretismo ni en juicios de valor—. A ver, creo que yo no lo conocía en absoluto, pero me da pena que perdieses a un amigo. —Se calló—. ¿Por qué no me contaste que erais amigos?

—¿Que te contase qué? —le pregunté—. ¿Qué te iba a contar? —Hice una pausa—. A veces quedábamos —dije, frenando en un stop en Santa Mónica—. Le compraba maría.

—Pensaba que no fumabas hierba. O que si la fumabas se la comprabas a Jeff.

—Supongo que eso nunca se sabe. —Me encogí de hombros—. Les compraba a los dos.

—¿Qué pasó realmente? —me preguntó por fin Thom—. ¿Sabes algo?

—Supongo que tenía problemas con las drogas y, hum… —De pronto no era capaz de concentrarme, girar en el bulevar, pensar en Matt—. Fue un accidente —dije con la esperanza de zanjar el tema, esperando a que el tráfico avanzase—. Algo de lo más absurdo.

—Joder —dijo Thom por lo bajo—. De locos.

—Ya. Lo sé. —Y luego—: Una putada.

Me incorporé a Santa Monica Boulevard y pasé todos los semáforos en verde hasta que llegamos a Rodeo, donde Thom dijo volviéndose hacia mí:

—Te he echado de menos, tío.

Solo Thom Wright podía decir algo así sin sonar falso y empalagoso, me emocioné y me volví a mirarlo y le sonreí.

—Ya, lo sé, cuando vuelvas tenemos que salir por ahí.

—Hecho —respondió Thom.

Enfilamos Wilshire Boulevard y estábamos escuchando música —New Order, los Cure— cuando le pregunté si le hacía ilusión el viaje, repentinamente interesado en averiguar el estado anímico de Thom, en qué situación emocional se encontraba; todo lo que tenía que ver con él me interesaba. Suspiró, tratando de formular la mejor respuesta a mi pregunta sin mentir.

—Lo hago solo por mi padre —admitió al fin.

—¿Sí? Me lo imaginaba, supongo.

—O sea, voy a ir a la UCLA, tío. Y él lo sabe. Podría entrar en todas las universidades que vamos a ver, pero yo no quiero marcharme de Los Ángeles. No sé en qué está pensando mi padre, es un poco triste… Quiero salir de viaje por ahí con él, aunque preferiría quedarme en Nueva York toda la semana. —Miró pasar Beverly Hills por la ventanilla—. Pero irá bien —me tranquilizó, como si yo lo necesitase.

—Lo sé —dije—. Lionel mola.

—Pues sí —dijo suspirando—. Mi padre mola.

—¿Tu madre sigue viéndose con ese tipo? —le pregunté solo por charlar, por oír su voz.

—¿Quién? ¿David? —me preguntó sorprendido.

—Supongo. El que vino a la fiesta de inicio de curso.

—David —dijo Thom distraídamente—. No sé hasta qué punto van en serio. Parece majo. Y yo quiero que mi madre sea feliz. Ha sido muy desgraciada. —Hizo una pausa y añadió—: Los últimos diez años.

Me eché a reír y luego él también se rio. Thom quería que todo el

mundo fuese feliz, todo el mundo se merecía lo mejor, la vida era injusta y tenías que sacarte las castañas del fuego tú solo. Había atravesado una experiencia traumática —la separación de sus padres, la marcha de su padre, el interminable proceso de divorcio— y había salido por el otro lado del túnel más fuerte e indemne, ¿por qué no lo había hecho Laurie? Thom se volvió hacia mí.

—¿Sabes qué? Se hace desgraciada ella solita. Siempre ha sido así. De modo que… quiero que sea feliz, aunque no sé si es capaz.

Yo no tenía nada que decir: no era algo que pudiera solucionar, era un problema demasiado grande como para ofrecerle consejo, hacía mucho que estaba al tanto de la infelicidad de Laurie Wright, y Thom tenía su propio mecanismo para afrontarlo. Ahora estábamos recorriendo Wilshire, girando por la curva a través del corredor de edificios de apartamentos rumbo a la 405, cuando de pronto Thom me preguntó algo al tiempo que bajaba el volumen de la radio en una canción de Human League.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Claro, tío —respondí automáticamente—. ¿Qué?

Cruzó las piernas, se removió en el asiento del copiloto intentando ponerse cómodo.

—¿Podrías echarle un ojo a Susan mientras estoy fuera?

Me quedé helado, fue como si alguien hubiese apagado un interruptor en mi interior, pero me las arreglé para responder de forma clara y despreocupada:

—¿Echarle un ojo? ¿A qué te refieres exactamente?

Puede que hubiera pensado que estaría dispuesto a realizar cualquier tarea que Thom Wright me pidiese, pero en aquel momento, mientras pasábamos por Westwood en dirección a la autovía, me di cuenta de que ya no era verdad. En aquella petición había algo de suspicaz y perverso. Quería que me convirtiera en un agente secreto y me asegurase de que su novia se comportaba; o por lo menos a eso me sonó su proposición en el Mercedes. Tenía algo de infantil y pusilánime, la clase de cosa que solo pediría un fracasado, no Thom. El día se iba echando a perder, pero despacito, calladamente. Ahí fue cuando

empecé a mirar a Thom Wright desde otro punto de vista. Estaba sorprendido y decepcionado.

—Quedad, simplemente, y, no sé, esfuérzate en quedar con ella más a menudo. —Thom hizo una pausa, indeciso sobre si debía admitir lo que quería decirme en realidad, a fin de poder explicar el sentido subyacente a su petición—. No sé qué es lo que se trae entre manos exactamente… pero si pudieses, pues eso, echarle un ojo. Ir al cine. Cosas así.

Me quedé callado con la mirada fija en el parabrisas, cavilando sobre lo que Thom acababa de pedirme y cómo debía responder. De repente apareció el participante tangible con una idea sobre lo que decir, aunque el auténtico Bret tenía otra:

—Quieres decir que la espíe. Quieres que espíe a tu novia.

—No —dijo él, y se rio—. No quiero que espíes a mi novia.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté.

—No me preocupa nada —dijo Thom, aunque no sonó muy convencido.

—¿De verdad? ¿No hay algo que te preocupa?

Suspiró.

—Bret, tú solo haz lo que sueles hacer… en fin, echarle un ojo —dijo Thom, levemente frustrado—. Es lo único que te pido.

—¿Es eso lo que suelo hacer?

Thom me estaba arrastrando a algo en lo que yo no quería entrar; todo aquel asunto aparecía teñido de traición, mala fe, sospechas y todas aquellas cosas que yo no sabía y otros sí: secretos susurrados, la novia que deseaba a otro, la novia que había acabado en un estado de embotamiento y quería romper, los motivos reales por los que a un compañero de clase le habían prescrito Thorazine y se había pasado seis meses internado en un psiquiátrico a las afueras de Jacksonville. Thom se había callado, reflexionando sobre todo aquello, antes de preguntarme:

—¿Tú crees…? —Cambió de opinión—. Bah, olvídalo. No es nada.

—¿Qué? —dije; para entonces ya me había enfriado por completo, me había blindado, agarraba el volante con tanta fuerza que tenía los

nudillos blancos—. Pregunta.

—¿Qué piensas ahora de Robert? O sea… ahora que lleva por aquí un par de meses. ¿Ha cambiado tu… impresión sobre él? ¿Ahora te… cae bien?

Me lo preguntó de una manera extrañamente dubitativa que nunca antes le había oído. De pronto parecía un examen que tenía que aprobar yo, y empecé a responder como el participante tangible, pero el auténtico Bret me iba distrayendo replicando: ¿Por qué tienes que ocultar lo que sientes por Robert Mallory? Sé franco con Thom Wright, hace casi seis años que lo conoces, y dile lo que piensas de verdad. «No seas moñas». Pero eso no pasó: porque ¿qué le iba a contar? ¿Que pensaba que Robert Mallory estaba relacionado de algún modo con la muerte de Matt Kellner? ¿Que pensaba que él estaba detrás de todo aquel asunto de los alucinógenos, la sangre en la mochila y la excursión a Crystal Cove, y que probablemente Matt se pasó aquella semana en que estuvo desaparecido en una casa de Benedict Canyon, totalmente drogado, y entretanto Robert asistía a Buckley interpretando su papel, fingiendo que no ocurría nada, mientras un chico se iba volviendo loco lentamente encerrado en una habitación en la segunda planta de aquella casa, rodeado de velas encendidas en un ritual?

—Ah… hum, sí —balbuceé, el participante tangible se alejaba de mí diciéndome adiós mientras la lluvia arrasaba la escena en la que me encontraba, y yo necesitaba que volviese para continuar la conversación—. Sí, supongo. —Y me callé—. En realidad no lo conozco, Thom. —Volví a callarme—. Evidentemente, tiene sus… problemas. Se medica, lo internaron en, hum… ese sitio de Jacksonville. Espero que se mejore… pero lo que pasó en casa de Susan fue una puta locura. —Tuve que frenarme antes de irme por la tangente y desgranar una letanía de cosas que consideraba que no funcionaban en la cabeza de Robert Mallory—. ¿Por qué me lo preguntas?

Traté de camuflar mi preocupación y mi irritación con un tono de voz suave, casi suplicante. Thom se quedó un buen rato callado mientras yo aceleraba por la rampa de la 405 y me incorporaba al tráfico fluido de media mañana que avanzaba en dirección al

aeropuerto de Los Ángeles.

—No lo sé —acabó diciendo—. ¿Tú crees que es buen tío?

—¿Buen tío? —exclamé—. Pero ¿eso qué significa?

—Bret… —me advirtió, y luego repitió—: ¿Tú crees que es buen tío?

—¿Vas a contarle lo que te responda? —repliqué sin poder evitarlo.

Thom me miró y, en tono de estupefacción, me preguntó:

—¿Qué? —Entonces lo entendió—. No, no, claro que no. No voy a contarle nada. Puedes ser sincero conmigo, tío. —Se detuvo con gesto preocupado, y luego me pidió en el mismo tono—: Espero que lo seas siempre.

—¿Buen tío? Puede. —Me daba miedo aquella conversación. Era lo último que habría pensado que Thom querría abordar y acababa de mandar al traste mi buen humor—. ¿Tú sí lo crees? —le pregunté, entre desafiante y evasivo—. ¿Tú crees que es buen tío?

Noté que se había vuelto a girar hacia mí y que escrutaba mis rasgos mientras me disponía a articular otra respuesta explicando quién creía que era realmente Robert Mallory, al tiempo que me concentraba en el carril por el que circulaba a gran velocidad.

—No sabría decirlo —contestó Thom, como si finalmente algo lo hubiese dejado sin palabras: una trama que no lograba descifrar—. Es raro.

Di un pequeño respingo, haciéndome el tonto.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿No sabrías decirlo? ¿No sabrías decir qué?

—Me refiero a que a veces creo que estoy tratando con una persona… —empezó Thom—. Y luego tengo la sensación de estar tratando con… un actor. —Sacudió la cabeza—. No lo estoy explicando bien. Tratando con alguien que finge ser algo…

—No eres el único —dije, sintiendo que el alivio empezaba a invadirme a través del frío y el miedo—. Yo también tengo esa sensación a veces con Robert.

—¿Sí? —dijo con voz esperanzada, y luego, después de meditar sobre todo ello, se apresuró a admitir—: O sea, ya sé que a ti probablemente no te cae bien. Ya sé que probablemente no has cambiado de opinión.

Ni siquiera sé por qué te lo he preguntado, lo siento.

—¿Qué te estaba contando ayer en la playa? —le pregunté.

Ahora Thom miraba al frente por el parabrisas; compartíamos la misma vista.

—Bueno —empezó—, me decía lo agradecido que estaba por tener amigos aquí. —Se calló y volvió a empezar, vacilante—. Y luego… empezó a contarme que… cree que lo están siguiendo y…

—¿Que lo están siguiendo? —pregunté; pensé automáticamente en mí, pero sabía que Robert no se refería a eso cuando hablaba con Thom en la playa el día anterior.

—Sí, dijo que lleva ocurriendo desde hace algún tiempo y, según sus propias palabras, hay «un pirado» que anda por ahí suelto y que lo está siguiendo desde que empezó a venir a Los Ángeles hace un año o así. Que lo acosa. A veces. —Hizo una pausa—. Eso me contaba ayer en la playa, y ahí me di cuenta de que aún está, no sé… ¿un poco chalado?

Le salió como una pregunta, porque deseaba que yo le respondiera en un tono tranquilizador del que me veía incapaz: «No, qué va, Thom. Eh, vamos, tío, es nuestro amigo, no está chalado, está curado».

—¿Un… pirado? —pregunté en cambio—. ¿A qué te refieres? ¿Dijo quién era?

—Sí, alguien que lo acosaba, esa es la palabra que empleó, «acosar», y que no sabe quién es. No supe qué decirle. Ya sabes, después de… —Thom me miró y trató de aligerar la oscuridad que había descendido sobre la conversación— lo del loquero.

—Querrás decir el centro terapéutico —dije muy serio, tratando de seguir la broma. Pero no tenía ninguna gracia y ni yo ni él nos reímos.

—Ya —dijo Thom, indeciso—. De manera que… no sé cuánto creerme, porque, o sea… se lo podría estar inventando, ¿verdad? —Lo preguntó en un tono cercano a la perplejidad—. Pero dice que hay alguien suelto por ahí que ha estado, en plan, vigilándolo y mandándole cosas. No supe qué decir. A lo mejor es verdad. O igual se lo está… imaginando. No lo sé. —Thom se calló un momento—. En fin, de eso era de lo que hablábamos en la playa.

En la pausa que siguió me di cuenta de que estábamos casi en la

salida de Howard Hughes Parkway y empecé a cambiar de carril para tomarla.

—Pero sé que Susan se preocupa de él —dijo Thom—. Y sé que se lo toma como una especie de causa, alguien a quien ayudar… —Dejó la frase inacabada mientras yo miraba por encima de mi hombro derecho.

—Thom, ¿qué está pasando entre Susan y tú? —le pregunté una vez que hube tomado la curva para la salida—. Me lo puedes contar. No se lo diré.

—No lo sé —masculló Thom—. Creo que se está replanteando muchas cosas, nos vamos a graduar y creo que simplemente se está preparando…

—Se está preparando —repetí—. ¿Para qué? —Y entonces tomé aire —. Thom, está siendo una arpía. Vamos. Las cosas claras, tío. Se ha vuelto una auténtica arpía.

Cuando dije eso Thom bajó la visera del copiloto para examinarse en el espejito buscando algo en su cara. No lo encontró. Se pasó los dedos por el pelo. Subió de nuevo la visera: un gesto inútil para desviar lo que acababa de decirle.

—¿Por qué no me dices lo que piensas realmente? —me dijo secamente.

—Solo quiero que seas feliz, tío. No os había visto discutir jamás. Y ahora, en menos de una semana, os he visto discutir dos veces, y ayer en la playa estuvisteis en completo silencio y…

—Estamos bien, colega, estamos bien —insistió Thom.

—¿Por qué no te ha llevado ella al aeropuerto? —le pregunté.

—Porque quería hablar contigo.

—¿Porque quieres que espíe a tu novia?

—No, no…

—¿Porque crees que va a hacer algo con Robert Mallory?

—¿Hacer algo? —me preguntó Thom, dubitativo.

—Sí, hacer algo —dije.

—¿Qué? —dijo Thom, sinceramente sorprendido—. ¿Cómo cojones puedes pensar eso?

—Porque creo que él es capaz de algo —le dije.

—Pero… —Thom se calló y pensó lo que iba a decir.

—Pero ¿qué?

—Pero ¿tú no crees que es gay? —preguntó.

—¿Quién? —le repliqué hecho un lío.

—Robert —dijo Thom, mirándome de una manera extraña cuando me volví hacia él—. ¿No crees que tal vez es gay? —Se calló—. ¿No crees que ese es su auténtico problema? —Thom seguía mirándome pero yo ya había vuelto a girar la cabeza y clavaba los ojos en el parabrisas mientras me deslizaba por Howard Hughes Parkway y luego por Sepulveda—. Eso es lo que nos oculta. ¿No? —Hizo una pausa—. Por eso estuvo en un psiquiátrico.

La confusión se apoderó de mi mente. Me sentí tan frustrado con Thom en aquel momento que me costaba quedarme quieto en el asiento, aunque logré mantener la calma.

—Pero ¿de qué coño estás hablando? ¿Por qué piensas eso? —le pregunté en voz baja.

—Bueno… lo sospechaba —dijo Thom—. Creo que quedó confirmado la noche de la fiesta de Susan. Si hasta intentó montárselo conmigo, colega…

—Thom, creo que eso fue solo la combinación de alcohol, Thorazine y todo lo demás que esté tomando. También intentaba besar a Susan…

—Entonces es bi…

—No creo que Robert Mallory sea gay —dije con cautela—. ¿Te ha tirado los tejos?

—No. Pero percibo una vibra gay. ¿Tú no? —Y entonces me preguntó —: ¿A ti se te ha insinuado alguna vez?

—¿Qué es… una vibra gay? No, no se me ha insinuado.

Esa fue la primera ocasión que recuerdo en mi vida en que me percaté de lo perdidos que andaban los heterosexuales en lo que a hombres gais se refiere. Si Thom Wright daba por hecho, basándose en nada, que Robert era gay, entonces ¿qué intuiría de mí? ¿O de Ryan Vaughn, su cocapitán en los Griffins? ¿O de Jeff Taylor, que de vez en cuando aceptaba dinero de Ron Levin a cambio de favores sexuales? Aquella absurdez me obligó a poner toda mi voluntad en contenerme

de decir: «Colega, quiere tirarse a tu novia qué coño me estás contando es que no te enteras de nada». En cambio, lo que hice fue limitarme a murmurar:

—Tío, no creo que Robert sea gay.

Ahora estábamos en Sepulveda y giré a la derecha en Skyway. Apareció ante nosotros el Theme Building: sus arcos cruzados, su icónica estructura de la era espacial, un platillo volante sobre cuatro patas. La zona de Salidas no estaba muy concurrida, y delante de la terminal de American Airlines había pocos coches cuando estacioné el 450SL junto al bordillo y nos bajamos. Abrí el maletero y lo ayudé a sacar la Samsonite llena a reventar.

—Vuelvo dentro de una semana. Gracias por traerme —dijo Thom.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy fenomenal, colega —dijo sonriendo y, aparentemente, nada afectado por la conversación que acabábamos de mantener—. ¿Le echarás un ojo a Susan?

Asentí, y luego me quedé mirándolo mientras desaparecía por las puertas automáticas de cristal para entrar en la terminal. Aquella fue la última vez que vi feliz a Thom Wright.

Estaba temblando cuando me subí de nuevo al Mercedes y empecé a conducir de vuelta hacia la ciudad. Todo a mi alrededor se desmoronaba después de la conversación con Thom Wright aquella mañana de octubre: mis ideas sobre él se reorganizaron, se alteraron; ya no volví a mirarlo de la misma manera después de que me pidiera que le echase un ojo a Susan Reynolds, o después de que diese por sentado que su mayor amenaza romántica era en realidad gay. Y sin embargo me había interrogado sobre Susan porque debió de sospechar algo de ella y de las inciertas posibilidades que flotaban en el aire, o quizá, arguyó la otra voz, Thom simplemente se *preocupaba* por su novia y temía descuidarla durante una semana porque podía echarlo demasiado de menos y cometer algún desliz. Y nada de aquello tenía que ver con Robert Mallory, ya que según Thom seguramente era gay, sin ser consciente de que tenías que ser gay para comprender que Robert Mallory *no* lo era en absoluto, así que Thom había empezado a

prestar atención a otro relato que, creía él, era el que se estaba desarrollando —«No es que Thom sea tonto…»— , y eso al final supondría su perdición, otra dolorosa lección de vida, esta vez sobre las chicas, las relaciones y el amor, el primer desengaño amoroso, un año de tristeza que tendría que aprender a superar mientras Susan y él estudiaban en la UCLA, tratando de evitarse por los caminos arbolados, los patios ajardinados y las calles de Westwood.

Pero igual todo esto no llevaba a ninguna parte, pensé, tratando de consolarme. Tal vez el escritor estaba creando otro de esos escenarios suyos abocados al desencanto y el dolor, y por eso mismo el participante tangible reapareció de pronto y lo interrumpió: por supuesto que le echaría un ojo a la novia de Thom y propondría algunos planes para el fin de semana. Tal vez iríamos a los establos Windover a ver a Debbie montando a Spirit; se habían estrenado un montón de películas de terror que quería ver —*La galaxia del terror* , *Jóvenes muertos* , *The Pit* —, o iríamos al Seven Seas el sábado por la noche a bailar con Siouxsie & the Banshees, Soft Cell y Adam & the Ants, y a beber whisky sours y meternos coca, a desmadrarnos en nuestro último año de juventud. Me tranquilicé de camino a Buckley porque ahora tenía un plan. ¿A quién pretendía engañar? Ni de broma le iba a negar mi ayuda a Thom Wright, y si eso implicaba espiar a Susan Reynolds entonces era una tarea que emprendería no solo sin quejarme, sino con entusiasmo, con tal de complacer al rey.

Llegué a Buckley una media hora antes del almuerzo y fui a sentarme a la planta de abajo de la biblioteca pensando que iba a estudiar a conciencia para los exámenes de acceso a la universidad que pensaba repetir a final de mes, pero una vez más me estaba engañando y, aburrido, subí las escaleras para echarle un vistazo al *Los Angeles Times* , que no había leído aquella mañana porque me desperté tarde y me fui directamente a Beverly Hills para recoger a Thom; sabía que no tenía que ir al colegio a primera hora y no programé la alarma. Normalmente había dos o tres ejemplares del *Times* en el estante de revistas junto al mostrador principal presidido por la bibliotecaria jefe, la señorita Crumbrine. La saludé con la cabeza al coger el periódico y ella se limitó

a pronunciar un «Bret» con su voz modulada y cuidadosamente controlada —siempre sonaba a insulto—, me lo llevé a un cubículo con paneles de madera oscura, me senté y lo desplegué. Algo me llamó poderosamente la atención en la primera plana: una hilera de fotos en blanco y negro de Katherine Latchford, Sarah Johnson, Julie Selwyn y Audrey Barbour acompañaba a un artículo sobre el asesino en serie que acechaba el Valle de San Fernando, y que la semana anterior había enviado una detallada carta a *Los Angeles Times* cuya autoría había sido verificada tanto por el periódico como por el Departamento de Policía de Los Ángeles: el Arrastrero. Todo desapareció a mi alrededor.

Se me fueron los ojos al primer párrafo del artículo, y apenas podía respirar cuando pasé las páginas hasta la sección de noticias metropolitanas, donde el reportaje continuaba, toda una página entera salpicada de fotos de los lugares donde habían encontrado los cadáveres de las chicas, así como algunos extractos de la carta —algunos mecanografiados, otros garabateados con bolígrafos de distintos colores— en la que se detallaba un día de la semana anterior en el que «yo y mis amigos» se pasaron la tarde rondando por un molino abandonado en busca de un «sitio apropiado para deshacerse del cuerpo», y que luego robaron otro perro de un vecindario donde tenían localizada a su siguiente víctima: «el sacrificio», llamaba el Arrastrero al objetivo escogido, que en última instancia sería entregado «al Dios». El artículo era un batiburrillo de disparates demenciales y yo no tenía ni idea de por qué *Los Angeles Times* citaba con tanta liberalidad la carta de aquel loco: era repugnante, abominable, y aun así la devoré con avidez porque me confirmaba algo, identifiqué la espantosa verdad que se expresaba en ella: se revelaba la locura secreta del mundo. Y he de admitir que resultaba fascinante leer los detalles que aclaraban la vida de aquel monstruo y tratar de descifrar sus posibles motivaciones. En el artículo se citaba que él y «sus amigos» vivían en moteles y se movían por la ciudad de noche, «siguiendo la luna», centrándose en ciertos vecindarios, en busca de casas de fácil acceso, o quizá averiguando dónde residían las potenciales víctimas «marcadas» para «seguirles el rastro» y decidir cuáles eran idóneas para

el «sacrificio» y cuáles no, las que se entregarían «al Dios». La carta detallaba cómo el Arrastrero y «sus amigos» vigilaban con prismáticos a jovencitas que corrían por calles desiertas, o las seguían por la zona de restaurantes de algún centro comercial, o las esperaban en un aparcamiento público junto a la playa con la esperanza de encontrar un objetivo «apropiado» para «el Dios». Se refería a los cuerpos como «paraísos» necesarios para mostrar «las alteraciones», y el Arrastrero confirmaba llevar años «alterando» antes de llegar a Los Ángeles, y que aquella ciudad era simplemente un paso más en «el continuum».

El periódico no dejaba claro cuáles eran las «alteraciones» y evitaba enumerar los materiales que utilizaba el Arrastrero, solo confirmaba que las alteraciones comenzaban «antes de quitarle la vida al cuerpo», y que «su sangre» estaba ligada a lo que denominaba «el despertar», y una vez que se alcanzaba el despertar tenía lugar la extracción de «tejido, músculo y carne» para que pudiesen comenzar las alteraciones. En las cartas también se refería a ese proceso como «las reconstrucciones» y «el ensamblaje». Había algunos detalles —la lejía vertida en cubos, la sierra que se había quedado sin filo, la colección de polaroids— que resultaban aún más espantosos por lo que no se contaba de ellos. La mente saltaba de inmediato a: ¿Para qué eran los cubos de lejía? ¿Por qué se había desafilado la sierra? ¿Qué se veía en las polaroids? Y, echa un lío, la mente respondía a esas preguntas de las formas más horripilantes. Estaban los «espacios solitarios» entre los asesinatos, en los que sentía como «el ansia de sangre» lo invadía, y fue entonces cuando se reanudaron los allanamientos con violencia y lo que el Arrastrero llamaba «las reorganizaciones», que en realidad eran «pruebas» para ver «cómo de viable» era el «objetivo»: si eran idóneos para el «sacrificio» y «el Dios». Admitía en la carta que él nunca había «sacrificado» a un objetivo al que hubiese agredido físicamente (eran dos cosas distintas), que la mayor parte del tiempo la dedicaba a «esperar» y que seguir a gente era lo que le hacía mantener «el control» sobre sí mismo, y que «los rituales» formaban parte de un relato repetitivo sumamente estructurado: conducir por la zona elegida, escoger un barrio determinado, la selección de la casa basándose en la

selección del adolescente que residiese allí, generalmente una chica, espiar la casa, buscar animales. Este relato, admitía el Arrastrero, ayudaba a aplacar su paranoia: se distraía del «dolor» por medio del «proyecto». Los chillidos de las víctimas, que el Arrastrero decía grabar, suponían el clímax de la «aniquilación definitiva»: destrozaba la laringe para detener los gritos y arrancaba «los globos oculares» para que nadie pudiese volver a verlo ni a él ni a «sus amigos»; el ritual completo podía llevar una semana para cuando terminaba el último «ensamblaje». En el artículo no se confirmaba nada sobre Audrey Barbour ni se mencionaba a Matt Kellner ni a ninguna otra víctima masculina.

Mi mente se estremecía entre alaridos de horror cuando acabé de leer el artículo, que tenía la intimidad de una entrevista aun cuando estuviese hecho en su mayor parte de extractos de la carta de un loco, y me sentí súbitamente exhausto: resultaba tan perturbador que salí del cubículo sintiendo náuseas y comprendí que no podría quedarme en el colegio y concentrarme en lo que quedaba de día; no sería capaz ni de sentarme a almorzar y seguir una simple conversación sin que me recorriese una oleada de pavor, de modo que me dirigí hacia el aparcamiento, me subí de nuevo al coche y conduje hasta la casa vacía de Mulholland, donde pasé por delante de Rosa, que no pareció sorprendida de verme, y entré en mi habitación, me fumé lo que me quedaba de la hierba de Jeff Taylor y me tumbé en la cama a ver la tele el resto de la tarde, hasta que empezó a oscurecer y yo seguía sintiéndome como si entrara y saliera flotando de la realidad, preguntándome qué estaría haciendo Thom en el vuelo rumbo a la Costa Este, y de pronto envidié su huida de Buckley, de Los Ángeles, del Arrastrero, de Robert Mallory y de la novia que iba a dejarlo. Me obligué a saltar de la cama, me quité lentamente el uniforme del colegio, me puse el bañador y salí a la piscina, donde nadé despacio de una punta a otra hasta que estuve lo suficientemente cansado para sentarme en el jacuzzi sin calentar y mirar cómo se iba apagando el cielo. Salí, me sequé y entré en la cocina, donde Shingy se despabiló al verme, correteó hacia mí y se puso a dos patas mientras yo buscaba

algo para comer en el frigorífico. Rosa estaba a punto de marcharse hasta el lunes y mantuvimos una breve conversación sobre «el perro»; me recordó que le diese a Shingy la comida preparada y no el pienso seco de la despensa, que supongo que es lo que había hecho por error la semana anterior, y yo asentí con cara de no enterarme mucho.

Me duché, eché un vistazo a los deberes y decidí que llamaría a Susan a las siete, que llegaron sorprendentemente rápido.

Me senté en el borde de la cama y marqué el número de Susan, pero no lo cogió: saltó el contestador de voz. Aquello me irritó y dejé un mensaje, pero la necesidad de hablar con ella era superior a mis fuerzas, así que llamé al otro número de la casa de Canon y esperé mientras el teléfono sonaba hasta que contestó Gayle.

—¿Qué tal, señora Reynolds? Soy Bret… ¿está Susan?

—Ah, hola, Bret. ¿Cómo estás?

Me sonó un tanto achispada, excesivamente entusiasmada por mi presencia al otro lado de la línea. Me la imaginé de pie en medio de aquel gélido salón blanco sirviéndose una copa de Chardonnay de una botella casi vacía.

—Yo bien —dije—. He llamado al número de Susan y no contesta. He pensado que igual estaba abajo.

—Oh —dijo Gayle, como si lo sintiese por mí—. Se ha ido a Palm Springs después del colegio… ¿No lo sabías? A casa de sus abuelos.

Me levanté y empecé a pasearme nerviosamente.

—¿Ah, sí?

—Sí, ha vuelto de Buckley y hacia las cuatro se ha marchado… Le dije que se esperase para no encontrarse tanto tráfico, pero se empeñó en irse pronto.

—¿A Palm Springs?

—Sí, a ver a sus abuelos —reiteró Gayle—. ¿No te ha dicho nada? Lleva semanas planeándolo. Y como Thom no está y todo eso…

No terminó la frase.

—¿Ha ido con alguien? —acerté a preguntar.

—No, no creo. ¿Por qué?

—Supongo que sí me lo dijo —respondí, confuso, y luego—: ¿Thom

sabe que va a Palm Springs?

—Doy por hecho que sí —dijo Gayle con cierta frialdad, como si la hubiera ofendido mi pregunta—. ¿Es que… te pasa algo?

—Ah, no, no me pasa nada, estoy bien —dije recuperando la compostura—. Supongo que ya la veré el lunes.

—Sí, vuelve el domingo por la noche. ¿Seguro que estás bien? Te noto un poco aturdido.

—No, estoy bien; gracias, señora Reynolds. Que pase buena noche.

—Lo mismo digo, Bret.

Y colgó.

Salí de inmediato de mi habitación al pasillo, crucé la cocina y el salón hasta el dormitorio de mi madre y me fui directo a su mesilla de noche, donde abrí un cajón y encontré el listado de Buckley con su cubierta roja. Dudé un instante y luego me dirigí al mueble bar para ponerme una copa y tranquilizarme, descubrí que se habían acabado el tequila, el ron y las dos botellas de Smirnoff, y recordé con una punzada que todo aquello me lo había bebido desde que se fueron mis padres. Me fui armando de valor mientras regresaba a mi dormitorio, y al llegar me senté en la cama, abrí el listado del último curso, localicé el número de Robert Mallory y esperé mientras rumiaba qué iba a decir cuando preguntase por él. Me devané los sesos para que se me ocurriese algún motivo para llamar, pero no hubo suerte. A la mierda, pensé, y marqué el número de Century City.

Notaba la adrenalina recorriendo todo mi organismo mientras esperaba a que descolgasen y me paseaba nerviosamente por la habitación. Y entonces respondió una voz femenina:

—¿Diga?

—Hola, quería hablar con Robert —dije—. Soy un amigo de Buckley. Soy Bret. Bret Ellis.

Se hizo un breve silencio que indicaba un leve instante de confusión.

—Ah, hola, Bret —dijo la mujer, recobrando cierta compostura—. Robert me ha hablado de ti. Ayer fuiste con él a la playa.

En su voz había un inequívoco tono de incertidumbre, como si tratara de procesar rápidamente quién era yo y por qué llamaba, y de

algún modo perpleja ante una y otra cosa.

—Sí, sí, soy yo.

—Yo soy Abby, su tía —contestó la mujer con patente cautela.

—Encantado de conocerla, Abby —dije poniendo los ojos en blanco, impaciente—. ¿Está Robert? ¿Puedo hablar con él?

—Pues la verdad es que no está —dijo Abby indecisa—. Este fin de semana está… fuera.

Cerré los ojos y tanteé en busca de la cama para sentarme.

—¿Hola? —dijo al ver que no respondía.

—Ah, disculpe. No lo sabía. ¿Dónde ha ido?

Tardó un momento en contestar con vaguedad:

—Al desierto.

—Supongo que se le olvidó decírmelo —comenté con aire tranquilo y despreocupado—. Había pensado que podíamos ir a ver una película mañana, pero, hum, bueno… —No sabía qué añadir—. ¿Ha ido con alguien?

Abby guardó silencio, tratando de decidir algo. Al fin respondió con cierta frialdad diplomática:

—No que yo sepa.

—¿Sabe dónde se va a alojar?

Otro silencio.

—Me dijo que dormiría en casa de un amigo en Rancho Mirage.

De nuevo la oí responder en un tono vago y desapegado. Pero su respuesta tenía también una finalidad, la de insinuar: No me preguntes nada más.

—Vale, bueno… —me interrumpí.

—¿Le digo que has llamado?

—No, no hace falta —dije, recuperando mi voz—. Ya lo veré el lunes. Gracias, Abby.

Esperé a que añadiese algo. Se quedó en silencio más rato de la cuenta.

—No hay de qué, Bret —dijo al fin, y luego pareció dudar hasta que yo colgué primero.

Encontré el número de mi tía de San Francisco y la llamé para

preguntarle si podía quedarme en su casa de Palm Springs ese fin de semana y ella, sorprendida, me dijo que sí y me dijo dónde escondía la llave, pero me advirtió de que la casa llevaba cerrada desde principios de mayo y de que la asistenta no había ido a ventilarla un poco desde la última semana de septiembre; mi tía no pensaba abrirla para «la temporada» (como ella lo llamaba) hasta finales de octubre. Le dije que no se preocupase, le di las gracias y metí cuatro cosas en la maleta: me marcharía al día siguiente, era demasiado tarde, estaba cansado y no quería conducir de noche; le dejaría a Shingy comida y agua suficiente, solo estaría fuera un día. Mientras esperaba tumbado en la cama a que me hiciera efecto el Valium, no paraba de preguntarme: ¿cuántas personas habría metidas en aquella mentira y cuánto tiempo podrían mantenerla antes de que todo estallase y la verdad saliera a la luz?

19

La 111 confluía con North Palm Canyon Drive y, al pasar por delante de la oficina de turismo con su enorme cubierta en forma de ala a la entrada de la ciudad, caí en la cuenta de que no había estado en el desierto desde las vacaciones de primavera, la primera semana de abril, cuando viajé con Susan y Thom —Debbie aún no pertenecía del todo a mi relato, o por lo menos no salíamos juntos— y los tres nos alojamos en la casa de mi tía en Toledo Avenue.

Las imponentes montañas de San Jacinto se cernían sobre la ciudad a última hora de la tarde tapando el cielo, oscureciendo los peñascos y las dunas, las palmeras y los cactus que se extendían a sus pies. Abrí la ventanilla del Jaguar y el aire olía a maleza y salvia, y era caliente, aunque tibio en comparación con el tremendo calor abrasador de los meses de verano. Y pensé en lo distinta que era ahora la situación —lóbrega y asediada por la muerte— en contraste con aquellos días que pasamos durante las vacaciones del tercer año de instituto, lo inocentes que parecíamos entonces en comparación al punto donde habíamos llegado solo unos pocos meses después: una fiesta estúpida y bulliciosa en el Hilton; otra en la casa de alguien en Rose Avenue, una mansión moderna de mediados de siglo que en su día perteneció a los Kennedy; margaritas con carnets falsos en la cantina de Las Casuelas; tendidos junto a la piscina escuchando a los Doors y a Sinatra; yendo a ver *La profecía III* ; montando a caballo por los senderos detrás de los establos Smoke Tree; entreviendo a Thom al quitarse el bañador en la ducha exterior bajo el enorme ficus, tan bronceado que su culo perfecto y sus muslos musculados parecían pintados de blanco; charlando con Susan por las mañanas bajo la sombrilla junto a la fuente de azulejos marroquíes, compartiendo un Quaalude mientras Thom dormía en el dormitorio principal hasta que salía medio grogui en calzoncillos, un dios griego adolescente bostezando y frotándose los ojos, inclinándose sobre Susan para darle un beso que ella aceptaba con una sonrisa, antes

de sumergirse en el jacuzzi, aún perdido en el sueño de que su relación continuaría mientras estuvieran en la UCLA y más allá. Aquella semana Susan llevó casi todo el tiempo un biquini blanco muy chic, hasta para ir a comprar provisiones y tequila en el Ralph's que frecuentábamos en Palm Canyon Drive, y me fijé en las miradas que le echaban muchos tíos, jóvenes y viejos, descaradas y llenas de lascivia, y me pregunté por qué se vestía de manera tan provocativa y enseñaba tanto de aquel cuerpo claramente delicioso. Pero no importaba, al menos en aquel entonces. Yo siempre cargaba con mis propias tensiones allá donde fuera, pero todas parecieron disiparse aquella semana en Palm Springs, donde los tres convivimos juntos y apaciblemente en la casa de Toledo y nuestros futuros parecían discurrir por los caminos que se nos habían prometido, a medida que llegábamos al comienzo de aquel paradisíaco verano de 1981.

Había hecho el trayecto en menos de cien minutos el sábado por la tarde, acelerando inútilmente por las carreteras sin saber lo que iba a encontrarme, mirando por el parabrisas impertérrito hasta que entré en los límites de la ciudad —el cartel de «Bienvenidos a Palm Springs» me sacó del trance— y más tarde giré por el camino curvado de entrada a la casa vacía de Toledo Avenue cuando el anochecer empezaba a caer sobre el desierto.

Encontré una llave bajo una de las macetas de terracota colocadas en la grava rastrillada a cada lado de la entrada y abrí las puertas que daban al recibidor. En aquella oscuridad con olor a cerrado estiré un brazo para pulsar el interruptor de la pared y se encendió una lámpara Sputnik. Me adentré en la casa encendiendo más luces, revelando un gigantesco salón de techos altos situado en un nivel ligeramente inferior y decorado en blanco y mostaza con algunos toques de morado, una de cuyas paredes consistía en una serie de altos ventanales de techo a suelo interrumpida por una chimenea de mármol flanqueada por dos de las muchas lámparas con pantallas de motivos florales violetas y amarillos colocadas sobre una amplia extensión de alfombra blanca de pelo largo. Atravesé los suelos de terrazo de la cocina y abrí la nevera, que estaba vacía pero encendida. Miré a través de las puertas

correderas de cristal que llevaban a la piscina, y el jardín parecía yermo, dado que las sombrillas amarillas y las tumbonas estaban guardadas en el garaje, y aunque la piscina estaba llena no era más que una superficie plana negra iluminada únicamente por las luces del patio.

Recorrí un pasillo hasta llegar al dormitorio principal y abrí las puertas correderas acristaladas para que se airease. Me senté en la cama, me estiré para encender la lámpara de la mesilla de noche y esperé mientras decidía qué hacer; el embotamiento me serenaba aunque también me descentraba, como si no entendiese exactamente qué había venido a buscar a Palm Springs. Pero entonces pensé en Matt Kellner, y luego en Audrey Barbour, y en que ninguno de nosotros sabía lo peligroso que podía llegar a ser Robert Mallory —yo era el único que lo sospechaba, por lo visto—, y el peligro me obligó a saltar de la cama y conducir hasta la casa de los abuelos de Susan (el principal incentivo para hacerlo fue que estaba a solo dos minutos de la casa de mi tía, de lo contrario tal vez no habría ido).

Ahora era de noche y no había nadie en Toledo Avenue: solo una larga extensión de carretera amplia y abierta normalmente poco concurrida y completamente desierta aquel sábado. Conduje unas pocas manzanas, giré a la izquierda en Sierra y luego de nuevo a la izquierda hasta una calle sin salida llamada Silverado, donde vi un Cadillac blanco y el BMW de Susan aparcados en la entrada de una casa moderna de mediados de siglo, con las luces de jardín dispuestas sobre el reluciente césped iluminando una serie de palmeras, y experimenté un alivio palpable que se abrió paso a través del embotamiento y el leve temor, porque significaba que Susan estaba realmente en casa de sus abuelos y no a saber dónde. Metí muy despacio el coche por el callejón sin salida, y cuando giraba para volver a Sierra me detuve. Y aunque siempre había sido consciente de que era una posibilidad, el miedo que venía persiguiéndome desde comienzos de septiembre me dio por fin caza, porque junto al bordillo que llevaba a la casa de los abuelos de Susan Reynolds había un Porsche negro.

Apagué los faros y aparqué al otro lado de la calle, lejos de la casa, y

esperé aun sin saber qué esperaba. Me quedé allí sentado en el coche mirando por el parabrisas mientras pasaba una hora y empezaba otra. Nada se movió en el callejón sin salida; no sabría decir si las otras casas estaban vacías, no parecía haber ningún coche en las entradas, no se veían sombras ni se oían voces amortiguadas tras los ventanales de los salones ni en los patios traseros. La única luz procedía de la casa de los abuelos de Susan y un silencio ambiente lo envolvía todo, solo interrumpido por las palabras que yo mascullaba para mis adentros dentro del Jaguar. Lo que Susan y Robert estaban haciendo era algo tan desvergonzado… ¿de verdad eran tan infantiles (o estaban tan enfermos) como para creer que se podrían salir con la suya? Y luego pensé: ¿Robert se estaba alojando en la casa con Susan? ¿O en realidad había ido con un amigo a Rancho Mirage como me había dicho su tía y aquella noche solo estaba visitando a Susan?

Y entonces salieron de la casa mientras yo los observaba desde la oscuridad del Jaguar.

Llegaron al Porsche y Robert le abrió la puerta del copiloto a Susan. Luego rodeó el coche en dirección al asiento del conductor, se detuvo antes de entrar y echó un vistazo a su alrededor por el vecindario, como si buscase a alguien en particular, pero no pareció fijarse en el coche de mi madre aparcado en la relativa oscuridad, o no le llamó la atención. El Porsche se puso en marcha, se apartó despacio del bordillo y giró a la derecha por Sierra. Esperé un instante, arranqué el Jaguar y los seguí.

Robert condujo hasta el centro, donde metió el Porsche en un aparcamiento público situado en medio de North Palm Canyon Drive, en La Plaza. Yo seguí, di la vuelta a la manzana y estacioné el Jaguar en la otra punta del aparcamiento, junto a un seto de buganvillas rosas, y luego salí a la calle extremando la cautela. Solo había un sitio donde Susan y Robert pudiesen ir, y ese era Las Casuelas Terraza, el restaurante mexicano más famoso de la ciudad, a menos de una manzana de donde habían aparcado. Respiré hondo, sintiéndome como mareado mientras avanzaba por la acera cruzándome con varias personas, simples formas, sin rasgos a mis ojos, hasta que llegué al

cartel que anunciaba el restaurante; no quería entrar por el patio abierto que daba a la calle, así que crucé a la otra acera de Palm Canyon Drive y me paseé arriba y abajo sin dejar de vigilar el local, que para mí había sido un elemento habitual desde mi infancia.

Casi me resultaba excesivamente familiar: las puertas rematadas en arco, el tejado de adobe, la campana de las viejas misiones en la torre de estuco, los postigos verdes que enmarcaban las ventanas de la segunda planta y las cestas de flores colgando debajo, los faroles que refulgían en el patio, las palmeras cerniéndose por encima en la oscuridad. Cuando levanté la mirada hacia las ondulantes hojas de palma y la veleta en lo alto del campanario reparé en el viento cálido que soplaba levemente, la primera racha de los vientos de Santa Ana de aquella temporada, contemplé las montañas de San Jacinto que ahora solo eran una masa negra dominando la ciudad, y me estremecí. Oí a los mariachis dentro de la cantina tocando suavemente «Hotel California» cuando crucé con paso ligero Palm Canyon en dirección a la entrada de Las Casuelas, subí los escalones hasta las puertas de madera abiertas y atravesé la entrada embaldosada, donde pasé por delante de un mostrador vacío bajo un candelabro de hierro y me senté en la barra del bar desierta que daba a la cantina, que era donde suponía que estarían Robert y Susan. Un camarero me sobresaltó al preguntarme qué quería tomar. Dije «Solo agua», pero cambié de idea y pedí una Pacifico y luego si podía ponerme una cestita con nachos y salsa. Necesitaba comer o me iba a dar algo. En cuanto me bebí la cerveza y hube comido un puñado de nachos me acerqué a la entrada de la cantina, donde estaba tocando la banda de mariachis y que parecía atestada en comparación con el resto de Las Casuelas aquella noche (un sábado poco concurrido fuera de temporada). Le hice al camarero un gesto de que iba a entrar en el salón y él me preguntó si quería pedir algo de cena. Respondí que no y dejé un billete por la cerveza.

Crucé la puerta del arco con el letrero «La Cantina» en lo alto junto a un dibujo a gran escala de un loro multicolor y me apresuré a sentarme en un extremo del mostrador curvo, un poco escondido por el tronco de la palmera que se alzaba en medio del bar, lleno de estanterías de

botellas de licor bajo un tejado de paja adornado con luces navideñas, y entonces los vi.

Estaban en una mesa para dos con azulejos verdes orientada hacia Palm Canyon Drive, con una vela y una carta sin abrir en medio (solo una, porque Susan se la sabía de memoria). Ella ya se había pedido un margarita y al parecer Robert se estaba bebiendo una Coca-Cola, y la estampa se antojaba de lo más inocente. Susan hablaba y él escuchaba, un farolillo colgaba de la columna junto a la mesa bañándolos en un fulgor anaranjado, y un ventilador de techo giraba despacio sobre ellos, los mariachis en el escenario iluminados por una luz rosada, tocando aún suavemente otra canción de los Eagles. Al ver a Susan y Robert me tranquilicé, una especie de alivio me imbuyó de esperanza, porque el misterio de aquellos dos parecía resuelto, y verlos me confirmó algo que llevaba reconcomiéndome semanas y no era capaz de dilucidar. Ahora había una verdad, y sin embargo la calma embotada se veía difuminada por una tristeza clara y repentina. Los observé escondido desde la barra y me di cuenta de que casi no importaba que estuviese allí: Susan y Robert estaban tan encerrados el uno en el otro que podrían haberse encontrado en cualquier otro sitio, en otro país, en otro planeta: solo se veían el uno al otro, todos los demás éramos invisibles, solo importaban ellos. Susan estaba relajada y Robert se reía de pronto y era auténtico; aparentemente no interpretaba un papel y parecía más feliz de lo que lo había visto nunca. Y resultaba evidente que eran pareja; aquello era una cita y no solo dos amigos tomando algo en Palm Springs: los conectaba una complicidad manifiesta.

Pero ¿qué había esperado encontrarme? Susan y Thom no iban a estar juntos para siempre en una especie de cuento de hadas de color de rosa soñado colectivamente: el cliché de un romance aspiracional de instituto protagonizado por el quarterback del equipo y la chica más guapa de Buckley. Susan llevaba meses apartándose de Thom y Robert Mallory no era sino el catalizador para que se decidiese a romper. Una primera versión de esta idea me impactó aquel día del mayo anterior en Westwood cuando Susan dijo: «No es que Thom sea tonto…», y había visto muchos ejemplos de ello incluso antes de que Robert

Mallory entrara en nuestras vidas: apartar la mano, un beso a medias, la canción de Icehouse, el biquini en el supermercado… habían sido pistas que emergían dentro de un rompecabezas cada vez más grande. La tristeza que sentí iba ligada al dolor inminente de Thom y era algo que no tenía ganas de procesar: Thom no se merecía aquello. Pero, vamos, pensé mientras el miedo empezaba a imponerse a la tristeza: ¿quién se *merecía* nada? Cada cual tiene lo suyo.

Susan le dijo algo a Robert y este asintió cogiendo la carta mientras ella se ponía en pie. Me bajé al momento del taburete y crucé a toda prisa el local en dirección a una cabina telefónica situada en el pasillo que había junto a los lavabos. Cerré la puerta pero no del todo, para que el fluorescente del techo no me delatase, y esperé. Giré la cara un momento cuando Susan pasó por delante del mostrador de recepción hacia el «baño de mujeres», con el corazón latiéndome desbocado y la adrenalina a la que me había acostumbrado aquel otoño disparada por todo mi organismo, paralizándome en un estado de alerta exacerbado. Tenía agarrado el auricular con todas mis fuerzas y agaché la cabeza cuando Susan pasó de largo, volví la cara y observé cómo entraba en el lavabo. Colgué el teléfono, esperé, abrí la puerta de la cabina y me planté en medio del vestíbulo como si flotase. Entró una pareja y la mujer de recepción los sentó mientras yo centraba mi atención en una hilera de sombreros mexicanos colgados en la pared y luego clavé la mirada en el candelabro negro de hierro que se balanceaba levemente, y a través de las puertas abiertas oí las ráfagas ventosas soplando a lo largo de Palm Canyon, la gente agachando la cabeza mientras caminaba contra el viento, y una planta rodadora pasó por la carretera, y luego otra.

Y en aquel momento pensé en marcharme: salir a la noche, subirme al coche, volverme a L.A. e interpretar al participante tangible y llamar a Debbie Schaffer y fingir que nada de aquello había sucedido. Además, aquel no era mi relato: era el de Susan y Robert, y, en última instancia, el de Thom. Y sin embargo me sentía responsable: ¿acaso no estábamos todos conectados como compañeros de clase, y si algo nos afectaba personalmente, no sentirían los demás las reverberaciones de nuestro

sufrimiento y podrían consolarnos y protegernos? Pero en aquel instante me di cuenta de que eso no era verdad. Porque a nadie le había afectado la muerte de Matt Kellner ni mi angustia. Todo era en vano. No había esperanza. El mundo no se enteraba de tu dolor. Se alzó de nuevo en mi interior aquella familiar oleada de rabia —la rabia era de hecho motivadora— y de pronto me dio igual que Susan pensara que estaba interfiriendo en su vida secreta. A cierto nivel entendía lo que trataba de hacer: librarse de la simplicidad de Thom, lograr su propia felicidad, encontrar otro mundo, libertad, el embotamiento como sentimiento. A otro nivel, me repugnaba.

—¿Qué haces aquí? —oí que me preguntaba.

Me di la vuelta. Susan estaba ante mí, mirándome inexpresiva aunque una nueva aspereza parecía arrugar sus facciones. No sabía cuánto tiempo llevaba allí plantada.

—Ah, hola —respondí, fingiendo patéticamente estar sorprendido—. Pues, hum, he quedado con mi tía para cenar y…

—¿Qué haces aquí? —preguntó de nuevo, interrumpiéndome con cara de palo.

Esperó mi respuesta.

—Susan… —terminé diciendo.

No era del todo inverosímil que ambos pasáramos el fin de semana en Palm Springs, pero ella sabía que algo no cuadraba.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó, pero ya no sonó a pregunta—. ¿Qué haces aquí?

Me quedé allí plantado, mirándola, paralizado.

—¿Vas a fingir que te has topado conmigo por casualidad? —Lo preguntó en voz baja, pero noté en sus ojos que estaba furiosa.

Levanté las manos y solo pude volver a decir su nombre.

—Susan…

No se había movido. Estaba muy quieta, controlándose, una estatua, mientras me fulminaba con la mirada.

—¿Cómo te has enterado? —me preguntó.

—¿Enterarme… de qué? —repliqué estúpidamente.

—De que estoy en Palm Springs —dijo con voz monocorde.

—Susan, yo…

—Bah, que te den, Bret. —Se le habían humedecido los ojos, se llevó una mano a un lado del cuello y la dejó ahí como si fuese una postura que la calmase—. ¿Qué haces? ¿Quieres echarlo todo a perder?

—¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir con esto? —le pregunté en voz baja.

—¿Seguir con qué? —me preguntó, visiblemente cabreada.

—Con lo que sea que estés haciendo aquí con Robert —dije maquinalmente con voz hueca—. Ocultándoselo a Thom.

De pronto el momento se me antojó tan íntimo que casi me sentía avergonzado, pero no podía marcharme. Susan pareció súbitamente conmocionada por la alusión a Thom, entonces comprendió algo y me preguntó:

—¿Qué te contó Thom ayer de camino al aeropuerto?

Me callé, la miré cortado y murmuré una respuesta.

—¿Qué? —preguntó, fulminándome con la mirada—. No te he oído. —Lo dijo como soltándome una reprimenda, una profesora regañando a un alumno.

—Que te echase un ojo mientras estaba fuera —dije, con voz más clara.

—Joder —masculló.

Seguía con la mano tensa en el cuello.

—Susan, ¿qué está pasando…? —empecé.

Ella dio un paso adelante.

—Por favor, no se lo cuentes a Thom. —La mujer de dureza embotada se transformó de pronto en una niñita suplicante—. Por favor, te ruego que no se lo cuentes a Thom.

Lo dijo con una voz que apenas era un susurro, y su manera de pedírmelo activó algo en mí.

—¿Contarle a Thom qué? —pregunté en voz alta—. ¿Qué es lo que no debería contarle a Thom? ¿Que estás aquí con Robert Mallory? ¿Que estás pasando el fin de semana con Robert Mallory? Susan, ¿qué coño estás haciendo?

Di un paso hacia ella.

—No me grites —dijo Susan mirando alrededor, aunque no había nadie cerca que pudiese oírnos.

—¿Qué estás haciendo? —Ahora mi voz también tenía una horrible cualidad de súplica.

—Prométeme simplemente que no se lo contarás a Thom —dijo sin dejar de mirar alrededor en el vestíbulo, y luego a mí, con culpabilidad.

—¿Que te prometa que no le voy a contar qué? —le pregunté. Me di cuenta de que estaba lívido y que quería insultarla y hacerle daño—. ¿Que te estás follando a Robert Mallory…?

—Bah, para ya —dijo Susan, de pronto asqueada—. No tienes ni idea. No sabes de lo que estás hablando. Te estás comportando como un idiota…

—¿Qué? ¿Me equivoco? —exclamé, incrédulo—. ¿No te lo estás…?

—Para…

—¿Está contigo? ¿Está en casa de tus abuelos? ¿Quién creen que es? —le pregunté—. ¿Un *amigo* ?

—Sí —dijo ella—. Porque es lo que es. Es un amigo.

—Yo creo que es peligroso —dije en voz baja—. Creo que te va a hacer daño.

—¿Por qué estás aquí? —volvió a preguntarme, ignorando lo que acababa de decir—. ¿Por qué quieres echarlo todo a perder?

—¡Tú eres la que va a echarlo todo a perder! —grité sin darme cuenta.

Y entonces me volví a mirar lo que estaba mirando Susan: la mujer de recepción había vuelto al mostrador y me observaba con los ojos muy abiertos, pasmada; sacudió la cabeza y se volvió hacia otro lado. Me acerqué más a Susan.

—Te quiero —estaba diciéndome—. ¿Lo entiendes? Te quiero. Siempre te he querido. No sé por qué me preocupo tanto, pero es que me he sentido tan perdida y… —Se interrumpió, y esperó, antes de preguntar—: ¿Tú también me quieres, Bret?

—Sí, claro que sí —dije titubeante—. Ya lo sabes.

—Entonces, por favor, prométeme que no se lo contarás a Thom.

—Odio a Robert —solté en un arrebato—. Lo odio. No entiendo por

qué. Pero lo odio. Y odio que estés aquí con él. Me pone enfermo, Susan. Me pone enfermo por Thom. Me pone enfermo por ti. Lo odio.

Estaba a punto de echarme a llorar. Notaba que se me iba a desmoronar la cara. No era capaz de controlarme. Aquello me desbordaba.

—Bret, esto no va de ti —dijo Susan con calma—. No importa.

—Lo odio. Creo que le hizo algo a Matt…

—¿Que le hizo algo a Matt? —preguntó, retrocediendo—. Pero ¿qué estás diciendo? —De nuevo la voz suplicante—. Parece que estés loco. Pareces un loco cuando dices esas cosas.

—Pero es que el loco es él —dije, incapaz de controlar mi desvarío—. Yo no soy el loco. Es Robert. Es peligroso. Está enfermo…

—Calla, Bret, por favor, tienes que parar. No sabes nada. Ahora no puedo hablar, pero, por favor, no… —La desesperación no le dejó acabar la frase.

Cerré los ojos, sacudí la cabeza y asentí impotente.

—Te lo prometo. Te prometo que no se lo contaré a Thom.

—Te quiero —repitió ella.

—No vuelvas a decir eso —respondí con expresión ceñuda—. Esto lo está echando todo a perder. Esto va a destrozar a Thom…

—A Thom no le pasará nada —me contestó con voz tranquilizadora.

—Y va a destrozar lo que hay entre nosotros…

—No, no, Bret, para nada. Tengo que irme.

Estaba perdiendo la batalla, y solo quería poner fin a la conversación cuando de repente comprendí que ya se había acabado. Finalmente dije:

—No le digas a Robert que te has encontrado conmigo. No le digas que me acabas de ver. No le digas que hemos hablado.

Susan se detuvo y buscó mi mano. Dejé que la levantase y la apretase.

—No sé si puedo hacer eso, Bret —respondió controlando la voz, suave pero firme—. Estoy con él…

—Si se lo dices, entonces yo no podré mantener mi promesa —le dije mirando desesperado a mi alrededor… a donde fuera menos a Susan—.

Te guardaré el secreto. No le contaré a Thom que has estado aquí, pero tú no le puedes decir a Robert que me has visto. ¿Podrás hacer eso?

La miré.

Ella asintió despacio.

—¿Y tú no se lo contarás nunca a Thom?

—Si no le dices a Robert que me has visto… —Me callé, recordé algo. Ella esperó. Y entonces dije, repitiendo su muletilla—: Tu secreto está a salvo conmigo.

Me atrajo hacia sí para abrazarme —un abrazo fuerte, intenso—, y luego me soltó y se alejó rápidamente de vuelta a la cantina sin despedirse. Recorrí tambaleante Palm Canyon Drive, guiado por los vientos de Santa Ana hasta que entré casi a ciegas en el aparcamiento, pasé por delante del Porsche de Robert, llegué al Jaguar de mi madre y, a través de un velo de lágrimas, puse rumbo a la casa de Toledo. Saldría a primera hora de la mañana para llegar a Los Ángeles antes del mediodía.

En un momento dado del trayecto desde Las Casuelas hasta la casa de Toledo Avenue —que solo me llevó unos diez minutos— me fijé en unos faros que venían detrás de mí por East Palm Canyon Drive y empecé a sospechar que alguien estaba siguiendo al Jaguar. La única razón por la que se me ocurrió aquello: no había nadie más en las calles. Cuando torcí a la derecha en La Verne Way y los faros también giraron me di cuenta de que pertenecían a una furgoneta de color beis; la entreví bajo una farola por el retrovisor. Aquella noche mi paranoia era tan fuerte que mi mente empezó a convencerme de que la furgoneta me estaba siguiendo y de que no iba a ninguna otra parte: iba a por el Jaguar y quería saber adónde me dirigía, dónde vivía, dónde dormiría esa noche, dónde encontrarme luego para que su conductor pudiera ponerse un pasamontañas y agarrar un cuchillo de carnicero mientras se cernía sobre mi cama y me preguntaba arrastrando la voz si quería morir, los ojos muy abiertos de ira y locura.

Iba atento al retrovisor y apenas miraba la carretera, concentrado solo en los faros que tenía detrás, cuando de pronto el coche dio un viraje y me metí en el carril contrario. Por suerte no venía nadie, y

mientras volvía a pasarme a mi carril una nueva oleada de pavor me invadió y sentí náuseas y necesitaba un Valium para aplacar el pánico y, a medida que me acercaba a la casa de Toledo Avenue, empecé a desear que ojalá no hubiese sucedido nada de lo ocurrido aquella noche; de hecho, estaba rezando. Volví a mirar por el retrovisor: la furgoneta continuaba deslizándose lentamente detrás de mí. «No seas moñas», oí decir a la voz de Ryan Vaughn, y sentí que se me rompía el corazón. Al girar por el camino de entrada a la casa de mi tía esperaba que la furgoneta beis disminuyese la marcha, pero no fue así: se limitó a continuar su camino mientras yo me quedaba allí sentado en el Jaguar hecho un guiñapo, al borde de las lágrimas, destrozado por el pavor que mi paranoia había activado, y por Susan, y por Robert, y por lo que le iba a pasar a Thom, y por las chicas muertas, y por el Arrastrero, y por Matt Kellner. La furgoneta continuó avanzando por Toledo Avenue, alejándose de mí, y me quedé mirándola mientras sus faros traseros desaparecían. *Te. Has. Imaginado. Cosas.* Estuve a punto de romper a sollozar de alivio mientras el viento balanceaba suavemente el coche. Estaba tan enfermizamente exhausto que me arrastré tambaleante hasta el dormitorio sin apagar ninguna de las luces del salón ni del patio, cerré las puertas correderas que daban a la piscina y me tomé dos Valiums que había llevado y empecé a quedarme dormido escuchando las ráfagas de viento que surcaban el desierto.

Y antes de perder la conciencia caí en la cuenta de que había visto esa furgoneta beis varias veces a lo largo del otoño de 1981: en el aparcamiento de Buckley la noche en que profanaron al grifo; en la tercera planta del parking de Sherman Oaks Galleria el primer día de curso, cuando Robert me siguió por Ventura Boulevard; en el callejón detrás del espacio de Melrose la noche en que un hippy arañó a aquella chica. Recordar aquellos tres avistamientos hizo que en mi mente destellaran como fogonazos otras ocasiones en que creía haber visto aquella furgoneta, algunas que pensaba que eran reales, mientras que otras no eran demostrables, seguramente imaginadas. Aquella noche en Palm Springs fue la primera vez que fui consciente de que había algo siniestro en aquella furgoneta beis y que su presencia era un

recordatorio, otro ejemplo, de todo lo que estaba saliéndose de madre aquel otoño. Y fue la primera vez que la relacioné vagamente con Robert Mallory. No sé por qué, no había nada que los vinculase, pero de alguna manera supe que la furgoneta beis tenía que ver con él. Había una conexión… pero aún no sabía cuál.

Me despertó un leve estrépito. Algo se había volcado en la calle y se había hecho añicos. Pensé que quizá el viento había derribado una de las enormes macetas vacías de terracota, rompiéndola contra el suelo de hormigón del patio: los vientos de Santa Ana eran más potentes que antes y aullaban de vez en cuando a su paso por el desierto. Miré por las puertas de cristal del dormitorio y vi que afuera todo estaba sumido en la oscuridad: las luces que había dejado encendidas estaban apagadas, y ningún resplandor emanaba del pasillo que llevaba al dormitorio ni se derramaba por el patio, y el recibidor también estaba a oscuras. Y era consciente de que no las había apagado antes de quedarme dormido. El Valium me ayudó a mantener la calma mientras alcanzaba el teléfono junto a la lámpara de la mesilla… pero no había línea, y entonces empezó a invadirme una leve punzada de aquel miedo que me era tan familiar. Mi primer pensamiento: un corte de electricidad causado por los vientos había dejado la casa a oscuras. Pero cuando me levanté y me dirigí muy despacio hacia el salón, tanteando la pared con una mano para orientarme a través de la oscuridad, de pronto vi por el cristal de la puerta que las farolas y otras luces en las entradas de las casas de toda Toledo Avenue estaban encendidas. Me había quedado dormido con el reloj puesto, y cuando pulsé el botón lateral los números digitales se iluminaron y me informaron de que eran las tres y media. Me quedé allí plantado en una oscuridad casi completa; la única luz era muy tenue y procedía o bien de la calle a través de los ventanales, o bien de la luna alta en el desierto que alumbraba débilmente la vivienda, formando sombras y siluetas que acerté a vislumbrar cuando se me acostumbró la vista: distinguí el contorno del enorme ficus en el jardín doblándose por el viento, y detrás el seto que separaba la casa del desierto, el rectángulo oscuro de la piscina, pero no había colores, nada era nítido. Avancé de

pared a pared encontrando a mi paso varios interruptores que fui accionando en vano: nada. No había electricidad. El sonido del viento arreció, atronó por el desierto y se disipó en la lejanía en un silencio momentáneo antes de volver a la carga.

Desistí y di media vuelta para regresar al dormitorio, donde sabía que podría volver a caer fácilmente en el sueño brumoso del Valium, pero de pronto me quedé paralizado cuando un haz de luz empezó a recorrer lentamente el salón.

Había alguien junto a la piscina con una linterna cruzando el patio azotado por el viento, y el haz de luz continuó recorriendo las paredes del salón a oscuras, deteniéndose de vez en cuando en algún mueble como si cayese en algo que consideraba importante. El haz se paseó por la mesita de café y por la alfombra blanca de pelo largo y recorrió las estanterías que conectaban con el pasillo hacia el cual yo había retrocedido y que conducía al dormitorio principal. El haz abandonó el salón y, desde mi escondrijo al fondo del pasillo, vi que la luz reaparecía y se agrandaba a medida que se desplazaba por el patio y luego reptaba por el suelo del dormitorio hasta posarse en la cama, donde se detuvo súbitamente, como sorprendida de que estuviese vacía, de que no hubiese nadie allí, de que quienquiera que hubiese estado antes ahora no estuviera. Entonces la luz se movió nerviosamente de un lado a otro por encima de la cama, de una punta a otra de la habitación, como buscando algo, y entonces se detuvo, perpleja, cuando se posó sobre la mochila Gucci que había traído conmigo.

Quienquiera que sostuviese la linterna se apartó de la puerta corredera del dormitorio principal y empezó a cruzar lentamente el jardín hacia el patio, hasta el lado de la casa donde estaba la cocina. Pasé al salón siguiendo la luz y la observé cuando de pronto onduló por las paredes y atravesó de nuevo las estanterías de libros.

La cabeza me iba a mil por hora: pensé que podía ser un guardia de seguridad de los Canyon Estates, pero seguramente habría llamado al timbre en lugar de merodear por el patio de atrás. La luz se había quedado quieta, y entonces saltó sin previo aviso donde me encontraba yo, que logré agacharme instintivamente hasta el suelo, evitando ser

visto.

El haz se quedó allí un momento, y luego vi cómo se movía lentamente por la pared del salón hasta llegar a la cocina, deteniéndose a ratos, resiguiendo el suelo y luego el techo.

A través de la bruma del Valium y de mi adormilamiento, comprendí por fin con un inquietante escalofrío: quienquiera que estuviese fuera buscaba a alguien en la casa. Había un coche en la entrada. Había una cama deshecha. Se estaba preguntando: ¿dónde está la persona que vive aquí? Aquella noche había montones de casas vacías por toda la avenida listas para ser robadas, pero alguien había escogido aquella en particular *porque había alguien dentro* , gritó frenética mi mente.

El haz de luz volvió a cruzar el salón deteniéndose deliberadamente en los rincones donde la aterrorizada víctima podría estar agazapada, escondiéndose. Yo seguía en el suelo, temblando descontroladamente. Pero resultaba más aterrador aún no saber dónde estaba aquella persona, así que levanté despacio la cabeza para seguir observando el movimiento de la linterna.

No había ninguna otra luz en el jardín —ni en el patio ni en la piscina —, y no paraba de preguntarme quién podía ser aquella persona, qué quería y por qué había escogido aquella casa. Apenas se discernía su forma tras el blanco haz de luz, no veía nada más. El viento azotó de repente las puertas correderas, aullando de nuevo, y súbitamente, tal y como había comenzado, remitió.

La luz ahora regresó al dormitorio; había cambiado de rumbo cuando se dirigía a la cocina. Revisó la piscina y recorrió la ducha exterior, los ficus, la fuente de azulejos marroquíes.

Me di cuenta de que había pasado tanto miedo que ni siquiera era consciente de ello: el pavor había sido formidable y abstracto, mientras que ahora era específico, y eso me hizo incorporarme, medio agachado, y echar una ojeada hacia la puerta principal planteándome una posible huida.

La casa estaba en silencio absoluto mientras la luz volvía al salón y reanudaba su examen.

Me dejé caer al suelo y gateé hasta un espacio tras uno de los sofás y

grité algo en pleno ataque de terror: no una palabra, no pedí ayuda ni fue una advertencia, solo un sonido, confuso y agudo.

El haz de luz se quedó inmóvil, y al momento empezó a moverse frenéticamente por la alfombra y a lo largo de los sillones, tratando de localizar de dónde venía el ruido. Llegó enseguida hasta el sofá, pero yo estaba detrás y no se me veía, y entonces la luz se detuvo como si hubiese comprendido algo.

Yo estaba apretujado contra la pared posterior del sofá, jadeante, paralizado, apenas capaz de contener el terror. Volví a mirar hacia la puerta. El viento arreció un momento y volvió a quedarse en silencio. Aguardé con la vana esperanza de que aquello fuese un sueño del que me despertaría en cualquier momento, pero tuve la horrible certeza de que no era así. No sabía si me habían marcado como objetivo ni si aquella persona era una amenaza real, y no quería averiguarlo provocándola. Pero no pude evitar emitir otro sollozo estrangulado.

Empecé a gatear lentamente por el suelo del salón hacia el pasillo que llevaba al dormitorio principal, todo envuelto en penumbra, me puse en pie y avancé a trompicones hacia la puerta de la habitación, palpando de nuevo con la mano para orientarme.

Solo necesitaba las llaves del coche, no pensaba en otra cosa. Estaban en la mesilla de noche. No necesitaba nada más. Si era preciso, volvería a Los Ángeles con la camiseta y los calzoncillos con los que había dormido.

El haz de luz tras las puertas correderas de cristal estaba recorriendo ahora el cabecero de la cama y la pared de encima, y me tiré al suelo justo delante de la puerta que daba a la habitación. Temblaba de tal manera que no podía estarme quieto, pero me obligué a esperar. Y en ese instante el haz de luz desapareció.

Seguí a la espera. Solo se oía el viento. Y entonces reapareció la luz apuntando directa al techo, y oí otro ruido aparte del viento. Al principio no supe qué era.

Era un sonido seco, espaciado y rítmico, pero lento: algo repiqueteaba contra el cristal de las puertas correderas.

Cuando levanté la mirada hacia el haz de luz circular que se movía

arriba y abajo por el techo, comprendí que la persona de fuera estaba golpeando lentamente con la linterna en el cristal del dormitorio.

Era una provocación, una advertencia, estaba esperando que me dejase ver y tratase de alcanzar las llaves.

Yo estaba tan aterrorizado que grité:

—¡Robert! —Y de nuevo—: ¡Robert!

A esas alturas, ni siquiera estoy seguro de que pensara que era Robert Mallory: fue simplemente lo que me salió en aquel momento de puro pánico. En cuanto lo grité, la luz se apagó automáticamente: el haz desapareció. De repente se había esfumado. Esperé que se encendiese de nuevo, pero no sucedió.

No fui capaz de moverme durante lo que se me antojó una hora, escuchando el viento, tratando de calmarme. Cuando volví a mirar el reloj me quedé asombrado al comprobar que solo eran las tres y treinta y siete. Todo aquel calvario —desde el momento en que me desperté hasta que volví a mirar la hora— había durado apenas siete minutos.

Agarré la mochila y las llaves del coche, salí corriendo de la casa, salí de Palm Springs conduciendo en camiseta y calzoncillos, y llegué a Los Ángeles al amanecer, cuando el sol empezaba a elevarse sobre la ciudad.

20

En cuanto frené junto a la casa vacía de Mulholland aquel domingo a primera hora de la mañana, me percaté al momento de que nuestro buzón al principio del camino de entrada estaba abierto y había algo dentro: una cinta de casete Maxell. Al principio pensé que la habría dejado Debbie Schaffer, una cinta recopilatoria con canciones que ella imaginaba que significaban algo para mí, música que servía de comentario a nuestra relación y lo que supuestamente habíamos construido juntos desde junio, el rollo novio-novia. Al sacar la cinta del buzón y dejarla caer en el asiento del copiloto noté una punzada de aprensión y culpabilidad, y luego seguí hasta el garaje, abrí la puerta y aparqué el Jaguar. Oí el ladrido nervioso de Shingy dentro de la casa mientras me bajaba y me apoyaba en el coche, imaginándome los mensajes de Debbie que me esperaban en el contestador, preguntándome dónde estaba aquel sábado por la noche y por qué no contestaba. Me pregunté si a esas alturas sabría ya que había estado en Palm Springs, si Susan la habría llamado cuando llegó a la casa de Silverado para contarle nuestro tenso encuentro en Las Casuelas. También es verdad que, en aquel momento, en el garaje, me traía sin cuidado. Los vientos de Santa Ana azotaron la puerta de la cochera y me di cuenta de que estaba totalmente descentrado y necesitaba dormir.

Contemplé al perro correteando en círculos por el césped a la luz de la mañana, al parecer tan encantado por los vientos cálidos que surcaban el patio —brincando, ladrándoles— como por mi regreso. Dejé la puerta de la cocina abierta para que pudiese entrar de nuevo y caminé con paso cansado hasta el dormitorio, donde dejé la cinta en el escritorio, solté la mochila Gucci junto a la cama y me quedé dormido casi en el acto. Cuando me desperté eran las dos de la tarde y no podía dejar de pensar en Susan y Robert, como si aún siguiese soñando con ellos: follando, desnudos, en una de las habitaciones de invitados de la

casa de sus abuelos mientras los vientos aullaban; los pechos de Susan, con los pezones rígidos y húmedos de la saliva de Robert, el culo pálido de Robert embistiéndola, sus gemidos mutuos de éxtasis; tenía una erección descomunal y me masturbé rápidamente con aquellas imágenes para librarme de ellas… pero no pude, ni siquiera después de correrme. Temía el regreso de Thom, y me aterraba pensar en el día siguiente en Buckley sin él allí, la pantomima interminable que me esperaba: fingir que estábamos en el sueño de otra persona, un lugar donde no había visto a Susan en Palm Springs con Robert aquel fin de semana. Alargué una mano y pulsé el PLAY del contestador: dos mensajes de Debbie el sábado por la noche —decepcionada, luego inquieta—, más uno de mi madre, que seguía en algún lugar de Grecia, y varias llamadas sin mensaje. Volví a tumbarme y me quedé mirando el póster de Elvis Costello que tenía junto a la cama: TRUST .

En algún momento de las últimas siete semanas Susan se había enamorado de Robert Mallory, y yo no podía imaginarme nada más desolador —por lo menos desde el punto de vista social—, porque no podría ocultarse por mucho más tiempo y una vez que se revelase todo se vería alterado, todas las relaciones se reorganizarían, se escogerían bandos y aquello modificaría por completo la atmósfera de nuestro último año de instituto, y me daba miedo que aquello destrozara a Thom, por muy alegre y fuerte que aparentase ser en la superficie. Había una grieta cada vez más grande a la que Thom no había prestado atención… y ahora lo iba a engullir. Todo se cuajaría, se agriaría, aquella nueva realidad sería nuestro único punto de referencia, el mundo moriría. La única persona que lo había sabido hasta entonces era Debbie Schaffer, y mientras estaba allí tumbado aquel domingo por la tarde de pronto empecé a odiarla porque había visto lo que se nos venía encima mucho antes que yo y no había advertido a nadie. Ella había sabido que todo el mundo acabaría enterándose y eso la hacía culpable a mis ojos; eran tan arrogante, le importaba todo tan poco… ¿Qué esperaba de mí?, pensé furioso mientras me limpiaba el semen de la polla y de la barriga con un Kleenex. ¿En serio se había pasado horas grabando una cinta recopilatoria que desgranaba sus sentimientos por

mí en veinticuatro canciones, y en serio esperaba que aquello me conmoviese? Y de pronto el flujo de emociones se detuvo y mis ojos se posaron sobre la cinta que estaba sobre el escritorio en la otra punta de la habitación y que ella me había dejado mientras estaba en Palm Springs, y entonces me di cuenta de algo: había dado por sentado que la cinta era cosa de Debbie, pero no tenía aquel cartoncito con la lista de canciones de la cara A y la cara B con las formas geométricas con las que Debbie solía adornar el título de cada tema, y solo entonces me fijé en que había algo más que no cuadraba. Me levanté de la cama, fui hasta el escritorio y miré la cinta Maxell.

Alguien había escrito mal mi nombre con dos tes. BRETT . Y no era la caligrafía de Debbie.

Me quedé un buen rato mirando fijamente la cinta sin cogerla, porque de pronto no quería tocarla si no era de Debbie. Por un instante pensé, con ilusa esperanza, que era de Ryan, que tal vez había cambiado de opinión sobre nosotros, que tal vez la te de más era un chiste privado, una cinta llena de canciones de Bob Seger y Springsteen… pero sabía que era imposible. Aquella cinta no era nada bueno. Me invadió una oleada de náusea que me hizo darme cuenta de que estaba muerto de hambre, así que salí del dormitorio y fui a la cocina, miré en la nevera, saqué un cuenco de la pasta que Rosa me había dejado preparada y picoteé un poco mientras contemplaba cómo los vientos de Santa Ana formaban ondas en la piscina y observaba a Shingy tendido en el césped al sol de última hora de la tarde, con el pelaje enmarañado por el aire; y allí me quedé, en la cocina, de pie junto a la isleta, un buen rato, comiendo macarrones lentamente con los dedos hasta que me di cuenta de que tenía que volver al dormitorio —algo me obligó— y puse de inmediato la cinta en la pletina de mi aparato de música. Pulsé PLAY , me senté al escritorio y esperé.

Me esperaba una canción, pero al principio no se oyó nada, solo silencio, luego un zumbido gradual, una vibración, y pensé que igual era el comienzo del primer tema. Me incliné para subir el volumen pero no oí nada más, y el viento de fuera me distrajo, hasta que me di cuenta de que el viento también salía de los altavoces de mi dormitorio.

Habían grabado el viento. Pero no se oía nada más, y aquel sonido no parecía ser el principio de ninguna canción. Me quedé sentado muy quieto, escuchando, inclinado hacia delante con una oreja ladeada hacia uno de los altavoces, y apenas conseguí distinguir el otro sonido que se oía: olas lejanas rompiendo en una costa en algún sitio. Y pronto lo acompañó otro ruido que no acababa de discernir y que al principio pensé que sería estática, pero enseguida caí en mi error y comprendí que era crepitar de fuego. Sin embargo el viento del exterior competía con los sonidos que salían de los altavoces, así que busqué con la mirada mi walkman y recordé que estaba en el gimnasio improvisado, en la bandeja de la cinta de correr, y fui a por él y saqué de dentro una cinta de Billy Idol. Cuando volví al dormitorio aún se oía el viento por los altavoces. Pulsé STOP , saqué la cinta Maxell, la metí en el walkman, me puse con cuidado los cascos y escuché. Pasaron tres minutos sin que se oyera nada salvo las olas rompiendo contra una costa, lejanas y débiles, y las ráfagas ocasionales de viento, dominando el ambiente, junto con el amortiguado crepitar de un fuego. Y entonces, por fin, sonó lo que parecía una voz, y al principio pensé que estaba diciendo «Póntelo… póntelo», pero no lo oía con suficiente claridad como para asegurar que fueran aquellas palabras exactas. El sonido del walkman se volvió más nítido, y entonces caí en la cuenta de que la voz no estaba diciendo «Póntelo… póntelo», sino «Cómetelo… cómetelo».

Aquella voz era horrible, y aunque sonaba como la de un hombre joven también era impostada, un gemido trémulo, una voz de Halloween, alguien tratando de asustarte. Continuaba ordenando a alguien «Cómetelo» y luego se callaba, y se oía a esa otra persona como sollozando, tratando de contenerse, hasta que al final se desmoronaba y rompía a llorar, y entonces intentaba hablar, como aturdido o bajo la influencia de algo monstruoso que lo había dejado destrozado y debilitado. «No… quiero… comérmelo…», decía la otra voz entre lágrimas y jadeando. «Cómetelo, cómetelo», siseaba la voz impostada, un hombre imitando histriónicamente a una bruja —la voz era ligeramente pastosa, como si tuviese la boca llena de comida—, y cuando se hacía una pausa solo se oían las olas y el viento y el ruido de

leños ardiendo hasta que la horrible voz dijo en tono de aprobación: «Síííííí, eso esssss», y entonces movieron el micrófono para que se oyese a la aterrada persona masticando algo, y la masticación se interrumpía con un llanto y luego otro sonido: el micrófono pasando de nuevo sobre el crepitar del fuego y las olas rompiendo. Intenté imaginarme quién era aquella gente y dónde se estaba grabando aquello: estaban en una playa, hacía viento, estaban sentados junto a una hoguera, así que probablemente era de noche, ¿y por qué grababan aquel intercambio? ¿Estaba guionizado? ¿Escenificado? ¿Eran actores?

La voz impostada de monstruo siguió insistiendo a la otra persona «Cómetelo… cómetelo…», y la voz del chico dijo entre sollozos: «Tengo miedo… Tengo… miedo… ¿Qué son esas luces…? Oh, tío…». Hubo una pausa durante la cual solo se oyó gruñir al chico hasta que la cosa le urgió: «Cómete… este…». El llanto del chico continuó y empezó a suplicar, de forma entrecortada, como si luchase por pronunciar las palabras: «Quítate… la… máscara… por favor… quítate la… máscara…», y, tras respirar hondo, suplicó de nuevo resollando: «Por favor… quítate… la… máscara». «Cómetelo… Cómete essste…», le ordenó la voz de Halloween, como si le estuviese ofreciendo algo que colgara de una garra. Oí masticar de nuevo y luego sollozos mientras el chico decía, con la boca llena de lo que fuese que estuviera comiendo: «Tengo miedo… tengo mucho frío…». «CÓMETELO —chilló la voz—, CÓMETELO ». Se oyó una arcada seguida de toses, y luego el chico gimoteó: «Lo siento… lo siento», y después: «… por favor… por favor… quítate la… máscara…». Y entonces la voz del chico se retorció entre convulsiones como si tiritase sin control, «T-t-tengo m-m-mucho f-frío…», dijo. Llegó un momento en que fui consciente, allí en la silla de mi escritorio, de que aquello era real: no era una representación. No era una broma. Fuera lo que fuese aquello que habían grabado era auténtico: el pavor en la voz del chico era desmedido. Y de pronto yo también sentí miedo, más que nunca en mi vida.

Siguió un largo silencio entre las voces —el crepitar de la hoguera, las olas en el mar, el aullido del viento— y comprendí que lo que hubiese sentado frente al chico le había tendido algo que ahora este se comía y

masticaba, y ahí fue cuando supe que eran los peces del acuario de Matt Kellner. Me quedé paralizado, completamente helado, mientras oía a Matt sollozar y la voz impostada que seguía diciéndole «Cómetelo… CÓMETELO …». Aquello se prolongó unos veinte minutos más, y Matt cada vez parecía más colocado, como si estuviese en pleno viaje de ácido y la intensidad lo aterrorizase, reduciéndolo a un estado infantil. Miré hacia el césped del jardín a través de las lamas de la persiana y contuve las ganas de pasar la cinta hacia delante, porque, aunque no pudiese soportarlo, tenía que oír cómo se desarrollaba la cosa. «Quítate… la… máscara…», seguía pidiendo Matt, desamparado, apabullado. «Cómetelo», insistió la voz. Matt dijo algo que no logré escuchar, rebobiné la cinta y pulsé PLAY de nuevo. Matt, hablando cada vez más como un crío, decía: «Pero… aún… está… vivo… por favor…». «¡CÓMETELO !», le ordenó la voz. Ajustaron el micro para que se oyese a Matt masticando los peces que la cosa le seguía tendiendo. Y entonces se oyó un clic y empezó a sonar música, un elaborado fraseo de piano que me resultó inmediatamente familiar: lo conocía, pero en un primer momento no lo identifiqué. «Canta la canción…», y Matt, sollozando, trataba de cantar, animado por la horrenda voz. El viento disminuyó, las olas se calmaron y solo se oían las llamas crepitantes, y entonces reconocí «Year of the Cat» de Al Stewart y la abominable voz preguntó: «¿Te… gustó la polla?». Matt sollozó. «Tengo tanto frío…». «¿Te gustó meterte la polla en el ano?», resolló la voz. Matt continuó llorando.

«Canta la canción…», barboteó la voz. Matt empezó a cantar con voz queda y se le oía temblar, y el temblor iba a peor, de manera que parecía como si vibrase mientras cantaba sobre la música, pero no era capaz de repetir la letra con coherencia, no se la sabía, se limitaba a hacer ruidos, intentando tararearla. «Tengo miedo —volvió a decir, y podías oír las lágrimas—. Tengo m-m-miedo». «¿Te gustó chupar la polla? —le preguntó la voz—. ¿Te gustó meterte la polla en el culo?». Hubo una interrupción y ajustaron el micro de nuevo. Y entonces oí el primer golpe, pero Matt no protestó ni gritó porque la «cantidad masiva» de dietilamida de ácido lisérgico por fin lo engulló y ahora estaba extraviado en un terror de otro mundo, hipnotizado por él.

Seguía sonando «Year of the Cat», interrumpido por los golpes: era el sonido de algo que azotaba a Matt, en la espalda, la cara y el pecho y, entremedias, su llanto sereno. Caí en la cuenta de que Matt estaba desnudo y de que algo plano y flexible impactaba contra su carne: de ahí venían los moratones. Las olas continuaban rompiendo de fondo, rítmicas y sincronizadas con los golpes, el agua batiendo contra la orilla y luego retrocediendo, y luego se hacía un silencio y en la pausa se formaba otra ola, y el ruido del azote se oía de nuevo. Era el cuerpo desnudo de Matt junto a una hoguera en Crystal Cove, mientras el engendro macabro que estaba a su lado grababa todo aquello. «Las luces… —gimió finalmente Matt—. Oh, Dios, las luces…».

Y entonces la cinta terminó bruscamente. Estaba tan absorto y paralizado por el horror que me costó más de lo normal darme cuenta de que iba a vomitar. Me arranqué los cascos de la cabeza, me levanté a toda prisa del escritorio volcando la silla y me tambaleé hacia el cuarto de baño.

21

Aquella tarde mi primer pensamiento después de acabar de escuchar la cinta, una grabación de la última noche con vida de Matt Kellner, fue quemarla. Se me pasó por la cabeza antes incluso de plantearme la idea de llevarla a la policía. En algún momento de la tarde conduje hasta Haskell Avenue con intención de meter la cinta en el buzón de Ronald y Sheila Kellner —le limpiaría mis huellas y que se apañasen ellos—, pero para cuando me detuve delante de la casa ya había cambiado de opinión. No lograba entender por qué, pero por algún motivo no quería que nadie más la escuchase, aquella prueba contenía algo putrefacto que me impedía acudir tanto a las autoridades como a los Kellner. En vez de eso, lo que hice aquel domingo por la tarde fue llamar a Jeff Taylor desde una cabina telefónica en Ventura Boulevard y preguntarle si tenía hierba o Quaaludes, Jeff me confirmó que tenía ambas cosas y que me las llevaría a Buckley al día siguiente, pero yo las necesitaba en aquel momento y le dije que iría a Malibú a buscarlas. Fui por Topanga Canyon hasta la carretera de la Costa del Pacífico y allí aceleré rumbo a la Colony, donde Jeff me recibió delante de las verjas de su casa; me invitaría a pasar, me explicó, pero su padre estaba dentro totalmente borracho viendo partidos de fútbol americano y le había dicho que no quería a nadie por allí cuando Jeff le comentó que me iba a pasar. Apenas logré mantener una fachada de despreocupación durante el minuto escaso que nos llevó la transacción, así que me limité a asentir y a decir con rapidez: «Tranqui, tío, voy con prisa», y tiré la bolsa de Quaaludes en el asiento del copiloto junto a la cinta.

No quería volver a escucharla pero tampoco quería perderla de vista, y entonces empecé a comprender por qué no quería que nadie más la oyese, al menos de momento. Estaba convencido de que la había grabado Robert Mallory, que había emprendido una especie de juego con Matt —Robert maníaco, Matt colocado—, la cosa se les había ido de las manos a saber cómo y fue agravándose hasta que Matt acabó

muerto, sin llegar nunca a saber que Robert había estado ingresado ni tener ni idea de lo inestable que era. Mi único consuelo era que, en cierto momento, había intentado advertir a Matt sobre Robert. Conseguir las drogas me relajó lo suficiente para conducir sin parar desde Malibú manteniendo la ansiedad al mínimo, y una vez en la casa vacía de Mulholland me fumé un par de pipas de maría, luego me tomé un Quaalude entero y todo se borró y fui capaz de dormir sin pensar en los horribles sonidos que habían salido de mi walkman pocas horas antes. Aquella noche no soñé con nada y por la mañana me desperté medio grogui cuando Rosa llamó a mi puerta para recordarme que llegaba tarde al colegio, y aquello se me antojó una preocupación tan inocente comparada con todo lo que había sucedido aquel fin de semana que casi sonreí.

Lunes. Aparqué el Jaguar en Stansbury. Ya sabía cuál iba a ser mi plan para esa tarde mientras escuchaba «Time for Me to Fly», todavía colocado por el Quaalude que me había tomado la noche anterior y por la hierba que me había fumado esa mañana, y tras cruzar las verjas del colegio trastabillé en la subida que llevaba al aparcamiento. Llegaba tarde —había alargado demasiado la ducha, había perdido la noción del tiempo mientras me vestía, el tráfico de Beverly Glen— e intenté apresurarme, pero luego me relajé y aminoré el paso pensando: ¿Qué más da si llego tarde? De todas formas no quería estar allí, ya nada importaba; el día anterior había escuchado cómo torturaban a un chico en una playa. Había una cinta en un cajón de mi dormitorio que anulaba todo lo demás: ¿para qué llegar a tiempo a la clase de inglés?, ¿para qué tomar apuntes o estudiar para el examen?, ¿para qué preocuparme por la novela que nos habían mandado leer? Llegué a la clase del señor Robbins cuando sonaban las campanas y me detuve un momento tras abrir la puerta, a punto de entrar en el aula. Susan Reynolds estaba en su pupitre y, al lado, el pupitre que yo solía ocupar, pero no me apetecía sentarme con ella, que levantó la mirada de su cuaderno y me miró impasible. Otra revelación: no quería problemas. No quería romper el sueño de la pantomima. Intenté transformarme en el participante tangible y sonreí. Me fijé en que, dos filas más adelante,

Ryan Vaughn no había despegado la vista del libro que tenía entre las manos.

—¿Señor Ellis? —me preguntó Robbins en tono vacilante—. ¿Podría sentarse, por favor?

—Claro —dije, me acerqué al pupitre junto al de Susan y le sonreí.

Ella ladeó sutilmente la cabeza y me devolvió la sonrisa: era natural, embotada y totalmente ingenua.

—Ey —dijo con neutralidad mientras me sentaba.

—Ey —respondí sin dejar de sonreír, colocando la mochila Gucci sobre el escritorio.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —dije echándole una mirada—. ¿Y tú?

Sus ojos no delataban nada. Estaba tremendamente tranquila. La noche del sábado en Palm Springs se había borrado para nosotros dos.

—Estoy bien.

—Vale —dije, sacando un cuaderno de la mochila.

Pusimos en marcha el sueño —ayudamos a su creación— y flui con él. Las dos primeras clases matutinas pasaron rápidas, y luego salí con Susan camino de la asamblea en el patio junto al Pabellón. Debbie me dio un beso fugaz en los labios y solo pude captar una cosa: la ausencia de Thom Wright era apenas perceptible. Después de la asamblea parloteamos los tres —la palabra es esa: «parloteamos»; eso fue: «puro parloteo»— hasta que Susan se fue al vestuario femenino a cambiarse para Educación Física. Debbie quería que hablásemos, así que esperé pacientemente mientras me fijaba en Robert Mallory y Ryan Vaughn entrando juntos al vestuario, charlando animadamente; Ryan describía una explosión gesticulando y haciendo una mueca; Robert se echó a reír. Noté una punzada amarga en medio del pecho, pero no dejé que me impidiese concentrarme en Debbie, quien me recordó la fiesta de cumpleaños de su padre el sábado por la noche en la mansión de Stone Canyon, y yo la tranquilicé: por supuesto que iría, y luego me preguntó qué había hecho el fin de semana y por qué no le había contestado ni devuelto las llamadas. Me quedé mirándola antes de poder formular una respuesta. Ella empezó a impacientarse.

—Recordar lo que has hecho el fin de semana. Es una pregunta difícil, lo sé —dijo con una pizca de sarcasmo.

Caí en la cuenta de que no estaba seguro de si ella sabía que había estado en Palm Springs y que había visto a Robert y a Susan allí. Di por hecho que, si Susan se lo hubiese contado, habría venido directamente a pedirme explicaciones. O igual me estaba poniendo a prueba. Estábamos perdidos en el laberinto de la pantomima.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad… —empecé.

—No, quiero que me digas la mentira —replicó, de nuevo sarcástica, y acto seguido—: Pues claro que quiero que me digas la verdad.

—Estuve trabajando en mi libro y fumando porros —dije sin más—. Eso es lo único que he hecho en todo el fin de semana.

Escrutó mi cara antes de preguntar:

—¿En serio?

—Pues sí, me he pasado todo el fin de semana fumado. Le compré a Jeff una bolsa de hierba y unos cuantos Quaaludes y me limité a colocarme y escribir. —Me encogí de hombros—. Fue divertido. Me gusta pasar algún fin de semana así de vez en cuando.

—¿No fuiste a ningún sitio? —me preguntó con voz distante y expresión pensativa.

—No, qué va. ¿Por qué?

Se limitó a mirarme sin decir nada.

—Vamos, que llegamos tarde. —Hice ademán de cogerle la mano para poner fin a la conversación antes de entrar en más detalles. Ella la aceptó, dubitativa.

—Bret… —empezó.

—¿Sí? —Esperé con el brazo extendido.

Debbie se obligó a sonreír y dijo:

—No, nada.

Tiré de ella y fuimos hacia los vestuarios juntos.

Después de ponerme los pantalones de deporte rojos y una camiseta de los Griffins, esperé en el vestuario de los chicos hasta que supuse que Debbie habría ido tirando para las pistas de Gilley, porque quería estar a solas. No me apetecía interactuar con el guion que habían ideado

Susan y Debbie, así que esperé diez minutos sentado en un banco —todos los chicos se habían marchado ya— observando la taquilla de Thom Wright; estiré la mano involuntariamente para tocar el candadito plateado colgado de la puerta, consciente de que él jamás llegaría a comprender la ternura que me inspiraba. Subí a zancadas la pronunciada colina que llevaba al campo en lugar de tomar el ascensor, y mientras me acercaba vi a Ryan dando desganadas vueltas de calentamiento alrededor de la pista, solo, y entonces caí en la cuenta de que ese día tocaba clase mixta y reparé en que Debbie, Susan y Robert estaban en las pistas de tenis charlando despreocupadamente como lo habían hecho el mes anterior, como si nada indicara que se estaba gestando un acontecimiento dramático entre ellos tres, como si fueran actores en una obra de teatro; Thom no estaba, pero seguían mostrándose prudentes. Katie Harris y Tracy Goldman jugaban al tenis detrás de ellos, y miré hacia las gradas, donde pensaba sentarme y leer a Joan Didion lo que quedaba de hora, y vi a Michelle, Nancy y Rita tumbadas en la primera fila de bancos tomando el sol. Fui consciente de que quedaría raro si no me acercaba a saludar a Debbie y Susan, aunque solo pensar en acercarme a Robert Mallory me llenaba de una sensación de vértigo y aprensión, mezclada con un atroz deseo que no dejaba de palpitar dentro de mí pese a saber todo lo que le había hecho a Matt. Me quedé mirando a Anthony Matthews y Doug Furth pasándose un balón, y debí perder la noción del tiempo allí mismo, porque de pronto tenía delante a Ryan, jadeando levemente, la cara perlada de sudor. Lo último que recordaba era que desde un radiocasete sonaba alguna canción del *The Wall* de Pink Floyd.

—Ey. ¿Estás bien? —dijo.

—Hum, sí —dije, mirándolo aturdido.

—Estabas aquí plantado, en babia. He pensado que igual te pasaba algo.

Su presencia me despabiló.

—Quería hablar contigo.

—¿Ah, sí? —dijo Ryan, aprensivo—. ¿De qué?

—Pues sí —empecé—. Solo quería que supieras que estoy

completamente conforme con cómo están las cosas, y que no, de verdad que no, quiero montar ningún drama, y que si en algún momento lo he hecho lo siento mucho. —Hice una pausa—. Me creía más elegante, pero se ve que no lo soy…

—Ah, no pasa nada —se apresuró a interrumpirme.

—No, en serio, no quiero que haya ningún problema entre nosotros —dije.

Ryan miró a su alrededor, pero estábamos muy lejos de todos y nadie podía oírnos.

—Así que, bueno, lo entiendo, somos amigos y eso es lo que hay —proseguí—. O sea que, en adelante, todo bien entre nosotros, ¿vale?

—Claro —asintió Ryan—. Gracias.

—¿Quieres que vayamos a ver una película o algo? —le pregunté de pronto.

—Claro, estaría genial. —Lo dijo con una sinceridad en la que me deleité fugazmente.

—¿Quieres que vayamos esta tarde? —aventuré.

—Hum… esta tarde no puedo. ¿Qué tal mañana?

—Genial, sí. Mañana.

—Vale. Miraré qué están dando.

Y sin añadir nada más se fue corriendo y me dejó allí solo, así que eché a andar por el campo hacia donde estaban Susan, Debbie y Robert, y enseguida me di cuenta de que la conversación se interrumpía cuando iba llegando a las pistas de tenis y que me miraban sonriendo con expresión benévola a medida que me acercaba. Llevaban los tres pantalones de deporte rojos, camisetas de los Griffins y gafas de sol Wayfarer, y estaban tan guapos que podrían haber sido los estudiantes populares que hacían de villanos en una película *exploitation* de instituto.

—Ey, gente —dije en tono distendido y, esperaba, confiado, al llegar junto a ellos—. ¿Cómo va la cosa? —Y añadí—: Hoy estáis todos realmente estupendos. —Aquello no sonó del todo bien, y Robert se quitó las gafas de sol y me sonrió inquisitivamente—. ¿De qué hablabais? —pregunté, intentando parecer despreocupado y a la vez

interesado, sin sentirme ni de una manera ni de la otra.

—Ah, pues comentábamos lo de la fiesta de Terry el sábado por la noche —dijo Susan subiéndose las gafas sobre la frente—. Quién estará allí y todo eso. —Me miró inexpresiva—. ¿Tú vendrás?

—Ah, claro, estará muy bien —dije.

Debbie se recostó contra mí y yo la dejé.

—Eso si no estás demasiado colocado para ir —bromeó dándome un codazo.

—¿Qué has hecho este fin de semana, Bret? —me preguntó Susan con una complicidad socarrona que se suponía que tenía que conseguir que le confirmara lo que seguramente ya le había contado Debbie.

—Pasármelo bien —respondí encogiéndome de hombros y luego, mirándola—: Es un secreto.

—Por lo visto no —dijo Susan sin inmutarse, sonriéndome.

—Estuve trabajando en mi libro —le expliqué a Robert—. Drogándome y trabajando en mi libro. —Él me miró como si no entendiese—. A veces lo hago.

—Ah —dijo Robert sin saber qué más decir, y luego añadió, vacilante —: Estupendo.

Desconecté de la conversación, limitándome a examinar sus rostros. Si se requería de mí que dijese algo, lo decía. Si se requería de mí que reaccionase a algo, reaccionaba. Me reí cuando era preciso. Convine con algo cuando se suponía que debía. Mostré una opinión similar sobre algo que los tres veían de igual manera. Aquel día fui capaz de mirar la hermosa cara de Robert Mallory y no vi a nadie escondido tras sus ojos, y aun así me sentía electrizado estando tan cerca de la persona que básicamente había contribuido a matar a Matt Kellner, y necesité de todas mis fuerzas para no encararme con él y hacerle saber lo que sospechaba. Su despreocupación y su belleza eran incluso más claras en contraste con su locura: aquel era el chico normal que impostaba aquella voz horrenda para mofarse de Matt, aquel era el chico popular que se ponía algún tipo de máscara que Matt quería que se quitase, aquel era el chico enamorado de Susan Reynolds que obligó a Matt a comerse los peces que terminaron encontrando en su interior, aquel era

el chico que golpeaba a Matt con algún tipo de objeto que le dejó los moratones. Traté de imaginarme la escena que se desarrolló en Crystal Cove frente a la hoguera y que confirmaba la cinta, pero fui incapaz de evocar visualmente lo sucedido… y tener que adivinarlo era aún peor, y ahí era donde las fantasías del escritor resultaban más alarmantes de lo que la realidad mundana ofrecía, probablemente, y tenía que ahuyentar cualquier imagen.

Aquella mañana en las pistas de Giley nadie habría podido decir que Susan y Robert eran pareja porque ellos mismos se habían adjudicado un papel y ahora interpretaban personajes distintos, más inocentes; y con todo, debido a esa misma falsa compenetración entre nosotros cuatro, la situación fue derivando con total naturalidad hacia algo que parecía casi genuino. Y eso a sabiendas de que Debbie, Susan y Robert eran unos mentirosos, lo cual desencadenó en mi interior una creciente repulsión hacia las chicas por proteger a un maníaco, pero sobre todo hacia Susan por haberse enamorado de él y estar a punto de romper con Thom. Aquello me dejaba sencillamente sin palabras: era demasiado grande como para luchar contra ello, y tampoco ganaba nada. Ya estaba sucediendo. Durante unos cinco minutos bajé el volumen de la conversación y me concentré únicamente en sus caras, y luego oí a Debbie hablando de Spirit y la competición ecuestre en los establos Windover y, de nuevo, sobre quién estaba previsto que asistiese a la fiesta de Stone Canyon el sábado por la noche; Robert se mostraba relajado y lo que hacía mayormente era asentir a lo que decían las chicas exhalando aquel aroma particular suyo —sándalo y cedro—, me imaginé lamiéndole la axila, y cuando Susan admitió que había ido a Palm Springs el fin de semana y que se había quedado en casa de sus abuelos, pareció que lo hacía solo por mí. Y entonces no pude contenerme.

—Tú también estuviste en Palm Springs, ¿verdad? —le pregunté a Robert como quien no quiere la cosa.

—¿Cómo lo sabes? —replicó él tratando de disimular su sorpresa, no porque supiera que había estado en Palm Springs, sino porque se lo hubiese preguntado delante de Susan y Debbie.

—Quería proponerte ir a ver una película y tu tía me dijo que estabas en Rancho Mirage —respondí.

—Así es —dijo Robert asintiendo—. Me dijo que habías llamado. Pues claro que habría ido a ver la película contigo —añadió maquinalmente.

Susan se limitaba a mirarme sin abrir la boca. Debbie sabía que ellos dos habían estado juntos en Palm Springs, pero por lo visto no sabía que yo también había estado allí, y Robert tampoco, o eso creía… si es que Susan había mantenido su promesa. Tal vez fuera mejor así, pensaba, al menos de momento: hacerte el tonto, continuar con la pantomima, no admitir nada, decir tus frases, salir del escenario, esperar a la próxima intervención. Pero aun así no pude contenerme.

—¿Has hablado con Thom? —le pregunté a Susan.

—No —respondió en el acto con total tranquilidad—. No hemos hablado.

El sueño continuó a lo largo del día. Se prolongó hasta la hora del almuerzo, y ahí se me antojó mucho más fácil seguir las normas del sueño en lugar de enfrentarme a la realidad de la situación, y estaba sentado tranquilamente con las chicas en la mesa central a la sombra del Pabellón tratando de comerme lo que Rosa me había preparado, intentando concentrarme en ello (el sándwich de atún con pan de trigo, la bolsa de Lay's, unas galletas Famous Amos, una naranja), hasta que en un momento dado vi a Robert y Ryan Vaughn charlando junto a las escaleras que llevaban al patio, y aquella estampa de los dos juntos me desquició por completo y me recordó todas las veces que había visto a Robert con Matt Kellner, y me estremecí al imaginarme un destino similar para Ryan. Robert subió ágilmente los escalones hasta llegar a nuestra mesa, se sentó junto a Susan y nos afanamos los cuatro de nuevo en aquel cotorreo inútil que la pantomima propiciaba. Fue entonces, durante el almuerzo, en la mesa central a la sombra del Pabellón que daba al patio, cuando sentí la ausencia de Thom aún con mayor intensidad, y miré hacia el resto de las mesas de último año a nuestro alrededor y me di cuenta de que tal vez nadie más la notaba: yo era el único que de verdad lo echaba de menos, y también el único

preocupado por su felicidad, por lo que le esperaba, por su futuro. Pensar en él me resultaba demasiado doloroso, así que decidí compartimentarlo todo y colocar a Thom en otro lugar de mis pensamientos. En vez de eso, empecé a pensar en qué película iría a ver con Ryan Vaughn al día siguiente, y me sorprendió un poco comprobar que era capaz de pensar en algo más allá de lo que tenía previsto hacer después del colegio ese día.

Cuando a las tres sonaron las campanas, fui el primero en salir de clase y me fui directo a Stansbury, me subí al Jaguar y esperé a que apareciese el Porsche de Robert Mallory, aunque no tenía del todo claro cuándo saldría. Y cuando unos veinte minutos después del final de las clases lo vi acercarse por la avenida agrandándose rápidamente en el espejo de mi retrovisor, me deslicé hacia abajo en el asiento. Me incorporé enseguida, arranqué el coche y seguí al Porsche hacia Valley Vista. Aquella tarde de lunes Robert giró a la izquierda hacia Beverly Glen en lugar de continuar por Valley Vista hasta la 405, lo que significaba que iba a pasarse por la casa de Benedict Canyon. Mantuve la distancia siguiéndolo dos coches por detrás, hasta que frené y aparqué seis casas antes de donde el Porsche giró para enfilar el camino de entrada. Robert se bajó y empujó la verja con el cartel torcido de AVISO: NO PASAR y se quedó un momento quieto mirando alrededor como si pensase que pudieran estar vigilándolo. En aquel tramo de Benedict Canyon había unos cuantos vehículos aparcados a uno y otro lado de la calle —las furgonetas de jardineros y limpiadores de piscinas—, pero ninguno de ellos pareció llamar la atención de Robert, así que volvió a subirse al coche y entonces lo perdí de vista. Esperé. Pasaron quince minutos hasta que el Porsche volvió a aparecer por la entrada y salió de nuevo a Benedict Canyon. Aguardé a que pasase algún coche entre nosotros y entonces seguí a Robert hasta que se detuvo en el semáforo de Sunset Boulevard y luego se dirigió hacia Beverly Hills, mientras Benedict Canyon se convertía en North Canon Drive, y comprendí que iba a pasar por delante de la casa de Susan Reynolds, aunque me fijé en que su coche no estaba en la entrada, confirmando —el corazón me iba a mil— que esta se había quedado en Buckley esa tarde. ¿Qué estaba

haciendo Robert aparcado delante de su casa si ya lo sabía? El Porsche retrocedió y luego avanzó un poco como si el conductor maniobrase para ver algo mejor, tratando de resolver algún problema que presentara la casa, como si esperara que esta le diese respuestas a las preguntas que le planteaba.

Yo me quedé aparcado al principio de la manzana vigilando el coche parado frente a la residencia de los Reynolds durante unos cinco minutos. Y entonces reanudé la persecución cuando Robert se alejó de la casa y me mantuve a un mínimo de trescientos metros por detrás, pero no me preocupaba perderlo, porque su último destino nunca variaba. Giró a la derecha hacia Santa Monica Boulevard y lo seguí hasta que Century City se cernió sobre nosotros y Robert giró a la izquierda en Avenue of the Stars. Yo hice lo mismo y lo seguí hasta que giró de nuevo a la izquierda en la entrada de las Century Towers, donde paró delante del aparcacoches y se bajó de un salto con una mochila de deporte negra y entró apresuradamente en el rascacielos más cercano a Pico.

Aquel lunes de octubre esperé más de lo habitual dentro del Jaguar, aparcado al otro lado de la calle frente a la entrada de las Century Towers, y ya había decidido por fin volver a casa cuando vi acercarse un vehículo que reconocí y me quedé observándolo, arrellanado en el asiento del conductor, apenas consciente de mis cavilaciones y poco más, cuando de pronto mi lucidez se apercibió de algo: el clic de uno a otro estado fue rapidísimo, eléctrico.

Un Trans Am negro enfiló por la entrada de las Century Towers, vi cómo frenaba delante del aparcacoches, y la tensión que me invadía aumentó hasta que noté mi cuerpo entero presurizado. El empleado abrió la puerta del Trans Am y Ryan Vaughn, todavía con el uniforme y el jersey de Buckley, se bajó del coche y le preguntó algo, el aparcacoches le señaló el edificio en el que Robert Mallory había entrado treinta minutos antes. Me quedé mirando por el parabrisas; el tráfico ajetreado que subía por Pico y bajaba por Santa Monica Boulevard interrumpía intermitentemente la visión de Ryan camino del rascacielos. Me quedé helado. El pasmo de ver a Ryan me heló

literalmente la sangre y me eché a temblar, aunque no tenía claro qué había visto con exactitud ni qué significaba aquello. ¿Qué se me había escapado? ¿A qué no había prestado la debida atención? ¿Por qué no me había dado cuenta de que Robert y Ryan se habían hecho amigos? Y lo peor era que sabía lo atractivo que Ryan encontraba a Robert Mallory. Independientemente de la heterosexualidad de Robert y de su amor por Susan Reynolds, aquel fin de semana que pasamos en la casa de Mulholland Ryan había admitido que quería chuparle la polla, ponerlo a cuatro patas y follárselo: me lo dijo en el jacuzzi mientras fantaseábamos en voz alta sobre el nuevo alumno y lo que le haríamos en plan sexual si pudiéramos, si nos dejara, o luego, a medida que la fantasía se fue calentando, si lo forzáramos. Me sentí como si me aplastaran. El pánico comenzó a consumirlo todo. Me di cuenta de que necesitaba ir al cuarto de baño y me despegué rápidamente del bordillo.

Y cuando efectuaba un cambio de sentido en Avenue of the Stars descubrí por el retrovisor otro vehículo familiar que no fui capaz de ubicar hasta unos segundos después.

Era la furgoneta beis que me siguió por Palm Springs el sábado por la noche.

No sé cómo la identifiqué tan rápido, pero se deslizaba despacio junto a la entrada de las Century Towers y la seguí observando por el espejo hasta que casi me salto un semáforo en rojo y tuve que pisar el freno bruscamente, dando una sacudida. Vi cómo la furgoneta beis me hacía luces dos veces —como confirmando que me había visto, aunque puede que solo me lo hubiera imaginado—, y luego dio media vuelta y se dirigió en la dirección opuesta rumbo a Pico Boulevard.

Rosa ya se había marchado cuando llegué a la casa vacía de Mulholland. No me quedé en el coche un rato después de cerrar el garaje, como hacía a veces. Me fui directo al lavabo e intenté mear, pero no pude, estaba demasiado nervioso por la tensión y era incapaz de relajarme lo suficiente para que la orina fluyese. Me fumé tres pipas de hierba y me relajé hasta que por fin logré orinar. La maría disminuyó los celos que me inflamaban, y el medio Quaalude que me

tomé me envió a un mullido territorio de «me trae sin cuidado» —«MTSC», me imaginé a Susan Reynolds con esas siglas bordadas en una camiseta bien ceñida— y enseguida estuve tan colocado como para pasearme hasta la cocina y rebuscar en el frigorífico a ver qué me había dejado Rosa para la cena. Pero no tenía hambre, así que me puse a hojear el *Los Angeles Times* doblado en la isleta en busca de rastros del Arrastrero y nueva información sobre Audrey Barbour. Me detuve cuando caí en la cuenta de que si encontraba algo se me iría el colocón al traste y podría interrumpir la calma que por fin experimentaba, que me ayudaba a olvidar a Ryan Vaughn y a Robert Mallory y todo lo que no fuese mi paz interior.

Volví muy despacio a mi habitación, me senté al escritorio, saqué unos libros de la mochila Gucci, me detuve, me incliné, abrí el último cajón y me quedé mirando la cinta que había escuchado el día anterior, junto a los calzoncillos que me había llevado de la casa de Haskell. Los vientos de Santa Ana arreciaron aquella noche y era el único ruido que oía: las ráfagas rompiendo en los cañones, girando alrededor de la casa vacía, chocando contra las ventanas. Pero cuando cogí el libro de texto de historia europea los vientos habían remitido, y entonces oí (o creí oír) otro sonido. Escuché el traqueteo de la puerta del garaje al abrirse, un ruido que atravesó toda la casa, y me quedé paralizado. De no ser por el Quaalude que circulaba por mi organismo no habría sido capaz de ponerme en pie y dirigirme hasta el pasillo que conducía al resto de la vivienda. En su lugar, me habría escondido en el cuarto de baño y habría echado el pestillo.

Fui a la cocina, abrí un cajón, saqué con toda tranquilidad un cuchillo de carnicero y me encaminé hacia la puerta que daba al garaje. La abrí y las luces sobre los coches se encendieron automáticamente con un parpadeo. La puerta del garaje estaba medio abierta, traqueteando ligeramente a merced de los vientos que soplaban por Mulholland. Me quedé en la entrada y observé, intentando recordar si la había cerrado del todo con el control remoto o si estaba demasiado distraído porque tenía que ir urgentemente al lavabo. Atravesé el garaje y pasé entre los tres coches aparcados en hilera: el Jaguar, el 450SL y el

otro turismo más grande. Todo parecía en su sitio. No habían movido nada. No me habían dejado ningún póster. No había ningún intruso esperando, agazapado bajo los armarios. Coloqué la mano sobre un panel, apreté con la punta de un dedo y la puerta del garaje bajó lentamente hasta quedar bien cerrada. Esperé un instante, luego di media vuelta y volví al pasillo silencioso. O bien no había cerrado del todo la puerta del garaje, o bien el viento había activado algún mecanismo que la había abierto. No lo sabía. ¿O había sido otra cosa? Descarté la idea porque ¿qué otra cosa iba a ser?

«Ves cosas que no están ahí».

Pero ya no lo tenía tan claro, le dije al escritor.

Tal vez hemos entrado en otro territorio, le dije al escritor.

Aún con el cuchillo en la mano, caminé muy despacio hasta el salón, apaciguado por las drogas, y me dirigí como en trance hacia la otra punta de la casa, hacia el dormitorio de mi madre. Me quedé en la puerta, encendí la luz y no me pareció que hubiesen cambiado nada de sitio: todo estaba ordenado, intacto. Me repetí que eran imaginaciones mías. Estaba viendo cosas que no estaban ahí. «No seas moñas». Y sin embargo la visión de Ryan Vaughn entrando en las Century Towers y la de la furgoneta beis deslizándose por Avenue of the Stars eran *reales* : se habían materializado y *sucedido* . Las vi: fui testigo de ello. Y de pronto aquellos pensamientos atropellados se interrumpieron porque me di cuenta de que faltaba algo. Volví a la cocina y la examiné lentamente.

—¿Shingy? —dije, y esperé—. ¿Shingy?

Nada: ni ladridos, ni gañidos eufóricos, ni el garrapateo de las uñas contra el suelo de la cocina: solo silencio. Su plato de comida estaba lleno, y también el cuenco del agua al lado. Volví a mi dormitorio caminando lentamente por el pasillo sin soltar en ningún momento el cuchillo. Examiné la habitación: al igual que el dormitorio de mi madre, tenía un aspecto pulcro, nada fuera de sitio, nada cambiado de lugar, estaba limpio, casi intacto. Pero Shingy no estaba debajo de mi escritorio ni tumbado al pie de la cama. Abrí la puerta que daba a la terraza y di unos pasos vacilantes mientras el viento agitaba los árboles

del patio trasero. Aún llevaba puesto el uniforme de Buckley y la corbata a rayas me golpeó en la cara cuando volví a llamar a Shingy, forzando la voz por encima del ruido del viento, y esperé. Bajé el cuchillo a un lado y me quedé temblando en la terraza. El patio estaba bien iluminado, el césped era de un verde oscuro brillante y la piscina un rectángulo azul resplandeciente, el viento formaba ondas en el agua y una súbita negrura caía sobre el lado del barranco, trazando una línea recta entre la luz del patio y la oscuridad del cañón que se extendía más allá. Volví a llamar al perro y me acerqué hacia el borde del barranco; el viento azotaba los eucaliptos sobre mi cabeza. Había una luna llena amarilla sobre el manto iluminado del valle, que esa noche parecía estar a cientos de kilómetros y me recordó lo solo que estaba y que estaría siempre. Repetí el nombre del perro; de hecho lo grité, haciendo bocina con las manos:

—¡Shingy!

Esperé.

Los Santa Ana cesaron un instante, y entonces oí unos crujidos entre los matorrales de la colina y el sonido me hizo retroceder instintivamente hacia la terraza, pero cuando Shingy emergió de la oscuridad del cañón y vio quién lo había estado llamando, comenzó a ladrar excitado. Sentí un tremendo alivio al ver al perro intentando cruzar corriendo el césped hasta donde estaba yo, pero vi que cojeaba y que le pasaba algo en la pata delantera derecha. Me arrodillé mientras brincaba a mi alrededor, gimoteando, y traté de tumbarlo de lado para inspeccionarle la pata. Estaba ligeramente húmeda de sangre y cuando intenté apartarle el pelaje para ver la herida Shingy gruñó amenazador, y se fue renqueando hacia la puerta de la cocina. Crucé el césped, abrí la puerta y el perro fue directo hacia la comida que le esperaba. Lo observé mientras comía a toda prisa, luego se tumbó en su cojín y empezó a lamerse la pata herida. Me arrodillé e intenté apartarle el hocico de donde se estaba lamiendo, pero me advirtió con un gruñido, enseñando los dientes. No parecía muy grave a la luz de la cocina, así que me levanté, dejé el cuchillo de carnicero en el cajón y me fui a mi habitación.

No pasó nada más después de tomarme la otra mitad del Quaalude. Terminé los deberes en un plácido atontamiento con la tele encendida para hacerme compañía, y cuando sonó el teléfono de mi dormitorio a las once, luego a medianoche y luego a la una, y descolgué las tres veces, el Quaalude minimizó lo que se me pudiera pasar por la cabeza acerca del garaje medio abierto, la herida que había sufrido Shingy, la posibilidad de haber sido marcado como objetivo y el hecho de que nadie dijese nada cada vez que descolgué el teléfono en plena noche.

22

Me decidí por la sesión de las cinco de *Carros de fuego* en el Bruin de Westwood, la película que quería ir a ver con Ryan aquel martes de octubre, y cuando se lo propuse aceptó y dijo que estupendo. Estábamos junto a las taquillas después de la clase del señor Robbins y parecía totalmente transparente en aquel momento —sus ojos azul claro posándose atentos en mí, la sonrisa natural, toda su actitud más relajada de lo habitual—, y me percaté de que ya no se mostraba incómodo como hasta entonces: ahora solo éramos amigos y ya no sentía la presión de mi deseo. No le pregunté dónde había estado la tarde anterior, si había quedado con Robert Mallory, ni le comenté que lo había visto en Century City: no había manera de preguntarle nada sobre aquello sin parecer un pirado. Si le hubiese contado que lo sabía sin duda lo habría echado todo a perder, y cualquier esperanza de acercarme a él se habría esfumado. Ryan no se delató, se limitó a exhibir su habitual y discreto pavoneo y comentó que era una película de corredores de atletismo, ¿verdad? Sí, dije, y me frené antes de añadir: Creo que salen unos cuantos tíos buenos. El plan le sonó perfecto y me propuso que después de la película cenásemos en Hamburger Hamlet, al lado del Bruin. Quedamos delante del cine a las cuatro y cuarenta y cinco, porque él venía directamente del colegio. Aquella semana no había partidos, era la semana de descanso que Thom Wright había aprovechado para viajar al este, pero Coltz quería que Ryan acudiese al entrenamiento de esa tarde, solo una hora, así que podría llegar a Westwood sin problema justo antes de que empezara el pase. Cuando Ryan dijo aquello me fijé en Susan Reynolds y Robert Mallory hablando en un camino bajo los aleros, lo miré de nuevo a la cara y reparé en que también él los estaba observando, y en aquel instante me di cuenta de que ya no podía fiarme de Ryan, si es que alguna vez me había fiado de él, y que no había nada que salvar, que las cosas ya se habían ido al garete, no había ninguna esperanza.

Pero me limité a sonreír y dije que estaba deseando ver la película.

Esperé bajo la gigantesca marquesina azul del Bruin, aquel letrero luminoso curvado estilo art déco mientras el cielo frío sobre Westwood empezaba a oscurecerse, con la entrada en la mano, sin dejar de mirarme el reloj, nervioso. Me paseé de aquí para allá por el suelo de terrazo que llevaba al vestíbulo, bastante tranquilo a las cinco, y observé cómo unas cuantas personas compraban sus entradas y que solo había un par de chicos con sudaderas de la UCLA comprando algo en el puesto de bebidas y comida. Para hacer tiempo me planté delante de los carteles de las películas que se estrenarían próximamente —*Ragtime* , *Veneno* , *Ausencia de malicia* —, protegidos tras su cristal. Entonces vi a Ryan bajando por Broxton mientras la luz se iba extinguiendo, y sonrió al verme bajo la marquesina.

—Ey —dijo al llegar ante la taquilla, buscándose la cartera y poniéndome la cara de «¿Qué pasa?».

—Ey —respondí asintiendo, sonriendo, con las manos en los bolsillos.

Se había duchado, llevaba el pelo peinado hacia atrás e iba con unos vaqueros, un polo Lacoste azul que combinaba con sus ojos y una chaqueta Members Only, y volvió a sonreírme mientras entrábamos al vestíbulo, le entregamos las entradas a un acomodador y nos dirigimos al puesto de bebidas y comida.

—¿Vas a pillarte algo? —me preguntó.

—No me apetece —dije, y esperé mientras se compraba una cajita de Milk Duds.

Sonaba la banda sonora de *Carros de fuego* cuando entramos en la sala semivacía, y dejé que Ryan escogiese los asientos, por la parte central y más lejos de la pantalla de lo que yo habría deseado; él prefería el centro de la fila, mientras que a mí me gustaba el pasillo. Las luces se atenuaron, se levantó el telón y empezó a sonar la ya famosa partitura de Vangelis mientras prestaba vagamente atención a unos jóvenes atletas que corrían a cámara lenta por la orilla de una playa nublada, y se suponía que la música debía emocionarnos, pero enseguida detecté una tristeza en ella que empezó a dejarme hecho polvo y al borde del llanto, aunque conseguí reprimirme con tanta

fuerza que el momento pasó.

Pensé que Ryan iba a soltar una risilla ante aquella secuencia inicial, inclinarse hacia mí y decir alguna guarrada, algún comentario sobre los atletas, pero no. Estaba callado y siguió concentrado en la pantalla mientras se desarrollaba la historia, llevándose un Milk Dud a la boca de vez en cuando y masticando con aire contemplativo. Yo sabía quién era el director de fotografía David Watkin y pensé que a nivel estético la película no estaba mal, pero no encontré atractivo a ninguno de los chicos ingleses por más que fueran atletas universitarios, porque, supongo, me distraía estar sentado tan cerca de Ryan y eso cohibía todos y cada uno de mis movimientos. Quería tocarlo, deslizar mis dedos a lo largo de su cremallera, sacarle la polla y masturbarlo solo para verle la cara durante el orgasmo y oler su semen, y al pensarlo se me puso dura de inmediato. *Carros de fuego* no era el tipo de película que me iba (no tenía acción, ni violencia, ni sexo, ni desnudos; era para todos los públicos, decididamente) y me desanimé un poco cuando vi que iba a incluir una moraleja sobre antisemitismo. Mi creciente aburrimiento y la cercanía de Ryan resultaban exasperantes: la película era tan bienintencionada y noble que, llegados a cierto punto, perdí el hilo de lo que estaba sucediendo. Quería tocarle la polla a Ryan. Quería besarle la boca. Quería deslizar un dedo por la raja de su culo. Tuve que refrenar mis ganas de mirarlo y, cuando al final lo hice, Ryan estaba observando atentamente la pantalla, masticando de vez en cuando un Milk Dud, su mandíbula tensándose y destensándose, aparentemente inmerso en la película. En un momento dado se dio cuenta de que lo estaba mirando y me ofreció la cajita amarilla pensando que eso era lo que quería, y yo negué con la cabeza. Empecé a dar por hecho que Ryan se había metido más que yo en la película porque iba de atletas: era básicamente una película de deportes, sin más; iba de camaradería entre hombres, hombres mirándose, hombres midiéndose, hombres admirándose entre ellos en virtud de sus logros físicos… y contenía también un elemento religioso. Uno de los atletas corría por Dios, cosa que no supe si atraía o repelía a Ryan. «Corre en nombre de Dios», decía alguien, y me pregunté si aquello le removería

algo por dentro.

De pronto, Ryan se levantó sin decir nada y se alejó por la fila de asientos hacia el pasillo de la otra punta de la sala. Me giré y lo miré mientras salía. Estuvo fuera unos minutos, volvió y se sentó de nuevo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó inclinándose hacia mí.

Olí el jabón con el que se había lavado las manos: había ido al lavabo, comprendí.

—Hum… no puede correr durante el Sabbat —le conté.

Ryan asintió y volvió a mirar la pantalla. La película terminó con una carrera anticlimática a cámara lenta que no me vi venir, y eso fue todo. Ryan se puso en pie durante los títulos de crédito, se estiró exageradamente para desentumecerse y luego lo seguí hasta el vestíbulo. Tenía que ir al lavabo y Ryan me dijo que me esperaba fuera. Subí las escaleras hacia el servicio de caballeros y me planté frente al urinario pensando en cómo abordar el resto de la noche. Si todo está perdido, ¿por qué no lanzar una granada? Le dices a Ryan que estás enamorado de él y que todo salte por los aires. ¿Qué más daba, si no iba a suceder nada? Me subí la cremallera de los vaqueros, me lavé las manos y regresé al vestíbulo, donde vi que Ryan estaba fuera plantado sobre el suelo de terrazo bajo la marquesina, mirando el póster de *Veneno* , la palabra en letras amarillo brillante con forma de colmillos junto al dibujo de una serpiente saliendo de un conducto de ventilación.

—¿Te ha gustado la película? —me preguntó.

Echamos a andar hacia el Hamburger Hamlet, que estaba allí al lado.

—Sí, no ha estado mal —dije.

Él asintió, una simple afirmación.

Íbamos por Weyburn cuando dijo como si tal cosa:

—¿Te importa si Robert se viene a cenar con nosotros?

Al principio no entendí de qué me hablaba, y aunque llevaba pensando en ellos dos juntos durante las últimas veinticuatro horas, no conseguía captar a quién se refería.

—¿Qué? —pregunté girándome hacia él mientras caminábamos por la acera.

—¿Te importa si Robert se viene a la hamburguesería? Ya está de camino —me contestó.

Me detuve, y él se giró y me miró inquisitivamente frunciendo el ceño, preguntándose por qué me había parado.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—¿A qué te refieres? —me replicó perplejo.

—¿Por qué has invitado a Robert?

—He pensado que no te importaría —dijo sin entender—. ¿Es que pasa algo?

—Yo pensaba que íbamos a ser solo nosotros dos.

—¿Y qué diferencia hay? —me preguntó aún confuso, y luego—: ¿Es que quieres que vayamos de la manita?

Me puse rígido del bochorno al oír aquello.

—¿Tienes algún problema con Robert? —me preguntó.

—Está loco —dije en voz baja—. Y tú tienes que estar loco para quedar con él.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que está loco?

—En la fiesta de Susan le dio un ataque… —empecé.

—¿Un ataque? —me interrumpió Ryan—. ¿Qué quieres decir?

—Se le fue la olla. Tuvo un colapso nervioso. Toma un montón de medicamentos. Toma Thorazine por un tubo…

Estas palabras se las solté por lo bajo atropelladamente.

—No sé qué es eso… —volvió a interrumpirme, confuso.

—Estuvo en un hospital psiquiátrico. Un puto hospital psiquiátrico. En Illinois. No hace ni un año. Está fatal. Tiene algo que no me cuadra, y además…

—Creo que deberías calmarte… —dijo Ryan, alzando la voz por encima de la mía.

—No deberías salir por ahí con él, Ryan…

—Espera, espera —dijo levantando una mano—. ¿Quién ha dicho que yo salga por ahí con él?

Lo miré a la cara.

—¿Me estás diciendo que no quedáis para salir? ¿Es eso? ¿Me estás diciendo que no sales por ahí con Robert Mallory? —Se lo espeté como

una acusación.

Ryan me sostuvo la mirada, irritado y perdiendo la paciencia.

—¿Y qué te importa a ti si quedo con Robert? No estoy diciendo que lo haya hecho, pero si así fuese, ¿qué problema hay?

—¿Es así? ¿Habéis quedado?

Ryan se me quedó mirando sin tener muy claro hacia dónde desviar la conversación.

—Puede —dijo.

La evasiva me enfureció, sobre todo sabiendo que Ryan deseaba a Robert.

—No es gay, ¿sabes? —le dije—. No va a acostarse contigo, si es eso lo que esperas. Está enamorado de Susan Reynolds. No va a acostarse contigo.

Ryan me miró un instante como tratando de entender, y luego apartó la vista hacia la avenida, sus ojos fijos en las calles que subían hacia la UCLA más allá del cartel de los recreativos Westworld.

—¿Por qué dices esas paridas? —preguntó en voz baja.

Una pareja joven venía hacia nosotros. Nos quedamos allí plantados sin apartarnos. Tuvieron que rodearnos para pasar.

—No creo que sepas la verdad —dije.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio —replicó con cautela—. A ver, yo solo quiero pasar un buen rato. —Hizo una pausa—. Y tú me montas esta escenita…

—Ryan, Robert tuvo algo que ver con lo de Matt Kellner —le dije en voz baja y controlada—. Tuvo algo que ver con la muerte de Matt Kellner. Estaba con él cuando murió. Ayudó. Fue un factor en la muerte de Matt…

Ryan se apartó de mí con los ojos como platos, su boca deformada en una mueca.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Ryan, tienes que creerme. Está relacionado con las chicas desaparecidas. El Arrastrero. No es trigo limpio. Y sé que tuvo algo que ver con Matt. Hay una cinta. Sale su voz grabada…

Ryan se estaba alejando de mí en dirección hacia la puerta del

restaurante. No me había dado cuenta de lo histérico que me había puesto.

—Para, para de una puta vez —oí que mascullaba Ryan.

—Ryan… —Alargué un brazo para agarrarle de un hombro.

Se dio la vuelta de golpe.

—¿Qué haces? ¿De qué coño estás hablando? ¿No ves que parece que estás loco, joder? —Se miró el reloj con calma—. Llegará de un momento a otro. Igual es mejor que te vayas a casa. No sé.

—¿Cuándo lo has invitado? ¿Lo has invitado mientras veíamos la película…?

—Lo invité durante el almuerzo —dijo Ryan en tono paciente—. Te lo iba a decir en el colegio, pero no te he visto en todo el día.

Estaba a punto de empujar la puerta. Yo miraba los adornos de Halloween que decoraban las ventanas del Postermat y estaba a punto de mandar a Ryan a la mierda, de decirle que me iba para casa y que ya nos veríamos al día siguiente en Buckley, cuando de pronto vi a lo lejos un vehículo que se acercaba lentamente, cruzando Westwood Boulevard y enfilando por Weyburn. Era una furgoneta de color beis. Y me quedé mudo, siguiéndola con la mirada, mientras pasaba por nuestro lado. Me giré y observé cómo dejaba atrás el Hamburger Hamlet y luego Broxton hasta llegar a Gayley, donde esperó a que el semáforo se pusiera en verde y giró a la izquierda. No pude distinguir si era la misma furgoneta que había visto en Palm Springs el sábado por la noche, ni la que vislumbré en Century City la tarde anterior haciéndome luces antes de dar media vuelta en Avenue of the Stars. Lo único que estaba claro es que me pilló con la guardia baja y me dejó aniquilado. Me giré hacia Ryan, que estaba en la entrada del restaurante con la mano en la puerta, esperando. Mi aspecto debió de cambiar de un instante a otro —asustado, pálido, conmocionado—, porque el semblante de Ryan pareció preocupado.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Qué ha pasado?

Me toqué la frente, notaba que me temblaban los dedos.

—Nada… solo necesito sentarme…

Pasé aturdido junto a Ryan y entré en el restaurante.

—¿Bret? —lo oí decir mientras me seguía—. Bret, ¿estás bien?
Murmuré que tenía que ir al lavabo, subí apresuradamente la escalera que estaba junto a la entrada y, tras cerrar la puerta del servicio, me apoyé contra ella apretando y relajando los puños, respiré hondo varias veces y traté de estabilizar la respiración: jamás había experimentado semejante nivel de miedo y pánico, y no me esperaba algo tan intenso y abrumador. Me eché agua en la cara y me la sequé con una servilleta de papel. Me miré en el espejo. Recuperé cierta compostura y bajé las escaleras de nuevo; le diría a Ryan que no me encontraba bien y que necesitaba volverme a casa. Pero Ryan y Robert ya estaban sentados frente a frente en una de las mesas rojas de la sala, junto a una ventana que daba a Weyburn, y al acercarme levantaron la vista de las enormes cartas. No tenía ni idea de qué le había contado Ryan, pero supuse que nada de lo que acababa de decirle en la acera, porque Robert me sonrió inocentemente mientras yo me planteaba si me sentaba o no con ellos. Tuve claro entonces que no iba a dejar que Ryan se quedase allí a solas con Robert mientras pudiese evitarlo, así que descarté poner alguna excusa falsa y me senté al lado de Ryan, frente a Robert.

Ryan estaba resumiendo por encima lo que le había parecido *Carros de fuego* y tuve la impresión de que se encontraba bajo el hechizo de Robert y se esforzaba por sonar más sofisticado de lo que era en realidad, pero Robert no era gay, así que ¿para qué trataba de impresionarlo? Entonces comprendí que Ryan tampoco era gay, así que nada de aquello importaba en el sueño manufacturado en el que existíamos todos. Pero decidí ser franco y empecé a interrumpir a Ryan y a criticar la película y las cosas que no me habían gustado: era aburrida, anticlimática, no tenía emoción, me burlé del elemento religioso… Aquello era una actuación y exigía un componente físico que me resultó agotador, pero logré mantener el tipo. Robert reaccionó a mi desabrida valoración con alguna risa ocasional mientras Ryan continuaba intentando defender entre bromas y veras la película, y durante un rato estuve bien —comentamos brevemente lo de la fiesta de Terry Schaffer el sábado, Ryan no iba, Robert y yo sí—, pero las cosas empezaron a torcerse rápidamente después de pedir. Robert dijo

que dentro de dos semanas cumplía los dieciocho y nos invitó a la cena que estaba organizando. Sería en un restaurante llamado Le Dome, explicó, y seríamos solo Thom, Susan, Debbie, Jeff, Tracy, Ryan y yo. Cuando Robert dijo que Susan Reynolds había propuesto el restaurante, me entró de nuevo aquella rabia y cedí de inmediato a mi furia paranoica.

—¿Susan da una cena de cumpleaños para ti? —le pregunté fingiendo curiosidad.

—No —dijo Robert—. La cena la doy yo… bueno, en realidad paga mi tía. Susan solo propuso el restaurante.

—¿Cuándo te lo propuso? —le pregunté.

—Creo que fue, hum… la semana pasada.

Se echó hacia atrás mientras la camarera dejaba las bebidas; todos habíamos pedido Coca-Cola.

—¿No fue mientras estabais en Palm Springs? —le pregunté.

—No —dijo Robert sin vacilar—. En Palm Springs no nos vimos.

Lo dijo con tal soltura que tuve que asentir impresionado.

—Vale, vale —dije.

—Simplemente le pregunté qué sitios de moda había y ella mencionó Le Dome.

—Es bastante elegante —dije—. ¿Seguro que no prefieres ir a un sitio más informal?

—Yo no sé qué es Le Dome —admitió Ryan.

—Es un restaurante del Sunset, a una manzana de Tower Records —dije sin mirarlo, con los ojos clavados en Robert.

—Mi tía me llevó la otra noche —dijo Robert—. Es estupendo. Está muy bien. Y no creo que sea demasiado elegante. Además paga mi tía.

No había ni rastro de animosidad en la conversación, y a quienquiera que la oyese probablemente le sonaría inocua pese a mi furia creciente, porque estaba tratando de contenerme tomándome aquello como un juego: no era real, no podía ser real, porque todo el mundo estaba ocultando algo, todo el mundo mentía. Ryan intentaba no mirarme, temeroso por lo que le había contado fuera (Robert estaba enamorado de Susan Reynolds, Robert estaba involucrado en la muerte de Matt

Kellner, Robert estaba relacionado con el Arrastrero), y seguía llevando la conversación hacia *Carros de fuego* , y luego le preguntó a Robert qué películas había visto recientemente (un intento de desviar la conversación hacia un territorio decididamente anodino, porque yo sabía que a Ryan Vaughn no le interesaba particularmente el cine). Robert admitió que no había visto muchas películas en los últimos tiempos.

—¿Por qué no? —le pregunté de pronto.

—Supongo que… porque he estado ocupado —contestó, y apartó rápidamente la mirada de mí a Ryan.

—¿Ocupado con qué? —pregunté.

—Con el colegio, los deberes, estudiando.

—Y yendo a Palm Springs —le recordé.

—He ido un par de veces —respondió encogiéndose de hombros, y le dio un sorbo a su Coca-Cola.

—¿Dónde te alojas cuando vas allí?

—En casa de un amigo de la familia en Rancho Mirage —dijo sin inmutarse.

—Entonces ¿no llegaste a ir al cine con Matt? —pregunté tranquilamente.

—¿Qué? —preguntó Robert.

—¿Fuiste alguna vez al cine con Matt?

—¿Con Matt? No. —Pausa—. En realidad no lo conocía.

—Deja el tema de Matt. Venga, Bret —dijo Ryan en voz baja.

—¿Por qué? Matt y Robert eran amigos. Quedaban para salir.

—La verdad es que no —dijo Robert—. A ver, yo intenté que nos conociésemos más, pero…

—¿Qué pasó? —le pregunté demasiado deprisa—. ¿Lo intentaste? ¿Cómo?

—Bueno, tú sí lo conocías —dijo Robert, vacilante—. Sabes que le costaba abrirse.

—¿Abrirse? —murmuré asintiendo—. Ya, supongo. —Hice una pausa—. ¿Te esforzaste mucho? —Nueva pausa—. ¿Por conocerlo?

—Bueno, comimos juntos alguna vez. Charlábamos en el colegio…

—¿Fuiste alguna vez a su casa en Haskell Avenue? —le pregunté.

—No —dijo Robert.

—¿Y él fue a la tuya?

—No.

—Entonces tampoco te esforzaste tanto por conocerlo.

Robert se me quedó mirando. Por fin había activado aquella sorda vibración tras sus ojos, por mucho que mantuviese la sonrisa.

—¿Me estás acusando de algo? —me preguntó sin darle mucha importancia, conteniéndose—. ¿Qué está pasando aquí?

—No, no —dije, fingiendo una actitud plenamente conciliadora—. Perdona si te lo ha parecido. Solo era curiosidad, supongo, teniendo en cuenta, ya sabes, lo que ocurrió…

—Claro, claro —dijo Robert, asintiendo—. Entendido.

—Entonces ¿de verdad no salíais por ahí juntos?

—Bret —dijo Robert, suspirando—. Ya hablé con Ronald Kellner. Si quieres saber lo que le dije solo tienes que llamarlo.

—Qué curioso, porque Ronald dijo que Matt iba a ir a verte justo antes de desaparecer. Por cierto, ya he hablado con Ronald.

Ryan me miró, y luego a Robert, totalmente desconcertado.

—Ya, supuestamente Matt hizo un comentario en ese sentido —confirmó Robert—. Teníamos algún plan medio hablado. Le había dado mi número y se suponía que iba a llamarme…

—¿Qué número? —lo corté.

—El mío. No el que aparece en el listado. —Apenas un instante—. Uno privado.

—Entonces… ¿no viste a Matt Kellner la semana en que desapareció? —pregunté.

—Bret… —dijo Ryan.

Lo ignoré.

—¿A qué te refieres? —me miró con suspicacia, desorientado—. ¿Que si lo vi?

—Me refiero a si se pasó por tu casa. ¿Hablasteis? ¿Te llamó alguna vez durante la semana que estuvo desaparecido? ¿O se puso en contacto contigo de alguna manera?

—No, no hablamos, y no, no se puso en contacto conmigo de ninguna otra manera.

Robert estaba muy quieto en su asiento, los ojos vibrando, intentando decidir cómo seguirme la corriente y contraatacar.

—¿No fuisteis juntos en coche a Crystal Cove? —le pregunté con suavidad—. ¿No grabasteis unas cintas juntos?

—Bret… —me advirtió Ryan de nuevo.

—¿De qué estás hablando? —replicó Robert—. ¿Unas cintas? Nunca he estado en Crystal Cove.

—Tan solo estoy preguntando —le dije en tono tranquilizador.

La mirada de Robert se endureció.

—Lo que hubiera entre Matt y tú no es asunto mío. —Hizo una pausa—. Entiendo que sea duro para ti. —Nueva pausa—. Teniendo en cuenta, ya sabes… la naturaleza de vuestra amistad. —Fue consciente de cómo sonaba aquello y aclaró—: La que fuese.

Me quedé tan conmocionado que no pude responder, pero como Ryan ya sabía lo mío con Matt no estallé.

—Pero yo no conocía realmente a Matt —dijo Robert—. Así que no sé lo que me estás preguntando.

—¿Cómo sabes lo que había entre Matt y yo? —le pregunté a la defensiva—. ¿Te lo contó Matt? ¿De verdad te lo contó él?

—No. Solo me dijo que os habíais peleado y que ya no os veíais. —Se calló—. Le pregunté por qué había sido y su respuesta fue muy ambigua. —Volvió a guardar silencio e hizo un leve gesto de resignación—. Así que di por sentado que no era asunto mío.

—¿Por qué diste eso por sentado? ¿Por qué no iba a ser asunto tuyo?

—Susan comentó que estabais… muy unidos —dijo Robert.

Me entraron ganas de gritar. Tenía ganas de saltar de mi asiento. En vez de eso, me quedé mirando fijamente a Robert, paralizado. Pero también estaba a punto de desmayarme y salir de la mesa arrastrándome para buscar un rincón y hacerme un ovillo con la cara escondida entre las manos.

—¿Y tú qué pensaste? ¿La creíste? —le pregunté.

—Pues claro. ¿Por qué no iba a creerla?

Y entonces ya no pude más: estallé.

—Bueno, Susan me comentó que estuviste internado durante parte del curso pasado antes de venir a Buckley. —Hice una pausa—. ¿Debería creérmelo?

Robert dio un respingo y apartó la mirada. Ryan nos miraba a uno y a otro, totalmente desconcertado por el rumbo que había tomado la conversación. Robert no prolongó el momento y se giró de nuevo hacia mí con expresión recelosa.

—Sí, hum… estuve solucionando… ciertos problemas —admitió con un suspiro—. Sí… me pasé un par de meses en un sitio a las afueras de Jacksonville. —Pausa—. Tratando de aclararme las ideas. —Se calló—. Me ingresó mi padre. Yo creo que no lo necesitaba.

—Pero nos contaste que habías estado en Roycemore —dije en voz baja—. Cuando llegaste a Buckley nos contaste que habías estado en Roycemore. No dijiste nada de hospitales psiquiátricos…

—No era un hospital psiquiátrico. Era un… centro. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. ¿Y qué? Venga ya. ¿Se supone que tengo que desembucharlo así, sin más? ¿El primer día de clase? ¿Cuando acababa de conoceros?

—No lo sé —dije sacudiendo la cabeza—. Sencillamente no lo sé…

—¿Qué es lo que no sabes? —me preguntó.

—No sé si estás como una puta cabra o no.

Silencio. Nos miramos los tres.

Y entonces solté una carcajada, tratando de salir del paso como si todo aquello no fuese más que una broma. Y funcionó, porque Ryan me siguió el rollo y se echó a reír también, no sé si a regañadientes o no, lo que obligó a Robert a sonreír incómodo y asentir.

—Ey, lo siento, estoy de coña —dije alargando una mano y agarrándole una muñeca—. No te enfades.

Ryan y Robert comprendieron que sin saberlo habíamos estado jugando a un juego ideado por mí rayano en la crueldad, y que todo aquello no había sido más que una broma enrevesada. Llegó la cena y al retomar la pantomima todo volvió a ir sobre ruedas, relajado. La tensión se había disipado y los tres nos sentimos aliviados de que la

conversación sobre Matt hubiese acabado, pero, echando la vista atrás, me doy cuenta de que solo una parte de la tensión se había resquebrajado, porque Robert no llegó a contarnos los motivos por los que acabó ingresado en el centro de Jacksonville y yo tampoco le insistí, ni le dije que sabía lo de Susan Reynolds, que Robert había mentido sobre lo de que no había estado con ella en Palm Springs, ni tampoco que lo había seguido hasta una casa abandonada en Benedict Canyon varias tardes de aquel otoño y que no me creía sus palabras sobre Matt Kellner porque tenía una cinta grabada durante la última noche de vida de Matt, y que la voz impostada que se burlaba de él salía de la boca del chico que ahora estaba sentado frente a mí en el asiento de cuero rojo del Hamburger Hamlet, ni tampoco le dije que esa cinta me la había dejado él mismo en el buzón en algún momento antes de marcharse a Palm Springs aquel fin de semana y que me la había encontrado el domingo por la mañana.

Pero no tuve que esperar mucho para averiguar exactamente por qué habían internado a Robert Mallory en un centro terapéutico a las afueras de Jacksonville durante la segunda mitad de tercer curso en la primavera de 1981. Me enteré al día siguiente.

23

El miércoles por la mañana Rosa me dijo que habían dejado un mensaje para mí en el contestador de mi madre. Eran las nueve menos veinte y acababa de entrar en la cocina con el uniforme del colegio puesto, dejé caer la mochila Gucci en la isleta mientras abría la nevera y le di un trago a un cartón de zumo de naranja. Evité el *Times* que me esperaba junto al cuenco de bayas que me había puesto Rosa por miedo a lo que pudiera encontrarme, y atravesé la casa hasta la habitación de mi madre, me senté en su cama y pulsé el PLAY del contestador. Esperé. Y entonces oí una voz femenina que no reconocí. «Bret, espero que este sea tu número, aunque imagino que tendrás tu propio… número, pero este es el único que aparece en el listado». Me incliné sobre la máquina. Sentí cierta aprensión. Pensé automáticamente que me había metido en algún lío, pero entonces la voz indecisa dijo: «Soy Abby Mallory, la tía de Robert, hablamos por teléfono creo que el viernes, cuando llamaste y te dije que Robert estaba en Palm Springs. ¿Creo que saliste anoche con él y con Ryan?». Eso último lo dijo en tono de interrogación aunque no fuese una pregunta: lo sabía, y por lo visto conocía a Ryan Vaughn lo suficiente como para referirse a él por el nombre de pila.

«En fin, Robert acaba de salir para el colegio esta mañana y…». Se calló. Yo no respiraba. «Me ha contado algunas cosas que, eh… le dijiste anoche y creo que tal vez deberíamos… hablar tú y yo». Volvió a callarse como sopesando lo que quería decirme. «No quiero que sepa que te he llamado y tampoco quiero que hablemos esto por teléfono, de modo que si podemos quedar en algún sitio te lo agradeceré». Hizo una pausa. «Creo que hay cosas que tienes que saber». Me dio un vuelco el estómago y me vi agarrando con fuerza el edredón de la cama de mi madre. Hizo otra pausa. «Hay… algo… que tengo que aclararte… sobre Robert». Se hizo otro silencio. «Espero que recibas este mensaje y me devuelvas la llamada». Pensé que iba a colgar pero entonces dejó un número, que garabateé en la libreta que mi madre tenía junto al

teléfono en la mesilla de noche. Abigail Mallory terminó con: «Cuanto antes mejor. Podríamos vernos esta misma tarde. Estaré en Beverly Hills en el despacho de mi abogado y podemos quedar después, hacia las cinco, cuando salgas del colegio. Espero que escuches este mensaje antes de salir para Buckley. Si me devuelves la llamada, no dejes mensaje. Si no tengo noticias de ti, volveré a intentarlo». Pausa. «Y por favor, por favor, no le cuentes a Robert que te he llamado». Y colgó bruscamente.

Me quedé muy quieto un instante allí en la cama de mi madre, luego agarré el teléfono. Abigail respondió de inmediato y tras una breve conversación me pidió que quedásemos en La Scala Boutique a las cinco de la tarde.

Entré con el 450SL en el aparcamiento medio lleno contiguo a La Scala Boutique y encontré espacio fácilmente. Recorrí la corta distancia hasta la entrada aún con el uniforme del colegio puesto y me quité las Wayfarer al abrir la puerta. El restaurante, en la esquina de Beverly Drive con Little Santa Monica Boulevard, estaba flanqueado por hileras de reservados con varias mesas muy juntas en el centro del local y una pequeña barra con seis taburetes en un rincón, decorado con botellas de Chianti colgadas. En el reservado situado junto a la entrada a la cocina había una mujer con una blusa color crema, una americana negra y gafas de sol, fumando un cigarrillo que aplastó en un cenicero junto a una copa de vino blanco; era la única persona en todo el restaurante.

—No estaba segura de si vendrías —dijo Abigail, mientras se quitaba las gafas de sol y yo me acercaba a la mesa.

Era más joven de lo que me esperaba, probablemente unos treinta y pocos, y entonces me acordé de que no era la madre de Robert, era la hermana pequeña de su padre, y compartía algunos de los deslumbrantes encantos de su sobrino; de pronto me entró curiosidad por saber qué aspecto tendría el padre, si sería tan apuesto y sexualmente atractivo como su hijo. Me senté frente a la mujer y caí en la cuenta de que no necesitaba presentarme.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza.

—Discúlpame si me ves un poco alterada —comenzó—, pero es que vengo de reunirme con mi abogado —me explicó—. Mi marido y yo estamos en medio de un largo proceso de divorcio. Y me está poniendo las cosas bastante difíciles. Aunque sé que él dice lo mismo de mí. —Se calló un momento y esbozó una sonrisita triste—. Y estas reuniones se han vuelto muy desagradables. —Levantó la copa y se terminó el vino —. Debería haberte propuesto quedar otro día. Lo siento.

Se mostraba tan reservada que era como estar con una actriz que se esfuerza por interpretar un papel en una escena de la que no recuerda las frases.

Como buen chico de diecisiete años vestido con uniforme colegial, no tenía ni idea de qué se suponía que debía contestar, así que me limité a mirarla y asentí en silencio como si entendiese. No tenía nada que decir, porque no sabía por dónde empezar, y también me di cuenta, allí sentado en el reservado de La Scala, de que no quería saber nada más y de que tal vez debería largarme y dejar que todo siguiese su curso sin necesidad de averiguar por qué la tía de Robert pensaba que era tan importante que nos viésemos, sobre todo con el añadido de la advertencia de no contarle a Robert lo de nuestra reunión ni la llamada previa. Ella me examinaba con semblante inexpresivo, como tratando de determinar objetivamente quién era aquel chico al que había convocado y si podía confiar en él. Acabé por desviar la mirada y posarla en la mesa, y esperé a que hablase. El maître, al que reconocí de mis frecuentes visitas con mis padres al restaurante, salió de la cocina llevando unos pantalones de vestir y un polo y le preguntó a Abby si le apetecía otra copa de vino, y ella asintió en silencio. Lo observé mientras se dirigía a la barra y volvía con una botella medio vacía de Pinot Grigio frío y le llenaba la copa hasta el borde. Abby le dio las gracias con un gesto de la cabeza y el maître me preguntó si quería tomar algo. Negué con la cabeza y murmuré un no.

—Robert me ha contado que os visteis anoche —dijo por fin.

—Sí, Ryan lo invitó a cenar con nosotros después de salir del cine. —Y añadí inútilmente—: En Westwood.

—Robert me dijo que estabas… enfadado. Por lo visto.

Se calló y esperó a que dijese algo.

—No, la verdad es que no —mentí—. No estaba enfadado. Estábamos… bueno, estaba un poco de broma, de cachondeo. Nada de lo que dije era para que se lo tomase en serio.

—Robert me contó eso, que le dijiste que no ibas en serio, pero a él no se lo pareció… —Le dio un sorbo al vino—. No te creyó cuando dijiste que solo estabas de broma.

Al principio no dije nada. Una vaga irritación empezaba a apoderarse de mí e intenté aplacarla.

—Bueno, no es culpa mía si no sabe encajar una broma.

Ella reflexionó y le dio otro sorbo al vino.

—Me dijo que… bueno, que te ensañaste con él anoche. Que pareció que lo acusabas de algo de lo que, según él, no sabe nada ni tampoco tiene nada que ver.

Sentí un escalofrío al oír aquello, pero Abigail lo dijo con voz serena: no estaba tratando de intimidarme ni hostigarme, tan solo relataba los hechos que le había contado Robert. El Valium, como de costumbre, me iba estabilizando y fui capaz de sostenerle la mirada sin estallar y soltarle todo lo de Matt Kellner y las cosas horribles que pensaba que Robert le había hecho.

—Pero ya le dije que estaba de broma. Que solo le estaba vacilando. Cosas de chicos, ya sabe, tomarse el pelo, pasarse de la raya, comportarse como capullos. A ver, después seguimos como si nada. —Hice una pausa. Estaba mintiendo y me daba igual; recordé de repente cómo había sollozado en el trayecto de vuelta desde Westwood a la casa vacía de Mulholland, pero ahora allí, en La Scala, me envalentoné —. ¿Qué es lo que se tomó Robert tan a pecho como para explicárselo a usted?

Aquello fue una osadía por mi parte, el primer momento en que me sentí adulto durante la conversación: había puesto las cartas sobre la mesa y me estaba defendiendo de lo que el pirado de su sobrino me hubiese acusado. Abigail siguió observándome y no me respondió. En vez de eso, desvió la conversación hacia otro tema. No estaba

escurriendo el bulto, era curiosidad sincera.

—Robert habla muchísimo de ti. Desde el primer día de colegio, de hecho. —Me miraba fijamente pero sin ira, su tono no era reprobatorio, se limitaba a exponer las cosas—. Dijo que lo habías visto no sé dónde, en un cine, el año pasado. —Hizo una pausa—. En un cine donde él te dijo que no había estado. Y tú no le creíste. —Le dio un sorbo al vino —. Y aquel mismo día lo estuviste siguiendo. —Nueva pausa—. Después del colegio.

—No, no lo seguí —dije con calma—. Yo iba a Sherman Oaks Galleria y él empezó a seguirme. Y me siguió hasta dentro del centro comercial. Yo no seguí a nadie.

Se limitó a mirarme como si estuviese decidiendo si podía creerme o no.

—Él no sabe que estás aquí, ¿verdad? —Su semblante y su voz se tiñeron de cierta preocupación—. No le has contado nada de que nos fuésemos a ver aquí, ¿verdad?

—No, no —respondí en voz baja—. Me dijo usted que no le contase nada. —Hice una pausa y añadí—: No hablo mucho con Robert. —Otra pausa—. La verdad es que no confío en él.

—Él se ha ido interesando cada vez más por ti. Desde el primer día. —Se calló—. Habla mucho de ti. —Le dio un sorbo al vino—. Dice que lo… inquietaste… cuando le dijiste que estabas segurísimo de haberlo visto en aquel cine el año pasado.

Noté otro escalofrío, una oleada de aprensión.

—¿Por qué lo… inquietó eso? Sé muy bien que estuvo allí. No sé por qué miente.

—¿No lo sabes? ¿O finges que no lo sabes? —Se inclinó hacia delante —. Mira, podemos pasarnos el día aquí sentados y pasar por alto la situación en la que estás, Bret…

—¿Cuál es *mi* situación? —le pregunté, y me di cuenta de que mi voz sonó indefensa y atiplada como la de un niño—. ¿Por qué tenemos que ir todos con tanto cuidado con Robert? ¿Y por qué tengo que creerme lo que él diga? Creo que es un puto mentiroso…

—Yo no he dicho eso —repuso, sorprendida—. No es a eso a lo que

me refiero.

—Está insinuando que he hecho algo mal. Que he dicho algo ofensivo. Cuando Robert es, creo yo, un chico bastante turbio. ¿Cuál es *mi* situación?

No dijo nada. Siguió observándome como si no acabase de decidir si se podía confiar en mí o no, alguien capaz de actuar como confidente en la escena que estaba construyendo, un compañero de conspiración, otro actor que pudiera estar a su nivel.

—Bueno, anoche le dijiste a Robert que pensabas que estaba loco.

—¿Y lo está? —pregunté—. ¿Está mal de la cabeza? ¿Es peligroso? ¿Por qué tengo que tratarlo con tanto cuidado? ¿Por qué está tomando Thorazine?

—No está tomando Thorazine —contestó Abigail, sin entender—. Robert no está tomando Thorazine —repitió—. ¿Quién te ha dicho eso?

Me callé y me remonté hasta el día de la fiesta de Susan, donde la oí pronunciar claramente aquellas palabras al borde de la piscina.

—Creo que él… se lo contó a alguien —respondí en voz baja—. Creo que se lo contó a Susan Reynolds.

—No, no está tomando Thorazine —dijo dándole otro sorbo al vino—. Se toma alguna benzodiacepina, pero nada más fuerte. —Frunció el ceño—. ¿Thorazine?

—Mire, yo no sé exactamente de qué es capaz Robert —dije, intentando transmitirle el extremo cuidado con el que quería abordar el tema—. Creo que es… o he llegado a la conclusión de que es… un individuo… un tanto trastornado… responsable de… ciertas cosas. —Lo dije sin emoción y sonó hueco, carente de sentido o finalidad, algo anodino y burocrático. Abigail no abrió la boca. Paseé la mirada por la sala vacía. El restaurante tenía una vista panorámica de Santa Monica Boulevard y Beverly Drive, y también de Little Santa Monica Boulevard, las avenidas congestionadas con el tráfico de última hora de la tarde. Empezaba a oscurecer y pronto sería de noche. De pronto me descubrí examinando las calles en busca de la furgoneta beis. En medio del silencio que siguió pregunté—: ¿Por qué estaba Robert en aquel… centro? ¿El de Jacksonville? —Hice una pausa—. ¿Qué pasó?

—¿Cómo te has enterado de eso? —me preguntó, no sorprendida pero sí con curiosidad.

—Me lo contó Susan Reynolds.

—Susan —dijo sonriendo para sí—. ¿Sabes que aún no la conozco?

—¿Por qué… tendría que conocerla?

—Porque Robert está bastante prendado de ella. Por eso —dijo Abigail.

—Tiene novio —dije automáticamente—. Y Thom es mi mejor amigo.

—Lo sé. Y lo entiendo. Es una situación bastante delicada para todos, ¿verdad?

Yo no quería hablar de eso. Era algo que ya estaba sucediendo entre Robert y Susan. Sabía lo que se traían entre manos y lo que terminaría pasando, y quería posponer la realidad cuanto fuese posible. Thom volvería dentro de cuatro días.

—¿Por qué estaba Robert en aquel centro? —repetí.

—Lo ingresó su padre —contestó sin más.

—¿Qué hizo? ¿Qué hizo Robert para que tuvieran que meterlo en lo que coño fuese aquello? ¿Un psiquiátrico?

—Yo no estaba… allí —respondió Abigail con vaguedad—. Solo oí que… pasaron algunas cosas. —Hizo una pausa—. Robert las negó, pero al parecer esas cosas alarmaron a su padre. —Otra pausa—. Y también a su madrastra. —Dio un sorbo al vino—. Y hubo un incidente con su hermanastra que fue, supongo, la gota que colmó el vaso. Aunque Robert también lo niega.

—¿Así que solo estuvo internado una vez? ¿No había estado ingresado antes?

—No —contestó, y a continuación se explicó con cuidado—. La muerte de su madre pareció ser el catalizador para que Robert se descarrilara un poco, lo cual era de esperar, pero creo que fue un golpe excepcionalmente duro para él y que eso exacerbó aún más la situación por la que estuviera pasando antes de su muerte. —No sabía cuánto más debería contar y se calló de golpe.

Todo estaba teñido de vaguedad y en aquel momento pensé que lo

prefería así, pero luego me di cuenta de que no: necesitaba concreciones.

—Así que su padre lo ingresó allí —dije, animándola a que siguiera hablando—. Y estuvo solo una vez.

—Fueron unos cuatro meses y medio. Desde enero hasta mayo.

—¿Puede contarme lo que sucedió? —le pregunté amablemente.

—Bueno, no sé qué pasó con exactitud —dijo, y luego—: ¿Qué os contó Robert?

—Nos contó que su madre murió, que no se llevaba bien con su padre ni con su madrastra, y que quiso mudarse a Los Ángeles para vivir con usted, y que su padre acabó cediendo. —Hice una pausa, y luego pregunté con toda la delicadeza posible—: ¿Qué le ocurrió a su madre?

—No lo sabemos realmente —dijo Abigail, expeditiva—. Yo no conocía demasiado bien a mi cuñada, pero presuntamente fue un accidente. Se cayó desde el descansillo de la segunda planta de la casa, tropezó y se precipitó por encima de la barandilla, cayendo de tal manera que murió en el acto. —Hizo una pausa, le dio un sorbo al vino; la copa ya estaba casi vacía. Contó todo esto sin rastro de emoción, aunque el vino le había coloreado la cara. Miró en busca del maître y luego al chico que estaba sentado frente a ella—. Pero siempre quedaron cabos sueltos…

—¿Cabos sueltos? —la interrumpí.

—Discrepancias —aclaró, momentáneamente distraída—. William siempre consideró que quedaban cabos sueltos. No acababa de encajarle aquello. Mi cuñada debía de haber estado en una postura muy concreta junto a la barandilla, el pasamanos, la segunda planta; William decía… —Hizo una pausa, deliberando si debía proseguir—. Pero, mira, había sido un divorcio muy conflictivo y William, el padre de Robert, odiaba a Carol, para entonces la odiaba realmente, y el caso, que nunca dejó de considerarse un accidente pese a la inquietante naturaleza de las cuestiones planteadas por William, se cerró y punto. Y luego Robert se mudó con William y Diane, su madrastra, y con Ashley, su hermanastra pequeña de un matrimonio anterior de Diane, aunque

William quería mandar a Robert a un internado, pero estábamos ya en mayo (Carol murió en abril) y el plan era matricularlo en algún sitio en septiembre. —Abigail hizo una pausa y entonces decidió ir por otro camino—. Mira, no era del todo verdad cuando he dicho que la muerte de Carol fue la única cosa que tuvo un profundo impacto en Robert. Antes ya le había sucedido algo. Antes de morir su madre ya le estaban pasando cosas que lo afectaban de maneras muy extrañas. Eso según Carol y William. Y he de reiterar, Bret, que yo no estaba allí. Yo vivía aquí. Y lo único que sé en realidad es lo que me han contado William, Robert y Carol. —De pronto hizo un gesto con una mano en el aire que a saber lo que querría significar—. Los detalles no son importantes, solo eran versiones distintas de los acontecimientos, pero sin duda hubo una parte de Robert por la que llegué a temer, que me tuvo preocupada: hubo drogas de por medio, mal comportamiento, amenazas a un compañero de clase. —Se calló de nuevo, y entonces pareció caer en algo—. Supongo que te cuento esto para que vayas con más cuidado cuando estés con él, porque es muy… sensible. —Comprendí que Abigail estaba bastante achispada y que eso hacía que empezara a dispersarse—. Y que no tengo muy claro qué es eso que piensas de lo que él es capaz. Lo que digo es que no es el individuo peligroso que tú pareces pensar que es…

—Sí, lo tiene muy claro —la interrumpí—. Usted le teme.

Se quedó callada un momento.

—Bueno, creo que tendrías que definir qué entiendes por peligroso…

—Vamos a ver, pero ¿qué dice? ¿Qué coño hago yo aquí? No quiero saber nada de esta mierda. No quiero que me cuente nada. ¿Me está diciendo básicamente que el padre de Robert cree que este tuvo algo que ver con la muerte de su madre? ¿Es eso lo que se supone que debo deducir de…?

—Pero es que debes estar al tanto de todo esto —dijo ella en voz baja—. Porque debes dejar de tener esa sensación que te produce Robert…

—He cambiado de opinión. Esto me da miedo. No quiero saber nada más de todo este asunto.

—A lo mejor eso es bueno —dijo, comprendiendo—. Tener miedo.

Mantenerse alerta…

—Estoy harto de tener miedo —dije—. Y usted también tiene miedo. Por eso está aquí. Por eso me ha llamado. Está asustada.

Se encogió de hombros.

—Al final te acostumbras.

—Y una mierda… —mascullé por lo bajo. Y luego, mirándola fijamente, no pude evitar preguntarle—: ¿Qué piensa la demás gente de lo que le pasó a su madre? ¿Piensan que Robert tuvo algo que ver?

—Claro que no, Bret —dijo ella buscando al maître con la mirada, los dedos ligeramente cerrados alrededor del tallo de la copa vacía—. Claro que no, porque Robert no tuvo nada que ver con ello…

—No me lo creo. Creo que la gente pensó que él tuvo algo que ver, fuese verdad o mentira. Seguro que corrieron rumores.

—Bueno, siempre han corrido rumores sobre Robert, pero fue William quien los inició… —Abigail se calló y me miró—. Según mi hermano… —Su mirada se perdió por detrás de mí, casi como si quisiera asegurarse de que no había nadie que pudiera oírnos—. Carol tenía que haber estado colocada en una postura muy concreta, hacia la mitad de la barandilla, por encima del suelo, para caer desde el descansillo…

—¿Y fue así? —la corté.

Abigail me miró.

—Nadie lo sabe —respondió en voz baja.

—¿La empujaron? ¿La tiraron? ¿Eso es lo que piensa la gente? ¿Qué intenta decirme? ¿Que lo hizo Robert?

Soltó la copa de vino y entrecruzó las manos sobre la mesa.

—Fue un accidente —repitió—. Hubo irregularidades, pero la causa de la muerte fue declarada oficialmente como un accidente. Nadie sabe por qué estaba en aquella postura para caerse como se cayó, pero fue un accidente. —De pronto Abby se impacientó—. Pero no es de eso de lo que quería hablar contigo. No tengo nada que decir sobre lo que le sucedió a Carol.

—¿Qué dijo Robert? —pregunté—. ¿Sobre lo que le pasó a su madre?

—No estaba en casa. Pero fue él quien se la encontró.

—¿Tenía una coartada? —dije sin poder evitarlo.

—¿Una coartada? —dijo ella, estupefacta. Lo volvió a preguntar, como si no diera crédito—: ¿Coartada?

Su expresión cambió, como si de repente me viera bajo otra luz y aquello confirmara algo sobre el chico que tenía delante y la palabra empleada: «coartada».

Yo la miraba, respirando hondo, tratando de controlarme; el Valium no funcionaba y unos hilillos de ansiedad empezaban a desenrollarse a mi alrededor en el aire, unos finos jirones reptaban por el mantel de la mesa de La Scala y se me enroscaban en los brazos, el pecho, el cuello. Abigail volvió a hablar y traté de prestar atención a lo que decía, pero en realidad no quería. El sonido de su voz entraba y salía de mi conciencia mientras mis ojos examinaban las calles en busca de la furgoneta color beis.

—Es verdad que Robert tenía… problemas de control de la ira y, sí, tuvo malos comportamientos y, sí, hubo drogas de por medio, y sí, amenazó a gente, a compañeros de clase, y ya no estaba muy centrado… y sí, la marihuana y lo que sea que tomase, peyote, setas, LSD, lo que fuese, contribuyeron a ello, claro… pero no era peligroso, Bret. Salvo para sí mismo. —Abigail se me quedó mirando para enfatizar lo dicho—. No creo que fuese necesariamente violento. De hecho en una ocasión lo encontraron, según palabras de Carol, en estado catatónico en su dormitorio, y entonces fue cuando le prescribieron la benzodiacepina. —Hizo una pausa—. En cuanto a los rumores, bueno, William comentó que antes de morir Carol ella le había dicho que en el vecindario habían desaparecido varias mascotas y que a veces aparecían muertas, y que le preocupaba mucho que la gente pudiera pensar que Robert tenía algo que ver con ello, y William le dijo que lo más probable era que sí tuviera que ver con ello. —Se calló un momento—. Sí, mi hermano es esa clase de padre.

Me entraron náuseas al oír aquello y quise que se callase, pero no pude articular palabra. De pronto me acordé de haber visto a Robert mirando el escaparate de la tienda de mascotas Vince’s Pets en la primera planta del centro comercial de Sherman Oaks aquel día de

septiembre después de clase, y me invadió una oleada de repulsión. Abigail continuaba hablando.

—Nunca lo culparon de nada, pero William dio por sentado cosas de él que exacerbaron la paranoia, su paranoia, la paranoia de Robert. —Miró la copa vacía y recorrió de nuevo la sala con la mirada buscando al maître. Suspiró—. En fin, Carol murió en abril, y después de un mes de vivir con su padre, cuando Robert iba a terminar el tercer año de instituto en Roycemore, William dijo que no quería que siguiera viviendo con ellos en su casa, dijo que se traía algo raro con Ashley, que solo tenía doce años, algo inapropiado, de modo que Robert se vino a Los Ángeles y se quedó conmigo durante el verano de 1980. —Dejó de hablar, sacó un cigarrillo y lo encendió. Soltó el humo hacia un lado mientras yo la miraba en silencio. El maître apareció de pronto y sin preguntar le sirvió una tercera copa de vino blanco y se fue tras la barra a atender el teléfono. El cigarrillo y la copa llena la relajaron y se atrevió a preguntarme—: Y entonces es cuando dices que lo viste, ¿verdad? En aquel cine en mayo.

No contesté, porque ella sabía que Robert había estado en el Village Theater aquel sábado en la sesión matinal de *El resplandor* . Había bajado por un pasillo y subido por otro buscando a alguien. El 8 de septiembre Robert le contó a Abigail que alguien del colegio lo había visto aquel día (asombrado de que alguien pudiera recordarlo después de haberlo visto solo una vez). Y por cómo me miró Abigail en La Scala, me di cuenta de que sabía por qué Robert me había causado semejante impresión y por qué no se me había olvidado después de tanto tiempo, por qué seguía recordando a aquel chico quince meses después de haberlo visto por primera vez. Supo que lo encontraba hermoso, atrayente, que lo deseaba, y eso respondía a muchas preguntas sobre mí que ni siquiera necesitaba plantear. Me había calado. Me había sentido atraído por su sobrino de una manera tan impactante que le había revelado cuál era mi secreto. En cierto sentido apenas me importó, porque el miedo borraba todo lo demás, pero de pronto me sentí desnudo y levemente avergonzado frente a ella. Ahora se mostraba muy relajada. La inquietud que yo le provocaba se había

esfumado, ya no parecía importarle. No era más que un muchacho. Estaba convencida de saber mucho más que yo a medida que iba emborrachándose tranquilamente. Se puso a hablar de nuevo.

—Al principio me pareció que Robert estaba mejor, cuando vino a visitarme en 1980; era mediados de mayo, después de terminar segundo año en Roycemore, aunque, claro, tampoco tenía con qué comparar porque no lo había visto en Chicago; de hecho, antes rara vez veía a mi sobrino. No creo que cuando estaba aquí tomase drogas, porque le dije que si tomaba drogas no le dejaría tener coche. Me acababa de separar de mi marido, él se había mudado a Brentwood y yo a Century City; él se compró un coche nuevo, dejó su Porsche y yo se lo dejé conducir a Robert. Y aquel verano lo pasamos Robert y yo solos, y tampoco es que lo viese demasiado: salía mucho y yo no le preguntaba adónde iba ni qué hacía. Salía casi todas las noches, y me fijé en que gastaba mucho dinero en gasolina por la tarjeta de crédito que le había dado… y además iba a sitios muy raros, a lo largo de la costa, a veces hasta Monterey o más allá de San Diego, venga a conducir, pero también era muy sociable y conocía a chicas con facilidad, así que daba por hecho que iba con ellas.

«Me encantaría meter la lengua en ese coñito prieto todo rosa y húmedo… como un tarro de miel… follarle el culo en plan duro… hacerla gritar…».

—Al principio pareció, no sé, que le sentaba bien Los Ángeles —prosiguió Abigail—. No creo que aún hubiese digerido la muerte de su madre, en absoluto (solo habían pasado un par de meses, era demasiado pronto), pero parecía estar bien. Supuse que acusaría el impacto más adelante. —Hizo una pausa y se bebió media copa de vino. Se había soltado bastante y ya no se concentraba tan intensamente en mi persona. Hablaba sin cortapisas, desinhibida—. Pero sucedió algo a comienzos del verano, solo un mes o así después de que Robert llegara, que hizo que desapareciese de casa durante varios días seguidos, puede que una semana. —Dio una calada al cigarrillo, exhaló el humo hacia un lado—. Aquello fue el principio de la paranoia. Ahí fue donde dijo que alguien había empezado a seguirlo. Y

eso empezó a suceder después de que una chica con la que se veía de vez en cuando… desapareciese.

Calló. Yo esperé.

—Tenías razón —dijo Abigail—. Robert estaba en aquel cine en Westwood aquel sábado de mayo. —Se calló—. Tú lo viste. Estaba allí con una chica.

—¿Con quién? —acerté a preguntar a través del miedo.

—Con una chica que se llamaba Kathy Latchford. Katherine Latchford.

Se calló de nuevo y me observó, curiosa ante la reacción que me produciría aquel nombre.

—Sé quién es —dije en voz baja. Pero la voz me tembló porque el corazón me latía desbocado y me costaba hablar.

—Entonces entenderás por qué Robert no quería que nadie supiera que había estado con ella, después de que desapareciera. —Me miró y ladeó levemente la cabeza—. Y por qué negó haber estado en el cine. —Le dio una calada al cigarrillo—. No había nada serio entre ellos. Iban al cine, fueron a un concierto… Kathy se veía con otra mucha gente, Robert volvería a Chicago en septiembre, era una cosa informal. —Abigail hizo una pausa—. Kathy se relacionaba con otros chicos y la policía habló con ellos después de la desaparición…

—Pero no con Robert.

—No, con Robert no —confirmó.

—¿Y él no fue a hablar con la policía ni… dijo nada?

—No. —Abigail aplastó el cigarrillo en el cenicero—. No lo hizo. Porque dijo que no sabía nada. —Se calló y miró por la sala—. Y yo le creí. —Volvió a mirarme—. Y tanto su padre como yo convinimos en que, teniendo en cuenta los problemas por los que Robert acababa de pasar, bueno, sería mejor que se mantuviera al margen.

No dije nada. Miré a Abigail impasible. Era increíble lo rápido que se había apoderado de mí la náusea, provocada por el puro pánico que había resultado de la ansiedad. Me limité a aguantar sentado muy quieto para que se me pasasen las ganas de vomitar, que empezaron a disminuir lentamente después de una segunda oleada. Quería

marcharme de La Scala, volver a casa, fumar hierba y tomarme otro Quaalude hasta quedar totalmente anulado por el colocón, arrastrarme bajo las mantas y dormir profundamente sin sueños.

—Así que estás al tanto de lo de Katherine Latchford y de lo que le sucedió —estaba diciendo Abigail.

Asentí despacio.

—Sí. —Tragué saliva—. El Arrastrero.

—Sí. —Asintió—. La primera chica.

Apretaba tanto los dientes que pensé que se me iban a partir. Logré relajar la mandíbula y murmuré:

—Así que por eso decía que no estuvo en el cine. —Hice una pausa —. No quería que nadie estableciese una conexión…

Abigail continuó.

—Hubo una cosa que Robert me contó de Kathy que sí me preocupó: ella le dijo que había una persona que la llamaba y colgaba, y creía que alguien había entrado en su dormitorio y reordenado una estantería de libros y rebuscado en su cajón de camisetas y bragas. —Pausa—. Y también le contó a Robert que faltaban un par de bragas. —En ese momento, mientras hablaba, Abigail trataba de concentrarse en mí para calibrar mi reacción ante la información que me estaba dando, en lugar de perderse en el aturdimiento de las tres copas de vino—. Ella pensaba que Robert le había dejado aquel póster, aquel regalo, por el que la policía se interesó tanto más adelante… —Guardó silencio un momento —. Pero no fue él.

—El póster de Madness —confirmé en voz baja—. El de *One Step Beyond* .

—Robert no le dejó ningún póster. No sé de qué era, pero él no le dejó nada. —Se calló—. Fue otra persona.

One Step Beyond . *Second Edition* . *Three Imaginary Boys* . *Gang of Four* .

Yo sabía que el póster del *4* de Foreigner formaba parte de este relato.

Sabía que Matt Kellner estaba relacionado de algún modo. Pero no tenía ni idea de cómo.

—El día que lo viste en Westwood, Robert me contó que después de la película a Kathy le pareció ver a lo lejos a alguien sospechoso en el aparcamiento, un tipo con gafas de sol, alguien que la observaba fijamente, así que cuando desapareció de aquella fiesta unas semanas después Robert supuso que solo se estaba escondiendo unos días… metiéndose drogas, probablemente con otro chico con el que solía verse, lidiando con su paranoia.

Le dio un sorbo al vino. Ya casi no le quedaba.

—¿Y? —dije sin dejar de mirarla.

—Y entonces, cuando pareció quedar claro que algo andaba realmente mal y que Kathy estaba desaparecida, Robert dijo que alguien había empezado a seguirlo… a él.

Hizo una pausa dramática para causar efecto. Yo no dije nada, recordando lo que me había dicho Thom en el coche camino del aeropuerto: Robert le había contado que un pirado lo estaba siguiendo, *acechando* .

—Y recibía llamadas a su número privado en las que no decían nada y luego colgaban. Y sentía que cuando estaba fuera lo… vigilaban. Según Robert aquello se prolongó durante todo el verano que estuvo aquí en Los Ángeles, el verano en que Katherine desapareció y luego encontraron su cadáver, y en cierto modo terminó acostumbrándose. A veces incluso bromeaba con ello, pero yo me daba cuenta de que sufría. —Se calló—. Aún cree que alguien lo sigue. Dice que en Chicago la cosa paró, pero que al volver a Los Ángeles en diciembre para pasar las vacaciones conmigo lo percibió de nuevo… esa presencia invisible, la llamaba. Empezó a recibir cartas anónimas sin remitente que nunca me enseñó; no sé lo que ponía en ellas. Y luego, hacia Navidad, las llamadas telefónicas se reanudaron. Fue una repetición de lo ocurrido en verano. Y Robert empezó a desmoronarse. Y, claro, habían encontrado el cadáver de Kathy en agosto.

Y Sarah Johnson desaparecería aquella primera semana de enero, me recordó el escritor.

—¿Quién pensaba que podía ser? —me oí preguntar, y entonces me vino un recuerdo de Robert en Sherman Oaks diciéndome: «No me

gusta que me sigan».

—No lo sabe. No lo ha sabido nunca.

—Abby… —Tomé aire—. ¿Usted de verdad le cree? ¿De verdad cree que no tuvo nada que ver con la desaparición de Katherine ni con lo que le pasó? ¿Usted no lo cree capaz de eso?

Se le endureció la expresión por primera vez desde que me había sentado frente a ella.

—Esa reacción es precisamente el motivo por el que Robert no fue a la policía. —Sacudió levemente la cabeza—. Esa reacción es parte del problema, Bret. Lo primero que me dijo cuando llegó a casa el primer día de colegio en septiembre fue que alguien de Buckley lo había visto en aquel cine al que fue con Kathy Latchford. Tuvo un ataque de pánico. —Hizo una pausa—. Él no te había visto. No te recordaba. Estaba recorriendo los pasillos buscando a Katherine (la había llevado su madre en coche). —Otra pausa—. Pero cuando me preguntas cosas así, que si Robert es capaz de eso, que si tenía alguna «coartada», que si fue responsable de la muerte de su madre… me doy cuenta de que no dudas de que está enfermo y…

—Hay una cronología —dije inclinándome hacia delante—. Abby. Hay una cronología. Katherine desapareció cuando Robert estaba aquí, y su cadáver apareció antes de que él se marchase. Sarah Johnson desapareció cuando Robert estaba aquí…

—Bret. —Abigail había alzado la voz—. No quiero oír nada de esto.

—¿Estuvo aquí en Los Ángeles el verano pasado? ¿En junio? ¿Estuvo Robert aquí en junio?

—Bueno, eh… iba y venía… —empezó Abigail—. Sí, estuvo aquí en junio. Sí.

—Así que estuvo aquí cuando desapareció Julie Selwyn —dije—. En junio. Estaba aquí en junio.

—¿Quién es Julie Selwyn? —preguntó Abigail Mallory sin entender.

—¿Qué pasó en Chicago? —pregunté—. ¿Por qué ingresaron a Robert en el centro? No me lo quiere contar. No me lo puede contar, ¿verdad? No quiere que lo sepa porque eso confirmaría algo sobre Robert. No quiere que me entere.

—No sé lo que pasó, Bret —dijo Abigail—. Solo de oídas, y había dos versiones distintas…

—¿Qué pasó? —la interrumpí—. Por Dios, dígamelo ya para que pueda largarme de aquí.

Se me quedó mirando; estaba borracha y era consciente de las posibles implicaciones de lo que estaba a punto de contarme, y aun así quería hacerme entender algo defendiendo a Robert de aquello de lo que lo hubieran acusado en Illinois. De haber estado sobria no creo que hubiese sido capaz. Pero, entonada por las tres copas de vino, decidió ser sincera e intentarlo.

—Por lo visto Ashley… —empezó en voz baja.

—¿Quién es Ashley? —le pregunté, no me acordaba.

—Su hermanastra.

—Vale, Ashley. —Asentí.

—Ashley dijo… que pasó algo entre Robert y ella.

Miré fijamente a Abigail.

—¿Qué?

—Yo sospecho que ella se encaprichó de Robert, o eso me comentó Carol una o dos veces cuando hablé con ella. Aunque Robert vivía con su madre, de vez en cuando se quedaba con su padre cuando Carol se iba fuera por trabajo. Y creo que Ashley acusó a Robert de ciertas cosas, ciertas cosas de carácter sexual que este no hizo. Pero William y Diane quisieron creer…

—¿Como qué? ¿Qué tipo de cosas de carácter sexual? —le pregunté.

—Robert estaba de vuelta en Roycemore en enero y no le iban muy bien las cosas… algo oí de peyote y LSD, admitido por él mismo… y tenía problemas con su padre y con Diane, no le habían encontrado un internado que le gustase también a él, y la cosa fue empeorando hasta que… Ashley dijo que le había sucedido algo. Que Robert le había hecho algo.

Esperé.

Abigail suspiró.

—Le había salido una especie de… sarpullido, y le echó la culpa a Robert —prosiguió tras una larga pausa—. Dijo que Robert le había…

hecho algo. Que le había dicho que se… afeitase… —Guardó silencio un momento—. Ashley dio a entender que él le había hecho algo. Que le había… hecho algo sexual. Robert dijo que no era verdad, que Ashley mentía, y entonces…

Esperé.

—¿Y entonces?

—Y entonces Robert se tomó una sobredosis, y no creo que fuese un intento serio, sino tal vez una manera de hacer sentir culpable a William por creer a Ashley, y luego William quiso internar a Robert en ese centro (dijo que era para que se desintoxicase y para que le hiciesen un examen psiquiátrico completo) y todo sucedió bastante rápido. Robert entró en Jacksonville una semana después de volver a Chicago, y para cuando le dieron el alta ya estaba decidido que se mudaría aquí conmigo —dijo Abigail—. Mira, solo quiero que entiendas que ha sufrido mucho y que creo que lo han tratado injustamente. Y creo que sea lo que sea que quieres cargarle también es injusto y peligroso, y quiero que…

Volví a inclinarme. Noté que enrojecía. De pronto estaba furioso.

—Robert estaba con Matt Kellner, ¿entiendes, Abby? —dije en voz baja—. La semana en que Matt estuvo desaparecido Robert sabía dónde estaba, y tengo una cinta que se grabó la noche en que murió y creo que la otra voz que se oye es la de Robert, y que ayudó a matarlo…

—Cállate…

—Creo que aquel fin de semana Matt fue a la casa de Benedict Canyon y que Robert lo drogó, lo llevó en coche por la costa hasta Crystal Cove, le dio una paliza tremenda y luego lo trajo de vuelta, y que todo eso no es más que el puñetero juego chungo que le gusta jugar a Robert…

—Calla, Bret, por favor…

—Y luego lo montó todo para que pareciese que Matt se había ahogado después de un brote psicótico…

—Te digo que pares, Bret…

Abigail hizo ademán de coger el paquete de cigarrillos, pero dejó caer la mano.

—Robert le cortó la cabeza a ese puto gato, Abby. Su puto sobrino lo clavó a una columna. Lo destripó…

—Robert ya habló con Ronald Kellner, Bret. —Levantó la mirada hacia mí y vi que tenía lágrimas en los ojos.

—¿No cree que Robert tuviese que ver nada con los allanamientos que comenzaron cuando estaba aquí en el verano de 1980? ¿Junto con las agresiones y la desaparición de Katherine Latchford? —dije—. La cronología cuadra. La cronología cuadra a la perfección. Estaba aquí cuando desapareció Sarah Johnson y estaba aquí cuando Julie Selwyn desapareció, y no estaba en las puñeteras pistas del colegio la noche en que Audrey Barbour desapareció. —Me callé un instante, exhausto—. Estaba en el puto Woodland Hills, acechándola en el Promenade…

—Esas otras dos chicas no sé quiénes son. Supongo que no he seguido este asunto tan de cerca como tú, Bret —me dijo con serenidad—. No sé quiénes son esas chicas exactamente.

—Así que solo es mala suerte que Robert saliese con la primera víctima del Arrastrero. Y mala suerte que su hermanastra de doce años dijera que la violó…

—Tienes que dejar de acusarlo de esas cosas —dijo Abby—. No tiene a nadie. No tiene a nadie más que a mí…

—Basta. Basta ya…

Pero una súbita punzada se extendió por mi pecho al oír eso, porque yo también sentía lo mismo: «Tú tampoco tienes a nadie».

Se inclinó sobre la mesa, su desesperación era palpable.

—Deberías conocer mejor a Robert, Bret —dijo en voz baja—. Creo que si lo conocieses te darías cuenta de que no es capaz de hacer lo que insinúas. —Se detuvo y volvió a echarse hacia atrás. Cogió el paquete de cigarrillos, sacó uno pero se abstuvo de encenderlo. Y entonces de repente me miró, ligeramente confusa—. ¿Cómo… sabías lo de la casa de Benedict Canyon?

—No lo recuerdo —mentí automáticamente—. Creo que Robert nos la mencionó durante el almuerzo o algo así —murmuré—. Comentó algo de una casa en Benedict…

No le conté que había seguido a Robert hasta allí y que había estado

merodeando por el patio.

—Es donde nos fuimos a vivir mi marido y yo al casarnos. Ahora él está en Scottsdale. No la ha puesto a la venta porque tiene que darme la mitad. Se está comportando como un capullo. —Le costaba concentrarse en mí. Me di cuenta de que intentaba encenderse el cigarrillo y por algún motivo no lo conseguía—. Robert guarda algunas cosas allí. En el piso de arriba. Tiene una llave.

Aquello me superó. Finalmente me puse en pie. La miré con expresión impávida. En aquel momento vi a Abigail Mallory como una borracha que no se enteraba de nada y me pregunté cuántas veces se habría autocensurado a lo largo de nuestra conversación. Aunque parecía temerosa y vulnerable, me hizo sentir despiadado, como si pudiese llegar a azotarla.

—¿Quiere que sea amigo de él? —le pregunté por lo bajo—. ¿Quiere que salga por ahí con Robert?

Ella levantó la mirada pero no asintió.

—Pues saldré por ahí con él. Venga. —Me di cuenta de que tenía la espalda completamente mojada de sudor y adherida al polo—. ¿Quiere que sea amable con él? Perfecto. Venga. —Lo dije con embotamiento, sin emoción.

Su semblante se relajó y pareció sorprendida.

—¿Así de fácil? —me preguntó con voz queda—. ¿Has cambiado de opinión así de fácil?

—No he cambiado de opinión en lo más mínimo —dije.

Se me quedó mirando, confusa.

—Me preocupa lo que va a pasarle a Susan Reynolds —dije—. Me preocupa lo que Robert va a hacerle a Susan.

24

El jueves no fui al colegio; no me vi capaz de soportarlo después de lo que me había sido revelado en La Scala Boutique, de modo que me quedé en la cama arrebujado en el edredón. Dormí hasta tarde a pesar de que Rosa intentó despertarme y de que entró en mi dormitorio para abrirle a Shingy, que gimoteaba rascando la puerta que daba al patio trasero mientras yo entraba y salía del duermevela. Me pasé el día dándole vueltas una y otra vez a la conversación con Abigail Mallory al tiempo que ignoraba las llamadas telefónicas de Debbie y trataba de concentrarme en los deberes con la ayuda de la menguante provisión de hierba que le había comprado a Jeff el domingo. Lo que había pasado en La Scala Boutique podía convertirse, si yo lo permitía, en mi único punto de referencia, y necesitaba distraerme de ello, de modo que las pipas que fumaba sin parar me ayudaron a concentrarme en otras cosas. Aquella noche me tomé un Quaalude para desconectar y me quedé dormido enseguida; el viernes me levanté diligentemente cuando la alarma que había programado la noche anterior empezó a sonar por lo bajo en mi mesilla y emprendí mi ritual matutino, aunque aquel día no me masturbé: no sentía deseo. Nadé, me di una ducha, me puse el uniforme de Buckley, le eché un vistazo a los deberes que había hecho la noche anterior y me miré fijamente en el espejo, y vi que tenía buen aspecto, parecía normal, afable, sereno, era el participante tangible y aquel día iba a llevarme bien con todos. Y me iba a hacer amigo de Robert Mallory… porque no me quedaba otra opción.

De camino a la torre del campanario con la mochila Gucci al hombro me fui fijando en los coches de todos en el aparcamiento: los respectivos BMW de Susan y Debbie, el Trans Am negro de Ryan, el Porsche de Robert… estaban todos menos el mío. (Entonces me acordé: el Corvette de Thom Wright también faltaba). Eran casi las nueve y estaba a punto de empezar Narrativa Norteamericana. Nos habían asignado *Matadero Cinco* y me había leído rápidamente la primera

mitad el día antes, colocado, junto a la piscina, después de llamar a Buckley y decirle a una de las secretarias que no me encontraba bien y que no asistiría a clase ese día (ninguna sospecha en su voz, solo preocupación y comprensión; así funcionaba Buckley, eso suponía ser uno de los mayores, aquel era el privilegio que habíamos heredado). Susan me sonrió cuando me senté en el pupitre a su lado y yo le correspondí con una sonrisa tranquilizadora, y luego saludé con la cabeza a Ryan, que hizo lo propio, vacilante, como sorprendido de que no lo ignorase, y entonces comenzó la clase. La jornada se volvía realmente fácil una vez que empezabas a fingir, y de hecho se volvía *más real* merced al cambio de actitud; la farsa se convertía en la realidad y afectaba a todo de una manera aparentemente positiva. De hecho, era preferible a la realidad.

Para cuando llegó la hora del almuerzo, con solo Debbie, Susan, Robert y yo sentados a la mesa central a la sombra del Pabellón, me había transformado en tantas personas que en realidad no era: ahora era el novio cariñoso y amable de Debbie Schaffer, que le contaba que me había pasado el jueves en casa pensando en nosotros dos y en cuánto quería —y necesitaba— comprometerme más con nuestra relación, y le prometí que había vencido al zombi que me tenía atrapado a principios de semestre. Aquel viernes no dejé de tocarla y acariciarla constantemente y la besé en la boca cada vez que nos encontrábamos entre clases, y aunque le puse excusas para que no viniese a la casa de Mulholland para echar un polvo rápido después del colegio, no discutió, no solo porque estaba muy emocionada con mi recién descubierta lealtad sino también porque estaba demasiado preocupada por la gala benéfica ecuestre, mucho más glamurosa y ostentosa de lo que yo había supuesto: sería televisada, habría patrocinadores, asistirían estrellas del cine y la televisión, aquello formaba parte de algo más grande que yo no alcanzaba a comprender. Debbie me explicó que Spirit había estado nervioso e inquieto y necesitaban prestarle más atención, algo lo había asustado, así que iba a diario a entrenar al caballo para calmarlo ya que iba a tener que ejecutar una rutina muy complicada, y cuando no estaba en Buckley se pasaba casi todo el

tiempo en Malibú. Fingí preocupación y le hice las preguntas apropiadas, aunque el tema me aburriese soberanamente y no me importase lo más mínimo; y ella a su vez estaba entusiasmada y aliviada de que me mostrase tan atento y en un momento dado me preguntó si iba puesto de algo, y yo le aseguré que no: «Solo de ti», le dije. Lo que estaba sucediendo era real, le insistí. Y entonces, a raíz de mi confesión, Debbie me dijo que estaba decepcionada consigo misma y que era culpa suya que no pasáramos más tiempo juntos, y yo la tranquilicé diciéndole que reconectaríamos en cuanto terminase la gala benéfica y que estaba deseando estar en las gradas para animarla. Cuando le dije esto aquel viernes de octubre la pilló por sorpresa y la vi feliz como nunca, y me pregunté por qué no había aceptado aquella manera de ser en junio, cuando nos sentamos en aquella tumbona junto a la piscina iluminada de la casa de Anthony Matthews y permití que diese comienzo la relación que nos llevaba al terreno inestable en el que nos encontrábamos ahora. Pensé que ojalá no fuese demasiado tarde.

También fui el mejor amigo de Susan Reynolds: la paré en el camino bajo los aleros después de la primera clase, le tomé una mano y le dije que lamentaba sinceramente lo de Palm Springs, que era su vida y que yo la quería independientemente de lo que decidiese hacer, y que jamás se lo contaría a Thom, que por favor me perdonase. Susan estaba demasiado embotada como para suspirar de alivio, pero los ojos se le humedecieron y me abrazó muy fuerte mientras Ryan Vaughn pasaba por nuestro lado con rostro inexpresivo, camino de la siguiente clase, ignorándome, pero hasta aquello me pareció bien, porque ahora comprendía que de todas formas nunca iba a pasar nada entre nosotros: esa siempre había sido la amarga realidad.

—Gracias —dijo Susan.

—Me voy a esforzar de veras, puedes contar conmigo —dije—. Y también voy a intentar ser amigo de Robert. La muerte de Matt me dejó hecho polvo… todo han sido malentendidos por mi parte —le dije.

Intenté no dispersarme durante la asamblea cuando experimenté un breve y doloroso instante que quebró inesperadamente al participante

tangible: fui consciente de la ausencia de Thom, de pronto me resultó innegable y omnipresente. Una gran parte de Buckley faltaba sin él. Era increíble el ansia que tenía de su presencia, y presa del pánico hice regresar al participante tangible y redirigí aquel deseo de Thom hacia Robert y, mientras una marea de americanas azules entonaba el Juramento de Lealtad y la Oración de Buckley, me incliné hacia él y me disculpé por lo sucedido en el Hamburger Hamlet el martes por la noche en Westwood: había sido todo una broma, un malentendido, y de verdad, de verdad que lo sentía muchísimo. Robert reaccionó con impavidez y se encogió de hombros. Se inclinó y me dijo en voz baja:

—No pasa nada, tío.

Esta amabilidad se prolongó durante el almuerzo, cuando, con la ayuda de Debbie y Susan, traté de explicarle a Robert mi «estrafalario» sentido del humor y lo perverso que podía llegar a ser, que llevaba las cosas al límite de la incomodidad o que simplemente adornaba y exageraba las cosas, y le advertí de que no se tomase nada de lo que dijera muy a pecho y me disculpé de nuevo por cualquier malestar que pudiera haberle ocasionado. No era más que un escritor, teníamos complejos, problemas, estábamos todos un poco tarados. Por lo visto las chicas ya estaban al corriente de lo sucedido en el Hamburger Hamlet de Westwood la otra noche, y aunque Debbie lo aceptó como una faceta más de mi personalidad de escritor, Susan se mostró más dubitativa, porque con anterioridad había escuchado de mi propia boca lo que sospechaba sobre Robert y su vinculación con Matt Kellner, pero aquel viernes pareció agradecida de que me esforzase y valoró que me estuviera preparando para lo que quiera que estuviese a punto de suceder entre Robert Mallory y ella.

Hice especial hincapié en decirle a Robert que, si le apetecía, seguía en pie la propuesta de ir a ver una película y salir por ahí el fin de semana.

—Tal vez podríamos hacer algo juntos —comenté con aire inocente.

Y entonces las chicas me recordaron que el sábado por la noche era la fiesta de Terry y, no sé muy bien cómo, se decidió de pronto que el participante tangible debería ir con Robert a Stone Canyon, los dos

solos, juntos. Susan ya estaría allí con Debbie para que las peinase José Éber y las maquillase Rick Gillette, ambos contratados por Liz Schaffer, quien jamás hacía una aparición pública sin un estilismo profesional.

—Eso —dijo Debbie muy animada—. ¿Por qué no venís juntos?

La idea me pilló descolocado, pero sonreí y miré a Robert, que se encogió de hombros y dijo:

—Claro, supongo.

Era la última cosa que quería hacer en el mundo, pero también era, me di cuenta, parte de un plan que empezaba a construir, una nueva historia que quería escribir.

El sábado por la noche me dirigí hacia Century City en el 450SL con la capota cerrada (me había costado más de lo esperado conseguir que el pelo me quedara exactamente como me gustaba). Seguían representando *Evita* en el Shubert Theater del ABC Entertainment Center, y el aparcacoches de la entrada tenía una larga cola de vehículos esperando y por detrás de él se había formado una gran multitud que iba accediendo al vestíbulo, y las Century Towers se iban alzando cada vez más cerca en la oscuridad mientras me dirigía hacia ellas por Avenue of the Stars. Frené una vez pasada la pared blanca de ladrillo que anunciaba las Century Towers en doradas letras cursivas y le dije al guardia de seguridad que venía a recoger a Robert Mallory, y me indicó que preguntase en la recepción del vestíbulo del edificio situado más cerca de Pico Boulevard y luego me dirigió hacia una plaza de aparcamiento. El agua bailoteaba en la fuente circular iluminada de azul mientras caminaba hacia la entrada de la torre y accedía a un vestíbulo amplio y moderno con una lámpara de araña de cristal colgando sobre una zona de espera consistente en un sofá y un par de sillones con estampado floral que encuadraban una mesa de café con una solitaria orquídea encima. El espacio exudaba pulcritud: suelos de piedra, un techo abovedado. Había un hombre de uniforme en el mostrador, situado a la derecha conforme entrabas al inmenso vestíbulo, que apenas reparó en mí mientras me acercaba para anunciarle mi llegada. Los ascensores estaban en paralelo a las puertas de cristal, justo enfrente de la entrada, y podría haber pasado

directamente sin que me viese, pero seguí el protocolo y me presenté en recepción, a pesar de que Robert me estaba esperando.

El portero levantó el teléfono, esperó, y luego le dijo a quien hubiera contestado que «Bret» estaba allí; al acabo de un momento dijo «Cómo no», y me indicó que podía subir, haciendo un gesto en dirección a los ascensores.

El apartamento de Abigail Mallory era un ático situado en el último piso del edificio de veintiocho plantas, y mientras subía en aquel rapidísimo ascensor me sentí extrañamente tranquilo reverberando con una leve carga erótica; me parecía que había algo muy íntimo en el hecho de entrar en el apartamento donde vivía Robert y donde combatía su locura con la rutina de un chico normal de diecisiete años: tal vez dormía desnudo, o tal vez en pijama, tal vez se masturbaba en la ducha, me lo imaginé durante las comidas, con un tazón de cereales, vistiéndose y desvistiéndose, usando el cuarto de baño, haciendo los deberes, y sin embargo también me lo imaginé soñando con planear otro secuestro, creando otro «ensamblaje» dependiendo del ciclo lunar en curso, usando el cuerpo de Susan Reynolds como campo de experimentación para las «alteraciones» y lo que el Arrastrero llamaba «reconstrucciones». Aquella noche estaba entrando en el mundo de Robert, y hasta que no me vi subiendo a toda velocidad las veintiocho plantas del edificio no fui consciente de lo mucho que lo había deseado: la situación estaba teñida de un componente sexual.

La puerta del ascensor se abrió, salí a un pasillo y miré a mi alrededor, y cuando vi una puerta ligeramente entornada comprendí que era la entrada al ático de Abigail. Llamé y dije en voz alta:

—¿Hola?

Oí a Robert contestar desde algún punto del apartamento:

—Ey, salgo en un segundo.

Y luego el ruido de un secador de pelo.

Entré en un salón enorme con suelos de mármol y tenues luces empotradas en el techo que acentuaban las espectaculares vistas que se extendían tras un gran ventanal que daba a West Hollywood y las colinas del Sunset en la lejanía. Había una puerta corredera de cristal

abierta que conducía a una terraza con una tumbona y una mesita, y más allá del borde del balcón se veían el Hillcrest Country Club y Rancho Park. Y abajo, una serie de pistas de tenis iluminadas bordeaban un campo de golf a oscuras junto al cual discurría el tráfico de Pico Boulevard. En la terraza el silencio era absoluto: el mundo por debajo del ático parecía muy lejano.

Todo era minimalista en aquel apartamento: el pulcro modular que ocupaba la mayor parte del espacio del salón era gris claro, moderno, no daba sensación de confortable. En una pared, junto a la chimenea de granito blanco, había una copia a gran tamaño del *Retrato de un artista* de Hockney, y el azul de la piscina, el verde de las colinas y la americana rosa del chico parecían ser los únicos colores auténticos en la por lo demás monocromática sala. Había una zona de comedor bajo una lámpara de araña donde, alrededor de una mesa de cristal rectangular, se alineaban ocho anónimas sillas de respaldo alto y acolchado gris; di por hecho que jamás se había usado, a juzgar por lo vacío que se veía el apartamento. Aquella sala fluía hasta una cocina sorprendentemente estrecha y atestada por completo de objetos. Me fijé en un estante de cuchillos junto a una batidora, y unas cuantas mandarinas apiladas en un cuenco de cerámica sobre una tabla de cortar de madera. El ruido del secador de pelo había parado y Robert gritó: «Estoy aquí», esperando que lo localizase por la imprecisa dirección de su voz. Caminé despacio por el pasillo —el mármol se convirtió en suelo de madera y no había cuadros ni fotografías en las paredes— hasta que llegué a una habitación con la puerta abierta.

Lo primero en lo que me fijé fue en un voluminoso televisor colocado en un soporte en un rincón y, como era Halloween, estaban dando *La noche de los muertos vivientes* (acababa de empezar) y las sobrias imágenes en blanco y negro complementaban la decoración del dormitorio gris, que contaba con la misma vista panorámica de Los Ángeles que el resto del apartamento, que era igual de chic y minimalista, y que también transmitía la sensación de que nadie viviese allí. No estaba decorado para la permanencia, era un espacio transitorio, apenas amueblado, con una cama de metro y medio por dos

con un edredón bien tensado en gris claro que se fundía con el cabecero del mismo color y con la moqueta también grisácea que la rodeaba. Un escritorio, una cómoda, una mesilla de noche con una lámpara, todo minimalista y anodino; también me fijé en que no había teléfono en aquella habitación y me pregunté dónde estaría el aparato del número que había encontrado en el cajón de Matt Kellner. (Mi mente respondió automáticamente: estaba en Benedict Canyon). No había pósteres, ningún libro salvo la edición de bolsillo de *Matadero Cinco* que estábamos leyendo en Narrativa Norteamericana, abierto boca abajo en el escritorio. Tampoco había equipo de música, solo un radiocasete con un par de cintas desperdigadas alrededor.

Robert estaba dentro del vestidor anudándose una corbata granate frente a un espejo de cuerpo entero. Me detuve, asombrado por lo atractivo que estaba aquella noche, alto y esbelto con un sencillo traje negro y una camisa blanca de vestir. Yo también iba de traje, pero era un conjunto de piezas varias: una camisa Polo, pantalones de I. Magnin con mi chaqueta de tweed favorita de aquel año, cinturón Gucci, una corbata de Armani y náuticos negros. La simplicidad de Robert era clásica y atemporal, y supuse que yo en comparación debía de parecer un vulgar pijo. Se había peinado el pelo hacia atrás, lo cual acentuaba los ángulos de su rostro, y apenas lo reconocí a pesar de haberlo visto el día anterior. Me di cuenta de que se tomaba la fiesta de Terry muy en serio de una manera que yo ya no me veía capaz: quería desesperadamente causar una gran impresión, y a mí ya me daba lo mismo; se me habían quitado las ganas de golpe en el bungalow del Beverly Hills Hotel unas semanas atrás. Me dirigió una sonrisa franca al salir del vestidor y se miró en el espejo del cuarto de baño contiguo al austero dormitorio. Vi un frasco de colonia, varios productos de tocador y una serie de conchas marinas cuidadosamente ordenadas junto al lavabo, en cuya visión me abstraje mientras Robert se inspeccionaba antes de apagar la luz y dejar el baño a oscuras.

Pensaba que había subido para tomar una copa, pero lo oí decir «Vámonos» mientras me quedaba mirando fijamente el radiocasete y me preguntaba si sería el mismo que utilizó para grabar a Matt

derrumbándose en Crystal Cove durante su última noche de vida, y también cuántos pasamontañas tendría guardados en la cómoda junto al televisor que emitía *La noche de los muertos vivientes* .

Pero me obligué a sonreír y respondí:

—Vamos allá. —Y añadí—: Que llegamos tarde.

Robert asintió, volvió a sonreírme y costaba creer que aquella fuese la sonrisa de un chico que hubiese intentado suicidarse, según Abigail Mallory, hace menos de un año en su dormitorio de Chicago.

Empezó a sonar «Funeral for a Friend» de Elton John en la emisora KLOS cuando salimos de Century City en dirección a Bel Air.

Tomé Avenue of the Stars, giré a la izquierda hacia Santa Monica y luego recorrí South Beverly Glen hasta llegar a Bel Air Road, donde viré a la derecha por Bellagio, que nos llevaría hasta Stone Canyon; era un trayecto sencillo, de unos diez minutos quizá; los Schaffer vivían al final de la calle del Bel Air Hotel y habría aparcacoches, así que no teníamos que preocuparnos de buscar sitio. No hablamos gran cosa mientras conducía; parecíamos concentrados en el drama de la música, aunque yo era tan tremendamente consciente de la presencia de Robert que apenas escuché la canción; su olor llenaba ligeramente el Mercedes: olor a limpio, a océano, con un toque de sándalo, todo ello sugería pureza, algo fresco y erótico. Me entraron ganas de decirle lo bien que olía, pero me contuve y me concentré en la intensidad creciente de la canción. Podría haber sido cualquier noche angelina: no nos topamos con nadie disfrazado por Halloween y el tráfico aquel sábado era escaso.

Fuera lo que fuese lo que comentamos de camino a Bel Air fue titubeante y superficial: no mencionamos a las chicas ni a Thom Wright, Robert no dijo nada sobre mi reunión con su tía el miércoles en Beverly Hills, ni una sola palabra sobre el fin de semana pasado en Palm Springs. Pero la situación tampoco tenía nada de incómodo, Robert parecía callado por la expectación ante la fiesta y, concentrado en la canción, en cierto momento fingió tocar la batería en el aire, así que me relajé enseguida y me fijé en la siguiente señal de tráfico en Beverly Glen con Sunset cuando «Funeral for a Friend» dio paso a «Love

Lies Bleeding», y en aquel momento creí ver la furgoneta beis detrás de nosotros, justo antes de cruzar el semáforo de Beverly Glen en dirección a Bel Air's East Gate, pero cuando eché otro vistazo por el retrovisor vi que los faros giraban a la izquierda por Sunset y que el vehículo aceleraba hacia Westwood.

Sucedió tan rápido que casi no me dio tiempo a procesar la idea de la furgoneta ni a asociarle ningún significado, y aun así experimenté una aguda sensación de pánico pese a no tener siquiera claro si se trataba de la misma furgoneta. Pero ¿por qué sentía miedo? Solo era una furgoneta. Le estaba prestando unos atributos que no se habían insinuado para nada. No era más que una furgoneta color beis cuya matrícula ni siquiera me había molestado en mirar. Era un atisbo, una simple imagen, tal vez no era nada, tal vez me lo estaba imaginando, y la fuerza de la presencia de Robert y la expectación de la fiesta de Terry anularon cualquier pensamiento siniestro que pudiera rondar mi mente. Seguía sonando «Love Lies Bleeding» cuando subimos las calles de Stone Canyon hacia la mansión de los Schaffer y no le dije nada a Robert sobre la furgoneta, pero había empezado a preguntarme: ¿Me estaba siguiendo a mí? ¿O, pensé, estaba siguiendo a Robert?

Me detuve junto al puesto de aparcacoches en el camino de entrada circular, donde un surfista con vaqueros y polo blancos se apresuró a rodear el 450SL para abrir la puerta del conductor mientras otro surfista abría la del copiloto, y cuando me bajé el joven me tendió un tíquet. Aquella noche parecía haber un pequeño ejército de aparcacoches surfistas abriendo puertas y acompañando a hombres y mujeres desde una serie de Mercedes, Porsches, Jaguars y Rolls, haciendo avanzar rápidamente la hilera de coches para despejar la entrada. Los surfistas eran un toque de Terry Schaffer: sus fiestas siempre contaban con un personal íntegramente masculino consistente en chicos jóvenes y guapos que hacían de aparcacoches y camareros, porque supuestamente a las mujeres que asistían a las fiestas no les gustaba que sus esposos y novios se distrajesen con jovencitas atractivas ofreciéndoles canapés y sirviéndoles champán: una muestra más de la etiqueta en el mundo social de Terry Schaffer que se me

antojaba práctico y que yo admiraba.

Me uní a Robert y mientras subíamos los escalones hacia la puerta principal de la casa, donde el mayordomo, Paul, de uniforme, daba cordialmente la bienvenida a los invitados y los hacía pasar, Robert se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Esa es Jacqueline Bisset?

No me había fijado, así que me di la vuelta para ver a la actriz que caminaba hacia nosotros junto a una intimidante mole de pelo rubio platino que, caí en la cuenta, era Alexander Godunov, el bailarín ruso que había desertado a Estados Unidos un par de años antes y del que ahora era pareja.

—Sí —dije en voz baja.

—Dios, qué buena está —dijo Robert en un susurro justo cuando Paul me reconoció y saludó con la cabeza, y yo le presenté a Robert.

—Viene a Bukcley con nosotros —le dije, como si a Paul pudiese importarle aquello, y él, cómo no, fingió que así era: formaba parte de su trabajo como mayordomo de los Schaffer.

—Encantado de conocerlo, Robert —dijo Paul gentilmente—. Pasen, por favor.

Y entonces Paul se inclinó hacia mí y me dijo:

—Deborah y Susan están junto a la piscina, y la cena se servirá a las nueve.

Al entrar en el recibidor me di cuenta de que aquella fiesta era más oscura que las otras, con velas parpadeando por todas partes como principal fuente de luz; había parejas sentadas de manera informal en los peldaños de la majestuosa escalera curva y también se veía a algunos invitados en el rellano de la planta superior, todos sosteniendo copas e iluminados favorecedoramente por la tenue luz de las velas.

Cuando entramos en el salón abarrotado caí en la cuenta de por qué todo estaba más oscuro de lo habitual: aquella era una de las fiestas de Terry a la que asistían gran cantidad de estrellas y celebridades, y me fijé en que Steven Reinhardt no estaba por allí fotografiando a los famosos que habían acudido aquella noche porque se trataba de un evento privado y no había que promocionar nada. Las fiestas de Terry

no eran particularmente fastuosas: eran acontecimientos elegantes, sutiles, y la actitud era discreta, sin pretensiones, y eso hacía que las estrellas de cine que asistían pareciesen aún más deslumbrantes. A veces no había una razón concreta para dar la fiesta; era simplemente Terry ejerciendo de anfitrión una noche de sábado, y la gente iba allí sin más. El salón parpadeaba con la luz de las velas y el ruido de las voces ahogaba la música —en su mayoría rock de los setenta y éxitos discotequeros recientes—, y sonaba «You Make Loving Fun» de Fleetwood Mac mientras conducía a Robert hasta la barra instalada en un rincón y atendida por dos camareros surfistas. Robert no iba a beber, pero yo pedí una cerveza y me dieron una Corona helada con una rodajita de lima que empujé por el cuello de la botella. Llevaba yendo a las fiestas de Terry desde que cumplí los dieciséis, invitado por Debbie porque éramos amigos; por algún motivo esa era la edad a la que Terry empezaba a dejar que asistiéramos, y me sorprendió lo rápidamente que me había hastiado de ellas: me gustaban las películas y las estrellas de cine, pero también me gustaban los secretos, y verlos en carne y hueso disminuía su poder sobre mí.

Pero para Robert aquella era la primera fiesta de Terry, y observaba todo a su alrededor con detenimiento y expresión atónita: Paul Newman charlaba con Dudley Moore y Susan Anton, que le sacaba casi tres cabezas. Jane Fonda le estaba explicando algo a Terry; en los círculos cinematográficos se había anunciado que iba a protagonizar una película producida por Terry, aunque el proyecto no llegaría a materializarse. Yo no veía a Terry desde la tarde en el Beverly Hills Hotel, y de pronto me sentí al mismo tiempo envalentonado y avergonzado y desvié la mirada después de que viese primero a Robert y luego a mí y alzase su copa. Un director cuya obra me tenía encandilado —Walter Hill— sostenía un vaso mientras se inclinaba hacia Mel Gibson, a quien me había emocionado muchísimo ver en la última fiesta que dio Terry, pero que aquella noche de Halloween ya no tuvo en mí el mismo impacto sexual. Sin embargo, seguía intrigado por los directores que atisbaba entre la multitud y que sabía que Robert no iba a reconocer: Tony Richardson, Franco Zeffirelli, Herbert Ross, John

Schlesinger y James Bridges, que estaba hablando con John Travolta. Volví a mirar a Terry, que continuaba escuchando algo que le contaba Jane Fonda, pero que a la vez miraba a Robert con demasiada atención, y eso me sacó de quicio.

Le dije a Robert que deberíamos salir a buscar a las chicas.

Un nutrido grupo de invitados se había congregado junto al rectángulo resplandeciente de la piscina, al lado de otra barra atendida por surfistas, y Robert se detuvo un momento para contemplar el amplio jardín salpicado de antorchas tiki, con música sonando desde los altavoces escondidos en los árboles —«Brandy» de Looking Glass—; habían instalado una carpa blanca con treinta mesas redondas iluminadas por velas, con diez sillas plegables en cada una, y habían dispuesto un bufet servido por un grupo de camareros uniformados.

Robert respiró hondo y, mientras se empapaba de todo aquello, se giró para mirarme y dijo:

—Asombroso.

Los fumadores solían salir fuera a fumar aunque estaba permitido hacerlo dentro de la casa, y Robert me dio un codazo cuando bajábamos el camino adoquinado que llevaba a la piscina: ya había visto a Jack Nicholson dándole caladas a un Marlboro junto a Angelica Huston, Diane Keaton y Warren Beatty, que se había tomado un descanso del atribulado montaje de *Reds* en Nueva York, y Barry Diller, quien por entonces dirigía la Paramount (el estudio estrenaría la película de Beatty en diciembre). «Esto es de locos», murmuró Robert mientras nos íbamos acercando a la multitud junto a la piscina, donde Liz Schaffer, sosteniendo un cigarrillo con una mano y una copa casi vacía en la otra, absolutamente deslumbrante con un modelo de Halston y aparentando bastante menos de sus treinta y ocho años, estaba charlando con Steve Martin y Carrie Fisher. Liz me vio pero se limitó a dirigirme una sonrisa tensa y girarse sin ninguna otra muestra de reconocimiento, lo cual me resultó extrañamente desconcertante, y luego se rio de algo que había dicho Carrie. Supuse que su reticencia se debía a la vergüenza que sentía de la última vez que la había visto, borracha y desnuda bajo una bata abierta de Bijan en el salón aquel

domingo antes del día del Trabajo.

Me terminé la primera Corona y pedí otra cuando llegamos a la barra de la piscina. Billie, el golden retriever, se había escapado de donde lo hubiesen encerrado aquella noche y deambulaba por allí en busca de cariño, y lo acaricié un poco pero Robert no: se limitó a mirar con indiferencia al animal y luego apartó la vista. Robert me siguió mientras rodeaba a la multitud reunida junto a la piscina hasta llegar al césped, la casa iluminada con velas cerniéndose por encima de nosotros, las ventanas parpadeando, aunque en la cocina llena de trabajadores todas las luces permanecían encendidas. Nos dirigimos hacia las escaleras que llevaban a la habitación de Debbie, porque supuse que era allí donde estarían las chicas, pero entonces nos paramos: Susan y Debbie bajaban ya con cuidado los escalones; nos quedamos en el césped que subía hacia la casa, esperando en silencio mientras se acercaban. Llevaban vestidos vintage de tafetán sin tirantes —el de Debbie rosa, el de Susan negro—, y lo primero en que me fijé fue en cómo les resaltaban el escote, y luego me sorprendió que Debbie se hubiese teñido el pelo —ya no era platino, sino rubio ceniza, de un aspecto más natural—, y el corte también era distinto, menos duro y más femenino. Y el maquillaje que lucían, desde donde estábamos nosotros, parecía muy simple, solo rímel y pintalabios rosa, así que no entendía cuál era el mérito del maquillador, aunque al ir acercándose quedó claro: sus rostros irradiaban un resplandor sutil e impecable. Susan llevaba un collar de perlas y Debbie unos pendientes de jade negro a juego con un brazalete también negro en la muñeca, un sofisticado contraste new wave con el elegante vestido rosa. Sostenían unas copas de champán vacías mientras avanzaban hacia nosotros por el césped y me pregunté si vendrían de meterse coca en el dormitorio de Debbie. También me pregunté si alguna vez mencionarían el nombre de Thom en sus conversaciones.

—No voy a beber mucho para poder llevarte a casa cuando te apetezca —le dije a Robert antes de que llegasen las chicas.

Me miró.

—¿No te quedas a pasar la noche con Debbie?

Le di un trago a la Corona y lo miré.

—No. No lo tenía pensado. ¿Por qué? —Me di cuenta de que mi voz tenía un tono levemente confuso.

—Ah, bueno, no te preocupes por eso. Estaré bien. Ya me las arreglaré.

—Vale —dije indeciso, y luego—: ¿Cómo vas a volver a casa?

—Me lleva Susan —respondió cuando las chicas ya estaban cerca.

—¿Adónde? —pregunté de inmediato.

—A Century City —repuso Robert con calma.

—Ah. Vale —me apresuré a asentir. Y luego me lo repensé—. Espera, no entiendo —dije como un bobo.

—Hay un motivo por el que le pregunté a mi tía si le apetecería irse a pasar el fin de semana a Santa Bárbara —dijo Robert en voz baja.

—Ah, para tener el apartamento para ti solo —dije, asintiendo. Pensé que iba a vomitar. En mi interior se resquebrajó algo que nunca más podría volver a sellarse—. Vale, entiendo.

¿Por qué no te la llevas a Benedict Canyon?, quería el escritor que le preguntara. Porque Robert no sabe que yo sé lo de la casa de Benedict Canyon, le repliqué al escritor.

—Y a lo mejor Susan se queda a pasar la noche —confirmó Robert—. No lo sé. Es una opción.

—Ah, vale. No lo sabía. Genial.

—Pero esto que quede entre tú y yo —dijo Robert—. ¿De acuerdo?

—Ah, sí, sí, claro, vale —dije sin tener ni idea de a qué se refería exactamente—. No diré nada.

Las vacuas formalidades sobre nuestra puntualidad (llegábamos tarde), lo bien que nos habíamos acicalado «los chicos» y qué estrellas de cine había visto Robert fue la cháchara confusa que me vi incapaz de seguir porque me costaba respirar. Agarré con fuerza la botella de Corona para tratar de calmarme. Fui consciente de que me encontraba al borde de un ataque de ansiedad y quería estar solo, no quería que nadie me viese desmoronarme. Debbie me cogió la mano mientras Robert y yo ayudábamos a las chicas, que se balanceaban sobre sus tacones, a subir la pendiente de césped de vuelta a la piscina para que pudiesen rellenar

sus copas de champán. No me puedo hacer una idea de la expresión conmocionada que debía de dibujarse en mi rostro: una mueca demudada. Traté de mantener la compostura, pero Debbie me estaba diciendo algo que no escuché porque estaba observando la mano de Susan aferrando la de Robert: ahora ya se permitían aquella singular intimidad. Continué avanzando a ciegas hacia la piscina, que se había convertido en una forma borrosa, cuando de pronto le dije a Debbie que necesitaba volver a la casa para ir al lavabo.

—Ve al mío —dijo con un gesto hacia las escaleras que llevaban a su habitación.

—No, tranquila. Vuelvo enseguida.

Varios saltos de montaje, en los que apenas fui consciente de entrar flotando por las puertas acristaladas abiertas al salón iluminado por las velas que ahora parecía aún más atestado y ruidoso que antes —sonaba «One of These Nights» de los Eagles, anoté más tarde en mi diario aquella noche—, y ya estaba pidiendo en la barra otra cerveza cuando cambié de idea y pedí un vodka con hielo. Necesitaba algo más fuerte, o quizá me tranquilizaría si simplemente no bebía nada, tal vez solo una Perrier o una Coca-Cola. Y entonces, cuando estaba cogiendo el vaso de vodka, noté una mano que agarraba la mía. Era la de Terry.

—Te estaba buscando —dijo, sonriendo, bastante puesto—. Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

—Terry, tengo que volver afuera. Debbie me está esperando.

Pero él ya se había dado la vuelta y empezó a tirar de mí por la muñeca abriéndose paso entre la multitud hasta que subimos los escalones del salón y cruzamos el vestíbulo, pasando junto a los invitados que alternaban en las escaleras, y lo seguí pasillo abajo hacia su despacho y hasta un cuarto de baño en el que no había nadie, y dejé que me arrastrase adentro, cerrase la puerta y echara el pestillo.

Al momento me empujó contra la encimera del lavabo y me besó bruscamente en la boca. Los dos teníamos bebidas en la mano y tuve que buscar con cuidado un sitio cerca del lavamanos donde dejar el vaso mientras Terry continuaba devorándome los labios y la lengua hasta que traté de apartarlo. Me di cuenta de que estaba en el apogeo

de la borrachera y que eso aumentaba su excitación, y cuando se hincó de rodillas y empezó a bajarme la cremallera de los pantalones me limité a apoyarme en la encimera y casi agradecí tener a alguien que erradicase la ansiedad, el ánimo sombrío y el miedo que estaba experimentando: en comparación, aquello resultaba cómico.

—Terry, vamos —dije por fin cuando quedó claro que no iba a empalmarme, y me agaché y lo levanté por las axilas.

Llevaba un traje negro y una camisa desabotonada hasta medio pecho; se suponía que debía ser sexy, masculino, y tal vez en otro momento podría haber funcionado conmigo, pero no aquella noche. Terry sonrió con expresión beoda y se apretó contra mí.

—Quiero chuparte la polla —dijo con naturalidad—. ¿Tiene eso algo de malo? —me preguntó contoneándose—. La última vez te gustó —añadió con cierto retintín.

No supe qué contestar: solo quería salir del baño y alejarme de él.

—Sí, tal vez, pero más tarde —le dije, tratando de apaciguarlo—. Ahora no puedo, no aquí.

Me volvió a besar, la boca le sabía a vodka y a maría, y me tranquilicé un poco; de hecho le devolví el beso, pero esperando que aquello bastase, porque no sentía la menor excitación mientras él continuaba magreándome la entrepierna.

Cuando finalmente comprendió que no iba a pasar nada, retrocedió y se examinó en el espejo. Se rebuscó en el bolsillo de la americana, sacó un frasquito de cocaína y me lo tendió.

—A lo mejor esto te pone a tono —dijo de nuevo con aquel soniquete, y me di cuenta de que jamás lo había visto tan colocado: le faltaba muy poco para acabar por los suelos. Desenroscó el tapón, hundió la cucharilla y esnifó rápidamente dos tiritos antes de ofrecerme el frasco. Yo lo rechacé—. Hoy estás hecho un muermo —me dijo con tristeza fingida. No tenía sentido sacar a colación lo del guion y me di cuenta de que aquel sueño se había acabado: tendría que esperar a que él volviese a mencionarlo, si es que lo hacía. Se examinó las fosas nasales en el espejo y se recolocó el pelo—. ¿Quién es ese bellezón que iba contigo?

Sorbió por la nariz y despegó la mirada del espejo esperando una respuesta.

—Se llama Robert —dije en voz baja—. Es nuevo en Buckley.

Terry silbó y dijo:

—Uau.

Y la manera de decirlo me hizo agarrar el vaso de vodka y terminármelo de un trago.

—Es hetero —dije con cautela.

Terry me sonrió y dijo:

—Eso ya lo veremos.

Se suponía que era una broma, pero por cómo lo dijo, borracho y colocado, me sonó a amenaza, a desafío.

—¿Listo para volver al ruedo? —me preguntó abriendo la puerta del baño.

—De hecho tengo que… —Hice un gesto hacia el váter.

—Todo tuyo —dijo Terry saliendo del cuarto de baño; se encaminó de vuelta hacia el tumulto de la fiesta, a punto estuvo de tropezar con el borde de la alfombra que cubría el pasillo y recuperó el equilibrio apoyando una mano en la pared.

Me volví y me miré en el espejo sin cerrar la puerta; no había nadie en aquella parte de la casa. Usé una toalla de manos para limpiarme la saliva de Terry del pene y luego la tiré en la cesta y me subí la cremallera. Me lavé las manos, bajé la cabeza hacia el grifo y bebí para enjuagarme la boca. Salí del lavabo y caminé tranquilamente hacia el vestíbulo; tenía intención de subir por la escalera hasta la habitación de Debbie, donde me relajaría un momento antes de volver a la fiesta en el jardín, pero antes de poder hacerlo me vi atrapado brevemente en una conversación con el director John Schlesinger, que me recordaba porque en la última fiesta le dije que me había gustado *El día de la langosta* , su adaptación de 1975 de la novela de Nathanael West, y eso había despertado su interés y al final acabó medio flirteando conmigo, sobre todo cuando empecé a hacerle preguntas sobre su película *Yanquis* , el drama ambientado en la Segunda Guerra Mundial que había conseguido que me enamorase de Richard Gere… aunque lo de

mi cuelgue por el actor no se lo conté. Aquella noche de sábado de octubre hablamos un momento de que tal vez podría quedarme unos días con él y con Michael en Palm Springs ahora que empezaba la temporada y el tiempo había refrescado, y entonces Anthony Perkins se unió a la conversación y yo me excusé diciendo que tenía que ir a buscar algo para Debbie y subí las escaleras sorteando a otras parejas sentadas en los escalones y llegué al pasillo oscuro que llevaba al dormitorio de Debbie, donde empujé la puerta y, tras cerrarla, me acerqué a la cama, me tumbé sobre el edredón rosa coral y cerré con fuerza los ojos.

El vodka y las dos cervezas me estabilizaron, pero necesitaba algo más si quería volver a la fiesta. Me incorporé y miré por toda la habitación: la pared donde se alineaban estanterías llenas de cintas, medallas y trofeos, y una librería donde ocupaban un lugar preeminente dos novelas en tapa dura de Judith Krantz; las hileras de cintas y el caro equipo de música; los pósteres que se superponían unos a otros en una pared, y que Debbie siempre andaba cambiando según el capricho del momento. Abrí el cajón de la mesilla de noche y rebusqué: el listado de Buckley, una lata de cigarrillos de clavo Djarum, pulseras y anillos, entradas de conciertos, polaroids con Debbie y conmigo en el Seven Seas durante el verano, varias fotos de Debbie y Susan haciendo el payaso, otra polaroid de Thom Wright en bañador al borde de la piscina de los Schaffer (*¿por qué?*) y luego, en el segundo cajón, unos paquetitos de cocaína que no me interesaban, un gran espejo de mano cuadrado manchado de restos de coca, un vibrador blanco de forma fálica, una libretita con números de teléfono junto a los nombres «D. Henley», «B. Squire» y «Shore Lanes», nombre este último que no reconocí, así como un ejemplar de bolsillo de los pronósticos de Sydney Omarr para el signo de leo en 1981, y entonces encontré lo que buscaba: un frasco de pastillas y cápsulas multicolores. Lo abrí, me eché el contenido en la palma y hurgué entre las píldoras hasta encontrar el Valium, que identifiqué con facilidad; me tragué uno y luego me metí otros tres en el bolsillo de la americana de tweed, junto con un Quaalude, solo por si acaso. No bebería más, así que podría

volver a casa en coche: todo acabaría arreglándose, pensé taciturnamente.

Esperé sentado en el borde de la cama a que el Valium me hiciese efecto. Me quedé mirando el teléfono rosa con su disco rotatorio y el ejemplar de *La dieta de Beverly Hills* que había estado sobre la mesilla todo el verano, y entonces pensé en largarme de la fiesta sin decírselo a nadie. Me moría de ganas de huir, pero también sabía que aquello provocaría un desbarajuste innecesario: básicamente me encontraba atrapado en la fiesta y en aquello a lo que me había dejado arrastrar con Debbie Schaffer. La había engañado y ahora estaba pagando el precio, pensé mientras contemplaba con desánimo los pósteres: la X en llamas del póster de *Los Angeles* , *The Wall* de Pink Floyd, las Go-Go's envueltas en toallas y con crema en la cara, el *Remain in Light* de los Talking Heads, Prince, los Police, Oingo Boingo, y otro póster que no recordaba haber visto antes; era retro y sencillo, algo que parecía de principios de los setenta, para nada moderno y a la última como le gustaba considerarse a Debbie: un quinteto de caras negras flotando en el espacio sonrientes, los tres hombres con una ligera barba y las dos mujeres con el pelo liso y fino. Me sonaba a algún disco de mis padres, una reliquia de otro tiempo, y me trajo un recuerdo de la infancia que estaba a punto de ubicar y definir cuando me sobresaltó el súbito timbre del teléfono rosa en la mesilla. Di un auténtico respingo, porque el cuarto había estado muy silencioso hasta entonces; el ruido de la fiesta no era más que un lejano murmullo ambiental. El contestador de Debbie saltó. Quienquiera que llamase no dijo nada: se quedó en silencio unos cinco segundos y luego colgó. Salí de la habitación por la puerta que llevaba a las escaleras del exterior.

Lo primero que vi fue a Terry Schaffer hablando con Robert Mallory, apartados del grupo de la piscina, solos en el césped los dos, ambos de traje negro, Terry borracho, Robert sobrio. Este sonreía tímidamente mientras Terry se inclinaba hacia él, de fondo el «Baker Street» de Gerry Rafferty atronando entre los árboles. Terry parecía estar contándole un secreto, y el otro iba asintiendo y riéndose nervioso. La actitud de Terry sugería de forma inequívoca que estaba interesado

sexualmente en Robert: era evidente que le estaba tirando los tejos, como haría cualquier hombre gay, entendí, en el entorno adecuado, y Robert trataba de reaccionar como cualquier hetero amable en una circunstancia semejante: tolero esto con buen humor, pero no va a suceder. Me di cuenta de que me había quedado allí paralizado torpemente y que tenía que seguir bajando la escalera para llegar al césped, pero luego ya no tendría adónde ir.

Cuando me disponía a dirigirme hacia Terry y Robert, vi que Liz Schaffer se acercaba a su marido y le decía algo, y entonces me fijé en que los invitados de la piscina habían empezado a desfilar hacia la carpa blanca. Terry le hizo una galante reverencia a su esposa, se excusó ante Robert y se fue directo a la casa, probablemente para avisar a los invitados de que iban a servir la cena. Liz le dijo algo a Robert, este asintió, y cuando ella se alejaba me vio y volvió a dirigirme una sonrisa tensa sin mediar palabra; una vez más, esa actitud distante de Liz me resultó desconcertante pero tampoco del todo inesperada, me dije para tranquilizarme. Robert se acercó por el césped hasta donde yo estaba, pero ya no sonreía. De hecho parecía un tanto alterado por la conversación que acababa de mantener con Terry. Experimenté un fugaz estremecimiento de satisfacción —y quizá era también el Valium, que empezaba a surtir efecto— al preguntarle:

—¿De qué hablabas con Terry?

Robert miró a su alrededor como nervioso por algo. De pronto parecía vulnerable, quizá por primera vez desde que lo conocía.

—Oh, solo me preguntaba si alguna vez había hecho de modelo —comentó como quien no quiere la cosa, indeciso sobre qué debía admitir ante mí—. O si quería dedicarme a la, eh… actuación.

—¿Y qué le has contestado?

—Venga, Bret… —dijo Robert, como si los dos compartiéramos cierto entendimiento sobre algo secreto.

—¿Qué?

Me encogí de hombros, fingiendo inocencia.

—No sabía que era el padre de Debbie. No lo conocía. Pensaba que era un tipo cualquiera —dijo en tono conspiratorio, y se inclinó hacia

mí—. Quiere que quedemos mañana para tomar una copa en el Beverly Hills Hotel.

—¿Y vas a ir? —le pregunté en tono despreocupado, aunque una leve punzada de temor amenazó con volver.

—No, creo que paso —dijo mirándome de una manera extraña—. En realidad no… no estoy interesado.

—¿No estás interesado en qué? —insistí.

—No estoy interesado en tomarme una copa en el Polo Lounge con Terry Schaffer —contestó con cierta sorna—. Por varias razones, Bret.

—Bueno, de todas formas tampoco sería en el Polo Lounge —murmuré.

—Me da lo mismo —dijo, buscando a Susan con la mirada—. No importa. No estoy interesado.

—¿Por qué no? —le pregunté con curiosidad—. Es un tipo importante. Podría convertirte en una estrella.

—¿Te estás quedando conmigo? —dijo Robert, con un atisbo de alerta y recelo en sus ojos almendrados—. ¿Qué me estás preguntando?

—Solo siento curiosidad por saber por qué no quedas con Terry Schaffer para tomar una copa en el Beverly Hills Hotel.

El Valium empezaba a crear una barrera y, una vez detrás de ella, ya todo me daba igual.

Robert se me quedó mirando, irritado, y luego dijo:

—Pues porque ese tío da miedo.

—Uyyy, Terry da mucho miedo —dije, fingiendo echarme a temblar—. ¿Por qué te da tanto miedo? ¿Porque te ha tirado los tejos?

Robert pareció sorprendido de que dijese aquello en voz alta. Se ruborizó. Volvió a inclinarse hacia mí y susurró, confuso:

—El padre de Debbie es gay, ¿verdad?

—Por lo visto no lo sabías. Pues sí, a Terry le van los tíos.

—Así que piensa que voy a tener sexo con él solo porque es gay —dijo secamente—. ¿Se le ha ido la olla o qué? —Y luego, mirándome como tratando de encajar las piezas—: Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Es que va muy colocado —le dije, consciente de lo relajado que me

tenía el Valium—. A mí antes me ha atacado en el cuarto de baño.

Me encogí de hombros. Robert me miró horrorizado.

—¿Y tú le has dejado? ¿No has hecho nada? —me preguntó, consternado.

—Creo que estás exagerando. Yo creo que te puedes defender tú solito.

—Es el padre de Debbie, Bret.

—Sí, lo es. Y a ella no se lo pienso contar.

—Me ha tocado —dijo Robert, clavándome la mirada—. Me ha tocado aquí mismo en el jardín.

—Ya, Terry suele hacer esas cosas —dije como si nada.

—Te veo muy conforme —comentó Robert, aún medio aturdido.

—Al final te acostumbras.

—Ese tío está pirado —musitó Robert—. Es algo inaceptable. No puedes ir magreando así a los amigos de tu hija en una puta fiesta.

El efecto del Valium se esfumó por un instante y me entraron ganas de gritarle por todas las cosas inaceptables que había hecho desde que entró en nuestras vidas, aparte de todo aquello de lo que había sido acusado en Chicago. Su reacción respecto a Terry me resultaba repugnante, sobre todo comparándola con el horror que yo imaginaba que había creado y seguía creando a su alrededor, pero al final me lo impidió el Valium: me sosegué. Además, lo que consideraba una exageración de Robert ante las insinuaciones de Terry también me pareció levemente homofóbico, pero vamos, pensé, yo tampoco era hetero, y de pronto me acordé de cuánto me había ofendido la idea de Liz Schaffer tirándome los tejos borracha el año anterior, y lo asocié momentáneamente a la supuesta indignación de Robert. Entonces vi a Susan y a Debbie subiendo por el césped hacia nosotros.

—Bienvenido a L.A. —me limité a decir.

—¿De verdad te parece bien? —insistió Robert en voz baja—. ¿O ya estás otra vez con tus jueguecitos? A ver cuánto puedo estirar de la cuerda hasta que alguien salte…

—Creo que sobrevivirás —dije sin levantar la voz—. Ya eres mayorcito.

—Esto es la hostia —dijo Robert.

—Una hostia relativa —repuse, volviéndome hacia él.

—¿Qué es la hostia? —preguntó Susan apoyándose sugestivamente en Robert, lo bastante puesta como para no importarle lo que pudiera parecerme a mí.

Él me había estado mirando fijamente como si lo hubiese desafiado y no le hiciera ninguna gracia. Pero la presencia de Susan tuvo un efecto apaciguador, y cuando Debbie me rodeó la cintura con un brazo Robert le sonrió a Susan y le dijo:

—Esta fiesta, es una locura, es la hostia.

Como si eso fuese lo que estábamos comentando un momento antes y no que Terry Schaffer le había tirado los tejos y le había tocado la polla. Detrás de nosotros, los invitados iban saliendo poco a poco de la casa y se dirigían hacia la carpa blanca, que se agitaba suavemente con el cálido viento. Las chicas dijeron que no tenían hambre y propusieron ir adentro. Yo dije por qué no con gesto indiferente, y al principio Robert pareció no entender por qué subíamos las escaleras hacia el cuarto de Debbie en lugar de seguir al resto de los invitados a la cena, pero lo comprendió cuando esta echó el pestillo, se sentó en la cama y abrió el segundo cajón de la mesilla de noche. Susan se sentó a su lado mientras Debbie echaba el contenido de uno de los paquetitos sobre el espejo de mano. Yo me arrellané en un sillón rosa en el otro extremo del dormitorio y observé a Robert, que miraba cómo Debbie cortaba el montoncito de polvo para hacer las rayas. Se removía incómodo, con las manos en los bolsillos, como esperando impaciente a que las chicas terminasen con aquello para poder ir a la carpa a cenar. Pero también daba la sensación de que la aparición de la cocaína activaba algo en él a lo que no quería enfrentarse. Se pegó un buen susto cuando oímos un súbito arañazo en la puerta que daba al exterior. Billie ladró al otro lado.

—Cariño, ¿lo dejas entrar? —le pidió Susan.

Me limité a sonreír por lo de «cariño»; el Valium rendía al máximo, todo se veía ridiculísimo tras la barrera: la fiesta, la muerte de Matt, la cocaína, el magreo de Terry a Robert, Terry de rodillas en el baño de

abajo, la locura del Arrastrero, la desaparición de las chicas… todo. Aquel «cariño» despreocupado era otra confirmación de lo que estaba sucediendo, un rayo de luz en una caverna a oscuras donde otros rayos de luz iban apareciendo de pronto, iluminando la verdad. Robert se giró para abrir la puerta y el golden retriever se dirigió de inmediato hacia Debbie, que lo ignoró mientras continuaba haciendo las rayas. Susan acarició a Billie distraídamente y entonces se dio cuenta del nerviosismo de Robert: parecía incómodo por la presencia del animal y no hacía ningún amago de interactuar con él ni de acariciar aquella cabeza perpetuamente sonriente. De hecho daba la impresión de mirarlo con un vago desdén; el perro parecía contrariarlo y hasta repelerlo. Noté una expresión en su semblante mientras miraba a Debbie haciendo rayas que indicaba que estaba tomando una decisión: no pensaba quedarse en aquella habitación.

—¿Estás bien? —Susan también lo había percibido y trató de tranquilizarlo—: Solo voy a meterme una rayita, nada más…

—Ya, lo sé… Pero… —Hizo un gesto hacia la puerta que acababa de cerrar con pestillo—. Creo que voy a ir a comer algo.

—Vale. Bajamos enseguida —dijo Susan.

Robert asintió y ella añadió:

—No te enfadas, ¿no?

—No, cariño, no —dijo él—. Es que me siento un poco incómodo con eso, nada más —admitió, y luego hizo una pausa—. Y tengo un poco de hambre. Pero quiero que te lo pases bien.

—¿Puedes salir por ahí? —le pidió Debbie, señalando la puerta que llevaba al rellano de la segunda planta y a la escalera que bajaba al vestíbulo. Si hubiese salido por la que conducía al exterior, cualquier invitado que pasara por el jardín en dirección a la carpa podría haber visto a Debbie y Susan.

—Ah, sí, claro.

Robert cruzó la habitación y lo observé mientras abría cuidadosamente la puerta y se adentraba en el pasillo a oscuras, pero antes de cerrar tras él me sonrió fugazmente y yo me pregunté qué significaba aquella sonrisa: tantas cosas, me imaginé, flotando. Robert

había ganado, Thom había perdido, yo no estaba siquiera. La habitación estaba en silencio cuando Debbie se inclinó, esnifó la fina raya sobre el espejo y se apartó para que Susan pudiese hacer lo mismo. Debbie me miró, acusando ya el efecto de la cocaína, y yo me limité a dirigirle una sonrisa de Valium y sacudir la cabeza sin más. Me hizo un gesto hacia las rayas sobre el espejo.

—Estoy bien —dije.

Susan se metió otro tirito y Debbie hizo lo mismo, y no me había fijado en la botella abierta de Dom Pérignon hasta que Debbie empezó a servir unas copas que se habían subido a la habitación, luego encendió un cigarrillo y abrió la ventana que estaba sobre la cama para echar el humo fuera. Susan también quería fumar y le dio una buena calada al cigarrillo de clavo que Debbie le tendió. Volví a mirar los pósteres mientras Susan se acercaba al equipo de música, levantaba la aguja y la colocaba sobre el disco que ya estaba puesto. Y lo que sonó era algo que recordaba de la infancia, algo que mis padres escuchaban, una balada rítmica de una grabación de ocho pistas: «Last Night I Didn't Get to Sleep at All», y cambié de postura en el sillón y miré a Susan, que se había quedado allí de pie balanceándose al son de la música.

—Thom vuelve mañana —dije—. ¿Qué vas a hacer?

—De hecho Thom vuelve el lunes por la noche —me contestó distraídamente—. Se queda un día más. —Se calló, siguió balanceándose—. Lionel ha conseguido entradas para un partido. —Volvió a callarse y continuó contoneándose al ritmo de la canción—. En el estadio de los Giants. Los Giants juegan contra los Jets —enunció en un tono levemente sardónico, como si el deporte fuese un chiste y los nombres de los equipos el remate.

Se estaba burlando de algo que Thom se tomaba tan en serio como para quedarse un día más, y aquel era un tono y un enfoque que nunca había visto adoptar a Susan, un paso más para alejarse de Thom y de su pasado. Pero yo me sentía extremadamente relajado mientras miraba a Susan cogerle el cigarrillo a Debbie, quien luego pasó por mi lado para ir a rebuscar entre sus discos mientras la canción continuaba. «The

sleeping pill I took was just a waste of time», cantaba la mujer. Susan se acercó a la ventana para exhalar el humo.

—Así que Thom vuelve a clase el martes —dije—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué vas a hacer tú? —me replicó ella como si nada.

—Has sido tú. Tú se lo has propuesto a Robert.

—¿Que le he propuesto qué? —preguntó Susan, soltando otro hilillo de humo al aire nocturno y manoteando. Se giró y me miró como si tratara de localizar mi presencia en medio de la bruma.

—Pasar la noche con él en Century City —dije en voz queda—. Me lo ha contado.

—Puede que sí —dijo Susan, impertérrita—. O puede que no.

—Pero es una opción. O eso me ha contado Robert.

—¿Ah, sí? —me preguntó, ahora ligeramente divertida.

El embotamiento activado por la cocaína había llevado a Susan al apogeo de su indiferencia. Nada de lo que le estaba diciendo parecía molestarla, y eso daba a entender que tenía un plan para enfrentarse al regreso de Thom que no le había contado a nadie; me habría resultado insoportable estar en su presencia si no estuviera levemente colocado por el vodka y el Valium, y mi embotamiento hacía que nada de aquello me molestara especialmente en ese momento.

—Me ha pedido que esto quedara entre él y yo. Vais a pasar la noche en Century City. —Hice una pausa—. Así que tú se lo has propuesto. Y yo te pedí que no lo hicieras.

—Yo no le he propuesto nada. No sé de qué me hablas.

—No has mantenido tu promesa. Lo que te pedí que me prometieras en Palm Springs.

—No es verdad. —Suspiró—. No sé de qué me hablas —repitió.

No dije nada. Me quedé escuchando la música. « I couldn't close my eyes 'cause you were on my mind…», y entonces me di cuenta, con cierta sensación de vergüenza, de que en ese instante la canción hablaba de mis sentimientos por Thom, y de que Susan no la estaba escuchando de la misma manera ni por asomo: de hecho ni siquiera pensaba ya en Thom. Dijo algo en el silencio que se produjo al acabar la canción. No la oí y le pedí que lo repitiese.

—¿De verdad te importa tanto? —me preguntó.

—Susan… —dije, y luego repetí su nombre.

Susan pasó un dedo por el espejo, se restregó los restos de coca por las encías y le dio otra calada al cigarrillo, perdida en la droga y el champán y la promesa de romance, una noche con Robert Mallory en el ático de Century City. Tras terminar la canción empezó otra: era del mismo grupo, otro single de mi infancia, «Up, Up and Away», y me pregunté por qué Debbie estaba poniendo esa música retro y por qué no había intervenido en nuestra conversación para desencallarla de las evasivas de Susan enturbiadas por la droga, en lugar de dejarnos a nuestra suerte. Los ojos se me fueron de nuevo al póster de las caras negras y me incorporé un poco en el sillón, repentinamente interesado en el nombre del grupo en letras amarillas en el margen superior; costaba verlo desde donde estaba sentado. No me acordaba del nombre, y cuando lo miré más de cerca vi que eran en efecto quienes yo pensaba, los 5th Dimension, y el póster era de su álbum *Their Greatest Hits* , y volví a preguntarme por qué Debbie tenía ahora colgado aquello en su cuarto y por qué estaba escuchando a aquel grupo.

Estaba a punto de preguntárselo cuando, de pronto, nos vimos sobresaltados por un griterío procedente de fuera de la puerta del dormitorio.

Los gritos no eran de celebración ni de alegría sino de conmoción y angustia, y tan estridentes como para atravesar las paredes de la habitación de Debbie e imponerse sobre la música que estábamos escuchando. Billie empezó a ladrar furiosamente, se precipitó hacia la puerta y se puso a patearla desesperado mientras miraba gimoteando a Debbie, que estaba arrodillada junto a su colección de discos y, tras ponerse en pie, se quedó paralizada, desconcertada, mirando la puerta tras la cual se oían los gritos; en cambio el embotamiento retraído de Susan se vio reemplazado de inmediato por una nueva preocupación, y aplastó el cigarrillo y fue la primera en acercarse a la puerta para abrirla, y Billie se escabulló y salió disparado por el pasillo a oscuras. Ahora solo chillaba una persona —el coro de gritos había remitido y solo quedaba una banda sonora de voces preocupadas— y aquel único

grito se convirtió en una especie de mugido, gutural, masculino, y recuerdo que de pronto el «Sky High» de Jigsaw dejó de sonar mientras Debbie, Susan y yo nos dirigíamos rápidamente por el pasillo de la segunda planta que titilaba a la luz de las velas y vimos a algunos invitados apiñados junto a la barandilla mirando hacia el vestíbulo: un murmullo frenético se elevaba hacia nosotros desde abajo, y entonces la lámpara de araña iluminó todo el rellano y reveló la majestuosa escalera curvada y el vestíbulo de baldosas blancas, y en ese momento Debbie se abrió paso entre Susan y yo y miró por encima de la barandilla para descubrir allí abajo a Terry Schaffer, tirado boca arriba, con la cara enrojecida y chillando con las venas del cuello palpitantes.

Tenía la pierna derecha doblada a un lado de manera que el pie le tocaba el tronco: era un ángulo tan antinatural que parecía casi un dibujo animado, irreal, y luego me fijé en que la sangre iba formando un charco junto a la pierna doblada y que Steven Reinhardt se arrodillaba junto a Terry bajo la luz resplandeciente, y había dos camareros surfistas tratando de calmar a Terry, y al fondo se arremolinaba un grupo de invitados que contemplaban la escena horrorizados. Steven había retirado cuidadosamente la pernera derecha de Terry, dejando al descubierto un hueso grande —era la tibia quebrada por la mitad— que atravesaba la piel de la espinilla derecha, y de ahí era de donde brotaba la sangre y luego se deslizaba borboteando por el suelo del vestíbulo, y Debbie se echó a llorar, se tapó los oídos con las manos y cayó de rodillas. Susan permaneció allí de pie frente a la barandilla, conmocionada, mientras que yo no podía apartar la vista del hueso. Y entonces Terry dejó de chillar, la cara morada y las venas del cuello aún absurdamente hinchadas, y de pronto su rostro pareció sorprendido mientras vomitaba sobre el suelo del vestíbulo —el vómito salió disparado sin más de su boca—, y luego volvió a vomitar y se desmayó. Empecé a comprender que Terry se había precipitado desde el rellano de la segunda planta y se había estrellado contra el suelo embaldosado, cayendo en un ángulo extraño que hacía posible aquella herida. Billie husmeaba frenéticamente alrededor de Terry y empezó a lamer nervioso el vómito hasta que los

dos surfistas lo apartaron y alguien se lo llevó a la cocina. Miré hacia el otro extremo de la barandilla y no vi a nadie allí mirando hacia abajo desde donde Terry había caído. El rellano estaba vacío.

Liz Schaffer se había abierto paso entre la multitud y le costó un momento comprender lo sucedido: su marido estaba tumbado inconsciente, un charco de sangre cada vez más grande se extendía desde su pierna, el vaso de cristal que Terry sostenía en la mano al caer se había hecho añicos a su lado. Liz estaba borracha y, en lugar de arrodillarse instintivamente junto a Steven y los surfistas para ayudar a su marido, se puso a gritarle al cuerpo tendido en el suelo con un chorro de vómito junto a su cabeza.

—¿Qué has hecho? —le chilló—. ¡Esta sí que es buena! Pero ¿qué coño has hecho, estúpido cabrón hijoputa? ¿Por qué tienes que arruinarlo siempre todo, estúpido cabrón hijoputa? ¡Eso es lo que eres, un estúpido cabrón hijoputa!

Y entonces ahogó un jadeo y rompió a sollozar al comprender la gravedad de la herida y ver el hueso asomando por la espinilla y la pantorrilla, y acto seguido se derrumbó dramáticamente ante el coro de exclamaciones de sorpresa de los invitados. Dos hombres se la llevaron al salón, donde la oí recuperar la conciencia enseguida y ponerse a gritar de nuevo, enfadada y gimoteante, clamando que Terry era un desastre.

—¡Y luego dice que el problema lo tengo yo! ¡Es un puto cocainómano! ¡Es un chupapollas! —gritaba.

Debbie había empezado a bajar lentamente la gran escalinata curva y por algún motivo seguía tapándose los oídos con las manos mientras lloraba, y al llegar abajo avanzó unos pasos hasta llegar a donde Steven y dos de los surfistas intentaban ahora hacerle un torniquete a Terry con su propio cinturón alrededor de la herida sangrante, y luego Steven registró los bolsillos de Terry y encontró un frasquito de coca que se guardó en los vaqueros. Ya había hecho varias llamadas rápidas al teléfono de emergencias, y de pronto se oyó un aluvión de sirenas atravesando el aire nocturno y subiendo en dirección a Stone Canyon. Bel Air Security y el Departamento de Policía de Los Ángeles y una

ambulancia enviada desde el UCLA Medical Center llegaron casi simultáneamente, todo en cuestión de minutos tras la caída, y sus vehículos se apiñaron en el camino de entrada circular. Las sirenas callaron bruscamente y las luces rojas y azules de los coches policiales giraron a través de las ventanas romboidales del rellano de la segunda planta donde aún estábamos Susan y yo. Pusieron a Terry en una camilla, lo metieron rápidamente en la ambulancia, y luego Steven llevó en coche a Liz y Debbie al Medical Center de Westwood. Nadie sabía muy bien qué hacer en los minutos que siguieron a su marcha: la música había parado, las luces de toda la casa se habían encendido, reinaba un silencio asombrado y confuso por todas partes. Los invitados comenzaron a marcharse y los aparcacoches empezaron a traer sus vehículos después de que la ambulancia, la policía y los anfitriones de la fiesta se hubieran ido; no había nadie que pudiese dar ninguna instrucción sobre dónde ir o qué hacer. Paul estaba fregando la sangre y el vómito ayudado por Maria, el ama de llaves de los Schaffer.

Susan y yo caímos en la cuenta de que todavía quedaba gente en la carpa y que probablemente era allí donde estaba Robert, pero cuando íbamos hacia allí él ya venía subiendo por el césped en dirección a la casa, y nos preguntó angustiado qué pasaba; Susan le contó que Terry se había caído desde el rellano y se había roto la pierna y se lo acababan de llevar al hospital, y Robert pareció muy confuso y no entender de qué hablábamos —«¿Que Terry se ha caído? ¿Que se ha roto la pierna? ¿Ha sido un accidente? ¿Está bien?»—, y de pronto Susan, que hasta entonces había estado muy calmada, rompió a llorar y se abrazó a Robert y él la abrazó, con la cara apoyada sobre el hombro de ella y apartando sus ojos de los míos. Observé un momento a Susan llorando convulsamente entre los brazos de Robert, y luego miré hacia otro lado: los invitados que habían oído las sirenas murmuraban preocupados entre ellos mientras iban saliendo de la carpa. Susan se recompuso rápidamente y se separó de Robert limpiándose la cara con el dorso de la mano y masculló que quería largarse de allí, la fiesta se había acabado, era hora de marcharse.

—¿Bret? —me dijo, como si necesitara que yo lo confirmara.

—Sí, tienes razón —dije—. Vámonos.

Y entonces los tres volvimos hacia la casa y atravesamos el recibidor, que ahora ya estaba limpio del todo y donde todavía quedaban unos cuantos invitados aturdidos tratando de serenarse. Susan y Robert esperaron hasta que el aparcacoches trajo mi 450SL; Susan había aparcado su BMW en una de las plazas del garaje al llegar a principio de la tarde y tenía las llaves puestas. Cuando el Mercedes se detuvo ante nosotros le di un abrazo a Susan y luego, sorprendentemente, Robert y yo también nos abrazamos —pero sin fuerza, como dos tíos, sin apretar—, y agradecí que esperasen allí conmigo porque no habría podido soportar la visión de Robert subiéndose al BMW, que probablemente conduciría —él estaba sobrio y ella alterada y puesta de coca— de vuelta al apartamento de Century City, donde se pasaría la noche consolándola con su lengua, sus dedos, su polla. Regresé a la casa vacía de Mulholland, me tomé otro de los Valium de Debbie y vi *Saturday Night Live* solo en mi dormitorio. Donald Pleasance, que interpretaba al doctor Loomis en *Halloween* , presentaba aquella noche y los músicos invitados eran Fear, pero no pude concentrarme en ninguno de los gags porque estaba detrás de la barrera, pensando extrañamente calmado no solo en una mujer que se mató al caer desde el rellano de una segunda planta en una casa de Chicago, sino también en el significado de un póster colgado en la pared del dormitorio de Debbie Schaffer en Stone Canyon.

25

Tenía que preguntarle a Debbie dónde había encontrado el póster de los 5th Dimension.

Aquella era una de las tres cosas que me preocupaban aquel domingo, junto con la estampa de la pierna destrozada de Terry y la de Carol Mallory cayendo desde un lugar similar cuando se mató en una casa de Chicago en la primavera de 1980. En mi relato Robert también empujó a Terry desde el rellano de Stone Canyon después de salir del dormitorio de Debbie, y me imaginé que Terry estaba dentro de la casa diciéndole a la gente que iban a servir la cena en la carpa, y entonces se encontró con Robert y volvió a tirarle los tejos, le toqueteó la polla, intentó besarlo, apenas dos siluetas en la oscuridad del rellano, de modo que nadie vio lo sucedido. Robert escapó por el otro extremo del rellano, siguiendo el pasillo que corría en paralelo al que llevaba al dormitorio de Debbie, y llegó a la parte de atrás de la casa, bajó la escalera que conducía al cuarto de servicio, atravesó la cocina y salió a donde estaba instalada la carpa, seguramente sin que nadie lo viera. Aquella tarde de domingo no había manera alguna de demostrarlo, y comprendí que habría que esperar a que Terry Schaffer confirmara si aquello era o no lo que había sucedido realmente, aunque también tuve muy claro que él jamás reconocería aquella versión de los hechos: que le había entrado a un menor, que este rechazó sus insinuaciones, y que aquello acabó con la terrible herida sufrida al caer por encima de la barandilla. Abigail Mallory me había contado que así era exactamente como había muerto su cuñada, la madre de Robert, así que establecí la conexión y, aunque era muy endeble, me obsesionó totalmente. Y como aquel día me sentía tan solo, aquella teoría se convirtió en mi amiga.

Estaba en la cocina cuando oí sonar el teléfono de mi dormitorio, recorrí a toda prisa el pasillo y descolgué el aparato antes de que el contestador saltara. Era Debbie. Pareció sorprendida de que respondiera.

—Sabía que serías tú —le dije con suavidad, y luego le pregunté si había dormido.

—Sí, un poco.

Y entonces empezó a contarme lo sucedido cuando llegó con Liz y Steven Reinhardt al UCLA Medical Center, donde ya habían metido a su padre en el quirófano de urgencias, y que su madre y ella se enzarzaron en una competición de gritos en la sala de espera iluminada por fluorescentes, echándose la culpa mutuamente por las cagadas de Terry. Liz estaba borracha y gesticulaba furiosamente mientras Debbie chillaba entre lágrimas acusando el bajón de la cocaína, y Liz no paraba de referirse a mí como «ese novio tuyo» hasta que Steven —tras hablar con el cirujano de urgencias y con el médico de cabecera de Terry, que había venido desde Brentwood— las interrumpió para decirles que el personal del hospital le había sugerido que sería buena idea que las llevase de vuelta a Bel Air, no sin que antes Liz exigiese un tranquilizante, y después de que se lo administraran lloró en el coche mientras Steven las conducía hasta Stone Canyon, donde prácticamente tuvo que subirla en brazos hasta su dormitorio, y Debbie se pasó la noche llorando y durmiendo a ratos, exhausta, hasta que finalmente se tomó algo que la dejó fuera de combate hasta las dos de la tarde.

—Yo pensaba que le caías bien a mi madre —dijo Debbie—. No tenía ni idea de a qué se refería.

Le expliqué con calma lo del domingo antes del día del Trabajo, cuando vi a su madre borracha y desnuda en el salón, y Debbie dijo:

—A lo mejor es eso. Es tan errática…

Me preguntó por qué no me había quedado en su casa a esperar a que volviese y le dije que no tenía ni idea de si volvería o no, y que qué iba hacer allí de todas formas. Debbie se limitó a suspirar y murmuró:

—Supongo.

Le pregunté por Terry y qué le había pasado realmente. ¿Había dicho algo? ¿Alguien lo sabía? No, dijo ella. Steven le había explicado que Terry estaba sedado y que se quedaría en el UCLA unos cuantos días, después lo trasladarían al Cedars, donde tendría que someterse a varias operaciones; el daño era tan grande que no sería capaz de andar con

muletas hasta dentro de una semana, y Liz no podría verlo ni hablar con él hasta el día siguiente. Había tanta sangre, acabó murmurando Debbie.

—Necesito verte. Necesito estar contigo. —Hizo una pausa, y luego me preguntó—: ¿Por qué no dejaste ningún mensaje cuando llamaste?

Le pregunté a qué se refería. Y me contó que cuando se había despertado tenía seis mensajes vacíos en el contestador: solo silencio y después colgaban.

—¿No eras tú?

No supe qué decir. Yo no había llamado. No quería asustarla ni explicarle por teléfono de quién pensaba que eran las llamadas. Se lo contaría cuando la viese.

—Ah, claro. Quería saber cómo estabas. —Sentí que me ruborizaba por la mentira—. Pero como no lo cogías… —Dejé la frase sin terminar.

—Necesito verte —repitió.

—Sí, ya, claro. ¿Quieres venir a casa?

—Sí. Tengo que salir de aquí. No quiero estar en casa cuando se despierte Liz.

—Te veo en un rato —me limité a decir.

Llegó hacia las cuatro e intentamos tener sexo, pero no se me ponía dura y Debbie solo parecía excitada de forma esporádica, así que al final opté por comérselo; por la época en que comencé a acostarme con ella había empezado a ver porno hetero, así que sabía más o menos qué hacer y siempre conseguía que llegara al orgasmo. Una vez que se hubo desahogado se echó a llorar, la abracé y la llevé hasta la cocina, donde encontró una botella de Chardonnay al fondo de la nevera y la abrió. Se sirvió una copa y yo comprobé que Shingy tenía suficiente comida, y luego volvimos en silencio a la habitación y nos tumbamos en la cama, donde fui cambiando de canal con el mando intentando dar con algo que ver en la televisión. Ya era de noche y por el ventanal vi encenderse las luces del jardín gracias al temporizador automático. El volumen del televisor no estaba alto, y al final le pregunté en voz muy baja:

—¿Cuánto hace que sabes lo de Susan y Robert?

—No sé —murmuró Debbie, recostándose contra mí con una de aquellas camisetas Camp Beverly Hills que tanto le gustaban aquel año y unas sencillas braguitas rosas—. Supongo que Susan habló de él ya el primer día. Después de clase. Cuando estábamos en Fiorucci's. Que le gustaba. Que era mono. —Se calló y se quedó mirando la pantalla del televisor. «Electrizante», recordé que había dicho Susan—. Y luego sucedió. —Hizo otra pausa—. Pasó sin más. En algún momento, pasó. Se estaba alejando de Thom.

Le dio un sorbo al vino y de pronto me imaginé a Debbie cinco años después convertida en una Liz borracha. No dije nada, me limité a clavar la mirada en la pantalla, concentrado en ir cambiando de canales en busca de algo que ver. No sabía qué decir; quería contarle de quién procedían las llamadas, pero no estaba preparado.

—Sabía que fuiste a Palm Springs —dijo Debbie con suavidad.

Tragué saliva y finalmente experimenté aquella oleada de miedo que había sido consciente de que me esperaba ahí fuera para quitarme de golpe el embotamiento, y eso hizo, mi compañera implacable durante todo aquel otoño.

—Me lo contó Susan —dijo Debbie, y luego—: Da igual.

—Ya —dije finalmente—. Supongo que da igual.

—Iba a echártelo en cara en el colegio aquel lunes. Pero da igual.

¿Y qué más necesitaba yo saber sobre Susan Reynolds y Robert Mallory? Estaba sucediendo y no tenía nada que ver conmigo: yo no estaba conectado con la relación que se había establecido entre nosotros durante aquel primer semestre de nuestro último curso. Debbie no añadió nada más, no me dio ningún detalle ni fragmentos de conversación entre ellas dos sobre el chico nuevo, nada. Y aunque puede que hubiera pensado que tenía más preguntas, al final resultó que no: no había nada más que quisiera saber. Todo seguiría su curso y tendríamos que lidiar con ello. Pero en ese momento había otro asunto más apremiante.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dije.

Debbie asintió una vez, acurrucada contra mí, mirando la pantalla de la tele.

—¿De dónde has sacado ese póster? El de los 5th Dimension.

—Estaba en la mesa del recibidor, con el resto del correo.

Guardé silencio y sentí unas náuseas repentinas. La mano que sostenía el mando había empezado a temblar y casi la dejé caer sobre el regazo.

—Creo que era de mi padre —dijo con aire ausente—. Sé que le gustan a Susan. —Le dio un sorbo al vino—. Es un póster muy chulo.

—¿Cuándo lo encontraste? —conseguí preguntar.

—La semana pasada —dijo con la misma vaguedad—. Me llegan pósteres sin parar. Se los mandan a mi padre. A Liz.

Continuó con la vista en la pantalla, pero no miraba nada en particular. Estaba demasiado lejos de mí. No estaba prestando suficiente atención. No sabía nada. No había estado siguiendo el relato. No sabía nada de las pistas. Eso también se aplicaba a quién creía Debbie que era yo.

—Esto es un jueguecito, ¿verdad? —le pregunté. Estaba temblando como si la temperatura de la habitación hubiese descendido de golpe.

—¿Qué clase de jueguecito? —preguntó ella con voz monocorde.

—Debbie… —empecé, pero luego no supe qué decir. Debbie y Susan no sabían nada del Arrastrero, no habían seguido la historia, no conocían las señales de advertencia. Me atasqué—. Es que…

—¿Es que qué? —preguntó sin el menor interés.

—El Arrastrero —logré decir con un hilo de voz.

—El Arrastrero… ¿qué es eso?

—Las chicas a las que han asesinado… —empecé.

—La verdad es que no sigo las noticias. ¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Deja pósteres —dije con toda la contención de que fui capaz—. Deja… pósteres a la gente. Hay una… secuencia.

Noté que Debbie cambiaba de postura a mi lado mientras giraba la cabeza para mirarme a la cara.

—A veces un póster no es más que un póster, Bret. Me estás asustando.

—A lo mejor deberías estar asustada —musité.

—No, no digo eso. Digo que *tú* me estás asustando —aclaró—. Por cómo hablas. Y también estás asustando a Susan. Me contó que pensabas que Robert estaba relacionado de alguna manera con lo que le pasó a Matt.

Mis ojos pasaron de la tele al cajón donde guardaba la cinta Maxell. Y por un instante pensé que iba a levantarme y a ponérsela con el volumen al máximo para que oyese hasta el último gemido y chillido horripilante, pero luego decidí que no: no soportaría escucharla de nuevo. Era demasiado horrible. ¿Y por qué la tenía? ¿Y por qué interrogaban en ella a Matt sobre tener sexo con un hombre? ¿Qué hombre? ¿De quién hablaba aquel engendro macabro? Ya lo había comprendido: hablaba de mí.

—Y has estado… recibiendo llamadas telefónicas —dije en voz baja como si no la hubiese oído—. Eso también forma parte del patrón…

Silencio.

—Voy a ponerme más vino —masculló finalmente, levantándose de la cama.

Esperé un segundo y luego abrí el cajón de la mesilla de noche y me tomé otro Valium: me serviría, podría volver a relajarme, me sumiría en tierra de nadie, me embotaría y borraría mi ansiedad. Debbie volvió y se quedó de pie al borde de la cama. La miré con aire inocente, pero también quería transmitirle mi miedo.

—Estoy preocupada… —empezó ella, y dejó suspendida la frase entre nosotros.

—¿Por qué?

—Por ti —respondió. Se había llenado la copa de vino y dio un trago.

—Yo estoy preocupado… por ti —dije, intentando que no me temblase la voz.

—Bueno, somos pareja. Lo suyo es que nos preocupemos el uno por el otro.

En cualquier otro momento aquella respuesta me habría irritado profundamente; era un recordatorio de que no éramos una pareja de verdad, que solo Debbie lo creía y que, en última instancia, eso era culpa mía: yo había contribuido a crear la ilusión que ella aceptaba sin

más.

—Sé cosas que tú no sabes —dije.

Noté que me estaba desconectando y que todo lo que lograse explicar al final acabaría careciendo de importancia: pasaría a formar parte, de hecho, de una preocupación mucho mayor que Debbie sentía por mí.

—Sabes cosas sobre un asesino en serie —dijo—. Y sabes cosas que relacionan a Robert con la muerte de Matt Kellner. ¿Es eso lo que sabes?

—Sí, eso creo —respondí con una voz remota.

—¿Te has planteado alguna vez hablarlo con alguien? —me preguntó, sentándose en el borde de la cama.

—Lo estoy hablando… contigo —dije sin entender—. ¿Te refieres a la policía?

—No, me refiero a un profesional —dijo con delicadeza.

Algo se activó en mí.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Me refiero a alguien con quien hablar de esas… preocupaciones. —Dejó la frase suspendida en el aire—. Alguien con quien puedas hablar sobre esos… miedos.

—Te refieres a un loquero —dije con voz hueca.

—Sí. Un psiquiatra o un psicólogo…

—Tú no sabes nada —dije—. Y yo sí.

—Creo que estás… tergiversando las cosas —dijo Debbie—. Creo que Robert no te cae bien.

—Debbie, si tú supieras lo que…

—Y lo comprendo. Estás muy unido a Thom…

—¡Todos estamos muy unidos a Thom! —dije levantando la voz.

El miedo iba en aumento.

Debbie no escuchaba.

—Pero eso no significa que Robert vaya por ahí secuestrando chicas ni que tenga nada que ver con lo de Matt…

—Hay una cronología —subrayé en voz muy baja, cerrando los ojos—. Hay una cronología, Deborah. Y Robert es peligroso. Es un mentiroso y es peligroso. —Hice una pausa—. Me preocupa que pueda

hacerle algo a Susan.

Debbie no dijo nada. Se quedó mirando la copa de vino que tenía en la mano. Y entonces me di cuenta: estaba replanteándose mi cordura, y de pronto, a medida que iba desconectando, todo me pareció inútil: ya estaba casi detrás de la barrera. Resbalé hasta quedarme tendido en la cama con los ojos muy cerrados; una demencial e incontrolable sensación de desamparo lo estaba invadiendo todo. Quise explicarle «la cronología» a Debbie, pero algo me retuvo.

—Vale, vale —dije finalmente—. Lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —me preguntó.

Me miraba fijamente, esperando que renunciase a mi relato y me aviniera al suyo. Yo ya lo había estado haciendo hasta cierto punto, de manera que a la hora de la verdad tampoco me costaba tanto continuar con la pantomima que había construido para nosotros. Me dije vagamente que ya me las arreglaría, significara lo que significase, no tenía ni idea, todo era amorfo, puro aire.

—Lo siento. Estoy cansado —fue lo único que dije. Pausa—. Lo siento.

—Estás llorando. ¿Por qué lloras?

Me toqué la cara. No me había dado cuenta de que tenía las mejillas mojadas. Y en ese momento estallé en un llanto tremendo. Me tapé la cara con las manos mientras empezaba a sollozar convulsamente en la cama, totalmente sobrepasado.

—Cariño, cariño —dijo Debbie.

La oí dejar la copa de vino en la mesilla de noche y luego la cama se hundió bajo su peso al inclinarse sobre mí intentando quitarme con suavidad una de las manos de la cara. El llanto era tan descontrolado que parecía un animal. Y entonces me obligué a parar y le di la espalda a Debbie, me doblé sobre mí mismo y me estiré para alcanzar un Kleenex, limpiarme la cara y sonarme la nariz. Jadeaba levemente por la fuerza del llanto, motivado por el miedo, por el estrés de estar asustado todo el tiempo, todo ello sumado al alivio que me proporcionaba el Valium. Debbie había entrelazado sus piernas con las mías y me pasaba una mano por el pelo mientras me susurraba que

todo se arreglaría, y me quedé dormido en pantalones cortos y camiseta, y el Valium me mantuvo inconsciente hasta que Debbie me despertó a las siete y media al día siguiente besándome con delicadeza en los labios y recordándome que iba a llegar tarde al colegio. Ella ya estaba vestida —llevaba despierta desde las siete, le había puesto comida a Shingy, lo había dejado salir y se había dado un chapuzón en la piscina—, y Rosa acababa de llegar, antes de su hora habitual, y luego Debbie me dijo que tenía que volver a casa para ponerse el uniforme de Buckley y que si no nos veíamos bajo el campanario antes de las nueve, quedábamos junto a las taquillas después de la primera clase. Asentí y la miré salir del dormitorio y hacia el pasillo. La oí decirle algo en español a Rosa, luego el repiqueteo de las patas de Shingy acompañando a Debbie hasta la puerta y adiós.

26

Llegué tarde a Buckley aquel lunes de noviembre, cuando ya había comenzado la primera clase; estacioné el 450SL en la plaza del aparcamiento para alumnos de último curso y pasé bajo la torre del campanario camino del edificio de administración, toqueteando la cinta Maxell que llevaba en el bolsillo de la americana. El silencio de la oficina se veía interrumpido ocasionalmente por el timbre de algún teléfono o por el tecleo esporádico de alguna máquina de escribir eléctrica mientras esperaba a que una de las secretarias, la señorita Davies, colgase el auricular, y entonces le dije que necesitaba hablar con el doctor Croft. Preocupada, me preguntó si tenía cita con él y le dije que no. Esbozó una mueca inquisitiva, miró un papel que tenía en su carpeta y me preguntó:

—¿De qué se trata, Bret?

—Es muy importante que hable con él.

Se me quedó mirando.

—Es un asunto privado —le dije bruscamente—. Es personal.

La señorita Davies levantó el auricular, aunque desde donde yo estaba podía ver la entrada del despacho de Croft y tenía la puerta abierta: podría haberla sorteado y entrar directamente, pero las formalidades de Buckley jamás me permitirían hacer algo así ni siquiera con los privilegios que comportaba ser alumno de último año. Oí sonar el teléfono en el interior del despacho y a Croft descolgando, pero no conseguí escuchar lo que la secretaria le decía en voz baja mientras me alejaba del mostrador y me dedicaba a examinar un enorme jarrón de azucenas, el cuadro de LeRoy Neiman y el reloj de pared que marcaba las nueve y cuarto, todo ello sin dejar de toquetear la cinta que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Croft salió de su despacho; iba con traje y corbata y me miró con curiosidad.

—¿Por qué no estás en clase, Bret? —me preguntó.

—Tengo que hablar con usted. Es muy importante —murmuré.

Croft debió de notar mi expresión angustiada, pese a que aquella mañana me había arreglado con esmero a fin de que mi apariencia no fuese una excusa más para no creer lo que estaba a punto de contarle: llevaba la corbata bien anudada y una camisa blanca reglamentaria, nada de Polo o Armani, me había afeitado y peinado pulcramente, y calzaba los tradicionales mocasines en lugar de náuticos. Quería parecer el alumno modélico.

—Bueno, pasa —dijo Croft.

Lo seguí hasta el despacho, que tenía la elegancia característica de Buckley: el escritorio de caoba liso y despejado, dos sillas enfrente, por detrás de estas un sofá con reposabrazos tapizado con idénticos motivos florales y flanqueado por lámparas de pie, una mesilla con un tablero de ajedrez, y frondosos helechos bordeando los laterales de una amplia ventana con vistas a dos senderos que llevaban a las primeras hileras de bungalows estucados que conducían al resto del colegio, en uno de los cuales estaban impartiendo en aquel momento una clase en la que yo debería estar —Narrativa Norteamericana con el señor Robbins— y donde debería estar sentado junto a Susan Reynolds debatiendo sobre el simbolismo en *Matadero Cinco* mientras intentaba no mirar a Ryan Vaughn. El único toque institucional de aquel despacho eran los paneles de fluorescentes del techo, que ojeé nervioso mientras Croft me hacía una seña para que entrase y se sentaba en la silla giratoria de cuero tras su escritorio. Le pedí si podía cerrar la puerta, se quedó quieto un momento y asintió, como comprendiendo que no convenía alterar a un alumno ya de por sí nervioso.

Por aquel entonces hacía ya tres años que conocía a Croft —había llegado al colegio en otoño de 1978—, pero ignoraba de dónde era, dónde había trabajado antes, cuáles eran sus intereses y por qué nos referíamos a él como «doctor». Era atractivo, no debía de pasar de los cuarenta, y tenía un aire masculino que yo encontraba vagamente cautivador: pelo castaño ondulado, una barba que acentuaba un par de labios carnosos, tenía los ojos almendrados y un no sé qué de juvenil en su porte. Era lo opuesto a la autoridad burocrática que encarnaba el director Walters, mucho mayor y más comprometido con la idea

original de la tradición de Buckley y sus principios. Croft se mostraba más informal con sus alumnos, y desde luego mucho más relajado que el anterior jefe de estudios, un francés menudo y fumador compulsivo que vestía trajes gris satinado de Yves Saint Laurent y parecía sentir un desdén socarrón por el oficio, así como por los alumnos que le habían encargado supervisar: había algo en el señor Renaud que sugería de algún modo que se creía por encima de Buckley y que el puesto le venía pequeño. Croft era más joven y a los estudiantes les caía bien, tenía un aire afable: no suscitaba imitaciones nasales ni rumores sórdidos, a diferencia de Renaud; era cercano, y estoy convencido de que algunas alumnas lo encontraban atractivo. Supongo que sabía que estaba casado pero no si tenía hijos, y al sentarme en su despacho aquel primer lunes de noviembre me di cuenta de que el doctor Croft era un espacio en blanco, porque era un adulto y, por tanto, alguien a quien todavía no podía conocer bien: yo apenas estaba empezando a entrar en el mundo de los adultos. De hecho, él sabía mucho más de mí que yo de él. Para mí, en aquel momento, solo era la figura de autoridad más accesible, y yo necesitaba hablar con alguien.

Croft rebuscó en un cajón, extrajo una carpeta —al principio no supe que era la mía— y la abrió, luego sacó unas cuantas páginas y las examinó antes de decir nada. Alzó la mirada hacia mí y me preguntó con tono inquisitivo, como si ya supiese la respuesta:

—¿Volviste a presentarte a los exámenes del SAT la semana pasada?

Lo miré, sorprendido de que creyese que era de eso de lo que quería hablar, y también de que estuviera al tanto de aquello.

—No, los he… reprogramado —dije titubeante.

El señor Croft suspiró, un tanto decepcionado, y añadió mientras repasaba el expediente:

—La señorita Zimmerman dice que has concertado y cancelado varias citas con ella…

—Solo han sido dos —le interrumpí. En aquel momento pensé que iba a estallar de la frustración. Intenté no removerme en la silla—. Volveré a concertar una cita con ella, pero no estoy aquí para hablar de eso. —Hice un gesto nervioso con una mano—. De universidades y

exámenes.

Eché una ojeada hacia la amplia ventana y aunque nadie podía vernos con claridad desde fuera, ya que estaba tintada de verde, seguía sintiéndome expuesto allí sentado. Tenía la otra mano metida en el bolsillo, apretando la cinta con la yema de los dedos.

—Entiendo —dijo Croft, arrellanándose en su silla—. Entonces ¿de qué se trata?

Fui directo al grano.

—Creo que algo anda mal con uno de los alumnos del colegio —empecé, en tono calmado pero con aplomo—. Robert Mallory. Sé todo lo del centro terapéutico donde estuvo internado antes de venir aquí, lo del intento de suicidio, la sobredosis; he hablado con su tía y también está preocupada por él, y además creo que tuvo algo que ver con la muerte de Matt Kellner.

No dejé de mirar directamente a Croft mientras decía todo aquello para subrayar la gravedad de la situación, no paseé la vista por el despacho ni me removí en el asiento ni crucé y descrucé las piernas, permanecí totalmente quieto. Croft se limitó a mirarme sin cambiar de expresión, aunque percibí su turbación al descubrir que era de eso de lo que quería hablar. Sin embargo, yo sabía que nuestros padres pagaban demasiado como para que Croft me ignorase sin más, ni a mí ni a ningún otro estudiante, y que su trabajo incluía escuchar a los alumnos independientemente de lo estrafalario, errático o arrogante que fuese su discurso.

Siguió mirándome impertérrito; se hizo un largo silencio durante el que pareció preguntarse qué dirección tomar. Eso me dio esperanzas, pero también me inquietó. Respiré hondo.

—¿Estás bien, Bret? —acabó por preguntarme.

—Sí, sí, estoy bien. —Entonces caí en la cuenta—. No, no estoy drogado. No voy colocado, si es eso lo que está pensando.

—No, no. —Alzó las manos, sorprendido—. No estaba pensando en eso…

—Entonces ¿por qué me pregunta si estoy bien? —lo interrumpí.

—Es que pareces muy agitado —dijo el doctor Croft—. Y eso me

preocupa un poco.

—Estoy bien, estoy bien. Solo necesito que me escuche…

—Que escuche lo de que… —dijo sin dejarme acabar.

—Creo que Robert Mallory está involucrado en la muerte de Matt.

—Sí, te he escuchado, hum… —Croft reflexionó antes de continuar —: Pero sabes que se dictaminó que la muerte de Matt Kellner fue accidental…

—Pero sus padres no lo creen así —lo corté—. Ronald Kellner no piensa que fuese en absoluto accidental. Él cree que…

—Bueno, Ronald Kellner está muy afectado, como es comprensible —me interrumpió Croft educadamente—. El dolor de perder a un hijo tiene que ser inmenso, y dudo que su criterio sea del todo fiable.

El despacho quedó en silencio mientras Croft me miraba después de decir aquello. Ya no le interesaba mi expediente. Cerró la carpeta. Ahora comprendía que la reunión que había solicitado no tenía nada que ver con la información del archivo: aquello no iba de calificaciones académicas ni de puntuaciones requeridas para acceder a la universidad idónea ni de cuáles eran mis medias globales.

—¿Ha visto usted el informe de la autopsia? —le pregunté con voz calmada—. ¿Sabe lo de los moratones? ¿Sabe que Matt tenía moratones por todo el cuerpo? ¿Y que alguien lo golpeó con algo? ¿Y que lo golpearon en la frente con un martillo o algo así?

—No he visto el informe de la autopsia —respondió Croft, entonces cayó en la cuenta y me preguntó, sorprendido—: ¿Tú sí?

—Sí —asentí—. Sí, lo he visto. Me lo enseñó el señor Kellner. —Me detuve, dudando de si contar lo que diría a continuación—: Y también he visto fotos. De Matt. De lo que el señor Kellner denominó la escena del crimen. —Silencio—. No fue un accidente. No parecía un accidente.

—¿Por qué iba a hacer eso Ron Kellner? —me preguntó Croft, más por curiosidad que por sorpresa—. ¿Por qué te iba a enseñar esas cosas?

—Fui a casa de Matt —le expliqué con tanta entereza como pude—. Después de morir. Hablé con Ronald. Quería saber qué le había sucedido a Matt. Nadie sabía nada. Nadie sabe nada aún. Es como si

nadie quisiera saber que Matt fue agredido.

Respiré hondo. Mis dedos seguían apretando la cinta en el bolsillo de la americana.

Croft me observó y pareció que tomaba la decisión de tratarme como a un adulto: hubo un momento en que noté cambiar la atmósfera de la habitación y me animé, pero fue en vano.

—Un alumno con problemas de drogas tuvo un brote psicótico por consumo abusivo de alucinógenos y luego sufrió una sobredosis de Quaaludes, se automutiló y se ahogó —dijo Croft con mucha parsimonia—. Eso, que yo sepa, no se considera una investigación criminal, por mucho que quiera Ronald Kellner. —Croft se calló y me miró fijamente—. Y además, Buckley no tiene nada que ver con la muerte de Matt Kellner. —Otra pausa—. Matt no falleció en las instalaciones del colegio. No tenemos ninguna relación con lo que quiera que le sucediese, así que no estamos metidos en el ajo.

Recuerdo esa palabra cuarenta años después: «ajo». Sonó tan displicente, tan descortés. Me vino de inmediato la imagen de una cabeza de ajo. El empleo de aquella palabra parecía disminuir la gravedad de lo que yo pretendía exponer. Al entrar en el edificio de administración había sentido que tenía en mi poder una información de tal calibre que terminaría controlando la conversación con el señor Croft, pero, mientras trataba de reencauzar mi relato por donde yo quería, descubrí, confuso, que eso no iba a suceder. En ese sentido, me recordó al discurso cinematográfico que intenté venderle a Terry Schaffer en el bungalow del Beverly Hills Hotel y que también terminó rechazado.

—Vale, vale, eso no importa… —comencé. Vacilé unos instantes, respiré hondo y sacudí la cabeza para hacerle ver a Croft mi frustración —. Matt fumaba mucha hierba, pero no era un drogadicto, no se metía ácido, nunca tomaba Quaaludes y…

Croft volvió a interrumpirme con delicadeza:

—Y sabemos que, antes de desaparecer, Matt le dijo a su padre que iba a ver a Robert Mallory, y que, de hecho, Ronald Kellner habló con Robert y este negó que hubiera visto a Matt aquella semana.

Se me quedó mirando fijamente. Dijo aquello para asegurarse de que yo también estaba al tanto de esa información, para que eso limitase lo que me disponía a contar a continuación. Croft me lo transmitió incluso como una advertencia: debía calmarme y tener mucho cuidado con lo que quería revelar, o de lo contrario no tendría sentido prolongar aquella reunión y se vería obligado a pedirme que saliera del despacho y volviera a clase.

—Sí, eso también lo sé, doctor Croft —me apresuré a decir—. Pero ¿y si Robert mintió? ¿Y si Robert no dijo la verdad? Creo que es un mentiroso. Miente sin parar. ¿Por qué tenemos que creerle en esto? Estuvo internado. Intentó suicidarse. Está enfermo.

Por un breve instante pensé que Croft estaba sinceramente interesado en lo que le contaba cuando me preguntó:

—¿De qué manera crees que Robert está involucrado?

Lo que vino a continuación brotó como un torrente atropellado:

—Creo… creo que Matt fue a ver a Robert aquel fin de semana, y no al apartamento de Century City sino a una casa en Benedict Canyon, y creo que Robert lo drogó y lo llevó en su Porsche hasta Crystal Cove y allí le dio una paliza de muerte, y creo que fue él quien llevó el coche de Matt desde Benedict de vuelta a Haskell Avenue, y que fue él también quien mantuvo a Matt totalmente colocado y desquiciado durante siete días… le dio alucinógenos, le hizo tragar Quaaludes, una especie de tortura, como si disfrutara con ello… y una vez de vuelta en Encino le rajó el brazo aquel viernes por la noche o sábado de madrugada y luego le golpeó con algo, no sé, un martillo o algo así, y después tiró el cuerpo a la piscina para escenificar su muerte. No sé por qué… pero creo que fue Robert quien tuvo un brote psicótico. Y luego mató al puto gato y… —Traté de recuperar el aliento, me apoyé en el respaldo de la silla, pensé que iba a echarme a llorar.

Croft me miró, totalmente confuso.

—¿Qué… gato? —me preguntó—. ¿Mataron un gato? No entiendo.

Comprendí que Croft solo conocía el aséptico relato oficial, nada más. Yo seguía toqueteando nerviosamente la cinta Maxell y paseé la mirada por el despacho buscando algo donde poder reproducirla, pero

no vi nada.

—Robert se grabó torturando a Matt. No sé por qué lo hizo, pero dejó la cinta en mi casa. Es una especie de juego que se trae conmigo. Una especie de desafío.

Clavé la mirada en Croft confiando en no haber sonado demasiado desesperado, pero sabía que estaba siendo excesivamente vehemente y no podía hacer nada para evitarlo: la reacción involuntaria de un adolescente.

—¿La voz de Matt aparece en la cinta? —me preguntó Croft sin énfasis.

—Sí. Bueno… eso creo, es difícil saberlo. Pero creo que es él…

—¿La voz de Robert aparece en la cinta?

—No, es una voz… hum… deformada. Es una voz impostada. Como alguien fingiendo ser un monstruo o algo así.

Mientras lo decía me di cuenta de que no estaba preparado para enseñarle la cinta a Croft: algo en su actitud me hizo desconfiar. No me estaba creyendo. Se había mostrado muy receloso y suspicaz, y entonces me lo confirmó.

—¿Un monstruo? —preguntó con una incredulidad rayana en la socarronería—. ¿Un monstruo? Anda, Bret, por favor…

—Mire, doctor Croft…

—¿Por qué iba a montar Robert semejante parafernalia para hacerle eso a Matt Kellner? —me preguntó, apartando su mirada de mí para posarla de nuevo en la carpeta, que volvió a abrir. Un gesto que me indicaba que había dejado de tomarse el tema en serio—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—No lo sé. Porque está loco. Porque estuvo en un psiquiátrico y creo que es un individuo profundamente perturbado. Creo que padece un trastorno mental, toma pastillas, tuvo un ataque en la fiesta de Susan Reynolds, una especie de brote psicótico, y… —Trataba de sonar profesional y emplear términos que creía que me hacían parecer un adulto: «individuo profundamente perturbado», «trastorno mental», «brote psicótico». Pero tuve que callarme porque estaba perdiendo el interés de Croft, y porque quería aclararme antes de que me despachase

definitivamente. Y entonces no pude evitarlo: mi necesidad de hacer avanzar la historia se expandió y empezó a cruzar la línea hacia un relato aún más oscuro que el de Matt Kellner, la paliza en Crystal Cove y la escenificación de un suicidio en Encino—. Creo que… —comencé, y luego me detuve.

—¿Qué es lo que crees? —me preguntó el doctor Croft, impávido, levantando la mirada de mi expediente.

—¿Usted sabe lo de… lo del Arrastrero? —pregunté.

—¿El Arrastrero? ¿Te refieres al asesino en serie?

—Sí, sí —dije asintiendo—. El asesino en serie. Cuatro chicas… bueno, tres. A la cuarta aún no la han encontrado. Y, hum… tal vez haya más y no lo sepamos todavía, puede que también chicos…

—He leído acerca del caso —dijo Croft, vacilante, preguntándose adónde quería llegar—. Es bastante perturbador.

—Robert Mallory salía con la primera chica que murió —dije—. Katherine Latchford. Salían juntos. En las semanas previas a su desaparición. En 1980. Cuando vino aquí por primera vez y se alojó en casa de su tía.

Croft me observó, y por la expresión de su cara pensé que cada vez lo preocupaba más lo que le estaba contando, o eso esperaba, y que quería saber más. Continué, incapaz de detenerme:

—Y hay una cronología que encaja con las ocasiones en que Robert ha estado en Los Ángeles. Los allanamientos y las agresiones comenzaron en el verano de 1980, cuando Robert vino por primera vez de Chicago. Y cesaron cuando se fue. Se reanudaron cuando volvió en vacaciones y luego en enero, mientras él seguía aquí y, eh… Sarah… —había olvidado su apellido por un instante—, Sarah Johnson desapareció, y luego pasó lo mismo con Julie Selwyn… Robert estaba aquí, recién salido de Roycemore, en junio, me lo dijo su tía. Y ahora Audrey Barbour.

Estaba tan sobreexcitado que tuve que parar y bajar la mirada. Me estaba agarrando con fuerza las rodillas, tratando de controlar la respiración. Tenía la impresión de que hacía siglos que había apartado los dedos de la cinta.

Finalmente oí decir a Croft en voz baja:

—Esa es una deducción espantosa…

Eso me hizo levantar la vista y mirarlo directamente a la cara.

—¿Sabe lo que le pasó a su madre? ¿Cómo murió?

—Tuvo un accidente terrible —dijo Croft, asintiendo—. Algo de una caída.

—Del mismo modo que Terry Schaffer se cayó el sábado por la noche. Fue exactamente lo mismo que le pasó a Terry Schaffer. Y Robert estaba en esa fiesta. Y yo creo que fue el responsable.

Se hizo un silencio más largo de lo normal mientras Croft me observaba, decidiendo qué decir a continuación.

—Me he enterado de lo de Terry —murmuró finalmente—. ¿Alguien sabe qué pasó? Tú eres muy amigo de Debbie, ¿verdad?

—Creo que Robert fue el responsable del accidente —estaba diciendo yo—. Creo que empujó a Terry desde el rellano igual que creo que empujó a su madre…

Croft me miró con gesto impotente, como si mi presencia le estuviese haciendo perder la paciencia por momentos.

—Insisto: ¿por qué iba a hacer algo así, Bret?

—Porque está loco, está enfermo. Violó a su hermanastra. ¿Eso lo sabía? ¿Que le dijo que se afeitara el coño y luego la violó?

Alguien pasó junto a la ventana, sobresaltándome de tal modo que pegué un brinco en la silla: pero solo era Miguel, el jefe de mantenimiento, con uno de los jardineros.

—Bret —dijo Croft con un rictus severo—, quiero que te calmes ahora mismo.

—Estoy calmado —dije, tratando de sonar lo más tranquilo posible—. Estoy calmado, pero usted no parece tomarse nada de esto en serio.

—A mí no me parece que estés calmado. De hecho estás diciendo cosas bastante incendiarias y acusando a un compañero de cosas muy graves…

«Cosas». La palabra «cosas» minimizaba lo que le estaba contando al doctor Croft, y eso me hizo tambalearme, porque al oír aquel término comprendí que había perdido cualquier tipo de control que creyese

tener sobre la conversación.

—Mire, estoy bien, estoy bien…

—Pues no lo pareces —dijo Croft, levantando la voz por encima de mí y abriendo los ojos preocupado—. Parece que estés sufriendo un ataque de histeria.

—No estoy histérico —dije—. Soy el único aquí que está atando cabos.

—Yo creo que todo esto suena a pura especulación —respondió Croft con cierto deje compasivo, dando a entender que no solo necesitaba relajarme, sino también replantearme todo lo que le estaba contando.

—Usted no sabe lo que yo sé —le dije.

—Supongo que no.

Cerró la carpeta de nuevo y se reclinó en su asiento sin dejar de observarme. Con la puerta cerrada el despacho de Croft estaba en absoluto silencio: no se oían los teléfonos ni las máquinas de escribir eléctricas, ni los ruidos de los docentes saliendo de la sala de profesores para dirigirse a la segunda clase de la mañana, ni los suaves murmullos de las secretarias. Le devolví la mirada a Croft. Parecía dudar si contarme algo. Ladeó la cabeza y continuó observándome. Suspiró.

—Liz Schaffer me llamó la semana pasada —dijo al fin.

—¿Sí? ¿Y? —pregunté, sin dejar de mirarlo.

—No sé de dónde sacó la idea, pero parecía dar por hecho que su marido y tú tenéis, hum… una especie de… —Croft no sabía cómo decir aquello de una forma más sutil—. Una especie de relación. Que tienes una relación muy estrecha con Terry…

Continué mirándolo, paralizado, aunque a la vez tenía la sensación de estar cayendo por los aires sin que hubiera suelo a la vista: solo una caída libre continua que duraría para siempre. Fuera hacía buena temperatura y el despacho tenía aire acondicionado, pero yo estaba sudando bajo el uniforme de Buckley: tenía las axilas mojadas y pegajosas y la espalda húmeda. Croft continuó:

—Ahora bien, cuando llamó parecía un poco fuera de sí y supongo que son imaginaciones suyas…

—Es alcohólica —conseguí decir.

Croft cerró los ojos y alzó las manos en un gesto diplomático.

—Sí, estoy al corriente del problema de la señora Schaffer y sé que a veces puede rozar la histeria, pero parece convencida de tener… pruebas.

Me quedé mirando a Croft. El mundo se volvió borroso. Robert Mallory parecía cada vez más lejano. Mi principal motivación para estar allí en el despacho del doctor Croft estaba siendo totalmente desmantelada. Aquella ya no era la conversación que quería tener. Había mencionado al Arrastrero, pero de algún modo Liz Schaffer había conseguido tener prioridad por encima de un asesino en serie.

—¿De qué? ¿Pruebas de qué? —pregunté.

—De que Terry y tú mantenéis… una especie de relación. —Croft se encogió de hombros, abrió más los ojos.

—Borracha zumbada —dije.

Croft hizo como si no me oyese, pero en cambio concedió, como si no se pusiera de parte de nadie:

—Tú aún no eres mayor de edad pero tienes casi dieciocho años. Sin embargo, Bret…

—No es verdad —dije—. Es mentira.

—Bueno, eso espero —dijo Croft—. Sonaba bastante improbable.

Pero no pareció del todo convencido al decirlo. Su expresión sugería que el alumno que tenía sentado enfrente era capaz de hacer y decir cualquier cosa, de inventarse cualquier mierda horrenda, y que mi relación con él había quedado irremediablemente dañada. No volvería a mirarme con los mismos ojos. Siempre desconfiaría de mí. Siempre pensaría que estaba loco. Pero de pronto me dio igual: dentro de ocho meses estaría fuera de Buckley.

—Esto no va de Terry ni de Liz… —empecé.

—Pero eres tú quien ha sacado a Terry a colación…

—A propósito de Robert Mallory —dije—. Todo esto va de Robert Mallory. —Hice una pausa—. No he venido aquí a hablar de Liz ni de Terry Schaffer. He venido a hablar de Robert Mallory y de lo que creo que es capaz de hacer.

Croft volvió a quedarse callado rumiando algo —un pensamiento,

una idea— que tal vez no debería contarme, pero que de alguna manera yo le obligaba a admitir porque la naturaleza de la conversación que había iniciado así lo exigía. De algún modo aquello era culpa mía.

—Tengo que decir, Bret, que todo esto es muy extraño, muy raro —murmuró Croft—. Te presentas aquí para contarme que piensas que Robert está relacionado con lo que le ocurrió a Matt Kellner.

—¿Qué tiene de raro? No entiendo. ¿Por qué es raro?

—Bueno, porque hace casi tres semanas hablé con Robert. De hecho, quise hablar con él sobre Matt y averiguar qué sabía, teniendo en cuenta lo que nos había contado Ronald Kellner: que Robert fue la última persona a la que mencionó Matt.

—¿Robert estuvo aquí? No entiendo —dije, mirándolo receloso. Me había adelantado hasta el borde de la silla.

—Bueno, él parecía pensar… —Croft juntó las manos y entrelazó los dedos—, bueno, que tú tenías algo que ver con el apuro… hum, así lo llamó, el apuro por el que estaba pasando Matt…

—¿Apuro? —exclamé.

—Bueno, con la situación que condujo a lo que ocurrió. No a la tragedia que acabó ocurriendo, evidentemente… Robert no te acusó de eso ni de nada parecido. Pero dijo que tú y Matt manteníais también… —a Croft pareció fallarle la voz y luego prosiguió—, una amistad bastante intensa y que…

Yo tenía los puños apretados sobre el regazo.

—Espere —le interrumpí, con los ojos cerrados—. Robert vino aquí y le contó que yo tenía algo que ver… —dije en voz baja, y me callé.

—No con su muerte —aclaró el doctor Croft—, sino que Matt y tú os peleasteis por algo. —Hizo una pausa—. Algo de carácter íntimo.

Abandoné de golpe toda esperanza. De pronto me sentía mareado y exhausto, aunque hubiese dormido casi catorce horas la noche anterior. Todo había acabado. «¿Te gustó meterte la polla en el ano? ¿Te gustó chupar la polla? ¿Te gustó meterte la polla en el culo?». ¿Por qué le preguntaba aquello a Matt? ¿Quién era la persona que le había metido la polla? ¿A quién le chupaba Matt la polla? A mí. Yo le había hecho a

Matt todo aquello y la gente lo sabía: Susan, Ryan, Robert, tal vez Debbie. En aquel instante comprendí por qué no le había puesto la cinta a nadie y probablemente nunca lo haría: yo acabaría siendo el único implicado.

—A ver, ¿a quién hemos de creer aquí? —preguntó Croft—. ¿A cuál de los dos chicos con una imaginación desaforada? —Hizo una pausa—. ¿Tienes algo contra Robert Mallory? ¿Te ha hecho algo?

—Es un mentiroso —mascullé—. No me compare con él. —Y entonces pregunté con impotencia—: ¿De verdad dijo que tuve algo que ver con lo de Matt? —Bajé la mirada y murmuré—: Es un mentiroso. Siempre está mintiendo.

—Tú sabes que Ronald Kellner no piensa que Robert Mallory tuviera nada que ver con la muerte de Matt. Estoy seguro de que Ron te dijo eso, ¿correcto?

Comprendí que si seguía por aquel camino acabaría siendo yo el sospechoso.

—Tengo entendido que quieres ser escritor —prosiguió Croft, devolviendo mi carpeta al cajón de donde la había sacado—. La señorita Zimmerman me dijo que estabas buscando una universidad con un buen programa de escritura. La señorita Robbins dice que ha leído un par de textos tuyos y que tienes talento. —Hizo una pausa—. Eran bastante provocativos, según ella… «muy salvajes», fueron sus palabras exactas. Muy imaginativos.

Nueva pausa. Yo le había enseñado a la señorita Robbins dos secciones de un primer borrador de *Menos que cero* : un capítulo narrado por Julian en el que describía un encuentro sexual con un hombre de negocios mayor que él en la habitación de un motel; y otro capítulo que trataba sobre una chica desaparecida a la que encontraban muerta en un patio trasero de Bel Air, el cuerpo machacado hasta la muerte por lo que resultaba ser un hombre lobo; los detalles eran sangrientos, escabrosos, sexualizados, le habían abierto la vagina en canal. Todo esto parecía resumir y demostrar algo en la cabeza del doctor Croft.

Ya se estaba poniendo en pie, y eso anunciaba que la reunión había

terminado y pronto oiríamos el tañido de las campanas indicando que la primera clase de la mañana finalizaba y que en cinco minutos comenzaría la segunda y la jornada seguiría avanzando a su manera contenida y regulada. Eso significaba que yo también debía levantarme, así que me agarré al reposabrazos de la silla para mantenerme firme mientras me ponía en pie. De pronto me entraron ganas de abalanzarme contra Croft, de agarrarlo por la chaqueta y rogarle que me creyese, decirle que si él no me creía no sabría adónde más podría acudir ni qué hacer, todo se iría al traste, Robert Mallory se saldría con la suya, quién sabía si Audrey Barbour estaba muerta o seguía viva, tal vez aún se podría salvar algo si Croft me creía, Susan Reynolds estaba en peligro, y también Deborah Schaffer, mi novia… y entonces me acordé: Thom Wright volvería al día siguiente.

—¿Cuánto tiempo llevan fuera tus padres? —oí que me preguntaba Croft.

—Se marcharon, hum… la semana antes del día del Trabajo —dije en voz baja.

—¿Y cuándo vuelven?

—Vuelven… —Tuve que pensarlo, calcularlo—. Dentro de dos o tres semanas —solté de repente, sorprendido de lo pronto que iban a volver y de cuánto tiempo llevaban viajando—. Antes de Acción de Gracias.

—Así que llevan fuera dos meses —confirmó Croft.

—Sí.

Croft había rodeado su escritorio y ahora me conducía hacia la puerta que estaba abriendo. Los ruidos de la oficina volvieron, pero ahora se oían con más fuerza, el profesorado entrando y saliendo durante el descanso entre clases y unos cuantos alumnos preguntando por programas y peticiones a varias secretarias.

—Lo que yo pienso es que has estado muy solo y aislado —dijo Croft—. Y que tal vez eso te ha afectado de tal manera que ha disparado tu imaginación. —Lo dijo como si aquello debiera hacerme sentir mejor.

Aún me quedaron fuerzas y dignidad para contestar:

—No, no, no es eso.

—Vale, muy bien, lo que quiero es que te lo tomes con calma. Y que

dejes que las autoridades resuelvan todo esto. Que se encarguen ellos. —Hizo una pausa y luego sintió la necesidad de añadir—: Quiero que seas consciente de que esta conversación ha sido confidencial. Que no constará en ninguna parte. El Cono del Silencio y todo eso.

De pronto le preguntó en voz alta a su secretaria:

—Sherry, ¿los Wilson vienen a las diez?

Sherry asintió y Croft volvió a girarse hacia mí.

—Mira, si necesitas hablar con alguien, el colegio dispone de referencias de varios doctores que podemos recomendarte.

Sonreí nerviosamente y murmuré que estaba bien, que todo estaba bien, que lamentaba haberle molestado, seguramente había estado muy aislado, tal vez había malinterpretado las cosas, lo mejor sería que me tomara un descanso de todo aquello y me concentrara simplemente en mis tareas escolares y en reprogramar las pruebas de ingreso y en concertar una cita con la señora Zimmerman. Croft me dio un suave apretón en el hombro antes de marcharme. Me miró. Lo miré. No sabíamos qué más decir: eso fue todo. Después de salir del edificio de administración me encaminé de vuelta al aparcamiento de último año, alejándome de todo lo que representaba Buckley. Me fijé dónde estaba aparcado el Porsche de Robert, luego me monté en el 450SL y puse rumbo a la casa de Benedict Canyon.

A las diez de aquel primer lunes de noviembre había muy poco tráfico en dirección a Beverly Glen. Giré a la izquierda en una Mulholland desierta y luego a la derecha en Benedict Canyon, que también estaba vacía. Cuando llegué a la altura de la casa solo vi una furgoneta de limpieza de piscinas aparcada en la calle, y la camioneta de un jardinero unas tres casas más abajo: no había ningún otro coche por allí. Me metí por el camino de acceso, detuve el Mercedes, eché el freno de mano y me bajé para empujar las verjas de hierro forjado con el letrero embarrado y torcido de AVISO: NO PASAR ; luego volví a subir al coche y recorrí la pista de grava que enseguida se convirtió en el suave pavimento de piedra de la entrada que se curvaba frente a la casa. No había nada amenazador ni decrépito en el aspecto que ofrecía la vivienda, el exterior se veía limpio y cuidado. Debía de haber quedado

abandonada durante el largo divorcio entre Abigail Mallory y su marido, pero se mantenía en tan buenas condiciones —o eso parecía desde fuera— que la pintura blanca de toda la construcción parecía reciente, lo mismo que las persianas de reluciente color verde pino (no eran funcionales, un elemento puramente decorativo), y las tejas grises que adornaban el tejado inclinado parecían nuevas. La casa en sí era anónima, nada sofisticada, casi anodina —podría haber estado en cualquier pueblo o ciudad—, pero por su ubicación en los cañones de Los Ángeles tenía algo de exótico y probablemente valía un montón de dinero. Ya no tenía miedo, o por lo menos no en aquel momento —había estallado en el despacho del doctor Croft—, y lo que me había traído hasta aquella casa era la cólera.

Sabía que la puerta principal, blanca con marco verde, estaría cerrada con llave cuando atravesé el arco de la entrada, aunque intenté empujarla igualmente, y el amplio ventanal en saledizo de la fachada quedaba tapado por unas finas persianas venecianas de modo que no podía ver el interior del salón. Fui hasta el lado derecho de la casa, pero no encontré ninguna puerta hasta llegar al patio trasero, donde los altísimos robles y sicomoros que se alzaban sobre la propiedad protegían la casa del sol del mediodía. Si la parte delantera parecía bien cuidada, el patio trasero estaba hecho un desastre en comparación: la vieja pista de tenis con la red destensada seguía cubierta de hojas caídas y la piscina estaba casi vacía, aunque había como medio metro de agua negruzca en la parte honda también repleta de hojas, y el mobiliario de jardín diseminado por el porche estaba oxidado. Un par de puertas acristaladas que suponía que daban a la cocina y a una salita estaban cerradas y con las cortinas echadas. Entonces rodeé el patio hasta el otro lado de la casa, consciente del inquietante silencio en que estaba sumido el cañón allá a lo lejos, al tiempo que contemplaba la empinada ladera que se alzaba tras el jardín. Tres cubos de aluminio para la basura se alineaban en esta parte de la casa, junto con varios tablones de madera apoyados contra la pared de estuco gris. Había una puerta con una pequeña ventana, también tapada por una persiana, y de pronto me sentí súbitamente electrizado cuando agarré el pomo y

giró. Por alguna razón, aquella puerta no estaba cerrada con llave. La abrí y entré en la casa.

Entré en un cuartito con olor a moho donde había una lavadora y una secadora. Encima de estas, una estantería con una botella de detergente, una lata de desengrasante Lysol, una toalla doblada y una caja de herramientas roja. La abrí: solo contenía un martillo, algunos clavos, un destornillador, unos alicates y unas tijeras enormes. Mi mente lo registró todo rápidamente pero con calma: aquello no significaba nada, no demostraba nada, las herramientas estaban limpias, solo eran objetos dentro de una caja, no eran armas. Me metí en el bolsillo los alicates, recorrí un breve pasillo, pasé junto a un cuarto de baño de invitados y llegué al recibidor, desde donde se veía el salón, lo que probablemente era un estudio o un comedor y una cocina, todas ellas salas enormes distribuidas en un gran espacio. La casa estaba prácticamente desprovista de muebles, aunque había un sofá en el salón vacío y una mesa sin sillas en la cocina, y de pronto caí en la cuenta de que no sabía cómo se ganaban la vida Abigail Mallory o su exmarido —recordé vagamente que él había hecho negocios con Ronald Kellner—, y también pensé que el mobiliario del apartamento de Century City se habría visto demasiado moderno, casi inadecuado, en aquella casa más convencional, con un ambiente más hogareño, un sitio donde podría vivir una familia y donde quizá viviría algún día si llegaban a venderla. La casa estaba inmaculada, la habían limpiado recientemente. No parecía haber polvo en ningún sitio y la cocina olía como si la hubiesen fregado. Había una puerta que pensé que era un armario, pero cuando descubrí que estaba cerrada con llave entendí que probablemente conduciría al garaje.

Sin embargo, la primera planta de la casa no me interesaba tanto como la de arriba. Quería subir y encontrar la habitación que ocupaba Robert. Mientras subía por la escalera, que partía desde la zona del recibidor situada enfrente de la cocina, la casa estaba tan silenciosa que sin querer di un respingo cuando el tacón de mi mocasín resbaló y golpeó contra uno de los pulidos escalones de roble que llevaban a la segunda planta. Insisto en que aquello no era necesariamente miedo,

solo una sensación palpitante y exacerbada de ira: a eso me había reducido Robert. Nadie más, aparte de mí, intentaba encajar las piezas.

Y entonces recordé que Thom Wright volvía a Los Ángeles esa noche y mi cólera aumentó.

La segunda planta de la casa era mucho más grande de lo que parecía desde el exterior: el tejado inclinado daba la sensación de algo más acogedor, más compacto. Al llegar a lo alto de la escalera, justo enfrente, había un gran espacio vacío con persianas venecianas en las ventanas que supuse que sería el dormitorio principal, y luego recorrí un ancho pasillo enmoquetado y pasé junto a otra enorme habitación vacía, también a oscuras. Había un largo tramo de pasillo sin ninguna puerta ni habitaciones, pero de pronto me detuve delante de un cuarto de baño al fijarme en los objetos que había dentro: un bote de espuma de afeitar, una pastilla de jabón, toallas colgadas de un perchero, y cuando miré hacia la ducha vi una botella marrón de champú Vidal Sassoon, un tarro de crema Noxzema y una cuchilla de afeitar. Y luego, pasado el cuarto de baño, estaba la habitación que ocupaba Robert, situada al final del largo pasillo: un colchón tipo futón con una enorme manta gris doblada, un par de almohadas con fundas grises y un flexo en el suelo de madera al lado, todo ello bajo una ventana que daba al camino de entrada; en el alféizar había una botella vacía de 7-Up. La habitación olía a marihuana y localicé rápidamente una bolsita junto al futón: había papel de liar, una pipa de cristal y un cenicero, y unas grandes velas blancas dispuestas sobre platos de papel rodeaban el colchón, unas más derretidas que otras. En una mesita improvisada con tablones como los que había apoyados contra la fachada izquierda de la casa había una máquina de escribir y un radiocasete parecido al que tenía Robert en su dormitorio de Century City, cintas esparcidas alrededor —el *Wha'ppen* de English Beat, Was (Not Was), el *Dreamtime* de Tom Verlaine—, junto con una pequeña pila de libros de bolsillo que estábamos leyendo aquel semestre: *El guardián entre el centeno* , *En la carretera* , *Las uvas de la ira.* No había ninguna cómoda, pero vi la puerta de un armario ligeramente entornada, me acerqué y la abrí: un montón de camisetas en su mayoría negras, un par de pantalones cortos

de deporte, sandalias, dos vaqueros negros. No vi ropa interior, y de repente me pregunté si Robert nunca llevaba calzoncillos fuera del colegio y me excité un poco. Quise oler una camisa que cogí del suelo, y fue entonces cuando descubrí un número de *Penthouse* de julio y un *Hustler* de junio, y lo primero que me impactó en aquella casa de Benedict Canyon fue el tarro de vaselina que cogí y abrí: la imagen del gel surcado por sus dedos me resultó abstractamente erótica.

Luego volví a la improvisada mesa, donde había dos libretas de espiral en las que no había nada escrito. Aun así me quedé helado, porque aunque lo que descubrí en una de ellas ya me había sido revelado y no fue del todo una sorpresa, me resultó de lo más siniestro: varios artículos sobre Katherine Latchford recortados de *Los Angeles Times* , que empezaban en el verano de 1980 y desplegaban un extenso relato de lo que le había sucedido a la chica: artículos sobre su desaparición de la fiesta, sobre su vida social, su vida académica, recortes con los pormenores de las semanas durante las que se la dio por desaparecida, entrevistas con miembros de la familia y amigos, los primeros detalles sobre las misteriosas llamadas telefónicas y la reorganización del mobiliario en su dormitorio, y por último el descubrimiento del cadáver y numerosos reportajes sobre el asesinato. Había un número de *Los Angeles Magazine* de noviembre de 1980 con Ann-Margaret en portada que también traía un artículo sobre lo sucedido a Katherine Latchford. Pero no había recortes de las otras chicas: nada sobre Sarah Johnson ni Julie Selwyn ni Audrey Barbour. Cerré la libreta y observé que en la mesa había también varias llaves, una de ellas con la inscripción «CC 2802»: era la llave de la puerta del ático de Abigail Mallory en la planta veintiocho de las Century Towers. Me la guardé en el bolsillo. Y entonces pensé que estaría bien comprobar si alguna de aquellas otras llaves abría la puerta de abajo, pero ninguna funcionó, ninguna entraba en la cerradura. Volví a abrir la libreta con los recortes sobre Katherine Latchford porque algunos de ellos estaban unidos con un clip, lo saqué y desplegué un artículo a doble página mientras bajaba de nuevo las escaleras hacia la puerta cerrada que, suponía, daba al garaje. Todo ello lo hice con gestos serenos y deliberados; mi cólera se había disipado y

nada la había sustituido. Me encontraba solo en una casa abandonada al fondo de un cañón donde a veces residía un asesino, pero el miedo y el pavor que debería haber experimentado allí no pasaba de ser un embotamiento que lo permeaba todo. Deslicé el clip en la cerradura del picaporte y abrí rápidamente la puerta, que daba a un oscuro tramo de escaleras que no llevaba al garaje sino a lo que parecía un sótano, una rareza en Los Ángeles. Estaba en absoluto silencio.

Solo tuve un momento de inquietud antes de empezar a bajar, entonces palpé con una mano la pared a oscuras hasta dar con un interruptor, y de pronto una bombilla pelada se encendió en el techo al pie de la escalera.

No me fijé en nada extraño mientras bajaba muy despacio los peldaños, de hecho parecía que no le habían dado uso a aquel lugar. No era más que un cuarto vacío que olía a humedad y a una leve podredumbre. Y entonces me di cuenta de que la escalera conducía a otra puerta, aún más al fondo del sótano: tenía dos cerraduras y parecía estar cerrada a cal y canto desde dentro. Cuando me aparté de la puerta me sorprendió ver que un rinconcito del sótano se usaba como almacén: había colchonetas desinfladas, varias tablas de natación para la piscina, una escoba y una fregona. Me acerqué a una gran pared con armarios de suelo a techo. Abrí uno y al principio no comprendí lo que tenía delante. Me costó un momento determinar lo que estaba viendo. Había un enorme saco empezado de pienso para perros, como unas veinte latas de Cat Chow de Purina, una bolsa de semillas para pájaros, y luego vi en la estantería de arriba una hilera de cuencos de cristal vacíos que podían parecer muy inocentes, pero que eran, comprendí, para peces: una serie de peceras vacías alineadas. En el armario contiguo había varias jaulitas de acero para el transporte de mascotas: un perrito, un gato, una cobaya, hámsteres. Y entonces sí que me pegué un susto al darme cuenta de que algo me observaba desde un recipiente de cristal: estaba muy quieto y al principio no supe qué era, solo que estaba vivo.

Era, comprendí finalmente, una iguana dentro de un triste facsímil de lo que debía ser su hábitat natural. El suelo del terrario estaba cubierto

de arena salpicada de rocas y en una de las paredes laterales había una botellita de agua con una espita. La cara reptiliana se limitaba a mirarme fijamente, y cuando apartó la mirada recuperé por fin el aliento. De pronto se me revolvió el estómago, cerré los armarios y subí las escaleras a trompicones olvidando cerrar y echar el pestillo de la puerta que acababa de forzar. Recorrí a toda prisa el pasillo hasta el lavadero y salí corriendo de la casa dando un portazo a mis espaldas. Saqué el coche por el camino de piedra y sobre la pista de grava hasta cruzar la verja abierta. Eché el freno de mano y me bajé. Tiré de ella hasta cerrarla y entonces, cuando estaba a punto de subirme de nuevo al coche, vi un vehículo aparcado cuatro casas más abajo al otro lado de la carretera del cañón, allí parada como si esperase a alguien o se hubiera detenido antes de continuar hacia Hutton y el semáforo. Era la furgoneta de color beis.

No sé exactamente por qué lo hice, pero eché a andar hacia la furgoneta, muy despacio al principio, porque una horrible curiosidad superaba al pavor que en un primer momento se apoderó de mí, y porque también necesitaba una respuesta, y al momento eché a correr cuando vi que arrancaba y se apartaba de la acera. Le grité «¡Ey!» y corrí más deprisa por la carretera del cañón, tropecé con una rama de árbol y caí derrapando con fuerza sobre el asfalto mientras la furgoneta aceleraba por Benedict. Me raspé las palmas de las manos, los pantalones se me desgarraron por una rodilla y me la despellejé. Mientras me ponía en pie vi que la furgoneta volvía a pararse y, sin pensarlo, corrí de nuevo hacia ella, pero entonces volvió a acelerar. Y de repente dio otro frenazo, las luces rojas traseras se encendieron, el sol se reflejaba en los cristales de las puertas tintados de negro. Me di cuenta de que me había hecho más daño de lo que pensaba en la rodilla y que iba cojeando hacia la furgoneta; no había más coches circulando en uno u otro sentido por la carretera del cañón y el silencio era absoluto. Era casi como si el conductor me estuviese provocando, o como si alguien dentro de la furgoneta le estuviese dando órdenes, pensé, de burlarse de aquel entrometido, de aquel moñas, del *maricón* . Me acerqué a la furgoneta que me esperaba en la carretera, hasta que

decidió de nuevo ponerse en marcha y alejarse, pero lentamente, hasta que desapareció al girar una curva. Esperé un instante y luego volví a toda prisa a mi coche, sintiendo las palmas y la rodilla en carne viva, mientras una aplastante sensación de contrariedad me invadía: no había logrado ver el número de la matrícula. Al final pasaron unos cuantos coches cuando volvía hacia el Mercedes, y al llegar me senté y agarré con fuerza el volante para calmarme. Y entonces, absurdamente, decidí girar a la izquierda en la carretera del cañón y pisar a fondo el acelerador para intentar atrapar a la furgoneta. Pero no la encontré, recorrí todo Sunset Boulevard por encima del límite de velocidad y comprendí que la furgoneta podía haber girado en cualquiera de las numerosas carreteras que salían y serpenteaban por los cañones.

No volví a Buckley aquel día. Lo que hice fue conducir sin rumbo.

Llegué hasta Bakersfield y luego hasta Barstow, y después, no sé cómo, acabé en Lancaster; estuve conduciendo sin ningún tipo de destino ni propósito. Eché gasolina en una estación 76 de Littlerock, me lavé las palmas de las manos en el lavabo de caballeros, humedecí una toalla y me limpié la grava incrustada en la rodilla despellejada, luego fui hasta Pasadena y volví por Anaheim, y cuando llegué a Huntington se me ocurrió que podía buscar la playa de Crystal Cove y aparcar en el acantilado donde se encontró la mochila manchada de sangre de Matt Kellner y donde lo torturaron frente a una hoguera, pero no me vi capaz: ¿para qué?, ¿para qué mortificarme así? No escuché música; dentro del Mercedes el silencio era absoluto mientras asimilaba lo que había visto en Benedict Canyon y luego trataba de olvidar rápidamente lo que allí había. Conduje por la costa y cuando ya caía la noche llegué a Malibú, y pensé en pasar por casa de Jeff Taylor en Colony para comprarle hierba y Quaaludes, pero me di cuenta de que no podía hablar con nadie. No sería capaz de pronunciar palabra; una conversación, por no hablar de una transacción, me habría resultado imposible. Thousand Oaks, Simi Valley, y luego me topé con algo de tráfico en la 405 en dirección a la casa vacía de Mulholland. Para cuando llegué a casa eran casi las nueve y tenía el depósito prácticamente vacío (lo había vuelto a llenar en una gasolinera de la

carretera de la Costa del Pacífico al atardecer). Estaba exhausto y hambriento cuando entré en casa como buenamente pude. Shingy bailoteó a mi alrededor mientras abría el frigorífico y me quedé mirando dentro hasta que me eché a llorar. Me fui al dormitorio, me quité el uniforme, abrí el cajón de la mesilla, me tomé los dos Valium que me quedaban y me pasé cuarenta minutos en la ducha hasta que estuve lo suficientemente cansado como para secarme y dejarme caer en la cama, donde mi único punto de referencia era la ancha e inexpresiva cara de la iguana observándome desde un terrario en el sótano cerrado de una casa en Benedict Canyon. Aquella noche dormí mientras sonaron las seis llamadas que me hicieron a intervalos de una hora y en las que me dejaron un mensaje silencioso cada vez; cuando las escuché por la mañana costaba oír la respiración queda al otro lado de la línea.

27

Martes. Me tomé medio Quaalude antes de irme a Buckley. Entré con el coche en el aparcamiento y noté que la droga me aplacaba, iba borrando lentamente el miedo y la tristeza, la preocupación y la duda; iba a transformar a Bret en el participante tangible y prometía allanarme el paso a través de aquella jornada, que se iría diluyendo y donde todo resplandecería ante el fulgor del Quaalude. Pasé en el coche junto a Ryan Vaughn, que estaba charlando con Thom Wright, los dos junto al Corvette blanco que llevábamos sin ver una semana, y le puse cara de sorpresa; Thom me dirigió una sonrisa tensa y luego se volvió hacia Ryan. Aparqué en mi plaza y me quedé muy quieto, controlando la respiración, murmurándome que todo iría bien, hasta que me relajé lo suficiente como para afrontar la mañana: no es que el Quaalude hubiese surtido mucho efecto (normalmente tardaba unos treinta minutos, estaba a punto), pero la idea era que no tardara en darme paz y confort.

Al bajarme del coche y echarme la mochila Gucci al hombro me di cuenta de que una fila más adelante Debbie estaba charlando con Rita Lee y Tracy Goldman junto a su BMW. Ella me vio al momento y me saludó despreocupadamente con una mano sin sonreír mientras continuaba hablando, y yo la saludé con un gesto de la cabeza mientras caminaba hacia Thom. No vi el coche de Susan ni me preocupé de buscar el Porsche de Robert. Dentro de mi travelling, observé cómo Ryan le daba una palmada en la espalda a Thom y echaba a andar fuera de encuadre; aquello me habría dolido en cualquier otro momento, pero pensar en el Quaalude apoderándose de mi conciencia lo hacía todo soportable, así que sonreí mientras me acercaba. Thom tenía el pelo más ondulado de lo habitual y una ligera barba incipiente, lo que significaba que llevaba toda la semana sin afeitarse. Me dirigió una sonrisa lánguida cuando llegué a su altura. De cerca parecía cansado y más flaco.

—Bienvenido. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Has cambiado de idea y te vas a la Universidad de Massachusetts?

Thom esbozó una sonrisa forzada y negó con la cabeza.

—No —dijo en voz baja—. No creo.

Se miró el reloj y echó un vistazo al aparcamiento, distraído. Y luego volvió a mirarme. Yo sabía que estaba buscando el coche de Susan y que había estado esperándola. Eran casi las nueve y vimos que las chicas empezaban a pasar por nuestro lado cruzando el aparcamiento, lo que significaba que las clases empezarían enseguida.

—Te quedaste para ir a un partido, así que te lo estarías pasando bien.

—Yo no quería quedarme —respondió Thom—. Pero mi padre ya había comprado las entradas.

—¿Por qué no querías quedarte? —le pregunté.

Se irritó por un momento.

—Ya llevaba una semana fuera.

—¿Cómo está Lionel? —le pregunté por entablar conversación y borrar aquella distancia que nos separaba.

—Está bien, supongo —respondió sin entusiasmo. Empezó a contarme el viaje, pero de manera mecánica; le daba igual y en realidad no tenía nada que contar. Y entonces se calló como si se hubiese acordado de algo—. Anoche hablé con Susan —dijo mientras nos acercábamos a la torre del campanario—. Cuando llegué.

Había temido que pronunciase su nombre, pero sabía que era inevitable.

—¿Ah, sí? —me limité a decir.

—Me contó lo que le había pasado a Terry. Dios… pero ¿cómo pudo suceder?

Me paré.

—Thom.

Se dio la vuelta.

—¿Sí?

Me lo quedé mirando sin saber qué decir. Enseguida se preocupó.

—¿Qué pasa, tío? —me preguntó en voz baja.

—Creo que, hum… —empecé.

Tenía la sensación de que podría decir cualquier cosa. Estaba empezando a derretirme y me sentía tan distendido que podría haberle soltado toda la verdad sin más: Susan y Robert están juntos. Y casi lo hago, pero entonces nos interrumpieron. Thom levantó la mirada y yo noté una mano en el cuello, y luego Debbie me besó en la boca y le sonrió a Thom mientras Rita y Tracy pasaban de largo.

—Bienvenido —dijo.

—Ey, Debbie. —Thom ladeó la cabeza—. Te veo algo distinta…

Debbie ladeó también la cabeza, esperando.

—Es el pelo —dijo él al fin, sonriendo como satisfecho consigo mismo por haberlo descubierto, y distraído momentáneamente de sus preocupaciones—. Te queda genial.

—Gracias.

Debbie nos acompañó hasta llegar bajo el campanario, de camino a la primera clase.

—Ahora estábamos comentando lo que le pasó a tu padre —dijo Thom.

—¿Has hablado con él? —le pregunté—. ¿Has averiguado qué pasó?

—No. No se acuerda. Estaba, según sus propias palabras, ebrio y colocado. Cieguísimo. No se acuerda de nada. Ni siquiera recuerda qué hacía en el piso de arriba. —Liz y Debbie habían ido a visitarlo al hospital, cada una por su lado, el lunes por la tarde—. ¿Dónde estuviste ayer? —me preguntó por lo bajo.

Comprendí con cierto hastío que así era como Terry había decidido llevar el asunto. No le echaría la culpa a nadie, nadie lo empujó, no pensaba arrastrar a Robert Mallory al relato, que ahora se difuminaría en la nada porque solo había sido un accidente del que Terry no se acordaba.

Ignoré la pregunta de Debbie.

—¿Así que no recuerda si fue un accidente?

—¿Qué va a ser si no? ¿Por qué no iba a ser un accidente? —me preguntó ella.

—A lo mejor lo empujaron —insinué con extrema calma.

—¿Quién lo iba a empujar, Bret? —dijo Debbie con un profundo suspiro.

—A ver, solo me pregunto si de verdad se cayó o lo empujaron. Supongo que Terry no se acuerda.

—No, mi padre no se acuerda —replicó con un tono categórico que significaba: No me vuelvas a preguntar eso en tu vida.

Llegamos a los bungalows situados junto al edificio de administración y Thom se paró junto a la puerta por la que yo iba a entrar, se miró el reloj y sin decir nada se fue hacia su aula, y Debbie esperó hasta que se hubo alejado para preguntarme si me encontraba bien. Se estaba convirtiendo en su mantra, y de no ser porque estaba casi colocado podría haberle soltado algún comentario insolente y malicioso, pero el Quaalude me permitió besarle la frente y tranquilizarla. Estaba bien. No quedó muy convencida y me miró con cara de circunstancias.

—¿Qué? —le pregunté, sintiéndome completamente relajado—. ¿Qué pasa?

—¿Estás colocado? Estás colocado, ¿verdad?

—Un poco —confesé—. Me he tomado medio Quaalude antes de venir.

—¿Por qué? ¿Sigues disgustado?

—No —mentí—. Me encuentro mejor. Todo va bien.

—¿De qué hablabas con Thom?

—De nada —dije.

De pronto la presencia de Debbie luchaba por introducirse en la brumosa calidez de la droga.

Y entonces me dijo en voz baja:

—No irás a cometer alguna estupidez como contarle algo a Thom, ¿verdad?

Hice un gesto con la mano para indicarle que no tenía de qué preocuparse, le di otro beso, y luego entré como flotando en Narrativa Norteamericana y me senté en mi pupitre echando una ojeada al sitio vacío de Susan. Fui capaz de saludar con una mirada a Ryan, sacar mi ejemplar de *Matadero Cinco* y sonreír con expresión bobalicona al señor

Robbins. Cuando las campanas tañeron vi una figura tras las ventanas tintadas del aula que se apresuraba por el pasillo, y era Susan, que entró en la clase antes de que dejasen de sonar. Saludó al señor Robbins con la cabeza y se deslizó en el asiento junto al mío. Me di cuenta de que había llegado tarde adrede porque no quería ver a Thom… ni a nadie. No recuerdo haberle dicho nada ni tampoco recuerdo la siguiente clase, pero durante la asamblea el sueño amenazó con desmoronarse cuando apareció Robert Mallory, de pie en el patio junto al Pabellón, donde vi cómo Thom le daba un brevísimo abrazo de colegas. Había pensado que Thom tendría la mosca detrás de la oreja, que se habría pasado toda aquella semana atando cabos, que de algún modo sabía que Robert Mallory no era gay y que la nueva inexpresividad de Susan estaba asociada a su progresivo alejamiento de Thom, preparándose para un futuro sin él… pero por lo visto no había sido así.

Después de la asamblea, antes de Educación Física, Thom y Susan estaban bajo el asta de la bandera y por fin percibí en el relato el leve punto álgido que pronto lo alteraría todo. Estaban hablando en voz baja; en apariencia se trataba de una conversación normal, plácida incluso. Thom parecía hacerle preguntas educadas y Susan parecía responder cortésmente, y no había nada airado ni desafiante en sus actitudes. Pero solo si no conocías la historia secreta que se estaba desarrollando. Cualquiera podría pensar que se trataba de una pareja enamorada, un sueño, el atleta sensible y la belleza embotada, el cliché de instituto, que se reencuentran después de una semana separados.

Pero en las pistas Thom vino hasta donde yo estaba tumbado en las últimas gradas, su cuerpo tapándolo todo salvo el flamante cielo azul eléctrico de otoño contra el cual se recortaba. Yo estaba disfrutando de mi colocón, desconectando allí arriba del pequeño mundo verde que se extendía a mis pies, olvidando todo lo que había visto en la casa abandonada de Benedict Canyon, la furgoneta beis, el póster de los 5th Dimension en la pared del dormitorio de Debbie, y las llamadas telefónicas que tanto ella como yo estábamos recibiendo. Thom se quedó de pie ante mí, la luz a su espalda, solo una sombra, y yo me

quité las gafas de sol y levanté la mirada hacia él. Lo primero que me preguntó fue:

—¿Tú sabías que Susan fue a Palm Springs el fin de semana pasado?

No supe cómo responder a eso.

—Sí. —Me encogí de hombros—. A ver a sus abuelos. ¿No?

Thom se quedó callado. Me incorporé como pude. Él siguió allí de pie.

—No respondió a ninguna de mis llamadas —dijo en tono monocorde—. Nunca estaba en casa para contestar. Solo me devolvió una. En toda la semana.

—Pero ¿tú no estabas… viajando de aquí para allá? —conseguí preguntar.

Ignoró mis palabras.

—No me contó que pensaba irse a Palm Springs… ¿y va y se marcha el mismo día que yo me voy? No me lo contó. —Se giró y miró hacia las pistas como si buscase a Susan. Estaba en las pistas de tenis con Debbie, las dos con raquetas y gafas de sol. No vi a Robert por ninguna parte. La silueta a contraluz de Thom se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Fue con alguien? ¿Fue con Debbie?

—No creo que ella…

—¿A ti te comentó algo? —me cortó.

—No —respondí—. ¿De verdad no te dijo nada?

—¿De que pensaba ir a Palm Springs a visitar a sus abuelos? No. —Hizo una pausa—. Ella dice que sí me lo contó y que se me ha olvidado.

La ira estaba a punto de arruinar la placidez de mi colocón.

—Robert también estuvo en Palm Springs —dije, conteniéndome para no ir más allá.

Thom tenía que atar cabos por su cuenta. Jamás me perdonaría si le contase la verdad: eso me asociaría para siempre a su dolor.

—¿Robert? —preguntó—. ¿Mallory?

—Sí. Estuvo allí también ese fin de semana…

—¿Y qué? —dijo sin entender, y luego—: ¿Estuvieron juntos?

—No lo sé. Robert se alojaba en Rancho Mirage.

—¿Qué intentas decirme, Bret? —me preguntó Thom con la voz más

gélida que le había oído en mi vida.

—No creo que Robert sea gay —respondí en voz baja.

Thom no dijo nada. Se quedó allí inmóvil.

—Cómo lo sabes —dijo finalmente, sin darle entonación interrogativa.

—Thom… —empecé, ansiando de nuevo poder contarle todo lo que sabía.

Él siguió allí plantado ante mí, mirando hacia abajo, tratando de procesar lo que le estaba intentando decir: procesando no exactamente la información concreta, sino por qué parecía yo tan vacilante y perdido cuando intentaba hablarle de su novia y de Robert Mallory. La silueta que se cernía sobre mí parecía atenazada por un leve pero creciente pánico. Thom sabía que quería contarle algo que él no quería escuchar, así que al final no lo hice. Me sorprendió solo a medias que a Thom Wright le hubiese costado tanto deducir que algo andaba muy mal.

Ató cabos aquel día durante el almuerzo, y recuerdo que nunca había visto nada tan mágico como a Thom mirando fijamente en silencio a Susan y a Robert a la sombra del Pabellón, y comprender finalmente: aquella tácita revelación fue más emocionante que cualquier elaborado efecto especial. Yo quería estar solo, así que llegué pronto a la hilera de mesas y me senté dos más allá de la central: no quería que nadie interrumpiese mi colocón. Pero cuando Debbie vio dónde me había sentado se deslizó en el asiento de enfrente, seguida por Susan y Thom, que se sentaron también frente por frente; y entonces me fijé en que Thom no se había traído almuerzo, lo que sugería que algo se había descolocado o roto, que una falta de orden había emergido en el mundo de Thom; ya no le importaba nada. La conversación entre Debbie y Susan era pura cháchara, superficial; Thom y yo apenas participábamos, solo a ratos. Y entonces apareció Robert y se sentó al lado de Susan, y fue en aquel instante en que ambos se ignoraron como si nada lo que brindó a Thom el sentido que necesitaba para ayudarle a comprender algo más de lo que estaba sucediendo y ampliar el relato. Observé a Thom mientras Susan y Debbie continuaban hablando, y

aunque un par de veces trataron de incluirnos a Thom y a mí en la conversación, ignoraron por completo a Robert. Aquel fue el movimiento erróneo, la mala táctica, el elemento que hizo sospechar a Thom, la tensión resultaba demasiado obvia. Miré con atención mientras Thom tomaba nota y las expresiones de su cara fluctuaban sutilmente: era algo tan leve que apenas delataba nada, pero yo era el único que observaba a Thom fingiendo escuchar el parloteo de las chicas. Yo era el único que veía sus ojos moviéndose de Susan a Robert mientras proseguía la conversación. Yo era el único que notaba su frustración y su humillación. De hecho, en cierto momento se echó un poco hacia atrás impulsándose contra la mesa y se maldijo por lo bajo como si de pronto hubiese recordado algo que tenía que hacer después de clase. Fue un movimiento minúsculo y fui el único que lo vio, pensé cerrando los ojos un momento.

—Así que tú también estuviste en Palm Springs —dijo por fin Thom, mirando fijamente a Robert con una especie de asombro. Había interrumpido la conversación entre las chicas, que se detuvo en seco—. Hace dos fines de semana —añadió en tono calmado—. Cuando Susan estaba allí. Visitando a sus abuelos.

Robert dijo:

—Ni siquiera nos enteramos de que los dos habíamos estado allí hasta que volvimos el lunes al colegio.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó Susan a Thom con curiosidad—. De que Robert estuvo allí.

—Me lo ha contado Bret —dijo Thom mecánicamente.

Noté que Susan me miraba, pero yo seguía con la mirada clavada en Thom.

—Ah —dijo. Oí que me preguntaba—: ¿Se lo has contado tú?

La ignoré.

—¿Qué hacías allí? —preguntó Thom.

—Visitando a unos amigos —dijo Robert.

—¿Qué amigos? Pensaba que no tenías amigos. ¿Amigos de Los Ángeles? ¿A quién más conoces en Los Ángeles aparte de a nosotros?

—Amigos de la familia —respondió Robert—. Amigos de Chicago.

—¿En serio? ¿Y viven en el desierto, en Rancho Mirage, tus amigos de Chicago?

—Sí. ¿Por qué?

—No sé —dijo Thom mirando de Susan a Robert, los ojos pasando de una cara impertérrita a la otra a toda prisa—. Suena raro.

—Para nada. Raro suenas tú —le dijo Susan.

—Sí, cariño, sí que suena raro —replicó Thom—. ¿Os marcháis los dos a Palm Springs el mismo fin de semana y tú no me cuentas antes que vas a ir?

La manera de decir «¿Qué insinúas?» de Susan fue al mismo tiempo una burla espantosa y una negación ensayada. Lo más desquiciante de presenciar aquello era que, si sabías la verdad (como todos en aquella mesa excepto Thom, que solo ahora empezaba a descubrirla), aquello suponía una especie de tortura para Thom, y yo no entendía cuál era el plan de ellos, cómo iban a soltarle aquello con delicadeza, si es que siquiera tenían intención de contárselo. A lo mejor solo esperaban que él atase cabos por su cuenta sin necesidad de confirmarle nada, que se alejase de Susan sin más y se buscase a otra.

—No estoy insinuando nada —contestó Thom con aire despreocupado, encogiéndose de hombros.

—Ey, tío —dijo Robert, inclinándose hacia delante.

—Para —le espetó Thom—. En serio, para.

—Creo que solo estás cansado —dijo Susan, estirándose por encima de la mesa para cogerle la mano a Thom—. Creo que ha sido una semana muy larga para ti y que no hemos hablado y que necesitamos vernos después de clase. ¿Vale? ¿Podemos hacer eso? ¿Te parece bien?

Thom dejó de intentar apartarse de ella y cedió. No decía nada.

—¿Thom? —preguntó Susan, tratando de captar su atención—. ¿Podemos vernos después de clase, por favor?

—Tengo entrenamiento —masculló Thom.

—Después del entrenamiento —dijo Susan con un suspiro.

—Claro, cariño —respondió mecánicamente. Luego miró a Robert, cambió de opinión y se ablandó—. Ha sido una semana muy larga. Susan tiene razón. Lo siento.

Cuando Thom admitió aquello, la atmósfera de la mesa se aligeró, aunque hubiese sonado tan ensayado como las palabras de Susan. Estaba sucediendo, me dije. De verdad estaba sucediendo.

Terminé la jornada escolar sentado en el asiento del copiloto del Porsche 924 de Jeff Taylor mientras este separaba unas cuantas pastillas blancas de una bolsita de plástico y las dejaba caer en la palma de mi mano, que mostraba los arañazos que me había hecho al caerme en Benedict Canyon el día anterior, y me las metí en el bolsillo y le di cincuenta dólares. El coche apestaba a maría, el olor se había adherido a la tapicería y al salpicadero, y Jeff tenía la piel bronceada de hacer surf y el pelo decolorado por el sol, y yo todavía estaba colocado por el medio Quaalude que me había tomado —150 miligramos podían durarme como ocho o diez horas, pero quería asegurarme de tener provisiones suficientes por si acaso sufría otro ataque de ansiedad—, los BusBoys cantaban «Did You See Me?» y se me ocurrió que tenía que decirle a Jeff que no tomaba los Quaaludes con fines recreativos. Por algún motivo, aquella tarde sentí la necesidad de trasladarle aquello a Jeff: los necesitaba para capear el temporal, nada más, ¿lo entendía?, ¿éramos amigos o no?

—No me importa, colega —dijo Jeff de buen rollo—. Tú haz lo que te vaya bien.

Miré por el parabrisas y vi a Robert caminando solo hacia el Porsche negro, con un montón de libros bajo el brazo, y subiéndose sin más sin mirar a su alrededor.

—He oído que os han invitado a Tracy y a ti a la cena de cumpleaños de Robert —le dije, sintiendo una frialdad, una gelidez oscura, que se extendía sobre la soleada calidez creada por la droga.

—Sí —contestó Jeff dubitativo, cerrando la bolsita y estirándose sobre mi regazo para devolverla a la guantera—. No sé si vamos a ir. —Y aclaró—: Por lo menos yo no voy a ir.

—¿Por qué no?

—Toda esta situación me está dando muy mal rollo —dijo Jeff sin precisar más.

—¿Qué situación?

—¿No te has dado cuenta? —me preguntó.

—¿De qué?

—¿De lo que se traen Robert y Susan entre manos? —Me miró.

—Ah, eso —dije, bastante sorprendido de que Jeff hubiese prestado la suficiente atención para detectar aquello.

—Hasta que no aclaren la cosa, o por lo menos hasta que no le cuenten a Thom lo que sea que estén haciendo, yo me quedo al margen —dijo, y luego me preguntó—: ¿Tú sabes lo que está pasando?

—No, no lo sé. O sea, sí, claro, saberlo, sí, cómo no —respondí, mirando cómo el Porsche de Robert salía del aparcamiento y preguntándome si se dirigiría a Century City o a la casa abandonada de Benedict Canyon.

Me bajé del coche de Jeff, me encaminé como flotando hacia el Mercedes y puse rumbo a casa. Hacia las tres y media estaba entrando en el garaje.

Lo que me despertó fue el teléfono. Cuando eché una mirada con los ojos entrecerrados al reloj vi que eran las nueve de la noche y que el cuarto estaba por completo a oscuras. Recordé vagamente el trayecto a casa desde Buckley y un chapuzón en la piscina después de quitarme el uniforme. Nadé en el agua fría, lo cual aumentó la sensación que me proporcionaba el Quaalude, y recordé que luego había intentado hacer un poco de ejercicio en mi gimnasio improvisado, algo que había estado haciendo con regularidad porque me ayudaba a mantener el miedo a raya, flexiones y bíceps con mancuernas, así que ahora empezaba a tener músculos, a notarlos más definidos. Pero una oleada de agotamiento se había apoderado de mí y recordaba haberme tumbado a descansar —algo que nunca hacía durante el día— y quedarme dormido durante lo que terminaron siendo horas. No reconocí la voz que salía del contestador automático.

—Bret. Cógelo. Bret. Cógelo.

Era un hombre, y al principio pensé que era mi padre llamando desde algún país lejano al otro lado del charco, así que alargué el brazo para coger el teléfono y desenrollé como pude el cable mientras me sentaba en la cama.

—¿Diga?

—Bret. Soy Terry.

—Ey, Terry —dije, entreabriendo los ojos en la oscuridad de la habitación.

Los vientos de Santa Ana se habían reanudado y aullaban suavemente por el patio trasero. Encendí el flexo junto a la cama, y de pronto el resto del cuarto pareció aún más oscuro.

—Necesito que me hagas un favor —dijo.

—¿Dónde estás? —le pregunté, confuso.

—Estoy en el Cedars —respondió—. Me han trasladado hoy. Mira, necesito que hagas algo por mí. Es importante.

—Vale —dije indeciso—. ¿De… de qué se trata?

—Necesito que vayas a Malibú. —Su voz sonaba tensa, ligeramente desesperada.

—¿Qué hora es?

Sabía qué hora era, pero necesitaba reorientarme después de la siesta inducida por la droga.

—No lo sé. Las nueve, creo.

—¿Qué pasa, Terry?

De pronto sentí miedo por mí. Desde un principio pensé que aquello tenía que ver conmigo, o con lo que había sucedido entre nosotros dos semanas atrás en el bungalow del Beverly Hills Hotel: ¿por qué si no iba a llamarme Terry Schaffer un martes a las nueve de la noche?

—Le ha pasado algo al puñetero caballo en los establos —dijo Terry.

Tardé un momento en comprender. Pronuncié el nombre del caballo:

—Spirit.

—Sí —dijo Terry con un suspiro—. Mira, habría mandado a Steve, pero ha salido para Nueva York esta mañana —explicó, refiriéndose a Steven Reinhardt—. No está y…

—No puedo ir, Terry. Son las nueve. —Hice una pausa—. Mañana hay clase —añadí débilmente.

—Ahora mismo Connie Myerson está yendo para allá. Es la dueña de los establos. Te espera allí…

—¿Qué ha sucedido? —lo interrumpí.

Volvió a suspirar.

—Hace un rato un vigilante estaba haciendo la ronda y se ve que algo le ha pasado al caballo. No sé el qué. No me lo han contado. Se ha hecho daño, ha tenido un accidente, no lo sé… Solo me han dicho que algo le ha pasado y que alguien tiene que presentarse allí para confirmar no sé qué para la póliza de seguros. —Terry hizo una pausa —. Mira, necesito que vayas y me cuentes qué ha pasado. Que me hagas de testigo. Ya le he dicho a Connie Myerson que te enviaba para allí.

—Terry… —empecé.

—Necesito saber qué le ha pasado al caballo, Bret —insistió—. Aquello está considerado ahora como escena del crimen, pero no me van a contar lo sucedido por teléfono.

Me levanté de la cama y me quedé allí desnudo con las piernas temblando. El miedo de Terry me había despejado la cabeza y estaba dispuesto a obedecerle, así que empecé a vestirme automáticamente, recogiendo del suelo los calzoncillos y luego el uniforme que había llevado todo el día.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —le pregunté.

—No debería llevarte más de un par de horas, y no sabes cuánto te lo agradeceré. Ve a los establos, entérate de qué le ha pasado al caballo, luego me llamas y ya te puedes volver a casa. —Repitió—: Te lo agradeceré muchísimo. Y podemos hablar del guion que quieres escribir. He estado dándole vueltas.

Yo sostenía el teléfono entre el cuello y el hombro mientras me subía los pantalones grises y me agachaba para recoger la camisa blanca.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Sí, sí —respondió con prisa.

—Genial. Vale.

—Debbie no tiene por qué saber nada aún, y prefiero que siga siendo así hasta que me entere de lo que ha pasado. Quiero que me llames directamente desde los establos y me informes. Así de simple. Te deberé un favor.

Suspiré y metí los pies en los mocasines que había llevado al colegio.

—¿Sabes dónde están los establos Windover? —me preguntó.

—Sí, me acuerdo —murmuré.

—Y llámame en cuanto sepas algo. Tienen el número para avisarme aquí. Connie lo tiene.

Fui por Mulholland hasta la 405, recorrí la autopista bien iluminada a través del oscuro paso de Sepulveda hasta llegar a la 10, y giré a la derecha y avancé por los carriles vacíos que desembocan en la carretera de la Costa del Pacífico. Eso sería más rápido que tomar Sunset hasta la playa, que era el camino que prefería normalmente cuando iba a Malibú y el que tomaría probablemente cuando volviese a casa después de ver a Spirit y salir de los establos. Pasé por delante del Jonathan Club y aceleré por la costa dejando atrás farolas a toda velocidad hasta llegar a Malibú; los vientos de Santa Ana soplaban a rachas y el océano a mi izquierda ondulaba con vida propia bajo una enorme luna naranja. Cuando me acercaba al giro hacia los establos Windover, el escaso tráfico ya era prácticamente nulo, solo se veían faros remotos pasando lentamente costa abajo, solo oscuridad en la lejanía reflejada en el retrovisor. La carretera que conducía a los establos no estaba iluminada, así que dependía de las luces largas para guiar el Mercedes por la serpenteante cuesta de la ladera hasta el aparcamiento, donde había dos coches patrulla de la policía de Malibú, una furgoneta de los establos y un Volvo familiar estacionados delante de la oficina de recepción. Dejé el Mercedes junto a uno de los coches de policía. El viento doblaba los árboles que bordeaban el camino detrás de la recepción en dirección hacia los establos, luego remitió y enseguida volvió a arreciar elevándose hacia el cielo. Abrí las puertas de la oficina.

Una mujer de cincuenta y pocos, elegante aunque un tanto demacrada, fumaba un cigarrillo mientras hablaba en voz baja por teléfono, ataviada con un largo abrigo de lana y un pañuelo de cabeza floreado. Detrás de ella había dos agentes de policía conversando entre ellos junto a una mesa donde un guardia de seguridad estaba sentado con los brazos apoyados en las rodillas, pálido, en shock, y los agentes también estaban demudados, hablando en un murmullo casi inaudible. La

atmósfera que rodeaba el relato de lo sucedido a Spirit cambió de pronto para mí al verme dentro de aquella oficina. La situación era más grave de lo que pensaba. No parecía haber ningún tipo de prisa por ocuparse del caballo, por tratar de curarlo o encargarse de él. Parecía que algo ya había concluido por sí solo. No había accidente, no había heridas, no había ninguna vida que salvar. Los cuatro advirtieron mi llegada, pero nadie me dijo nada. Connie le contaba a su interlocutor al otro lado de la línea «los problemas» con la secta en Venice y luego en Santa Mónica, los incidentes que habían estado produciéndose por toda la costa; no dijo el nombre, pero supe que se refería a los Jinetes del Más Allá. Connie Myerson colgó el teléfono y me miró con gesto cansado.

—Soy Bret Ellis —dije—. Me envía Terry Schaffer.

Connie asintió e hizo una seña hacia los agentes.

—Ellos te llevarán a los establos, luego vuelves y llamas a Terry desde aquí —dijo en voz baja.

Seguí a los dos agentes en la oscuridad, sus linternas iluminándonos por el sendero arbolado, el viento arreciando y disminuyendo en patrones rítmicos, hasta que llegamos a las escaleras que llevaban al ruedo a oscuras y, más allá, las caballerizas iluminadas tras las cuales se alzaba un bosque cuyos árboles bloqueaban la visión de la autopista, y solo se veía la luna naranja entre las ramas negras que rodeaban el recinto. Allí había otro agente junto a una gran estructura a rayas verdes y blancas, un establo, que sostenía un walkie-talkie junto a la boca y que bajó al ver a los otros policías acercarse conmigo detrás. Sentí un súbito arranque de miedo cuando vi su semblante descompuesto. Ninguno de los hombres dijo nada, se limitaron a saludarse con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Nadie respondió. Uno de los agentes me hizo señas para que lo siguiera al interior: me fijé en lo siniestramente silencioso que estaba todo al entrar. El suelo del establo era de tierra, iluminado por fluorescentes, y el policía se detuvo ante una puerta con la mitad superior medio abierta; ahora oí un zumbido dentro. El agente entró y

me hizo un gesto con la mano. Una vez más, significaba que lo siguiese. Nos adentramos en la zona que quedaba a oscuras. Encendió las luces. El suelo estaba cubierto de heno y había algunas balas apiladas contra la pared. El espacio en el que entramos era donde guardaban a Spirit y conducía hasta una valla a la altura del hombro, tras la cual se encontraba el espacio central abierto del establo, rodeado por otras cuadras privadas, todas cerradas; nosotros habíamos accedido por una puerta lateral. Había dos grandes ventiladores de techo en marcha sobre un bulto enorme tapado con lo que parecía una lona impermeable de color beis. Estaba manchada de sangre.

—¿Por qué están encendidos los ventiladores? —pregunté tragando saliva, confuso.

—Para evitar que vengan insectos y murciélagos —respondió el agente, agachándose para arrancar la lona de encima del bulto.

Al principio no entendí lo que tenía delante. Pero era el caballo. Era Spirit. Estaba por así decirlo sentado, apoyado contra la pared, con las patas traseras abiertas, las pezuñas de las delanteras colgándole sobre el pecho, y el pelaje húmedo de sangre reciente por todas partes, aunque solo parecía haber cortes en dos o tres sitios; el más llamativo era un gran tajo de color rosa intenso en el punto donde habían destripado al animal; le habían abierto la barriga en canal y de ella se desparramaba un amasijo de entrañas azules y moradas. Bajé la vista y vi por fin el charco de sangre que llegaba hasta donde me encontraba yo; no lo había advertido al entrar. Volví a mirar al caballo. Le habían cortado las orejas, le habían sacado la lengua de la garganta a tirones y le colgaba desenrollada por el pecho, igual que al gato Alex. Le habían obligado a mantener los ojos abiertos con lo que parecían ser clavos gigantes, de modo que el caballo parecía sorprendido de lo que le había ocurrido. Cuando volví a mirar el suelo vi una enorme serpiente rosada y reluciente entre las patas traseras, y comprendí que se trataba del pene del animal, que le habían desprendido totalmente del cuerpo. Me fijé en que habían aparecido de la nada unos pequeños murciélagos plateados que revoloteaban entre los ventiladores en dirección al caballo, y que algunos se habían posado y trepaban por el cadáver

luchando contra el viento artificial. El agente los espantó con una escoba y me preguntó con prisas:

—¿Suficiente?

Asentí anonadado.

Entonces echó la lona por encima del cadáver del caballo, gruñendo por el esfuerzo. Levanté la mirada y vi que varios murciélagos habían ido cubriendo el techo, a la espera.

De vuelta a la oficina llamé a Terry a su habitación privada del Cedars y traté de describirle lo que había visto hasta que me dijo que parase, que no necesitaba oír más. Me pidió que le pasase el teléfono a Connie, que me lo quitó de la mano y me dio la espalda. Después de colgar, me entregó un documento en un portafolios para que lo firmase. Lo firmé aturdido sin saber qué era y comprendí que ya no me necesitaban allí, así que me fui como pude en dirección a los coches aparcados. Solo cuando me subí al Mercedes, después de que se disipara la conmoción inicial, me di cuenta horrorizado de que alguien había tenido que perpetrar aquello. Si había sido el Arrastrero o los Jinetes del Más Allá, daba igual: *alguien* había sentido la necesidad de adentrarse en el recinto de los establos aquel martes de noviembre por la noche, escoger al caballo de Debbie Schaffer, matarlo y mutilarlo. Conduje por Sunset a través de las colinas y cañones a oscuras, la luna naranja siempre visible entre las ramas de los árboles, sin poder parar de estremecerme y sollozar ruidosamente. Mi única sensación era el miedo. Sabía que todo se estaba acercando a su fin y que la paranoia que había estado vibrando sordamente a nuestro alrededor ahora brotaba por todas partes. Al llegar a la casa de Mulholland tuve la certeza de que alguien había entrado y había cambiado de sitio las toallas de mi cuarto de baño, aunque no tenía pruebas de ello ni me acordaba de cómo estaban colocadas. Me aseguré de que todas las puertas estaban cerradas, como siempre hacía. Me aseguré de que el cuchillo de carnicero estaba en el cajón de mi mesilla. Me aseguré de que Shingy dormía a mi lado, para que pudiera avisarme con sus ladridos cuando el intruso del pasamontañas entrase en mi cuarto con los ojos desquiciados de locura.

Debbie no se presentó en el colegio el miércoles, y nadie aparte de mí, ni siquiera Susan, sabía aún el porqué.

28

El miércoles por la mañana Terry llamó a su hija antes de que saliese de Stone Canyon para el colegio y le pidió si podía ir a verlo al Cedars-Sinai; le dijo que era muy importante. Iba a someterse a una segunda operación ese mismo día y quería hablar con ella antes. Debbie llegó a la habitación privada y Terry le contó que le había sucedido algo a Spirit: no le dijo que el caballo había sido mutilado, sino que tenía una «anomalía coronaria» que no había sido detectada previamente y que había provocado que la noche anterior sufriera un grave infarto, y que Mike Stevens, el veterinario que supervisaba a Spirit, se había visto obligado a sacrificarlo. No se hizo ninguna mención a la secta de los Jinetes del Más Allá, que la oficina del sheriff de Malibú consideraba responsable de la muerte del caballo, aunque se mantuvo en secreto por insistencia de Terry, y tampoco se mencionó ni se emitió ningún aviso de que aquello pudiese ser obra del Arrastrero. Según me explicaría luego Terry esa misma semana, Debbie se quedó en estado de shock, como si no creyese a su padre (ella se había pensado que le iba a contar que se separaba de su madre), y se marchó del hospital furiosa. En lugar de dirigirse a Buckley condujo hasta Malibú, y al llegar a los establos fue a ver directamente a Connie Myerson, que trató de calmarla con evasivas y mentiras. Debbie corrió por el sendero y pasó junto al ruedo de entrenamiento hasta llegar a las cuadras, pero como era lógico ya se habían llevado a Spirit: Terry se aseguró de que actuasen con la mayor rapidez posible cuando se enteró de lo que le habían hecho al animal. Mike Stevens se había encargado de que el martes a medianoche un camión entrara por la parte trasera de los establos y entre tres agentes de policía y dos ayudantes de la clínica veterinaria subieron al caballo en una carretilla elevadora y lo llevaron al crematorio, y lavaron la cuadra a fondo con lejía. Se hicieron fotos para el seguro, pero nadie salvo aquel pequeño grupo de testigos de la noche del martes vio lo que le había sucedido al caballo. Yo incluido. A

fin de poder sobrellevar el miércoles, fingí que aquello no era real, lo *oculté* . Aquel día no fui al colegio.

Cuando Susan volvió de Buckley y escuchó los mensajes angustiados y sin sentido que Debbie le había dejado en el contestador, fue a Bel Air y se encontró a Debbie sentada en su cama a oscuras, borracha y en biquini; sin parar de llorar le dijo a Susan que nadie quería contarle lo que había pasado en realidad y que había estado llamando sin parar a Mike Stevens, el veterinario de Spirit, y que cuando este por fin le respondió le confirmó lo que Terry le había explicado en el Cedars-Sinai esa mañana, pero «¡Todos me están mintiendo!», dijo entre sollozos aunque no tenía ninguna prueba, y Susan siguió tratando de calmarla y le preguntó que por qué iban a mentirle en eso, ¿qué sentido tenía? Finalmente Debbie acabó quedándose dormida, exhausta de dolor, y eran las seis cuando Susan volvió a North Canon Drive. El error que cometió después de hablar con Debbie Schaffer el miércoles por la noche: Susan se fue al apartamento de Robert en Century City en lugar de ir a la casa de Thom Wright en North Hillcrest. Esa fue la decisión que hizo que el relato de Thom diera un importante salto hacia delante. Aquella simple decisión contribuyó a acelerarlo todo. Thom se enteró cuando a las siete volvió a casa del entrenamiento y llamó inmediatamente a Susan, pero fue Gayle Reynolds quien le contestó, y como ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando entre Robert y su hija, le dijo, con toda inocencia, que Susan había ido a ver a Robert. Thom mantuvo la calma, luego colgó con brusquedad y me llamó a mí, pero para entonces yo ya había desconectado el contestador y había bajado el volumen al teléfono para que apenas pudiera oírse. Lo había hecho por las llamadas silenciosas. Y porque no podía hablar con Thom.

El jueves Debbie tampoco fue al colegio. Pero yo sí.

Aquel jueves todo daba la sensación de ser como un sueño, una película muda reproducida a cámara lenta que iba sobre evasión y desesperación opresiva y secretos, y todo ello conducía a una trampa imprecisa, y todos éramos conscientes de que vivíamos en la misma película aunque deseáramos distintos desenlaces. Susan llegó tarde para

no tener que enfrentarse a Thom, quien esperaba que Robert o ella llegaran al aparcamiento, y yo esperé con él en silencio aquella mañana de jueves: Thom estaba demasiado furioso y turbado como para mantener una conversación, y se paseaba nervioso junto al banco bajo el campanario, mirando con expresión desabrida hacia el aparcamiento que se iba llenando. No supe qué pasaba hasta que al final me contó que la noche anterior había estado llamando a Susan un montón de veces sin que ella le respondiese, y que estuvo a punto de ir a la casa de Canon pero que se calmó y trató de concentrarse en los deberes, aunque apenas había dormido: se le veía hecho polvo. Cuando se hizo evidente que ni Susan ni Robert iban a llegar antes de las nueve, nos encaminamos hacia nuestras clases y dijimos que nos veríamos en la asamblea. Parecía exhausto. Yo había dormido gracias a la ayuda de medio Quaalude y me limité a tratar de mantener la compostura. Susan llegó a las nueve y cinco a la clase del señor Robbins y se sentó sin decirme nada. Y poco después vi pasar a Robert por las ventanas tintadas de verde del aula y comprendí que habían venido juntos.

Thom y Susan mantuvieron una tensa conversación después de la primera clase del día: Thom ya la estaba esperando en la puerta de Narrativa Norteamericana y yo me alejé apresuradamente de ellos y me afané en mi taquilla mientras Ryan Vaughn me ignoraba. Durante la asamblea el doctor Croft, plantado tras el micrófono junto a Susan, escrutó la multitud y, mientras hablaba, sus ojos se posaron fugazmente en mí y se demoraron un instante, antes de continuar paseando la mirada entre los alumnos: un recordatorio de la demencial entrevista que yo había forzado el lunes en su despacho. Robert se encontraba algo apartado de la multitud, a lo lejos, en los escalones que llevaban al patio, donde apenas se le veía. No fui a las pistas de Gilley pero aquel día Educación Física no era mixta, de modo que Thom y Susan no volvieron a verse hasta la hora del almuerzo, y entonces fue cuando Thom, Susan, Robert y yo nos sentamos en la mesa central; era como si el resto de gente nos evitara, el mal ambiente que Jeff Taylor había percibido se extendía por todas partes. Estábamos fingiendo que todo iba bien cuando obviamente no era así, y yo sabía que algo estaba a

punto de resquebrajarse y además lo deseaba: necesitábamos liberarnos de la asfixia de la situación, necesitábamos poner las cartas sobre la mesa, la pantomima se había acabado convirtiendo en un obstáculo. Susan estaba hablando del caballo de Debbie pero, teniendo en cuenta la tensión existente entre Robert y Thom, ellos apenas le prestaban atención. Yo no conté que había visto lo que le ocurrió a Spirit porque el martes por la noche estuve en los establos Windover, ni que quienquiera que hubiese matado al caballo le había metido clavos en la cara al animal para mantenerle los ojos abiertos, que sobresalían de su cabeza imitando una expresión de exagerada sorpresa. Asentí a lo que decía Susan y le seguí la corriente con lo de la anomalía coronaria y el infarto.

Y después Robert nos dijo que había cancelado su cena de cumpleaños en Le Dome: Ryan se había rajado, Tracy y Jeff también, y Debbie no iba a venir. Sin embargo, nos propuso que cenásemos los cuatro esa noche.

—Quedamos nosotros y hablamos —añadió.

—¿Hablar de qué? —preguntó Thom, súbitamente reanimado por la propuesta.

Me fijé en que no se estaba comiendo su almuerzo. Lo había desplegado frente a él, pero no lo tocaba. Se limitó a mirar fijamente a Robert con curiosidad. Y había que estar ciego para no darse cuenta desde el primer momento de que era una mala idea sentarnos juntos los cuatro en la mesa central a la sombra del Pabellón.

—Creo que tenemos que aclarar las cosas sobre algunos asuntos —dijo Robert, vacilante.

—¿Aclarar las cosas sobre qué? —preguntó Thom en tono paciente—. ¿Qué asuntos?

—Creo que tenemos que hablar de algunas cosas —dijo Robert.

Thom se quedó meditando, o lo fingió, mientras Susan lo miraba con aire taciturno.

—Puede que tenga razón —dije, más a Thom que a ningún otro—. Tal vez deberíamos hacerlo.

—¿Por qué no hablamos aquí y ya está? —dijo Thom con voz

calmada. Miró a Susan—. No quiero salir a cenar. —Y luego—: ¿Por qué esperar?

—Thom, venga —dijo Susan.

—No, en serio, ¿por qué no hablamos aquí y ya está? ¿De qué queréis hablar?

Susan reconoció la hostilidad en el tono de Thom y se removió en el banco con aprensión. Estaba sucediendo, pensé. De verdad estaba sucediendo.

—Vale, bien… —empezó Robert—. Creo que ha habido algún, hum… malentendido sobre mí que no es del todo veraz… —Se calló, miró hacia donde yo estaba sentado y luego su mirada se posó con tranquilidad en Thom, que seguía muy quieto con los ojos clavados en él—. Y creo que deberías decirme qué se te está pasando por la cabeza y que seas sincero en lugar de…

—Desde que he vuelto mi novia ha estado intentando convencerme de que deberíamos dejarlo por un tiempo —dijo Thom como si Susan no estuviera presente—. Pero no me dice por qué. Me da motivos vagos: necesita encontrar su propio espacio, quiere pasar su último año por su cuenta y no en pareja. Y yo no hago más que preguntarle por qué, ¿por qué es tan infeliz, por qué está tan distante?, y ella insiste en que no es infeliz pero que deberíamos ser solo amigos, así que he tenido que preguntarle, aunque no creía que fuera posible, si había otra persona. —Thom hizo una pausa—. Me ha dicho que no, pero no la creo. No me creo que no haya otra persona.

Robert asintió.

—¿A qué te refieres con otra persona?

—Tú —salté yo de pronto; se había vuelto insoportable continuar con aquellas evasivas—. Tú —repetí simplemente y sin ningún rencor—. ¿Por qué no lo admitís y acabamos ya con esto?

Susan me miró con una frialdad que jamás había experimentado viniendo de ella. Yo estaba furioso pero contenido.

—¿Qué? ¿Pasa algo, Susan? —pregunté.

Thom permanecía sentado muy quieto.

—Bueno —dijo Robert—, no ha pasado nada entre nosotros.

—Eso es mentira —dije yo.

—Bret… —me advirtió Susan.

—Es mentira.

—Así que lo admitís —dijo Thom de pronto.

Hablábamos todos en voz muy baja para que nadie que estuviera cerca pudiera oírnos, pero el mal ambiente era más que patente, y eché una ojeada alrededor para ver si alguien había advertido cómo aumentaba la tensión en la mesa central. Y entonces me sobresaltó ver a Ryan mirándonos fijamente, mientras el resto de su mesa o bien fingía que no estaba pasando nada o bien ignoraba realmente la situación.

—¿Queréis hacer esto aquí para que no monte una escenita delante de todo el mundo? —Thom miraba a Susan—. ¿No preferís que lo hablemos en privado? —En su tono había un leve deje asqueado.

—¿Por qué vas a montar una escenita? —preguntó ella—. Solo estamos hablando, Thom, joder.

Miré a Thom, lo tenía al lado, de perfil. Sonreía, pero la suya era una sonrisa mecánica y falsa… terrorífica. No quería expresar vergüenza ni debilidad, así que permanecía muy quieto.

—No voy a montar una escenita —dijo sin levantar la voz—. Pero pensaba que eras mi amigo. —Se lo dijo a Robert. Y luego miró a Susan —. Los dos.

—Nunca ha sido tu amigo, Thom —dije yo—. No ha sido amigo de nadie.

—¿A ti qué te pasa? —me preguntó Robert.

—A mí no me pasa nada. Eres un mentiroso y un pirado —dije, incapaz de controlarme.

—Si tú lo dices, Bret. —Suspiró exageradamente—. Le dijo la sartén al cazo.

—Ir a ver a Croft para decirle que yo tenía algo que ver con la muerte de Matt es bastante rastrero… —empecé.

—Yo no fui a ver a nadie —me cortó Robert, hablando por encima de mí—. Me llamaron…

—Y tú quisiste implicarme…

—Te implicaste tú solito —dijo él—. Déjalo ya, Bret. —Y entonces activé algo en él—. Cállate la puta boca.

Susan le puso una mano en la muñeca. Thom se dio cuenta.

—¿Quieres que le cuente a Thom lo tuyo con Matt? —me preguntó Robert.

Sin girarme, advertí que ahora Thom me miraba a mí.

—Bueno, ¿y tú quieres que le cuente lo que le hiciste a Matt? ¿Y lo de la cinta que grabaste en Crystal Cove? ¿Y que saliste con Katherine Latchford? —Me giré hacia Thom y luego hacia Susan—. Fue la primera víctima del Arrastrero y este puto pirado salió con ella. Y a saber qué más hizo, el muy cabrón. —Su presencia me asqueaba, pero hablé en voz baja y calmada.

Nadie dijo nada hasta que Robert preguntó:

—¿A qué conclusión crees estar llegando? ¿Te estás inventando una especie de historia sobre mí? —Su semblante era una mueca confusa—. ¿Es eso? ¿Estás inventándote una historia sobre mí?

—Lo sé todo sobre ti. Eres un puto engendro.

—Bret, para ya —dijo Susan con dureza, pero solo alzando ligeramente la voz.

De pronto nos interrumpió Thom, inclinándose sobre la mesa hacia Robert.

—Llegaste aquí, te acogimos, pensé que éramos amigos, te incluimos en nuestro grupo, te salvamos el culo de un estúpido ataque en el que podrías haberte ahogado, y todos estábamos al tanto de tu pasado, y te escuché, y me compadecí de lo de ese supuesto acosador tuyo, esa persona que te sigue por todas partes, ¿y me haces esto? —Thom tragó saliva y se echó de nuevo hacia atrás—. Te estás tirando a mi novia.

Robert y Susan se inclinaron de inmediato hacia Thom y empezaron a susurrar los dos a la vez:

—Eso no es verdad, no hemos hecho nada, para ya, eso no es verdad.

—¿No pasaste la noche del sábado con él? —le pregunté a Susan en tono acusatorio.

—No —respondió ella.

—Es que no te creo, tío —le estaba diciendo Thom a Robert.

Robert se levantó, metió su almuerzo en una bolsa de papel marrón y simplemente se fue a otra mesa, donde sonrió forzadamente y se sentó junto a Ryan Vaughn, que se apartó para dejarle sitio. Robert trató de que su acto pareciese natural, como si hubiese decidido cambiar de mesa sin más, pero tenía que haber un motivo, y todos fueron conscientes de que había pasado algo entre nosotros: una confirmación del drama callado que había tenido lugar. Vi que Jeff me miraba y articulaba en silencio: «¿Qué ha pasado?», y me di la vuelta.

—Se acabó —dijo Susan—. No quiero seguir contigo. Hemos roto. —Hablaba en voz baja pero estaba furiosa; nunca la había visto tan enfurecida.

—Lo sé —dijo Thom estoicamente—. Ya te puedes largar.

—Perfecto —dijo ella, saliéndose de la mesa—. Déjame en paz por un tiempo y no me llames.

Bajó los escalones hacia el patio y se marchó dejándonos a Thom y a mí sentados en la mesa central. Me sentía tan abochornado por Thom que me quedé inmóvil sin saber qué decir. Cuando intentó guardar de nuevo el almuerzo intacto en la bolsa le temblaban las manos. Respiraba pausadamente, pero cuando de pronto me miró tenía lágrimas en los ojos que logró controlar hasta que ya no pudo más, se levantó sin coger su mochila de la mesa y corrió hacia los lavabos del vestíbulo del Pabellón; no volvió en todo el almuerzo. Me quedé solo en la mesa y me di cuenta de que aquel era el último acto. Pronto todo habría acabado. Nadie de las otras mesas de último año vino a preguntarme qué había pasado.

No vi a Thom durante el resto del día, hasta el final de las clases, cuando lo encontré en el aparcamiento sentado en su Corvette, llorando, y me acerqué con cautela hasta que advirtió mi presencia y levantó la mirada. Me agaché junto al asiento del conductor, Thom se recompuso y luego bajó la ventanilla. Se limpió la cara húmeda y enrojecida con el dorso de la mano y sacó un Kleenex para sonarse la nariz.

—Tengo entrenamiento en quince minutos —dijo con dificultad, a punto de echarse a llorar de nuevo—. No sé si voy a ser capaz.

Yo asentí y experimenté una necesidad abrumadora de consolarlo, de acariciarle la mandíbula, de pasar los dedos entre su pelo y decirle que todo iría bien, y besarnos, nuestros labios rozándose, yo estaría allí para él, él podía estar conmigo, yo jamás dejaría a Thom por otra persona.

En vez de eso, lo que hice fue decir:

—Tenemos que hacer algo con Robert.

No volví a la casa de Mulholland. Recorrí los cañones, atravesé Century City y luego me dirigí hacia Westwood, donde deambulé sin rumbo hasta el atardecer y compré una entrada para *Shock Treatment* . Era la única persona en la sala y no pude concentrarme en la película porque todo se desmoronaba a nuestro alrededor; aquellos estridentes números musicales satíricos activaron mi miedo: el absurdo artificial de la película lo volvía todo tan insoportable que me costaba mirar. Cuando acabó, crucé Wilshire Boulevard hasta un bar de sushi, me senté en la barra y pedí sake con mi carnet falso y un California roll, pero no tenía hambre. Achispado por el sake, me puse a dar vueltas con el coche: llegué hasta la playa de Venice y luego atravesé Culver City y pronto los rascacielos del centro quedaron a lo lejos y en cuestión de segundos parecía que estaba en South Figueroa, pasando por delante del Bonaventure Hotel mientras en mi reproductor sonaba sin parar «Nowhere Girl». Estaba en la autopista y caí aturdido en la cuenta de que estaba surcando a toda velocidad el paso de Cahuenga cuando vi la Cruz de Hollywood encendida sobre el Ford Amfitheatre y me vi acelerando por la 101, dejando atrás Burbank, Studio City, luego Sherman Oaks, Encino y Tarzana, hasta que llegué a Woodland Hills, donde crucé el aparcamiento ya vacío del Promenade, el lugar donde había desaparecido Audrey Barbour, y traté de imaginarme aquella noche: ¿una chica que entra en el Porsche de un chico guapo, o fue la furgoneta beis la que empezó a circular muy despacio a su lado? El aparcamiento era fantasmal y estaba jalonado de farolas de sodio que iluminaban espacios vacíos, y yo me estaba quedando sin gasolina y reposté en una estación 76 de Ventura Boulevard. Pensé en pasar por delante de la casa de los Kellner en Haskell Avenue, pero eran casi las

diez y me di cuenta de que la noche estaba pasando como en una bruma borrosa.

En Mulholland aparqué el coche en el garaje y me aseguré de cerrarlo bien todo. Entré en el pasillo y sentí un gran alivio al ver que Rosa se había dejado las luces encendidas: no me veía capaz de moverme por una casa a oscuras. Todo estaba en silencio cuando entré en la cocina. Ansiaba la sedación del Quaalude y sabía que necesitaría tomarme uno, y fumar hierba, para poder dormir algo. Necesitaba superar el viernes y luego refugiarme en el propio fin de semana. Recorrí el pasillo hacia mi dormitorio, inquieto por lo silencioso que estaba todo.

Me detuve tras abrir la puerta y me quedé allí parado, confuso ante lo que estaba viendo.

Desplegados sobre la cama pulcramente hecha estaban los calzoncillos que me llevé de casa de Matt Kellner, con la cinta Maxell encima.

En ese momento caí en la cuenta de que no había visto a Shingy, miré por el cuarto y lo llamé por su nombre.

Y en el instante en que estaba pensando «¿Por qué iba a dejar Rosa las luces encendidas?», de repente sonó el teléfono y pegué un grito.

Descolgué y oí a Debbie Schaffer chillando.

Aquel jueves por la noche Debbie se quedó en su dormitorio de la casa de Stone Canyon, acabándose las bolsitas de cocaína que tenía guardadas en el cajón de su mesilla y bebiendo champán. Hacia las ocho, Liz Schaffer había caído rendida en su cama, Steven Reinhardt volaría desde Nueva York a la mañana siguiente para llevar a Terry Schaffer desde el Cedars-Sinai hasta Bel Air, Maria dormía en el cuarto de servicio y Paul había terminado ya su jornada y regresado en coche a Baldwin Hills, donde vivía con su mujer y su hijo pequeño. Antes esa misma noche Susan Reynolds había llamado a Debbie desolada por la escena que había tenido lugar durante el almuerzo con Thom y convenciéndose de que el dolor era igual al de la pérdida de Spirit —nos recordó ella misma después—, que solo llevaba con Debbie cinco meses en comparación con los más de dos años que Thom Wright y ella

habían estado juntos. Susan nos contó que Debbie le pareció colocada y ligeramente borracha, y que le dijo que no tenía ganas de hablar y le colgó. Eran las nueve y cuarto cuando Bel Air Security recibió una llamada de la residencia Schaffer: era Debbie, que le explicó al guardia de seguridad que Billie, su perro, había desaparecido, y un coche patrulla se presentó en la casa de Stone Canyon. Debbie dio una descripción de la mascota perdida al vigilante, que apuntó la información relativa al perro y anotó que «la señorita Schaffer» parecía, en su opinión, «ebria» y después de decirle que se pondrían a buscar al perro esa misma noche, le sugirió que se fuese a la cama y durmiese un poco. La señorita Schaffer se ofendió, le dijo al vigilante que se fuera «a tomar por culo» y cerró la puerta principal. Y veinte minutos después, Bel Air Security recibió otra llamada de Debbie Schaffer.

Debbie había decidido nadar aquella noche pero las luces de la piscina no funcionaban (luego se descubrió que habían cortado los cables), y tras zambullirse y mientras nadaba «alguien» la agarró del pie dentro del agua e intentó arrastrarla al fondo, según la señorita Schaffer. Aquello le pareció sumamente improbable al guardia de la oficina de Bel Air Security, pero el coche patrulla que había anotado la información sobre Billie volvió a pasarse por la casa de Stone Canyon, donde una «histérica» señorita Schaffer, mojada y tiritando mientras esperaba en el camino de entrada en biquini y con una toalla de playa sobre los hombros, dijo que «alguien» la había «atacado» en la piscina a oscuras. «Alguien me ha agarrado del puto pie en la puta piscina», fueron sus palabras exactas, y explicó que había chillado y que luego «le dio una patada», y después «una mano» la agarró de nuevo por el tobillo y Debbie salió chapoteando desesperada de la piscina y atravesó corriendo el césped hasta la casa. Estaba convencida de que alguien se había colado en la piscina mientras ella nadaba y que pretendía «ahogarla». También comentó lo de las llamadas: el teléfono de su cuarto no dejaba de sonar y cuando lo cogía colgaban. Había contactado también con el Departamento de Policía de Beverly Hills, así que mientras aquella apacible noche de jueves Debbie hablaba con el vigilante de Bel Air Security llegaron dos policías y decidieron

registrar la propiedad. Maria no se despertó. Liz tampoco. Ni una ni otra recordaban haber oído nada cuando fueron interrogadas durante los días que siguieron a la desaparición.

Fue en ese momento cuando Debbie llamó a Susan y le dijo que iba a su casa para quedarse a pasar la noche, y Susan le dijo que por supuesto y la esperó. Debbie nunca llegó a North Canon Drive.

Cerca de la piscina uno de los policías descubrió un rastro de sangre, como si hubiesen atacado y herido a un animal y luego se lo hubieran llevado a rastras. El reguero sanguinolento continuaba por el hormigón que rodeaba la piscina y hasta el césped, y los dos policías siguieron la hierba salpicada de sangre con sus linternas hasta que el rastro desapareció. Decidieron que era probable que un coyote hubiera atacado al perro de los Schaffer y lo hubiera arrastrado hasta los cañones, donde seguramente lo habría devorado. Poco después se lo comunicaron a la señorita Schaffer: a esas alturas ya estaba alteradísima y muy colocada.

Debbie estaba bajando la escalera hacia el recibidor, vestida y pertrechada con un saco de dormir, cuando se paró y por fin descubrió el sobre de papel manila que Liz había dejado aquella tarde en la mesa junto a la puerta de entrada. Tenía el nombre de Debbie escrito con la caligrafía de su madre. Las fotos en las que aparecíamos Terry y yo eran explícitas —las vi más tarde— y era innegable quiénes salíamos en ellas y qué estábamos haciendo aquella tarde de un domingo de octubre en un bungalow del Beverly Hills Hotel. Y fue entonces, a las diez y cuarto, cuando Debbie me llamó y se puso a gritarme histérica delante de los dos agentes de policía y del vigilante de seguridad: «¿Cómo puedes haber hecho eso con mi padre? Lo de Matt Kellner lo sabía y me daba igual, pensé que estabas experimentando, me lo contó Susan, pero Terry es mi padre», me chilló, y luego empezó a despotricar contra Liz —que no se enteró de nada mientras duraba el ataque de Debbie— por haberse casado con Terry, por haber tenido una hija, por ser una puta alcohólica. Y luego colgó y, según los tres testigos, se derrumbó en el suelo y se quedó allí llorando con las fotos pornográficas diseminadas a su alrededor. Se recompuso poco después

y les dijo a los policías y al vigilante que podían marcharse, que no se preocupasen, no iba a coger el coche esa noche, que se largasen, se iba a la cama, y tras registrar la primera planta de la casa los tres hombres finalmente se fueron, no muy convencidos.

Pero a la mañana siguiente el BMW no estaba, había gotas de sangre salpicando el camino de entrada, y Debbie nunca llegó a la casa de Susan ni a la casa vacía de Mulholland, ni tampoco fue a Buckley al día siguiente.

29

Después de que Debbie colgase me eché a temblar de tal manera por la conmoción provocada por las palabras que me había gritado que apenas logré llegar a la mesilla donde me esperaban los Quaaludes: temblaba tanto que todo mi cuerpo parecía vibrar. Después de tragarme uno me senté en el borde de la cama, sin saber cómo iba a sobrevivir sin perder la cabeza hasta que la pastilla me hiciese efecto dentro de veinte minutos. El mundo se venía abajo, todo se desmoronaba a mi alrededor, no tenía ningún control sobre nada. «Pero es que nunca lo has tenido», comprendí cuando por fin me puse en pie y miré los calzoncillos de Matt y la cinta Maxell que habían dispuesto sobre mi cama. Lo primero que se me ocurrió fue que Rosa había ordenado los cajones y simplemente había dejado aquellos objetos fuera, preguntándose si quería conservarlos; aquello había sucedido ya una o dos veces, sobre todo cuando le decía que estaba buscando algo que había perdido. Pero otras ideas bloquearon aquella posibilidad tan real, y aunque intenté ignorar cualquier otro panorama siniestro no pude evitar pensar: «¿Por qué estaban encendidas todas las luces de la casa?».

Y luego recordé: «Shingy».

Llamé en vano mientras me desplazaba como flotando por la casa, pero el perro no apareció. Me fui hundiendo rápidamente mientras avanzaba tambaleante hacia la habitación de mi madre, donde cerré la puerta con pestillo, arranqué el edredón de su cama, me encerré en el vestidor y me dejé caer inconsciente. Caí literalmente de rodillas mientras la negrura rompía contra mí. Me desperté cuando creí oír a Shingy ladrando desde algún sitio de la casa, pero solo lo oí con claridad en mi sueño, porque cuando abrí la puerta del dormitorio y crucé el salón vacío con las primeras luces del alba el perro no estaba: ni en su cojín de la cocina, ni fuera en el jardín, ni bajo el escritorio de mi cuarto; los cuencos del pienso y el agua estaban vacíos. Pero el

Quaalude que me había tomado por la noche me calmó lo suficiente como para fingir que todo aquello era normal: el Quaalude me ayudaría a ir al colegio y aceptar lo que el destino me deparase aquel día. El Quaalude me ayudaría a soportar la humillación de tener que enfrentarme a Debbie. Y luego pensé con calma, con ayuda del Quaalude: «Deja que todo el mundo se entere de la verdad, serás libre, puedes vencer al participante tangible y ser tú mismo, eres demasiado joven para interpretar un papel, eres demasiado joven aún para convertirte en un adulto».

En mi dormitorio devolví los calzoncillos de Matt y la cinta al último cajón. Y aunque seguía desplazándome como bajo el agua a causa del Quaalude que había tomado la noche anterior, también sabía que podría aceptar *cualquier cosa* mientras la droga siguiera circulando por mi organismo: nada me afectaría, nada podría hacerme daño. Por fin había alcanzado un nivel de embotamiento que no creía posible. Flotaba por encima de las mismas llanuras desiertas sobre las que flotaba Susan y hacia donde en última instancia todos nos dirigíamos: algunos simplemente llegábamos antes que otros. «It means nothing to me. This means nothing to me. Oh, Vienna».

Antes de salir hacia Buckley aquella mañana sonó el teléfono de mi cuarto: era Steven Reinhardt, que llamaba desde la terminal de American Airlines en el LAX, después de que hubiera aterrizado su vuelo de las cinco desde el JFK, para preguntarme si Debbie estaba conmigo. No descolgué, así que al final dejó un mensaje diciendo que Debbie había desaparecido de Stone Canyon y que Terry y Liz le habían pedido que llamara a todos sus amigos para ver si había pasado la noche en casa de alguien; había sangre junto a la piscina, había sangre en el camino de entrada, todo el mundo estaba preocupado. Conduje con cuidado hasta el colegio, aparqué y vi a Susan esperando a alguien bajo la torre del campanario.

—¿No fue a tu casa? —fue lo primero que me preguntó al acercarme.

—No —dije—. No tenía ni idea de que hubiese salido de Bel Air.

Al principio me había quedado muy conmocionado por el hecho de que Susan le hubiese contado a Debbie lo mío con Matt Kellner en

algún momento de las pasadas semanas, y la cólera había ardido fugazmente bajo la constante calidez creada por la droga, pero ahora comprendí que en realidad daba igual: Debbie había desaparecido, Matt había desaparecido, y no pensaba sacarle el tema a Susan esa mañana cuando todo lo demás importaba mucho más. Las cosas se estaban acelerando: una sensación añadida de urgencia parecía estar apoderándose de todos.

—Anoche sucedió algo, parecía como loca —me susurró Susan—. Se subía por las paredes. He hablado con Liz esta mañana —dijo, y luego añadió—: Dicen que van a emitir una orden de desaparición. —Trataba de mantener la calma, pero leves rastros de pánico permeaban el embotamiento que había perfeccionado.

—A lo mejor solo anda, hum… por ahí, hum… con alguien que no conocemos —farfullé completamente entumecido por el Quaalude—. No creo que vayan a emitir ninguna orden aún.

—Esto no es propio de Debbie y lo sabes, Bret —dijo Susan.

Asentí.

—Ya, ya, lo sé.

—¿Te llamó anoche?

Asentí de nuevo.

—¿Y qué te dijo?

—Estaba… pasadísima —dije, encogiéndome de hombros. Echando la vista atrás, me di cuenta en aquel momento de que ni Susan Reynolds ni Steven Reinhardt estaban al tanto aún de la existencia de las fotos con Terry—. Decía cosas sin sentido, no entendía de lo que me hablaba. —Hice una pausa—. Pensé que vendría a mi casa pero no vino. —Otra pausa—. Pensé en ir a Bel Air pero ya era muy tarde y… —Dejé la frase sin acabar.

—Se suponía que iba a venir a mi casa —dijo Susan—. No sé qué pasó. Su coche no estaba. Había sangre en la entrada. Billie tampoco estaba.

De pronto se llevó una mano a la boca y contuvo un sollozo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El miedo por fin había anulado su embotamiento.

—¿Qué quieres decir con que… Billie no estaba? —le pregunté con voz hueca.

Susan estaba mirando algo detrás de mí. Me volví. El Porsche de Robert estaba entrando en el aparcamiento. Mantuve la calma mientras lo miraba bajarse del coche, pero el deseo y el asco me desquiciaron y tuve que darme la vuelta. Mientras me alejaba, Susan sintió la necesidad de decirme:

—Ahora estoy con él. Lo sabes, ¿verdad, Bret? Que ahora estoy con Robert.

—Lo sé —dije sin dejar de caminar—. Ya, lo sé.

—¿Y te parece bien? —me preguntó.

—Te veo en clase —murmuré, y pasé lentamente bajo el campanario en dirección al camino bajo los aleros.

Thom Wright no vino al colegio aquel día.

Después de la asamblea el entrenador Holtz nos dijo a los de último curso que se había cancelado la clase de Educación Física. Lo que hicimos fue sentarnos en el patio a la sombra del Pabellón, y para entonces ya todo el mundo se había enterado no solo de lo del caballo de Debbie, sino también de que la propia Debbie había desaparecido, y varias chicas —Michelle Stevenson, Tracy Goldman, Karen Landis, Nancy Dalloway, Katie Harris, Rita Lee, Danielle Peters— fueron siendo convocadas una a una a las oficinas de administración, donde se sentaron frente al doctor Croft mientras Liz Schaffer les hacía preguntas por el altavoz del teléfono desde la casa de Stone Canyon. Pero ninguna de ellas sabía dónde estaba Debbie: se había esfumado literalmente. Y entonces, a medida que cada chica iba volviendo al patio y reuniéndose con el grupo y llamaban a otra al despacho, comenzaron las conversaciones susurradas a media voz. Hubo líneas de diálogo codificadas que si se traducían cuidadosamente revelaban que tal vez Debbie era una persona inestable, que tal vez tomaba drogas duras, que tal vez se acostaba con tíos de grupos musicales, que tal vez era bastante golfa, que tal vez se había mezclado con «mala gente», y también corrió el rumor de que Debbie había descubierto «algo» sobre su padre, ¿y acaso Terry no era gay?, ¿no tenía eso algo que ver con el

accidente del sábado por la noche en la fiesta de los Schaffer? Yo estaba sentado entre aquellas chicas, junto con Tony Matthews, Jeff Taylor, Dominic Thompson y Kyle Colson, y la conversación sobre Debbie prosiguió de todos modos; continuó como si la presencia de su novio no importase. La mayoría de los estudiantes de nuestro curso se marcharon durante el almuerzo, y un grupo quedó en el McDonald's de Sherman Oaks, pero yo estaba tan enervado por mi invisibilidad que fui incapaz de unirme a ellos. Robert y Susan estaban sentados en la periferia del patio, hablando solo entre ellos. Nadie habló conmigo: en ausencia de Debbie, yo desaparecí sin hacer ruido. El hecho de que Thom Wright no se presentase en el colegio aquel día fue el catalizador para que me marchase a casa: era indicativo de que habíamos llegado al final de la pantomima.

En la casa de Mulholland, Rosa estaba preocupada por Shingy, y le dije que ya podía marcharse, que el perro ya volvería o que lo encontraría yo mismo. La tranquilicé diciéndole que solo había estado fuera un día. Le dije que ya se había escapado alguna otra vez, aunque no era cierto. Rosa quiso llamar a mi madre, pero le pedí que no lo hiciera.

—Volverán dentro de poco. No hace falta preocupar a mi madre. Esperemos a que Shingy vuelva solo.

Rosa se mostró aprensiva pero los viernes solía marcharse temprano, así que le dije que se relajara, que pasara un buen fin de semana y que ya la vería el lunes, que para entonces Shingy seguramente ya habría vuelto, todo ello mientras la acompañaba a la puerta principal y la miraba bajar los peldaños con paso dubitativo hacia el Nova naranja con el que venía desde la zona este de Los Ángeles. Pero antes de que se marchara tuve que preguntarle si el día anterior había ordenado los cajones de mi escritorio y había dejado ropa interior y una cinta sobre la cama. Ella se dio la vuelta y dijo que no, no sabía de qué le estaba hablando.

—¿Dejaste encendidas las luces? —le pregunté. Y aclaré—: ¿Anoche? Antes de marcharte.

Me miró, confusa, y contestó:

—No, no dejé las luces encendidas. Nunca las dejo encendidas.

Me quedé en las escaleras que daban al camino de entrada observando cómo subía al coche. No sentí nada, aunque debería haber tenido miedo. Oí sonar el teléfono tras la puerta abierta, me giré lentamente y escuché hasta que paró. Quienquiera que fuese no dejó mensaje. Pero por algún motivo sabía que volvería a llamar. Entré en el recibidor, cerré la puerta principal y eché la llave, y ya había empezado a avanzar por el pasillo hacia mi dormitorio cuando el teléfono volvió a sonar. Me quedé en la puerta escuchando hasta que saltó el contestador. «Bret». Pausa. «Bret. ¿Estás ahí?». Pausa. «Bret. Cógelo. Soy Terry». Me acerqué muy despacio al teléfono, y aunque no quería contestar necesitaba saber cómo había averiguado Debbie lo sucedido en el Beverly Hills Hotel. Alargué el brazo y levanté el auricular.

—¿Sí? —dije con voz hueca.

—Ey. Soy yo. —Sonaba como muy lejano, sedado y grogui por la medicación que le estuviesen administrando.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—Sigo en el Cedars. —Suspiró—. No me dan el alta. Los médicos se han aliado contra mí. —Hizo una pausa—. Mira, ahora mismo no puedo hablar, pero tienes que saber una cosa.

Sabía lo que iba a decir, pero no le conté lo que Debbie me había gritado por el teléfono la noche anterior.

—¿Qué? —pregunté, de pie en el dormitorio mientras la luz de la tarde empezaba a declinar.

—Liz hizo que me siguieran durante un par de semanas en octubre —dijo Terry en voz baja. Y luego se calló, como si con esa información bastara.

Yo no dije nada.

—No sé cómo coño pasó —prosiguió—. Normalmente soy muy discreto. Pero alguien acabó fotografiándonos en el hotel.

—¿Fotografiándonos?

Oírlo de boca del propio Terry me dio náuseas y tuve que sentarme en la cama. Me sentía mareado. Pensaba que solo era un rumor que Debbie se había convencido de que era real. Y entonces recordé las «pruebas» que había mencionado el doctor Croft: las «pruebas» que Liz

Schaffer había afirmado tener en su poder.

—Y Debbie las ha visto —dijo Terry—. Creo que por eso ha desaparecido. Liz se lo contó todo.

No fui capaz de decir nada.

—Lo siento mucho, Bret —añadió Terry—. Pero yo cargaré con las culpas. Es culpa mía.

—¿Y qué debo hacer yo? —pregunté al fin.

—Nada. Solo quería, hum… avisarte. —Hizo una pausa—. Intentaré calmar los ánimos por mi cuenta. Pero… —Dejó la frase inacabada, súbitamente distraído. Algo estaba sucediendo en la habitación del Cedars. Y entonces dijo—: Ahora no puedo hablar.

—¿Terry? —dije.

De repente se oyó una voz muy alterada al fondo. La oí preguntar:

—¿Con quién estás hablando? No deberías estar hablando por teléfono. —Era Liz.

Terry mintió, se inventó un nombre, un tal Sam.

Se oyó un crujido al otro lado de la línea y escuché a Liz hablando directamente al aparato.

—¿Quién es? ¿Eres Sam? —Hizo una pausa y la oí volverse hacia Terry—. ¿Quién está al teléfono, Terry? —En ese momento él estaba hablando con Steven Reinhardt, que acababa de entrar en la habitación, y no hizo caso a su mujer. Yo debería haber colgado pero no lo hice. Quería explicarle a Liz que nada de aquello era culpa mía—. ¿Hola? —estaba diciendo ella. Guardé silencio—. Menudo gilipollas estás hecho —la oí espetarle a Terry. Seguí sin decir nada—. ¿Hola, quién es? —Y entonces se calló de golpe y comprendió algo. La oí tomar aire, una especie de jadeo ahogado, y entonces me dijo en voz baja—: ¿Cómo te atreves a llamar aquí? ¿Cómo te atreves? No quiero que vuelvas a acercarte ni a mi marido ni a mi hija ni a mí. No quiero que vuelvas a acercarte a ninguno de nosotros. Eres un joven realmente enfermo. Debería darte vergüenza.

Pude oír a duras penas que Terry y Steven le pedían que colgase, y luego pareció que trataban de arrebatarle el auricular, y tras lo que sonó como un breve forcejeo oí a Steven Reinhardt hablando

serenamente mientras Liz seguía gritándole incoherencias a Terry.

—Ey, Bret —dijo Reinhardt con frialdad—. Estamos teniendo algunos problemas aquí. Será mejor que no vuelvas a llamar, ¿vale? Deberías habértelo pensado mejor. —Hizo una pausa—. Estás avisado. —Otra pausa—. Recuérdalo. Estás avisado. —Lo dijo alzando la voz por encima de los chillidos de fondo de Liz—. ¿Vale? ¿Entendido?

Se oyó un clic y luego silencio.

Acabé en mi gimnasio improvisado, tratando de hacer algo de ejercicio. El esfuerzo disipó el dolor y lo sustituyó por otra cosa. Funcionó como calmante temporal y me permitió olvidarme de mí mismo. Me di una ducha, me puse un bañador y un polo y salí al jardín, donde llamé a Shingy de nuevo. Debían de ser como las cuatro y no se oía nada, solo el sonido ambiental procedente de los cañones más abajo y el ruido amortiguado de los coches circulando por Mulholland más allá del seto. Me pasé los diez minutos siguientes haciendo la casa inexpugnable para la noche, asegurándome de que todo estuviese bien cerrado: el garaje, la puerta principal, las puertas laterales, las de la cocina, todas las ventanas con el pestillo echado. Me planteé desconectar el teléfono, porque seguía sonando y siempre colgaban al contestar, y no pensaba ser la víctima que descuelga y le sigue el juego a quien fuera que llamara, no pensaba convertirme en el objetivo que se encamina sin saberlo a la fatalidad. Lo que hice en cambio fue bajar el volumen del timbre, y a las cinco me dejé caer en la cama y fui dormitando a ratos gracias al Quaalude, deseando que me aniquilase en una inconsciencia perpetua: silencio, olas a cámara lenta, un cielo nocturno salpicado de estrellas lejanas, una paz reparadora. En uno de los momentos de duermevela me pareció oír el timbre de la puerta y entonces, tras un instante de confusión, me di cuenta de que estaba sonando realmente y me encogí abrazándome con fuerza, notando cómo la adrenalina circulaba a toda velocidad por mi organismo. Esperé. Ya era de noche y el patio estaba iluminado. Y a través del ventanal de mi habitación vi a alguien cruzando el césped. Era Robert Mallory, y gritaba mi nombre.

—Bret, sé que estás ahí. Bret, abre la puerta. Déjame entrar.

Al principio pensé que era un sueño y que seguía dormido, pero

enseguida comprendí que era real. Y no estaba tan aterrado como pensaba que estaría si alguna vez llegaba a presentarse allí, porque ahora estaba acostumbrado a él, era alguien *conocido* , y aún llevaba los pantalones y la camisa de Buckley de aquella mañana, no era el loco de ojos desquiciados con pasamontañas y cuchillo de carnicero que venía a atacarme en un allanamiento violento y premeditado. No era más que la versión definitiva del chico pijo de fantasía con el que me masturbaba: una encarnación con la que me sentía seguro. Me levanté de la cama, encendí las luces de mi habitación (eran las siete), recorrí el pasillo y observé cómo se acercaba a las puertas de la cocina, se inclinaba y atisbaba dentro.

—Sé que estás ahí —dijo en voz alta—. Abre. —Hizo una pausa—. Tenemos que hablar.

Vacilé antes de tocar el panel de la pared y todas las luces de la cocina se encendieron. Me acerqué a la puerta cerrada tras la cual esperaba Robert.

—¿Qué haces aquí? No quiero que estés aquí. Voy a llamar a la policía.

—¿Y qué les vas a decir? —exclamó, confundido.

—Que te has colado —dije levantando la voz.

Y ahí me di cuenta de lo débil que sonaba. «No seas moñas», oí reprenderme a Ryan Vaughn, y me ruboricé ante el recuerdo, avergonzado por sonar así.

—Estás loco. Abre, anda. O sal aquí fuera. Podemos hablar junto a la piscina.

Avancé lentamente hacia la puerta de la cocina y quité el pestillo. La empujé y la abrí.

—Sé todo lo que pasó en Chicago. ¿Qué quieres?

—Esto se tiene que acabar. —Ignoró mi comentario sobre Chicago y no hizo amago de entrar en la casa—. Lo que quiero decir es que tienes que relajarte, tío.

—¿Qué es todo esto? —pregunté—. ¿Qué es lo que se tiene que acabar?

—Este asunto que te traes conmigo. Tu versión de quien crees que

soy. —Hizo una pausa y luego añadió para enfatizar—: Va a acabar metiéndonos en muchos problemas.

—¿Cuál es la versión, Robert? —le pregunté—. Bah, a la mierda —dije dándome la vuelta—. Ya me da igual. Vas a hacer lo que te dé la gana. No puedo frenarte. De todas formas, ya tienes a Susan.

Me dirigí hacia el pasillo que llevaba a mi cuarto. Me giré y esperé a ver qué hacía.

Robert entró con reservas en la cocina y se quedó junto a la isla central. Se le notaba inquieto, como preocupado, aunque al igual que yo era capaz de mostrar serenidad y actuar como si nada lo perturbase, de no ser porque se podía advertir la sorda vibración tras sus ojos e intuir por ello que se encontraba atrapado en una especie de locura de la que jamás lograría escapar.

—Sí, Susan y yo estamos juntos —dijo—. Lo siento si eso te molesta.

—No, no lo sientes. Tú no sientes nada.

Y entonces me preguntó de repente:

—¿Tú has entrado en mi casa? ¿La casa de Benedict? —Se calló y me observó; me había descolocado su manera de referirse a «su casa»—. ¿Has estado husmeando en mis cosas? —Me lo preguntaba sinceramente, sintiéndose algo confuso—. ¿Has estado allí? ¿Cómo te has enterado de todo?

—No. No sé de qué me hablas.

Robert se limitó a mirarme, tratando de decidir si me creía o no.

Suspiró y empezó a acercarse.

—¿Estás solo? —preguntó en voz baja—. ¿No hay nadie más aquí esta noche?

Asentí sin darme cuenta de que estaba retrocediendo por el pasillo, hasta que al pasar por la puerta del garaje pensé en salir corriendo y huir sin más, pero las llaves del Mercedes estaban en el dormitorio.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—¿Quién crees que soy? —me preguntó él.

No pude contenerme. Me salió a bocajarro.

—Creo… que estás relacionado con el Arrastrero —dije con un hilo de voz—. Creo que eres responsable de… lo de esas chicas…

—Para ya, Bret —dijo en voz muy baja.

Yo seguía retrocediendo por el pasillo. Él siguió avanzando despacio hacia mí.

—Tú eres el Arrastrero —susurré—. Y creo que le has hecho algo a Debbie.

—Tu novia. ¿Por qué le iba a hacer nada a tu novia?

—No lo sé —susurré—. Pero creo que le has hecho algo.

—¿A tu novia?

—Sí, a mi novia.

—Esa con la que vas tan en serio.

—Esa —susurré—. Creo que le has hecho algo.

—Basta ya —repitió Robert en tono cansado—. No sabes de lo que hablas.

—¿Dónde la tienes encerrada? ¿La tienes en Benedict Canyon?

—¿Eres uno de esos pirados que no dejan de seguirme? —replicó—. ¿Eres tú, Bret? ¿Estás con ellos? ¿Se han puesto en contacto contigo?

—No sé… de qué me hablas —respondí a duras penas.

—¿Se han puesto en contacto contigo? —repitió—. ¿Estás con ellos ahora?

—Estabas en el Village Theater —dije—. Estabas con Katherine Latchford la semana que desapareció… Mentiste…

—¿Y qué? —replicó con una confianza que me resultó escalofriante—. ¿Eso qué demuestra? —Hizo una pausa—. A lo mejor tú eres el asqueroso que nos empezó a seguir. A lo mejor tú eres el asqueroso que ella dijo que la miraba fijamente en el aparcamiento.

—Tengo la cinta que me dejaste —le dije, ignorando sus palabras—. La cinta donde salís Matt y tú…

—Yo no te he dejado ninguna cinta, Bret.

Me di cuenta de que no me apetecía poner la cinta para Robert y tener que rebuscar en el cajón donde estaban los calzoncillos de Matt… y daba igual, porque aquello me implicaba más que a cualquier otro. Ahora estábamos en mi cuarto y lo tenía frente a mí. Ya no sabía qué decir, porque no había nada más que decir: no reaccionaba a nada, era como hablar con un espejo. Me observó un instante y luego ladeó la

cabeza. Echó un vistazo al dormitorio; sus ojos se posaron en el póster de Elvis Costello. La habitación estaba silenciosa. De pronto sonrió, desvió la mirada y luego la dirigió de nuevo hacia mí, casi con timidez. Tendió una mano hacia mí muy despacio y yo se la aparté de un manotazo, sorprendido de que fuese a tocarme.

—Chsss… Calma, relájate.

Me eché hacia atrás, pero mis piernas chocaron contra la cama, perdí el equilibrio y caí sentado.

Y entonces me vi con él plantado frente a mí y yo mirándole directamente el bulto de la entrepierna ceñido por los ajustados pantalones grises. Alargó una mano, me revolvió suavemente el pelo y sentí una descarga de lascivia. Bajó la mano y empezó a reseguirme la mandíbula, luego un lado del cuello, con delicadeza, y después la mano subió a mi mejilla, acariciándola. Temblé. Me miró con una expresión distante, casi extraviada, como si no acabase de entender por qué hacía aquello pero aun así se viese obligado a hacerlo.

—Relájate —repitió.

Y entonces su pulgar se detuvo en mis labios e intentó metérmelo suavemente en la boca. Metió y sacó el dedo de mi boca y yo le dejé: sabía salado, de tacto áspero, y se lo chupé como si fuera una polla, y me entraron ganas de chuparle los demás dedos. Paró, se inclinó sobre mi cara y sus labios rozaron ligeramente los míos y luego apretaron más. Me empalmé de inmediato mientras se dejaba caer sobre la cama, tendido sobre mí, su boca contra la mía, y empezó a restregarse con un movimiento de caderas y yo le correspondí, recordándolo desnudo junto a la piscina de la casa de Susan… aquella polla grande, aquel culo terso.

—Eso es, ¿te gusta? —me susurró con voz ronca, su aliento lechoso y húmedo, y se puso a besarme con más intensidad, metiéndome la lengua en la boca, y ya no pude contenerme más y empecé a besarlo con fiereza, y tenía la polla tan dura que pensé que me iba a correr y la cara tan roja que me ardía y Robert se dio cuenta de lo cachondo que estaba y dejó de frotar su polla contra la mía y sonrió burlón con su cara a pocos centímetros de la mía y susurró—: Te gusta, ¿verdad?

Yo asentí y olí su aliento, su aroma. Agarré las nalgas de su culo pequeño y firme entre las manos y se las masajeé con fuerza, abriéndoselas bajo los pantalones grises y los calzoncillos. No lograba controlar la respiración. Tenía una erección tan tremenda que me dolía incluso. Me había abierto de piernas por completo y metí una mano para desabrocharme el bañador y sacarme la polla. Bajó la mirada hacia mi erección palpitante, luego me miró a mí y me susurró:

—Eso es, menéatela.

Apenas había comenzado a tocarme cuando me di cuenta de que iba a eyacular y paré y alargué la mano hacia su polla, pero no la encontré y entonces me di cuenta de que Robert no estaba empalmado.

Levanté la mirada hacia su cara y su sonrisa sexy había desaparecido, y entonces se apartó de mí, se sentó en el borde de la cama y me miró, y con un leve deje de asco se limpió la boca con el dorso de la mano y masculló:

—Puto maricón. —Y luego—: Lo sabía.

Me quedé tendido allí inmóvil mientras él se ponía en pie y se acercaba a mirar por el ventanal de mi cuarto el patio a oscuras, los árboles iluminados por las luces de jardín, el rectángulo azul resplandeciente de la piscina y los negros cañones más abajo serpenteando hasta donde comenzaban las luces del Valle. No sé cuánto rato estuvo allí, el tiempo no existía para mí en aquel momento. Miró algo con los ojos entrecerrados y murmuró para sus adentros —no oí lo que dijo—, y luego, sin mirarme, simplemente se dio la vuelta y salió del dormitorio. Oí el sonido de sus zapatos recorriendo el pasillo, luego la puerta principal se abrió y se cerró, y se fue. No pude contenerme, y en cuestión de segundos me corrí con tanta fuerza que me cegó, luego resbalé de la cama, me derrumbé en el suelo y rompí a llorar.

30

Lo que viene a continuación está extraído de una serie de informes policiales, relatos de testigos oculares y testimonios relativos a lo sucedido la noche del sábado 7 de noviembre de 1981.

Susan Reynolds había hecho planes con Robert Mallory para que llegara a su casa de North Canon Drive a las ocho. Donald y Gayle Reynolds estarían cenando fuera con unos amigos, de hecho en Le Dome, el restaurante donde Susan había propuesto que Robert celebrase su decimoctavo cumpleaños; su aniversario era esa misma noche, y Robert y Susan iban a pasarlo juntos en su dormitorio viendo la televisión: tal vez *Vacaciones en el mar* , luego tal vez *La isla de la fantasía* , quizá *Saturday Night Live* ; esa noche lo presentaba Lauren Hutton. Tal vez Robert se quedara a pasar la noche, tal vez no; no había nada decidido. En cualquier caso, Susan y Robert tendrían la casa para ellos solos hasta las once, hora a la que Donald y Gayle volverían: estos habían quedado con otra pareja para tomar unos cócteles en su casa de Maple Drive antes de ir al restaurante, donde tenían reserva para las siete y media.

Hacia las siete y cuarto Susan se dio una ducha y se puso un albornoz blanco y empezó a arreglarse para cuando llegara Robert. Estaba escuchando música —«Private Eyes» de Hall and Oates, recordaba— frente al espejo de su tocador mientras se secaba el pelo cuando le pareció oír algo: una especie de «portazo» en el piso de abajo de la casa vacía. Pero no estaba segura. Apagó el secador y se quedó allí quieta, sentada, escuchando. Se inclinó y bajó el volumen del equipo de música. Aún estaba nerviosa por la desaparición de Debbie —nadie había sabido nada de ella desde que la vieron por última vez el jueves por la noche, no había habido llamadas, su coche tampoco había aparecido— y el Valium que se había tomado un poco antes no bastaba para calmarle. Se quedó sentada en su silla esperando, mirando su cara en el espejo iluminado, tratando de tranquilizarse. Descolgó el teléfono

y llamó a Robert pero este no contestó, lo que significaba que se estaba duchando o que igual ya había salido de Century City y estaba yendo antes de lo acordado. Continuó secándose el pelo sin volver a subir el volumen de la música. Al cabo de cinco minutos Susan oyó lo que le pareció otro «portazo» abajo, apagó el secador y automáticamente llamó: «¿Mamá? ¿Papá?»; era consciente de que era demasiado pronto para que Robert hubiese llegado y se habría visto obligada a abrirle porque no tenía llave, así que ¿quién podía haber sido si no? Al no oír ningún otro ruido, Susan se convenció de que no había nadie en la planta de abajo. Pero estaba con la mosca detrás de la oreja y decidió ir a comprobar qué era lo que había oído realmente.

Mientras bajaba las escaleras Susan no se lo podía quitar de la cabeza: tenía una «mala sensación», como si hubiera «una presencia» dentro de la casa. Al principio no pensó en llamar a la policía: Robert llegaría enseguida, y además, ¿qué iba a pasarle en una mansión de North Canon Drive un sábado por la noche en Beverly Hills?, eso era lo que pensaba. Siempre se había sentido segura, protegida, cuidada, nada podía sucederle, no era temeraria como Debbie, ella controlaba. Susan se convenció de que se estaba comportando como una tonta y para entonces ya se le había pasado bastante el miedo. De repente sonó el teléfono en el salón y la sobresaltó, y no dejó de sonar hasta que respondió «¿Diga?» y entonces alguien colgó. Fue entonces cuando vio que la puerta corredera del comedor que daba al patio trasero estaba abierta del todo. Susan salió afuera, movida por la curiosidad, y echó una ojeada al patio a oscuras. Creía que las luces de la piscina habían estado encendidas antes, aunque ahora no era más que un largo rectángulo negro, y las luces navideñas de su fiesta, enrolladas en la inmensa buganvilla, también estaban apagadas. Tampoco estaba segura de si las luces del patio habían estado encendidas antes de ducharse. Y fue entonces cuando creyó ver una figura de pie junto al árbol, aunque tras unos segundos se dio cuenta de que tal vez no había nadie. Tal vez se lo había imaginado, pensó; estaba tan oscuro… Pero para entonces Susan ya había tomado la decisión de esperar a Robert fuera de la casa, dentro del coche, aunque en realidad no tenía ni idea de si la puerta

corredera de cristal ya estaba abierta antes, cuando sus padres se fueron a la cena, o no. Deslizó la puerta para cerrarla sintiendo que la invadía una oleada de aprensión, por más que se dijese que solo estaba nerviosa y angustiada por lo de Debbie; tal vez necesitara otro Valium, tal vez solo necesitara ver a Robert, se sentía triste por Thom.

Se acordó de echar el pestillo de la puerta antes de alejarse de la casa.

Susan no se vistió, solo iba a sacar el BMW del garaje, aparcar junto al bordillo y esperar a que llegase Robert. Todo aquello era una estupidez, pensó, pero no quería seguir dentro de la casa. Vestida solo con el albornoz, caminó hasta el garaje y se subió al coche, pero no arrancó. Giró la llave en el contacto: el motor del BMW hizo amago de ponerse en marcha, luego petardeó y se ahogó. Repitió la operación tres veces, en vano. (Más tarde se descubriría que le habían sacado el aceite y lo habían cambiado por una mezcla de sal y Pepsi; en uno de los cubos de basura del garaje se encontró una lata aplastada). Sus padres se habían llevado el Mercedes de Gayle a la cena; el Cadillac de Donald estaba en el garaje, pero de vuelta en la casa Susan fue incapaz de encontrar las llaves. Se dijo que tenía que calmarse, y acababa de subir las escaleras hacia su habitación con idea de vestirse rápidamente para poder esperar a Robert en el camino de basalto azul flanqueado por las palmeras mexicanas, cuando oyó algo abajo: era de nuevo la puerta corredera al abrirse de golpe. Estaba convencidísima: no se lo estaba imaginando. Y en ese momento cayó en la cuenta: antes la había cerrado con pestillo.

Alguien la había abierto desde dentro de la casa.

Y entonces fue cuando Susan llamó a Thom Wright. Thom estaba en su dormitorio de North Hillcrest y descolgó cuando oyó la voz de Susan en el contestador. Ella le dijo que estaba asustada, que algo andaba mal y si podía olvidarse de todo e ir a su casa por favor por favor. Thom la escuchó en silencio y estuvo a punto de colgarle: le cabreó que lo llamase para pedirle aquello.

—¿Dónde está Robert? ¿Por qué no lo llamas a él?

Y Susan le susurró:

—Hay alguien en la casa.

Y entonces la llamada se cortó.

Susan pensó que Thom le había colgado, pero cuando intentó volver a llamarlo se dio cuenta de que alguien había cortado la línea telefónica. En ese momento fue consciente de que algo olía muy mal y avanzó rápida y sigilosamente por el pasillo de la primera planta, aún en albornoz y descalza, llegó al tramo de escaleras y miró el austero salón iluminado de blanco, por lo menos veía la mitad. Bajó con cuidado hasta la mitad y entonces vio algo. Era una persona plantada en medio del enorme espacio blanco, muy quieta, vestida con vaqueros negros, una camiseta negra de manga larga y un pasamontañas también negro. Parecía estar esperándola. Una mano enguantada de negro sostenía un cuchillo de carnicero. Hubo un instante de confusión durante el cual Susan y el intruso se miraron a los ojos. Los de él estaban inusualmente desorbitados, tenía la boca abierta y enseñaba los dientes. La extraña pausa se prolongó hasta que la figura echó a correr hacia ella.

Susan se dio media vuelta, chillando, y se cayó en las escaleras mientras el intruso se abalanzaba sobre ella y luego la arrastraba por una pierna hasta la planta baja. Ella le dio una patada y se le abrió el albornoz —solo llevaba las bragas debajo—, y entonces la «cosa» se sentó a horcajadas sobre su cuerpo, inmovilizándola contra el suelo y mirándole los pechos. Los ojos seguían desorbitados y la boca era una mueca, se le abría y cerraba como si no pudiera evitarlo, como si tratase de formular frases pero no pudiese emitir ningún sonido, y entonces Susan volvió a tomar conciencia del cuchillo y fue como si el intruso recordase también que lo sostenía y lo bajó hasta deslizar la punta por la cinta superior de sus bragas, Susan agarró involuntariamente la hoja para detenerlo y se rajó la mano entera mientras el intruso mantenía el cuchillo bien apretado contra su vagina; de la palma empezó a chorrear sangre que manchó rápidamente las bragas, el intruso alzó el cuchillo y trazó un arco con fuerza que le rebanó el pecho derecho. El cuchillo estaba tan afilado que al principio Susan no se dio cuenta de lo que había sucedido y cuando bajó la mirada no entendió: solo vio una capa roja y caliente que le cubría el

torso. Y entonces comprendió: era sangre. El pecho estaba destrozado, se había reventado al abrirse y un colgajo de carne pendía contra su costado; entonces el dolor la hizo ponerse a chillar de nuevo.

En Hillcrest, Thom corrió hacia su Corvette en bañador y camiseta, todavía descalzo, y salió disparado por Elevado saltándose todas las señales de stop que encontró hasta llegar a Canon, donde giró a la izquierda, frenó derrapando en el camino de entrada y se precipitó hacia la puerta principal, que estaba cerrada; podía oír a Susan chillando dentro de la casa. Corrió hasta la parte de atrás de la mansión, donde la puerta corredera seguía abierta, y se encontró a Susan en el salón, sentada en el suelo, encorvada sobre sí misma y con el albornoz empapado en sangre. Thom se quedó súbitamente paralizado; no comprendía lo que estaba pasando.

Cuando Susan levantó la mirada y vio a Thom gritó:

—¡Está aquí! —Y volvió a gritar—: ¡Está aquí!

Thom no entendía lo que tenía que buscar ni a qué se refería ella.

—¡Está aquí! ¡Está aquí!

Y entonces lo vio.

La figura con el pasamontañas, el cuchillo de carnicero chorreando sangre, abalanzándose contra él mientras Susan continuaba chillando y los dos caían al suelo. El intruso se incorporó rápidamente, se colocó en posición, levantó el cuchillo y se lo hundió automáticamente en la nalga izquierda cuando Thom estaba de lado, y con un movimiento descendente seccionó el muslo hasta llegar a la rodilla, la sangre brotando a borbotones, toda la carne abierta y colgando separada del resto de la pierna. El cuchillo no había tocado la arteria femoral pero la sangre que se derramaba por el suelo de mármol formó un charco que se iba extendiendo a toda prisa. Thom empezó a chillar.

Y entonces el intruso se volvió hacia Susan; ella intentó ponerse en pie pero él la agarró por detrás y la inmovilizó pasando el brazo con fuerza alrededor de su cuello. Por alguna razón, Susan olvidó mencionar el siguiente detalle en los primeros informes policiales: de forma instintiva, aferró el brazo con las dos manos, bajó la barbilla y clavó los dientes en la manga, y mordió con todas sus fuerzas el

antebrazo del intruso y no lo soltó. Notó el sabor de la sangre mientras este trataba de librarse de ella, sin parar de gritar de dolor, hasta que le dio una cuchillada en un brazo y ella abrió la boca. El intruso retrocedió tambaleante, dudó un momento y le soltó un puñetazo con la mano enguantada que la tiró de espaldas al suelo. Susan tenía la boca llena de sangre: había mordido tan profundamente el antebrazo que notaba trozos duros de carne que empezó a escupir; este detalle se lo contaría a alguien cinco días después. El intruso huyó por la puerta corredera abierta y desapareció en la oscuridad del patio.

Susan se arrastró por el enorme charco de sangre del salón hasta donde Thom yacía desangrándose, blanco como el papel y tiritando descontroladamente, y luego se puso en pie, se tambaleó hasta el teléfono y lo agarró, pero no se acordaba de que habían cortado la línea y el teléfono no funcionaba, así que se precipitó hacia la puerta principal de la casa pidiendo ayuda a gritos. Cruzó el patio hasta Canon con el albornoz empapado en sangre, el pecho destrozado aleteando en jirones; tenía el torso entero pintado de rojo y surcado por hebras de tejido colgando por todas partes, y sus bragas también estaban empapadas en sangre, y la cara totalmente embadurnada. Y entonces giró sobre sí misma cuando la deslumbraron los faros del Porsche de Robert, que frenó en seco y corrió hacia donde Susan se había desplomado en plena calle y ella le gritó llorando que Thom estaba dentro: se estaba desangrando, se estaba muriendo, tienes que salvarlo. Robert corrió hasta la casa mientras empezaban a aparecer vecinos horrorizados de sus residencias de North Canon. Alguien había llamado a la policía pero Robert salió de la casa cargando en brazos a Thom, que estaba perdiendo la conciencia y cuya pierna mutilada parecía «irreal» según un testigo —abierta de arriba abajo, parte de ella «colgando» a un lado—, y no esperó ni a la policía ni a la ambulancia. Colocó a Thom en el asiento del copiloto y Susan se subió también, apretujada contra él. Robert condujo hasta el hospital más cercano, que era el Cedars, circulando a toda velocidad por Santa Monica Boulevard y dando volantazos temerarios entre el tráfico, y luego bajando por Beverly, donde el Porsche entró como una exhalación en la zona de

aparcamiento de urgencias y donde Robert irrumpió pidiendo ayuda a gritos. Un grupo de celadores sacaron de inmediato dos camillas y colocaron a Thom ya inconsciente en una y a una histérica Susan en la otra, y antes de que la metiesen en el quirófano de urgencias ella le agarró un brazo a Robert y le pidió que llamase a Le Dome para avisar a sus padres, cosa que este hizo desde un teléfono en el puesto de enfermería, y Donald y Gayle llegaron al Cedars veinte minutos después.

Yo había preparado una bolsa para marcharme a un motel en Sepulveda Boulevard, no muy lejos de Sherman Oaks Galleria —no pensaba arriesgarme a pasar otra noche en la casa de Mulholland—, cuando sonó el teléfono de mi dormitorio a las nueve. Era Donald Reynolds, quien con voz aturdida me contó que un intruso había atacado a Susan y a Thom en la casa de Canon Drive y dijo:

—Susan me ha pedido que te llamase a este número para decirte que está muy preocupada por ti. Quiere que sepas que alguien anda suelto ahí fuera. Que quizá todos vosotros, no sé, habéis sido marcados como objetivos… por alguien… Eso me ha dicho…

De inmediato pregunté dónde estaba Robert Mallory y Donald me informó apresuradamente de lo que este le había contado cuando encontró a Thom y a Susan, y que era él quien los había llevado en coche al Cedars. Thom estaba en quirófano y difícilmente iba a salir de aquella, y Laurie Wright acababa de llegar y se encontraba en estado de shock. Lo único que fui capaz de preguntar, allí de pie y totalmente embotado en mi dormitorio, fue:

—¿Robert sigue ahí?

Esperé.

—Hum… no, se ha marchado. Ha vuelto a Century City —dijo Donald—. No tenía sentido que se quedara. Ya ha hablado con la policía. Ha dicho que…

Le di las gracias y le colgué a media frase.

Más tarde, según el aparcacoches y el personal de recepción de las Century Towers, Robert fue visto entrando al vestíbulo a las nueve menos diez con la ropa y la cara llenas de sangre seca y una bolsa de

deporte negra al hombro, y mientras se esforzaba por no echarse a llorar tranquilizó al portero diciéndole que se encontraba bien, que había sido testigo de un «terrible accidente» e iba a subir a lavarse antes de volver al hospital. Yo fui con el Jaguar hasta Century City, y tras cruzar las verjas de las Century Towers me detuve ante el puesto del aparcacoches y dije que Robert Mallory me había llamado y que necesitaba verme.

—He venido lo más rápido que he podido. Vamos juntos al colegio. Soy amigo suyo. No tengo ni idea de qué quería. Parecía… desesperado.

El aparcacoches asintió gravemente —había visto en qué condiciones se encontraba Robert al llegar treinta minutos antes—, y señaló hacia una plaza justo al lado de las fuentes delante de la entrada, pero no me dijo que pasase por recepción. Supongo que dio por hecho que lo haría. Me bajé del coche, entré a toda prisa en el vestíbulo y me detuve, eché una rápida ojeada al mostrador de recepción a lo lejos, detrás del cual se sentaba el portero solo. Decidí arriesgarme, me dirigí hacia el otro lado, entré en un ascensor y pulsé el 28.

Usé la llave que había encontrado en la habitación que Robert ocupaba en la casa abandonada de Benedict Canyon, y abrí sin hacer ruido la puerta del apartamento de Abigail.

Las luces del techo del salón estaban atenuadas, acentuando las espectaculares vistas de West Hollywood, las colinas sobre el Sunset trenzadas de luces y el tráfico de Pico Boulevard, escaso aquella noche de sábado. Todo parecía tan lejano que el mundo en aquel momento se me antojó irreal, y actué en consecuencia. Cerré la puerta por dentro y luego desmonté el pomo con los alicates que llevaba, aflojé el picaporte y la puerta quedó inutilizada, no había manera de abrirla: el proceso fue más ruidoso de lo que pretendía, se produjo un chirrido cuyo eco se proyectó por todo el apartamento cuando por fin logré extraer el picaporte y cayó rebotando contra el suelo. Esperaba que Robert apareciese corriendo en cualquier momento para ver qué había provocado aquel ruido en el recibidor, pero no fue así. Luego fui hasta la cocina, donde saqué un cuchillo del bloque dispuesto sobre la

encimera. Desconecté el teléfono, arranqué de un tirón el cable de la pared y entré en la habitación de Abigail, donde también desenchufé el teléfono, saqué el cable y lo coloqué sobre la mesilla de noche, y luego avancé por el pasillo a oscuras hacia el dormitorio de Robert.

Se oía el agua corriendo en la ducha del cuarto de baño contiguo al dormitorio, y seguí el sonido del agua como si fuese lo único que me guiara. Me quedé en la puerta del dormitorio y vi una bolsa de deporte negra encima del edredón gris, el equipaje a medio hacer: camisetas, ropa interior, unos vaqueros, neceser…. Y entonces vi los pantalones cortos y el polo amarillo que Robert llevaba hacía un rato ahora manchados de sangre y tirados en el suelo al lado de la cama, junto con unos calzoncillos y unos náuticos blancos también salpicados de sangre. No se oía nada más en el apartamento salvo el agua de la ducha que se estaba dando Robert. Entré despacio en el cuarto de baño envuelto en vapor, me acerqué a la mampara y alargué la mano lentamente hacia el tirador cromado con el cuchillo en la otra mano. Cuando abrí la puerta, la ducha estaba vacía. Me quedé mirando el agua caliente saliendo a chorros de la alcachofa, sin entender nada.

Y entonces oí que alguien gritaba mi nombre a mi espalda, pegué un chillido y me giré de golpe.

Robert tenía el pelo mojado, solo llevaba unos calzoncillos y una camiseta blanca, y comprendí que cuando entré en el dormitorio debía de estar agachado detrás de la cama, escondido. Ahora se había levantado y estaba allí de pie, justo enfrente de mí. Nos quedamos mirándonos fijamente en lo que pareció un estado de conmoción y sorpresa mutuo. Bajé la mirada y vi que sostenía un cuchillo en la mano. Y él vio el cuchillo que llevaba yo. Recordé cuáles eran mis motivos: quería hablar con él. Quería hacerlo confesar.

—¿Qué eran esos ruidos? —dijo—. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada, Robert —respondí en voz baja.

—¿Cómo has entrado, Bret? —me preguntó con voz aceradamente serena. Pero percibí el desconcierto que intentaba disimular—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has subido? ¿Qué eran esos ruidos?

Me costó unos instantes recuperar la voz. No esperaba que aquello

formase parte del relato: la ducha, el cuchillo, Robert escondido tras la cama.

—Solo… quería hablar contigo… —dije en voz muy baja—. Quería asegurarme de que podíamos hablar…

—¿Por qué llevas un cuchillo, Bret? —me preguntó con calma.

—Esta noche han… atacado a Thom y a Susan —dije.

—¿Por qué llevas un cuchillo, Bret? —volvió a preguntar.

—Has sido… tú, ¿verdad? Has… intentado… hacerles… —No pude terminar la frase.

—Yo los he encontrado —dijo Robert—. Los he llevado al hospital. No me has respondido. ¿Por qué llevas un cuchillo, Bret?

Ignoré su pregunta, respiré hondo y dije con cautela:

—Quiero saber qué has hecho con Debbie…

—Lárgate de aquí —me advirtió en voz baja.

—¿Dónde está? —le pregunté.

No se había movido. Seguía allí plantado tras la cama, muy quieto.

—No sé dónde está, Bret.

—No… no te creo.

—Me da igual que no me creas. Pero voy a llevarte abajo hasta el vestíbulo y voy a pedirle al portero que te acompañe a la salida…

—No, no vas a hacerlo —dije.

Guardó silencio y trató de no parecer sorprendido por el tono de mi voz. Luego preguntó:

—¿A qué te refieres con que… no voy a hacerlo?

—Me vas a decir dónde está Debbie Schaffer. Y luego vamos a llamar a la policía. —Hice una pausa—. Necesitas ayuda, Robert. Estás enfermo. Y necesitas ayuda. —Me lo quedé mirando fijamente.

Robert no dijo nada. Simplemente se quedó inmóvil con el cuchillo de carnicero en la mano. Se había puesto la camiseta y los calzoncillos estando aún mojado, y se veían unas marcas ovales donde la humedad había tocado la tela. Los ojos almendrados se entrecerraron levemente, como si hubiera comprendido algo.

—Estás con ellos, ¿verdad? —me dijo en voz muy baja.

—¿Con quiénes, Robert? —le pregunté como si hablara con un niño.

—Eres uno de ellos —dijo, como convenciéndose.

—Solo quiero que me digas dónde está Debbie. Y solo quiero que busques ayuda.

—Eres uno de esos pirados que me han estado siguiendo —murmuró Robert, mirándome fijamente a la cara, y luego sus ojos empezaron a pasearse por mi cuerpo—. Desde aquel verano… después de la película… cuando empezó… —Su voz se fue apagando, como perdido en una ensoñación—. Estabas allí…

—No sé de quiénes hablas, Robert.

—Estás con ellos, ¿verdad? —dijo como en trance. Dio un paso atrás lentamente—. Eres el loco que me ha estado siguiendo.

—Robert, dime dónde está Debbie —dije con voz tensa.

—Eres uno de ellos. Eres uno de los pirados que me han estado siguiendo. Admítelo de una puta vez, Bret.

—No soy uno de ellos —dije—. Solo quiero hablar contigo de dónde está Debbie.

—Lárgate de aquí. Aléjate de mí.

Una sensación asfixiante parecía alzarse en la habitación. Aquello no podía sostenerse mucho más tiempo, iba a estallar por algún lado. La acumulación se estaba volviendo insoportable. La presión era absoluta.

—Solo quiero ayudarte —repetí. Y entonces empecé a rodear lentamente la cama hacia donde estaba Robert—. ¿Dónde está Debbie? ¿Dónde la has llevado?

—Apártate de mí.

Hizo un movimiento repentino: trazó un arco en el aire con el cuchillo. Y luego se subió a la cama de un salto, desde donde me observó manteniendo cuidadosamente el equilibrio sobre el colchón. Me giré hacia él y lo miré desde donde estaba.

—¿Dónde está Debbie, Robert? —dije levantando la voz.

—Largo de aquí —gritó él—. ¡Estás con ellos! ¡Lárgate de una puta vez!

—¿Dónde está Debbie? —le grité yo.

En ese momento Robert se abalanzó sobre mí blandiendo el cuchillo y noté la punta de la hoja cruzando por mi cara, seccionándome la

frente y la mejilla. Antes de que pudiese reaccionar volvió a atacarme y noté la punta del cuchillo rajándome la nariz y los labios. La sangre empezó a chorrear por mi cara y tuve que parpadear para que no me entrase en los ojos. Me tambaleé a ciegas hacia delante con el cuchillo en alto, pero Robert se había escapado de la habitación y yo me desplomé contra el lavamanos del cuarto de baño; no pude ver mi reflejo en el espejo porque había demasiado vapor: el agua caliente seguía saliendo de la ducha. Me limpié la cara con una toalla de mano que cogí de al lado del lavabo y la miré mientras regresaba al dormitorio. Se había manchado al instante de rojo. Le di la vuelta y volví a apretármela contra la cara, y el otro lado quedó igual de ensangrentado. Sostuve la toalla contra la frente para detener la sangre que me chorreaba sobre los ojos al tiempo que avanzaba por el pasillo.
Oí los gruñidos de pánico de Robert mientras intentaba abrir la puerta del apartamento.

—¿Qué has hecho? —gritó—. ¿Qué coño has hecho?

Yo seguía con la toalla apretada contra la frente mientras me acercaba al salón. Lo oí correr hacia la cocina y trastear con el teléfono desconectado, que acabó lanzando contra el suelo. Emitió ruidos animales de terror cuando empezó a aporrear de nuevo la puerta, golpeándola con los brazos y los puños.

—¡Socorro! —gritaba—. ¡Socorro!

—Robert —dije, avanzando hacia la oscuridad del salón—. Solo quiero que hablemos.

De repente se hizo el silencio. Me quité la toalla de la frente y paseé la mirada por el apartamento, pero no localicé a Robert. No estaba en la puerta ni en la cocina. Me acerqué con cuidado a la mesa del comedor, a la chimenea de granito y el cuadro de Hockney. La hemorragia había remitido, ya no me entraba sangre en los ojos, pero notaba el sabor en la boca y la cara húmeda. Estaba a punto de volver a pronunciar su nombre cuando de repente emergió de la oscuridad desde un punto que no me esperaba, me empujó contra una pared, levantó el brazo y me acuchilló en el pecho, pero la punta impactó contra el esternón y la hoja resbaló hacia abajo, rajando la zona del

pectoral, y noté la sangre cayéndome por el abdomen. Aparté a Robert de un empujón y blandí mi cuchillo contra él salvajemente: una enorme línea roja se abrió de pronto a través de su pecho, su caja torácica, el torso; el rojo floreció en la camiseta blanca. No era un corte profundo, pero la sangre empezó a salpicar el suelo de mármol. Se abalanzó de nuevo contra mí y trató de acuchillarme otra vez en el pecho, pero una vez más no pasó del esternón: todo aquello sucedió en cuestión de segundos. Lo aparté y caí de espaldas contra la pared, me giré hacia ella y empecé a deslizarme hacia el suelo, asombrado no solo de la cantidad de sangre que se extendía por la superficie blanca, sino también de que fuese mía.

Robert estaba abriendo la puerta corredera que daba al balcón, y yo me lancé sobre él y le di una cuchillada en la espalda. Se giró y levantó una pierna para apartarme de una patada, y yo caí al suelo boca arriba. Cuando volvió a girarse hacia la puerta para abrirla vi que tenía toda la espalda roja de sangre. Abrió del todo la puerta corredera de cristal, salió al balcón, cerró de golpe y la mantuvo así mientras gritaba pidiendo ayuda. Continuó aguantándola sin dejar de pedir auxilio, porque no podía cerrarla desde fuera, y yo empecé a tirar para abrirla. Él se apoyó con todo su peso para impedírmelo. Inmediatamente me separé un paso de la puerta y le propiné una patada con todas mis fuerzas. Y luego otra. Robert seguía aguantándola sin dejar de chillar, con la cara enrojecida. Tenía la camiseta desgarrada completamente empapada de sangre, y el líquido rojo salpicaba por todo el suelo de baldosas blancas del balcón. Me aparté de los ojos las gotas de sangre que volvían a caerme de la frente. Robert, ahora en cuclillas y sin dejar de aguantar la puerta por el tirador, seguía gritando, pero el resto del mundo quedaba muy abajo, ¿quién iba a oírlo? Le di otra patada a la puerta y el cristal se agrietó por fin. Continué dando patadas y la grieta fue extendiéndose hacia arriba por el cristal. Robert seguía pidiendo socorro y aguantando la puerta, con los músculos tensos y la sangre chorreándole por las piernas. Di otra patada y la puerta entera reventó en una cascada de añicos que se desparramaron por el balcón.

Robert retrocedió y miró por encima de la baranda. Pensé que iba a

saltar, me abalancé sobre él con el cuchillo, lo tiré al suelo y lo inmovilicé subiéndome a horcajadas sobre su cintura. Se retorció sobre los cristales rotos que se me clavaban en las rodillas mientras trataba de agarrarle la muñeca que sostenía el cuchillo, pero consiguió apuñalarme en el muslo, hundió la hoja, la sacó y volvió a clavármela, y yo grité y rodé por la alfombra de añicos notando cómo me cortaban en la nuca. Agarré el antebrazo de Robert y se lo estampé repetidas veces contra el suelo lleno de cristales, tratando de hacer que soltara el cuchillo. Se las arregló para zafarse, se agarró a la baranda con una mano llena de añicos incrustados y lo miré horrorizado mientras se encaramaba.

—Robert —grité—. ¡No!

Se agachó sobre la baranda y tiró el cuchillo por encima, sacó una pierna y después la otra sin soltarse de la baranda, y luego se dejó caer al vacío.

Chillé y me arrastré gateando hacia el borde del balcón olvidándome por un momento de los cristales rotos que se me clavaban en las rodillas y las palmas de las manos, y miré hacia abajo.

Robert había caído en el balcón iluminado del piso inferior, que sobresalía algo más de un metro respecto a la baranda de la última planta de las Century Towers.

Oí cómo aporreaba la puerta acristalada del apartamento y pedía socorro a gritos, pero nadie respondía, estaba cerrado, las luces del interior apagadas, no había nadie en casa. Sentí oleadas de adrenalina recorriendo mi cuerpo mientras me subía a la baranda, resbaladiza por la sangre, y fingí que no me encontraba a veintiocho plantas del suelo y que lo que había allá abajo era un mundo en miniatura, que nada de aquello era real, y, sin soltar el cuchillo, aterricé en el balcón, una caída de casi tres metros. Me precipité contra Robert, que estaba pegajoso y reluciente de sangre, y lo aparté de la puerta de cristal ahora embadurnada de rojo mientras seguía chillando desesperado a la oscuridad del apartamento, y empecé a zarandearlo gritándole en la cara:

—¿DÓNDE ESTÁ DEBBIE ?

No me di cuenta cuando me acuchilló el brazo, la hoja no entró tanto como para notarlo. Él no paraba de vociferar: «¿Qué querías de mí qué quieres de mí por qué me seguías?». Estaba en pleno delirio de terror y furia y tenía las piernas y los brazos llenos de trocitos de cristal incrustados, y luego me empujó y se abalanzó sobre mí blandiendo el cuchillo y noté la hoja rasgándome la camisa y rajándome de nuevo en el pecho. Blandí torpemente la hoja de mi cuchillo contra su brazo desnudo y la sangre empezó a chorrear. Robert cerró el puño de ese mismo brazo y me propinó un golpe en la cabeza con tal fuerza que caí de rodillas aturdido. Lo vi todo blanco por un instante y noté que mis ojos daban vueltas en las cuencas mientras me tambaleaba sobre las rodillas. Me sentía pegajoso de sangre por todas partes.

Bajé la mirada hacia el suelo salpicado de sangre y entonces alcé la cabeza: pensé que iba a vomitar cuando vi a Robert encaramarse a la baranda de la planta veintisiete, pero me lancé a por él, lo agarré por una pierna y tiré con fuerza. Cayó de nuevo en el balcón, se puso a darme patadas y yo me aferré a su pantorrilla para tratar de frenarlo, pero consiguió impactar con el talón descalzo contra mi mejilla. Con la camiseta y los calzoncillos completamente manchados de sangre, se levantó como pudo y se subió a horcajadas sobre mí mientras yo yacía allí tumbado, viéndolo todo borroso y reverberando a mi alrededor, y entonces noté sus manos en mi garganta, apretando lentamente, pero estaban demasiado humedecidas por la sangre, se le resbalaban y no lograba agarrarme bien ni aplicar la presión adecuada, así que fui capaz de levantar la mano con que sostenía el cuchillo y clavárselo a ciegas. Una de sus manos me soltó la garganta y me atizó un golpe que me hizo soltar el cuchillo, que rebotó con un sonido metálico por el balcón ensangrentado. Entonces lo agarré por la garganta con ambas manos y lo acerqué hacia mí hasta que estuvimos cara a cara. Él forcejeó para incorporarse, tirando hacia atrás, y finalmente se zafó de mi agarre y se giró para cogerse de nuevo a la baranda.

Medio asfixiado, conseguí levantarme para impedir que se subiese. Ahora estábamos los dos inclinados con medio cuerpo por encima de la baranda, aferrados en un abrazo desesperado, y comprendí que estaba

intentando tirarme por el balcón. Me envolvió el aroma a cobre de la sangre y todo estaba muy silencioso, y lo que estaba pasando no había durado ni dos minutos —todo había sucedido rapidísimo—, pero empezaban a fallarme las fuerzas. Nos quedamos inmovilizados en una llave férrea: ninguno era capaz de mover al otro. De repente me sentí tan exhausto que Robert consiguió por fin empujarme y agarrarse de nuevo a la baranda: yo me lo quedé mirando y comprendí que iba a saltar al balcón de abajo. Y en cuestión de segundos pasó las piernas por encima y se quedó colgando por las manos, e intentó columpiarse para saltar al balcón de la vigesimosexta planta. Pero era del mismo tamaño que en el que estábamos ahora; solo el de la planta veintiocho tenía un balcón más pequeño. Me arrastré como pude hasta la baranda, donde solo se veían las manos de Robert, los nudillos que no cubría la sangre blancos por el esfuerzo. El suelo de la terraza estaba mojado, como si hubiese llovido o lo hubiesen regado con una manguera, pero era nuestra sangre, y me resbalé mientras me incorporaba tambaleante sobre las rodillas, y por fin miré abajo y vi a Robert tratando de balancear el cuerpo hacia la planta veintiséis.

—Robert, por favor, te quiero ayudar —grité—. ¡Robert, no!

Y entonces levanté un puño ensangrentado y lo estampé contra el dorso de su mano.

Robert emitía unos jadeos desesperados. Continuó balanceándose, intentando orientar su cuerpo hacia el balcón.

Levanté de nuevo el puño y lo dejé caer con fuerza sobre su otra mano.

—¡Robert, no! —grité.

Y entonces Robert cayó silenciosamente en la oscuridad.

Solo hubo silencio, ningún chillido, y después un espantoso crujido que pudo oírse a veintisiete plantas de altura cuando el cuerpo impactó contra el tejado del garaje. Miré hacia abajo pero no se veía nada. Me eché a llorar y me derrumbé en un rincón de la terraza y pronto oí las sirenas a lo lejos. Me quedé acurrucado sobre las baldosas ensangrentadas, abrazándome las piernas. En un momento dado oí que embestían con fuerza contra la puerta del apartamento de arriba. Se

oyeron voces. Empecé a pedir socorro a gritos. Y entonces se encendieron las luces en el apartamento vacío a oscuras de la planta veintisiete y las voces se acercaron. Yo chillaba cosas sin sentido; todo a mi alrededor olía a óxido, era el olor de la sangre coagulándose. La puerta corredera se abrió pero la sangre me tenía cegado y no podía ver nada, estaba realmente histérico. «He intentado ayudarlo se ha matado era mi amigo lo quería lo quería he intentado salvarlo hace un rato atacó a dos amigos míos ha saltado ha saltado». Me estaban levantando. «Me encerró en el apartamento pensé que me iba a matar». Los paramédicos me tendieron en una camilla, me limpiaron la cara y me cubrieron la nariz y la boca con una máscara de oxígeno. Me condujeron a través del apartamento y me bajaron en el ascensor. Vi el techo abovedado del vestíbulo mientras continuaba vociferando mi retahíla inconexa aunque nadie podía oírme por culpa de la máscara de oxígeno. «Él mató a esas chicas mató a Debbie atacó a Susan me pidió que viniese que me necesitaba me ha atacado ha intentado matarme y luego ha saltado yo lo quería lo quería». Suplicaba implorante a cualquiera que me escuchara. Me llevaron hasta el exterior, donde las luces azules y rojas giraban y las sirenas perforaban el aire, y lo último que vi antes de perder la conciencia fue a dos paramédicos empujando lentamente otra camilla hacia una ambulancia, y encima algo totalmente deforme, un amasijo, algo que se había reconfigurado al chocar contra el tejado del garaje de las Century Towers y se había convertido en otra cosa, y la sábana que la cubría estaba manchada de rojo, morado y amarillo; era como una especie de escultura, y algunos fragmentos asomaban por debajo de la tela: era algo que no habría cabido en una bolsa para cadáveres. Y cuando comprendí que bajo la sábana estaban los restos de Robert empecé a chillar hasta que me desmayé.

31

Estaba en una habitación en penumbra del Cedars-Sinai, y cuando me desperté en mitad de la noche Laurie Wright se encontraba de pie a mi lado.

Las heridas no revestían gravedad, aunque me tuvieron que dar ciento quince puntos de sutura. Las cuchilladas que Robert Mallory me había asestado no eran profundas ni suficientemente «invasivas» como para precisar de una atención médica seria, me explicó uno de los médicos. Además del leve corte en la cara —que no requirió puntos—, me acuchilló en el esternón, en el muslo derecho y en el brazo, y me rajó en el pecho varias veces. Aprendí que es difícil recibir puñaladas profundas en una pelea con cuchillo. Aprendí que es difícil infligir una herida letal. Aprendí que es difícil «traspasar» la caja torácica. Aprendí que hay que apuñalar de una manera muy específica y en un ángulo muy específico para que la herida resulte fatal. Todos mis órganos estaban intactos y ningún vaso sanguíneo importante se había visto afectado. Puede que hubiera llegado a urgencias del Cedars-Sinai convertido en un despojo sanguinolento, pero mis heridas no eran ni remotamente letales. Visto en retrospectiva, todo aquello se me antojó vagamente rutinario, como si llevase ensayándolo mucho tiempo: le expliqué a la policía lo que me había sucedido en el apartamento 2802 de las Century Towers sin que hubiera nadie que pudiese desmentirlo. Conté que Robert me había llamado *después* de salir del hospital desde una cabina «no sé dónde» y que estaba «extremadamente alterado» y necesitaba verme. Le conté a la policía que sabía que tenía problemas mentales y que había estado ingresado en un psiquiátrico de Illinois después de un intento de suicidio en enero, y que creía que Robert estaba relacionado de algún modo con los crímenes del Arrastrero, que en el verano de 1980 había estado saliendo con Katherine Latchford antes de que esta desapareciese, y expliqué la cronología que había averiguado y que relacionaba a Robert con las otras chicas; también les

conté que estaba convencido de que Robert era el responsable de la desaparición de Debbie Schaffer (los agentes aún no sabían nada de aquello) y que Robert Mallory era en realidad quien había atacado a Susan Reynolds y Thom Wright en la casa de North Canon Drive y que después de huir había fingido rescatarlos; era una persona enferma, les expliqué; era un maníaco, les conté; quería hacerle daño a Susan, tenía que *seducirla* , era parte del juego; y también había tenido algo que ver con la muerte de Matt Kellner, pero ninguna de las personas con las que hablé tenía ni idea de quién era este.

Repetí esta historia a cualquiera que quisiera oírla: a los Reynolds, a Laurie Wright, a los agentes que me tomaron declaración, a los médicos que me atendieron. Yo había ido, les contaba una y otra vez, a ayudar a un amigo «muy trastornado», alguien que me había dicho por teléfono que iba a matarse, de modo que «corrí» a Century City para tratar de impedir que se suicidara, porque sabía que no era la primera vez que lo intentaba. Fui presa del pánico, les conté. Cuando llegué al apartamento no encontré a Robert. Estaba buscándolo en el dormitorio principal cuando oí un ruido. Y entonces vi que Robert había desmontado la puerta de entrada —había cerrado con llave y había sacado el pomo para que no pudiese abrir— para «cazarme», y que yo me había defendido con un cuchillo que encontré en la cocina. Me puse a pedir socorro a gritos, pero por lo visto nadie me oyó, dije. Incluso después de que Robert consiguiera acuchillarme varias veces intenté apartarlo de la baranda de los balcones de las plantas veintiocho y veintisiete, al tiempo que intentaba defenderme. Lo reiteré: Robert era mentalmente inestable. A Robert lo habían ingresado en un psiquiátrico. Había violado a su hermanastra. Había intentado suicidarse antes. Había matado a un amigo mío. Lo reiteré: intenté ayudarlo. Y luego saltó.

Todo esto quedó transcrito y me hicieron muy pocas preguntas —cuando me planteaban una respondía agotado, a menudo con lágrimas en los ojos y estallando en sollozos—, y luego firmé mis declaraciones con una mano vendada que poco antes había estado incrustada de cristales rotos.

Laurie Wright me contó que habían contactado con mis padres, pero que no estarían de regreso en Los Ángeles hasta dentro de dos noches debido a lo dificultoso y enrevesado de su ruta por Europa. El barco en el que navegaban tardaría una jornada en atracar, luego los llevarían al aeropuerto más cercano y volarían hasta Londres, donde tomarían el Concorde a Nueva York y de ahí un vuelo sin escalas de American Airlines al LAX.

Pedí el alta el domingo a última hora de la tarde y Laurie Wright me llevó a su casa en North Hillcrest, donde me quedaría hasta que llegasen mis padres. Iba a dormir en la habitación de Thom, y Laurie me acompañó hasta su cama con el arrugado edredón a cuadros porque yo aún caminaba arrastrando los pies con rigidez, por mucho que las pastillas para el dolor me hiciesen sentir como si flotase a cámara lenta, y cuando me tumbé muy despacio sobre el colchón respiré el olor de Thom, me envolvió, y coloqué una almohada a mi lado y fingí que era él, rezongando por culpa del dolor del pecho, los brazos y los muslos que se filtraba a través de los calmantes, pero dejé la vista perdida sobre el banderín de los Griffins colgado en la pared del escritorio y su inocencia me reconfortó. No conocía el alcance —la gravedad— de la herida de Thom, solo que una pierna había resultado «dañada», pero me preocupé por él y por su futuro. Los calmantes me ayudaron a dormir y no salí de la cama hasta bien entrada la noche del domingo. Tenía el pecho y el muslo derecho vendados, pero cuando me miré en el espejo del cuarto de baño de Thom y me vi la cara parecía simplemente, a pesar de la espantosa hinchazón rojiza y violácea fruto del puñetazo de Robert, como si me hubiesen arañado; tenía una cicatriz muy fina que me bajaba por la frente y otra que me dividía la nariz y los labios. Laurie volvió del hospital y se pasó el resto del domingo en la casa mientras Thom se sometía a otra operación para reconstruirle la pierna, y aunque estuvo un momento consciente y habló con su madre brevemente antes de entrar en quirófano, Laurie Wright no podía hacer otra cosa salvo esperar. Lionel venía en un vuelo desde Nueva York el martes, y me pregunté ociosamente qué le habría sucedido al atractivo joven con el que vimos a Laurie en la fiesta de

inicio de curso, que ahora daba la sensación de haber tenido lugar en otro mundo hacía una eternidad.

Cuando Laurie volvió a la casa de Hillcrest al final de la tarde con algo de comida preparada que había comprado en una tienda cercana antes de que cerrase, le pregunté cómo estaba Susan. Laurie se encogió de hombros mientras abría una botella de vino blanco.

—No lo sé, supongo que se pondrá bien —dijo, y luego comentó algo de cirugía reconstructiva y de lo avanzada que estaba hoy en día.

—¿Cirugía… reconstructiva? —pregunté sin comprender.

Laurie me miró y no me lo aclaró.

—No la he visto. Volverá a casa el miércoles.

Laurie se bebió la primera copa de vino mientras yo estaba sentado con ella a la mesa de la cocina, colocado por la medicación, casi como en un sueño: no sentía nada, apenas era capaz de comerme el sándwich de pavo que me había traído, apenas podía levantar la mano vendada y, sin embargo, me sentía extrañamente libre.

—Pero me cuesta… —estaba diciendo Laurie tras servirse una segunda copa de vino. Se calló mientras cavilaba—. Le ha roto el corazón a mi hijo. Siento lástima por ella, pero ya no me cae bien, la verdad.

Vimos el informativo local de las once en la ABC y la noticia principal era el estudiante de un colegio privado que se había suicidado tirándose desde un rascacielos de Century City tras agredir a un compañero de clase, y evidentemente la historia se asociaba también con el ataque sufrido por Susan y Thom ya que Robert estaba relacionado con ambos, y por un breve tiempo, después de mi declaración, se aludió al Arrastrero y se comentó que, aunque Robert *no* era el Arrastrero, sí que podría tener ciertas conexiones con el asesino en serie que se habían hecho más patentes tras su suicidio. Pero ninguno de nosotros sabíamos aún cuáles eran dichas conexiones.

El lunes por la mañana, antes de que Laurie se fuese al hospital a las nueve, vimos las noticias locales de la ABC en *Good Morning America* ; una docena de coches patrulla se habían presentado en Benedict Canyon el domingo en plena noche mientras dormíamos. Las luces

giratorias azules y rojas bañaron la casa en una oleada psicodélica de color, y allí encontraron el cadáver de Audrey Barbour, la cuarta víctima conocida del Arrastrero, en una habitación insonorizada en el sótano improvisado: la habitación en la que yo había intentado entrar en vano. Me quedé sentado en el sofá de la salita de Hillcrest Drive con una bata de Thom puesta —verde oscuro con el logo de Polo, y con un vago aroma a Aramis y Old Spice—, y miré aletargado la pantalla del televisor en medio de una bruma de Vicodin. Estaba pensando: Esa es la casa que devoraba gente. Estaba pensando que esa era la casa donde Matt Kellner estuvo encerrado durante varios días mientras Robert Mallory lo torturaba después de haberse ganado su confianza. Esa era la casa donde Robert Mallory tramó sus horrendos planes. En el reportaje se veía cómo sacaban una bolsa para cadáveres por un lateral de la casa; reconocí la puerta abierta por la que había entrado pocos días antes. Laurie Wright se echó a llorar. Hasta meses más tarde no supimos a qué se refería el Arrastrero con lo que en sus cartas llamaba «las alteraciones», «los ensamblajes» y «las reconstrucciones». El cadáver sacrificado de Audrey Barbour fue encontrado con varias extremidades de animales desaparecidos grapados a su cuerpo por el Arrastrero y por «sus amigos» que habían estado «siguiendo la luna»: ese era «el proyecto» que había creado el Arrastrero, todo meticulosamente cosido como una colcha de patchwork. Aquello era una variante elaborada de lo que se le había hecho a las otras tres chicas, que tal vez también habían pasado un tiempo en aquella casa.

En la puerta de la habitación insonorizada de la casa abandonada de Benedict Canyon había una lámina de carne descompuesta de Audrey Barbour, extraída de su espalda y hombros y colgada como si fuese una cortina que había que apartar para entrar en el cuarto donde apareció su cadáver: lo habían «decorado»; le habían embutido peces en la boca, tenía la cabeza y el cuello de un gato desplegados sobre la frente y grapados a ella, el resto del cuerpo del animal colgaba de la vagina de Audrey, las piernas dobladas y abiertas como si lo estuviese dando a luz. La cabeza de Audrey estaba adornada con los cuerpos lánguidos de serpientes decapitadas, y una peluca hecha con las cabezas coronaba su

cráneo. Le faltaban los pechos: se los habían cortado y reemplazado por dos cabezas de gato dispuestas en el vacío sanguinolento de las heridas. Le habían abierto el ano con el hocico de un perro decapitado, al que habían grapado el cuello de otro perro destrozado. Como he dicho, estos detalles no los supimos hasta meses más tarde, y no todos: tuvo que pasar un año para que se revelase por completo el espanto de «la obra» del Arrastrero. Pese al hallazgo del cadáver de la cuarta víctima del Arrastrero en la casa de Benedict Canyon, Robert Mallory no figuró en ningún momento de los días posteriores como sospechoso clave: luego me enteré de que había sido una teoría «tentadora», pero que ciertos elementos sencillamente no encajaban.

Debbie Schaffer volvió a Stone Canyon en la mañana de aquel lunes 9 de noviembre.

El jueves por la noche se había marchado de Bel Air para ir a Hollywood Hills, a la casa de un músico de treinta años con el que se había estado viendo de vez en cuando durante el año anterior, antes de que empezase nuestra relación, y también durante la misma. Su nombre artístico era Shore Lanes y era el guitarrista de Line One, una banda local poco conocida que nunca llegaría a ninguna parte; Susan Reynolds sabía lo de Shore y fue el primer sitio al que llamó el viernes por la mañana, pero Debbie había pedido a cualquiera que respondiese al teléfono que no dijera que estaba allí. Se pasó el fin de semana en la casa de Shore tratando de borrar de su mente las fotos que había visto de su padre conmigo en la cama del Beverly Hills Hotel, y estuvo inmersa en una juerga cocainómana de tres días en una casa en la parte alta de la ciudad, en Appian Way, junto con varios miembros del grupo y sus grupis, a los que también se añadieron un par de chicas y un chico, miembros de los Jinetes del Más Allá, todos de diecisiete años, que se habían hecho amigos de los músicos. Debbie no se enteró de nada de lo sucedido a Susan y Thom hasta el lunes por la mañana, ya que nadie sabía dónde estaba ni podía ponerse en contacto con ella, que era precisamente lo que ella quería. El tiempo desapareció mientras iban pasando por allí camellos y el grupo ensayaba canciones de un nuevo disco que jamás se publicaría aunque hubiesen recibido un

cuantioso anticipo de la compañía; a la casa alquilada no llegaban noticias del mundo exterior, tan solo un suministro constante de cocaína, vodka y tequila, y cuencos llenos de Valiums y Quaaludes, entregas de la licorería del barrio, cajas de cervezas, cartones de tabaco, enormes botellas de mezcla de margarita… todo lo cual contribuía a la anulación mental de Debbie.

Y cuando, exhausta, se retiró al dormitorio de Shore, se encontró encendido el pequeño televisor del rincón, y al tumbarse en el colchón y mirar amodorrada la pantalla, incapaz de dormir, se dio cuenta de que lo que estaba viendo era la casa de Susan Reynolds en North Canon Drive, y entonces apareció una foto de Robert Mallory del anuario de Roycemore, y Debbie contó que creyó que estaba soñando, pero entonces se incorporó presa del pánico y fue incapaz de encontrar el mando para subir el volumen. Vio secuencias de la casa de Benedict Canyon iluminada por las luces giratorias de la policía. La bolsa para cadáveres que sacaban por la puerta lateral. Un plano de las furgonetas de las televisiones aparcadas por toda la carretera del cañón. Una imagen de las Century Towers. Fotos de anuario de Thom Wright, Susan Reynolds y Bret Ellis aparecieron una tras otra en la pantalla. Debbie se vistió y salió de la casa a la fría luz de la mañana, y estuvo deambulando por la calle durante treinta minutos buscando su coche antes de acordarse de que lo había escondido en el garaje, ya que no quería que nadie la encontrase, y entonces volvió por Sunset hasta Bel Air. Maria soltó un gemido sollozante al verla y cayó de rodillas, y Steven Reinhardt llamó a Terry al Cedars; este quiso hablar con su hija, pero ella se negó. También se negó a hablar con Liz. En cambio escuchó estoicamente a Steven mientras le contaba lo sucedido: el ataque a Susan y Thom, más tarde a mí, y el suicidio de Robert del que solo yo había sido testigo. Tras unos instantes de silencio, mientras miraba impasible a la cara de Steven, lo primero que preguntó Debbie Schaffer fue:

—¿Un suicidio? ¿Es eso lo que dice Bret?

Me lancé a los brazos de mi madre llorando cuando llegó a la casa de Laurie Wright el martes a primera hora de la mañana para llevarme de

vuelta a Mulholland en una limusina negra que nos esperaba en la acera delante de la residencia de North Hillcrest.
El viernes llamé a Susan para preguntarle si podía ir a verla y me dijo que sí.

Aquella semana yo no había vuelto al colegio ni había hablado con nadie salvo con mi madre y con alguien del Departamento de Policía de Los Ángeles que quería volver a interrogarme sobre lo sucedido en el apartamento de la planta veintiocho de las Century Towers —al parecer Abigail Mallory tenía sus dudas sobre mi relato—, pero le conté al inspector la misma historia, aunque embellecida con detalles sobre Robert para hacerla más dramática y aterradora. A ver, ¿quién iba a desmentirla? Y me decepcionó que no me preguntase por Katherine Latchford, Matt Kellner ni nada que no fuesen los acontecimientos que condujeron al ataque en el apartamento. Me quedaba sentado en una mesa del patio tratando de desconectar de todo gracias a los restos del Vicodin junto a Marty Reed, el abogado de mis padres, aunque en realidad ya no tenía dolores. Me pasaba mucho rato en el cuarto de baño examinando las heridas que me había infligido Robert Mallory, me quitaba las vendas y observaba las zonas cosidas, fascinado especialmente por la larga línea que comenzaba en el esternón y descendía por la caja torácica: un ciempiés morado oscuro, pensaba yo que parecía.

Evitaba sobre todo las noticias relacionadas con lo sucedido aquella noche, pero el hallazgo del cadáver de Audrey Barbour sustituyó pronto el interés por el ataque en Canon Drive y el suicidio en Century City, y solo los medios de comunicación relacionaron presuntamente a Robert con el Arrastrero y sus crímenes… y yo no podía entender por qué. No se hizo ni una sola mención a Deborah Schaffer, no apareció ninguna alusión a su desaparición en ningún sitio, y estoy bastante convencido de que eso fue cosa de Terry y Liz, o tal vez ni siquiera llegaron a denunciar su desaparición: sencillamente Debbie se había marchado de fin de semana y había vuelto a la casa de Stone Canyon el lunes por la mañana. Y Debbie fue la única persona a la que Susan dejó entrar en su dormitorio de Canon Drive, donde se recuperaba a la espera de otra

cirugía reconstructiva.

Aquella tarde de viernes Gayle me hizo pasar a la casa, cruzamos el salón y la seguí escaleras arriba y por el pasillo hasta el dormitorio de Susan; habían pasado seis días desde el ataque.

Susan estaba sentada en la cama, Gayle le preguntó si necesitaba algo y ella negó con la cabeza. Los calmantes la tenían sedada, medio extraviada en una bruma medicamentosa, y estaba escuchando a Icehouse. Llevaba una bata, pero entreví parte del vendaje alrededor del pecho y era imposible no fijarse en que tenía uno de los lados simplemente aplanado, y tuve que ahogar un gemido. Cuando hicimos amago de abrazarnos nos reímos los dos al sentir un estremecimiento de dolor, y acto seguido nos echamos a llorar. Me senté en el borde de la cama junto a Susan y ella se llevó la mano vendada con la que había agarrado el cuchillo del intruso a la boca para tapársela mientras derramaba lágrimas profusas, y entonces yo agaché la cabeza y el llanto me empezó a sacudir los hombros; no necesitamos verbalizar por qué llorábamos: sabíamos que era por todo, por lo que le había pasado a Thom, por lo que le había pasado a Robert, por los ataques que habíamos sufrido unos y otros, por la canción que sonaba, por todo. Hablamos en voz baja y nos hicimos promesas. Antes de recibir el alta el miércoles Susan había ido a ver a Thom, y me dijo que iba a ponerse bien. Asentí y me eché a llorar de nuevo, y luego ella me preguntó si había visto a alguien y le dije que no: no había vuelto a Buckley, apenas había salido de mi cuarto, iba puesto de Vicodin todo el tiempo, probablemente no debería haber ido en coche a Beverly Hills. Ella sonrió.

La música de Icehouse continuaba filtrándose suavemente por la habitación, y entonces me di cuenta de que Susan había tenido todo el rato en el regazo un sobre de papel manila junto con una serie de fotos de veinte por veinticinco que había estado mirando. Estiré el cuello cuando les dio la vuelta. Eran en blanco y negro y parecían tomadas con un teleobjetivo. Susan y Robert en Palm Springs, en Las Casuelas; estaba hecha desde la acera de enfrente de North Palm Canyon Drive, y se les veía sentados a una mesa en la cantina. Susan y Robert en el

patio trasero de sus abuelos, Robert en bañador, Susan en biquini, tendidos en una tumbona. Susan y Robert dentro de la piscina con el agua por la cintura. Susan y Robert uno al lado del otro junto al BMW blanco en el aparcamiento de último curso, esta tomada desde algún punto de las laderas que rodean Buckley. Todas estaban hechas desde lejos, como si el fotógrafo estuviese escondido. Susan: bajándose del BMW y entrando en las Century Towers. Susan: sola en las pistas de Gilley con una raqueta de tenis entre las manos. La miré.

—¿Sabes quién las hizo? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Las dejaron en el buzón —dijo medio adormilada. Las fotos me perturbaron y de pronto sentí un ligero temor. Susan estaba demasiado puesta como para que aquello le importase de verdad. Se limitaba a mirar las fotos donde aparecía con Robert—. ¿Y tú lo sabes? —me preguntó con cierta malicia—. ¿Las hiciste tú?

—No. —Negué con la cabeza.

—Sé que me querías —estaba diciendo—. Y sé que querías a Thom.

Yo no dije nada.

—Espero que nunca te hayamos hecho daño —dijo.

—No —dije—. Nunca me habéis hecho daño.

Eso no era verdad, pero ahora eso ya había quedado atrás; ya no importaba.

—Podrías haber sido tú —dijo Susan—. Si las cosas fuesen distintas.

Tampoco ahora dije nada.

—¿Cómo…? —Se calló un momento—. ¿Cómo te las has arreglado para interpretarlo tan bien todos estos años?

—¿Interpretar el qué? —pregunté, fingiendo no saber a qué se refería.

Al principio no respondió, luego sonrió con tristeza y miró para otro lado.

—El papel, Bret.

—Yo no creo que lo interpretase tan bien —dije al fin, y la voz me falló.

—Recuerdo la primera vez que hablamos —dijo Susan, colocada por

los calmantes—. Fue la primera semana del último año de primaria. —Hizo una pausa—. Era la hora del almuerzo, ¿y sabes qué pensé?

Negué con la cabeza. Sus palabras eran producto de la medicación.

—Pensé: Un día me casaré con él —dijo.

Sonrió burlona, medio grogui, observando mi reacción, sintiendo curiosidad por lo que iba a contestar.

—Estás drogada —dije.

—Puede ser…

—¿Y qué pasó? —le pregunté, siguiéndole la corriente—. ¿Por qué al final no lo hiciste?

—Porque te calé —respondió—. Te dejé en libertad.

—¿Por qué Robert? Entiendo lo de Thom, pero ¿por qué Robert?

—No lo sé. No puedo explicarlo.

No dije nada.

—Me enamoré de él —prosiguió—. Pensé que había conocido…

Dejó la frase sin terminar, casi avergonzada de lo que iba a decir. Tenía la boca ligeramente abierta, como si acabase de recibir un golpe. Y entonces se recuperó.

—¿A quién pensaste que habías conocido? —le pregunté.

Hizo una brevísima pausa antes de responder:

—A un sueño.

Bajé la mirada y traté de mantener la compostura.

Susan me preguntó:

—¿Qué pasó el sábado por la noche, Bret? En el apartamento de Robert. —Hizo una pausa—. Cuéntame lo que pasó realmente.

Levanté una mano y coloqué un dedo en sus labios, y ella sonrió cómplice y cerró los ojos: el gesto que solíamos hacernos para indicar que no necesitábamos oír lo que el otro iba a decir porque ya lo sabíamos y tampoco cambiaba nada.

Cuando Susan abrió los ojos se vieron automáticamente atraídos por algo. Yo llevaba una camisa azul Polo de manga larga, abotonada hasta arriba, pero una de las mangas se me había subido al estirar el brazo para poner el dedo en los labios, y me di cuenta de que Susan estaba mirando algo allí. La sonrisa drogada había desaparecido, me miró a los

ojos y luego de nuevo el brazo. La atmósfera apacible y exhausta del cuarto se revirtió por completo y algo se activó: todo vibraba. Susan se echó a temblar al volver a mirarme. Antes de que pudiera detenerla, alargó el brazo y me subió más la manga. Al principio no dijo nada, pero comprendí que lo que Susan estaba viendo era una profunda herida en mi antebrazo rodeada por un cardenal entre violáceo y amarillento.

Susan pensó que era la marca de un mordisco. Lo dijo en voz alta.

Susan pensó que esa marca de mordisco estaba exactamente en el mismo lugar donde ella mordió al intruso la noche del sábado.

Susan pensó que se veía claramente la hendidura de sus dientes.

Se me quedó mirando. No dijo nada más. Se echó a llorar. Y entonces vomitó sobre la pechera de su bata.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja.

Trató de apartarse de mí, pero yo la tenía sujeta por la mano vendada.

—Susan, ¿qué pasa? —repetí.

Giró medio cuerpo, temblando. Balanceaba lentamente la cabeza adelante y atrás como una niña, con la barbilla manchada de babas y vómito.

—Por favor, Susan. No te preocupes. Él ya no está. Robert ya no está. Ya no puede hacerte daño.

Susan volvió a girarse hacia mí, ahora temblando violentamente. Yo le sujetaba la mano con tanta fuerza que no podía soltarse.

—¿Mi secreto está a salvo contigo? —pregunté suavemente—. ¿Mi secreto está a salvo contigo? —volví a susurrar.

Le apretaba la mano con tanta fuerza que noté cómo empezaba a crujir; continué apretándosela mientras le decía con voz tranquilizadora: «Él ya no está, Robert ya no está, todo irá bien, estás a salvo», hasta que oí que algo se rompía en su mano. Se desmayó y su cuerpo fue deslizándose hasta caer de la cama. Me quedé allí sentado muy quieto, serenándome, y luego me puse lentamente en pie, aguardé un momento, y salí corriendo del dormitorio y le grité a Gayle que Susan decía que se encontraba rara, que me había contado que se había

tomado demasiados calmantes, había vomitado, se había desmayado y se había caído, y que creía que quizá se había roto la mano o algo. Gayle subió a toda prisa las escaleras y la seguí hasta la habitación, donde entre los dos volvimos a tenderla sobre la cama. Pero la cama estaba manchada de orina, así que volví a levantar a Susan en brazos y la llevé a otro cuarto mientras Gayle quitaba las sábanas y llamaba a un médico.

Di por sentado que Susan nunca le contaría a nadie lo que creía haber visto, y nunca volví a hablar con ella. Susan Reynolds no regresó a Buckley: terminó el curso en Marymount, donde se graduó en junio. Después de aquella escena en su dormitorio no volví a verla hasta aquel momento en que la vislumbré esperando bajo la sombrilla del aparcacoches delante del Palihouse Hotel aquella tarde de diciembre de casi cuarenta años después. Y fue casi veinte años después cuando descubrí que en realidad sí le había contado a alguien lo que creyó haber visto en su dormitorio el viernes 13 de noviembre de 1981.

Cuando el lunes de la semana siguiente volví al colegio me convertí en un objeto de fascinación, por un breve tiempo fui una especie de héroe, porque no había nadie más con quien hablar de lo sucedido: Susan Reynolds y Thom Wright no iban a volver a Buckley para acabar el último curso, y yo había vencido a Robert Mallory —aún continuaban circulando rumores a su alrededor— y era el chico que había luchado contra un presunto asesino en serie, así que ahora parecía alguien peligroso y duro y la gente quería hablar conmigo: me veían bajo una nueva luz, tenía un aura de celebridad. Ahora que Thom, Robert y Susan no estaban, y que Debbie Schaffer no volvería hasta diciembre, me convertí en el centro de atención de una manera que hasta entonces jamás había conocido. De modo que le conté a mi público, a quienquiera que me escuchase en aquellos primeros días tras mi regreso, lo que había oído que sucedió en Canon Drive aquel sábado por la noche y lo que les había ocurrido *físicamente* a Susan y a Thom, cómo habían sido atacados y mutilados con un cuchillo de carnicero que blandía Robert Mallory —Susan con el pecho destrozado y Thom con media pierna colgando—, y que cuando Robert huyó de la casa

Susan salió tambaleándose a Canon Drive «cubierta de sangre» y «pidiendo socorro a gritos», y que de repente el Porsche de Robert apareció sospechosamente y los llevó a toda velocidad al Cedars-Sinai fingiendo que no había estado en la casa cuando en realidad él era el intruso que los había acuchillado.

Y luego les conté la versión de lo sucedido en las Century Towers que ya había contado al resto. Mis compañeros de clase escuchaban, sobrecogidos por el horror ante mi descripción del ataque, y ahogaban exclamaciones y se giraban dramáticamente cuando me desabotonaba un poco la camisa y les enseñaba los puntos que me entrecruzaban el pecho y bajaban por la caja torácica. «El Arrastrero nos atacó a todos», les decía. El Arrastrero era Robert Mallory, les decía. Y cuando se vio descubierto se lanzó a su muerte, pero no sin antes intentar matarme a mí. Ryan Vaughn fue el único que no mostró interés por mi historia: la escuchó una vez, durante el almuerzo, y a mitad de relato se levantó, recogió sus cosas y se cambió de mesa, como si aquello lo perturbara demasiado. Pero eso no me desanimó. Envalentonado por la reacción que estaba recibiendo, continué con la historia —las cuchilladas, el salto al balcón de abajo, la pelea, la sangre salpicando por todas partes— y la alargué, desgranando el incidente, parándome de vez en cuando para supuestamente tratar de serenarme. Y al terminar mi relato la gente estaba tan agradecida que me hacía sentir bien. Estaban aliviadísimos de que hubiese «sobrevivido» a la experiencia. Me felicitaban. Me daban las gracias. Allá donde fuera, los alumnos de todos los cursos se me quedaban mirando y susurraban entre ellos que yo era el chico que había matado al Arrastrero; ahora todo el mundo sabía quién era el Arrastrero y de lo que había sido capaz. Había ido realmente al colegio con ellos, y ahora Robert ya no estaba. Nos habíamos salvado gracias a mí.

Pero sucedió algo que puso fin a la continuidad de ese relato. Secuestraron a otra chica, que resultó ser la última víctima del Arrastrero en el condado de Los Ángeles: Leslie Slavin, de diecisiete años, desapareció una noche bulliciosa de sábado en Westwood —21 de noviembre— tras dejar a un grupo de amigos en el Yesterdays para ir a

buscar su coche que tenía aparcado en un garaje de Glendon Avenue. Y después volvieron a producirse algunos allanamientos, aunque menos violentos que los que supuestamente había cometido el Arrastrero en la residencia de los Reynolds de North Canon Drive, quien luego acabaría negando su autoría: reconoció tácitamente los otros allanamientos, pero no el de Beverly Hills. Una carta enviada por el Arrastrero a *Los Angeles Times* y verificada por el Departamento de Policía de Los Ángeles lo confirmó, y en ella se refería a Robert Mallory no por su nombre sino solo como «el Dios», a quien le habían dejado otro regalo en la casa de Benedict Canyon que «el Dios» habitaba ocasionalmente. El regalo era un sacrificio y el sacrificio era Audrey Barbour, como lo habían sido todas las otras chicas, empezando por Katherine Latchford, y la carta exculpaba a «el Dios» de cualquier tipo de «delito» o «sospecha». De hecho el Arrastrero parecía ofendido de que la gente hubiese creído fugazmente que «el Dios» tuviese algo que ver con *sus* crímenes, con *sus* proyectos, el último de los cuales, prometía, era aquella chica: la que sería ofrecida al chico muerto al que llamaba «el Dios». El Arrastrero quería llevarse el mérito por Audrey Barbour y por las demás, y le molestaba enormemente que la gente hubiese pensado que Robert fuera de algún modo responsable. La carta confirmaba que habían sido el Arrastrero y «sus amigos» quienes habían insonorizado el sótano de la casa abandonada de Benedict Canyon, la casa que «el Dios» visitaba a veces, y que «el sacrificio» llevaba ya allí varios días antes de morir y de ser descubierto aquella noche de domingo. Mientras leía el artículo, comprendí con una sensación nauseabunda que el cadáver de Audrey Barbour podría haber estado allí el día que estuve merodeando por la casa y el sótano.

El Arrastrero también escribió que había «intimado» con muchos de «los conocidos» de «el Dios», al igual que sus amigos, y que había «disfrutado mucho» de «aquellos ratos con ellos», aunque no daba ningún nombre. Aludía a los «regalos» que les había dejado a «los compañeros de clase del Dios»: objetos, fotos, los pósteres.

Y entonces Abigail Mallory hizo públicas las cartas, los escritos de un admirador, que le habían estado mandando a Robert desde el verano de

1980, después de que Katherine Latchford desapareciese, hasta principios del otoño de 1981, y así fue exculpado súbitamente: era evidente que todas compartían autoría. La del Arrastrero.

Las cartas no contenían referencias específicas a ninguna de las víctimas; no eran más que cartas de amor a «el Dios» donde se le recordaba que el Arrastrero y sus amigos lo estaban vigilando constantemente y que estaban dejando «regalos» y «sacrificios» para él por toda la ciudad, y que muy pronto los descubriría: «tesoros», los llamaba el Arrastrero. En las cartas no se daban suficientes detalles como para que Robert hubiese podido deducir algo en el momento en que Audrey Barbour desapareció. Ni nombres de víctimas, ni referencias a los allanamientos; solo un acecho constante, diciéndole a Robert que lo habían «avistado» aquí y allá, y que «el Dios» estaba siendo «vigilado». Robert no había estado prestando tanta atención como yo había supuesto al relato que subyacía bajo aquellas misivas: no estableció ninguna conexión entre los crímenes y las cartas. De hecho, según Abigail, en cierto momento pensó que las cartas provenían de un grupo de «chicas psicóticas», o quizá de una chica con la que había salido para luego dejarla durante aquellos primeros meses en California. Lo que comprendimos, de manera rápida y brutal, fue que durante casi un año y medio había habido gente acechando a Robert, así como a los alumnos más cercanos a él tras su llegada a Buckley; estos perseguidores eran el Arrastrero y sus supuestos amigos.

Abigail Mallory volvió a expresar públicamente sus dudas sobre lo que creía que había sucedido entre su sobrino y Bret Ellis en su apartamento la noche del 7 de noviembre. Pero ella no había estado allí. Y mi relato era lo suficientemente convincente y dramático como para convertirse en la verdad central sobre la que reposaba el resto de la historia por descubrir: tal vez Robert no fuera el Arrastrero, pero sí una figura suicida y peligrosa que quiso hacer daño a un alumno que había sospechado de él. Pero aquella historia no bastó para salvarme.

Después de que el Arrastrero secuestrara a Leslie Slavin y se arrogara la autoría de la muerte de Audrey Barbour, y después de que quedase claro que Robert Mallory no había matado a nadie, como yo insistía,

sino que en realidad era una *víctima* de los juegos mentales del Arrastrero y de su obsesión total con él, me convertí rápidamente en un paria de un modo que al principio ni siquiera capté.

Fui consciente de que la atmósfera a mi alrededor había variado súbitamente, pero al principio fue algo muy sutil: me llegó a través de lo que creí evasivas imaginarias, gente que se olvidaba de saludar cuando nos cruzábamos bajo los aleros, profesores desviando la mirada al pasar por su lado, fingiendo charlar entre ellos, y ciertos alumnos que me evitaban mientras sacaba los libros de mi taquilla entre clases. Me descubrí plantado solo en el patio durante la asamblea. Nadie me esperaba en el aparcamiento de los de último año ni tampoco bajo la torre del campanario cuando llegaba allí antes de empezar la jornada escolar… ya no. Me fijé en que nadie me invitaba a comer los días en que los que creía mis amigos se iban al Teru Sushi o al Du-par's de Studio City, o al McDonald's o al Hamburger Hamlet de Sherman Oaks, y a menudo me encontraba comiendo solo en una de las mesas más alejadas a la sombra del Pabellón, lejos de la mesa central donde solía sentarme y que ahora ocupaban Ryan Vaughn, Jeff Taylor, Tracy Goldman y Michelle Stevenson, con quien Ryan había empezado a salir.

Cuando Debbie Schaffer no me invitó a la fiesta del decimoctavo cumpleaños de Jeff Taylor que dio en su casa de Stone Canyon entendí por qué: durante el resto de aquel último curso apenas nos dirigimos la palabra, y tampoco volví a hablar nunca con Terry ni con Liz. Pero la exclusión quedó más dolorosamente clara cuando un grupo de chicos, entre los cuales estaban Jeff, Kyle Colson, Anthony Matthews y Dominic Thompson, hicieron planes para ir a ver una película en Westwood y no me invitaron; ahí fue cuando caí en la cuenta de que iba a existir en un plano de aislamiento el resto del último curso: un solitario, un marginado, la persona que siempre había sabido que era. El participante tangible se limitó a largarse por donde había venido y yo murmuré «Adiós, hasta luego, maricón». Fuera cual fuese el estatus del que había gozado desapareció por completo. Y tal vez así es como habría sido siempre de no haber mantenido una relación tan estrecha con Thom y Susan a lo largo de todos aquellos años, y estaba

descubriendo que sin su presencia cerca podría haber sido tan invisible entonces como lo empezaba a ser ahora. Todo empezó a desvanecerse para mí.

Thom Wright fue a la Harvard School for Boys durante el resto del último curso y no volví a verlo hasta casi veinte años después.

En diciembre recibí un sobre de papel manila que venía dirigido a mí solo por el nombre de pila, BRETT , escrito con dos tes.

Estaba cerrado y me lo encontré en la isleta de la cocina junto con el resto del correo y varias revistas cuando volví a casa del colegio una tarde nublada de jueves antes de que empezasen las vacaciones de Navidad. Recorrí lentamente el pasillo hasta mi dormitorio, donde cerré la puerta, eché el pestillo y me senté en la cama antes de abrir el sobre. Saqué una serie de fotos, habría como unas cuarenta, de veinte por veinticinco en blanco y negro, y muchas de ellas tomadas con teleobjetivo: en las cinco primeras aparecía yo en lo alto de las gradas de las pistas de Gilley, solo, y luego con Robert Mallory; quien las hizo tenía que haber estado escondido en las colinas boscosas por debajo de Beverly Glen aquel día de octubre en que Robert me reveló sus sospechas sobre mi relación con Matt Kellner.

Y luego había una serie de fotos tomadas frente a la casa de Benedict Canyon. Yo llevaba el uniforme del colegio y estaba de pie junto al Jaguar de mi madre aparcado en el camino de piedra curvo, alzando la mirada hacia la casa. En otra foto intentaba girar el pomo de la puerta principal. En otra daba la vuelta hacia la fachada lateral de la casa. Había otra serie de fotos: yo abriendo la verja de hierro forjado. Había una foto en la que aparecía bajándome del 450SL. Otra abriendo la puerta lateral de la casa y entrando. También había una foto que al principio no reconocí porque parecía tomada como en una época tan lejana que no lograba ubicarla. Pero entonces caí en la cuenta: era Haskell Avenue, y yo me estaba marchando de la casita de la piscina de Matt la última vez que hablamos, mi cara una mueca en pleno llanto, o quizá podría interpretarse como ira. Y comprendí: la habían tomado desde la parte de atrás de una furgoneta aparcada en la calle.

Y había cinco fotos en las que no aparecía nadie: un salón vacío, un

dormitorio enorme, una cocina, un cuarto de baño, las vistas desde detrás de una puerta corredera de cristal de una piscina y un patio, con una fuente con azulejos y un ficus. No entendí qué era aquello hasta que caí en que las habían hecho dentro de la casa de Palm Springs de mi tía en South Toledo Avenue.

Y luego había cinco fotos más, tomadas todas desde dentro de la casa de Mulholland: el garaje sin el 450SL, un salón vacío, mi cuarto de baño, mi dormitorio, el edredón sobre el que dejaron la cinta Maxell y los calzoncillos de Matt.

Cuando llegué a las últimas fotos vi que eran muy nítidas, planos medios y primeros planos —no las habían hecho con teleobjetivo—, y en ellas aparecía Matt Kellner con un anorak, de pie en un acantilado sobre el Pacífico con el cielo oscureciéndose al fondo, y miraba al objetivo con rostro inexpresivo, la boca entreabierta y una mochila al hombro; alguien había dibujado con rotulador negro un pentagrama en el brillante paspartú de la foto. Había otra foto de Matt en un aparcamiento desierto, mirando a cámara con semblante distraído, y no estaba asustado. Otra: mirando a un lado con una media sonrisa dirigida a alguien fuera de plano. Estaba tomada, comprendí, en Crystal Cove antes de anochecer y antes de encender la hoguera. Me sentí embotado, contemplando su hermosa cara, lo inocente que parecía, sus labios carnosos y el pelo enmarañado y desteñido por el sol. Y entonces me fijé: detrás de Matt, por encima de su hombro derecho, a plena vista, estaba la furgoneta de color beis aparcada a un lado, casi fundiéndose con la blancura de la arena y el cielo, la puerta abierta del todo, colocada de manera que no pudiese verse la matrícula en la foto.

Debajo de Matt habían garabateado: «Chssssss».

Me di cuenta de que había una última foto y la coloqué encima de la de Matt en el aparcamiento de Crystal Cove. Era una foto de Shingy, un plano medio, mirando a quienquiera que estuviese haciéndola, en una habitación vacía sin ningún adorno, las paredes blancas desnudas, solo una caja de cartón detrás del perro. No llevaba su collar y le habían afeitado por completo el pelaje del cuello, como si lo estuviesen preparando para algo. Sobre su cabeza ladeada flotaba un pentagrama

dibujado con rotulador rojo. Había algo raro en la foto, y cuando la miré más de cerca descubrí lo que era: le faltaba un ojo y le habían cortado la cola.

Además de Matt y Robert, hubo otra baja aquel enero. Fue algo simple y sin misterio: un accidente, mala suerte, fatalidad, nada que ver con Robert Mallory ni con el Arrastrero.

Anthony Matthews y Doug Furth iban cada uno en su coche por la carretera de la Costa del Pacífico, camino de la casa del padre de Jeff Taylor en Malibú. Era el último fin de semana de las vacaciones de Navidad, y esa tarde habían quedado en Westwood para ir a ver *Taps* en el Avco Center y después se dirigieron hacia Colony para pasar allí la noche; era sábado y habían ido a la sesión de las cuatro. Cada uno llevaba su coche y para cuando llegaron a la I-10 eran casi las siete, y como llovía había muy poco tráfico a medida que se iban acercando a Point Dume. Anthony conducía su Camaro y Doug le seguía en su BMW. Según Doug, Anthony iba muy rápido, pero tampoco nada muy peligroso, y ninguno de los dos iba drogado. Sucedió sin más, en cuestión de segundos: Doug dijo que lo ocurrido parecía tan lejano que no entendió por qué las luces traseras del Camaro se habían «desplazado» a un lado de la carretera en medio de la oscuridad y la lluvia.

Doug se aproximó hasta que los faros de su BMW iluminaron los restos destrozados del Camaro. El coche había derrapado, se había salido de la carretera y se había estrellado contra la pared del acantilado: simplemente, un fallo humano, un error de cálculo, sin más significado ni misterio. Doug paró su coche a un lado y se acercó con cuidado al Camaro llamando a Anthony a gritos; de debajo del capó arrugado salía una nube de vapor y el motor continuaba haciendo un rápido y espantoso traqueteo sordo que cesó bruscamente, y al principio Doug no entendía qué era lo que había salido disparado a través de la luna delantera: pero era Anthony. Y ya se estaba muriendo, con medio cuerpo tendido sobre el capó, completamente enjoyado de cristales que se iban volviendo púrpuras al resplandor de los faros, y Doug pudo oír con claridad cómo crujían los cristales al contacto con la

sangre caliente que iba brotando rápidamente de los huecos del cuerpo partido de Anthony.

Yo era afortunado. Era piscis. Yo era el signo de dos peces nadando en direcciones opuestas: un soñador que avanzaba de manera incesante a contracorriente, no del todo racional, propenso al desvarío pero tenaz a la hora de conseguir lo que quería, un romántico, un individualista que no necesitaba encajar. Mi trayectoria fue simple: Bennington, reinventarme, publicar *Menos que cero* a los veintiuno, su éxito y la fama resultantes, mudarme a Manhattan, donde este joven e infausto pez escribió otras novelas en aquel decisivo periodo imperial, un papel que interpreté hasta que me cansé, pero en el que de todos modos me vi atrapado. Luego los culebrones habituales: varias relaciones fallidas, cocaína y Klonopin, dar un sinfín de fiestas, el novio malogrado que murió a los treinta de un aneurisma aórtico y que fue el catalizador para que volviera a Los Ángeles después de veinticinco años fuera. Una escena que aún me obsesiona de aquellas décadas que viví lejos de Los Ángeles tratando de olvidar aquel espantoso otoño de 1981 tuvo lugar en Boston en enero de 1999, al principio de lo que resultó ser una gira mundial de quince meses para promocionar mi quinta obra de ficción, *Glamourama* . Cuando se publicó *Menos que cero* yo estaba en la universidad, así que no tuve que hacer promoción —tenía excusa—, y para cuando lanzaron mi segundo libro yo ya había conseguido que mi opinión tuviera el peso suficiente como para disuadir a la editorial de la idea de una gira de presentación; nadie quiso embarcarse en una gira para mi tercera novela, la tristemente célebre *American Psycho* , y en 1994 solo recalé en algunas ciudades para promocionar el libro de relatos *Los confidentes* : un par de librerías pequeñas, nada más. Nunca había querido participar en giras promocionales porque me sentía demasiado expuesto. El Arrastrero aún no había sido capturado.

Sin embargo, se había invertido demasiado dinero en aquella nueva novela como para negarme a participar en una interminable gira publicitaria, pero no me hacía ninguna gracia pensar en lo que se me avecinaba a lo largo del próximo año. En Boston, durante el primer tramo de la gira estadounidense, leí durante veinte minutos ante un

nutrido público en el Boston College, luego respondí a sus preguntas y después me llevaron a una firma que duró como dos o tres horas (la duración variaba en función del tamaño de la cola que serpenteaba por el vestíbulo del auditorio).

En un momento dado, un hombre sorprendentemente guapo que rondaría los treinta y cinco años, como yo, me tendió un ejemplar en tapa dura de *Menos que cero* en un estado impecable, una novela que tenía casi quince años, una novela que no tenía nada que ver y a la vez tenía que ver todo con lo que me sucedió en el otoño de 1981. Yo estaba firmando libros, flanqueado por dos chicas de relaciones públicas de la editorial, y trabajábamos en equipo para conseguir que se firmaran todos los libros. Estaban allí para ayudar a hacer avanzar la fila con rapidez, una abría el libro y me lo ponía delante, yo lo firmaba y se lo pasaba a la otra joven, y así la cola iba circulando. Levanté un instante la mirada hacia el apuesto hombre y sonreí, ya que quería establecer contacto visual con la gente que hacía cola para que le firmase un libro, pero tuve que mirarlo dos veces porque me resultó muy familiar. Llevaba un traje de Brooks Brothers, corbata, un abrigo de pelo de camello y un paraguas en la mano, tenía el pelo corto algo canoso en los lados y la cara bien afeitada, y presentaba un aspecto juvenil pero clásico. Se limitó a mirarme y yo me sentí primero asustado, luego excitado y por último confuso. Tenía cuerpo de atleta: esbelto, ligeramente ancho de espaldas, pero también compacto, un corredor, musculoso y ágil. No dije nada. Y el hombre tampoco dijo nada. Cuando volví a levantar la vista hacia él me miró con una sonrisa ligeramente cauta. Parecía reticente, conservador, probablemente fuese un hombre de negocios, un profesional, un banquero. Me sonaba tanto… Era alguien de mi pasado lejano, una persona a la que hacía años que no veía. Lo miré en vano. Entonces todo se paralizó.

—Es para Thom —dijo él—. Con hache intercalada.

Al principio fingí no saber quién era, pero era Thom Wright, a quien no veía y con quien no había vuelto a hablar desde 1981. La situación se hizo incómoda de inmediato. Estaba esperando a que lo reconociese.

Y después de poner su nombre completo en la dedicatoria sin que me

lo dijese, levantó la mirada de la portadilla y sonrió.

—Si te esperas —le dije mirándolo a la cara—, podemos hablar. —Hice una pausa—. Después de esto.

Se miró el Rolex. Se lo pensó un instante. Y asintió.

Nevaba aquel día en Boston y me encontré a Thom aguardando fuera, delante del vestíbulo del auditorio donde había tenido lugar la firma de libros. Junto a la acera me esperaba un sedán negro; iban a llevarme a una televisión para una entrevista en directo a fin de promocionar la firma del día siguiente en no sé qué librería. Les dije a Sloane y Karen que tenía que hablar con un viejo amigo. Una de ellas me recordó que teníamos que estar en la cadena de televisión en treinta minutos y que había tráfico. La nieve se arremolinaba suavemente hacia nosotros, allí plantados bajo el saliente en voladizo del auditorio, y Thom empezó a contarme que había estado siguiendo mi carrera desde 1985, nuestras respiraciones formando vapor en el aire helado mientras empezaba a oscurecer.

—No sé qué decir —dije por fin—. No me puedo creer que estés aquí.

—No iba a venir —confesó él—. Pero no he podido evitarlo.

—¿Por qué no nos hemos visto en veinte años? —pregunté—. ¿Qué pasó, Thom? —Me lo quedé mirando—. He pensado tantas veces en ti…

Thom también me miraba, tratando de decidir algo. Un pensamiento afectó su semblante y adquirió una animación sombría. Vi que de pronto parecía preocupado. Vaciló.

—Me llamó al hospital después de verte —dijo—. Susan.

Asentí y seguí mirándolo.

—Parecía drogada, desesperada. —Se calló—. Dijo que te había visto algo en el brazo.

—Lo sé.

—Quería que llamáramos a la policía. Pensaba… —No sabía cómo decir aquello sin avergonzarse, pero al final se atrevió—. Pensaba que habías sido tú.

Thom respiró hondo y soltó el aire. Yo necesitaba un cigarrillo, pero por alguna razón no quería fumar delante de él y me contuve para no

buscarme el paquete de Marlboro en el bolsillo de mi abrigo Armani. Todos mis deseos juveniles por Thom habían vuelto a mí en una marea de sensaciones. Siguió hablando, pero vacilante, inseguro.

—Le dije que estaba… loca, y que yo lo negaría. Que aquello me parecía algo demencial… Absolutamente demencial… —Se detuvo, distraído por las dos mujeres que me esperaban junto al sedán negro: sus posturas insinuaban que tenía que darme prisa. Thom suspiró, exhalando vapor por la boca—. Pero también… me asustó. Parecía… convencida… de que habías sido tú. Y yo le dije que estaba loca y que no pensaba secundarla en aquella puta locura, que sería mejor que lo dejase. —Pausa—. Le dije que ya me había hecho suficiente daño, que me dejase en paz, que no quería saber nada más de aquello. No sé. —Thom volvió a callarse un momento—. La verdad es que no me apetecía verte a ti ni a nadie después de lo que me pasó… —Su expresión levemente inquisitiva se diluyó en un rostro impasible—. Pero… no fuiste tú, ¿verdad?

Llevaba años esperando para preguntarme aquello. Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Thom —dije—. No fui yo. —Desvié la mirada hacia la nieve que caía sobre el coche y sobre las dos mujeres que esperaban al lado mientras el cielo se oscurecía, se iba poniendo negro, y volví a mirar a Thom—. Estaba tan puesta de calmantes cuando la vi aquel día… —Me detuve—. Cuando creyó ver… aquello en mi brazo…

Thom se me quedó mirando.

—¿Qué era, entonces? —me preguntó en voz baja.

De nuevo la duda… leve, pero ahí estaba. El viento seguía empujando la nieve hacia donde estábamos bajo el saliente en voladizo. Observé cómo se posaba en los zapatos de Thom.

Me encogí de hombros. Guardé silencio un momento.

—A lo mejor fue el Arrastrero… No lo sé —dije al fin.

Thom me miró fijamente y luego asintió. Su semblante permanecía inexpresivo.

—Nunca averiguaron quién era —dijo—. Verdad. —No era una pregunta. Sabía la respuesta—. El Arrastrero.

Negué lentamente con la cabeza.

—No, nunca lo averiguaron.

Miré hacia las chicas. Una se dio golpecitos en la muñeca con un dedo indicándome que era hora de ir terminando.

—Supongo que estaba traumatizada —dijo Thom—, y que durante un tiempo vio… cosas por todas partes, signos y señales, y que se puso paranoica… Todo era… un mal augurio, un recordatorio. —También había mirado hacia el coche y había comprendido que se nos acababa el tiempo—. Pero no volvimos a estar juntos. De manera que… En realidad no me importaba su estado mental.

—Thom —dije—. Lo… siento.

Pareció sorprendido.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que sentirlo?

—Por no haber ido a buscarte. Por todos estos años en que no he ido a buscarte. —Hice una pausa, y luego dije—: Para explicarte qué es lo que sentía por ti.

Thom se quedó pensativo, apartó la mirada y entornó los ojos hacia la nieve que empezaba a cubrir la acera. Le había confirmado algo que él no quería oír.

—Bueno, durante mucho tiempo no estuve accesible —se limitó a responder, dirigiéndome una sonrisa tensa.

Le pregunté si le apetecía quedar más tarde para cenar en mi hotel, me alojaba en el Ritz-Carlton. Thom declinó educadamente y dijo que tenía planes, pero que estaba muy bien que nos hubiéramos visto, aunque fuese tan fugazmente, y me dio las gracias por firmarle el libro. Le di mi número de teléfono en Nueva York, pero no me llamó y no he vuelto a saber de él.

Comencé esta versión del libro la primavera pasada: algo se resquebrajó en mi interior y todo fluyó con una facilidad que pocas veces o nunca antes había experimentado. Los *hechos* de aquel otoño empezaban a borrarse de mi memoria, pero *tener* diecisiete años se fue volviendo cada vez más claro para mí desde un punto de vista emocional, más centrado y apremiante de lo que nunca me había sentido con cincuenta y seis, y me di cuenta de que había necesitado tomar una distancia de cuarenta años para empezar a escribir por fin el libro. Y ya no era una historia sobre su elemento más dramático y siniestro —el misterio del Arrastrero y sus víctimas, y nuestra interacción con él— sino sobre Matt Kellner, que empezó a invadir mis sueños, su presencia acompañándome día tras día, dándome la mano mientras caminaba por el pasillo de un supermercado, o sentado en el asiento del copiloto de mi coche cuando conducía sin rumbo por la ciudad vacía, o tendido a mi lado en la cama mientras veía alguna película en streaming por la noche. Aquella primavera hubo semanas en las que no pensé en ninguna otra persona, y recordaba su olor, a cloro, a crema bronceadora, a semen, y recordaba el sabor salado de su piel, y lo hermoso que era… y aquello alteraba mis días por completo. El libro ya no solo trataba —como había tratado cuando intenté escribirlo en 1982, en 1999, en 2006 y en 2013— de los acontecimientos que condujeron a los espantosos ataques a los que sobrevivimos el 7 de noviembre, sino también de las complicadas reservas de deseo que sentía por Susan Reynolds y su embotamiento, que terminó siendo la estética orientadora de mi obra y que adopté a partir de ella: Susan fue, en muchos sentidos, mi inspiración. También me sorprendió descubrirme escribiendo sobre mi amor por Thom Wright, que había prendido en el momento en que entreví su cuerpo desnudo en los vestuarios después de un verano fuera, y la lascivia desencadenó el flujo de memoria que me llevó a la conclusión demoledora de que aún tenía que conocer al hombre con el que querría pasar el resto de mi vida con la misma intensidad con que había deseado pasarlo junto a Thom Wright. Han transcurrido cuarenta años y todavía no lo he encontrado, porque en cierto momento me di cuenta

de que esos hombres simplemente no existen, o por lo menos no como yo querría: en muchos aspectos he seguido siendo un niño. Otro motivo por el que comencé a escribir el libro tuvo que ver con Debbie Schaffer, que descubrí que era una persona mucho más compleja a medida que iba desplegando la historia: pensé que acabaría siendo simplemente una princesita arrogante, pero conforme iba recordando los detalles del relato resultó que no era así. Estuve a punto de ponerme en contacto con Debbie cuando me enteré de que Terry se había suicidado en el verano de 1992 —mi padre había muerto un mes antes—, pero sabía que no iba a querer hablar conmigo. Siempre me ha costado hacer las paces con eso. Nada quedó resuelto.

El libro se detenía más de lo que había esperado en Ryan Vaughn, y me consolé con la idea de que sencillamente éramos demasiado jóvenes y que habíamos nacido en la época incorrecta, y que aunque debería habérsenos permitido ser nosotros mismos lo nuestro era imposible en 1981. Y desde entonces me he preguntado a menudo si podríamos haber logrado que funcionase después de salir de Buckley: en Nueva York, en Vermont, en San Francisco, que es adonde Ryan Vaughn acabó mudándose. Apenas me dirigió la palabra durante el resto del último curso, y una vez, durante la graduación en junio de 1982, nos chocamos sin querer en los lavabos del Pabellón después de la ceremonia, los dos con nuestras togas rojas y todavía con los birretes puestos: se hizo un silencio sorprendido que rompí diciendo «Ryan…», y entonces él me interrumpió con un «¡Hasta luego!» y poniendo la cara de «¿Qué pasa?» que solíamos compartir. Ryan no tenía ningún tipo de presencia en redes sociales —lo descubrí cuando intenté localizarlo en 2013, mientras soñaba con otra versión de este libro— y no tenía ni idea de lo que había sido de su vida hasta que asistí a un cóctel en Sunset Tower en 2018, donde me topé con Tracy Goldman, a quien no veía desde la graduación, y como no teníamos nada más en común empezamos a charlar de nuestros antiguos compañeros de clase, y cuando le pregunté si sabía algo de Ryan, Tracy me contó que había oído, aunque no recordaba exactamente dónde, que trabajaba como arquitecto en San Francisco y que vivía con su «pareja»: era evidente lo

que daba a entender con aquella palabra y con la leve inflexión que empleó al pronunciarla, esperando que me sorprendiese tanto como a ella cómo había acabado Ryan Vaughn. No sé por qué aquello me dolió tanto —habían pasado casi cuarenta años desde que nos besamos—, pero después de aquella conversación me fui inmediatamente de la fiesta y estuve conduciendo sin rumbo por las calles de la ciudad como solía hacer con diecisiete años las noches del otoño de 1981 en que me sentía triste.

A pesar de lo familiarizado que estaba con los acontecimientos, el libro me aterrorizaba, como lo hace el amor, como lo hacen los sueños, y casi desquició por completo a mi pareja cuando leyó las cosas que le revelaba a aquel nuevo amigo que se había mudado a nuestra casa y con quien ahora pasaba el tiempo a diario en mi despacho. Todd y yo teníamos peleas en las que discutíamos sobre la «veracidad» de ciertos sucesos que yo confirmaba obstinadamente, y a medida que la escritura del libro me iba llevando hacia el final, aquello lo llenó de un miedo tan palpable que estar a mi lado se volvió casi insoportable. Así que se pasaba días seguidos fuera del apartamento de Doheny mientras yo escribía en mi despacho y revisaba periódicos viejos llenos de listas, el anuario *Images* del colegio abierto por una determinada página, anotaciones repletas de títulos de canciones por todas partes. Algunas noches Todd dormía en moteles que podía permitirse en la zona más sórdida de Hollywood y yo bebía más de lo habitual; después de avanzar con algún capítulo o secuencia de acontecimientos en particular me encontraba devastado y agarraba de inmediato la botella de Tanqueray del armario de la cocina y me bebía rápidamente la ginebra en un vaso con un poco de hielo. Si eso no lograba ahuyentar el estremecimiento de mi cuerpo me tomaba un Xanax o un Ativan de los que nos abastecía nuestro camello y luego, ligeramente colocado, acababa volviendo a mi despacho y escuchando la música de aquella época en YouTube; casi cada noche mientras escribía el libro, en ocasiones durante tres o cuatro horas seguidas, escuchaba las canciones que resumían aquel periodo, himnos sobre la esperanza en el futuro, la nueva metamorfosis, dejar la infancia atrás: «Vienna», «Nowhere Girl»,

«Icehouse», «Time For Me to Fly». Pero muchas de las canciones sonaban ahora a deseo desesperado, a rechazo y a huida. Si las canciones trataban, como pensé en su momento, sobre un niño que se convierte en hombre, también trataban ahora, para mí a los cincuenta y seis años, sobre un hombre que seguía siendo un niño.

Hace una semana vi una furgoneta de color beis aparcada en el 7-Eleven de Holloway con La Cienega, al lado del Palihouse Hotel, donde volví a divisar a Susan Reynolds después de treinta y ocho años sin verla, y cada vez que veo una furgoneta similar la asocio con el Arrastrero y su obsesión con Robert Mallory y con el hecho de que nunca lo atraparon; tal vez hubiera huido a otros estados, para empezar nuevos relatos, para acechar una historia diferente, y en ocasiones sueño con Robert y en los sueños es una persona distinta con la que me reúno en un hotel inmenso o en un avión vacío, a veces disfrazado de otro, a veces mayor pero normalmente joven, y me observa fijamente detenido en aquel instante de su belleza adolescente, un lugar donde siempre residirá: nunca envejecerá. Y en ocasiones, cuando me despierto de uno de mis sueños con Robert, con Matt, con Ryan Vaughn, con Thom o con Susan, me acuerdo de que el otoño de 1981 no fue el sueño que a veces fingí que había sido a lo largo de las décadas siguientes. Pero cada vez que oía aquellas voces lejanas llamándome, me escabullía y buscaba ese disco con la chica del pelo rubio platino en la portada, subía el volumen y lo ponía bien alto, cerraba los ojos, me tumbaba y escuchaba una canción sobre soñar.

ESTE LIBRO ES UNA OBRA DE FICCIÓN DE PRINCIPIO A FIN. LOS PERSONAJES, ACONTECIMIENTOS E INCIDENTES QUE EN ÉL APARECEN SON PRODUCTO DE LA IMAGINACIÓN DEL AUTOR. A EXCEPCIÓN DEL PROPIO AUTOR, CUALQUIER PARECIDO CON PERSONAS VIVAS O MUERTAS ES PURA COINCIDENCIA Y NO RESPONDE A LA REALIDAD.

Tras trece años de silencio literario, regresa el mejor Bret Easton Ellis con una novela monumental.

«Un juego de espejos brillante, elegante y demoníaco que te mantiene en vilo hasta el final. El mejor libro de Bret Easton Ellis, el que estábamos esperando, el que nos debía. Una obra maestra».
Lucía Lijtmaer

Los Ángeles, 1981. A sus diecisiete años, Bret está a punto de empezar su último curso de secundaria en Buckley junto a su exclusivo y sofisticado grupo de amigos: Thom, Susan y Debbie, novia de Bret, experimentan con el sexo, el alcohol y las drogas mientras aprovechan los últimos días de verano. Pero este sueño paradisiaco se desmorona

con la llegada de un nuevo alumno: Robert Mallory es brillante, guapo y carismático, pero algo en él no encaja, y nadie más que Bret parece darse cuenta de que ese algo podría estar relacionado con la aparición del Arrastrero, un asesino en serie que amenaza a los adolescentes de la ciudad y a sus mascotas.

El autor de *American Psycho* y *Menos que cero* nos brinda un emocionante y provocador viaje a su yo adolescente, un viaje cargado de un insaciable deseo sexual y de celos, obsesión y rabia asesina. *Los destrozos* es una absorbente historia sobre la pérdida de la inocencia y el complicado paso a la vida adulta, y también un vívido y nostálgico retrato de la década de los ochenta; una narración recorrida por el suspense, el terror, el erotismo y el inconfundible humor negro característicos de un autor que es el símbolo de toda una generación.

La crítica ha dicho:

«Ellis ejecuta otra Gran Novela Americana. Es decir: ha hecho otra de las suyas. Y la tan terrorífica como adictiva *Los destrozos* no solo reconstruye y resignifica magníficamente todo lo que ha escrito Ellis hasta ahora, sino que además, revisitando sus orígenes, lo vuelve aún más potente y admirable. Una obra maestra de la iniciación terminal en una ciudad que no debería llamarse Los Ángeles sino Los Demonios».

Rodrigo Fresán

«La espera ha merecido la pena. [...] *Los destrozos* es un incuestionable recordatorio de que el autor de *American Psycho* es un género en sí mismo».

Gabino Iglesias , *NPR*

«*Los destrozos* no es solo la mejor novela de Ellis desde los noventa, es también un triunfo en todos los sentidos: incorpora y subvierte todo lo que ha hecho antes».

Sam Byers , *The Guardian*

«Sensacionalista, macabra, violenta, explícita, ambigua, fresca, divertida, triste y extraña. [...] Si te gustan las novelas de Bret Easton Ellis, te encantará esta».

Alex Bilmes , *Esquire*

«El libro más sexy de Ellis, y se percibe en el escritor una nueva

libertad en cuanto al amor, el erotismo y la sensibilidad».

Melissa Broder ***, The New York Times***

«Un sueño febril de los años ochenta, nostálgico, lujurioso y eufórico, así como un acto de amor para la conservación de la cultura pop. Qué maravilla descubrir que *Los destrozos* es tan vital como cualquier otra cosa que haya escrito».

Rob Doyle ***, The Observer***

«Una obra de terror erótico sorprendentemente seductora».

Kirkus

Bret Easton Ellis nació en Los Ángeles en 1964. Al acabar el instituto, decidió abandonar el Oeste y viajar a Nueva Inglaterra para estudiar en la Universidad de Bennington. Alentado por sus profesores, durante su último año de universidad, Ellis completó la que sería su primera novela, *Menos que cero* (Literatura Random House, 2010; el título está inspirado en una canción de Elvis Costello), que cosechó el aplauso de la crítica y se convirtió en libro de culto. Cuando en 1992 publicó *American Psycho* , el retrato de un ejecutivo psicópata, se confirmó que había nacido una estrella. También es autor de *Las leyes de la atracción* (2002), *Los confidentes* (1994), *Glamourama* (1999), *Lunar Park* (LRH, 2006), *Suites imperiales* (LRH, 2010) y *Blanco* (LRH, 2020).

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *The Shards*
Primera edición: mayo de 2023
© 2023, Bret Easton Ellis
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Rubén Martín Giráldez, por la traducción
Gracias a Hal Leonard LLC por el permiso para reproducir un fragmento de «Vienna», con letra y música de Warren Cann, Christopher Allen, William Currie y Midge Ure
© 1981, Hot Food Music Ltd., Sing Sing Songs Ltd., Jump-Jet Music Ltd. y Mood Music Ltd.
Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard LLC
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Dan Mogford
cFotografía de portada: © Matteo Chiti / EyeEm
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-397-4173-2
Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.
Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice

Los destrozos

Otoño/1981

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Sobre este libro

Sobre Bret Easton Ellis

Créditos